

MISTICA CIUDAD DE DIOS

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

María de Jesús Agreda

INTRODUCCIÓN A LA VIDA DE LA REINA DEL CIELO

De la razón de escribirla y otras advertencias para esto.

1. Quien llegare a entender - si por dicha lo entendiere alguno - que una mujer simple, por su condición la misma ignorancia y flaqueza y por sus culpas más indigna; en estos últimos siglos, cuando la santa Iglesia nuestra madre está tan abundante de maestros y varones doctísimos, tan rica de la doctrina de los santos padres y doctores sagrados; y en ocasión tan importuna, cuando debajo del santo celo de las personas prudentes y sabias se hallan las que siguen vida espiritual turbadas y mareadas y este camino mirado del mundo como sospechoso y el más peligroso de todos los de la vida cristiana. Pues quien en tal coyuntura considerare a secas y sin otra atención que una mujer como yo se atreve y determina a escribir cosas divinas y sobrenaturales, no me causara admiración si luego me condenare por más que audaz, liviana y presuntuosa; si no es que en la misma obra y su conato halle encerrada la disculpa, pues hay cosas tan altas y superiores para nuestros deseos y tan desiguales a las fuerzas humanas que el emprenderlas o nace de falta de juicio o se mueve con virtud de otra causa mayor y más poderosa.

2. Y como los fieles hijos de la Iglesia santa debemos confesar que todos los mortales, no sólo con sus fuerzas naturales, pero aun juntas con las de la gracia común y ordinaria, son insuficientes, ignorantes y mudos para empresa tan dificultosa como explicar o escribir los escondidos misterios y magníficos sacramentos que el poderoso brazo del Altísimo obró en aquella criatura que, para hacerla Madre suya, la hizo mar impenetrable de su gracia y dones. Y depositó en ella los mayores tesoros de su divinidad. Qué mucho se reconozca por incapaz la ignorancia de nuestra flaqueza, cuando los mismos espíritus angélicos hacen lo mismo y se confiesan tartamudos para hablar cosa tan sobre sus pensamientos y capacidad. Por esto, la vida de esta fénix de las obras de Dios es libro tan cerrado que no se hallará de las criaturas en el cielo ni en la tierra quien dignamente pueda abrirle. Bien claro está que sólo puede hacerlo el mismo poderoso Señor que la formó más excelente que todas las criaturas, y también la misma Señora, Reina y Madre nuestra, que fue capaz de recibir tan inefables dones y digna de conocerlos; y para manifestarlos cuanto y cuando y como fuere su Unigénito Hijo servido, en su mano está elegir proporcionados instrumentos y que para su gloria fueren más idóneos.

3. Bien juzgara yo que lo fueran los maestros y varones santos de la Iglesia Católica o los doctores de las escuelas, que todos nos han enseñado el camino de la verdad y luz. Pero los juicios del Altísimo y sus pensamientos se levantan sobre los nuestros como el cielo dista de la tierra (Is 55,9) y nadie conoció su sentido ni en sus obras le puede dar consejo (Rom 11,34). El es quien tiene el peso (Ap 6,5) del santuario en su mano y pondera los vientos (Job 28,25) comprende todos los orbes en sus palmas (Is 40,12) y con la equidad de sus santísimos consejos dispone todas las cosas en peso y medida (Job 11,21) dando a cada una oportuno lugar y tiempo. El dispensa la luz de la sabiduría (Eccl 24,37) y por su justísima bondad la distribuye, y nadie puede subir al cielo para traerla (Bar 3,29) ni sacarla de las nubes, conocer sus caminos, ni investigar sus ocultas sendas (Ib. 31). Y él solo la guarda en sí mismo y, como vapor y emanación de su inmensa caridad (Sab 7,25) candor de su eterna luz, espejo sin mancha e imagen de su bondad eterna (Ib. 26), la transfunde por las almas santas a las naciones, para hacer con ella amigos del Altísimo y constituir profetas (Ib. 27) El mismo Señor sabe por qué y para qué a mí, la más vil criatura, me despertó, llamó y levantó, me dispuso y encaminó, me obligó y compelió, a que escriba la Vida de su digna Madre, Reina y Señora nuestra.

4. Y no puede caber en prudente juicio que, sin este movimiento y fuerza de la mano poderosa del Altísimo, viniera tal pensamiento en corazón humano, ni determinación semejante en mi ánimo, que me reconozco y confieso por mujer débil y sin virtud. Pero así como no pude por mi juicio pensarlo, tampoco debo con pertinacia resistirlo, por sólo mi voluntad. Y porque de esto se pueda hacer juicio recto, contaré con sencilla verdad algo de lo que sobre esta causa me ha sucedido.

5. El año octavo de la fundación de este convento, a los veinte y cinco de mi edad, me dio la obediencia el oficio, que hoy indignamente tengo, de prelada, de este convento; y hallándome turbada y afligida con gran tristeza y cobardía, porque mi edad y deseo no me enseñaba a gobernar ni mandar sino a obedecer y ser gobernada. Y el saber que para darme el oficio se había pedido dispensación, y otras justas razones, aumentaban mis temores con que el Altísimo ha tenido toda la vida crucificado mi corazón con un pavor continuo que no puedo explicar de si mi camino es seguro, si perderé o tendré su amistad y gracia.

6. En esta tribulación clamé al Señor de todo mi corazón para que me ayudase y, si era su voluntad, me librase de este peligro y carga. Y aunque es verdad que Su Majestad algún tiempo antes me tenía prevenida mandándome la recibiese y, excusándome yo con encogimiento, siempre me consolaba y manifestaba ser esto su beneplácito. Con todo eso, no cesé en mis peticiones, antes las multiplicaba. Porque entendía y veía en el Señor una cosa bien digna de consideración, y era que, no obstante lo que Su Majestad me mostraba de ser aquella su santísima voluntad y que yo no la podía impedir, con todo eso entendía juntamente me dejaba libre para que yo me retirase y resistiese, y haciendo lo que como criatura flaca debía, reconociendo cuán grande era mi insuficiencia de todas maneras; que tan prudentes son las obras del Señor con nosotros. Y con este beneplácito que conocía, hice muchas diligencias para excusarme de peligro tan evidente y poco conocido de la naturaleza infecta y de sus resabios y desconcertada concupiscible. Repetía siempre el Señor ser ésta su voluntad y me consolaba por sí y por los santos ángeles y me amonestaba a que obedeciese.

7. Acudí con esta aflicción a la Reina, mi Señora, como a refugio singular de todos mis cuidados y, habiéndola manifestado mis caminos y deseos, se dignó de responderme y me dijo estas suavísimas razones: Hija mía, consuélate y no turbe tu corazón el trabajo, prepárate para él, que yo seré tu madre y prelada a quien obedecerás y también lo seré de tus súbditas y supliré tus faltas, y tú serás mi agente por quien obraré la voluntad de mi Hijo y mi Dios; en todas tus tentaciones y trabajos acudirás a mí para conferirlas y tomar mi consejo, que yo te lo daré en todo; obedéceme, que yo te favoreceré y estaré atenta a tus aflicciones.- Estas son las palabras que me dijo la Reina, tan consolatorias como provechosas para mi alma, con que se alentó y confortó en su tristeza. Y desde este día, la Madre de misericordia aumentó las que hacía con su esclava, porque de allí en adelante fue más íntima y continua la comunicación con mi alma, admitiéndome, oyéndome y enseñándome con inefable dignación y dándome consuelo y consejo en mis aflicciones y llenando mi alma de luz y doctrina de vida eterna, y mandándome renovar los votos de mi profesión en sus manos. Y al fin, desde aquel suceso, se desplegó más con su esclava esta amabilísima Madre y Señora nuestra, corriendo el velo a los ocultos y altísimos sacramentos y misterios magníficos que en su vida santísima están encerrados y encubiertos a los mortales. Y aunque este beneficio y luz sobrenatural ha sido continuo, y en los días de sus festividades especialmente y en otras ocasiones en que conocí muchos misterios, pero no con la plenitud, frecuencia y claridad que después me los ha enseñado, añadiendo el mandarme muchas veces que como los entendía los escribiese y que Su Majestad me los dictaría y enseñaría. Y señaladamente un día de estas festividades de María santísima me dijo el Altísimo que tenía ocultos muchos sacramentos y beneficios que con esta divina señora, como Madre suya, había obrado cuando era viadora (*criatura racional que está en esta vida y camina hacia la eternidad*) entre los mortales, y que era su voluntad manifestarlos para que yo los escribiese como ella misma me enseñaría. Y esta voluntad he conocido continuamente por espacio de diez años que resistí en Su Majestad altísima, hasta que empecé la primera vez a escribir esta divina Historia.

8. Y confiriendo este cuidado con los santos príncipes y ángeles que el Todopoderoso había señalado para que me encaminasen en esta obra de escribir la Historia de nuestra Reina y manifestándoles mi turbación y aflicción de corazón, cuán tartamuda y enmudecida era mi lengua para tan ardua empresa, me respondieron repetidas veces que era voluntad del Altísimo que escribiese la Vida de su purísima Madre y Señora nuestra. Y especialmente un día que yo les repliqué mucho, representando mi dificultad, imposibilidad y grandes temores, me dijeron estas palabras: “Con razón, alma, te acobardas y turbas, dudas y reparas en causa que los mismos ángeles lo hacemos, como insuficientes para declarar cosas tan altas y magníficas como el brazo poderoso obró en la Madre de piedad y nuestra Reina. Pero advierte, carísima, que faltará el firmamento y la máquina de la tierra y todo lo que tiene que ser dejará de existir, antes que falte la palabra del Altísimo. Muchas veces la tiene dada a sus criaturas, y en su Iglesia se halla en las santas Escrituras que el obediente cantará victorias de sus enemigos (Prov 21,28) y no será reprehensible en obedecer. Y cuando crió al primer hombre y le puso el precepto de obediencia que no comiese del árbol de la ciencia, entonces estableció esta virtud de la obediencia y jurando juró para más asegurar al hombre. Porque el Señor suele hacerlo, como con Abrahán cuando le prometió que de su linaje descendería el Mesías y se le daría con afirmación de juramento (Gén 22,16) Así lo

hizo cuando crió al primer hombre asegurándole que el obediente no erraría. También repitió este juramento (Lc 1,73) cuando mandó que su Hijo santísimo muriese y aseguró a los mortales que quien obedeciese a este segundo Adán, imitándole en la obediencia con que restauró lo que el primero perdió por su desobediencia, viviría para siempre y en sus obras no tendría parte el enemigo. Advierte, María, que toda la obediencia se origina de Dios, como de principal y primera causa, y nosotros, los ángeles, obedecemos al poder de su divina diestra y a su rectísima voluntad, porque no podemos ir contra ella, ni la ignoramos, que vemos el ser inmutable del Altísimo cara a cara y conocemos que su voluntad es santa, pura y verdadera, rectísima y justa. Pues esta certidumbre, que los ángeles tenemos por la vista beatífica, la tenéis los mortales respectivamente y según el estado de viadores en que estáis con aquellas palabras que dijo el mismo Señor de los prelados y superiores: *Quien a vosotros oye, a mí oye y quien a vosotros obedece, a mí obedece.* (Lc 10,16) Y en virtud de que se obedece por Dios, que es la principal causa y superior, le compete a su providencia poderosa el acierto de los obedientes cuando lo que se manda no es materia pecable; y por todo esto lo asegura el Señor con juramento, y dejará de ser antes siendo esto imposible por ser Dios que falta su palabra. (Mt 24,35) Y así como los hijos proceden de los padres y todos los vivientes de Adán, multiplicados en la posterioridad de su naturaleza, así proceden de Dios todos los prelados como de supremo Señor, por quien obedecemos a los superiores: la naturaleza humana a los prelados vivientes y la angélica a los de superior jerarquía de nuestra naturaleza, y unos y otros en ellos a Dios eterno. Pues acuérdate, alma, que todos te han ordenado y mandado lo que dudas y si, queriendo tú obedecer, no conviniera, hiciera el Altísimo con tu pluma lo que con el obediente Abrahán cuando sacrificaba a su hijo Isaac, que nos mandó a uno de sus espíritus angélicos detuviésemos el brazo y cuchillo; y no manda detengamos tu pluma, sino que con ligero vuelo la llevemos, oyendo a Su Majestad, y rigiéndote alumbremos tu entendimiento y te ayudemos.”

9. Estas razones y doctrina me dieron en aquella ocasión mis santos ángeles y señores. Y en otras muchas, el príncipe san Miguel me ha declarado la misma voluntad y mandato del Altísimo y, por continuas ilustraciones, favores y enseñanzas de este gran arcángel y príncipe celestial, he entendido magníficos misterios y sacramentos del Señor y de la Reina del cielo. Porque este santo arcángel fue uno de los que la guardaban y asistían con los demás que, para su custodia, fueron diputados de todos los órdenes y jerarquías, como en su lugar diré (Cf. infra n. 202-207) y siendo justamente patrón y protector universal de la Iglesia santa, por todo fue especialmente testigo y ministro fidelísimo de los misterios de la encarnación y redención; y así lo tengo muchas veces entendido de este santo arcángel, de cuya protección he recibido singulares beneficios en mis trabajos y peleas y me ha prometido asistirme y enseñarme en esta obra.

10. Y sobre todos estos mandatos, y otros que no es necesario referir, y lo que adelante diré (Cf. infra intr. n.16) el mismo Señor por sí inmediatamente me ha mandado y declarado su beneplácito muchas veces, contenido en las palabras que ahora sólo diré. Un día de la Presentación de María santísima en el templo me dijo Su Majestad: “Esposa mía, muchos misterios hay en mi Iglesia militante manifiestos de mi Madre y de los santos, pero muchos están ocultos, y más los interiores y secretos, que quiero manifestarlos y que tú los escribas como fueres enseñada, y en especial de María purísima. Yo te los declararé y mostraré, que por los ocultos juicios de mi sabiduría los he tenido reservados, porque no era el tiempo conveniente ni oportuno a mi providencia; ahora lo es, y mi voluntad que los escribas; obedece, alma.”

11. Todas estas cosas que he dicho, y más que pudiera declarar, no fueran poderosas para reducir mi voluntad a determinación tan ardua y peregrina a mi condición, si no juntara la obediencia de mis prelados, que han gobernado mi alma y me enseñan el camino de la verdad. Porque no son mis recelos y temores de condición que me dejaran asegurar en materia tan dificultosa, cuando en otras más fáciles, siendo sobrenaturales, no hago poco en quietarme con la obediencia; y como ignorante mujer he buscado siempre este norte, porque es obligación registrar todas las cosas, aunque parezcan más altas y sin sospecha, con los padres espirituales y no tenerlas por ciertas y seguras hasta la aprobación de los maestros y ministros de la Iglesia santa. Todo esto he procurado hacer en la dirección de mi alma, y más en este intento de escribir la Vida de la Reina del cielo. Y para que mis prelados no se moviesen por mis relaciones, he trabajado muchísimo disimulando cuanto podía algunas cosas y pidiendo con lágrimas al Señor les diese luz y acierto y muchas veces deseando se les quitase del pensamiento esta causa y que no me dejasen errar ni ser engañada.

12. Confieso también que el demonio, valiéndose de mi naturaleza y temores, ha hecho grande esfuerzo para impedirme esta obra, buscando medios con que aterrarme y afligirme. Y sin duda me hubiera vencido a dejarla, si la industria y perseverancia invencible de mis prelados no hubiera animado mi cobardía, dando también ocasión para que

el Señor, la Virgen purísima y santos ángeles renovasen la luz, señales y maravillas. Pero con todo esto, dilaté o, por mejor decir, resistí muchos años a la obediencia de todos como adelante diré (Cf. *infra* intr. n.19) sin haberme atrevido a poner mano de intento en cosa tan sobre mis fuerzas. Y no creo ha sido sin particular providencia de Su Majestad, porque en el discurso de este tiempo han pasado por mí tantos sucesos y, puedo decir, misterios y trabajos tan extraordinarios y varios, que no pudiera con ellos gozar de la quietud y serenidad de espíritu cual es necesario para recibir esta luz y enseñanza. Pues no en cualquier estado, aunque sea muy alto y provechoso, puede estar idóneo el ápice del alma para recibir tan alto y delicado influjo. Y fuera de esta razón hallo otra: y es, para que con tan larga dilación yo me pudiese informar y asegurar, así con la nueva luz que se va granjeando con el tiempo y la prudencia que se adquiere en la varia experiencia. Como también que, perseverando el Señor, los santos, mis prelados y sus instancias, con tan continuada obediencia yo me aquietase y asegurase y venciese mis temores, cobardía, perplejidad y fiase del Señor lo que desconfío de mi flaqueza.

13. En confianza, pues, de esta virtud grande de la obediencia, me determiné en nombre del Altísimo y de la Reina, mi Señora, a rendir mi resistencia. Y llamo grande a esta virtud, no sólo porque ella ofrece a Dios lo más noble de la criatura, que es la mente, dictamen y voluntad, en holocausto y sacrificio, pero también porque ninguna otra virtud asegura el acierto más que la obediencia, pues ya la criatura no obra por sí, sino como instrumento de quien la gobierna y manda. Ella aseguró a Abrahán (*Gén* 21,1ss) para que venciese la fuerza del amor y ley natural con Isaac; y si fue poderosa para esto, y para que el sol y los cielos detuviesen su velocísimo movimiento (*Jos* 10 13) bien puede serlo para que se mueva la tierra; que si por obediencia se gobernara Oza (*2 Sam* 6,6-8) por ventura no fuera castigado por atrevido y temerario en tocar el arca. Bien veo que yo, más indigna, alargo la mano para tocar, no el arca muerta y figurativa de la antigua ley, pero el arca viva del Nuevo Testamento, donde se encerró el maná de la divinidad y el original de la gracia y su santa ley; pero si callo, temo ya con razón desobedecer a tantos mandatos y podré decir con Isaías: *¡Ay de mí porque callé!* (*Is* 6,5) Pues, oh Reina y Señora mía, mejor será que resplandezca en mi vileza vuestra benignísima piedad y misericordia y el favor de vuestra liberal mano; mejor será que me la deis para obedecer a vuestros mandatos, que caer en vuestra indignación; obra será, oh purísima Madre, digna de vuestra clemencia levantar a la pobre de la tierra y que de un sujeto flaco y menos idóneo hagáis instrumento para obras tan difíciles, con que engrandecéis vuestra gracia y las que vuestro Hijo santísimo os comunicó. Y no daréis lugar a la engañosa presunción, para que imagine que con industria humana o con prudencia terrena o con la fuerza y autoridad de la disputa se hace esta obra, pero que con la virtud de la divina gracia despertáis de nuevo los corazones fieles y los lleváis a vos, fuente de piedad y misericordia. Hablad, pues, Señora, que vuestra sierva oye con voluntad ardiente de obedeceros, como debo, Pero ¿cómo podrán alcanzar e igualar mis deseos a mi deuda? Imposible será la digna retribución, pero, si posible fuera, la deseara. ¡Oh Reina poderosa y grande, cumplid vuestras promesas y palabras, manifestándome vuestras gracias y atributos, para que sea vuestra grandeza más conocida y magnificada de todas las naciones y generaciones! Hablad, Señora, que vuestra sierva oye, hablad y engrandeced al Altísimo por las obras poderosas y maravillosas que obró su diestra en vuestra profundísima humildad. Derívense de sus manos, hechas a torno (*Cant* 5,14) llenas de jacintos, en las vuestras y de ellas a vuestros devotos y siervos, para que los ángeles le bendigan, los justos le magnifiquen, los pecadores le busquen y para que tengan todos ejemplar de suma santidad y pureza y, con la gracia de vuestro santísimo Hijo, tenga yo este espejo y eficaz arancel por donde pueda componer mi vida. Pues éste ha de ser el primer intento de mi cuidado en escribir la vuestra, como repetidas veces me lo ha dicho vuestra Alteza, dignándose de ofrecerme un vivo ejemplar y espejo sin mácula animado, donde mire y adorne mi alma, para ser hija vuestra y esposa de vuestro santísimo Hijo.

14. Esta es toda mi pretensión y voluntad; y por esto, no escribiré como maestra sino como discípula, no para enseñar sino para aprender, que ya se han de callar por oficio las mujeres en la Iglesia santa (*1 Cor* 14,34) y oír a los maestros. Pero, como instrumento de la Reina del cielo, manifestaré lo que Su Majestad se dignare enseñarme y me mandare; porque, de recibir el espíritu que su Hijo santísimo prometió (*Jl* 2,28; *Act* 2,17) enviar sobre todas las condiciones de las personas sin excepción. Todas las almas son capaces y también lo son de manifestarlo en su conveniente modo como lo reciben, cuando la potestad superior lo ordena con cristiana providencia, como juzgo lo han dispuesto mis prelados. El errar yo es posible y consiguiente a mujer ignorante, pero no en obedecer, ni tampoco será de voluntad; y así me remito y sujeto a quien me guía y a la corrección de la santa Iglesia Católica, a cuyos ministros acudiré en cualquiera dificultad. Y quiero que mi prelado, maestro y confesor sea testigo y censor de esta doctrina que recibo y también juez vigilante y severo de cómo la pongo por obra o falto en el cumplimiento de ella y de mis obligaciones medidas por este beneficio.

15. Por voluntad del Señor y orden de la obediencia he escrito segunda vez esta divina Historia; porque la primera,

como era la luz con que conocía sus misterios tan abundante y fecunda y mi cortedad grande, no bastó la lengua, ni alcanzaron los términos, ni la velocidad de la pluma para decirlo todo; dejé algunas cosas y, con el tiempo y las nuevas inteligencias, me hallo más dispuesta para escribirlas ahora, aunque siempre dejaré de decir mucho de lo que entiendo y he conocido, porque todo nunca es posible. Fuera de esto, he conocido otra razón en el Señor: y es que, la primera vez cuando escribí, me llevaba mucho la atención de lo material y orden de esta obra. Y fueron las tentaciones y temores tan grandes y las tempestades que me combatían de discursos y sugerencias tan excesivas, de que era temeraria en haber puesto mano en obra tan ardua, que me rendí a quemarla; y creo no sin permiso del Señor, porque en estado tan turbulento no se pudo dar al alma lo conveniente y que el Altísimo quería, escribiéndola en mi corazón y grabando en mi espíritu su doctrina, como se me manda lo haga ahora, y puede colegirse del suceso siguiente.

16. Un día de la Purificación de Nuestra Señora, después de haber recibido el santísimo sacramento, quise celebrar esta santa festividad porque cumplía en ella años de profesión con hecho de gracias y rendido corazón al Altísimo que, sin merecerlo, me admitió por su esposa. Y, al tiempo de ejercitar estos afectos, sentí en mi interior una mudanza eficaz con abundantísima luz, que me llevaba y compelia fuerte y suavemente al conocimiento del ser de Dios, de su bondad, perfecciones y atributos y al desengaño de mi propia miseria. Estos objetos, que a un tiempo se ponían en mi entendimiento, me hacían varios efectos: el primero, llevándose toda mi atención y voluntad, y el segundo, aniquilándome y pegándome con el polvo, de manera que se deshacía mi ser y sentía dolor vehementísimo y contrición de mis graves pecados con firme propósito de la enmienda y de renunciar cuanto el mundo tiene y levantarme sobre todo lo terreno al amor del Señor. En estos afectos quedaba desfallecida y el mayor dolor era consuelo y el morir vivir. El Señor, apiadándose de mi deliquio y por sola su misericordia, me dijo: “No desmayes, hija y esposa mía, que para perdonarte, lavarte y purificarte de tus culpas yo te aplicaré mis infinitos merecimientos y la sangre que por ti derramé; ánimo a la perfección que deseas con la imitación de la vida de mi Madre santísima; escríbela segunda vez, para que pongas lo que falta e imprimas en tu corazón su doctrina y no irrites más mi justicia, ni desobligues a mi misericordia quemando lo que escribieres, porque mi indignación no quite de ti la luz que, sin merecerla, se te ha dado para conocer y manifestar estos misterios.”

17. Luego vi a la Madre de Dios y de Piedad y me dijo: “Hija mía, aún no has sacado el fruto conveniente para tu alma del árbol de la vida de mi Historia que has escrito, ni llegado a la medula de su sustancia; no has cogido harto de este maná escondido, ni has tenido la última disposición de perfección que necesitabas, para que el Todopoderoso grave e imprima respectivamente en tu alma mis virtudes y perfecciones. Yo te he de dar la cualidad y adorno conveniente para lo que la divina diestra quiere obrar en ti. Le he pedido que por mi mano e intercesión, y de la abundantísima gracia que me ha comunicado, me dé licencia para adornarte y componer tu alma, para que vuelvas a escribir mi vida, sin atender a lo material de ella sino a lo formal y sustancial, habiéndote pasivamente y sin poner impedimento para recibir el vertiente de la divina gracia que el Todopoderoso encaminó a mí y que pase a ti la parte que la voluntad divina dispusiere; no la coartes ni limites por tu poquedad e imperfecto proceder.” Luego conocí que la Madre de piedad me vestía una vestidura más blanca que la nieve y resplandeciente que el sol; y después me ciñó con una cintura riquísima y dijo: “Esta es participada de mi pureza.” Y pidió ciencia infusa al Señor para adornarme con ella, que sirviese de hermosísimos cabellos, y otras dádivas y preseas preciosas que, aunque yo veía eran grandes, conocía ignoraba su valor. Y después de este adorno, me dijo la divina Señora: “Trabaja fiel y diligente por imitarme y ser perfectísima hija mía, engendrada de mi espíritu, criada a mis pechos. Yo te doy mi bendición, para que en mi nombre y con mi dirección y asistencia escribas segunda vez.”

18. Toda esta Vida santísima, para mayor claridad, se reduce a tres partes o libros: el primero será de lo que pertenece y toca a los quince años primeros de la Reina del cielo, desde su concepción purísima hasta que en su virginal vientre tomó carne humana el Verbo eterno, y lo que en estos años obró el Altísimo con María purísima; la segunda parte comprende el misterio de la Encarnación, toda la vida de Cristo nuestro Señor, su pasión, muerte y ascensión a los cielos, que fue lo que vivió la divina Reina con su Hijo santísimo, y lo que hizo en este tiempo; la tercera parte será lo restante de esta vida de la Madre de la gracia, después que se quedó sola sin Cristo nuestro Redentor en el mundo, hasta que llegó la hora de su feliz tránsito, Asunción y Coronación en los cielos por Emperatriz de ellos, para vivir eternamente como Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Estas tres partes divido en ocho libros, para que sean más manuales y siempre objeto de mi entendimiento, estímulo de mi voluntad y mi meditación de día y noche.

19. Y para declarar en qué tiempo escribí esta divina Historia, se ha de advertir que fundaron este convento de

religiosas descalzas de la purísima concepción mis padres Fr. Francisco Coronel y la madre sor Catalina de Arana, en su misma casa, por disposición y voluntad divina, declarada con particular luz y revelación a mi madre sor Catalina. Fue la fundación octava de la Epifanía, a trece de enero del año de mil seiscientos y diez y nueve. El mismo día tomamos el hábito mi madre y dos hijas, y mi padre se fue a la religión de nuestro seráfico Padre san Francisco, con dos hijos que ya eran religiosos, donde tomó el hábito, profesó y vivió con ejemplo de todos y murió santamente. Mi madre y yo recibimos el velo día de la Purificación de la gran Reina del cielo, a dos de febrero del año de mil seiscientos y veinte; y por no tener edad bastante, se dilató la profesión de la segunda hija. Favoreció el Todopoderoso por sola su bondad nuestra familia, en que toda se consagrarse al estado religioso. El año octavo de la fundación, a los veinte y cinco de mi edad y del Señor de mil seiscientos y veinte y siete, me dio la obediencia el oficio de prelada que hoy indignamente tengo. Pasaron diez años de prelación, en los cuales tuve muchos mandatos del Altísimo y de la gran Reina del cielo para que escribiese su vida santísima, y con temor y encogimiento resistí todo ese tiempo a estos órdenes divinos, hasta el año de mil seiscientos y treinta y siete que comencé a escribirla la primera vez; y en acabándola, por los temores y tribulaciones dichas, y por consejo de un confesor que me asistía en ausencia del principal que me gobernaba, quemé todos los papeles y otros muchos, así de esta sagrada Historia como de otras materias graves y misteriosas; porque me dijo que las mujeres no habían de escribir en la santa Iglesia. Le obedecí pronta y después tuve asperísimas reprensiones de los prelados y confesor que sabía toda mi vida; y de nuevo me intimaron censuras para que la escribiese otra vez; y el Altísimo y la Reina del cielo repitieron nuevos mandatos para que obedeciese. Y esta segunda vez, fue tan copiosa la luz que del ser divino tuve, los beneficios que la diestra del Altísimo me comunicó tan abundantes, encaminados a que mi pobre alma se renueve y vivifique en las enseñanzas de su divina Maestra, las doctrinas tan perfectas y los sacramentos tan encumbrados, que es forzoso hacer libro aparte y será perteneciente a la misma Historia y su título: *Leyes de la esposa, ápices de su casto amor y fruto cogido del árbol de la vida de María santísima Señora nuestra* (Cf. la edición de esta obra publicada por Eduardo Royo, Herederos de Juan Gilí, Barcelona, 1916) y con el favor divino empiezo a escribirla en ocho de diciembre de mil seiscientos y cincuenta y cinco, día de la purísima Inmaculada Concepción (En el autógrafo se añaden: "Fin de la Introducción de la primera parte" y el verso latino *Dignare me laudare te, Virgo sacrata, Da mihi virtutem contra hostes tuos.*)

MISTICA CIUDAD DE DIOS

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

María de Jesús Agreda

LIBRO 1

CAPITULO 1

De dos particulares visiones que el Señor mostró a mi alma y otras inteligencias y misterios que me compelián a dejarme de lo terreno, levantando mi espíritu y habitación sobre la tierra.

CAPITULO 2

Se declara el modo cómo el Señor manifiesta a mi alma estos misterios y vida de la Reina, en el estado que Su Majestad me ha puesto.

CAPITULO 3

De la inteligencia que tuve de la divinidad y del decreto que Dios tuvo de criar todas las cosas.

CAPITULO 4

Se distribuyen por instantes los divinos decretos, declarando lo que en cada uno determinó Dios acerca de su comunicación ad extra.

CAPITULO 5

De las inteligencias que me dio el Altísimo de la Escritura sagrada, en confirmación del capítulo precedente; son del octavo de los Proverbios.

CAPITULO 6

De una duda que propuse al Señor sobre la doctrina de estos capítulos y la respuesta de ella.

CAPITULO 7

Cómo el Altísimo dio principio a sus obras; y todas las cosas materiales crió para el hombre, y a los ángeles y hombres para que hiciesen pueblo de quien el Verbo humanado fuese cabeza.

CAPITULO 8

Que prosigue el discurso de arriba con la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis.

CAPITULO 9

Prosigue lo restante de la explicación del capítulo 21 del Apocalipsis.

CAPITULO 10

En que se da fin a la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis.

CAPITULO 11

CAPITULO 12

Cómo, habiéndose propagado el linaje humano, crecieron los clamores de los justos por la venida del Mesías, y también crecieron los pecados, y en esta noche de la antigua ley envió Dios al mundo dos luceros que anunciaran la ley de gracia.

CAPITULO 13

Cómo por el santo arcángel Gabriel fue evangelizada la Concepción de María santísima y cómo preparó Dios a santa Ana para esto con un especial favor.

CAPITULO 14

Cómo el Altísimo manifestó a los santos ángeles el tiempo determinado y oportuno de la concepción de María santísima y los que le señaló para su guarda.

CAPITULO 15

De la Concepción Inmaculada de María Madre de Dios por la virtud del poder divino.

CAPITULO 16

De los hábitos de las virtudes con que dotó el Altísimo el alma de María santísima y las primeras operaciones que con ellas tuvo en el vientre de santa Ana; y comienza Su Majestad misma a darme la doctrina para su imitación.

CAPITULO 17

Prosiguiendo el misterio de la Concepción de María santísima, se me dio a entender sobre el capítulo 21 del Apocalipsis; parte primera del capítulo.

CAPITULO 18

Prosigue el misterio de la concepción de María santísima, con la segunda parte del capítulo 21 del Apocalipsis.

CAPITULO 19

Doctrina que me dio la Reina en estos capítulos.

CAPITULO 20

De lo que sucedió en los nueve meses del embarazo de santa Ana, y lo que hizo María santísima en el vientre, y su madre en aquel tiempo.

CAPITULO 21

Del nacimiento dichoso de María santísima y Señora nuestra; los favores que luego recibió de mano del Altísimo; y como la pusieron el nombre en el cielo y tierra.

CAPITULO 22

Cómo santa Ana cumplió en su parto con el mandato de la ley de Moisés, y cómo la niña María procedía en su infancia.

CAPITULO 23

De las divisas con que los santos ángeles de guarda de María santísima se le manifestaban, y de sus perfecciones.

CAPITULO 24

De los ejercicios y ocupaciones santas de la Reina del cielo en el año y medio primero de su infancia.

CAPITULO 25

Cómo al año y medio comenzó a hablar la niña María santísima, y sus ocupaciones hasta que fue al templo.

LIBRO 1

[CONTIENE LA PREDESTINACION DE MARIA SANTISIMA; SU CONCEPCION INMACULADA; SU NACIMIENTO Y SUS OCUPACIONES Y EJERCICIOS HASTA QUE FUE PRESENTADA EN EL TEMPLO.]

CAPITULO 1

[Regresar al Principio](#)

De dos particulares visiones que el Señor mostró a mi alma y otras inteligencias y misterios que me compelián a dejarme de lo terreno, levantando mi espíritu y habitación sobre la tierra.

1. Te confieso y te magnifico (Mt 11,25) Rey altísimo, que por tu dignación y levantada majestad encubriste de los sabios y maestros estos altos misterios y los revelaste a mí, tu esclava, la más párvula e inútil de tu Iglesia, para que con admiración seas conocido por todopoderoso y autor de esta obra, tanto más cuanto el instrumento es más vil y flaco.

2. Este Señor altísimo después de largas resistencias que he referido y muy desordenados temores y de grandes suspensiones nacidas de mi cobardía, por conocer este mar inmenso de maravillas en que me embarco, recelosa de anegarme en él me dio a sentir una virtud de lo alto, suave, fuerte, eficaz y dulce; una luz que alumbra al entendimiento, reduce a la voluntad rebelde, quietando, enderezando, gobernando y llamando a la república de los sentidos interiores y exteriores y rindiendo a toda la criatura para el agrado y voluntad del Altísimo y buscar en todo sola su gloria y honra. Estando en esta disposición, oí una voz del Todopoderoso que me llamaba y llevaba tras de sí con grande fuerza, levantando mi habitación a lo alto (Eclo 51,13) y fortaleciéndome contra los leones (Ib. 4) que rugían hambrientos para alejar mi alma del bien que la ofrecían, en el conocimiento de los grandes sacramentos que se encierran en este tabernáculo y ciudad santa de Dios, y librándome de las puertas de las tribulaciones (Ib. 5) por donde me convidaban a entrar, cercada de los dolores de la muerte (Sal 17 ,5. Seguimos la numeración de los salmos según la Vulgata) y de la perdición, rodeada de la llama de esta Sodoma y Babilonia en que vivimos, y queriéndome atropellar para que ciega me convirtiese y entregase a ella, ofreciéndome objetos de aparente deleite a mis sentidos, informándolos fabulosamente con falacia y dolos. Pero de todos estos lazos que preparaban a mis pies (Sal 56,7;24,15) me rescató el Altísimo, elevando mi espíritu y enseñándome con amonestaciones eficaces el camino de la perfección, y convidándome a una vida espiritualizada y angélica en la carne mortal, y obligándome a vivir tan solícita que, en medio de la hornaza, no me tocase el fuego y me librase de la lengua impura (Eclo 5,6-7) cuando muchas veces me contaba terrenas fabulaciones (Sal 118,85) y llamándome Su Alteza para que me levantase del polvo y de la tenuidad que causa la ley del pecado, que resistiese a los efectos heredados de la naturaleza infecta y la detuviese en sus desordenadas inclinaciones, deshaciéndolas a la vista de la luz y levantándome a mí sobre mí (Lam 3,28) y con fuerzas de poderoso Dios, correcciones de padre y caricias de esposo, muchas veces me llamaba y decía: “Paloma mía y hechura de mis manos, levántate (Cant 2 10) y date prisa, ven a mí, que soy luz y camino, y el que me sigue no anda en tinieblas (Jn 8,12) Ven a mí, que soy verdad segura, santidad cierta, soy el poderoso y sabio y enmendador de los sabios.” (Sab 7,15).

3. Los efectos de estas palabras eran en mí flechas de dulce amor, de admiración, reverencia, temor y conocimiento de mis pecados y vileza, con que me retiraba, encogía y aniquilaba; y el Señor me decía: “Ven, alma, ven, que soy tu Dios omnipotente, y, aunque hayas sido pródiga y pecadora, levántate de la tierra y ven a mí que soy tu Padre, recibe la estola de mi amistad y el anillo de esposa.”

4. Estando en esta habitación que digo, vi un día a los seis ángeles santos que dejó dicho y señaló el Señor para que me asistiesen en esta obra y en otras ocasiones de pelea y me purificaron y dispusieron. Y después de haberlo hecho me presentaron al Señor, y Su Majestad dio a mi alma un nuevo lumen y cualidad como de gloria, con que me proporcionaron y fortalecieron para ver y conocer lo que es sobre mis fuerzas de criatura terrena; y luego se me mostraron otros dos ángeles de jerarquía superior, los cuales sentí que me llamaban con fuerza poderosa de parte del Señor, y tenía inteligencia que eran misteriosísimos y me querían manifestar altos y ocultos sacramentos. Les respondí diligente y deseosa de gozar de aquel bien que me evangelizaban y, con ardiente afecto, declaré mi ánimo, que era ver lo que me querían mostrar y con misterio me ocultaban. Y ellos respondieron luego y con mucha severidad: “Detente, alma.” Me convertí a sus altezas y les dije: “Príncipes del Poderoso y mensajeros del gran Rey ¿por qué, habiéndome llamado, me detenéis así ahora, violentando mi voluntad y dilatando mi gozo y alegría? ¿Qué fuerza es la vuestra y qué poder, que me llama, fervoriza, solícita y detiene, siendo todo a un tiempo; llevándome tras el olor de mi amado dueño y sus ungüentos, me detenéis con prisiones fuertes? Decidme la causa de esto.” Me respondieron: “Porque es menester, alma, que vengas descalza y desnuda de todos tus apetitos y pasiones, para conocer estos misterios altos que no se compadecen ni acomodan con inclinaciones siniestras. Descálzate como Moisés. (Ex 3,5) que así se lo mandaron para que viera aquella milagrosa zarza.” – “Príncipes y señores míos,” respondí yo, “mucho se le pidió a Moisés, que en naturaleza terrena tuviera operaciones angélicas; pero él era santo y justo y yo pecadora, llena de miserias; se turba mi corazón y me querello de esta servidumbre y ley del pecado (Rom 7,23) que siento en mis miembros contraria a la de mi espíritu.” A esto me dijeron: “Alma, cosa muy violenta se te pidiera si la obraras con solas tus fuerzas; pero el Altísimo, que quiere y pide esta disposición, es poderoso y no negará el auxilio si de corazón se lo pides y te dispones para recibirle; y su poder, que hacía arder la zarza (Ex 3,1) y no quemarse, podrá hacer que el alma encarcelada y encerrada en el fuego de las pasiones no se quemé, si ella se quiere librar; pide Su Majestad lo que quiere y puede lo

que pide, y en su confortación has de poder (Flp 4,13) lo que te manda; descálzate y llora amargamente, clama de lo profundo de tu corazón, para que sea oída tu oración y se cumpla tu deseo.”

5. Vi luego que un velo riquísimo encubría un tesoro y mi voluntad se fervorizaba para que se corriese y se descubriese lo que la inteligencia me manifestaba por sacramento escondido; y a este mi deseo se me respondió: “Obedece, alma, a lo que se te amonesta y manda; desnúdate de ti misma y se te descubrirá.” Propuse enmendar la vida y vencer mis apetitos, lloraba con suspiros y gemidos de lo íntimo de mi alma, porque se me manifestase este bien; y como lo iba proponiendo, se iba corriendo el velo que encubría mi tesoro. Se corrió, pues, del todo y vieron mis ojos interiores lo que no sabré decir ni manifestar con palabras. Vi una gran señal en el cielo y signo misterioso; vi una mujer, una señora y reina hermosísima, coronada de estrellas, vestida del sol y la luna a sus pies (Ap 12,1). Me dijeron los santos ángeles: “Esta es aquella dichosa mujer que vio san Juan en el Apocalipsis, y donde están encerrados, depositados y sellados los misterios maravillosos de la Redención. Favoreció tanto el Altísimo y todopoderoso a esta criatura, que a sus espíritus nos causa admiración. Atiende y mira sus excelencias; escríbelas, que para esto, después de lo que a ti conviene, se te manifiesta.” Yo conocí tantas maravillas, que la abundancia me enmudece y la admiración suspende y aun en la vida mortal no juzgo por capaces de conocerlas a todas las criaturas; y en el discurso de adelante lo iré declarando.

6. Otro día, en tiempo de quietud y serenidad, en esta misma habitación que digo, oí una voz del Altísimo que me decía: “Esposa mía, quiero que acabes ya de determinarte con veras y me busques cuidadosa, y fervorosa me ames, y que tu vida sea más angélica que humana y olvides todo lo terreno; te quiero levantar del polvo como a pobre y como a necesitado del estiércol (Sal 112,7) y que levantándote yo te humilles tú, y tu nardo dé suavidad de olor (Cant 1,11) mientras estás en mi presencia; y conociendo tu flaqueza y miserias te persuadas que mereces la tribulación y en ella la humillación de todo corazón. Mira mi grandeza y tu pequeñez, y que soy justo y santo, y con equidad te aflijo usando de misericordia y no castigándote como mereces. Procura sobre este fundamento de la humildad adquirir las demás virtudes, para que cumplas mi voluntad; y para que te enseñe, corrija y reprenda, te señalo por maestra a mi Madre y Virgen; ella te industrialará y encaminará tus pasos a mi agrado y beneplácito.”

7. Estaba delante esta Reina cuando el altísimo Señor me dijo estas palabras y no se dedignó la divina Princesa de admitir el oficio que Su Majestad le daba. Le aceptó benignamente y me dijo: “Hija mía, quiero que seas mi discípula y compañera. Yo seré tu maestra. Pero advierte que me has de obedecer con fortaleza y desde este día no se ha de reconocer en ti resabio de hija de Adán. Mi vida y las obras de mi peregrinación y las maravillas que obró el brazo poderoso del Altísimo conmigo, han de ser tu espejo y arancel de tu vida.” Me postré ante este real trono del Rey y Reina del universo y ofrecí obedecer en todo; y di gracias al Muy Alto por el beneficio que me hacía, tan sobre mis méritos, de darme tal amparo y guía. Renové en sus manos los votos de mi profesión y ofrecí de nuevo obedecerla y cooperar con todas mis fuerzas a la enmienda de mi vida. Me dijo el Señor: “Advierte y mira.” Lo hice, y vi una escala de muchas gradas, hermosísima, y con grande número de ángeles que la asistían y otros descendían y subían por ella. Y me dijo Su Majestad: “Esta es aquella escala de Jacob misteriosa (Gén 28,12) que es casa de Dios y puerta del cielo (ib. 17) si te dispusieres y tu vida fuere tal que no hallen reprensión mis ojos, subirás a mí por ella.”

8. Esta promesa incitaba mi deseo, fervorizaba mi voluntad y suspendía mi espíritu, y con muchas lágrimas me quejaba de ser yo misma grave para mí (Job 7,20) y pesada. Suspiraba por el fin de mi cautividad y por llegar adonde no hay óbice que pueda impedir el amor. Y con estas ansias gasté algunos días, procurando perfeccionar mi vida, confesándome generalmente de nuevo y reformando algunas imperfecciones; y siempre se continuaba la vista de la escala, pero no entendía su interpretación. Hice muchas promesas al Señor, proponiendo de nuevo apartarme de todo lo terreno y tener libre mi voluntad para sólo amarle, sin dejarla inclinar a cosa alguna, aunque fuese pequeña y sin sospecha; repudí y negué todo lo fabuloso y visible. Y pasados algunos días en estos afectos y disposición, el Altísimo me declaró cómo aquella escala era la vida de la santísima Virgen, sus virtudes y sacramentos. Y Su Majestad me dijo: “Quiero, esposa mía, subas por esta escala de Jacob y entres por esta puerta del cielo a conocer mis atributos y contemplar mi divinidad; sube, pues, y camina, sube por ella a mí. Estos ángeles que la asisten y acompañan son los que yo dediqué para su guarda y defensa y guarnición de esta ciudad de Sión; atiende y, meditando estas virtudes, trabaja por imitarlas.” Me pareció que subía por esta escala y que conocía la mayor de las maravillas y prodigio más inefable del Señor en pura criatura, la mayor santidad y perfección de virtudes que jamás obró el brazo del Omnipotente. Al fin de la escala vi al Señor de los señores y a la Reina de todo lo criado y me mandaron que por estos magníficos sacramentos le glorificase, alabase y ensalzase y que escribiese lo que de ellos entendiese. Me puso el excelso y

eminente Señor en estas tablas, mejores que las de Moisés, ley que meditase y observase, escrita con su dedo poderoso (Ex 31,18) Y movió mi voluntad, para que en su presencia se la manifestase a la purísima Reina, de que vencería mi resistencia y con su ayuda escribiría su Vida santísima, llevando atención a tres cosas: la primera, que se conozca la profunda reverencia que se debe a Dios eterno y cómo se ha de humillar más la criatura y abatir, cuando su inmensa Majestad se humana más con ella, y que el efecto de los mayores favores y beneficios ha de ser mayor temor, reverencia, atención y humildad; segunda, para que el linaje humano, olvidado de su remedio, advierta y conozca lo que debe a su Reina y Madre de piedad en las obras de la redención, el amor y reverencia que ella tuvo a Dios y el que debemos tener con esta gran Señora; la tercera, que quien gobierna mi alma y todo el mundo, si fuere conveniente, conozcan mi poquedad y vileza y el mal retorno que doy de lo que recibo.

9. A este mi deseo me respondió la Virgen santísima: “Hija mía, el mundo está muy necesitado de esta doctrina, porque no sabe, ni tiene debida reverencia al Señor omnipotente; y por esta ignorancia, la audacia de los mortales provoca a la rectitud de su justicia para afligirlos y oprimirlos y están poseídos de su olvido y oscurecidos con sus tinieblas, sin saber buscar el remedio ni atinar con la luz; y esto les viene por faltarles el temor y reverencia que debían tener.” Estos y otros avisos me dieron el Altísimo y la Reina para manifestarme su voluntad en esta obra. Y me pareció temeridad y poca caridad conmigo misma no admitir la doctrina y enseñanza que esta gran Señora ha prometido darme en el discurso de su santísima vida; y tampoco me pareció convenía dilatarlo para otro tiempo, porque el Altísimo me manifestó ser éste el oportuno y conveniente y sobre ello me dijo estas palabras: “Hija mía, cuando yo envié al mundo a mi Unigénito, estaba en el peor estado que había tenido desde el principio, fuera de los pocos que me servían; porque la naturaleza humana es tan imperfecta, que si no se reduce al gobierno interior de mi luz y al ejercicio de la enseñanza de mis ministros, sujetando su propio dictamen y siguiéndome a mí, que soy camino, verdad y vida (Jn 14,6) Y guardando mis mandamientos sin perder mi amistad, dará luego en el profundo de las tinieblas y en innumerables miserias, de abismo en abismo, hasta llegar a la obstinación en el pecado. Desde la creación y el pecado del primer hombre hasta la ley que di a Moisés, se gobernaron según sus propias inclinaciones y cometieron grandes yerros y pecados. Y aunque, después de la ley, los hacían por no obedecerla y así fueron caminando y alejándose más de la verdad y luz y llegando al estado del sumo olvido, yo con paternal amor envié la salud eterna y la medicina a la naturaleza humana para remedio de sus enfermedades incurables, con que justifiqué mi causa. Y como entonces atendí al tiempo que más resplandeciese esta misericordia, ahora quiero hacerles otra muy grande, porque es el tiempo oportuno de obrarla mientras llegue mi hora, en la cual hallará el mundo tantos cargos y tan sustanciados sus procesos, que conocerán la causa justa de mi indignación; en ella manifestaré mi enojo, justicia y equidad y cuán bien justificada está mi causa. Y para más hacerlo y porque es el tiempo en que el atributo de mi misericordia más se ha de manifestar y en que quiero que mi amor no esté ocioso. Ahora, cuando el mundo ha llegado a tan desdichado siglo, después que el Verbo encarnó, y cuando los mortales están más descuidados de su bien y menos le buscan; cuando más cerca de acabarse el día de su transitoria vida, al poner del sol del tiempo, y cuando se llega la noche de la eternidad a los malvados; cuando a los justos les nace el eterno día sin noche; cuando de los mortales los más están en las tinieblas de su ignorancia y culpas, oprimiendo a los justos y burlando de los hijos de Dios; cuando mi ley santa y divina se desprecia por la inicua materia de estado, tan odiosa como enemiga de mi providencia; cuando menos obligado me tienen los malos; mirando a los justos que hay en este tiempo para ellos aceptable, quiero abrir a todos una puerta, para que por ella entren a mi misericordia, y darles una lucerna, para que se alumbren en las tinieblas de su ceguera. Quiero darles oportuno remedio, si de él se quieren valer, para venir a mi gracia; y serán muy dichosos los que le hallaren y bienaventurados los que conocieren su valor; ricos, los que encontraren con este tesoro; felices y muy sabios, los que con reverencia le escudriñaren y entendieren sus enigmas y sacramentos. Quiero que sepan cuánto vale la intercesión de la que fue remedio de sus culpas, dando en sus entrañas vida mortal al Inmortal. Quiero que tengan por espejo, donde vean sus ingraticudes, las obras maravillosas de mi poderoso brazo con esta pura criatura y mostrarles muchas que están ocultas por mis altos juicios, de las que hice con la Madre del Verbo.

10. “En la primitiva Iglesia no los manifesté, porque son misterios tan magníficos, que se detuvieran los fieles en escudriñarlos y admirarlos, cuando era necesario que la ley de gracia y el evangelio se estableciese; y aunque todo fuera compatible, pero la ignorancia humana pudiera padecer algunos celos y dudas, cuando estaba tan en sus principios la fe de la encarnación y redención y los preceptos de la nueva ley evangélica; por esto dijo la persona del Verbo humanado a sus discípulos en la última cena: *Muchas cosas tenía que deciros, pero no estáis ahora dispuestos para recibirlas* (Jn 16,12) Habló en ellos a todo el mundo, que no ha estado dispuesto, hasta asentar la ley de gracia y la fe del Hijo, para introducir los misterios y fe de la Madre; y ahora es mayor la necesidad y ella me obliga más que su disposición. Y si me obligasen reverenciando, creyendo y conociendo las maravillas que en sí encierra la Madre de

piEDAD, y si todos solicitasen su intercesión, tendría el mundo algún reparo, si de corazón lo hiciesen. Y no quiero dejar de ponerles delante esta mística ciudad de refugio; descríbela y dibújala, como tu cortedad alcanzare. Y no quiero que sea esta descripción y declaración de su vida opiniones ni contemplaciones, sino la verdad cierta. Los que tienen oídos de oír, oigan, los que tienen sed, vengan a las cisternas disipadas (Je 2,13) los que quieren luz, síganla hasta el fin. Esto dice el Señor Dios omnipotente.”

11. Estas son las palabras que el Altísimo me dijo en la ocasión que he referido; y del modo cómo recibo esta doctrina y luz y cómo conozco al Señor, diré en el capítulo siguiente, cumpliendo con la obediencia que me lo ordena, y para dejar declarado en todos las inteligencias y misericordias que de este género recibo y referiré adelante.

CAPITULO 2

[Regresar al Principio](#)

Se declara el modo cómo el Señor manifiesta a mi alma estos misterios y vida de la Reina, en el estado que Su Majestad me ha puesto.

12. Para dejar advertido y declarado en lo restante de esta obra el modo con que me manifiesta el Señor estas maravillas, ha parecido conveniente poner en el principio de este capítulo, donde lo daré a entender como pudiere y me fuere concedido.

13. Después que tengo uso de razón, he sentido un beneficio del Señor, que le juzgo por el mayor de los que su liberal mano me ha hecho, y es haberme dado Su Alteza un temor íntimo y grande de perderle; y éste me ha provocado y movido a desear lo mejor y más seguro y siempre a obrarlo y pedirlo al Altísimo, que ha crucificado mis carnes con esta flecha (Sal 118,120) porque temí sus juicios y siempre vivo con este pavor, si perderé la amistad del Todopoderoso y si estoy en ella. Mi pan de día y de noche ha sido las lágrimas (Sal 41,4) que me causaba esta solicitud, de la cual me ha nacido en estos últimos tiempos que corren cuando los discípulos del Señor que profesan su virtud, es menester sean de los ocultos y que no se manifiesten el hacer grandes peticiones a Dios y solicitar la intercesión de la Reina y Virgen pura, suplicándole con todo mi corazón me guíe y encamine por un camino recto, oculto a los ojos de los hombres.

14. A estas repetidas peticiones me respondió el Señor: “No temas, alma, ni te aflijas, que yo te daré un estado y camino de luz y seguridad, de mi parte tan oculto y estimable, que, si no es el autor de él, no le conocerá; y todo lo exterior y sujeto a peligro te faltará desde hoy y tu tesoro estará escondido; guárdale de tu parte y consérvale con vida perfecta. Yo te pondré en una senda oculta, clara, verdadera y pura; camina por ella.” Desde entonces conocí mudanza en mi interior y un estado muy espiritualizado. Al entendimiento se le dio una nueva luz y se le comunica e infunde ciencia, con la cual conoce en Dios todas las cosas y lo que son en sí sus operaciones y se le manifiestan según es la voluntad del Altísimo que las conozca y vea. Es esta inteligencia y lumen que alumbrá, santo, suave y puro, sutil, agudo, noble, cierto y limpio (Sab 7,22) hace amar el bien y reprobar el mal; es un vapor de la virtud de Dios y emanación sencilla de su luz (Ib. 25) la cual se me pone, como espejo, delante el entendimiento y con la parte superior del alma y vista interior veo mucho; porque el objeto, con la luz que de él reverbera, se conoce ser infinito, aunque los ojos son limitados y corto el entendimiento. Esta vista es como si el Señor estuviese asentado en un trono de grande majestad, donde se conocieran sus atributos con distinción debajo del límite de la mortalidad; porque le cubre uno como cristal purísimo que media y por él se conocen y divisan estas maravillas y atributos o perfecciones de Dios con grande claridad y distinción, aunque con aquel velo o medio, que impide el verle del todo, inmediata o intuitivamente y sin velo, que es éste como cristal que he dicho. Pero el conocimiento de lo que encubre no es penoso, sino admirable para el entendimiento; porque se entiende que es infinito el objeto y limitado el que le mira y le da esperanzas que, si lo granjea, se correrá aquel velo y quitará lo que media cuando se desnude el alma de la mortalidad del cuerpo (2 Cor 5,4).

15. En este conocimiento hay modos o grados de ver de parte del Señor, según es la voluntad divina mostrarlo, porque es espejo voluntario. Unas veces se manifiesta más claramente, otras menos; unas veces se muestran unos misterios ocultando otros, y siempre grandes. Y esta diferencia suele seguir también la disposición del alma; porque si no está con toda quietud y paz, o ha cometido alguna culpa o imperfección, por pequeña que sea, no se alcanza a ver esta luz en el modo que digo y donde se conoce al Señor con tanta claridad y certeza, que no deja duda alguna de lo que se entiende. Pero primero y mejor se conoce ser Dios el que está presente, que se entienda todo lo que Su Majestad habla. Y este conocimiento hace una fuerza suave, fuerte y eficaz para amar, servir y obedecer al Altísimo. En esta claridad

se conocen grandes misterios: cuánto vale la virtud y cuán preciosa cosa es tenerla y obrarla; se conoce su perfección y seguridad; siéntese una virtud y fuerza que compele a lo bueno y hace oposición y pugna con lo malo y con las pasiones y muchas veces las vence; y si el alma goza de esta luz y vista, y no la pierde, no es vencida (Sab 7,30) porque la da ánimo, fervor, seguridad y alegría; cuidadosa y solícita, llama y levanta, da ligereza y brío, llevando tras de sí lo superior del alma a lo inferior, y aun el cuerpo se aligera y queda como espiritualizado por aquel tiempo, suspendiéndose su gravamen y peso.

16. Y como el alma conoce y siente estos dulces efectos, con amoroso afecto dice al Altísimo: *Trahe me post te* (Cant 1,3) y correremos juntos; porque, unida con su amado, no siente las operaciones terrenas; y dejándose llevar del dolor de estos unguentos de su querido, viene a estar más donde ama que donde anima; deja desierta la parte inferior y, cuando la vuelve a buscar, es para perfeccionarla, reformando y como degollando estos animales apetitos de las pasiones; y si tal vez se quieren rebelar, los arroja el alma con velocidad, porque ya no vivo yo, pero Cristo vive en mí (Gál 2,20).

17. Siéntese aquí por cierto modo en todas las operaciones santas y movimientos la asistencia del espíritu de Cristo, que es Dios y es vida del alma (1 Jn 5,11-12) conociéndose en el fervor, en el deseo, en la luz, en la eficacia para obrar, una fuerza interior que sólo Dios la puede hacer. Siéntese la continuación y virtud de esta luz y el amor que causa y una habla íntima, continuada y viva, que hace atender a todo lo que es divino y abstrae de lo terreno; en que se manifiesta vivir Cristo en mí, su virtud y luz, que siempre luce en las tinieblas. Esto es propiamente estar en los atrios de la casa del Señor, porque está el alma a la vista donde reverbera la claridad de la lucerna del Cordero (Ap 21,23).

18. No digo que es toda la luz, pero es parte; y esta parte es un conocimiento sobre las fuerzas y virtud de la criatura. Y para esta vista anima el Altísimo al entendimiento, dándole una cualidad y lumen para que esta potencia se proporcione con el conocimiento, que es sobre sus fuerzas; y esto también se entiende y conoce en este estado con la certeza que se creen o conocen las demás cosas divinas, pero aquí también acompaña la fe; y en este estado muestra el Todopoderoso al alma el valor de esta ciencia y lumbre que le infunde; no se puede extinguir su luz, y todos los bienes me vinieron juntos con ella y por sus manos una honestidad de grande precio. Esta lucerna va delante de mí, enderezando mis caminos; la aprendí sin ficción y deseo comunicarla sin envidia y no esconder su honestidad; es participación de Dios y su uso es buen deleite y alegría (Sab 7,10-13). De improviso enseña mucho y reduce el corazón y con fuerza poderosa lleva y aparta de lo engañoso, en lo cual, sólo mirándolo a esta luz, se halla una inmensidad de amargura, con que más se aleja de esto momentáneo y corriendo huye el alma al sagrado y refugio de la verdad eterna y entra en la bodega del adobado vino, donde ordena el Muy Alto en mí la caridad (Cant 2,4). Y con ella me compele a que sea paciente y sin envidia, que sea benigna sin ofender a nadie, que no sea soberbia, ni ambiciosa, que no me aïre, ni piense mal de nadie, que todo lo sufra y lo tolere (1 Cor 13,4) siempre me da voces (Prov 8,1) y amonesta en mi secreto con fuerza poderosa, para que obre lo más santo y puro, enseñándomelo en todo; y si falto, aun en lo más pequeño, me reprende sin disimular cosa alguna.

19. Esta es luz que a un mismo tiempo alumbrá, fervoriza, enseña, reprende, mortifica y vivifica, llama y detiene, amonesta y compele; enseña con distinción el bien y el mal, lo encumbrado y lo profundo, la longitud y latitud (Ef 3,18) el mundo, su estado, su disposición, sus engaños, fabulaciones y falacias de sus moradores y amadores y, sobre todo, me enseña a hallarlo y pisarlo y levantarme al Señor, mirándole como a supremo dueño y gobernador de todo. Yen Su Majestad veo y conozco la disposición de las cosas, las virtudes de los elementos, el principio, medio y fin de los tiempos y sus mutaciones y variedad, el curso de los años, la armonía de todas las criaturas y sus cualidades (Sab 7,17-20) todo lo escondido, los hombres, sus operaciones y pensamientos y lo que distan de los del Señor; los peligros en que viven y sus caminos siniestros por donde corren; los estados, los gobiernos, su momentánea firmeza y poca estabilidad; lo que es todo su principio y su fin, lo que tienen de verdad o de mentira. Todo esto se ve y conoce en Dios distintamente con esta luz, conociendo las personas y condiciones. Pero descendiendo a otro estado más inferior y que el alma tiene de ordinario, en que usa de la sustancia y hábito de la luz, aunque no de toda su claridad, en éste hay alguna limitación de aquel conocimiento tan alto de personas y estados, secretos y pensamientos que he dicho; porque aquí, en este inferior lugar, no tengo más conocimiento de lo que basta para apartarme del peligro y huir del pecado, compadeciéndome con verdadera ternura de las personas, sin darme licencia para hablar con claridad con nadie, ni descubrir lo que conozco; ni pudiera hacerlo, porque parece quedo muda, si no es cuando el autor de estas obras tal vez da licencia y ordena que amoneste a algún prójimo, pero no ha de ser declarando el modo, sino hablando al corazón con razones llanas, lisas, comunes y caritativas en Dios y pedir por estas necesidades, que para esto me lo enseñan.

20. Y aunque todo esto he conocido con claridad, jamás el Señor me ha mostrado el fin malo de ninguna alma que se haya condenado; y ha sido providencia divina, porque es así justo y no se ha de manifestar la condenación de nadie sin grandes fines y, porque si lo conociera, juzgo muriera de pena; y fuera efecto del conocimiento de esta luz, porque es gran lástima ver que alguna alma carezca para siempre de Dios; y le he suplicado no me muestre ninguno que se condene; si puedo librar con la vida a alguno que esté en pecado, no rehusaré el trabajo, ni que el Señor me lo muestre; pero el que no tiene remedio, no le vea yo.

21. Me dan esta luz, no para que declare mi sacramento en particular, sino para que con prudencia y sabiduría use de él. Quédame este lumen como una sustancia que vivifica aunque es accidente que emana de Dios y un hábito para usar de él, ordenando bien los sentidos y parte inferior; pero en la superior del espíritu siempre goza de una visión y habitación de paz; y conozco intelectualmente todos los misterios y sacramentos que se me muestran de la vida de la Reina del cielo y otros muchos de la fe, que casi incesantemente tengo presentes; a lo menos la luz nunca la pierdo de vista. Y si alguna vez desciendo, como criatura, con atención a la conversación humana, luego me llama el Señor con rigor y fuerza suave y me vuelve a la atención de sus palabras y locuciones y al conocimiento de estos sacramentos, gracias y virtudes y obras exteriores e interiores de la Madre Virgen, como iré declarando.

22. A este modo, y en los estados y luz que digo, veo también y conozco a la misma Reina y Señora nuestra, cuando me habla y a los santos ángeles y su naturaleza y excelencia; y unas veces los conozco y veo en el Señor y otra en sí mismos, pero con diferencia, porque, para conocerlos en sí mismos, desciendo algún grado más inferior; y también conozco esto; y resulta de la diferencia de los objetos y el modo de mover al entendimiento. En este grado más inferior veo, hablo y, entiendo a los santos príncipes, conversan conmigo y me declaran muchos de los misterios que el Señor me ha mostrado; y la Reina del cielo me declara y manifiesta los de su santísima vida y los sucesos admirables de ella; y con distinción conozco a cada una de estas personas por sí, sintiendo los efectos divinos que cada cual respectivamente hace en el alma.

23. En el Señor los veo como en espejo voluntario, mostrándome Su Majestad los santos que quiere y como gusta, con una claridad grande y efectos más superiores; porque se conoce con admirable luz el mismo Señor y a los santos y sus excelentes virtudes y maravillas y cómo las obraron con la gracia y en cuya virtud todo lo pudieron ^(Flp 4,13) Y en este conocimiento queda la criatura más abundante y adecuadamente llena de gozo, que la llena de más virtud y satisfacción y queda como en el descanso de su centro; porque cuanto es más intelectual y menos corpóreo e imaginario, es la luz más fuerte y los efectos más altos, mayor la sustancia y certeza que se siente. Pero también hay aquí una diferencia, que se conoce ser más superior la vista o conocimiento del mismo Señor y de sus atributos y perfecciones, y sus efectos son dulcísimos e inefables; y que es grado más inferior ver y conocer las criaturas aun en el mismo Señor; y esta inferioridad me parece que en parte nace de la misma alma, que, como su vista es tan limitada, no atiende tanto ni conoce a Dios con las criaturas, como a sólo Su Majestad sin ellas; y esta vista sola parece que tiene más plenitud de gozo que el ver en Dios las criaturas; tan delicado es este conocimiento de la divinidad, que atender en ella a otra cosa le impide algo, a lo menos mientras somos mortales.

24. En el otro estado más inferior del que he dicho, veo a la Virgen santísima en sí misma y a los ángeles; entiendo y conozco el modo de enseñarme y hablarme e ilustrarme, que es semejante y a la manera que los mismos ángeles se dan luz y comunican y hablan unos a otros y alumbran los superiores a los inferiores. El Señor da esta luz como primera causa, pero de aquélla participada, que esta Reina goza con tanta plenitud, la comunica a la parte superior del alma, conociendo yo a Su Alteza y sus prerrogativas y sacramentos del modo que el ángel inferior conoce lo que le comunica el superior. También se conoce por la doctrina que enseña y por la eficacia que tiene y por otras condiciones que se sienten y gustan de la pureza, alteza y verdad de la visión, donde nada oscuro, impuro, falso o sospechoso se reconoce y nada santo, limpio y verdadero se deja de reconocer. Lo mismo me sucede en su modo con los santos príncipes; y así me lo ha mostrado muchas veces el Señor que la comunicación e ilustración con mi interior es como la tienen ellos entre sí mismos. Y muchas veces me sucede que pasa la iluminación por todos estos arcaduces y conductos: que el Señor da la inteligencia y luz, o el objeto de ella, y la Virgen santísima la declara y los ángeles me dan los términos. Otras veces, y lo más ordinario, lo hace todo el Señor y me enseña la doctrina; otras lo hace la Reina, dándole ella todo, y otras los ángeles. Y también suelen darme la inteligencia sola, y los términos para declararme los tomo yo de lo que tengo entendido; y en esto podría errar, si lo permitiese el Señor, porque soy mujer ignorante y me valgo de lo que he oído; y cuando tengo alguna dificultad en declarar las inteligencias, acudo a mi maestro y padre espiritual en las materias más arduas y difíciles.

25. Visiones corpóreas en estos tiempos y estados tengo muy pocas veces, pero algunas imaginarias sí; y éstas son en grado mucho más inferior a todos los que tengo dichos, que son muy superiores y espirituales o intelectuales. Y lo que puedo asegurar es que en todas las inteligencias, grandes y pequeñas, inferiores y superiores, del Señor y de la Virgen santísima y de los santos ángeles, en todas ellas recibo abundantísima luz y doctrina muy provechosa, en que veo y conozco la verdad, la mayor perfección y santidad; y siento una fuerza y luz divina que me compele a desear la mayor pureza del alma y la gracia del Señor y morir por ella y obrar en todo lo mejor. Y con estos grados y modos de inteligencias que he dicho, conozco todos los misterios de la vida de la Reina del cielo con grande provecho y júbilo de mi espíritu. Por lo cual de todo mi corazón y mente magnifico al Todopoderoso, le engrandezco, adoro y confieso por santo y omnipotente Dios, fuerte y admirable, digno de alabanza, magnificencia, gloria y reverencia por todos los siglos. Amén.

CAPITULO 3

[Regresar al Principio](#)

De la inteligencia que tuve de la divinidad y del decreto que Dios tuvo de criar todas las cosas.

26. ¡Oh Rey altísimo y sapientísimo Señor, cuán incomprensibles son tus juicios y tus caminos investigables (Rom 11,33)! Dios invicto, que has de permanecer para siempre (Eclo 18,1) y no se te conoce origen ¿quién podrá conocer tu grandeza y bastará para contar tus magníficas obras? ¿Y quién te podrá decir por qué así lo hiciste? Pues tú eres altísimo sobre todos y nuestra vista no te puede alcanzar, ni nuestro entendimiento comprender. ¡Bendito seas, Rey magnífico, porque te dignaste mostrar a esta tu esclava y vil gusanillo grandes sacramentos y altísimos misterios, levantando mi habitación y suspendiendo mi espíritu adonde vi lo que no sabré decir! Vi al Señor y Criador de todos; vi una Alteza en sí misma antes de criar otra cosa alguna; ignoro el modo cómo se me mostró, más no lo que vi y entendí. Y sabe Su Majestad, que todo lo comprende, que para hablar de su deidad mi pensar se suspende, mi alma se conturba, mis potencias en sus operaciones se atajan y toda la parte superior deja a la inferior desierta, despidiendo a los sentidos y vuela adonde ama, desamparando a quien anima; y en estos desalientos y deliquios amorosos, mis ojos derraman lágrimas y enmudece mi lengua. ¡Oh altísimo e incomprensible Señor mío, objeto infinito de mi entendimiento, cómo a tu vista, porque eres sin medida y eterno, me hallo aniquilada y mi ser se pega con el polvo y apenas diviso lo que soy! ¿Cómo esta pequeñez y miseria se atreve a mirar tu magnificencia y grande majestad? Anima, Señor, mi ser, fortalece mi vista y da aliento a mi pavor, para que pueda referir lo que he visto y obedecer tu mandamiento.

27. Vi al Altísimo con el entendimiento, cómo estaba Su Alteza en sí mismo, y tuve clara inteligencia con una noticia verdadera de que es un Dios infinito en sustancia y atributos, eterno, suma trinidad en tres personas y un solo Dios verdadero; tres, porque se ejercitan las operaciones de conocerse, comprenderse y amarse; y sólo uno, por conseguir el bien de la unidad eterna. Es trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre no es hecho, ni criado, ni engendrado, ni puede serlo, ni tener origen. Conocí que el Hijo le trae del Padre sólo por eterna generación y son iguales en duración de eternidad y es engendrado de la fecundidad del entendimiento del Padre. El Espíritu Santo procede del Padre y el Hijo por amor. En esta individual Trinidad no hay cosa que se pueda decir primera ni postrera, mayor ni menor; todas tres personas en sí son igualmente eternas y eternamente iguales; que es una unidad de esencia en trinidad de personas y un Dios en la individual trinidad y tres personas en la unidad de una sustancia. Y no se confunden las personas por ser un Dios, ni se aparta o se divide la sustancia por ser tres personas; y siendo distintas en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, es una misma la divinidad, igual la gloria y la majestad, el poder, la eternidad, inmensidad, sabiduría y santidad y todos los atributos. Y aunque son tres las personas en quien subsisten estas perfecciones infinitas, es uno solo el Dios verdadero, el santo, justo, poderoso, eterno y sin medida.

28. Tuve también inteligencia de que esta divina Trinidad se comprende con una vista simple y sin que sea necesaria nueva ni distinta noticia; sabe el Padre lo que el Hijo, y el Hijo y el Espíritu Santo lo que el Padre; y que se aman entre sí recíprocamente con un mismo amor inmenso y eterno; y es una unidad de entender, amar y obrar, igual e indivisible; que es una simple, incorpórea, indivisible naturaleza, un ser de Dios verdadero, en quien están en supremo e infinito grado todas las perfecciones juntas Y recopiladas.

29. Conocí la condición de estas perfecciones del Altísimo, que es hermoso sin fealdad, grande sin cantidad, bueno sin

calidad, eterno sin tiempo, fuerte sin flaqueza, vida sin mortalidad, verdadero sin falsedad; presente en todo lugar, llenándole sin ocuparle, que está en todas las cosas sin extensión; no tiene contradicción en la bondad, ni defecto en la sabiduría; es en ella inestimable, en consejo terrible, en juicios justo, en pensamientos secretísimo, en palabras verdadero, en obras santo, en tesoros rico; a quien ni el espacio le ensancha, ni la estrechez de lugar es angosta, ni la voluntad es varia, ni lo triste lo conturba, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden; a quien ni el origen dio principio, ni el tiempo dará fin. ¡Oh inmensidad eterna, qué interminables espacios en ti he visto! ¡Qué infinidad reconozco en vuestro ser infinito! No se termina la vista, ni se acaba mirando a este objeto ilimitado. Este es el ser inconmutable, el ser sobre todo ser, la santidad perfectísima, la verdad constantísima; esto es lo infinito, la latitud, longitud, la altura y profundidad, la gloria y su causa, el descanso sin fatiga, la bondad en grado inmenso. Todo lo vi junto y no acierto a decir lo que vi.

30. Vi al Señor cómo estaba antes de criar cosa alguna y con admiración reparé dónde tenía su asiento el Altísimo, porque no había cielo empíreo, ni los demás inferiores, ni sol, luna ni estrellas, ni elementos, y sólo estaba el Criador sin haberlo criado. Todo estaba desierto, sin el ser de los ángeles, ni de los hombres, ni de los animales; y por esto conocí que de necesidad se había de conceder estaba Dios en su mismo ser y que de ninguna cosa de las que crió tuvo necesidad, ni las hubo menester, porque tan infinito era en atributos antes de criarlas como después; y en toda su eternidad los tuvo y los tendrá, por estar como en sujeto independiente e increado. Y ninguna perfección perfecta y simple puede faltar a su divinidad, porque ella sola es la que es y contiene todas las perfecciones que se hallan en todas las criaturas por inefable y eminente modo, y todo cuanto tiene ser está en aquel ser infinito como efectos en su causa.

31. Conocí, pues, que en el estado de su mismo ser estaba el Altísimo, cuando entre las tres divinas personas a nuestro entender se decretó el comunicar sus perfecciones de manera que hiciesen dones de ellas. Y es de advertir, para mejor declararme, que Dios entiende todas las cosas con un acto en sí mismo indivisible y simplicísimo y sin discurso; y no procede del conocimiento de una cosa a conocer otra, como nosotros procedemos, discurrendo y conociendo primero una con un acto del entendimiento y luego otra con otro; porque Dios todas las conoce juntamente de una vez, sin que haya en su entendimiento infinito primero ni postrero, que allí todas están juntas en la noticia y ciencia divina increada, como lo están en el ser de Dios, donde se encierran y contienen como en primer principio.

32. En esta ciencia, que primero se llama de simple inteligencia, según la natural precedencia del entendimiento a la voluntad, se ha de considerar en Dios un orden, no de tiempo, mas de naturaleza, según el cual orden, primero entendemos que tuvo acto de entendimiento que de voluntad; porque primero consideramos sólo el acto de entender, sin decreto de querer criar alguna cosa. Pues en este estado o instante confirieron las tres divinas personas, con aquel acto de entender, la conveniencia de las obras *ad extra* y de todas las criaturas que han sido y serán futuras.

33. Y porque Su Majestad quiso dignarse de responderme al deseo que le propuse, indigna, de saber el orden que tuvo, o el que nosotros debemos entender, en la determinación de criar todas las cosas -y yo lo pedía para saber el lugar que en la mente divina tuvo la Madre de Dios y Reina nuestra diré, como pudiere, lo que se me respondió y manifestó y el orden que entendí en estas ideas en Dios, reduciéndolo a instantes; porque sin esto no se puede acomodar a nuestra capacidad la noticia de esta ciencia divina, que ya se llama aquí ciencia de visión, adonde pertenecen las ideas o imágenes de las criaturas que decretó criar y tiene en su mente ideadas, conociéndolas infinitamente mejor que nosotros las vemos y conocemos ahora.

34. Pues aunque esta divina ciencia es una y simplicísima e indivisible, pero como las cosas que mira son muchas, y entre ellas hay orden, que unas son primero y otras después, unas tienen ser o existencia por otras con dependencia de las unas a las otras; por esto, es necesario dividir la ciencia de Dios, y lo mismo la voluntad, en muchos instantes o en muchos actos que correspondan a diversos instantes, según el orden de los objetos; y así decimos que Dios entendió y determinó primero esto que aquello y lo uno por lo otro; y que si primero no quisiera o conociera con ciencia de visión una cosa, no quisiera la otra. Y no por esto se ha de entender que tuvo Dios muchos actos de entender ni querer; mas queremos significar que las cosas están entre sí encadenadas y suceden unas a otras; e imaginándolas con este orden objetivo, refundimos, para entenderlas mejor, el mismo orden en los actos de la divina ciencia y voluntad.

CAPITULO 4

[Regresar al Principio](#)

Se distribuyen por instantes los divinos decretos, declarando lo que en cada uno determinó Dios acerca de su comunicación ad extra.

35. Este orden entendí que se debía distribuir por los instantes siguientes. El primero es en el que conoció Dios sus divinos atributos y perfecciones, con la propensión e inefable inclinación a comunicarse fuera de sí; y éste fue el primer conocimiento de ser Dios comunicativo *ad extra*, mirando Su Alteza la condición de sus infinitas perfecciones, la virtud y eficacia que en sí tenían para obrar magníficas obras. Vio que tan suma bondad era convenientísima en su equidad, y como debido y forzoso, comunicarse, para obrar según su inclinación comunicativa y ejercer su liberalidad y misericordia, distribuyendo fuera de sí con magnificencia la plenitud de sus infinitos tesoros encerrados en la divinidad. Porque, siendo todo infinito, le es mucho más natural hacer dones y gracias que al fuego subir a su esfera, a la piedra bajar al centro y al sol derramar su luz; y este mar profundo de perfecciones, esta abundancia de tesoros, esta infinidad impetuosa de riquezas, todo se encamina a comunicarse por su misma inclinación y por el querer y saber del mismo Dios, que se comprendía y sabía que el hacer dones y gracias comunicándose no era disminuirlas, 'mas en el modo posible acrecentarlas, dando vertiente a aquel manantial inextinguible de riquezas.

36. Todo esto miró Dios en aquel primer instante, después de la comunicación *ad intra* por las eternas emanaciones, y mirándolo se halló como obligado de sí mismo a comunicarse *ad extra*, conociendo ser santo, justo, misericordioso y piadoso el hacerlo; pues nadie se lo podía impedir y, conforme a nuestro modo de entender, podemos imaginar no estaba Dios quieto ni sosegado del todo en su misma naturaleza hasta llegar al centro de las criaturas, donde y con quien tiene sus delicias (Prov 8,31) con hacerlas participantes de su divinidad y perfecciones.

37. Dos cosas me admiran, suspenden y enternecen mi tibio corazón, dejándole aniquilado en este conocimiento y luz que tengo: la primera es aquella inclinación y peso que vi en Dios y la fuerza de su voluntad para comunicar su divinidad y los tesoros de su gloria; la segunda es la inmensidad inefable e incomprensible de los bienes y dones que conocí quería distribuir, como que los señalaba destinándolos para esto, y quedándose infinito, como si nada diera. Y en esta inclinación y deseo que su grandeza tenía, conocí estaba dispuesto para santificar, justificar y llenar de dones y perfecciones a todas las criaturas juntas y a cada una de por sí, dando a cada una más que tienen todos los santos ángeles y serafines todos juntos, aunque las gotas del mar y sus arenas, las estrellas, plantas, elementos y todas las criaturas irracionales fueran capaces de razón y de sus dones, como de su parte se dispusieran y no tuvieran óbice que lo impidiera. ¡Oh terribilidad del pecado y su malicia, que tú sola bastas para detener la impetuosa corriente de tantos bienes eternos!

38. El segundo instante fue conferir y decretar esta comunicación de la divinidad con la razón y motivos de que fuese para mayor gloria *ad extra* y exaltación de Su Majestad con la manifestación de su grandeza. Y esta exaltación propia miró Dios en este instante como fin de comunicarse y darse a conocer en la liberalidad de derramar sus atributos y usar de su omnipotencia, para ser conocido, alabado y glorificado.

39. El tercer instante fue conocer y determinar el orden y disposición o el modo de esta comunicación en la forma que se consiguiese el más glorioso fin de obrar tan ardua determinación: el orden que había de haber en los objetos y el modo y diferencia de comunicárseles la divinidad y atributos; de suerte que aquel como movimiento del Señor tuviese honesta razón y proporcionados objetos y que entre ellos se hallase la más hermosa y admirable disposición, armonía y subordinación. En este instante se determinó en primer lugar que el Verbo divino tomase carne y se hiciese visible y se decretó la perfección y compostura de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor y quedó fabricada en la mente divina; y en segundo lugar, para los demás a su imitación, ideando la mente divina la armonía de la humana naturaleza con su adorno y compostura de cuerpo orgánico y alma para él, con sus potencias para conocer y gozar de su Criador, discerniendo entre el bien y el mal, con voluntad libre para amar al mismo Señor.

40. Y esta unión hipostática de la segunda persona de la santísima Trinidad con la naturaleza humana, entendí que era como forzoso fuese la primera obra y objeto adonde primero saliese el entendimiento y voluntad divina *ad extra*, por altísimas razones que no podré explicar. Una es porque, después de haberse Dios entendido y amado en sí mismo, el mejor orden era conocer y amar a lo que era más inmediato a su divinidad, cual es la unión hipostática. Otra razón es porque también debía la divinidad sustancialmente comunicarse *ad extra*, habiéndose comunicado *ad intra*, para que la

intención y voluntad divina comenzase por el fin más alto sus obras y se comunicasen sus atributos con hermosísimo orden; y aquel fuego de la divinidad obrase primero y todo lo posible en lo que estaba más inmediato a él, como era la unión hipostática, y primero comunicase su divinidad a quien hubiese de llegar al más alto y excelente grado después del mismo Dios en su conocimiento y amor, operaciones y gloria de su misma deidad; porque no se pusiera Dios a nuestro bajo modo de entender como a peligro de quedarse sin conseguir este fin, que sólo él era el que podía tener proporción y como justificación de tan maravillosa obra. También era conveniente y como necesario, si Dios quería criar muchas criaturas, que las criase con armonía y subordinación y que ésta fuese la más admirable y gloriosa que ser pudiese. Y conforme a esto, habían de tener una que fuese cabeza y suprema a todas y, cuanto fuese posible, inmediata y unida con Dios y que por ella pasasen todos y llegasen a su divinidad. Y por estas y otras razones que no puedo explicar, sólo en el Verbo humano se pudo satisfacer a la dignidad de las obras de Dios; y con él había hermosísimo orden en la naturaleza y sin él no le hubiera.

41. El cuarto instante fue decretar los dones y gracias que se le habían de dar a la humanidad de Cristo Señor nuestro, unida con la divinidad. Aquí desplegó el Altísimo la mano de su liberal omnipotencia y atributos para enriquecer aquella humanidad santísima y alma de Cristo con la abundancia de dones y gracias en la plenitud y grado posible. Y en este instante se determinó lo que dijo después David (*Sal 45,5*) *El ímpetu del río de la divinidad alegra la ciudad de Dios*, encaminándose el corriente de sus dones a esta humanidad del Verbo, comunicándole toda la ciencia infusa y beata, gracia y gloria, de que su alma santísima era capaz y convenía al sujeto que juntamente era Dios y hombre verdadero y cabeza de todas las criaturas capaces de la gracia y gloria, que de aquel impetuoso corriente había de resultar en ellas con el orden que resultó.

42. A este mismo instante, consiguientemente y como en segundo lugar, pertenece el decreto y predestinación de la Madre del Verbo humanado; porque aquí entendí fue ordenada esta pura criatura, antes que hubiese otro decreto de criar otra alguna. Y así fue primero que todas concebida en la mente divina, como y cual pertenecía y convenía a la dignidad, excelencia y dones de la humanidad de su Hijo santísimo; y a ella se encaminó luego inmediatamente con él todo el ímpetu del río de la divinidad y sus atributos, cuanto era capaz de recibirle una pura criatura y como convenía para la dignidad de Madre.

43. En la inteligencia que tuve de estos altísimos misterios y decretos, confieso me arrebató la admiración, llevándome fuera de mi propio ser; y conociendo a esta santísima y purísima criatura, formada y criada en la mente divina desde *ab initio* y antes que todos los siglos, con alborozo y júbilo de mi espíritu magnifico al Todopoderoso por el admirable y misterioso decreto que tuvo de criarnos tan pura, grande, mística y divina criatura, más para ser admirada con alabanza de todas las demás que para ser descrita de ninguna; y en esta admiración pudiera yo decir lo que san Dionisia Areopagita (*Epistola ad Paulum* (apócrifa). San Dionisio Areopagita (hoy sabemos que es el Pseudos-Dionisio), según su testimonio en *De divinis nominibus*, L. I, cap. 3, estuvo presente con los apóstoles en la sepultura de la Virgen. La autora alude a una de estas tradiciones, todavía admitidas en su época) **que si la fe no me enseñara y la inteligencia de lo que estoy mirando no me diera a conocer que es Dios quien la está formando en su idea y que sola su omnipotencia podía y puede formar tal imagen de su divinidad, si no se me mostrara todo a un tiempo, pudiera dudar si la Virgen Madre tenía en sí divinidad.**

44. ¡Oh, cuántas lágrimas producen mis ojos y qué dolorosa admiración siente mi alma de ver que este divino prodigio no sea conocido, ni esta maravilla del Altísimo no sea manifiesta a todos los mortales! Mucho se conoce, pero ignorase mucho más, porque este libro sellado no ha sido abierto. Suspensa quedo en el conocimiento de este tabernáculo de Dios y reconozco a su autor por más admirable en su formación que en el resto de todo lo demás criado e inferior a esta Señora; aunque la diversidad de criaturas manifiesta con admiración el poder de su Criador, pero en sola esta Reina de todas se encierran y contienen más tesoros que en todas juntas, y la variedad y precio de sus riquezas engrandecen al Autor sobre todas las criaturas juntas.

45. Aquí a nuestro entender se le dio palabra al Verbo y se le hizo como contrato de la santidad, perfección y dones de gracia y gloria que había de tener la que había de ser su Madre; y la protección, amparo y defensa que se tendría de esta verdadera ciudad de Dios, en quien contempló Su Majestad las gracias y merecimientos que por sí había de adquirir esta Señora y los frutos que había de granjear para su pueblo con el amor y retorno que daría a Su Majestad. En este mismo instante, y como en tercero y último lugar, determinó Dios criar lugar y puesto donde habitasen y fuesen conversables el Verbo humanado y su Madre; y en primer lugar, para ellos y por ellos solos crió el cielo y tierra con sus astros y elementos y lo que en ellos se contiene; y el segundo intento y decreto fue para los miembros de que fuese

cabeza y vasallos de quien fuese rey; que con providencia real se dispuso y previno de antemano todo lo necesario y conveniente.

46. Paso al quinto instante, aunque ya topé lo que buscaba. En este quinto, fue determinada la creación de la naturaleza angélica que, por ser más excelente y correspondiente en ser espiritual a la divinidad, fue primero prevista, y decretada su creación y disposición admirable de los nueve coros y tres jerarquías. Y siendo criados de primera intención para gloria de Dios y asistir a su divina grandeza y que le conociesen y amasen, consiguiente y secundariamente fueron ordenados para que asistiesen, glorificasen y honrasen, reverenciasen y sirviesen a la humanidad deificada en el Verbo eterno, reconociéndola por cabeza, y en su Madre santísima María, Reina de los mismos ángeles, y les fuese dada comisión para que por todos sus caminos los llevasen en las manos (Sal 90,12). Y en este instante les mereció Cristo Señor nuestro con sus infinitos merecimientos, presentes y previstos, toda la gracia que recibiesen; y fue instituido por su cabeza, ejemplar y supremo Rey, de quien eran vasallos; y aunque fuera infinito el número de los ángeles, fueron suficientísimos los méritos de Cristo para merecerles la gracia.

47. A este instante toca la predestinación de los buenos y reprobación de los malos ángeles; y en él vio y conoció Dios, con su infinita ciencia, todas las obras de los unos y de los otros con el orden debido, para predestinar con su libre voluntad y liberal misericordia a los que le habían de obedecer y reverenciar y para reprobado con su justicia a los que se habían de levantar contra Su Majestad en soberbia e inobediencia por su desordenado amor propio. Y al mismo instante fue la determinación de criar el cielo empíreo, donde se manifestase su gloria y premiase en ella a los buenos, y la tierra y lo demás para otras criaturas, y en el centro o profundo de ella el infierno para castigo de los malos ángeles.

48. En el sexto instante fue determinado criar pueblo y congregación de hombres para Cristo, ya antes predeterminado en la mente y voluntad divina, y a cuya imagen y semejanza se decretó la formación del hombre, para que el Verbo humanado tuviese hermanos semejantes e inferiores y pueblo de su misma naturaleza, de quien fuese cabeza. En este instante se determinó el orden de la creación de todo el linaje humano, que comenzase de uno solo y de una mujer y de ellos se propagase hasta la Virgen y su Hijo por el orden que fue concebido. Se ordenó por los merecimientos de Cristo nuestro bien, la gracia y dones que se les había de dar y la justicia original si querían perseverar en ella; se vio la caída de Adán y de todos en él, fuera de la Reina, que no entró en este decreto; se ordenó el remedio y que fuese pasible la humanidad santísima; fueron escogidos los predestinados por liberal gracia y reprobados los condenados por la recta justicia; se ordenó todo lo necesario y conveniente a la conservación de la naturaleza y a conseguir este fin de la redención y predestinación, dejando su voluntad libre a los hombres, porque esto era más conforme a su naturaleza y a la equidad divina; y no se les hizo agravio, porque si con el libre albedrío pudieron pecar, con la gracia y luz de la razón pudieran no hacerlo, y Dios a nadie había de violentar, como tampoco a nadie falta ni le niega lo necesario; y si escribió su ley en todos los corazones humanos, ninguno tiene disculpa en no le reconocer y amar como a sumo bien y autor de todo lo criado.

49. En la inteligencia de estos misterios conocía con grande claridad y fuerza los motivos tan altos que los mortales tienen de alabar y adorar la grandeza del Criador y Redentor de todos, por lo que en estas obras se manifestó y engrandeció; y también conocía cuán tardos son en el conocimiento de estas obligaciones y en el retorno de tales beneficios, y la querrela e indignación que el Altísimo tiene de este olvido. Y me mandó y me exhortó Su Majestad no cometiese yo tal ingratitude, pero que le ofreciese sacrificio de alabanza y cantar nuevo y le magnificase por todas las criaturas.

50. ¡Oh altísimo e incomprensible Señor mío, quién tuviera el amor y perfecciones de todos los ángeles y justos, para confesar y alabar dignamente tu grandeza! Confieso, Señor grande y poderoso que no pudo esta vilísima criatura merecer tan memorable beneficio, como darme esta noticia y luz tan clara de tu altísima Majestad; a cuya vista veo también mi parvulez, que antes de esta dichosa hora ignoraba, y no conocía cuál y qué era la virtud de la humildad que en esta ciencia se aprende. No quiero decir ahora que la tengo, pero tampoco niego que conocí el camino cierto para hallarla; porque tu luz, ¡oh Altísimo!, me iluminó y tu lucerna me enseñó las sendas (Sal 118,105) por donde veo lo que he sido y soy y temo lo que puedo ser. Alumbraste, Rey altísimo, mi entendimiento e inflamaste mi voluntad con el nobilísimo objeto de estas potencias y toda me rendiste a tu querer; y así lo quiero confesar a todos los mortales, para que me dejen y dejarlos. Yo soy para mi amado y, aunque lo desmerezco, mi amado para mí (Cant 2,16) Alienta, pues, Señor, a mi flaqueza para que tras de tus olores corra y corriendo te alcance (Cant 1,3) y alcanzándote no te deje ni te

pierda.

51. Muy corta y balbuciente soy en este capítulo, porque se pudieran hacer de él muchos libros; pero callo porque no sé hablar y soy mujer ignorante y porque mi intento sólo ha sido declarar cómo la Virgen Madre fue ideada y prevista *ante saecula* en la mente divina (Eclo 24,14). Y por lo que sobre este altísimo misterio he entendido, me convierto a mi interior y con admiración y silencio alabo al Autor de estas grandezas con el cántico de los bienaventurados, diciendo: “*Santo, santo, santo, Dios de Sabaot*” (Is 6,3).

CAPITULO 5

[Regresar al Principio](#)

De las inteligencias que me dio el Altísimo de la Escritura sagrada, en confirmación del capítulo precedente; son del octavo de los Proverbios.

52. Hablaré, Señor, con tu gran Majestad, pues eres Dios de las misericordias, aunque yo soy polvo y ceniza, y suplicaré a tu grandeza incomprensible mires de tu altísimo trono a esta vilísima y más inútil criatura y me seas propicio, continuando tu luz para iluminar mi entendimiento. Habla, Señor, que tu sierva oye (1 Sam 3,10). Habló, pues, el Altísimo y enmendador de los sabios (Sab 7,15) y me remitió al capítulo 8 de los Proverbios, donde me dio la inteligencia de este misterio, como en aquel capítulo se encierra, y primero me fue declarada la letra, como ella suena, que es la siguiente:

53. “*El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, antes que hiciera cosa alguna desde el principio. De la eternidad fui ordenada y de las cosas antiguas, antes que fuese hecha la tierra. Aún no eran los abismos y yo estaba concebida; aún no habían roto las fuentes de las aguas, ni los montes se habían asentado con su grave peso; antes que los collados era yo engendrada; antes que hiciera la tierra y los ríos y quicios de la redondez del mundo. Cuando preparaba los cielos, estaba yo presente; cuando con cierta ley y rodeo hacía un vallado a los abismos; cuando afirmaba los cielos en lo alto y pesaba las fuentes de las aguas; cuando al mar rodeaba con su término y a las aguas ponía ley, que no salieran de sus fines; cuando asentaba los fundamentos de la tierra, estaba yo con él componiendo todas las cosas y me alegraba todos los días, jugando en su presencia en todo tiempo, jugando en el orbe de las tierras; y mis delicias y regalos son estar con los hijos de los hombres*” (Prov 8, 22-31).

54. Hasta aquí es el lugar de los Proverbios, cuya inteligencia me dio el Altísimo. Y primero entendí que habla de las ideas o decreto que tuvo en su mente divina antes de criar al mundo; y que a la letra habla de la persona del Verbo humanado y de su Madre santísima, y en lo místico de los santos ángeles y profetas; porque, antes de hacer decreto ni formar las ideas para criar al resto de las criaturas materiales, las tuvo, y se decretó la humanidad santísima de Cristo y de su Madre purísima; y esto suenan las primeras palabras:

55. “*El Señor me poseyó en el principio de sus caminos.*” En Dios no hubo caminos, ni su divinidad los había menester, pero los hizo para que por ellos le conociésemos y fuésemos a él todas las criaturas capaces de su conocimiento. En este principio, antes que otra cosa alguna fabricase en su idea y cuando quería hacer sendas y abrir caminos en su mente divina, para comunicar su divinidad, para dar principio a todo, decretó primero criar la humanidad del Verbo, que había de ser el camino por donde los demás habían de ir al Padre (Jn 14,6). Y junto con este decreto estuvo el de su Madre santísima, por quien había de venir su divinidad al mundo, formándose y naciendo de ella Dios y hombre. Y por esto dice *Dios me poseyó*, porque a los dos poseyó Su Majestad: al Hijo, porque cuanto a la divinidad era posesión, hacienda y tesoro del Padre, sin poderse de él separar, porque son una misma sustancia y divinidad con el Espíritu Santo; la poseyó también en cuanto a la humanidad, con el conocimiento y decreto de la plenitud de gracia y gloria que la había de dar desde su creación y unión hipostática; y habiéndose de ejecutar este decreto y posesión por medio de la Madre que había de engendrar y parir al Verbo pues no determinó criarle de nada, ni de otra materia su cuerpo y alma era consiguiente poseer a la que había de darle forma humana, y así la poseyó y adjudicó para sí en aquel mismo instante, queriendo eficazmente que en ningún tiempo ni momento tuviese derecho ni parte en ella, para la parte de la gracia, el linaje humano ni otro alguno, sino el mismo Señor, que se alzaba con esta hacienda como parte suya sola; y tan sola suya, cual había de serlo para darle a él forma humana de su propia sustancia y llamarlo sola ella Hijo y él a ella sola Madre y Madre digna de tener a Dios por Hijo habiendo de ser hombre; y como todo esto precedía en dignidad a todo lo criado, así precedió en la voluntad y mente del supremo Criador. Por

esto dice:

56. “*En el principio, antes que nada hiciese. De la eternidad fui ordenada y de las cosas antiguas, etc.*” En esta eternidad de Dios, que nosotros concebimos ahora como imaginando tiempo interminable, ¿cuáles eran las cosas antiguas, si ninguna estaba criada? Claro está que habla de las tres personas divinas; y es decir que desde su divinidad sin principio y desde aquellas cosas que sólo son antiguas, que es la Trinidad individua pues lo demás, que tiene principio, todo es moderno fue ordenada cuando sólo precedió lo antiguo increado y antes que se imaginase lo futuro criado. Entre estos dos extremos estuvo el medio de la unión hipostática, por intervención de María santísima, y con ella entrambos, después de Dios inmediatamente y antes que toda criatura, fueron ordenados. Y fue la más admirable ordenación que se ha hecho ni jamás se hará: la primera y más admirable imagen de la mente de Dios, después de la eterna generación, fue la de Cristo y luego la de su Madre.

57. Y ¿qué otro orden puede ser éste en Dios, donde el orden es estar todo junto lo que en sí tiene, sin que sea necesario seguirse una cosa a otra, ni perfeccionarse alguna aguardando las perfecciones de otra o sucediéndose entre sí mismas? Todo estuvo ordenadísimo en su eterna naturaleza y lo está y estará siempre. Lo que ordenó fue que la persona del Hijo se humanase y de esta humanidad deificada comenzase el orden del querer divino y de sus decretos, y que fuese cabeza y ejemplar de todos los demás hombres y criaturas y a quien todos se ordenasen y subordinasen; porque éste era el mejor orden y concierto de la armonía de las criaturas, haber uno que fuese primero y superior y de allí se ordenase toda la naturaleza, y en especial la de los mortales. Y entre ellos, la primera era la Madre de Dios-hombre, como la suprema pura criatura y más inmediata a Cristo y en él a la divinidad. Con este orden se encaminaron los conductos de la fuente cristalina (Ap 22,1) que salió del trono de la divina naturaleza, encaminada primero a la humanidad del Verbo y luego a su Madre santísima, en el grado y modo que era posible a pura criatura y conveniente a criatura Madre del Criador. Y lo conveniente era que todos los divinos atributos se estrenasen en ella, sin que se le negase alguno en lo que ella era capaz de recibir, para ser inferior sólo a Cristo y superior en grados de gracia incomparables a todo el resto de las criaturas capaces de gracia y dones. Este fue el orden tan bien dispuesto de la Sabiduría, comenzar de Cristo y de su Madre. Y así añade el texto:

58. “*Antes que se hiciese la tierra, aún no eran los abismos y yo estaba concebida.*” Esta tierra fue la del primer Adán; y antes que su formación se decretase y en la divina mente se formasen los abismos de las ideas *ad extra*, estaban Cristo y su Madre ideados y formados. Y se llaman abismos, porque entre el ser de Dios increado y el de las criaturas hay distancia infinita; y ésta se midió, a nuestro entender, cuando fueron las criaturas solas ideadas y formadas, que entonces también fueron formados en su modo aquellos abismos de distancia inmensa. Y antes de todo esto ya estaba concebido el Verbo, no sólo por la generación eterna del Padre, pero también estaba decretada y en la mente divina concebida la generación temporal de Madre Virgen y llena de gracia, porque sin la Madre, y tal Madre, no se podía determinar con eficaz y cumplido decreto esta temporal generación. Allí, pues, y entonces fue concebida María santísima en aquella inmensidad beatífica; y su memoria eterna fue escrita en el pecho de Dios, para que por todos los siglos y eternidades nunca se borrarse; quedó estampada y dibujada por el supremo Artífice en su propia mente y poseída de su amor con inseparable abrazo.

59. Aún no habían roto las fuentes de las aguas. Aún no habían salido de su origen y principio las imágenes o ideas de las criaturas; porque no habían roto las fuentes de la divinidad por la bondad y misericordia como por conductos, para que la voluntad divina se determinase a la creación universal y comunicación de sus atributos y perfecciones; porque, respecto de todo lo restante del universo, aún estaban estas aguas y manantiales represadas y detenidas dentro del inmenso piélago de la divinidad; y en su mismo ser no había fuentes ni corrientes para manifestarse, ni se habían encaminado a los hombres; y cuando fueron, ya estaban encaminadas a la humanidad santísima y a su Madre Virgen. Y así añade:

60. “*Ni los montes se habían asentado con su grave peso,*” porque Dios no había decretado entonces la creación de los altos montes, de los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires, etc., ni los demás santos de mayor perfección; ni el decreto de tan grande determinación se había asentado con su grave peso y equidad, con el fuerte y suave modo (Sab 8,1) que Dios tiene en sus consejos y grandes obras. Y no sólo antes que los montes que son los grandes santos pero antes que los collados, era engendradora, que son los órdenes de los santos ángeles, antes de los cuales en la mente divina fue formada la humanidad santísima, unida hipostáticamente al Verbo divino, y la Madre que la engendró. Antes fueron Hijo y Madre que todos los órdenes angélicos; para que se entienda que, si David dijo en el salmo 8: “*¿Qué es el*

hombre o el hijo del hombre, que tú, Señor, te acuerdas de él y le visitas? Lo hiciste poco menos que los ángeles” (Sal 8,5-6) etcétera, entiendan y conozcan todos que hay hombre y Dios juntamente, que es sobre todos los hombres y los ángeles y que son todos inferiores y siervos suyos; porque es Dios, siendo hombre, superior, y por esto es primero en la mente divina y en su voluntad, y con él está junta e inseparable una mujer y virgen purísima, Madre suya, superior y reina de toda criatura.

61. Y si el hombre como dice el mismo salmo (ib. 6) *“fue coronado de honra y gloria y constituido sobre todas las obras de las manos del Señor”*, fue porque Dios hombre, su cabeza, le mereció esta corona y la que los ángeles tuvieron. Y el mismo salmo añade, después de *“haber disminuido al hombre a menor ser que los ángeles, que le puso sobre sus obras”* (ib. 7) y también los mismos ángeles fueron obra de sus manos. Y así David lo comprendió todo, diciendo que hizo poco menores a los hombres que a los ángeles; pero aunque inferiores en el ser natural, había algún hombre que fuese superior y constituido sobre los mismos ángeles, que eran obra de las manos de Dios. Y esta superioridad era por el ser de la gracia, y no sólo por la parte de la divinidad unida a la humanidad, mas también por la misma humanidad y por la gracia que resultaría en ella de la unión hipostática; y después de ella en su Madre santísima. Y también algunos de los santos en virtud del mismo Señor humanado pueden alcanzar superior grado y asiento sobre los mismos ángeles. Y dice:

62. *“Fui engendrada o nacida”*, que dice más que concebida; porque ser concebida se refiere al entendimiento divino de la beatísima Trinidad, cuando fue conocida y como conferidas las conveniencias de la encarnación; pero ser nacida se refiere a la voluntad que determinó esta obra, para que tuviese eficaz ejecución, determinando la santísima Trinidad en su divino consistorio, y como ejecutando primero en sí misma, esta maravillosa obra de la unión hipostática y ser de María santísima. Y por eso dice primero en este capítulo que fue *concebida* y después *engendrada y nacida*; porque primero fue concebida y luego determinada y querida.

63. *“Antes que hiciera la tierra y los ríos y quicios de la redondez del mundo.”* Antes de formar otra tierra segunda que por esto repite dos veces la tierra que fue la del paraíso terrenal, adonde el primer hombre fue llevado, después de ser criado de la tierra primera del campo damasceno; antes de esta segunda tierra, donde pecó el hombre, fue la determinación de criar la humanidad del Verbo, y la materia de que se había de formar, que era la Virgen; porque Dios de antemano la había de prevenir, para que no tuviese parte en el pecado, ni estuviese a él sujeta. *Los ríos y quicios del orbe* son la Iglesia militante y los tesoros de gracia y dones que con ímpetu habían de dimanar del manantial de la divinidad, encaminados a todos, y eficazmente a los santos y escogidos que como quicios se mueven en Dios, estando dependientes y asidos a su querer por las virtudes de fe, esperanza y caridad, por cuyo medio se sustentan y vivifican y gobiernan, moviéndose al sumo bien y último fin y también a la conversación humana, sin perder los quicios en que estriban. También se comprenden aquí los sacramentos y compostura de la Iglesia, su protección y firmeza invencible y su hermosura y santidad sin mancha ni ruga, que esto es este orbe y corrientes de gracia. Y antes que el Altísimo preparase todo esto y ordenase este orbe y cuerpo místico, de quien Cristo, nuestro bien, había de ser cabeza, antes decretó la unión del Verbo a la naturaleza humana y a su Madre, por cuyo medio e intervención había de obrar estas maravillas en el mundo.

64. *“Cuando preparaba los cielos, estaba yo presente.”* Cuando preparaba y prevenía el cielo y premio que a los justos, hijos de esta Iglesia, había de dar después de su destierro, allí estaba la humanidad con el Verbo unida, mereciéndoles la gracia como cabeza; y con él estaba su Madre santísima, a cuyo ejemplar, habiéndoles preparado la mayor parte a Hijo y Madre, disponía y prevenía la gloria para los demás santos.

65. *“Cuando con cierta ley y círculo hacía vallado a los abismos.”* Cuando determinaba cercar los abismos de su divinidad en la persona del Hijo, con cierta ley y término que ningún viviente pudiera verlo ni comprenderlo; cuando hacía este círculo y redondez, adonde nadie pudo ni puede entrar más que sólo el Verbo, que a sí solo se puede comprender, para achicarse (Filip 2,7) y encogerse la divinidad en la humanidad; y la divinidad y humanidad primero en el vientre de María santísima y después en la pequeña cantidad y especies de pan y vino y con ellas en el pecho angosto de un hombre pecador y mortal. Todo esto significan aquellos abismos y ley, círculo o término, que llama cierta por lo mucho que comprenden, y por la certeza de lo que parecía imposible en el ser y dificultoso en explicarlo; porque no parece había de haber la divinidad debajo de la ley, ni encerrarse dentro determinados límites; pero eso pudo hacer y lo hizo posible la sabiduría y poder del mismo Señor, encubriéndose en cosa terminada.

66. “*Cuando afirmaba los cielos en lo alto y pesaba las fuentes de las aguas; cuando rodeaba al mar con su término y ponía a las aguas ley, que no pasaran de sus fines.*” Llama aquí a los justos cielos, porque lo son, donde tiene Dios su morada y habitación con ellos por gracia y por ella les da asiento y firmeza, levantándolos, aun, mientras son viadores, sobre la tierra, según la disposición de cada uno; y después, en la celestial Jerusalén, les da lugar y asiento según sus merecimientos; y para ellos pesa las fuentes de las aguas y las divide, distribuyendo a cada uno con equidad y peso los dones de la gracia y de la gloria, las virtudes, auxilios y perfecciones, según la divina sabiduría lo dispone. Cuando se determinaba hacer esta división de estas aguas, se había decretado dar a la humanidad unida al Verbo todo el mar que de la divinidad le resultaba de gracia y dones, como a Unigénito del Padre; y aunque era todo infinito, puso término a este mar, que fue la humanidad, donde habita la plenitud de la divinidad (Col 2,9) y aun estuvo encubierta treinta y tres años con aquel término, para que habitase con los hombres y no sucediera a todos lo que en el Tabor a los tres apóstoles. Y en el mismo instante que todo este mar y fuentes de la gracia tocaron a Cristo Señor nuestro, como a inmediato a la divinidad, redundaron en su Madre santísima como inmediata a su Hijo unigénito; porque sin la Madre, y tal Madre, no se disponían ordenadamente y con la suma perfección los dones de su Hijo, ni comenzaba por otro fundamento la admirable armonía de la máquina celestial y espiritual y la distribución de los dones en la Iglesia militante y triunfante.

67. “*Cuando asentaba los fundamentos de la tierra, estaba yo con él componiendo todas las cosas.*” A todas las tres divinas personas son comunes las obras *ad extra*, porque todas son un solo Dios, una sabiduría y poder; y así era necesario e inexcusable que el Verbo, en quien según la divinidad fueron hechas todas las cosas (Jn 1,3) estuviera con el Padre para hacerlas. Pero aquí dice más, porque también el Verbo humanado estaba ya en la divina voluntad presente con su Madre santísima; porque así como por el Verbo, en cuanto Dios, fueron hechas todas las cosas, así también para él, en el primer lugar y como más noble y dignísimo fin, fueron criados los fundamentos de la tierra y todo cuanto en ella se contiene. Y por esto dice:

68. “*Y me alegraba todos los días, jugando en su presencia en todo tiempo, burlándome en el orbe de la tierra.* Se holgaba el Verbo humanado todos los días, porque conoció todos los de los siglos y las vidas de los mortales, que según la eternidad son un breve día (Sal 89,4) y se holgaba de que toda la sucesión de la creación tendría término, para que, acabado el último día con toda perfección, gozasen los hombres de la gracia y corona de la gloria; se holgaba, como contando los días en que había de descender del cielo a la tierra y tomar carne humana; conocía que los pensamientos y obras de los hombres terrenos eran como juego y que todos eran burla y engaño; y miraba a los justos, que, aunque flacos y limitados, eran a propósito para comunicarles y manifestarles su gloria y perfecciones; miraba su ser inmutable y la cortedad de los hombres y cómo se había de humanar con ellos, y se deleitaba en sus propias obras, y particularmente en las que disponía para su Madre santísima, de quien le era tan agradable tomar forma de hombre y hacerla digna de obra tan admirable. Estos eran los días en que se alegraba el Verbo humanado; y porque al concebir y como idear todas estas obras y al decreto eficaz de la divina voluntad se seguía la ejecución de todo, añadió el Verbo divino:

69. “*Y mis delicias son estar con los hijos de los hombres.*” Mi regalo es trabajar por ellos y favorecerlos; mi contento, morir por ellos; y mi alegría, ser su maestro y reparador; mis delicias son levantar al pobre desde el polvo (Sal 112,7) y unirme con el humilde, y humillar para esto mi divinidad y cubrirla y encubirla con su naturaleza; encogerme y humillarme y suspender la gloria de mi cuerpo, para hacerme pasible y merecerles la amistad de mi Padre; y ser medianero entre su justísima indignación y la malicia de los hombres; y ser su ejemplar y cabeza, a quien puedan imitar y seguir. Estas son las delicias del Verbo eterno humanado.

70. ¡Oh bondad incomprensible y eterna, qué admirada y suspendida quedo, viendo la inmensidad de vuestro ser inmutable comparado con la parvulez del hombre, y mediando vuestro amor eterno entre dos extremos de tan incomparable distancia, amor infinito para criatura no sólo pequeña pero ingrata! ¡En qué objeto tan abatido y vil ponéis, Señor, vuestros ojos y en qué objeto tan noble podía y debía el hombre poner los suyos y sus afectos, a la vista de tan gran misterio! Suspensa en admiración y ternura de mi corazón, me lamento de la desdicha de los mortales y de sus tinieblas y ceguera, pues no se disponen para conocer cuán de antemano comenzó vuestra Majestad a mirarlos y prevenirles su verdadera felicidad con tanto cuidado y amor, como si en ella consistiera la vuestra.

71. Todas las obras y disposición de ellas, como las había de criar, tuvo presentes el Señor desde *ab initio* en su mente y las numeró y pesó con su equidad y rectitud; y, como está escrito en la Sabiduría (Sab 7,18ss) supo la disposición del

mundo antes de criarle, conoció el principio, medio y fin de los tiempos, sus mudanzas y concursos de los años, la disposición de las estrellas, las virtudes de los elementos, las naturalezas de los animales, las iras de las bestias, la fuerza de los vientos, las diferencias de los árboles, las virtudes de las raíces y los pensamientos de los hombres; todo lo pesó y numeró (Sab 11,21) y no sólo esto, que suena la letra de las criaturas materiales y racionales, pero todas las demás que místicamente por éstas son significadas, que, por no ser para mi intento ahora, no las refiero.

CAPITULO 6

[Regresar al Principio](#)

De una duda que propuse al Señor sobre la doctrina de estos capítulos y la respuesta de ella.

72. Sobre las inteligencias y doctrina de los dos capítulos antecedentes se me ofreció una duda, ocasionada de lo que muchas veces he oído y entendido de personas doctas que se disputa en las escuelas. Y la duda fue: que si la causa y motivo principal para que el Verbo divino se humanase fue hacerle cabeza y primogénito de todas las criaturas (Col 1,15) y, por medio de la unión hipostática con la humana naturaleza, comunicar sus atributos y perfecciones en el modo conveniente por gracia y gloria a los predestinados, y el tomar carne pasible y morir por el hombre fue decreto como fin secundario; siendo esto así verdad, ¿cómo en la santa Iglesia hay tan diversas opiniones sobre ello? Y la más común es que el Verbo eterno descendió del cielo, como de intento, para redimir a los hombres por medio de su pasión y muerte santísima.

73. Esta duda propuse con humildad al Señor y Su Majestad se dignó de responderme a ella, dándome una inteligencia y luz muy grande, en que conocí y entendí muchos misterios que no podré explicar, porque comprenden y suenan mucho las palabras que me respondió el Señor, que son éstas: “Esposa y paloma mía, oye, que, como padre y maestro tuyo, quiero responder a tu duda y enseñarte en tu ignorancia. Advierte que el fin principal y legítimo del decreto que tuve de comunicar mi divinidad en la persona del Verbo, unida hipostáticamente a la humana naturaleza, fue la gloria que de esta comunicación había de redundar para mi nombre y para las criaturas capaces de la que yo les quise dar; y este decreto se ejecutara sin duda en la Encarnación, aunque el primer hombre no hubiera pecado, porque fue decreto expreso y sin condición en lo sustancial, y así debía ser eficaz mi voluntad, que en primer lugar fue comunicarme al alma y humanidad unida al Verbo, y esto era así conveniente a mi equidad y rectitud de mis obras; y aunque esto fue postrero en la ejecución, fue primero en la intención; y si tardé en enviar a mi Unigénito, fue porque determiné prepararle antes una congregación en el mundo, escogida y santa, de justos, que, supuesto el pecado común, serían como rosas entre las espinas de los otros pecadores. Y vista la caída del linaje humano, determiné con decreto expreso que el Verbo viniese en forma pasible y mortal para redimir su pueblo, de quien era cabeza, para que más se manifestase y conociese mi amor infinito con los hombres, y a mi equidad y justicia se le diese debida satisfacción. Y que, si fue hombre y el primero en el ser el que pecó, fuese hombre (1 Cor 15,21) y el primero en la dignidad el Redentor; y los hombres en esto conociesen la gravedad del pecado y el amor de todas las almas fuese uno solo, pues su Criador, Vivificador, Redentor y quien los ha de juzgar es uno solo. Y también quise compelerles a este agradecimiento y amor, no castigando a los mortales como a los apóstatas ángeles, que sin apelación los castigué, y al hombre perdoné, aguardé y le di oportuno remedio, ejecutando el rigor de mi justicia en mi unigénito Hijo (Rom 8,32) y pasando al hombre la piedad de mi grande misericordia.

74. “Y para que mejor entiendas la respuesta de tu duda, debes advertir que, como en mis decretos no hay sucesión de tiempo, ni yo necesito de él para obrar y entender, los que dicen que encarnó el Verbo para redimir el mundo, dicen bien; y los que dicen que encarnara si el hombre no pecara, también hablan bien, si con verdad se entiende; porque, si no pecara Adán, descendiera del cielo en la forma que para aquel estado conviniera y, porque pecó, tuve aquel decreto segundo que bajara pasible, porque, visto el pecado, convenía que le reparase en la forma que lo hizo. Y porque deseas saber cómo se ejecutara este misterio de encarnar el Verbo, si conservara el hombre el estado de la inocencia, advierte que la forma humana fuera la misma en la sustancia pero con el don de la impassibilidad e inmortalidad; cual estuvo mi Unigénito después que resucitó hasta que subió a los cielos, viviera y conversara con los hombres; y los misterios y sacramentos fueran a todos manifiestos; y muchas veces hiciera patente su gloria, como la hizo sola una vez cuando vivió mortal (Mt 17,1ss); y delante de todos hiciera en aquel estado de inocencia lo que obró delante de tres apóstoles en el que fue mortal; y vieran todos los viadores a mi Unigénito con grande gloria y con su conversación se consolaran; y no pusieran óbice a sus divinos efectos, porque estuvieran sin pecado; pero todo lo impidió y estragó la

culpa y por ella fue conveniente que viniera pasible y mortal.

75. “Y el haber en estos sacramentos y en otros misterios diversas opiniones en mi Iglesia, ha nacido de que a unos maestros les manifiesto y doy luz de unos misterios y a otros se la doy de otros, porque los mortales no son capaces de recibir toda la luz; ni era conveniente que a uno se le diese toda la ciencia de todas las cosas, mientras son viadores; pues, aun cuando son comprensores, la reciben por partes y se la doy proporcionada según el estado y merecimientos de cada uno y como conviene a mi providencia distribuirla; y la plenitud sólo se la debía a la humanidad de mi Unigénito y a su Madre respectivamente. Los demás mortales, ni la reciben toda, ni siempre tan clara que puedan asegurarse en todo; y por eso la adquieren con el trabajo y uso de las letras y ciencias. Y aunque en mis Escrituras hay tantas verdades reveladas, como yo muchas veces los dejo en la natural luz, aunque otras se la doy de lo alto, de aquí se sigue que se entiendan los misterios con diversidad de pareceres y se hallen diferentes explicaciones y sentidos en las Escrituras y cada uno siga su opinión como la entiende. Y aunque el fin de muchos es bueno y la luz y verdad en sustancia sea una, se entiende y se usa de ella con diversidad de juicios e inclinaciones, que unos tienen a unos maestros y otros a otros; de donde nacen entre ellos las controversias.

76. Y de ser más común la opinión que el Verbo bajó del cielo de principal intento a redimir el mundo, entre otras causas, una es porque el misterio de la redención y el fin de estas obras es más conocido y manifiesto, por haberse ejecutado y repetido tantas veces en las Escrituras; y al contrario, el fin de la impassibilidad, ni se ejecutó, ni se decretó absoluta y expresamente, y todo lo que perteneciera a aquel estado quedó oculto y nadie lo puede saber con asecuración, si no fuere a quien yo en particular diere luz o revelare lo que conviene de aquel decreto y amor que tenemos a la humana naturaleza. Y si bien esto pudiera mover mucho a los mortales, si lo pesaran y penetraran, pero el decreto y obras de la redención de su caída es más poderoso y eficaz para moverlos y traerlos al conocimiento y retorno de mi inmenso amor, que es el fin de mis obras; y por eso, tengo providencia de que estos motivos y misterios estén más presentes y sean más frecuentados, porque así es conveniente. Y advierte que en una obra bien puede haber dos fines, cuando el uno se supone debajo de alguna condición, como fue que, si el hombre no pecara, no descendiera el Verbo en forma pasible y que, si pecase, que fuese pasible y mortal; y así en cualquier suceso no se dejara de cumplir el decreto de la Encarnación. Yo quiero que los sacramentos de la redención se reconozcan y estimen y siempre se tengan presentes para darme el retorno; pero quiero a si mismo que los mortales reconozcan al Verbo humanado por su cabeza y causa final de la creación de todo lo restante de la humana naturaleza, porque él fue, después de mi propia benignidad, el principal motivo que tuve para dar ser a las criaturas; y así, debe ser reverenciado, no sólo porque redimió al linaje humano, pero también porque dio motivo para su creación.

77. “Y advierte, esposa mía, que yo permito y dispongo que muchas veces los doctores y maestros tengan diversas opiniones, para que unos digan lo verdadero y otros, con lo natural de sus ingenios, digan lo dudoso; y otras permito digan lo que no es, aunque no disuena luego a la verdad oscura de la fe, en la que todos los fieles están firmes; y otras veces dicen lo que es posible, según ellos entienden. Y con esta variedad se va rastreando la verdad y luz y se manifiestan más los sacramentos escondidos, porque la duda sirve de estímulo al entendimiento para investigar la verdad; y en esto tienen honesta y santa causa las controversias de los maestros. Y también lo es que, después de tantas diligencias y estudios de grandes y perfectos doctores y sabios, se conozca que en mi Iglesia hay ciencia y que los hace eminentes en sabiduría sobre los sabios del mundo; y que hay sobre todos un enmendador de los sabios (Sab 7,15) que soy yo, que sólo lo sé todo y comprendo y lo peso y mido, sin poder ser medido ni comprendido; y que los hombres, aunque más escudriñen mis juicios y testimonios, no los podrán alcanzar, si no les diere yo la inteligencia y luz, que soy el principio y autor de toda sabiduría y ciencia; y conociendo esto los mortales, quiero que me den alabanza, magnificencia, confesión, superioridad y gloria eterna.

78. “Y quiero también que los doctores santos adquieran para sí mucha gracia, luz y gloria, con su trabajo honesto, loable y santo, y la verdad se vaya más descubriendo y apurando, llegándose más a su manantial; e investigando con humildad los misterios y obras admirables de mi diestra, vengan a ser participantes de ellas y gozar del pan de entendimiento (Eclo 15,3) de mis Escrituras. Yo he tenido gran providencia con los doctores y maestros, aunque sus opiniones y dudas han sido tan diversas y con diferentes fines; porque, unas veces, son de mi mayor honra y gloria y, otras, son de impugnarse y contradecirse por otros fines terrenos: y con esta emulación y pasión han procedido y proceden desigualmente. Pero con todo eso, los he gobernado, regido y alumbrado, asistiéndoles mi protección, de manera que la verdad se ha investigado y manifestado mucho y se ha dilatado la luz para conocer muchas de mis perfecciones y obras maravillosas y se han interpretado las Escrituras santas tan altamente, que me ha sido esto de

mucho agrado y beneplácito. Y por esta causa, el furor del infierno con increíble envidia y mucho más en estos tiempos presentes ha levantado su trono de iniquidad, impugnando la verdad y pretendiendo beberse el Jordán (Job 40,18) y con herejías y doctrinas falsas oscurecer la luz de la fe santa, contra quien ha derramado su falsa cizaña, ayudándose de los hombres. Pero lo restante de la Iglesia y sus verdades están en grado perfectísimo y los fieles católicos, aunque muy envueltos y ciegos en otras miserias, pero la verdad de la fe y su luz la tienen perfectísima y, aunque llamo a todos con paternal amor a esta dicha, son pocos los electos que me quieren responder.

79. “Quiero también, esposa mía, que entiendas que, si bien mi providencia dispone que entre los maestros haya muchas opiniones, para que más se escudriñen mis testimonios y con intento de que a los hombres viadores les sea manifiesta la médula de las divinas letras, mediante sus honestas diligencias, estudios y trabajos, pero fuera de mucho agrado para mí y servicio que las personas doctas extinguieran y apartaran de sí la soberbia, envidia y ambición de honra vana y otras pasiones y vicios que de esto se engendran y toda la mala semilla que siembran los malos efectos de tales ocupaciones; pero no la arranco ahora, porque no se arranque la buena con la mala.” Todo esto me respondió el Altísimo y otras muchas cosas que no puedo manifestar. ¡Bendita sea su grandeza eternamente, que tuvo por bien alumbrar mi ignorancia y satisfacerla tan adecuada y misericordiosamente, sin de dignarse de la parvulez de una mujer insipiente y en todo inútil! Denle gracias y alabanzas sin fin todos los espíritus bienaventurados y justos de la tierra.

CAPITULO 7

[Regresar al Principio](#)

Cómo el Altísimo dio principio a sus obras; y todas las cosas materiales crió para el hombre, y a los ángeles y hombres para que hiciesen pueblo de quien el Verbo humanado fuese cabeza.

80. Causa de todas las causas fue Dios y Criador de todo lo que tiene ser; y con el poder de su brazo quiso dar principio a todas sus maravillosas obras *ad extra*, cuando y como fue su voluntad. El orden y principio de esta creación refiere Moisés en el capítulo 1 del Génesis y, porque el Señor me ha dado su inteligencia, diré aquí lo conveniente para ir buscando desde su origen las obras y misterios de la Encarnación del Verbo y de nuestra redención.

81. La letra del cap. 1 del Génesis dice de esta manera: “*En el principio crió Dios el cielo y la tierra. Y estaba la tierra sin frutos y vacía y las tinieblas estaban sobre el haz del abismo y el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas. Y dijo Dios: sea hecha la luz, y fue hecha la luz. Y vio Dios la luz que era buena y la dividió y la apartó de las tinieblas; y a la luz llamó día y a las tinieblas noche; y fue hecho día de tarde y mañana* (Gén 1, 1-5), etc.” En este día primero, dice Moisés, que en el principio crió Dios el cielo y la tierra, porque este principio fue el que dio el poderoso Dios, estando en su ser inmutable, como saliendo de él a criar fuera de sí mismo a las criaturas, que entonces comenzaron a tener ser en sí mismas y Dios como a recrearse en sus hechuras, como obras adecuadamente perfectas. Y para que el orden fuera también perfectísimo, antes de criar criaturas intelectuales y racionales, formó el cielo para los ángeles y hombres y la tierra donde primero los mortales habían de ser viadores; lugares tan proporcionados para sus fines y tan perfectos, que, como David (Sal 18,2) dice, “*los cielos publican la gloria de Dios, el firmamento y la tierra anuncian las obras de sus manos.*” Los cielos con su hermosura manifiestan la magnificencia y gloria, porque son depósito del premio prevenido para los santos; y el firmamento de la tierra anuncia que ha de haber criaturas y hombres que la habiten y por ella caminen a su Criador. Y antes de criarlos quiere el Altísimo prevenirles y criarles lo necesario para esto y para la vida que les había de mandar vivir; para que de todas partes se hallen compelidos a obedecer y amar a su Hacedor y Bienhechor y que por sus obras (Rom 1,20) conozcan su nombre admirable e infinitas perfecciones.

82. De la tierra, dice Moisés, que “*estaba vacía*”, y no lo dice del cielo; porque en éste crió los ángeles en el instante cuando dice Moisés: “*Dijo Dios: sea hecha la luz, y fue hecha la luz*”; porque no habla sólo de la luz material, sino también de las luces angélicas o intelectuales. Y no hizo más clara memoria de ellos que significarlos debajo de este nombre, por la condición tan fácil de los hebreos en atribuir la divinidad a cosas nuevas y de menor aprecio que los espíritus angélicos; pero fue muy legítima la metáfora de la luz para significar la naturaleza angélica, y místicamente la luz de la ciencia y gracia con que fueron iluminados en su creación. Y crió Dios con el cielo empíreo la tierra juntamente, para formar en su centro el infierno; porque en aquel instante que fue criada, por la divina disposición quedaron en medio de este globo cavernas muy profundas y dilatadas, capaces para infierno, limbo y purgatorio; y en

el infierno, al mismo tiempo fue criado fuego material y las demás cosas que allí sirven ahora de pena a los condenados. Había de dividir luego el Señor la luz de las tinieblas y llamar a la luz día y a las tinieblas noche; y no sólo sucedió esto entre la noche y día naturales, pero entre los ángeles buenos y malos, que a los buenos dio la luz eterna de su vista, y la llamó día, y día eterno; y a los malos llamó noche del pecado y fueron arrojados en las eternas tinieblas del infierno; para que todos entendamos cuán juntas anduvieron la liberalidad misericordiosa de criador y vivificador y la justicia de rectísimo juez en el castigo.

83. Fueron los ángeles criados en el cielo empíreo y en gracia, para que con ella precediera el merecimiento al premio de la gloria; que aunque estaban en el lugar de ella, no se les había mostrado la divinidad cara a cara y con clara noticia, hasta que con la gracia lo merecieron los que fueron obedientes a la voluntad divina. Y así estos ángeles santos, como los demás apostatas, duraron muy poco en el primer estado de viadores; porque la creación, estado y término, fueron en tres estancias o modulas divididas con algún intervalo en tres instantes. En el primero fueron todos criados y adornados con gracia y dones, quedando hermosísimas y perfectas criaturas. A este instante se siguió una modula, en que a todos les fue propuesta e intimada la voluntad de su Criador, y se les puso ley y precepto de obrar, reconociéndole por supremo Señor, y para que cumpliesen con el fin para que los había criado. En esta modula, estancia o intervalo sucedió entre san Miguel y sus ángeles, con el dragón y los suyos, aquella gran batalla que dice san Juan en el capítulo 12 del Apocalipsis (v. 7); y los buenos ángeles, perseverando en gracia, merecieron la felicidad eterna y los inobedientes, levantándose contra Dios, merecieron el castigo que tienen.

84. Y aunque en esta segunda modula pudo suceder todo muy brevemente, según la naturaleza angélica y el poder divino, pero entendí que la piedad del Altísimo se detuvo algo y con algún intervalo les propuso el bien y el mal, la verdad y falsedad, lo justo y lo injusto, su gracia y amistad y la malicia del pecado y enemistad de Dios, el premio y el castigo eterno y la perdición para Lucifer y los que le siguiesen; y les mostró Su Majestad el infierno y sus penas y ellos lo vieron todo, que en su naturaleza tan superior y excelente todas las cosas se pueden ver, como ellas son en sí mismas, siendo criadas y limitadas; de suerte que, antes de caer de la grada, vieron claramente el lugar del castigo. Y aunque no conocieron por este modo el premio de la gloria, pero tuvieron de ella otra noticia y la promesa manifiesta y expresa del Señor, con que el Altísimo justificó su causa y obró con suma equidad y rectitud. Y porque toda esta bondad y justificación no bastó para detener a Lucifer y a sus secuaces, fueron, como pertinaces, castigados y lanzados en el profundo de las cavernas infernales y los buenos confirmados en gracia y gloria eterna. Y esto fue todo en el tercer instante, en que se conoció de hecho que ninguna criatura, fuera de Dios, es impecable por naturaleza; pues el ángel, que la tiene tan excelente y la recibió, adoro nada con tantos dones de ciencia y gracia, al fin pecó y se perdió. ¿Qué hará la fragilidad humana, si el poder divino no la defiende y si ella obliga a que la desampare?

85. Resta de saber el motivo que tuvieron en su pecado Lucifer y sus confederados que es lo que voy buscando y de qué tomaron ocasión para su inobediencia y caída. Y en esto entendí que pudieron cometer muchos pecados *secundum reatum*, aunque no cometieron los actos de todos; pero de los que cometieron con su depravada voluntad, les quedó hábito para todos los malos actos, induciendo a otros, y aprobando el pecado, que por sí mismos no podían obrar. Y según el mal afecto que de presente tuvo entonces Lucifer, incurrió en desordenadísimo amor de sí mismo; y le nació de verse con mayores dones y hermosura de naturaleza y gracias que los otros ángeles inferiores. En este conocimiento se detuvo demasiado; y el agrado que de sí mismo tuvo le retardó y entibió en el agradecimiento que debía a Dios, como a causa única de todo lo que había recibido. Y volviéndose a remirar, se agradó de nuevo de su hermosura y gracias y adjudícaselas y las amó como suyas; y este desordenado afecto propio no sólo le hizo levantarse con lo que había recibido de otra superior virtud, pero también le obligó a envidiar y codiciar otros dones y excelencias ajenas que no tenía. Y porque no las pudo conseguir, concibió mortal odio e indignación contra Dios, que de nada le había criado, y contra todas sus criaturas.

86. De aquí se originaron la desobediencia, presunción, injusticia, infidelidad, blasfemia y aun casi alguna especie de idolatría, porque deseó para sí la adoración y reverencia debida a Dios. Blasfemó de su divina grandeza y santidad, faltó a la fe y lealtad que debía, pretendió destruir todas las criaturas y presumió que podría todo esto y mucho más; y así siempre su soberbia sube (Sal 73,23) y persevera, aunque su arrogancia es mayor que su fortaleza (Is 16,6) porque en ésta no puede crecer y en el pecado un abismo llama a otro abismo (Sal 41,8) El primer ángel que pecó fue Lucifer, como consta del capítulo 14 de Isaías (Is 14,12) y éste indujo a otros a que le siguiesen; y así se llama príncipe de los demonios, no por naturaleza, que por ella no pudo tener este título, sino por la culpa. Y no fueron los que pecaron de solo un orden o jerarquía, sino de todas cayeron muchos.

87. Y para manifestar, como se me ha mostrado, qué honra y excelencia fue la que con soberbia apeteció y envidió Lucifer, advierto que, como en las obras de Dios hay equidad, peso y medida (Sab 11,21) antes que los ángeles se pudiesen inclinar a diversos fines, determinó su providencia manifestarles inmediatamente después de su creación el fin para que los había criado de naturaleza tan alta y excelente. Y de todo esto tuvieron ilustración en esta manera: Lo primero, tuvieron inteligencia muy expresa del ser de Dios, uno en sustancia y trino en personas, y recibieron precepto de que le adorasen y reverenciasen como a su Criador y sumo Señor, infinito en su ser y atributos. A este mandato se rindieron todos y obedecieron, pero con alguna diferencia; porque los ángeles buenos obedecieron por amor y justicia, rindiendo su afecto de buena voluntad, admitiendo y creyendo lo que era sobre sus fuerzas y obedeciendo con alegría; pero Lucifer se rindió por parecerle ser lo contrario imposible. Y no lo hizo con caridad perfecta, porque dividió la voluntad en sí mismo y en la verdad infalible del Señor; y esto le hizo que el precepto se le hiciese algo violento y dificultoso y no cumplirle con afecto lleno de amor y justicia; y así se dispuso para no perseverar en él. Y aunque no le quitó la gracia esta remisión y tibieza en obrar estos primeros actos con dificultad, pero de aquí comenzó su mala disposición, porque tuvo alguna debilidad y flaqueza en la virtud y espíritu y su hermosura no resplandeció como debía. Y, a mi parecer, el efecto que hizo en Lucifer esta remisión y dificultad fue semejante al que hace en el alma un pecado venial advertido; pero no afirmo que pecó venial ni mortalmente entonces, porque cumplió el precepto de Dios; mas fue remiso e imperfecto este cumplimiento y más por compelerle la fuerza de la razón que por amor y voluntad de obedecer; y así se dispuso a caer.

88. En segundo lugar, les manifestó Dios había de criar una naturaleza humana y criaturas racionales inferiores, para que amasen, temiesen y reverenciasen a Dios, como a su autor y bien eterno, y que a esta naturaleza había de favorecer mucho; y que la segunda persona de la misma Trinidad santísima se había de humanar y hacerse hombre, levantando a la naturaleza humana a la unión hipostática y persona divina, y que a aquel supuesto hombre y Dios habían de reconocer por cabeza, no sólo en cuanto Dios, pero juntamente en cuanto hombre, y le habían de reverenciar y adorar; y que los mismos ángeles habían de ser sus inferiores en dignidad y gracias y sus siervos. Y les dio inteligencia de la conveniencia y equidad, justicia y razón, que en esto había; porque la aceptación de los merecimientos previstos de aquel hombre y Dios les había merecido la gracia que poseían y la gloria que poseerían. Y que para gloria de él mismo habían sido criados ellos y todas las otras criaturas lo serían, porque a todas había de ser superior; y todas las que fuesen capaces de conocer y gozar de Dios, habían de ser pueblo y miembros de aquella cabeza, para reconocerle y reverenciarle. Y de todo esto se les dio luego mandato a los ángeles.

89. A este precepto todos los obedientes y santos ángeles se rindieron y prestaron asenso y obsequio con humilde y amoroso afecto de toda su voluntad; pero Lucifer con soberbia y envidia resistió y provocó a los ángeles, sus secuaces, a que hicieran lo mismo, como de hecho lo hicieron, siguiéndole a él y desobedeciendo al divino mandato. Les persuadió el mal Príncipe que sería su cabeza y que tendrían principado independiente y separado de Cristo. Tanta ceguera pudo causar en un ángel la envidia y soberbia y un afecto tan desordenado, que fuese causa y contagio para comunicar a tantos el pecado.

90. Aquí fue la gran batalla, que san Juan dice (Ap 12,7) sucedió en el cielo; porque los ángeles obedientes y santos, con ardiente celo de defender la gloria del Altísimo y la honra del Verbo humanado previsto, pidieron licencia y como beneplácito al Señor para resistir y contradecir al dragón, y les fue concedido este permiso. Pero sucedió en esto otro misterio: que cuando se les propuso a todos los ángeles que habían de obedecer al Verbo humanado, se les puso otro tercer precepto, de que habían de tener juntamente por superiora a una mujer, en cuyas entrañas tomaría carne humana este Unigénito del Padre; y que esta mujer había de ser su Reina y de todas las criaturas y que se había de señalar y aventajar a todas, angélicas y humanas, en los dones de gracia y gloria. Los buenos ángeles, en obedecer este precepto del Señor, adelantaron y engrandecieron su humildad y con ella le admitieron y alabaron el poder y sacramentos del Altísimo; pero Lucifer y sus confederados, con este precepto y misterio, se levantaron a mayor soberbia y desvanecimiento; y con desordenado furor apeteció para sí la excelencia de ser cabeza de todo el linaje humano y órdenes angélicos y que, si había de ser mediante la unión hipostática, fuese con él.

91. Y en cuanto al ser inferior a la Madre del Verbo humanado y Señora nuestra, lo resistió con horribles blasfemias, convirtiéndose en desbocada indignación contra el Autor de tan grandes maravillas; y provocando a los demás, dijo este dragón: “Injustos son estos preceptos y a mi grandeza se le hace agravio; y a esta naturaleza, que tú, Señor, miras con tanto amor y propones favorecerla tanto, yo la perseguiré y destruiré y en esto emplearé todo mi poder y cuidado. Y a esta mujer, Madre del Verbo, la derribaré del estado en que la prometes poner y a mis manos perecerá tu intento.”

92. Este soberbio desvanecimiento enojó tanto al Señor, que humillando a Lucifer le dijo: “Esta mujer, a quien no has querido respetar, te quebrantará la cabeza (Gén 3,15) y por ella serás vencido y aniquilado. Y si por tu soberbia entrare la muerte en el mundo (Sab 2,24) por la humildad de esta mujer entrará la vida y la salud de los mortales; y de su naturaleza y especie de estos dos gozarán el premio y coronas que tú y tus secuaces habéis perdido.” Y a todo esto replicaba el dragón con indignada soberbia contra lo que entendía de la divina voluntad y sus decretos; amenazaba a todo el linaje humano. Y los ángeles buenos conocieron la justa indignación del Altísimo contra Lucifer y los demás apóstatas y con las armas del entendimiento, de la razón y verdad peleaban contra ellos.

93. Obró aquí el Todopoderoso otro misterio maravilloso: que habiéndoles manifestado por inteligencia a todos los ángeles el sacramento grande de la unión hipostática, les mostró la Virgen santísima en una señal o especie, al modo de nuestras visiones imaginarias, según nuestro modo de entender. Y así les dio a conocer y representó la humana naturaleza pura en una mujer perfectísima, en quien el brazo poderoso del Altísimo había de ser más admirable que en todo el resto de las criaturas, porque en ella depositaba las gracias y dones de su diestra en grado superior y eminente. Esta señal y visión de la Reina del cielo y Madre del Verbo humanado fue notoria y manifiesta a todos los ángeles buenos y malos. Y los buenos a su vista quedaron en admiración y cánticos de alabanza y desde entonces comenzaron a defender la honra de Dios humanado y su Madre santísima, armados con este ardiente celo y con el escudo inexpugnable de aquella señal. Y, por el contrario, el dragón y sus aliados concibieron implacable furor y saña contra Cristo y su Madre santísima; y sucedió todo lo que contiene el capítulo 12 del Apocalipsis, cuya declaración, como se me ha dado, pondré en el que se sigue.

CAPITULO 8

[Regresar al Principio](#)

Que prosigue el discurso de arriba con la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis.

94. La letra de este capítulo del Apocalipsis dice:

Apareció en el cielo una gran señal, una mujer cubierta del sol y debajo de sus pies la luna y una corona de doce estrellas en su cabeza; y estaba preñada y pariendo daba voces y era atormentada para parir. Y fue vista otra señal en el cielo, y se vio un dragón grande rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en sus cabezas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó en la tierra; y el dragón estuvo delante de la mujer, que había de parir, para que en pariendo se tragase el hijo. Y ella parió un hijo varón, que había de regir las gentes con vara de hierro; y fue arrebatado su hijo para Dios y para su trono, y la mujer huyó a la soledad, donde tenía lugar aparejado por Dios, para que allí la alimenten mil doscientos y sesenta días. Y sucedió una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón y peleaba el dragón y sus ángeles; y no prevalecieron Y' de allí adelante no se halló lugar suyo en el cielo. Y fue arrojado aquel dragón, serpiente antigua que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el orbe; y fue arrojado en la tierra y sus ángeles fueron enviados con él. Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha sido hecha la salud y la virtud y el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo; porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba ante nuestro Dios de día y de noche. Y ellos le han vencido por la sangre del Cordero y palabras de sus testimonios y pusieron sus almas hasta la muerte. Por esto os alegrad, cielos, y los que habitáis en ellos. ¡Ay de la tierra y mar, porque a vosotros ha bajado el diablo, que tiene grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo! Y después que vio el dragón cómo era arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que parió el hijo varón; y le fueron dadas a la mujer alas de una grande águila, para que volase al desierto a su lugar, donde es alimentada por tiempo y tiempos y la mitad del tiempo fuera de la cara de la serpiente. Y arrojó la serpiente de su boca tras de la mujer agua como un río. Y la tierra ayudó a la mujer y abrió la tierra su boca y sorbió al río que arrojó el dragón de su boca. Y el dragón se indignó contra la mujer y fuese para hacer guerra a los demás de su generación, que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo. Y estuvo sobre la arena del mar (Ap 12,1-18).

95. Hasta aquí es la letra del evangelista. Y habla de presente, porque entonces se le mostraba la visión de lo que ya había pasado, y dice que *apareció en el cielo una gran señal, una mujer cubierta del sol y debajo de sus pies la luna y coronada la cabeza con doce estrellas*. Esta señal apareció verdaderamente en el cielo por voluntad de Dios, que se la propuso manifiesta a los buenos y malos ángeles, para que a su vista determinasen sus voluntades a obedecer los

preceptos de su beneplácito; y así la vieron antes que los buenos se determinasen al bien y los malos al pecado; y fue como señal de cuán admirable había de ser Dios en la fábrica de la humana naturaleza. Y aunque de ella les había dado a los ángeles noticia, revelándoles el misterio de la unión hipostática, pero quiso manifestársela por diferente modo en pura criatura y en la más perfecta y santa que, después de Cristo nuestro Señor, había de criar. Y también fue como señal para que los buenos ángeles se asegurasen que por la desobediencia de los malos, aunque Dios quedaba ofendido, no dejaría de ejecutar el decreto de criar a los hombres; porque el Verbo humanado y aquella mujer Madre suya le obligarían infinito más que los inobedientes ángeles podían desobligarle. Fue también como arco en el cielo a cuya semejanza se pondría el de las nubes después del diluvio (Gén 9,13) para que asegurase que, si los hombres pecasen como los ángeles y fuesen inobedientes, no serían castigados como ellos sin remisión, pero que les daría saludable medicina y remedio por medio de aquella maravillosa señal. Y fue como decirles a los ángeles: No castigaré yo de esta manera a las criaturas que he de criar, porque de la naturaleza humana descenderá esta mujer en cuyas entrañas tomará carne mi Unigénito, que será el restaurador de mi amistad y apaciguará mi justicia y abrirá el camino de la felicidad, que cerrará la culpa.

96. En testimonio de esto, el Altísimo, a la vista de aquella señal, después que los ángeles inobedientes fueron castigados, se mostró a los buenos ángeles como desenojado y aplacado de la ira que la soberbia de Lucifer le había ocasionado y, a nuestro entender, se recreaba con la presencia de la Reina del cielo, representada en aquella imagen; dando a entender a los ángeles santos que pondría en los hombres, por medio de Cristo y su Madre, la gracia y dones que los apóstatas por su rebeldía habían perdido. Tuvo también otro efecto aquella gran señal en los ángeles buenos, que como de la porfía y contienda con Lucifer estaban, a nuestro modo de entender, como afligidos y contristados y casi turbados, quiso el Altísimo que con la vista de aquella señal se alegrasen y con la gloria esencial se les acrecentase este gozo accidental, merecido también con su victoria contra Lucifer; y viendo aquella vara de clemencia, que se les mostraba en señal de paz (Est 4,11) conociesen luego que no se entendía con ellos la ley del castigo, pues habían obedecido a la divina voluntad y a sus preceptos. Entendieron a si mismo los santos ángeles en esta visión mucho de los misterios y sacramentos de la encarnación que en ella se encerraban y de la Iglesia militante y sus miembros; y que habían de asistir y ayudar al linaje humano, guardando a los hombres y defendiéndolos de sus enemigos y encaminándolos a la eterna felicidad, y que ellos mismos la recibían por los merecimientos del Verbo humanado; y que los había preservado Su Majestad en virtud del mismo Cristo, previsto en su mente divina.

97. Y como todo esto fue de grande alegría y gozo para los buenos ángeles, fue también de grande tormento para los malos y como principio y parte de su castigo, que luego conocieron, de lo que no se habían aprovechado, y que aquella mujer los había de vencer y quebrantar la cabeza (Gén 3,15) Todos estos misterios, y muchos que no puedo explicar, comprendió el evangelista en este capítulo y más en esta señal grande; aunque lo refiere en oscuridad y enigma, hasta que llegase el tiempo.

98. El sol, de que dice estaba cubierta la mujer, es el Sol verdadero de justicia; para que los ángeles entendiesen la voluntad eficaz del Altísimo, que siempre quería y determinaba asistir por gracia en esta mujer, hacerla sombra y defenderla con su invencible brazo y protección. Tenía debajo de los pies la luna, porque en la división que hacen estos dos planetas del día y noche, la noche de la culpa, significada en la luna, había de quedar a sus pies, y el sol, que es el día de la gracia, había de vestirla toda eternamente; y también, porque los menguantes de la gracia, que tocan a todos los mortales, habían de estar debajo de los pies y nunca podrían subir al cuerpo y alma, que siempre habían de estar en crecientes sobre todos los hombres y ángeles; y sola ella había de ser libre de la noche y menguantes de Lucifer y de Adán, que siempre los hollaría, sin que pudiesen prevalecer contra ella. Y como vencidas todas las culpas y fuerzas del pecado original y actual, se las pone el Señor en los pies en presencia de todos los ángeles, para que los buenos la conozcan y los malos aunque no todos los misterios de la visión alcanzaron temen a esta Mujer, aun antes que tenga ser.

99. La corona de doce estrellas, claro está, son todas las virtudes que habían de coronar a esta Reina de los cielos y tierra; pero el misterio de ser doce fue por los doce tribus de Israel, adonde se reducen todos los electos y predestinados, como los señala el evangelista en el capítulo 7 del Apocalipsis (Ap 7,4-8) Y porque todos los dones, gracias y virtudes de todos los escogidos habían de coronar a su Reina en grado superior y eminente exceso, se le pone la corona de doce estrellas sobre su cabeza.

100. “*Estaba preñada*”, porque en presencia de todos los ángeles, para alegría de los buenos y castigo de los malos

que resistían a la divina voluntad y a estos misterios, se manifestase que toda la santísima Trinidad había elegido a esta maravillosa mujer por Madre del Unigénito del Padre. Y como esta dignidad de Madre del Verbo era la mayor y principio y fundamento de todas las excelencias de esta gran Señora y de esta señal, por eso se les propone a los ángeles como depósito de toda la santísima Trinidad, en la divinidad y persona del Verbo humanado; pues, por la inseparable unión y existencia de las personas por la indivisible unidad, no pueden dejar de estar todas tres personas donde está cada una, aunque sola la del Verbo era la que tomó carne humana y de ella sola estaba preñada.

101. *“Y pariendo daba voces”*; porque si bien la dignidad de esta Reina y este misterio había de estar al principio encubierto, para que naciese Dios pobre y humilde y disimulado, pero después dio este parto tan grandes voces, que el primer eco hizo turbar y salir de sí al rey Herodes y a los Magos obligó a desamparar sus casas y patrias para venir a buscarle; unos corazones se turbaron y otros con afecto interior se movieron (Mt 2,1-3). Y creciendo el fruto de este parto, desde que fue levantado en la cruz (Jn 12,32) dio tan grandes voces, que se han oído desde el oriente al poniente y desde el septentrión al mediodía (Rom 10,18) Tanto se oyó la voz de esta Mujer, que dio, pariendo, la Palabra del eterno Padre.

102. *“Y era atormentada para parir.”* No dice esto porque había de parir con dolores, que esto no era posible en este parto divino, sino porque fue gran dolor y tormento para esta Madre que, en cuanto a la humanidad, saliese del secreto de su virgíneo vientre aquel cuerpecito divinizado, para padecer y sujeto a satisfacer al Padre por los pecados del mundo y pagar lo que no había de cometer (Sal 68,5) que todo esto conocería y conoció la Reina por la ciencia de las Escrituras; y, por el natural amor de tal Madre a tal Hijo, naturalmente lo había de sentir, aunque conforme con la voluntad del eterno Padre. También se comprende en este tormento el que había de padecer la Madre piadosísima conociendo los tiempos que había de carecer de la presencia de su tesoro, desde que saliese de su tálamo virginal; que si bien en cuanto a la divinidad le tenía concebido en el alma, pero en cuanto a la humanidad santísima había de estar mucho tiempo sin él y era Hijo solo suyo. Y aunque el Altísimo había determinado hacerla exenta de la culpa, pero no de los trabajos y dolores correspondientes al premio que le estaba aparejado; y así fueron los dolores de este parto (Gen 3,16) no efectos del pecado como en las descendientes de Eva, sino del intenso y perfecto amor de esta Madre divina a su único y santísimo Hijo. Y todos estos sacramentos fueron para los santos ángeles motivo de alabanza y admiración, y para los malos, principio de su castigo.

103. *“Y fue vista en el cielo otra señal: se vio un dragón grande y rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en sus cabezas; y con la cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó en la tierra.”* Después de lo que está dicho, se siguió el castigo de Lucifer y sus aliados. Porque a sus blasfemias contra aquella señalada mujer, se siguió la pena de hallarse convertido de ángel hermosísimo en dragón fiero y feísimo, apareciendo también la señal sensible y exterior figura. Y levantó con furor siete cabezas, que fueron siete legiones o escuadrones, en que se dividieron todos los que le siguieron y cayeron; y a cada principado o congregación de éstas le dio su cabeza, ordenándoles que pecasen y tomasen por su cuenta incitar y mover a los siete pecados mortales, que comúnmente se llaman capitales, porque en ellos se contienen los demás pecados y son como cabezas de los bandos que se levantan contra Dios. Estos son soberbia, envidia, avaricia, ira, lujuria, gula y pereza; que fueron las siete diademas con que Lucifer convertido en dragón fue coronado, dándole el Altísimo este castigo y habiéndolo negociado él, como premio de su horrible maldad, para sí y para sus ángeles confederados; que a todos fue señalado castigo y penas correspondientes a su malicia y haber sido autores de los siete pecados capitales.

104. Los diez cuernos de las cabezas son los triunfos de la iniquidad y malicia del dragón y la glorificación y exaltación arrogante y vana que él se atribuye a sí mismo en la ejecución de los vicios. Y con estos depravados afectos, para conseguir el fin de su arrogancia, ofreció a los infelices ángeles su depravada y venenosa amistad y fingidos principados, mayorías y premios. Y estas promesas, llenas de bestial ignorancia y error, fueron la cola con que el dragón arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo; que los ángeles estrellas eran y, si perseveraran, lucieran después con los demás ángeles y justos, como el sol, en perpetuas eternidades (Dan 12,3) pero los arrojó (Jds 1,6) el castigo merecido en la tierra de su desdicha hasta el centro de ella, que es el infierno, donde carecerán eternamente de luz y de alegría.

105. *“Y el dragón estuvo delante de la mujer, para tragarse al hijo que pariese.”* La soberbia de Lucifer fue tan desmedida que pretendió poner su trono en las alturas (Is 14, 13-14) y con sumo desvanecimiento dijo en presencia de aquella señalada mujer: “Ese hijo, que ha de parir esa mujer, es de inferior naturaleza a la mía; yo le tragaré y perderé y contra él levantaré bando que me siga; y sembraré doctrinas contra sus pensamientos y leyes que ordenare; y le haré

perpetua guerra y contradicción.” Pero la respuesta del altísimo Señor fue, que aquella mujer había de parir un hijo varón que había de regir las gentes con vara de hierro. “Y este varón”, añadió el Señor, “será no sólo hijo de esta mujer, sino también hijo mío, hombre y Dios verdadero, y fuerte, que vencerá tu soberbia y quebrantará tu cabeza. Será para ti, y para todos los que te oyeren y siguieren, juez poderoso, que te mandará con vara de hierro (Sal 2,9) y desvanecerá todos tus altivos y vanos pensamientos. Y será este hijo arrebatado a mi trono, donde se asentará a mi diestra y juzgará, y le pondré a sus enemigos por peana de sus pies (Sal 109,1) para que triunfe de ellos; y será premiado como hombre justo y que, siendo Dios, ha obrado tanto por sus criaturas; y todos le conocerán y darán reverencia y gloria (Ap 5,13) y tú, como el más infeliz, conocerás cuál es el día de la ira (Sof 1,15) del Todopoderoso; y esta mujer será puesta en la soledad, donde tendrá lugar aparejado por mí.” Esta soledad adonde huyó esta mujer, es la que tuvo nuestra gran Reina siendo única y sola en la suma santidad y exención de todo pecado; porque, siendo mujer de la común naturaleza de los mortales, sobrepujó a todos los ángeles en la gracia y dones y merecimientos que con ellos alcanzó. Y así huyó y se puso en una soledad entre las puras criaturas, que es única y sin semejante en todas ellas; y fue tan lejos del pecado esta soledad, que el dragón no pudo alcanzarla de vista, ni desde su concepción la pudo divisar. Y así la puso el Altísimo sola y única en el mundo, sin comercio ni subordinación a la serpiente, antes, con aseguración y como firme protesta, determinó y dijo: “Esta mujer, desde el instante que tenga ser, ha de ser mi escogida y única para mí; yo la eximo desde ahora de la jurisdicción de sus enemigos y la señalo un lugar de gracia eminentísimo y solo, para que allí la alimenten mil doscientos y sesenta días.” Este número de días había de estar la Reina del cielo en un estado altísimo de singulares beneficios interiores y espirituales y mucho más admirables y memorables; y esto fue en los últimos años de su vida, como en su lugar con la divina gracia diré (Cf. infra p.III, Libro VIII, cap.8 y 11) y en aquel estado fue alimentada tan divinamente, que nuestro entendimiento es muy limitado para conocerlo. Y porque estos beneficios fueron como fin adonde se ordenaban los demás de la vida de la Reina del cielo y el remate de ellos, por eso fueron señalados estos días determinadamente por el evangelista.

CAPITULO 9

[Regresar al Principio](#)

Prosigue lo restante de la explicación del capítulo 21 del Apocalipsis.

106. “Y sucedió en el cielo una gran batalla: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón y el dragón .Y sus ángeles peleaban.” Habiendo manifestado el Señor lo que está dicho a los buenos y malos ángeles, el santo príncipe Miguel y sus compañeros por el divino permiso pelearon con el dragón y sus secuaces. Y fue admirable esta batalla, porque se peleaba con los entendimientos y voluntades. San Miguel, con el celo que ardía en su corazón de la honra del Altísimo y armado con su divino poder y con su propia humildad, resistió a la desvanecida soberbia del dragón, diciendo: “Digno es el Altísimo de honor, alabanza y reverencia, de ser amado, temido y obedecido de toda criatura; y es poderoso para obrar todo lo que su voluntad quisiere; y nada puede querer que no sea muy justo el que es increado y sin dependencia de otro ser, y nos dio de gracia el que tenemos, criándonos y formándonos de nada; y puede criar otras criaturas cuando y como fuere su beneplácito. Y razón es que nosotros, postrados y rendidos ante su acatamiento, adoremos a Su Majestad y real grandeza. Venid, pues, ángeles, seguidme, y adorémosle y alabemos sus admirables y ocultos juicios, sus perfectísimas y santísimas obras. Es Dios altísimo y superior a toda criatura, y no lo fuera si pudiéramos alcanzar y comprender sus grandes obras. Infinito es en sabiduría y bondad y rico en sus tesoros y beneficios; y, como Señor de todo y que de nadie necesita, puede comunicarlos a quien más servido fuere y no puede errar en su elección. Puede amar y darse a quien amare, y amar a quien quisiere, y levantar, criar y enriquecer a quien fuere su gusto; y en todo será sabio, santo y poderoso. Adorémosle con hecho de gracias por la maravillosa obra que ha determinado de la Encarnación y favores de su pueblo, y de su reparación si cayere. Y a este Supuesto de dos naturalezas, divina y humana, adorémosle y reverenciémosle y recibámosle por nuestra cabeza; y confesemos que es digno de toda gloria, alabanza y magnificencia, y como autor de la gracia y de la gloria le demos virtud y divinidad.”

107. Con estas armas peleaban San Miguel y sus ángeles y combatían como con fuertes rayos al dragón y a los suyos, que también peleaban con blasfemias; pero a la vista del santo Príncipe, y no pudiendo resistir, se deshacía en furor y por su tormento quisiera huir, pero la voluntad divina ordenó que no sólo fuese castigado, sino también fuese vencido, y a su pesar conociese la verdad y poder de Dios; aunque blasfemando, decía: “Injusto es Dios en levantar a la humana naturaleza sobre la angélica. Yo soy el más excelente y hermoso ángel y se me debe el triunfo; yo he de poner mi trono (Is 14,13) sobre las estrellas y seré semejante al Altísimo y no me sujetaré a ninguno de inferior naturaleza, ni consentiré

que nadie me preceda ni sea mayor que yo.” Lo mismo repetían los apóstatas secuaces de Lucifer; pero san Miguel le replicó: “¿Quién hay que se pueda igualar y comparar con el Señor que habita en los cielos? Enmudece, enemigo, en tus formidables blasfemias y, pues la iniquidad te ha poseído, apártate de nosotros, oh infeliz, y camina con tu ciega ignorancia y maldad a la tenebrosa noche y caos de las penas infernales; y nosotros, oh espíritus del Señor, adoremos y reverenciamos a esta dichosa mujer, que ha de dar carne humana al eterno Verbo, y reconozcámosla por nuestra Reina y Señora.”

108. Era aquella gran señal de la Reina escudo en esta pelea para los buenos ángeles y arma ofensiva para contra los malos; porque a su vista las razones y pelea de Lucifer no tenían fuerza y se turbaba y como enmudecía, no pudiendo tolerar los misterios y sacramentos que en aquella señal eran representados. Y como por la divina virtud había aparecido aquella misteriosa señal, quiso también Su Majestad que apareciese la otra figura o señal del dragón rojo y que en ella fuese ignominiosamente lanzado del cielo con espanto y terror de sus iguales y con admiración de los ángeles santos; que todo esto causó aquella nueva demostración del poder y justicia de Dios.

109. Dificultoso es reducir a palabras lo que pasó en esta memorable batalla, por haber tanta distancia de las breves razones materiales a la naturaleza y operaciones de tales y tantos espíritus angélicos. Pero los malos no prevalecieron, porque la injusticia, mentira e ignorancia y malicia no pueden prevalecer contra la equidad, verdad, luz y bondad; ni estas virtudes pueden ser vencidas de los vicios; y por esto dice que desde entonces no se halló lugar suyo en el cielo. Con los pecados que cometieron estos desagradecidos ángeles, se hicieron indignos de la eterna vista y compañía del Señor y su memoria se borró en su mente, donde antes de caer estaban como escritos por los dones de gracia que les había dado; y, como fueron privados del derecho que tenían a los lugares que les estaban prevenidos si obedecieran, se traspasó este derecho a los hombres y para ellos se dedicaron, quedando tan borrados los vestigios de los ángeles apóstatas que no se hallarán jamás en el cielo. ¡Oh infeliz maldad, y nunca hartó encarecida infelicidad, digna de tan espantoso y formidable castigo! Añade y dice:

110. *“Y fue arrojado aquel gran dragón, antigua serpiente que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el orbe, y fue arrojado en la tierra y sus ángeles fueron enviados con él.”* Arrojó del cielo el santo príncipe Miguel a Lucifer, convertido en dragón, con aquella invencible palabra: *“¿Quién como Dios?”* que fue tan eficaz, que pudo derribar aquel soberbio gigante y todos sus ejércitos y lanzarle con formidable ignominia en lo inferior de la tierra, comenzando con su infelicidad y castigo a tener nuevos nombres de dragón, serpiente, diablo y Satanás, los cuales le puso el santo Arcángel en la batalla, y todos testifican su iniquidad y malicia. Y privado por ella de la felicidad y honor que desmerecía, fue también privado de los nombres y títulos honrosos y adquirió los que declaran su ignominia; y el intento de maldad que propuso y mandó a sus confederados, de que engañasen y pervirtiesen a todos los que en el mundo viviesen, manifiesta su iniquidad. Pero el que en su pensamiento hería a las gentes, fue traído a los infiernos, como dice Isaías, capítulo 14 (Is 14,15) a lo profundo del lago, y su cadáver entregado a la carcoma y gusano de su mala conciencia; y se cumplió en Lucifer todo lo que dice en aquel lugar el Profeta.

111. Quedando despojado el cielo de los malos ángeles y corrida la cortina de la divinidad a los buenos y obedientes, triunfantes y gloriosos éstos y castigados a un mismo tiempo los rebeldes, prosigue el evangelista que oyó una grande voz en el cielo, que decía: *“Ahora ha sido hecha la salud y la virtud y el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que en la presencia de nuestro Dios los acusaba de día y de noche.”* Esta voz que oyó el evangelista fue de la persona del Verbo, y la percibieron y entendieron todos los ángeles santos, y sus ecos llegaron hasta el infierno, donde hizo temblar y despavorir a los demonios; aunque no todos sus misterios entendieron, mas de solo aquello que el Altísimo quiso manifestarles para su pena y castigo. Y fue voz del Hijo en nombre de la humanidad que había de tomar, pidiendo al eterno Padre fuese hecha la salud, virtud y reino de Su Majestad y la potestad de Cristo; porque ya había sido arrojado el acusador de sus hermanos del mismo Cristo Señor nuestro, que eran los hombres. Y fue como una petición ante el trono de la santísima Trinidad de que fuese hecha la salud y virtud, y los misterios de la Encarnación y Redención fuesen confirmados y ejecutados contra la envidia y furor de Lucifer, que había bajado del cielo airado contra la humana naturaleza de quien el Verbo se había de vestir; y por esto, con sumo amor y compasión los llamó hermanos. Y se dice que Lucifer los acusaba de día y de noche, porque, en presencia del Padre eterno y toda la santísima Trinidad, los acusó en el día que gozaba de la gracia, despreciándonos desde entonces con su soberbia, y después, en la noche de sus tinieblas y de nuestra caída, nos acusa mucho más, sin haber de cesar jamás de esta acusación y persecución mientras el mundo durare. Y llamó virtud, potestad y reino a las obras y misterios de la Encarnación y Muerte de Cristo, porque todo se obró con ella y se

manifestó su virtud y potencia contra Lucifer.

112. Esta fue la primera vez que el Verbo en nombre de la humanidad intercedió por los hombres ante el trono de la Divinidad; y, a nuestro modo de entender, el Padre eterno confirió esta petición con las personas de la santísima Trinidad y, manifestando a los santos ángeles en parte el decreto del divino consistorio sobre estos sacramentos, les dijo: “Lucifer ha levantado las banderas de la soberbia y pecado y con toda iniquidad y furor perseguirá al linaje humano y con astucia pervertirá a muchos, valiéndose de ellos mismos para destruirlos, y con la ceguedad de los pecados y vicios en diversos tiempos delinquirán con peligrosa ignorancia; pero la soberbia, mentira y todo pecado y vicio dista infinito de nuestro ser y voluntad. Levantemos, pues, el triunfo de la virtud y santidad y humanécese para esto la segunda Persona pasible, y acredite y enseñe la humildad, obediencia y todas las virtudes, y haga la salud para los mortales; y siendo verdadero Dios, se humille y sea hecho el menor, sea hombre justo y ejemplar y maestro de toda santidad, muera por la salvación de sus hermanos; sea la virtud sola admitida en nuestro tribunal y la que siempre triunfe de los vicios. Levantemos a los humildes y humillemos a los soberbios; hagamos que los trabajos y el padecerlos sean gloriosos en nuestro beneplácito. Determinemos asistir a los afligidos y atribulados; y que sean corregidos y afligidos nuestros amigos, y por estos medios alcancen nuestra gracia y amistad y que ellos también, según su posibilidad, hagan la salvación, obrando la virtud. Sean bienaventurados los que lloran, sean dichosos los pobres y los que padecieron por la justicia y por su cabeza, Cristo, y sean ensalzados los pequeños, engrandecidos los mansos de corazón; sean amados, como nuestros hijos, los pacíficos; sean nuestros carísimos los que perdonaren y sufrieren las injurias y amaren a sus enemigos (Mt 5,3-10) Señalémosles a todos copiosos frutos de bendiciones de nuestra gracia y premios de inmortal gloria en el cielo. Nuestro Unigénito obrará esta doctrina y los que le siguieren serán nuestros escogidos, regalados, refrigerados y premiados y sus buenas obras serán engendradas en nuestro pensamiento, como causa primera de la virtud. Demos permiso a que los malos opriman a los buenos y sean parte en su corona, cuando para sí mismos están mereciendo castigo. Haya escándalo para el bueno y sea desdichado el que le causare (Mt 18,7) y bienaventurado el que lo padece. Los hinchados y soberbios aflijan y blasfemen de los humildes, y los grandes y poderosos a los pequeños y opriman a los abatidos, y éstos, en lugar de maldición, den bendiciones (1 Cor 4,12) y mientras fueren viandantes, sean reprobados de los hombres, y después sean colocados con los espíritus y ángeles nuestros hijos y gocen de los asientos y premios que los infelices y malaventurados han perdido. Sean los pertinaces y soberbios condenados a eterna muerte, donde conocerán su insipiente proceder y perversidad.

113. Y para que todos tengan verdadero ejemplar y superabundante gracia, si de ella se quisieren aprovechar, descienda nuestro Hijo pasible y reparador y redima a los hombres a quienes Lucifer derribará de su dichoso estado y levántelos con sus infinitos merecimientos. Sea hecha la salvación ahora en nuestra voluntad y determinación de que haya redentor y maestro que merezca y enseñe, naciendo y viviendo pobre, muriendo despreciado y condenado por los hombres a muerte torpísima y afrentosa; sea juzgado por pecador y reo y satisfaga a nuestra justicia por la ofensa del pecado; y por sus méritos previstos usemos de nuestra misericordia y piedad. Y entiendan todos que el humilde, el pacífico, el que obrare la virtud, sufriere y perdonare, éste seguirá a nuestro Cristo y será nuestro hijo; y que ninguno podrá entrar por voluntad libre en nuestro reino, si primero no se niega a sí mismo y, llevando su cruz, sigue a su cabeza y maestro (Mt 16,24) Y éste será nuestro reino, compuesto de los perfectos y que legítimamente hubieren trabajado y peleado perseverando hasta el fin. Estos tendrán parte en la potestad de nuestro Cristo, que ahora es hecha y determinada, *porque ha sido arrojado el acusador de sus hermanos*, y es hecho su triunfo, para que, lavándolos y purificándolos con su sangre, sea para él la exaltación y gloria; porque sólo él será digno de abrir el libro de la ley de gracia (Ap 5,9) y será camino, luz, verdad y vida (Jn 14,6) para que los hombres vengan a mí y él solo abrirá las puertas del cielo; sea mediador (1 Tim 2,5) y abogado (1 Jn 2,1) de los mortales y en él tendrán padre, hermano y protector, pues tienen perseguidor y acusador. Y los ángeles, que, como nuestros hijos, también obraron la salud y virtud y defendieron la potestad de mi Cristo, sean coronados y honrados por todas las eternidades de eternidades en nuestra presencia.

114. Esta voz, que contiene los misterios escondidos desde la constitución del mundo (Mt 13,35) manifestados por la doctrina y vida de Jesucristo, salió del trono, y decía y contiene más de lo que yo puedo explicar. Y con ella, se les intimaron a los santos ángeles las comisiones que habían de ejercer; a san Miguel y san Gabriel, para que fuesen embajadores del Verbo humanado y de María su madre santísima y fueran ministros para todos los sacramentos de la Encarnación y Redención; y otros muchos ángeles fueron destinados con estos dos príncipes para el mismo ministerio, como adelante diré (Cf. Infra n.202-207). A otros ángeles destinó y mandó el Todopoderoso acompañasen, asistiesen a las almas y las inspirasen y enseñasen la santidad y virtudes contrarias a los vicios a que Lucifer había propuesto inducir las y que las defendiesen y guardasen y las llevasen en sus manos (Sal 90,12) para que a los justos no ofendiesen las

pedras, que son las marañas y engaños que armarían contra ellos sus enemigos.

115. Otras cosas fueron decretadas en esta ocasión o tiempo que el evangelista dice fue hecha la potestad, salud, virtud y reino de Cristo; pero lo que se obró misteriosamente fue que los predestinados fueron señalados y puestos en cierto número y escritos en la memoria de la mente divina por los merecimientos previstos de Jesucristo nuestro Señor. ¡Oh misterio y secreto inexplicable de lo que pasó en el pecho de Dios! ¡Oh dichosa suerte para los escogidos! ¡Qué punto de tanto peso! ¡Qué sacramento tan digno de la omnipotencia divina! ¡Qué triunfo de la potestad de Cristo! ¡Dichosos infinitas veces los miembros que fueron señalados y unidos a tal cabeza! ¡Oh Iglesia grande, pueblo grave y congregación santa, digna de tal prelado y maestro! En la consideración de tan alto sacramento se anega todo el juicio de las criaturas y mi entender se suspende y enmudece mi lengua.

116. En este consistorio de las tres divinas personas, le fue dado y como entregado al Unigénito del Padre aquel libro misterioso del Apocalipsis; y entonces fue compuesto y firmado y cerrado con los siete sellos (Ap 5,1ss) que el evangelista dice, hasta que tomó carne humana y le abrió, soltando por su orden los sellos con los misterios que desde su nacimiento, vida y muerte fue obrando hasta el fin de todos. Y lo que contenía el libro era todo lo que decretó la santísima Trinidad después de la caída de los ángeles y pertenece a la Encarnación del Verbo y a la ley de gracia; los diez mandamientos, los siete sacramentos y todos los artículos de la fe, y lo que en ellos se contiene, y el orden de toda la Iglesia militante, dándole potestad al Verbo para que humanado, como sumo sacerdote y pontífice santo, comunicase el poder y dones necesarios a los apóstoles y a los demás sacerdotes y ministros de esta Iglesia.

117. Este fue el misterioso principio de la ley evangélica. Y en aquel trono y consistorio secretísimo se instituyó y se escribió en la mente divina, que aquellos que guardasen esta ley serían escritos en el Libro de la Vida. De aquí tuvo principio y del Padre eterno son sucesores o vicarios los pontífices y prelados. De Su Alteza tienen principio los mansos, los pobres, los humildes y todos los justos. Este fue y es su nobilísimo origen, por donde se ha de decir que quien obedece a los superiores obedece a Dios, y quien los desprecia a Dios menosprecia (Lc 10,16). Todo esto fue decretado en la divina mente y sus ideas, y se le dio a Cristo Señor nuestro la potestad de abrir a su tiempo este libro, que estuvo hasta entonces cerrado y sellado. Y en el ínterin, dio el Altísimo su testamento y testimonios de sus palabras divinas en la ley natural y escrita, con obras misteriosas, manifestando parte de sus secretos a los patriarcas y profetas.

118. Y por estos testimonios y sangre del Cordero, dice que *los justos le vencieron*. Porque, si bien la sangre de Cristo redentor nuestro fue suficiente y superabundante para que todos los mortales venciesen al dragón, su acusador, y los testimonios y palabras verdaderísimas de sus profetas son de grande virtud y fuerza para la salvación eterna; pero con la voluntad libre cooperan los justos a la eficacia de la Pasión y Redención y de las Escrituras y consiguen su fruto venciendo a sí mismos y al demonio, cooperando a la gracia. Y no sólo le vencerán en lo que comúnmente Dios manda y pide, pero con su virtud y gracia añadirán el dar sus almas y ponerlas hasta la muerte por el mismo Señor (Ap 6,9) y por sus testimonios y por alcanzar la corona y triunfo de Jesucristo, como lo han hecho los mártires en testimonio de la fe y por su defensa.

119. Por todos estos misterios añade el texto y dice: *Alegraos, cielos, y los que vivís en ellos*. Alegraos, porque habéis de ser morada eterna de los justos y del Justo de los justos, Jesucristo, y de su Madre santísima. Alegraos, cielos, porque de las criaturas materiales e inanimadas a ninguna le ha caído mayor suerte, pues vosotros seréis casa de Dios, que permanecerá eternos siglos, y en ella recibiréis para reina vuestra a la criatura más pura y santa que hizo el poderoso brazo del Altísimo. Por esto os alegrad, cielos, y los que vivís en ellos, ángeles y justos, que habéis de ser compañeros y ministros de este Hijo del Padre eterno y de su Madre y partes de este cuerpo místico, cuya cabeza es el mismo Cristo. Alegraos, ángeles santos, porque, administrándolos y sirviéndolos con vuestra defensa y custodia, granjearéis premios de gozo accidental. Alégrense singularmente san Miguel, príncipe de la milicia celestial, porque defendió en batalla la gloria del Altísimo y de sus misterios venerables y será ministro de la encarnación del Verbo y testigo singular de sus efectos hasta el fin; y alégrense con él todos sus aliados y defensores del nombre de Jesucristo y de su Madre, y que en estos ministerios no perderán el gozo de la gloria esencial que ya poseen; y por tan divinos sacramentos se gocijan los cielos.

[Regresar al Principio](#)

En que se da fin a la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis.

120. Pero, “¡ay de la tierra y del mar, porque ha bajado a vosotros el diablo, que tiene grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo!” ¡Ay de la tierra, donde tan innumerables pecados y maldades se han de cometer! ¡Ay del mar, que sucediendo tales ofensas del Criador a su vista no soltó su corriente y anegó a los transgresores, vengando las injurias de su Hacedor y Señor! Pero ¡ay del mar profundo y endurecido en maldad de aquellos que siguieron a este diablo, que ha bajado a vosotros para haceros guerra con grande ira, y tan inaudita y cruel que no tiene semejante! Es ira de ferocísimo dragón y más que león devorador ^(1 Pe 5,8) que todo lo pretende aniquilar, y le parece que todos los días del siglo son poco tiempo para ejecutar su enojo. Tanta es la sed y el afán que tiene de dañar a los mortales, que no le satisface todo el tiempo de sus vidas, porque han de tener fin, y su furor deseara tiempos eternos, si fueran posibles, para hacer guerra a los hijos de Dios. Y entre todos tiene su ira contra aquella mujer dichosa que le ha de quebrantar la cabeza ^(Gén 3,15) Y por esto dice el evangelista:

121. “Y después que vio el dragón cómo era arrojado en la tierra, persiguió a la mujer que parió al hijo varón.” Cuando la antigua serpiente vio el infelicísimo lugar y estado adonde arrojado del cielo empíreo había caído, ardía más en furor y envidia contaminándose como polilla sus entrañas; y contra la mujer, madre del Verbo humanado, concibió tal indignación, que ninguna lengua ni humano entendimiento lo puede encarecer ni ponderar; y se colige en algo de lo que sucedió luego inmediatamente, cuando se halló este dragón derribado hasta los infiernos con sus ejércitos de maldad; y yo lo diré aquí, según mi posible, como se me ha manifestado por inteligencia.

122. Toda la semana primera que refiere el Génesis, en que Dios entendía en la creación del mundo y sus criaturas, Lucifer y los demonios se ocuparon en maquinando y conferir maldades contra el Verbo que se había de humanar y contra la mujer de quien había de nacer hecho hombre. El día primero, que corresponde al domingo, fueron criados los ángeles y les fue dada ley y preceptos de lo que debían obedecer; y los malos desobedecieron y traspasaron los mandatos del Señor; y por divina providencia y disposición sucedieron todas las cosas que arriba quedan dichas, hasta el segundo día por la mañana correspondiente al lunes, que fue Lucifer y su ejército arrojados y lanzados en el infierno. A esta duración de tiempo correspondieron aquellas modulas de los ángeles, de su creación, operaciones, batalla y caída, o glorificación. Al punto que Lucifer con su gente estrenó el infierno, hicieron concilio en él congregados todos, que les duró hasta el día correspondiente al jueves por la mañana; y en este tiempo, ocupó Lucifer toda su sabiduría y malicia diabólica en conferir con los demonios y arbitrar cómo más ofenderían a Dios y se vengarían del castigo que les había dado; y la conclusión que en suma resolvieron fue que la mayor venganza y agravio contra Dios, según lo que conocían había de amar a los hombres, sería impedir los efectos de aquel amor, engañando, persuadiendo y, en cuanto les fuese posible, compeliendo a los mismos hombres, para que perdiesen la amistad y gracia de Dios y le fuesen ingratos y a su voluntad rebeldes.

123. “En esto - decía Lucifer - hemos de trabajar empleando todas nuestras fuerzas, cuidado y ciencia; reduciremos a las criaturas humanas a nuestro dictamen y voluntad para destruirlas; perseguiremos a esta generación de hombres y la privaremos del premio que le ha prometido; procuremos con toda nuestra vigilancia que no lleguen a ver la cara de Dios, pues a nosotros se nos ha negado con injusticia. Grandes triunfos he de ganar contra ellas y todo lo destruiré y rendiré a mi voluntad. Sembraré nuevas sectas y errores y leyes contrarias a las del Altísimo en todo; yo levantaré, de esos hombres, profetas y caudillos que dilaten las doctrinas ^(Act 20,30) que yo sembraré en ellos y, después, en venganza de su Criador, los colocaré conmigo en este profundo tormento; afligiré a los pobres, oprimiré a los afligidos y al desalentado perseguiré; sembraré discordias, causaré guerras, moveré unas gentes contra otras; engendraré soberbios y arrogantes y extenderé la ley del pecado; y cuando en ella me hayan obedecido, los sepultaré en este fuego eterno y en los lugares de mayores tormentos a los que más a mí se allegaren. Este será mi reino y el premio que yo daré a mis siervos.

124. “Al Verbo humanado haré sangrienta guerra, aunque sea Dios, pues también será hombre de naturaleza inferior a la mía. Levantaré mi trono y dignidad sobre la suya, le venceré y le derribaré con mi potencia y astucia; y la mujer que ha de ser su madre perecerá a mis manos; ¿qué es para mí potencia y grandeza una sola mujer? Y vosotros, demonios, que conmigo estáis agraviados, seguidme y obedecedme en esta venganza, como lo habéis hecho en la inobediencia. Fingid que amáis a los hombres para perderlos; los serviréis para destruirlos y engañarlos; los asistiréis, para

pervertirlos y traerlos a mis infiernos.” - No hay lengua humana que pueda explicar la malicia y furor de este primer conciliábulo que hizo Lucifer en el infierno contra el linaje humano, que aún no era, sino porque había de ser. Allí se fraguaron todos los vicios y pecados del mundo, de allí salieron la mentira, las sectas y errores, y toda iniquidad tuvo su origen de aquel caos y congregación abominable; y a su príncipe sirven todos los que obran la maldad.

125. Acabado este conciliábulo, quiso Lucifer hablar con Dios y Su Majestad dio permiso a ello por sus altísimos juicios. Y esto fue al modo que habló Satanás cuando pidió facultad para tentar a Job (Job 1,6ss) y sucedió el día que corresponde al jueves; y dijo, hablando con el Altísimo: “Señor, pues tu mano ha sido tan pesada para mí, castigándome con tan grande crueldad, y has determinado todo cuanto has querido para los hombres, que tienes voluntad de criar, y quieres engrandecer tanto y levantar al Verbo humanado y con él has de enriquecer a la mujer que ha de ser su madre con los dones que le previenes, ten equidad y justicia; y pues me has dado licencia para perseguir a los demás hombres, dámela para que también pueda tentar y hacer guerra a este Cristo Dios y hombre y a la mujer que ha de ser madre suya; dame permiso para que en esto ejecute todas mis fuerzas.” - Otras cosas dijo entonces Lucifer y se humilló a pedir esta licencia, siendo tan violenta la humildad en su soberbia, porque la ira y las ansias de conseguir lo que deseaba eran tan grandes, que a ellas se rindió su misma soberbia, cediendo una maldad a otra; porque conocía que sin licencia del Señor todopoderoso nada podía intentar; y por tentar a Cristo nuestro Señor y a su Madre santísima en particular, se humillara infinitas veces, porque temía le había de quebrantar la cabeza.

126. Le respondió el Señor: “No debes, Satanás, pedir de justicia ese permiso y licencia, porque el Verbo humanado es tu Dios y Señor omnipotente y supremo, aunque será juntamente hombre verdadero, y tú eres su criatura; y si los demás hombres pecaren, y por eso se sujetaren a tu voluntad, no ha de ser posible el pecado en mi Unigénito humanado; y si a los demás hiciere esclavos la culpa, Cristo ha de ser santo y justo y segregado de los pecadores (Heb 7,26) a los cuales si cayeren levantará y redimirá; y esa mujer, con quien tienes tanta ira, aunque ha de ser pura criatura e hija de hombre puro, pero ya he determinado preservarla de pecado y ha de ser siempre toda mía, y por ningún título ni derecho en tiempo alguno quiero que tengas parte en ella.”

127. A esto replicó Satanás: “Pues, ¿qué mucho que sea santa esa mujer, si en tiempo alguno no ha de tener contrario que la persiga e incite al pecado? Esto no es equidad, ni recta justicia, ni puede ser conveniente ni loable.” Añadió Lucifer otras blasfemias con arrogante soberbia. Pero el Altísimo, que todo lo dispone con sabiduría infinita, le respondió: “Yo te doy licencia para que puedas tentar a Cristo, que en esto será ejemplar y maestro para otros, y también te la doy para que persigas a esa mujer, pero no la tocarás en la vida corporal; y quiero que no sean exentos en esto Cristo y su Madre, pero que sean tentados de ti como los demás.” Con este permiso se alegró el dragón más que con todo el que tenía de perseguir al linaje humano; y en ejecutarle determinó poner mayor cuidado, como le puso, que en otra alguna obra y no fiarlo de otro demonio sino hacerlo por sí mismo. Y por esto dice el evangelista:

128. “*Persiguió el dragón a la mujer que parió al hijo varón*”; porque con el permiso que tuvo del Señor hizo guerra inaudita y persiguió a la que imaginaba ser Madre de Dios humanado. Y porque en sus lugares diré (Cf. infra n.600-700; p.II n.340-371; p.III n.451-528) qué luchas y peleas fueron éstas, sólo declaro ahora que fueron grandes sobre todo pensamiento humano. Y también fue admirable el modo de resistirlas y vencerlas gloriosísimamente; pues, para defenderse del dragón la mujer, dice que “*le fueron dadas dos alas de una grande águila, para que volase al desierto, a su lugar, donde es alimentada por tiempo y tiempos.*” Estas dos alas se le dieron a la Virgen santísima antes de entrar en esta pelea, porque fue prevenida del Señor con particulares dones y favores. La una ala fue una ciencia infusa que de nuevo le dieron de grandes misterios y sacramentos. La segunda fue nueva y profundísima humildad, como en su lugar explicaré (Cf. infra p.II n.335-339; p.III n.448-450). Con estas dos alas levantó el vuelo al Señor, lugar propio suyo, porque sólo en él vivía y atendía. Voló como águila real, sin volver el vuelo jamás al enemigo, siendo sola en este vuelo y viviendo desierta de todo lo terreno y criado y sola con el solo y último fin, que es la Divinidad. Y en esta soledad *fue alimentada por tiempo y tiempos*; alimentada con el dulcísimo maná y manjar de la gracia y palabras divinas y favores del brazo poderoso; y por tiempo y tiempos, porque este alimento tuvo toda su vida y más señalado en aquel tiempo que le duraron las mayores batallas con Lucifer, que entonces recibió favores más proporcionados y mayores; también por tiempo y tiempos, se entiende la eterna felicidad, donde fueron premiadas y coronadas todas sus victorias.

129. “*Y por la mitad del tiempo fuera de la cara de la serpiente.*” Este medio tiempo fue el que la Virgen santísima estuvo en esta vida, libre de la persecución del dragón y sin verle, porque después de haberle vencido en las peleas que con él tuvo, por divina disposición estuvo, como victoriosa, libre de ellas. Y le fue concedido este privilegio, para que

gozase de la paz y quietud que había merecido, quedando vencedora del enemigo, como diré adelante (Cf. infra p.III n.526). Pero mientras duró la persecución, dice el evangelista:

130. “Y arrojó la serpiente de su boca como un río de agua tras de la mujer, para que el río la tragase; y la tierra ayudó a la mujer y abrió la tierra su boca y sorbió el río que arrojó de su boca el dragón.” Toda su malicia y fuerzas estrenó Lucifer y las extendió contra esta divina Señora, porque todos cuantos han sido de él tentados le importaban menos que sola María santísima. Y con la fuerza que corre el ímpetu de un grande y despeñado río, así y con mayor violencia, salían de la boca de este dragón las fabulaciones, maldades y tentaciones contra ella; pero la tierra la ayudó, porque la tierra de su cuerpo y pasiones no fue maldita, ni tuvo parte en aquella sentencia y castigo que fulminó Dios contra nosotros en Adán y Eva, que la tierra nuestra sería maldita y produciría espinas en lugar de fruto (Gén 3,17-18) quedando herida en lo natural con el *fomes peccati*, que siempre nos punza y hace contradicción, y de quien se vale el demonio para ruina de los hombres, porque halla dentro de nosotros estas armas tan ofensivas contra nosotros mismos; y asiendo de nuestras inclinaciones, nos arrastra con aparente suavidad y deleite y con sus falsas persuasiones tras de los objetos sensibles y terrenos.

131. Pero María santísima, que fue tierra santa y bendita del Señor, sin tocar en ella el *fomes* ni otro efecto del pecado, no pudo tener peligro por parte de la tierra; antes ella la favoreció con sus inclinaciones ordenadísimas y compuestas y sujetas a la gracia. Y así abrió la boca y se tragó el río de las tentaciones que en vano arrojaba el dragón, porque no hallaba la materia dispuesta ni fomentos para el pecado, como sucede en los demás hijos de Adán, cuyas terrenas y desordenadas pasiones antes ayudan a producir este río que a sorberle, porque nuestras pasiones y corrupta naturaleza siempre contradicen a la razón y virtud. Y conociendo el dragón cuán frustrados quedaron sus intentos contra aquella misteriosa mujer, dice ahora:

132. *Y el dragón se indignó contra la mujer; y se fue para hacer guerra a lo restante de su generación, que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo.* Vencido este gran dragón gloriosamente en todas las cosas por la Reina de todo lo criado, y aun previniendo antes su confusión con este furioso tormento suyo y de todo el infierno, se fue determinando hacer cruda guerra a las demás almas de la generación y linaje de María santísima, que son los fieles señalados con el testimonio y sangre de Cristo en el bautismo para guardar sus testimonios; porque toda la ira de Lucifer y sus demonios se convirtió más contra la Iglesia santa y sus miembros, cuando vio que contra su cabeza Cristo Señor nuestro y su Madre santísima nada podía conseguir; y señaladamente con particular indignación hace guerra a las vírgenes de Cristo y trabaja por destruir esta virtud de la castidad virginal, como semilla escogida y reliquias de la castísima Virgen y Madre del Cordero. Y para todo esto dice que:

133. “*Estuvo el dragón sobre la arena del mar*”, que es la vanidad contentible de este mundo, de la cual se sustenta el dragón y la come como heno (Job 40,10). Todo esto pasó en el cielo; y muchas cosas fueron manifestadas a los ángeles, en los decretos de la divina voluntad, de los privilegios que se disponían para la Madre del Verbo que había de humanarse en ella. Y yo he quedado corta en declarar lo que entendí, porque la abundancia de misterios me ha hecho más pobre y falta de términos para su declaración. Que en la creación de todas las cosas el Señor tuvo presentes a Cristo Señor nuestro y a su Madre santísima y eligió y favoreció a su pueblo, figurando estos misterios.

134. En el capítulo 8 de los Proverbios (Prov 8,30) dice la Sabiduría de sí misma que en la creación de todas las cosas se halló presente con el Altísimo componiéndolas todas. Y dije arriba (Cf. supra n.54) que esta Sabiduría es el Verbo humanado, que con su Madre santísima estaba presente, cuando en su mente divina determinaba Dios la creación de todo el mundo; porque en aquel instante no sólo estaba el Hijo con el eterno Padre y el Espíritu Santo en unidad de la naturaleza divina, pero también la humanidad que había de tomar estaba en primer lugar de todo lo criado, prevista e ideada en la mente divina del Padre, y con la humanidad de su Madre santísima que la había de administrar de sus purísimas entrañas. Y en estas dos personas estuvieron previstas todas sus obras, de que se obligaba el Altísimo para no atender a nuestro modo de hablar a todo lo que el linaje humano podía desobligarle, y los mismos ángeles, para que no procediese a la creación de todo lo restante de él y de las criaturas que para servicio del hombre estaba previniendo.

135. Miraba el Altísimo a su Hijo unigénito humanado y a su Madre santísima, como ejemplares que había formado con la grandeza de su sabiduría y poder, para que le sirviesen como de originales por donde iba copiando todo el linaje humano; y para que, asimilándole a estas dos imágenes de su divinidad, todos los demás saliesen también mediante estos ejemplares semejantes a Dios. Crió también las cosas materiales necesarias para la vida humana, pero con tal

sabiduría, que también algunas sirviesen de símbolos que representasen en algún modo a los dos objetos a quien principalmente él miraba y ellas servían: Cristo y María. Por esto hizo las dos lumbreras del cielo, sol y luna (Gén 1,16) que en dividir la noche y el día se señalasen al sol de justicia Cristo y su Madre santísima, que es hermosa como la luna (Cant 6,9) y dividen la luz y día de la gracia de la noche del pecado; y con sus continuas influencias iluminan el sol a la luna y entrambos a todas las criaturas desde el firmamento y sus astros y los demás hasta el fin de todo el universo.

136. Crió las demás cosas y les añadió más perfección, mirando que habían de servir a Cristo y a María santísima, y por ellos a los demás hombres, a quienes antes de salir de su nada les puso mesa gustosísima, abundante, segura y más memorable que la de *Asuero* (Est 1,3); porque El los había de criar para su regalo y convidarlos a las delicias de su conocimiento y amor; y como cortés señor y generoso no quiso que el convidado aguardase, mas que fuese todo uno el ser criado y hallarse sentado a la mesa del divino conocimiento y amor, y no perdiese tiempo en lo que tanto le importaba como reconocer y alabar a su Hacedor.

137. Al sexto día de la creación, formó (Gén 1,27) y crió a Adán como de treinta y tres años, la misma edad que Cristo había de tener en su muerte; y tan parecido a su humanidad santísima, que en el cuerpo apenas se diferenciaban y en el alma también le asimiló a la suya; y de Adán formó a Eva tan semejante a la Virgen, que la imitaba en todas sus facciones y persona. Miraba el Señor con sumo agrado y benevolencia estos dos retratos de los originales que había de criar a su tiempo; y por ellos les echó muchas bendiciones, como para entretenerse con ellos y sus descendientes mientras llegaba el día en que había de formar a Cristo y a María.

138. Pero el feliz estado en que Dios había criado a los dos primeros padres del género humano duró muy poco, porque luego la envidia de la serpiente se despertó contra ellos, como quien estaba a la espera de su creación; aunque Lucifer no pudo ver la formación de Adán y Eva como vio todas las otras cosas al instante que fueron criadas, porque el Señor no le quiso manifestar la obra de la creación del hombre, ni tampoco la formación de Eva de la costilla, que todo esto se lo ocultó Su Majestad por algún espacio de tiempo, hasta que ya estaban los dos juntos. Pero cuando vio el demonio la compostura admirable de la naturaleza humana sobre todas las demás criaturas, la hermosura de las almas y también de los cuerpos de Adán y Eva, y conoció el paternal amor con que los miraba el Señor y que los hacía dueños y señores de todo lo criado y les dejaba esperanzas de la vida eterna, aquí fue donde se enfureció más la ira de este dragón y no hay lengua que pueda manifestar la alteración con que se conmovió aquella bestia fiera, ejecutándole su envidia para que les quitase la vida; y como un león lo hiciera, si no conociera que le detenía otra fuerza más superior; pero confería y arbitraba modo como los derribaría de la gracia del Altísimo y los convertiría contra él.

139. Aquí se alucinó Lucifer; porque el Señor, misteriosamente, como desde el principio le había manifestado que el Verbo había de hacerse hombre en el vientre de María santísima, y no le declarando dónde y cuándo, por eso le ocultó la creación de Adán y formación de Eva, para que desde luego comenzase a sentir esta ignorancia del misterio y tiempo de la Encarnación. Y como su ira y desvelo estaban prevenidos señaladamente contra Cristo y María, sospechó si Adán había salido de Eva y ella era la Madre y él era el Verbo humanado. Y crecía más esta sospecha en el demonio, por sentir aquella virtud divina que le detenía para que no les ofendiese en la vida. Mas, como por otra parte conoció luego los preceptos que Dios les puso que éstos no se le ocultaron. Porque oyó la conferencia que tenían sobre ello Adán y Eva, salía a poco a poco de la duda y fue escuchando las pláticas de los dos padres y tanteando sus naturales, comenzando luego, como hambriento león, a rodearlos (1 Pe 5,8) y buscar entrada por las inclinaciones que conocía en cada uno de ellos. Pero hasta que se desengañó del todo, siempre vacilaba entre la ira con Cristo y María y el temor de ser vencido de ellos; y más temía la confusión de que le venciese la Reina del cielo, por ser criatura pura, y no Dios.

CAPITULO 11

[Regresar al Principio](#)

140. Reparando, pues, en el precepto que tenían Adán y Eva, armado de la engañosa mentira entró por ella a tentarles, comenzando a oponerse y contravenir a la divina voluntad con todo intento. Y no acometió primero al varón sino a la mujer, porque la conoció de natural más delicado y débil y porque contra ella iba más cierto que no era Cristo; y porque contra ella tenía suma indignación, desde la señal que había visto en el cielo y la amenaza que Dios le había hecho con aquella mujer. Todo esto le arrastró y llevó primero contra Eva que contra Adán. Y le arrojó muchos

pensamientos o imaginaciones fuertes desordenadas antes de manifestársele, para hallarla algo turbada y prevenida. Y porque en otra parte tengo escrito algo de esto (Alude probablemente a su obra *Leyes de la Esposa*. Cf. la edición de Eduardo Royo, Herederos de Juan Gilí. Barcelona, 1916) no me alargo aquí con decir cuán esforzada e inhumanamente la tentó; basta ahora, para mi intento, saber lo que dicen las Escrituras santas, que tomó forma de serpiente (Gén 3,1) y con ella habló a Eva, trabando conversación que no debiera; pues de oírle y responderle pasó a darle crédito y de aquí a quebrantar el precepto para sí; y al fin persuadir a su marido que le quebrantase para su daño y el de todos, perdiendo ellos y nosotros el feliz estado en que los había puesto el Altísimo.

141. Cuando Lucifer vio la caída de los dos y que la hermosura interior de la grada y justicia original se había convertido en la fealdad del pecado, fue increíble el alborozo y triunfo que mostró a sus demonios. Pero luego lo perdió, porque conoció cuán piadosamente, y no como deseaba, se había mostrado el amor divino misericordioso con los dos delincuentes y que les daba lugar de penitencia y esperanza del perdón y de su gracia, para lo cual se disponían con el dolor y contrición. Y conoció Lucifer que se les restituía la hermosura de la gracia y amistad de Dios; con que de nuevo se volvió a turbar todo el infierno, viendo los efectos de la contrición. Y creció más su llanto, viendo la sentencia que Dios fulminaba contra los reos, en que se equivocaba el demonio; y sobre todo le atormentó el oír que se le volviese a repetir aquella amenaza: *La mujer te quebrantará la cabeza* (Gén 3,15) como lo había oído en el cielo.

142. Los partos de Eva se multiplicaron después del pecado y por él se hizo la distinción y multiplicación de buenos y malos, escogidos y réprobos; unos, que siguen a Cristo nuestro Redentor y Maestro; otros, a Satanás. Los escogidos siguen a su Capitán por fe, humildad, caridad, paciencia y todas las virtudes; y para conseguir el triunfo son asistidos, ayudados y heroseados con la divina gracia y dones que les mereció el mismo Señor y Reparador de todos. Pero los réprobos, sin recibir estos beneficios y favores de su falso caudillo ni aguardar otro premio más que la pena y confusión eterna del infierno, le siguen por soberbia y presunción, ambición, torpezas y maldades, introduciéndolas el padre de mentira y autor del pecado.

143. Con todo esto, la inefable benignidad del Altísimo les dio su bendición, para que con ella creciese y se multiplicase el linaje humano. Pero dio permiso su altísima providencia para que el primer parto de Eva llevase las primicias del primer pecado, en el injusto Caín, y el segundo señalase en el inocente Abel al reparador del pecado, Cristo nuestro Señor; comenzando juntamente a señalarle en figura y en imitación, para que en el primer justo se estrenase la ley de Cristo y su doctrina de que todos los restantes habían de ser discípulos padeciendo por la justicia y siendo aborrecidos y oprimidos de los pecadores y réprobos, de sus mismos hermanos (Mt 10 21). Para esto se estrenaron en Abel la paciencia, humildad y mansedumbre, y en Caín la envidia y todas las maldades que hizo, en beneficio del justo y en perdición de sí mismo, triunfando el malo y padeciendo el bueno; y dando principio en estos espectáculos a los que tendría el mundo en su progreso, compuesto de las dos ciudades, de Jerusalén para los justos y Babilonia para los réprobos, cada cual con su capitán y cabeza.

144. Quiso también el Altísimo que el primer Adán fuese figura del segundo en el modo de la creación; pues, como antes de él, primero le crió y ordenó la república de todas las criaturas de que le hacía señor y cabeza, así con su Unigénito dejó pasar muchos siglos antes de enviarle, para que hallase pueblo en la multiplicación del linaje humano, de quien había de ser cabeza y maestro y rey verdadero, para que no estuviese un punto sin república y vasallos; que éste es el orden y armonía maravillosa con que todo lo dispuso la divina sabiduría, siendo postrero en la ejecución el que fue primero en la intención.

145. Y caminando más el mundo, para descender el Verbo del seno del eterno Padre y vestirse nuestra mortalidad, eligió y previno un pueblo segregado y nobilísimo y el más admirable que antes ni después hubo; y en él un linaje ilustre y santo, de donde descendiese según la carne humana. Y no me detengo en referir esta genealogía (Mt 1,1-17; Lc 3,23-38) de Cristo Señor nuestro, porque no es necesario y la cuentan las sagrados evangelistas; sólo digo, con toda la alabanza que puedo del Altísimo, que en muchas ocasiones me ha mostrado en diversos tiempos el amor incomparable que tuvo a su pueblo, los favores que fue obrando con él y los sacramentos y misterios que se encerraban en ellos, como después en su Iglesia santa se han ido manifestando; sin que jamás se haya dormido ni dormitado el que se constituyó por guarda de Israel (Sal 120,4).

146. Hizo profetas y patriarcas santísimos, que en figuras y profecías nos evangelizasen de lejos lo que ahora tenemos en posesión, para que los veneremos, conociendo el aprecio que ellos hicieron de la ley de gracia, las ansias y

clamores con que la desearon y pidieron. A este pueblo manifestó Dios su ser inmutable por muchas revelaciones; y ellos a nosotros por las Escrituras, encerrando en ellas inmensos misterios que alcanzásemos y conociésemos por la fe. Y todos los cumplió y acreditó el Verbo humanado, dejándonos con esto la doctrina segura y el alimento de las Escrituras santas para su Iglesia. Y aunque los profetas y justos de aquel pueblo no pudieron alcanzar la vista corporal de Cristo, pero fue liberalísimo el Señor con ellos, manifestándoseles en profecías y moviéndoles al afecto para que pidiesen su venida y la redención de todo el linaje humano. Y la consonancia y armonía de todas estas profecías, misterios y suspiros de los antiguos padres, eran para el Altísimo una suavísima música que resonaba en lo íntimo de su pecho, con que a nuestro parecer entretenía el tiempo, y aun le aceleraba, de bajar a conversar con los hombres.

147. Y por no me detener mucho en lo que sobre esto me ha dado el Señor a conocer y para llegar a lo que voy buscando de las preparaciones que hizo este Señor para enviar al mundo al Verbo humanado y a su Madre santísima, las diré sucintamente por orden de las divinas Escrituras. El Génesis contiene lo que toca al exordio y creación del mundo para el linaje humano, la división de las tierras y gentes, el castigo y restauración, la confusión de lenguas y origen del pueblo escogido y bajada a Egipto, y otros muchos y grandes sacramentos que declaró Dios a Moisés, para que por él nos diese a conocer el amor y justicia que desde el principio mostró con los hombres, para traerlos a su conocimiento y servicio y señalar lo que tenía determinado de hacer en lo futuro.

148. El Éxodo contiene lo que sucedió en Egipto con el pueblo escogido, las plagas y castigos que envió para rescatarle misteriosamente, la salida y tránsito del mar, la ley escrita dada con tantas prevenciones y maravillas, y otros muchos sacramentos y misterios que Dios obró por su pueblo, afligiendo unas veces a sus enemigos, otras a ellos, castigando a unos como juez severo, corrigiendo a otros como padre amantísimo, enseñándoles a conocer el beneficio en los trabajos. Hizo grandes maravillas por la vara de Moisés, en figura de la cruz, donde el Verbo humanado había de ser cordero sacrificado, para unos remedio y para otros ruina (Lc 2,34) como la vara lo era y lo fue el mar Rubro, que defendió al pueblo con murallas de agua y con ellas anegó a los gitanos (Egipcios). E iba con todos estos misterios tejiendo la vida de los santos de alegría y de llanto, de trabajos, refrigerios; y todo, con infinita sabiduría y providencia, lo copiaba de la vida y muerte de Cristo Señor nuestro.

149. En el Levítico describe y ordena muchos sacrificios y ceremonias legales para aplacar a Dios, porque significaban el Cordero que se había de sacrificar por todos y después nosotros a Su Majestad con la verdad ejecutada de aquellos figurativos sacrificios. También declara las vestiduras de Aarón, sumo sacerdote y figura de Cristo, aunque no había de ser él de orden tan inferior, sino según el orden de Melquisedec (Sal 109,4).

150. Los Números contienen las mansiones del desierto, figurando lo que había de hacer con la Iglesia santa y con su Unigénito humanado y su Madre santísima y también con los demás justos; que, según diversos sentidos, todo se comprende en aquellos sucesos de la columna de fuego, del maná, de la piedra que dio agua y otros misterios grandes que contiene en otras obras; y encierra también los que pertenecen a la aritmética; y en todo hay profundos sacramentos.

151. El Deuteronomio es como segunda ley y no diferente sino diverso modo repetida y más apropiadamente figurativa de la ley evangélica, porque habiéndose de alargar -por los ocultos juicios de Dios y las conveniencias que su sabiduría conocía- el tomar carne humana, renovaba y disponía leyes que pareciesen a la que después había de establecer por su unigénito Hijo.

152. Jesús Nave o Josué introduce al pueblo de Dios en la tierra de promisión y se la divide pasado el Jordán, obrando grandes hazañas, como figura harto expresa de nuestro Redentor en el nombre y en las obras; en que representó la destrucción de los reinos que poseía el demonio y la separación y división que de buenos y malos se hará el último día.

153. Tras de Josué, estando ya el pueblo en la posesión de la tierra prometida y deseada, que primera y propiamente representa la Iglesia, adquirida por Jesucristo con el precio de su sangre, viene el libro de los Jueces que Dios ordenaba para gobierno de su pueblo, particularmente en las guerras que por sus continuados pecados e idolatrías padecían de los filisteos y otros enemigos sus vecinos, de que los defendía y libraba cuando se convertían a él por penitencia y enmienda de la vida. Y en este libro se refiere lo que hizo Débora, juzgando al pueblo y libertándole de una grande opresión; y Jael también, que concurrió a la victoria; mujeres fuertes y valerosas. Y todas estas historias son expresa figura y testimonio de lo que pasa en la Iglesia.

154. Acabados los Jueces, son los Reyes que pidieron los israelitas, queriendo ser como las demás gentes en el gobierno. Contienen estos libros grandes misterios de la venida del Mesías. Helí, sacerdote, y Saúl, rey, muertos, dicen la reprobación de la ley vieja. Sadoc y David figuran el nuevo reino y sacerdocio de Jesucristo y la Iglesia con el pequeño número que en ella había de haber en comparación del resto del mundo. Los otros reyes de Israel y Judá y sus cautividades señalan otros grandes misterios de la Iglesia santa.

155. Entre los tiempos dichos estuvo el pacientísimo del Señor, Job, cuyas palabras son tan misteriosas, que ninguna tiene sin profundos sacramentos de la vida de Cristo nuestro Señor, de la resurrección de los muertos y del último juicio en la misma carne en número que cada uno tiene, de la fuerza y astucia del demonio y sus conflictos. Y sobre todo le puso Dios por un espejo de paciencia a los mortales, para que en él desprendiésemos todos cómo debemos padecer los trabajos después de la muerte de Cristo que tenemos presente, pues antes hubo santo que a la vista tan de lejos le imitó con tanta paciencia.

156. Pero en los muchos y grandes profetas que Dios envió a su pueblo en el tiempo de sus reyes, porque entonces más necesitaba de ellos, hay tantos misterios y sacramentos que ninguno dejó el Altísimo de los que pertenecían a la venida del Mesías y su ley que no se lo revelase y declarase; y lo mismo hizo, aunque de más lejos, con los antiguos padres y patriarcas; y todo era multiplicar retratos y como estampas del Verbo humanado y prevenirle y prepararle pueblo y la ley que había de enseñar.

157. En los tres grandes patriarcas, Abrahán, Isaac y Jacob, depositó grandes y ricas prendas para poderse llamar Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, queriendo honrarse con este nombre para honrarlos a ellos, manifestando su dignidad y excelentes virtudes y los sacramentos que les había fiado para que diesen nombre a Dios tan honroso. Al patriarca Abrahán, para hacer aquella representación tan expresa de lo que el eterno Padre había de hacer con su Unigénito, le tentó y probó mandándole sacrificar a Isaac; pero, cuando el obediente padre quiso ejecutar el sacrificio, lo impidió el mismo Señor que lo había mandado, porque sólo para el eterno Padre se reservase la ejecución de tan heroica obra, sacrificando con efecto a su Unigénito, y sólo en amago se dijese lo había hecho a Abrahán; en que parece fueron los celos del amor divino fuertes como la muerte ^(Cant 8,6) pero no convenía que tan expresa figura quedase imperfecta y así se cumplió sacrificando Abrahán un carnero, que también era figura del Cordero que había de quitar los pecados del mundo ^(Jn 1,29).

158. A Jacob le mostró aquella misteriosa escala, llena de sacramentos y sentidos, y el mayor fue representar al Verbo humanado, que es el camino y escala por donde subimos al Padre y de él bajó Su Majestad a nosotros; y por su medio suben y descienden ángeles que nos ilustran y guardan, llevándonos en sus manos, para que no nos ofendan las piedras ^(Sal 90,12) de los errores, herejías y vicios, de que está sembrado el camino de la vida mortal; y en medio de ellas subamos seguros por esta escala con la fe y esperanza desde esta Iglesia santa, que es la casa de Dios, donde no hay otra cosa que puerta del cielo ^(Gen 28,17) y santidad.

159. A Moisés, para constituirle Dios de Faraón y capitán de su pueblo, le mostró aquella zarza mística que sin quemarse ardía, para señalar en profecía la divinidad encubierta en nuestra humanidad, sin derogar lo humano a lo divino, ni consumir lo divino a lo humano. Y junto con este misterio señalaba también la virginidad perpetua de la Madre del Verbo, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma, y que no la mancharía ni ofendería ser hija de Adán y vestida y derivada de aquella naturaleza abrasada con la primera culpa.

160. Hizo también a David a la medida de su corazón ^(1 Sam 13,14) con que pudo dignamente cantar las misericordias del Altísimo ^(Sal 88,1) como lo hizo comprendiendo en sus salmos todos los sacramentos y misterios, no sólo de la ley de gracia, pero de la escrita y natural. No se caen de la boca los testimonios, los juicios y las obras del Señor, porque también los tenía en el corazón para meditar de día y de noche. Y en perdonar injurias que expresa imagen o figura del que había de perdonar las nuestras; y así le fueron hechas las promesas más claras y firmes de la venida del Redentor del mundo.

161. Salomón, rey pacífico, y en esto figura del verdadero Rey de los reyes, dilató su grande sabiduría en manifestar por diversos modos de Escrituras los misterios y sacramentos de Cristo, especialmente en la metáfora de los Cantares, donde encerró los misterios del Verbo humanado, de su Madre santísima y de la Iglesia y fieles. Enseñó también la doctrina para las costumbres por diversos modos; y de aquella fuente han bebido las aguas de la verdad y vida otros

muchos escritores.

162. Pero ¿quién podrá dignamente engrandecer el beneficio de habernos dado el Señor, por medio de su pueblo, el número loable de los profetas santos, donde la eterna sabiduría copiosamente derramó la gracia de la profecía, alumbrando a su Iglesia con tantas luces, que desde muy lejos comenzaron a señalarnos el sol de justicia y los rayos que había de dar en la ley de gracia con sus obras? Los dos grandes profetas, Isaías y Jeremías, fueron escogidos para evangelizarnos alta y dulcemente los misterios de la encarnación del Verbo, su nacimiento, vida y muerte. Isaías nos prometió que concebiría y pariría una virgen y nos daría un hijo que se llamaría *Emmanuel* y que un pequeñuelo hijo nacería para nosotros y llevaría su imperio sobre su hombro (Is 7,14; 9,6) y todo lo restante de la vida de Cristo lo anunció con tanta claridad, que pareció su profecía evangelio. Jeremías dijo la novedad que Dios había de obrar con una mujer que tendría en su vientre un varón (Jer 31,22) que sólo podía ser Cristo, Dios y hombre perfecto; anunció su venta, pasión, oprobios y muerte. Suspensa y admirada quedo en la consideración de estos profetas. Pide Isaías que envíe el Señor el Cordero que ha de señorear al mundo, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión (Is 16,1) porque este Cordero, que es el Verbo humanado, en cuanto a la divinidad estaba en el desierto del cielo, que faltándole los hombres se llama desierto; y llamándose piedra por el asiento, firmeza y quietud eterna de que goza. El monte, adonde pide que venga, en lo místico es la Iglesia santa, y primero María santísima, hija de la visión de paz, que es Sión; y la interpone el profeta por medianera para obligar al Padre eterno que envíe al Cordero su Unigénito, porque en todo el resto del linaje humano no había quien le pudiese obligar tanto como haber de tener tal Madre que le diese a este Cordero la piel y vellocino de su humanidad santísima; y esto es lo que contiene aquella dulcísima oración y profecía de Isaías.

163. Ezequiel vio también a esta Madre Virgen en la figura o metáfora de aquella puerta cerrada (Ez 44,2) que para solo el Dios de Israel estaría patente y ningún otro varón entraría por ella. Habacuc contempló a Cristo Señor nuestro en la cruz y con profundas palabras profetizó los misterios de la redención y los admirables efectos de la pasión y muerte de nuestro Redentor. Joel describe la tierra de los doce tribus, figura de los doce apóstoles que habían de ser cabezas de todos los hijos de la Iglesia; también anunció la venida del Espíritu Santo sobre los siervos y siervas del Muy Alto, señalando el tiempo de la venida y vida de Cristo. Y todos los demás profetas por partes la anunciaron, porque todo quiso el Altísimo quedase dicho y profetizado y figurado tan de lejos y tan abundantemente, que todas estas obras admirables pudiesen testificar el amor y cuidado que tuvo Dios para con los hombres y cómo enriqueció a su Iglesia; y a si mismo para culpar y reprender nuestra tibieza, pues aquellos antiguos padres y profetas sólo con las sombras y figuras se inflamaron en el divino amor e hicieron cánticos de alabanza y gloria para el Señor; y nosotros, que tenemos la verdad y el día claro de la gracia, estamos sepultados en el olvido de tantos beneficios, y dejando la luz buscamos las tinieblas.

CAPITULO 12

[Regresar al Principio](#)

Cómo, habiéndose propagado el linaje humano, crecieron los clamores de los justos por la venida del Mesías, y también crecieron los pecados, y en esta noche de la antigua ley envió Dios al mundo dos luceros que anunciasen la ley de gracia.

164. Se dilató en gran número la posteridad y linaje de Adán, multiplicándose los justos y los injustos, los clamores de los santos por el Reparador y los delitos de los pecadores para desmerecer este beneficio. El pueblo del Altísimo y el triunfo del Verbo, que había de humanarse, estaban ya en las últimas disposiciones que la divina voluntad obraba en ellos para venir el Mesías; porque el reino del pecado en los hijos de perdición había dilatado su malicia casi hasta los últimos términos y había llegado el tiempo oportuno del remedio. Se había aumentado la corona y méritos de los justos; y los profetas y santos padres con el júbilo de la divina luz reconocían que se acercaba la salvación y la presencia de su redentor y multiplicaban sus clamores, pidiendo a Dios se cumpliesen las profecías y promesas hechas a su pueblo; y delante del trono real de la divina misericordia representaban la prolija y larga noche (Sab 17,20) que había corrido en las tinieblas del pecado, desde la creación del primer hombre, y la ceguera de idolatrías en que estaba ofuscado todo el resto del linaje humano.

165. Cuando la antigua serpiente había inficionado con su aliento todo el orbe y, al parecer, gozaba de la pacífica posesión de los mortales; y cuando ellos, desatinando de la luz de la misma razón natural (Rom 1,20-22) y de la que por la

antigua ley escrita pudieran tener, en lugar de buscar la divinidad verdadera, fingían muchas falsas y cada cual formaba un dios a su gusto, sin advertir que la confusión de tantos dioses, aun para perfección, orden y quietud, era repugnante; cuando con estos errores se habían ya naturalizado la malicia, la ignorancia y el olvido del verdadero Dios y se ignoraba la mortal dolencia y letargo que en el mundo se padecía, sin abrir la boca los míseros dolientes para pedir el remedio; cuando reinaba la soberbia y el número de los necios era sin número (Ecl 1,15) y la arrogancia de Lucifer intentaba beberse las aguas puras del Jordán (Job 40,18); cuando con estas injurias estaba Dios más ofendido y menos obligado de los hombres y el atributo de su justicia tenía tan justificada su causa para aniquilar todo lo criado convirtiéndolo a su antiguo no ser.

166. En esta ocasión a nuestro entender convirtió el Altísimo su atención al atributo de su misericordia e inclinó el peso de su incomprensible equidad con la ley de la clemencia; y se quiso dar por más obligado de su misma bondad y de los clamores y servicios de los justos y profetas de su pueblo, que desobligarse de la maldad y ofensas de todo el resto de los pecadores; y en aquella noche tan pesada de la ley antigua determinó dar prendas ciertas del día de la gracia, enviando al mundo dos luceros clarísimos que anunciasen la claridad ya vecina del sol de justicia Cristo, nuestra salvación. Estos fueron san Joaquín y Ana, prevenidos y criados por la divina voluntad para que fuesen hechos a medida de su corazón. San Joaquín tenía casa, familia y deudos en Nazaret, pueblo de Galilea, y fue siempre varón justo y santo, ilustrado con especial gracia y luz de lo alto. Tenía inteligencia de muchos misterios de las Escrituras y profetas antiguos y con oración continua y fervorosa pedía a Dios el cumplimiento de sus promesas, y su fe y caridad penetraban los cielos. Era varón humildísimo y puro, de costumbres santas y suma sinceridad, pero de gran peso y severidad y de incomparable compostura y honestidad.

167. La felicísima santa Ana tenía su casa en Belén, y era doncella castísima, humilde y hermosa y, desde su niñez, santa, compuesta y llena de virtudes. Tuvo también grandes y continuas ilustraciones del Altísimo y siempre ocupaba su interior con altísima contemplación, siendo juntamente muy oficiosa y trabajadora, con que llegó a la plenitud de la perfección de las vidas activa y contemplativa. Tenía noticia infusa de las Escrituras divinas y profunda inteligencia de sus escondidos misterios y sacramentos; y en las virtudes infusas, fe, esperanza y caridad, fue incomparable. Con estos dones prevenida oraba continuamente por la venida del Mesías, y sus ruegos fueron tan aceptos al Señor para acelerar el paso, que singularmente le pudo responder había herido su corazón en uno de sus cabellos (Cant 4,9) pues sin duda alguna en apresurar la venida del Verbo tuvieron los merecimientos de santa Ana altísimo lugar entre los santos del Viejo Testamento.

168. Hizo también esta mujer fuerte oración fervorosa para que el Altísimo en el estado del matrimonio la diese compañía de esposo que la ayudase a la guarda de la divina ley y testamento santo y para ser perfecta en la observancia de sus preceptos. Y al mismo tiempo que santa Ana pedía esto al Señor, ordenó su providencia que san Joaquín hiciese la misma oración, para que juntas fuesen presentadas estas dos peticiones en el tribunal de la beatísima Trinidad, donde fueron oídas y despachadas. Y luego por ordenación divina se dispuso cómo Joaquín y Ana tomasen estado de matrimonio juntos y fuesen padres de la que había de ser Madre del mismo Dios humanado. Y para ejecutar este decreto, fue enviado el santo arcángel Gabriel, que se lo manifestase a los dos. A santa Ana se le apareció corporalmente estando en oración fervorosa pidiendo la venida del Salvador del mundo y el remedio de los hombres; y vio al santo príncipe con gran hermosura y refulgencia, que a un mismo tiempo causó en ella alguna turbación y temor con interior júbilo e iluminación de su espíritu. Se postró la Santa con profunda humildad para reverenciar al embajador del cielo, pero él la detuvo y confortó, como a depósito que había de ser del arca del verdadero maná, María santísima, Madre del Verbo eterno; porque ya este santo arcángel había conocido este misterio del Señor cuando fue enviado con esta embajada; aunque entonces no lo conocieron los demás ángeles del cielo, porque a solo san Gabriel fue hecha esta revelación o iluminación inmediatamente del Señor. Tampoco manifestó el ángel a santa Ana este gran sacramento por entonces, filis la pidió atención y la dijo: “El Altísimo te dé su bendición, sierva suya, y sea tu salud. Su Alteza ha oído tus peticiones y quiere que perseveres en ellas y clames por la venida del Salvador; y es su voluntad que recibas por esposo a Joaquín, que es varón de corazón recto y agradable a los ojos del Señor, y con su compañía podrás perseverar en la observancia de su divina ley y servicio. Continúa tus oraciones y súplicas y de tu parte no hagas otra diligencia; que el mismo Señor ordenará el cómo se ha de ejecutar. Y tú camina por las sendas rectas de la justicia y tu habitación interior siempre sea en las alturas; y pide siempre por la venida del Mesías y alégrate en el Señor que es tu salvación. Con esto desapareció el ángel, dejándola ilustrada en muchos misterios de las Escrituras y confortada y renovada en su espíritu.

169. A san Joaquín se le apareció y habló el arcángel, no corporalmente como a santa Ana, pero en sueños apercibió el varón de Dios que le decía estas razones: “Joaquín, bendito seas de la divina diestra del Altísimo, persevera en tus deseos y vive con rectitud y pasos perfectos. Voluntad del Señor es que recibas por tu esposa a Ana, que es alma a quien el Todopoderoso ha dado su bendición. Cuida de ella y estímala como prenda del Altísimo y dale gracias a Su Majestad porque te la ha entregado.” En virtud de estas divinas embajadas pidió luego Joaquín por esposa a la castísima Ana y se efectuó el casamiento, obedeciendo los dos a la divina disposición; pero ninguno manifestó al otro el secreto de lo que les había sucedido hasta pasados algunos años, como diré en su lugar (Cf. infra n.185). Vivieron los dos santos esposos en Nazaret, procediendo y caminando por las justificaciones del Señor; y con rectitud y sinceridad dieron el lleno de las virtudes a sus obras y se hicieron muy agradables y aceptos al Altísimo sin reprensión. De las rentas y frutos de su hacienda en cada año hacían tres partes: la primera ofrecían al templo de Jerusalén para el culto del Señor, la segunda distribuían a los pobres, y con la tercera sustentaban su vida y familia decentemente; y Dios les acrecentaba los bienes temporales, porque los expendían con tanta largueza y caridad.

170. Vivían a si mismo con inviolable paz y conformidad de ánimos, sin querella y sin rencilla alguna. Y la humildísima Ana vivía en todo sujeta y rendida a la voluntad de Joaquín; y el varón de Dios con la emulación santa de la misma humildad se adelantaba a saber la voluntad de santa Ana, confiando en ella su corazón (Prov 31,11) y no quedando frustrado; con que vivieron en tan perfecta caridad, que en su vida tuvieron diferencia en que el uno dejase de querer lo mismo que quería el otro; mas como congregados en el nombre del Señor (Mt 18,20) estaba Su Majestad con su temor santo en medio de ellos. Y el santo Joaquín cumplió y obedeció el mandamiento del ángel de que estimase a su esposa y tuviese cuidado de ella.

171. Previno el Señor con bendiciones de dulzura (Sal 20,4) a la santa matrona Ana, comunicándola altísimos dones de gracia y ciencia infusa, que la dispusiesen para la buena dicha que la aguardaba de ser madre de la que lo había de ser del mismo Señor; y como las obras del Altísimo son perfectas y consumadas, fue consiguiente que la hiciese digna madre de la criatura más pura y que en santidad había de ser inferior a solo Dios y superior a todo lo criado.

172. Pasaron estos santos casados veinte años sin sucesión de hijos; cosa que en aquella edad y pueblo se tenía por más infelicidad y desgracia, a cuya causa padecieron entre sus vecinos y conocidos muchos oprobios y desprecios; que los que no tenían hijos se reputaban como excluidos de tener parte en la venida del Mesías que esperaban. Pero el Altísimo, que por medio de esta humillación los quiso afligir y disponer para la gracia que les prevenía, les dio tolerancia y conformidad para que sembrasen con lágrimas (Sal 125,5) y oraciones el dichoso fruto que después habían de coger. Hicieron grandes peticiones de lo profundo de su corazón, teniendo para esto especial mandato de lo alto, y ofrecieron al Señor con voto expreso que, si les daba hijos, consagrarían a su servicio en el templo el fruto que recibiesen de bendición.

173. Y el hacer este ofrecimiento fue por especial impulso del Espíritu Santo, que ordenaba cómo antes de tener ser la que había de ser morada de su unigénito Hijo, fuese ofrecida y como entregada por sus padres al mismo Señor. Porque si antes de conocerla y tratarla no se obligaran con voto particular de ofrecerla al templo, viéndola después tan dulce y agradable criatura no lo pudieran hacer con tanta prontitud por el vehemente amor que la tendrían. Y a nuestro modo de entender con este ofrecimiento no sólo satisfacía el Señor a los celos que ya tenía de que su Madre santísima estuviese por cuenta de otros, pero se entretenía su amor en la dilación de criarla.

174. Habiendo perseverado un año entero después que el Señor se lo mandó en estas fervientes peticiones, sucedió que san Joaquín fue por divina inspiración y mandato al templo de Jerusalén, a ofrecer oraciones y sacrificios por la venida del Mesías y por el fruto que deseaba; y llegando con otros de su pueblo a ofrecer los comunes dones y ofrendas en presencia del sumo sacerdote, otro inferior, que se llamaba Isacar, reprendió ásperamente al venerable viejo Joaquín porque llegaba a ofrecer con los demás, siendo infecundo; y entre otras razones le dijo: “Tú, Joaquín, ¿por qué llegas a ofrecer siendo hombre inútil? Desvíate de los demás y vete, no enojas a Dios con tus ofrendas y sacrificios, que no son gratos a sus ojos.” - El santo varón, avergonzado y confuso, con humilde y amoroso afecto, se convirtió al Señor y le dijo: “Altísimo Dios eterno, con vuestro mandato y voluntad vine al templo; el que está en vuestro lugar me desprecia; mis pecados son los que merecen esta ignominia; pues la recibo por vuestro querer, no despreciéis la hechura de vuestras manos.” (Sal 137,8). Fuese Joaquín del templo contristado, pero pacífico y sosegado, a una casa de campo o granja que tenía y allí en soledad de algunos días clamó al Señor e hizo oración:

175. “Altísimo Dios eterno, de quien depende todo el ser y el reparo del linaje humano, postrado en vuestra real presencia os suplico se digne vuestra infinita bondad de mirar la aflicción de mi alma y oír mis peticiones y las de vuestra sierva Ana. A vuestros ojos son manifiestos todos nuestros deseos (Sal 37,10) y, si yo no merezco ser oído, no despreciéis a mi humilde esposa. Santo Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, nuestros antiguos padres, no escondáis vuestra piedad de nosotros, ni permitáis, pues sois padre, que yo sea de los réprobos y desechados en mis ofrendas como inútil, porque no me dais sucesión. Acordaos, Señor, de los sacrificios y oblaciones de vuestros siervos y profetas (Dt 9,27, mis padres antiguos, y tened presentes las obras que en ellos fueron gratas a vuestros ojos divinos; y pues me mandáis, Señor mío, que con confianza os pida como a poderoso y rico en misericordias, concededme lo que por vos deseo y pido; pues en pedirlos hago vuestra santa voluntad y obediencia, en que me prometéis mi petición: y si mis culpas detienen vuestras misericordias, apartad de mí lo que os desagrada e impide. Poderoso sois, Señor Dios de Israel, y todo lo que fuere vuestra voluntad podéis obrar sin resistencia. (Est 13,9). Lleguen a vuestros oídos mis peticiones, que si soy pobre y pequeño, vos sois infinito e inclinado a usar de misericordia con los abatidos. ¿Adónde iré de vos, que sois el Rey de los reyes, el Señor de los señores y todopoderoso? A vuestros hijos y siervos habéis llenado, Señor, de dones y bendiciones en sus generaciones; a mí me enseñáis a desear y esperar de vuestra liberalidad lo que habéis obrado con mis hermanos. Si fuere vuestro beneplácito conceder mi petición, el fruto de sucesión que de vuestra mano recibiere, lo ofreceré y consagraré a vuestro templo santo, para servicio vuestro. Entregado tengo mi corazón y mente a vuestra voluntad y siempre he deseado apartar mis ojos de la vanidad. Haced de mí lo que fuere vuestro agrado y alegrad, Señor, nuestro espíritu con el cumplimiento de nuestra esperanza. Mirad desde vuestro solio al humilde polvo y levantadle, para que os magnifique y adore y en todo se cumpla vuestra voluntad y no la mía.”

176. Esta petición hizo Joaquín en su retiro; y en el ínterin el santo ángel declaró a santa Ana cómo sería agradable oración para su alteza que le pidiese sucesión de hijos con el santo afecto e intención que los deseaba. Y habiendo conocido la santa matrona ser ésta la divina voluntad y también la de su esposo Joaquín, con humilde rendimiento y confianza en la presencia del Señor, hizo oración por lo que se le ordenaba y dijo: “Dios altísimo, Señor mío, Criador y Conservador universal de todas las cosas, a quien mi alma reverencia y adora como a Dios verdadero, infinito, santo y eterno; postrada en vuestra real presencia hablaré, aunque sea polvo y ceniza (Gén 18,27) manifestando mi necesidad y aflicción. Señor, Dios increado, hacednos dignos de vuestra bendición, dándonos fruto santo que ofrecer a vuestro servicio en vuestro templo (1 Sam 1,11). Acordaos, Señor mío, que Ana, sierva vuestra, madre de Samuel, era estéril y con vuestra liberal misericordia recibió el cumplimiento de sus deseos. Yo siento en mi corazón una fuerza que me alienta y anima a pedirlos hagáis conmigo esta misericordia. Oíd, pues, dulcísimo Señor y Dueño mío, mi petición humilde y acordaos de los servicios, ofrendas y sacrificios de mis antiguos padres y los favores que obró en ellos el brazo poderoso de vuestra omnipotencia. Yo, Señor, quisiera ofrecer a vuestros ojos oblación agradable y aceptable, pero la mayor y la que puedo es mi alma, mis potencias y sentidos que me disteis y todo el ser que tengo; y si mirándome desde vuestro real solio me diereis sucesión, desde ahora la consagro y ofrezco para servirlos en el templo. Señor Dios de Israel, si fuere voluntad y gusto vuestro mirar a esta vil y pobre criatura y consolar a vuestro siervo Joaquín, concedednos, Señor, esta petición y en todo se cumpla vuestra voluntad santa y eterna.”

177. Estas fueron las peticiones que hicieron los santos Joaquín y Ana; y de la inteligencia que he tenido de ellas y de la santidad incomparable de estos dichosos padres, no puedo por mi gran cortedad e insuficiencia decir todo lo que conozco y siento; ni todo se puede referir, ni es necesario, pues es bastante para mi intento lo dicho; y para hacer altos conceptos de estos Santos, se han de medir y ajustar con el altísimo fin y ministerio para que fueron escogidos de Dios, que era ser abuelos inmediatos de Cristo Señor nuestro y padres de su Madre santísima.

CAPITULO 13

[Regresar al Principio](#)

Cómo por el santo arcángel Gabriel fue evangelizada la Concepción de María santísima y cómo preparó Dios a santa Ana para esto con un especial favor.

178. Llegaron las peticiones de los santos Joaquín y Ana a la presencia y trono de la beatísima Trinidad, donde, siendo oídas y aceptadas, se les manifestó a los santos ángeles la voluntad divina, como si a nuestro modo de entender las tres divinas Personas hablaran con ellos y les dijeran: “Determinado tenemos por nuestra dignación que la persona del Verbo tome carne humana y que en ella remedie a todo el linaje de los mortales; y a nuestros siervos los profetas lo

tenemos manifestado y prometido, para que ellos lo profetizasen al mundo. Los pecados de los vivientes y su malicia es tanta, que nos obligaba a ejecutar el rigor de nuestra justicia; pero nuestra bondad y misericordia excede a todas sus maldades y no pueden ellas extinguir nuestra caridad. Miremos a las obras de nuestras manos, que criamos a nuestra imagen y semejanza para que fueran herederos y partícipes de nuestra eterna gloria (2 Pe 3,22). Atendamos a los servicios y agrado que nos han dado nuestros siervos y amigos y a los muchos que se levantarán y que serán grandes en nuestras alabanzas y beneplácito. Y singularmente pongamos delante de nuestros ojos aquella que ha de ser electa entre millares y sobre todas las criaturas ha de ser aceptable y señalada para nuestras delicias y beneplácito y que en sus entrañas ha de recibir a la persona del Verbo y vestirle de la mortalidad de la carne humana. Y pues ha de tener principio esta obra en que manifestemos al mundo los tesoros de nuestra divinidad, ahora es el tiempo aceptable y oportuno para la ejecución de este sacramento. Joaquín y Ana hallaron gracia en nuestros ojos, porque piadosamente los miramos y prevenimos con la virtud de nuestros dones y gracias. Y en las pruebas de su verdad han sido fieles y con sencilla candidez sus almas se han hecho aceptas y agradables en nuestra presencia. Vaya Gabriel, nuestro embajador, y déles nuevas de alegría para ellos y para todo el linaje humano y anúncieles cómo nuestra dignación los ha mirado y escogido.

179. Conociendo los espíritus celestiales esta voluntad y decreto del Altísimo, el santo arcángel Gabriel, adorando y reverenciando a Su Alteza en la forma que lo hacen aquellas purísimas y espirituales sustancias, humillado ante el trono de la beatísima Trinidad, salió de él una voz intelectual que le dijo: “Gabriel, ilumina, vivifica y consuela a Joaquín y Ana, nuestros siervos, y diles que sus oraciones llegaron a nuestra presencia y sus ruegos son oídos por nuestra clemencia; promételes que recibirán fruto de bendición con el favor de nuestra diestra y que Ana concebirá y parirá una hija a quien le damos por nombre María.”

180. En este mandato del Altísimo le fueron revelados al arcángel san Gabriel muchos misterios y sacramentos de los que pertenecían a esta embajada; y con ella descendió al punto del cielo empíreo y se le apareció a san Joaquín, que estaba en oración, y le dijo: “Varón justo y recto, el Altísimo desde su real treno ha visto tus deseos y oído tus peticiones y gemidos y te hace dichoso en la tierra. Tu esposa Ana concebirá y parirá una hija que será bendita entre las mujeres (Lc 1,42) y las naciones la conocerán por bienaventurada (ib. 48). El que es Dios eterno, increado y criador de todo, y en sus juicios rectísimo, poderoso y fuerte, me envía a ti, porque le han sido aceptas tus obras y limosnas. Y la caridad ablanda el pecho del Todopoderoso y apresura sus misericordias, que liberal quiere enriquecer tu casa y familia con la hija que concebirá Ana y el mismo Señor la pone por nombre María. Y desde su niñez ha de ser consagrada a su templo, y en él a Dios, como se lo habéis prometido. Será grande, escogida, poderosa y llena del Espíritu Santo y por la esterilidad de Ana será milagrosa su concepción y la hija será en vida y obras toda prodigiosa. Alaba, Joaquín, al Señor por este beneficio, engrandécele, pues con ninguna nación hizo tal cosa. Subirás a dar gracias al templo de Jerusalén y, en testimonio de que te anuncio esta verdad y alegre nueva, en la puerta áurea encontrarás a tu hermana Ana, que por la misma causa irá al templo. Y te advierto que es maravillosa esta embajada, porque la concepción de esta niña alegrará el cielo y la tierra.”

181. Todo esto le sucedió a san Joaquín en un sueño que se le dio en la prolija oración que hizo, para que en él recibiese esta embajada, al modo que sucedió después al santo José, esposo de María santísima, cuando se le manifestó ser su embarazo por obra del Espíritu Santo (Mt 1,20). Despertó el dichosísimo san Joaquín con especial júbilo de su alma y, con prudencia cándida y advertida, escondió en su corazón el sacramento del Rey (Tob 12,7); y con viva fe y esperanza derramó su espíritu en la presencia del Altísimo y, convertido en ternura y agradecimiento, le dio gracias y alabó sus inescrutables juicios; y para hacerlo mejor, se fue al templo, como se lo habían ordenado.

182. En el mismo tiempo que sucedió esto a san Joaquín, estaba la dichosísima santa Ana en altísima oración y contemplación, toda elevada en el Señor y en el misterio de la encarnación que esperaba del Verbo eterno, de que el mismo Señor le había dado altísimas inteligencias y especialísima luz infusa. Y con profunda humildad y viva fe estaba pidiendo a Su Majestad acelerase la venida del Reparador del linaje humano, y hacía esta oración: “Altísimo Rey y Señor de todo lo criado, yo, vil y despreciada criatura, pero hechura de vuestras manos, deseara con dar la vida que de vos, Señor, he recibido, obligaros para que vuestra dignación abreviara el tiempo de nuestra salvación. ¡Oh, si vuestra piedad infinita se inclinase a nuestra necesidad! ¡Oh, si nuestros ojos vieran ya al Reparador y Redentor de los hombres! Acordaos, Señor, de las antiguas misericordias que habéis hecho con vuestro pueblo, prometiéndole vuestro Unigénito, y os obligue esta determinación de infinita piedad. Llegue ya, llegue este día tan deseado. ¡Es posible que el Altísimo ha de bajar de su santo cielo! ¡Es posible que ha de tener Madre en la tierra! ¡Qué mujer será tan dichosa y

bienaventurada! ¡Oh, quién pudiera verla! ¡Quién fuera digna de servir a sus siervas! Bienaventuradas las generaciones que la vieren, que podrán postrarse a sus pies y adorarla. ¡Qué dulce será su vista y conversación! Dichosos los ojos que la vieren y los oídos que la oyeren sus palabras y la familia que eligiere el Altísimo para tener Madre en ella. Ejecútese ya, Señor, este decreto, cúmplase ya vuestro divino beneplácito.”

183. En esta oración y coloquios estaba ocupada santa Ana después de las inteligencias que había recibido de este inefable misterio y confería todas las razones que quedan dichas con el santo ángel de su guarda, que muchas veces, y en esta ocasión con más claridad, se le manifestó. Y ordenó el Altísimo que la embajada de la concepción de su Madre santísima fuese en algo semejante a la que después se había de hacer de su inefable encarnación. Porque santa Ana estaba meditando con humilde fervor en la que había de ser Madre de la Madre del Verbo encarnado, y la Virgen santísima hacía los mismos actos y propósitos para la que había de ser Madre de Dios, como en su lugar diré (Cf. p. II n.117). Y fue uno mismo el ángel de las dos embajadas, y en forma humana, aunque con más hermosura y misteriosa apariencia se apareció a la Virgen María.

184. Entró el santo arcángel Gabriel en forma humana, hermoso y refulgente más que el sol, a la presencia de santa Ana y la dijo: “Ana, sierva del Altísimo, ángel del consejo de Su Alteza soy, enviado de las alturas por su divina dignación, que mira a los humildes en la tierra (Sal 137,6). Buena es la oración incesante y la confianza humilde. El Señor ha oído tus peticiones, porque está cerca de los que le llaman (Sal 144,18) con viva fe y esperanza y aguardan con rendimiento. Y si se dilata el cumplimiento de los clamores y se detiene en conceder las peticiones de los justos, es para mejor disponerlos y más obligarse a darles mucho más de lo que piden y desean. La oración y limosna abren los tesoros del Rey omnipotente (Tob 12,8) y le inclinan a ser rico en misericordias con los que le ruegan. Tú y Joaquín habéis pedido fruto de bendición; y el Altísimo ha determinado dárosle admirable y santo y con él enriqueceros de dones celestiales, os concediendo mucho más de lo que habéis pedido. Porque habiéndoos humillado en pedir, se quiere el Señor engrandecer en concederos vuestras peticiones; que le es muy agradable la criatura cuando humilde y confiada le pide no coartando su infinito poder. Persevera en la oración y pide sin cesar el remedio del linaje humano para obligar al Altísimo. Moisés con oración in terminada hizo que venciese el pueblo (Ex 17,11). Ester con oración y confianza le alcanzó libertad de la muerte. Judit por la misma oración fue esforzada en obra tan ardua como intentó para defender a Israel; y lo consiguió, siendo mujer flaca y débil. David salió victorioso contra Goliat, porque oró invocando el nombre del Señor. Elías alcanzó fuego del cielo para su sacrificio y con la oración abrió y cerraba los cielos. La humildad, la fe y limosnas de Joaquín y las tuyas llegaron al trono del Altísimo y me envió a mí, ángel suyo, para que anuncie nuevas de alegría para tu espíritu; porque Su Alteza quiere que seas dichosa y bienaventurada. Elígete por madre de la que ha de engendrar y parir al Unigénito del Padre. Parirás una hija que por divina ordenación se llamará María. Será bendita entre las mujeres y llena del Espíritu Santo. Será la nube (3 Re 18,44) que derramará el rocío del cielo para refrigerio de los mortales y en ella se cumplirán las profecías de vuestros antiguos padres. Será la puerta de la vida y de la salvación para los hijos de Adán. Y advierte que a Joaquín le he evangelizado que tendrá una hija que será dichosa y bendita, pero el Señor reservó el sacramento, no manifestándole que había de ser Madre del Mesías. Y por esto debes tú guardar este secreto; y luego irás al templo a dar gracias al Altísimo, porque tan liberal te ha favorecido su poderosa diestra. Y en la puerta áurea encontrarás a Joaquín, donde conferirás estas nuevas. Pero a ti, bendita del Señor, quiere su grandeza visitarte y enriquecerte con sus favores más singulares y en soledad te hablará al corazón (Os 2,14) y dará origen a la ley de gracia, dando ser en tu vientre a la que ha de vestir de carne mortal al inmortal Señor, dándole forma humana; y en esta humanidad unida al Verbo se escribirá con su sangre la verdadera ley de misericordia.” (Heb 9,12).

185. Para que el humilde corazón de santa Ana con esta embajada no desfalleciera en admiración y júbilo de la nueva que le daba el santo ángel, fue confortada por el Espíritu Santo su flaqueza; y así la oyó y recibió con dilatación de su ánimo y alegría incomparable. Y luego se levantó y fue al templo de Jerusalén y topó a san Joaquín, como el ángel les había dicho a entrambos. Y juntos dieron gracias al Autor de esta maravilla y ofrecieron dones particulares y sacrificios. Fueron de nuevo iluminados de la gracia del divino Espíritu y, llenos de consolación divina, se volvieron a su casa, confirmando los favores que del, Altísimo habían recibido y cómo el santo arcángel Gabriel a cada uno singularmente les había hablado y prometido de parte del Señor que les daría una hija que fuese muy dichosa y bienaventurada. Y en esta ocasión también se manifestaron el uno al otro cómo el mismo santo ángel antes de tomar estado les había mandado que los dos juntos le recibiesen por la voluntad divina, para servirle juntos. Este secreto habían celado veinte años sin comunicarle uno a otro, hasta que el mismo ángel les prometió la sucesión de tal hija. Y de nuevo hicieron voto de ofrecerla al templo y que todos los años en aquel día subirían a él con particulares ofrendas

y le gastarían en alabanza y hecho de gracias y darían muchas limosnas. Y así lo cumplieron después e hicieron grandes cánticos de loores y alabanzas al Altísimo.

186. Nunca descubrió la prudente matrona Ana el secreto a san Joaquín, ni a otra criatura alguna, de que su hija había de ser Madre del Mesías; ni el santo padre en el discurso de la vida conoció más de que sería grande y misteriosa mujer; pero en los últimos alientos, antes de la muerte, se lo manifestó el Altísimo, como diré en su lugar (Cf. infra n.669). Y aunque se me ha dado grande inteligencia de las virtudes y santidad de los dos padres de la Reina del cielo, no me detengo más en declarar lo que todos los fieles debemos suponer; y por llegar al principal intento.

187. Después de la primera concepción del cuerpo que había de ser para la Madre de la gracia, y antes de criar su alma santísima, hizo Dios un singular favor a santa Ana. Tuvo una visión o aparecimiento de Su Majestad intelectualmente y por altísimo modo; y comunicándole en él grandes inteligencias y dones de gracias, la dispuso y previno con bendiciones de dulzura (Sal 20,4); y purificándola toda, espiritualizó la parte inferior del cuerpo y elevó su alma y espíritu, de suerte que desde aquel día jamás atendió a cosa humana que la impidiese para no tener puesto en Dios todo el afecto de su mente y voluntad, sin perderla jamás de vista. La dijo el Señor en este beneficio: “Ana, sierva mía, yo soy Dios de Abrahán, Isaac y Jacob; mi bendición y luz eterna es contigo. Yo formé al hombre para levantarle del polvo y hacerle heredero de mi gloria y participante de mi divinidad; y aunque en él deposité muchos dones y le puse en lugar y estado muy perfecto, pero oyó a la serpiente y lo perdió todo. Yo de mi beneplácito, olvidando su ingratitud, quiero reparar sus daños y cumplir lo que a mis siervos y profetas tengo prometido de enviarles mi Unigénito y su Redentor. Los cielos están cerrados, los padres antiguos detenidos, sin ver mi cara y darles yo el premio que tengo prometido de mi eterna gloria; y la inclinación de mi bondad infinita está como violentada no se comunicando al linaje humano. Quisiera ya usar con él de mi liberal misericordia y darle la persona del Verbo eterno, para que se haga hombre, naciendo de mujer que sea madre y virgen inmaculada, pura, bendita y santa sobre todas las criaturas; y de esta mi escogida rúnica (Cant 6,8) te hago madre.”

188. Los efectos que hicieron estas palabras del Altísimo en el cándido corazón de santa Ana, no los puedo yo fácilmente explicar, siendo ella la primera de los nacidos a quien se le reveló el misterio de su Hija santísima, que sería Madre de Dios y nacería de sus entrañas la elegida para el mayor sacramento del poder divino. Y convenía así que ella lo conociese, porque la había de parir y criar Como pedía este misterio y saber estimar el tesoro que poseía. Oyó con humildad profunda la voz del Muy Alto, y con rendido corazón respondió: “Señor, Dios eterno, condición es de vuestra bondad inmensa y obra de vuestro brazo poderoso levantar del polvo al que es pobre y despreciado (Sal 112,7) Yo, Señor Altísimo, me reconozco indigna criatura de tales misericordias y beneficios. ¿Qué hará este vil gusanillo en vuestra presencia? Sólo puedo ofreceros en agradecimiento vuestro mismo ser y grandeza y en sacrificio mi alma y mis potencias. Haced de mí, Señor mío, a vuestra voluntad, pues toda me dejo en ella. Yo quisiera ser tan dignamente vuestra como pide este favor; pero, ¿qué haré que no merezco ser esclava de la que ha de ser Madre de vuestro Unigénito e hija mía? Así lo conozco y lo confesaré siempre y de mí que soy pobre; pero a los pies de vuestra grandeza estoy aguardando que uséis conmigo de vuestra misericordia, pues sois Padre piadoso y Dios omnipotente. Hacedme, Señor, cual me queréis, según la dignidad que me dais.”

189. Tuvo en esta visión santa Ana un éxtasis maravilloso, en que le fueron concedidas altísimas inteligencias de las leyes de la naturaleza, escrita y evangélica; y conoció cómo la divina naturaleza en el Verbo eterno se había de unir a la nuestra y cómo la humanidad santísima sería levantada al ser de Dios y otros muchos misterios de los que se habían de obrar en la encarnación del Verbo divino; y con estas ilustraciones y otros divinos dones de gracia la dispuso el Altísimo para la concepción y creación del alma de su Hija Santísima y Madre de Dios.

CAPITULO 14

[Regresar al Principio](#)

Cómo el Altísimo manifestó a los santos ángeles el tiempo determinado y oportuno de la concepción de María santísima y los que le señaló para su guarda.

190. En el tribunal de la voluntad divina, como en principio inevitable y causa universal de todo lo criado, se decretan y determinan todas las cosas que han de ser, con sus condiciones y circunstancias, sin haber alguna que se olvide, ni tampoco después de determinada la pueda impedir otra potencia criada. Todos los orbes y los moradores que en ellos

se contienen dependen de este inefable gobierno, que a todos acude y concurre con las causas naturales, sin haber faltado ni poder faltar un punto a lo necesario. Todo lo hizo Dios y lo sustenta con solo su querer y en él está el conservar el ser que dio a todas las cosas, o aniquilarlas volviéndolas al no ser de donde las crió. Pero como las crió todas para su gloria y del Verbo humanado, así desde el principio de la creación fue disponiendo los caminos y abriendo las sendas por donde el mismo Verbo bajase a tomar carne humana y vivir con los hombres; y ellos subiesen a Dios, le conozcan, le teman, le busquen, le sirvan y amen, para alabarle eternamente y gozarle.

191. Admirable ha sido su nombre en la universidad de las tierras (Sal 8,11) y engrandecido en la plenitud y congregación de los santos, con que ordenó y compuso pueblo aceptable (Tit 2,14) de quien el Verbo humanado fuese cabeza. Y cuando estaba todo en la última y conveniente disposición, en que su providencia lo había querido poner, y llegando el tiempo por ella determinado para criar la mujer maravillosa vestida del sol (Ap 12,1) que apareció en el cielo, la que había de alegrar y enriquecer la tierra, para formarla en ella decretó la santísima Trinidad lo que, en mis cortas razones y concepto de lo que he entendido, manifestaré.

192. Ya queda dicho arriba (Cf. supra n.34) cómo para Dios no hay pretérito ni futuro, porque todo lo tiene presente en su mente divina infinita y lo conoce con un acto simplicísimo; pero, reduciéndolo a nuestros términos y modo limitado de entender, consideramos que Su Majestad miró a los decretos que tenía hechos de criar Madre conveniente y digna para que el Verbo se humanase; porque el cumplimiento de sus decretos es inevitable. Y llegando ya el tiempo oportuno y determinado, las tres divinas Personas en sí mismas dijeron: “Tiempo es ya que demos principio a la obra de nuestro beneplácito, y criemos aquella pura criatura y alma que ha de hallar gracia en nuestros ojos sobre todas las demás. Dotémosla de ricos dones y depositemos en ella sola los mayores tesoros de nuestra gracia. Y pues todo el resto de las demás que dimos ser nos han salido ingratas y rebeldes a nuestra voluntad, oponiéndose a nuestro de que se conservasen en el primero y feliz estado en que criamos a los primeros hombres y ellos le impidieron por su culpa, y no es conveniente que en todo nuestra voluntad quede frustrada, criemos en toda santidad y perfección a esta criatura, en quien no tenga parte el desorden del primer pecado. Criemos un alma de nuestros deseos un fruto de nuestros atributos, un prodigio de nuestro infinito poder, sin que le ofenda ni la toque la mácula del pecado de Adán. Hagamos una obra que sea objeto de nuestra omnipotencia y muestra de la perfección que disponíamos para nuestros hijos y el fin del dictamen que tuvimos en la creación. Y pues han transgredido todos en la voluntad libre y determinación del primer hombre (Rom 5,12) sea esta sola criatura en quien restauremos y ejecutemos lo que, desviándose de nuestro querer, ellos perdieron. Sea única imagen y similitud de nuestra divinidad y sea en nuestra presencia por todas las eternidades complemento de nuestro beneplácito y agrado. En ella depositaremos todas las prerrogativas y gracias que en nuestra primer y condicional voluntad destinamos para los ángeles y hombres, si en el primer estado se conservaran. Y si ellos las perdieron, renovémoslas en esta criatura y añadiremos a estos dones otros muchos y no quedará en todo frustrado el decreto que tuvimos, antes mejorado en esta nuestra electa y única (Cant 6,8) y pues determinamos lo más santo y prevenimos lo mejor para las criaturas, y lo más perfecto y loable y ellas lo perdieron, encaminemos el corriente de nuestra bondad para nuestra amada y saquémosla de la ley ordinaria de la formación de todos los mortales, para que en ella no tenga parte la semilla de la serpiente. Yo quiero descender del cielo a sus entrañas y en ellas vestirme con su misma sustancia de la naturaleza humana.

193. “Justo es y debido que la divinidad de bondad infinita se deposite y encubra en materia purísima, limpia y nunca manchada con la culpa. Ni a nuestra equidad y providencia conviene omitir lo más decente, perfecto y santo por lo que es menos, pues a nuestra voluntad no hay resistencia (Est 13,9). El Verbo, que se ha de humanar, siendo redentor y maestro de los hombres, ha de fundar la ley perfectísima de la gracia y enseñar en ella a obedecer y honrar al padre y a la madre (Mt 15,4) como causas segundas de su ser natural. Esta ley se ha de ejecutar primero honrando el Verbo divino a la que ha elegido para Madre suya, honrándola y dignificándola con brazo poderoso y previniéndola con lo más admirable, más santo, más excelente de todas las gracias y dones. Y entre ellos será la honra y beneficio más singular no sujetarla a nuestros enemigos ni a su malicia; y así ha de ser libre de la muerte de la culpa.

194. “En la tierra ha de tener el Verbo madre sin padre, como en el cielo padre sin madre. Y para que haya debida proporción y consonancia llamando a Dios padre y a esta mujer madre, queremos que sea tal que se guarde la correspondencia e igualdad posible entre Dios y la criatura, para que en ningún tiempo el dragón pueda gloriarse fue superior a la mujer a quien obedeció Dios como a verdadera madre. Esta dignidad de ser libre de culpa es debida y correspondiente a la que ha de ser Madre del Verbo y para ella por sí misma más estimable y provechosa, pues mayor bien es ser santa que ser madre sola; pero al ser Madre de Dios le conviene toda la santidad y perfección. Y la carne

humana, de quien ha de tomar forma, ha de estar segregada del pecado; y habiendo de redimir en ella a los pecadores, no ha de redimir a su misma carne como a los demás, pues unida ella con la divinidad ha de ser redentora y por esto de antemano ha de ser preservada, pues ya tenemos previstos y aceptados los infinitos merecimientos del Verbo en esa misma carne y naturaleza. Y queremos que por todas las eternidades sea glorificado el Verbo encarnado por su tabernáculo y gloriosa habitación de la humanidad que recibió.

195. “Hija ha de ser del primer hombre, pero, en cuanto a la gracia, singular, libre y exenta de su culpa y, en cuanto a lo natural, ha de ser perfectísima y formada con especial providencia. Y porque el Verbo humanado ha de ser maestro de la humildad y santidad y para este fin son medio conveniente los trabajos que ha de padecer, confundiendo la vanidad y falacia engañosa de los mortales, y para sí ha elegido esta herencia por el tesoro más estimable en nuestros ojos, queremos que también le toque esta parte a la que ha de ser Madre suya y que sea única y singular en la paciencia, admirable en el sufrir, y que con su Unigénito ofrezca sacrificio de dolor aceptable a nuestra voluntad y de mayor gloria para ella.”

196. Este fue el decreto que las tres divinas Personas manifestaron a los santos ángeles, exaltando la gloria y veneración de sus santísimos, altísimos, investigables juicios. Y como su divinidad es espejo voluntario que en la misma visión beatífica manifiesta, cuando es servido, nuevos misterios a los bienaventurados, hizo esta demostración nueva de su grandeza, en que viesen el orden admirable y armonía tan consonante de sus obras. Y todo fue consiguiente a lo que dijimos en los capítulos antecedentes (Cf. supra c.7 y 8) que hizo el Altísimo en la creación de los ángeles, cuando les propuso habían de reverenciar y conocer por superior al Verbo humanado y a su Madre santísima; porque llegado ya el tiempo destinado para la formación de esta Reina, convenía no lo ocultase el Señor que todo lo dispone en medida y peso (Sab 11,21). Fuerza es que, con términos humanos y tan limitados como los que yo alcanzo, se oscurezca la inteligencia que me ha dado el Altísimo de tan ocultos misterios, pero con limitación diré lo que pudiere de lo que manifestó el Señor a los ángeles en esta ocasión.

197. “Ya es llegado el tiempo - añadió Su Majestad - determinado por nuestra providencia para sacar a luz la criatura más grata y acepta a nuestros ojos, la restauradora de la primera culpa del linaje humano, la que al dragón ha de quebrantar la cabeza (Gen 3,15) la que señaló aquella singular mujer que por señal grande apareció (Ap 12,1) en nuestra presencia y la que vestirá de carne humana al Verbo eterno. Ya se acercó la hora tan dichosa para los mortales, para franquearles los tesoros de nuestra divinidad y hacerles con esto patentes las puertas del cielo. Deténgase ya el rigor de nuestra justicia en los castigos que hasta ahora ha ejecutado con los hombres y conózcase el de nuestra misericordia, enriqueciendo a las criaturas, mereciéndoles el Verbo humanado las riquezas de la gracia y gloria eterna.

198. “Tenga ya el linaje humano reparador, maestro, medianero, hermano y amigo, que sea vida para los muertos, salud para los enfermos, consuelo para los tristes, refrigerio para los afligidos, descanso y compañero para los atribulados. Cúmplanse ya las profecías de nuestros siervos y las promesas que les hicimos de enviarles salvador que les redimiese. Y para que todo se ejecute a nuestro beneplácito y demos principio al sacramento escondido desde la constitución del mundo, elegimos para la formación de María nuestra querida el vientre de nuestra sierva Ana, para que en él sea concebida y sea criada su alma dichosísima. Y aunque su generación y formación han de ser por el común orden de la natural propagación, pero con diferente orden de gracia, según la disposición de nuestro inmenso poder.

199. “Ya sabéis cómo la antigua serpiente, después de la señal que vio de esta maravillosa mujer, las anda rodeando a todas; y desde la primera que criamos, persigue con astucia y asechanzas a las que conoce más perfectas en su vida y obras, pretendiendo topar entre todas a la que ha de hollar y quebrantar su cabeza. Y cuando atento a esta purísima e inculpable criatura la reconociere tan santa, pondrá todo su esfuerzo en perseguirla según el concepto que de ella hiciera. La soberbia de este dragón será mayor que su fortaleza (Is 16,6) pero nuestra voluntad es que de esta nuestra ciudad santa y tabernáculo del Verbo humanado tengáis especial cuidado y protección, para guardarla, asistirle y defenderla de nuestros enemigos y para iluminarla, confortarla y consolarla con digno cuidado y reverencia mientras fuere viadora* entre los mortales.” (* Criatura racional que está en esta vida y camina hacia la eternidad)

200. A esta proposición que hizo el Altísimo a los santos ángeles, todos con humildad profunda, como postrados ante el real trono de la santísima Trinidad, se mostraron rendidos y prontos a su divino mandato. Y cada cual con santa emulación deseaba ser enviado y se ofrecía a tan feliz ministerio, y todos hicieron al Altísimo, himnos de alabanza y

cantares nuevos, porque llegaba ya la hora en que veían el cumplimiento de lo que con ardentísimos deseos habían por muchos siglos suplicado. Conocí en esta ocasión que, desde aquella batalla grande que san Miguel tuvo en el cielo con el dragón y sus aliados y fueron arrojados a las tinieblas sempiternas, quedando los ejércitos de san Miguel victoriosos y confirmados en gracia y gloria, comenzaron luego estos santos espíritus a pedir la ejecución de los misterios de la encarnación del Verbo que allí conocieron; y en estas peticiones repetidas perseveraron hasta la hora que les manifestó Dios el cumplimiento de sus deseos y peticiones.

201. Por esta razón los espíritus celestiales con esta nueva revelación recibieron nuevo júbilo y gloria accidental y dijeron al Señor: “Altísimo e incomprensible Señor y Dios nuestro, digno eres de toda reverencia, alabanza y gloria eterna; y nosotros somos tus criaturas criadas por tu divina voluntad. Envíanos, Señor poderosísimo, a la ejecución de tus maravillosas obras y misterios, para que en todos y en todo se cumpla tu justísimo beneplácito.” Con estos efectos se reconocían los celestiales príncipes por inferiores y, si posible fuera, deseaban ser más puros y perfectos para ser dignos de guardarla y servirla.

202. Determinó luego el Altísimo y señaló quiénes habían de ocuparse en tan alto ministerio y de los nueve coros eligió de cada uno ciento, que son novecientos. Y luego señaló otros doce para que más de ordinario la asistiesen en forma corporal y visible; y tenían señales o divisas de la redención; y éstos son los doce que refiere el capítulo 21 del Apocalipsis (Ap 21,12) que guardaban las puertas de la ciudad, y de ellos hablaré en la declaración de aquel capítulo que pondré adelante (Cf. infra n.273). Fuera de éstos señaló el Señor otros diez y ocho ángeles de los más superiores, para que subiesen y descendiesen por esta escala mística de Jacob con embajadas de la Reina a Su Alteza y del mismo Señor a ella; porque muchas veces los enviaba al eterno Padre para ser gobernada en todas sus acciones por el Espíritu Santo, pues ninguna hizo sin su divino beneplácito y aun en las cosas pequeñas le procuraba saber. Y cuando con especial ilustración no era enseñada, enviaba con estos santos ángeles a representar al Señor su duda y deseo de hacer lo más agradable a su voluntad santísima y saber qué la mandaba, como en el discurso de esta Historia diremos.

203. Sobre todos estos santos ángeles señaló y nombró el Altísimo otros setenta serafines de los más supremos y allegados al trono de la Divinidad, para que confiriesen con la Princesa del cielo y la comunicasen, por el mismo modo que ellos mismos entre sí comunican y hablan y los superiores iluminan a los inferiores. Y este beneficio le fue concedido a la Madre de Dios, aunque era superior en la dignidad y gracia a todos los serafines, porque era viadora peregrina y en naturaleza inferior. Y cuando alguna vez se le ausentaba y escondía el Señor, como adelante veremos (Cf. infra n.678 y 728) estos setenta serafines la ilustraban y consolaban y con ellos confería los afectos de su ardentísimo amor y sus ansias por el tesoro escondido. El número de setenta en este beneficio tuvo correspondencia a los años de su vida santísima, que fueron no sesenta, sino setenta, como diré en su lugar (Cf. p.III n.742). En este número se encierran aquellos sesenta fuertes que, en el capítulo 3 de los Cantares (Cant 3,7) se dice guardaban el tálamo o lecho de Salomón, escogidos de los más valientes de Israel, ejercitados en la guerra, con espadas ceñidas por los temores de la noche.

204. Estos príncipes y capitanes esforzados fueron señalados para guarda de la Reina del cielo entre los más supremos de los órdenes jerárquicos; porque, en aquella antigua batalla que hubo en el cielo entre los espíritus humildes contra el soberbio dragón, fueron como señalados y armados caballeros por el supremo Rey de todo lo criado, para que con la espada de su virtud y palabra divina peleasen y venciesen a Lucifer con todos los apostatas que le siguieron. Y porque en esta gran pelea y victoria se aventajaron estos supremos serafines en el celo de la honra del Altísimo, como capitanes esforzados y diestros en el amor divino, y estas armas de la gracia les fueron dadas. Por virtud del Verbo humanado, cuya honra, como de su cabeza y señor, defendieron, y con ella juntamente la de su Madre santísima, por esto dice que guardaban el tálamo de Salomón y le hacían escolta y que tenían ceñidas sus espadas en aquella parte que significa la humana generación (Cant 3,8). Y en ella la humanidad de Cristo Señor nuestro concebida en el tálamo virginal de María de su purísima sangre y sustancia.

205. Los otros diez serafines que restan para cumplir el número de setenta, fueron también de los superiores de aquel primer orden que contra la antigua serpiente manifestaron más reverencia de la divinidad y humanidad del Verbo y de su Madre santísima; que para todo esto hubo lugar en aquel breve conflicto de los santos ángeles. Y a los principales caudillos que allí hubo se les dio como por especial honra que lo fuesen también de los que guardaban a su Reina y Señora. Y todos ellos juntos hacen número de mil ángeles, entre serafines y los demás de los órdenes inferiores; con que esta ciudad de Dios quedaba superabundantemente guarnecida contra los ejércitos infernales.

206. Y para disponer mejor este invencible escuadrón fue señalado por su cabeza el príncipe de la milicia celestial san Miguel, que si bien no asistía siempre con la Reina, pero muchas veces la acompañaba y se le manifestaba. Y el Altísimo le destinó para que en algunos misterios, como especial embajador de Cristo Señor nuestro, atendiese a la guarda de su Madre santísima. Fue a si mismo señalado el santo príncipe Gabriel, para que del eterno Padre descendiese a las legacías y ministerios que tocasen a la Princesa del cielo. Y esto fue lo que ordenó la santísima Trinidad para su ordinaria defensa y custodia.

207. Todo este nombramiento fue gracia del Altísimo; pero tuve inteligencia que guardó en él algún orden de justicia distributiva, porque su equidad y providencia tuvo atención a las obras y voluntad con que los santos ángeles admitieron los misterios que en el principio les fueron revelados de la encarnación del Verbo y de su Madre santísima; porque en obsequio de la divina voluntad unos se movieron con diferentes afectos e inclinaciones que otros a los sacramentos que se les propusieron. Y no en todos fue una misma la gracia, ni la voluntad y sus afectos; antes unos se inclinaron con especial devoción, conociendo la unión de las dos naturalezas divina y humana en la persona del Verbo, encubierta en los términos de un cuerpo humano y levantada a ser cabeza de todo lo criado; otros con este afecto se movían de admiración de que el Unigénito del Padre se hiciese pasible y tuviese tanto amor a los hombres que se ofreciese a morir por ellos; otros se señalaban en la alabanza de que hubiese de criar un alma y cuerpo de tan suprema excelencia, que fuese sobre todos los espíritus celestiales, y de ella tomase carne humana el Criador de todos. Según estos movimientos y en su correspondencia, y como en premio accidental, fueron señalados los santos ángeles para los misterios de Cristo y de su purísima Madre, como serán premiados los que en esta vida se señalan con alguna virtud, como los doctores y vírgenes, etc., con sus laureolas.

208. Por esta correspondencia, cuando a la Madre de Dios se le manifestaban corporalmente estos santos príncipes, como diré adelante (Sal 86,1-3) descubrían unas divisas y veneras que representaban unos de la encarnación, otros de la pasión de Cristo Señor nuestro, otros de la misma Reina y de su grandeza y dignidad; aunque no luego la conoció cuando comenzaron a manifestársele, porque el Altísimo mandó a todos estos santos ángeles que no la declarasen había de ser Madre de su Unigénito hasta el tiempo destinado por su divina sabiduría, pero que siempre tratasen con ella de estos sacramentos y misterios de la encarnación y redención humana, para fervorizarla y moverla a sus peticiones. Tardas son las lenguas humanas y cortos (En el autógrafo: "y mis cortos términos") mis términos y palabras para manifestar tan alta luz e inteligencias.

CAPITULO 15

[Regresar al Principio](#)

De la Concepción Inmaculada de María Madre de Dios por la virtud del poder divino.

209. Prevenidas tenía la divina sabiduría todas las cosas, para sacar en limpio del borrón de toda la naturaleza a la Madre de la gracia. Estaba ya junta y cumplida la congregación y número de los patriarcas antiguos y profetas y levantados los altos montes sobre quien se debía edificar esta ciudad mística de Dios (Sal 86,1-3). Le había señalado con el poder de su diestra incomparables tesoros de su divinidad para dotarla y enriquecerla. Le tenía mil ángeles aprestados para su guarnición y custodia y que la sirviesen como vasallos fidelísimos a su Reina y Señora. Le preparó un linaje real y nobilísimo de quien descendiese; y le escogió padres santísimos y perfectísimos de quien inmediatamente naciese, sin haber otros más santos en aquel siglo; que si los hubiera, y fueran mejores y más idóneos para padres de la que el mismo Dios elegía por Madre, los escogiera el Todopoderoso.

210. Los dispuso con abundante gracia y bendiciones de su diestra y los enriqueció con todo género de virtudes y con iluminación de la divina ciencia y dones del Espíritu Santo. Y después de haberles evangelizado a los dos santos Joaquín y Ana que se les daría una hija admirable y bendita entre las mujeres, se ejecutó la obra de la primera concepción, que era la del cuerpo purísimo de María. Tenían los padres de edad, cuando se casaron, santa Ana veinte y cuatro años y Joaquín cuarenta y seis. Se pasaron veinte años después del matrimonio sin tener hijos y así tenía la madre, al tiempo de la concepción de la hija, cuarenta y cuatro años, y el padre sesenta y seis. Y aunque fue por el orden común de las demás concepciones, pero la virtud del Altísimo le quitó lo imperfecto y desordenado y le dejó lo necesario y preciso de la naturaleza, para que se administrase la materia debida de que se había de formar el cuerpo más excelente que hubo ni ha de haber en pura criatura.

211. Puso Dios término a la naturaleza en los padres y la gracia previno que no hubiese culpa ni imperfección, pero virtud y merecimiento y toda medida en el modo; que siendo natural y común, fue gobernado, corregido y perfeccionado con la fuerza de la divina gracia, para que ella hiciese su efecto sin estorbo de la naturaleza. Y en la santísima Ana resplandeció más la virtud de lo alto por la esterilidad natural que tenía; con lo cual de su parte el concurso fue milagroso en el modo y en la sustancia más puro; y sin milagro no podía concebir, porque la concepción que se hace sin él y por sola natural virtud y orden, no ha de tener recurso ni dependencia inmediata de otra causa sobrenatural, más que de sola la de los padres, que así como concurren naturalmente al efecto de la propagación, así también administran la materia y concurso con imperfección y sin medida.

212. Pero en esta concepción, aunque el padre no era naturalmente infecundo, por la edad y templanza estaba ya la naturaleza corregida y casi atenuada; y así fue por la divina virtud animada y reparada y prevenida, de suerte que pudo obrar y obró de su parte con toda perfección y tasa de las potencias y proporcionadamente a la esterilidad de la madre. Y en entrambos concurrieron la naturaleza y la gracia: aquella cortés, medida, y sólo en lo preciso e inexcusable, y ésta superabundante, poderosa y excesiva, para absorber a la misma naturaleza no confundiéndola, pero realizándola y mejorándola con modo milagroso, de suerte que se conociese cómo la gracia había tomado por su cuenta esta concepción, sirviéndose de la naturaleza lo que bastaba para que esta inefable hija tuviese padres naturales.

213. Y el modo de reparar la esterilidad de la santísima madre Ana, no fue restituyéndole el natural temperamento que le faltaba a la potencia natural para concebir, para que así restituido concibiese como las demás mujeres sin diferencia; pero el Señor concurrió con la potencia estéril con otro modo más milagroso, para que administrase materia natural de que se formase el cuerpo. Y así la potencia y la materia fueron naturales; pero el modo de moverse fue por milagroso concurso de la virtud divina. Y cesando el milagro de esta admirable concepción, se quedó la madre en su antigua esterilidad para no concebir más, por no habersele quitado ni añadido nueva calidad al temperamento natural. Este milagro me parece se entenderá con el que hizo Cristo Señor nuestro cuando san Pedro anduvo sobre las aguas (Mt 14,29) que para sustentarlo no fue necesario endurecerlas ni convertirlas en cristal o hielo sobre que anduviese naturalmente, y pudieran andar otros sin milagro más del que se hiciera en endurecerlas; pero sin convertirlas en duro hielo, pudo el Señor hacer que sustentasen al cuerpo del Apóstol concurriendo con ellas milagrosamente, de suerte que pasado el milagro se hallaron las aguas líquidas; y aun lo estaban también mientras san Pedro corría por ellas, pues comenzó a zozobrar y a anegarse; y sin alterarlas con nueva calidad se hizo el milagro.

214. Muy semejante a éste, aunque mucho más admirable, fue el milagro de concebir Ana, madre de María santísima; y así estuvieron en esto sus padres gobernados con la gracia, tan abstraídos de la concupiscencia y delectación, que le faltó aquí a la culpa original el accidente imperfecto que de ordinario acompaña a la materia o instrumento con que se comunica. Quedó sólo la materia desnuda de imperfección, siendo la acción meritoria. Y así por esta parte pudo muy bien no resultar el pecado en esta concepción, teniéndolo por otra la divina providencia así determinado. Y este milagro reservó el Altísimo para sola aquella que había de ser su Madre dignamente; porque siendo conveniente que en lo sustancial de su concepción fuese engendrada por el orden que los demás hijos de Adán, fue también convenientísimo y debido que, salvando la naturaleza, concurrese con ella la gracia en toda su virtud y poder; señalándose y obrando en ella sobre todos los hijos de Adán, y sobre el mismo Adán y Eva, que dieron principio a la corrupción de la naturaleza y su desordenada concupiscencia.

215. En esta formación del cuerpo purísimo de María anduvo tan vigilante a nuestro modo de entender la sabiduría y poder del Altísimo, que le compuso con gran peso y medida en la cantidad y calidades de los cuatro humores naturales, sanguíneo, melancólico, flemático y colérico; para que con la proporción perfectísima de esta mezcla y compostura ayudase sin impedimento las operaciones del alma tan santa como le había de animar y dar vida. Y este milagroso temperamento fue después como principio y causa en su género para la serenidad y paz que conservaron las potencias de la Reina del cielo toda su vida, sin que alguno de estos humores le hiciese guerra ni contradicción, ni predominase a los otros, antes bien se ayudaban y servían recíprocamente para conservarse en aquella bien ordenada fábrica sin corrupción ni putrefacción; porque jamás la padeció el cuerpo de María santísima ni le faltó ni le sobró cosa alguna, pero todas las calidades y cantidad tuvo siempre ajustadas en proporción, sin más ni menos sequedad o humedad de la necesaria para la conservación, ni más calor de lo que bastaba para la defensa y decoccción, ni más frialdad de la que se pedía para refrigerar y ventilarse los demás humores.

216. Y no porque en todo era este cuerpo de tan admirable compostura dejó de sentir la contrariedad de las

inclemencias del calor, frío y las demás influencias de los astros, antes bien cuanto era más medido y perfecto tanto le ofendía más cualquier extremo por la parte que tiene menos del otro contrario con que defenderse; aunque en tan atemperada complexión los contrarios hallaban menos que alterar y en que obrar, pero por la delicadeza era lo poco más sensible que en otros cuerpos lo mucho. No era aquel milagroso cuerpo que se formaba en el vientre de santa Ana capaz de dones espirituales antes de tener alma, mas éralo de los dones naturales; y éstos le fueron concedidos por orden y virtud sobrenatural con tales condiciones como convenían para el fin de la gracia singular a que se ordenaba aquella formación sobre todo orden de naturaleza y gracia. Y así le fue dada una complexión y potencias tan excelentes, que no podía llegar a formar otras semejantes toda la naturaleza por sí sola.

217. Y como a nuestros primeros padres Adán y Eva los formó la mano del Señor con aquellas condiciones que convenían para la justicia original y estado de la inocencia, y en este grado salieron aún más mejorados que sus descendientes si los tuvieran porque las obras del Señor sólo son más perfectas, a este modo obró su omnipotencia, aunque en más superior y excelente modo, en la formación del cuerpo virginal de María santísima; y tanto con mayor providencia y abundante gracia, cuanto excedía esta criatura no sólo a los primeros padres que habían de pecar luego, pero a todo el resto de las criaturas corporales y espirituales. Y a nuestro modo de entender puso Dios más cuidado en sólo componer aquel cuerpecito de su Madre, que en todos los orbes celestiales y cuanto se encierra en ellos. Y con esta regla se han de comenzar a medir los dones y privilegios de esta ciudad de Dios, desde las primeras zanjas y fundamentos sobre que se levantó su grandeza hasta llegar a ser inmediata y la más vecina a la infinidad del Altísimo.

218. Tan lejos como esto se halló el pecado, y el fomes de que resulta, en esta milagrosa concepción; pues no sólo no le hubo en la autora de la gracia, siempre señalada y tratada como con esta dignidad, pero aun en sus padres para concebirla estuvo enfrenado y atado, para que no se desmandase y perturbase a la naturaleza, que en aquella obra se reconocía inferior a la gracia y sólo servía de instrumento al supremo Artífice, que es superior a las leyes de naturaleza y gracia. Y desde aquel punto comenzaba ya a destruir al pecado y a minar y batir el castillo del fuerte armado (Le 11,21) para derribarle y despojarle de lo que tiránicamente poseía.

219. El día en que sucedió la primera concepción del cuerpo de María santísima fue domingo, correspondiente al de la creación de los ángeles, cuya Reina había de ser y señora superior a todos. Y aunque para la formación y aumento de los demás cuerpos son necesarios, por orden natural y común, muchos días para que se organicen y reciban la última disposición para infundirse en ellos el alma racional, y dicen que para los varones se requieren cuarenta y para las mujeres ochenta, poco más o menos, conforme al calor natural y disposición de las madres; pero en la formación corporal de María santísima la virtud divina aceleró el tiempo natural y lo que en ochenta días o los que naturalmente eran necesarias se había de obrar, se hizo más perfectamente en siete; en los cuales fue organizado y preparado aquel milagroso cuerpo en el aumento y cantidad debida, en el vientre de santa Ana, para recibir el alma santísima de su hija, Señora y Reina nuestra.

220. Y el sábado siguiente y próximo a esta primera Concepción se hizo la segunda, criando el Altísimo el alma de su Madre e infundiéndola en su cuerpo; con que entró en el mundo la pura criatura más santa, perfecta y agradable a sus ojos de cuantas ha criado y criará hasta el fin del mundo ni por sus eternidades. En la correspondencia que tuvo esta obra con la que hizo Dios criando todo el resto del mundo en siete días, como lo refiere el Génesis (Gen 1,1-31.2, 1-3) tuvo el Señor misteriosa atención, pues aquí sin duda descansó con la verdad de aquella figura, habiendo criado la suprema criatura de todas, dando con ella principio a la obra de la encarnación del Verbo divino y a la redención del linaje humano. Y así fue para Dios este día como festivo y de pascua, y también para todas las criaturas.

221. Por este misterio de la Concepción de María santísima ha ordenado el Espíritu Santo que el día del sábado fuese consagrado a la Virgen en la santa Iglesia, como día en que se le hizo para ella el mayor beneficio, criando su alma santísima y uniéndola con su cuerpo, sin que resultase el pecado original ni efecto suyo. Y el día de su Concepción, que celebra hoy la Iglesia, fue, no el día de la primera de solo el cuerpo, sino el día de la segunda concepción o infusión del alma, con la cual estuvo nueve meses ajustados en el vientre de santa Ana, que son los que hay desde la Concepción hasta la Natividad de esta Reina. Y los siete días antecedentes a la animación estuvo solo el cuerpo, disponiéndose y organizándose por la virtud divina, para que correspondiese esta creación a la que cuenta Moisés de todas las criaturas que compusieron y formaron el mundo, en su principio. Y al instante de la creación e infusión del alma de María santísima, fue cuando la beatísima Trinidad dijo aquellas palabras con mayor afecto de amor que cuando las refiere Moisés (Gen 1,26): “Hagamos a María a nuestra imagen y semejanza, a nuestra verdadera Hija y Esposa

para Madre del Unigénito de la sustancia del Padre.”

222. Con la fuerza de esta divina palabra y del amor con que procedió de la boca del Omnipotente, fue criada e infundida en el cuerpo de María santísima su alma dichosísima, llenándola al mismo instante de gracia y dones sobre los más altos serafines del cielo, sin haber instante en que se hallase desnuda ni privada de la luz, amistad y amor de su Creador, ni pudiese tocarle la mancha y oscuridad del pecado original, antes en perfectísima y suprema justicia a la que tuvieron Adán y Eva en su creación. Le fue también concedido el uso de la razón perfectísimo y correspondiente a los dones de la gracia que recibía, no para estar sólo un instante ociosos, mas para obrar admirables efectos de sumo agrado para su Hacedor. En la inteligencia y luz de este gran misterio me confieso absorta y que mi corazón, por mi insuficiencia para explicarle, se convierte en afectos de admiración y alabanza, porque mi lengua enmudece. Miro la verdadera arca del testamento, fabricada y enriquecida y colocada en el templo de una madre estéril con más gloria que la figurativa en casa de Obededón (2 Sam 6,11) y de David y en el templo de Salomón (3 Re 8,1ss) veo formado el altar en el Sancta Sanctorum (Ib. 6) donde se ha de ofrecer el primer sacrificio que ha de vencer y aplacar a Dios; y veo salir de su orden a la naturaleza para ser ordenada y que se establecen nuevas leyes contra el pecado, no guardando las comunes, ni de la culpa, ni de la naturaleza, ni de la misma gracia, y que se comienzan a formar otra nueva tierra y cielos nuevos (Is 65,17) siendo el primero el vientre de una humildísima mujer, a quien atiende la santísima Trinidad y asisten innumerables cortesanos del antiguo cielo y se destinan mil ángeles para hacer custodia del tesoro de un cuerpecito animado de la cantidad de una abejita.

223. Y en esta nueva creación se oyó resonar con mayor fuerza aquella voz de su Hacedor que, de la obra de su omnipotencia agrado, dice que es muy buena (Gen 1,31). Llegue con humildad piadosa la flaqueza humana a esta maravilla y confiese la grandeza del Criador y agradezca el nuevo beneficio concedido a todo el linaje humano en su Reparadora. Y cesen ya los indiscretos celos y porfías, vencidas con la fuerza de la luz divina; porque si la bondad infinita de Dios como se me ha mostrado en la concepción de su Madre santísima miró al pecado original como airado y enojado con él, gloriándose de tener justa causa y ocasión oportuna para arrojarlo y atajar su corriente ¿cómo a la ignorancia humana le puede parecer bien lo que a Dios fue tan aborrecible?

224. Al tiempo de infundirse el alma en el cuerpo de esta divina Señora, quiso el Altísimo que su madre santa Ana sintiese y reconociese la presencia de la divinidad por modo altísimo, con que fue llena del Espíritu Santo y movida interiormente con tanto júbilo y devoción sobre sus fuerzas ordinarias, que fue arrebatada en un éxtasis soberano, donde fue ilustrada con altísimas inteligencias de muy escondidos misterios y alabó al Señor con nuevos cánticos de alegría. Y estos efectos le duraron todo el tiempo restante de su vida, pero fueron mayores en los nueve meses que tuvo en su vientre el tesoro del cielo, porque en este tiempo se le renovaron y repitieron estos beneficios más continuamente, con inteligencia de las Escrituras divinas y de sus profundos sacramentos. ¡Oh dichosísima mujer, te llamen bienaventurada y te alaben todas las naciones y generaciones del orbe!

CAPITULO 16

[Regresar al Principio](#)

De los hábitos de las virtudes con que dotó el Altísimo el alma de María santísima y las primeras operaciones que con ellas tuvo en el vientre de santa Ana; y comienza Su Majestad misma a darme la doctrina para su imitación.

225. El impetuoso corriente de su divinidad encaminó Dios a letificar esta mística ciudad (Sal 45,5) del alma santísima de María, tomando su corrida desde la fuente de su infinita sabiduría y bondad, con que y donde había determinado el Altísimo depositar en esta divina Señora los mayores tesoros de gracias y virtudes que jamás se vieron y eternamente no se darán a otra alguna criatura. Y cuando llegó la hora de dárselos en posesión, que fue al mismo instante que tuvo el ser natural, cumplió el Omnipotente a su satisfacción y gusto el deseo que desde su eternidad tenía como suspendido hasta que llegase el tiempo oportuno de desempeñarse de su mismo afecto. Lo hizo este fidelísimo Señor, derramando todas las gracias y dones en aquella alma santísima de María en el instante de su concepción en tan eminente grado, cual ninguno de los santos ni todos juntos pudieron alcanzar, ni con la lengua humana se puede manifestar.

226. Pero aunque fue adornada entonces, como esposa que descendía del cielo (Ap 21,2) con todo género de hábitos infusos, no fue necesario que luego los ejercitase todos, mas de sólo aquellos que podía y convenían al estado que tenía en el vientre de su Madre. En primer lugar fueron las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por

objeto a Dios. Estas ejercitó luego, conociendo la divinidad por altísimo modo de la fe, con todas las perfecciones y atributos infinitos que tiene, con la Trinidad y distinción de las personas; y no impidió este conocimiento a otro que se le dio del mismo Dios, como luego diré (Cf. infra n.488-504). Ejercitó también la virtud de la esperanza, que mira a Dios como objeto de la bienaventuranza y último fin, adonde luego se levantó y encaminó aquella alma santísima por intensísimos deseos de unirse con él, sin haberse convertido a otro, ni estar sólo un instante sin este movimiento. La tercera, virtud de la caridad, que mira a Dios como infinito y sumo bien, ejercitó en el mismo instante con tal intensidad y aprecio de la divinidad, que no podrán llegar todos los serafines a tan eminente grado en su mayor fuerza y virtud.

227. Las otras virtudes, que adornan y perfeccionan la parte racional de la criatura, tuvo en el grado correspondiente a las teologales; y las virtudes morales y naturales en grado milagroso y sobrenatural; y mucho más altamente tuvieron este grado en el orden de la gracia los dones del Espíritu Santo y frutos. Tuvo ciencia infusa y hábitos de todas ellas y de las artes naturales, con que conoció y supo todo lo natural y sobrenatural que convino a la grandeza de Dios; de suerte que, desde el primer instante en el vientre de su Madre, fue más sabia, más prudente, más ilustrada y capaz de Dios y de todas sus obras, que todas las criaturas, fuera de su Hijo santísimo, han sido ni serán eternamente. Y esta perfección consistió no sólo en los hábitos que le fueron infusos en tan alto grado, pero en los actos que les correspondían según su condición y excelencia y según en aquel instante los pudo ejercer con el poder divino; que para esto ni tuvo límite, ni se sujetó a otra ley más de a su divino y justísimo beneplácito.

228. Y porque de todas estas virtudes y gracias y de sus operaciones, se dirá mucho en el discurso de esta Historia de la vida santísima de María, sólo expresaré aquí algo de lo que obró en el instante de su concepción, con los hábitos que se le infundieron y luz actual que con ellos recibió. Con los actos de las virtudes teologales, como he dicho, y la virtud de la religión y las demás cardinales que a éstas siguen, conoció a Dios como en sí es y como a Criador y Glorificador; y con heroicos actos le reverenció, alabó y dio gracias porque la había criado, y le amó, temió y adoró, y le hizo sacrificio de magnificencia, alabanza y gloria por su ser inmutable. Conoció los dones que recibía, aunque con profunda humildad y postraciones corporales que luego hizo en el vientre de su Madre y con aquel cuerpecito tan pequeño. Y con estos actos mereció más en aquel estado que todos los santos en el supremo de su perfección y santidad.

229. Sobre los actos de la fe infusa tuvo otra noticia y conocimiento del misterio de la divinidad y santísima Trinidad. Y aunque no la vio intuitivamente en aquel instante de su concepción como bienaventurada, pero viola abstractivamente con otra luz y vista inferior a la visión beatífica, pero superior a todos los otros modos con que Dios se puede manifestar o se manifiesta al entendimiento criado; porque le fueron dadas unas especies de la divinidad tan claras y manifiestas, que en ellas conoció el ser inmutable de Dios y en él a todas las criaturas, con mayor luz y evidencia que ninguna otra criatura se conoce por otra. Y fueron estas especies como un espejo clarísimo en que resplandecía toda la divinidad y en ella las criaturas; y así las vio y conoció todas en Dios con esta luz y especies de la divina naturaleza, con mayor distinción y claridad que por otras especies y ciencia infusa las conocía en sí mismas.

230. Y por todos estos modos le fueron luego patentes, desde el instante de su concepción, todos los hombres y los ángeles con sus órdenes, dignidad y operaciones y todas las criaturas irracionales con sus naturalezas y condiciones. Y conoció la creación, estado y ruina de los ángeles; la justificación y gloria de los buenos y la caída y castigo de los malos; el estado primero de Adán y Eva con su inocencia; el engaño y la culpa y la miseria en que por ella quedaron los primeros padres, y por ellos todo el linaje humano; la determinación de la divina voluntad para su reparo, y cómo se iba ya acercando y disponiendo el orden y naturaleza de los cielos, astros y planetas, la condición y disposición de los elementos; el purgatorio, limbo e infierno; y cómo todas estas cosas, y las que dentro de sí encierran, habían sido criadas por el poder divino y por él mismo eran mantenidas y conservadas sólo por su bondad infinita, sin tener de ellas alguna necesidad (2 Mac 14,35). Y sobre todo entendió muy altos sacramentos sobre el misterio que Dios había de obrar haciéndose hombre para redimir a todo el linaje humano, habiendo dejado a los malos ángeles sin este remedio.

231. Por todas estas maravillas que fue conociendo por su orden aquella alma santísima de María, en el instante que fue unida con su cuerpo, fue también obrando heroicos actos de las virtudes con incomparable admiración, alabanza, gloria, adoración, humillación, amor de Dios y dolor de los pecados cometidos contra aquel sumo bien que reconocía por autor y fin de tantas obras admirables. Se ofreció luego en sacrificio aceptable para el Altísimo, comenzando desde aquel punto con fervoroso afecto a bendecirle, amarle y reverenciarle por lo que conocía le habían faltado de amar y reconocer así los malos ángeles como los hombres. Y a los ángeles santos, la que ya era Reina suya, les pidió la

ayudasen a glorificar al Criador y Señor de todos y pidiesen también por ella.

232. Le manifestó también el Señor en aquel instante a los ángeles de guarda que la daba; y los vio y conoció y les hizo benevolencia y obsequio, y los convidó a que alternativamente con cánticos de loor alabasen al Muy Alto. Y les previno de que había de ser este oficio el que habían de ejercitar con ella todo el tiempo de la vida mortal, que la habían de asistir y guardar. Conoció asimismo toda su genealogía y todo lo restante del pueblo santo y escogido de Dios, los patriarcas y profetas, y cuán admirable había sido Su Majestad en los dones, gracias y favores que con ellos había obrado. Y es digno de toda admiración que, siendo aquel cuerpecito, en el primer instante que recibió el alma santísima, tan pequeño que apenas se pudieran percibir sus potencias exteriores, con todo eso, para que no le faltase alguna milagrosa excelencia de las que podían engrandecer a la escogida para Madre de Dios, ordenó su poder y diestra divina que con el conocimiento y dolor de la caída del hombre llorase y derramase lágrimas en el vientre de su madre, conociendo la gravedad del pecado contra el sumo bien.

233. Con este milagroso afecto pidió luego, en el instante de su ser, por el remedio de los hombres y comenzó el oficio de medianera, abogada y reparadora; y presentó a Dios los clamores de los santos padres y de los justos de la tierra, para que su misericordia no dilatase la salud de los mortales, a quienes miraba ya como hermanos. Y antes de conversar con ellos los amaba con ardentísima caridad y tan presto como tuvo el ser natural tuvo el ser su bienhechora, con el amor divino y fraternal que ardía en su abrasado corazón. Estas peticiones aceptó el Altísimo con más agrado que todas las oraciones de los santos y ángeles, y le fue manifestado a la que era criada para Madre del mismo Dios, aunque ignorando ella el fin; pero conoció el amor del mismo Señor y el deseo de bajar del cielo a redimir los hombres. Y era justo que se diese por más obligado, para acelerar esta venida, de los ruegos y peticiones de aquella criatura por quien principalmente venía, y en quien había de recibir carne de sus mismas entrañas y obrar en ella la más admirable de todas sus obras y el fin de todas juntas.

234. Pidió también en el mismo instante de su concepción por sus padres naturales, Joaquín y Ana, que antes de verlos con el cuerpo los vio y conoció en Dios y luego ejercitó en ellos la virtud del amor, reverencia y agradecimiento de hija, reconociéndolos por causa segunda de su ser natural. Hizo también otras muchas peticiones en general y en particular por diferentes causas. Y con la ciencia infusa que tenía compuso luego cánticos de alabanza en su mente y corazón, por haber hallado a la puerta de la vida la dracma preciosa (Lc 15,9) que perdimos todos en nuestro primer principio. Halló a la gracia que le salió al encuentro (Eclo 15,2) y a la divinidad que la esperaba en los umbrales de la naturaleza (Sab 6,15) Y sus potencias toparon en el instante de su ser al nobilísimo objeto que las movió y estrenó, porque se criaban sólo para él; y habiendo de ser suyas en todo y por todo, se le debían las primicias de sus operaciones, que fueron el conocimiento y amor divino, sin que hubiese en esta Señora ser sin conocer a Dios, ni conocimiento sin amor, ni amor sin merecimiento. Ni en esto hubo cosa pequeña, ni medida con las leyes comunes y reglas generales. Grande fue todo y grande salió de la mano del Altísimo para caminar, crecer y llegar hasta ser tan grande que solo Dios fuese mayor. ¡Oh qué hermosos pasos (Cant 7,1) fueron los tuyos, Hija del príncipe, pues con el primero llegaste a la divinidad! ¡Hermosa eres dos veces (Cant 4,1) porque tu gracia y hermosura es sobre toda hermosura y gracia! Divinos son tus ojos (Cant 7,4). ¡Y tus pensamientos son como la púrpura del Rey, pues llevaste su corazón y herido (Cant 4,9) de estos cabellos le enlazaste y le trajiste preso de tu amor al gremio de tu virginal vientre y corazón!

235. Aquí fue donde verdaderamente dormía la esposa del Rey y su corazón velaba (Cant 5:2). Dormían aquellos corporales sentidos, que apenas tenían su forma natural, ni habían visto la luz material del sol; y aquel divino corazón, más incomprensible por la grandeza de sus dones que por la pequeñez de su ser natural, velaba en el tálamo de su madre con la luz de la divinidad que le bañaba y encendía en el fuego de su inmenso amor. No era conveniente que en esta divina criatura obrasen primero las potencias inferiores que las superiores del alma, ni que éstas tuviesen operación inferior ni igual a otra criatura; porque, si el obrar corresponde al ser de cada cosa, la que siempre era superior a todas en la dignidad y excelencia, también había de obrar con proporcionada superioridad a toda criatura angélica y humana. Y no sólo no le había de faltar la excelencia de los espíritus angélicos, que luego usaron de sus potencias en el punto de su creación, pero esta misma grandeza y prerrogativa se le debía a la que era criada para su Reina y Señora. Y tanto con mayores ventajas, cuanto excede el nombre y oficio de Madre de Dios al de siervos suyos y el de reina al de vasallos, porque a ninguno de los ángeles les dijo el Verbo tú eres mi madre, ni alguno de ellos pudo decirle a él mismo tú eres mi hijo (He 1,5 (A.)) sólo entre María y el eterno Verbo hubo este comercio y mutua correspondencia, y por ella se ha de medir e investigar la grandeza de María, como el Apóstol de la de Cristo.

236. En escribir estos sacramentos del Rey (Tob 12,7 (A.)) cuando ya es honorífico revelar sus obras, confieso mi rudeza y limitación de mujer; y me aflijo porque hablo con términos comunes y vacíos que no llegan a lo que entiendo en la luz que mi alma tiene de estos misterios. Necesarias fueran, para no agraviar tanta grandeza, otras palabras, razones y términos particulares y propios, pero no los alcanza mi ignorancia; y cuando los hubiera, también sobrepujaran y oprimieran a la humana flaqueza. Reconózcase, pues, inferior y desigual para fijar su vista en este sol divino que con rayos de divinidad sale al mundo, aunque encubierto de la nube del vientre materno de santa Ana. Y si queremos todos que nos den licencia para acercarnos a la vista de esta maravillosa visión, lleguemos libres y desnudos: unos de la natural cobardía, otros del temor y encogimiento, aunque sea con pretexto de humildad; pero todos con suma devoción y piedad, lejos del espíritu de contención (Rom 13,13) y nos será permitido ver de cerca, en medio de la zarza, el fuego de la divinidad sin consumirla (Ex 3,2).

237. He dicho que el alma santísima de María, en el primer instante de su purísima concepción, vio abstractivamente la divina esencia, porque no se me ha dado luz de que viese la gloria esencial; antes entiendo que este privilegio fue singular de la santísima alma de Cristo, como debido y consiguiente a la unión sustancial de la divinidad en la persona del Verbo, para que ni por sólo un instante dejase de estar con ella unida por las potencias del alma por suma gracia y gloria. Y como aquel hombre, Cristo nuestro bien, comenzó a ser juntamente hombre y Dios, así comenzó a conocer a Dios y amarle como comprensor; pero el alma de su Madre santísima no estaba unida sustancialmente a la divinidad y así no comenzó a obrar como comprensora, porque entraba en la vida a ser peregrina. Mas en este orden, como quien era la más inmediata a la unión hipostática, tuvo también otra visión proporcionada y la más inmediata a la visión beatífica, pero inferior a ella, aunque superior a todas cuantas visiones y revelaciones han tenido las criaturas de la divinidad fuera de su clara visión y fruición. Pero en algún modo y condiciones excedió la visión de la divinidad que tuvo en el primer instante la Madre de Cristo a la visión clara de otros, en cuanto conoció ella más misterios abstractivamente que otros con visión intuitiva. Y el no haber visto la divinidad cara a cara en aquel punto de la concepción, no impide que después la viese muchas veces por el discurso de su vida, como adelante diré.

Doctrina que me dio la Reina del cielo sobre este capítulo.

238. En el discurso de lo que dejo escrito (Cf. introducción y c.1 passim) he dicho algunas veces cómo la Reina y Madre de misericordia me había prometido que, en llegando a escribir las primeras operaciones de sus potencias y virtudes, me daría instrucción y doctrina para componer mi vida en el espejo purísimo de la suya, porque éste era el principal intento de esta enseñanza. Y como esta gran Señora es fidelísima en sus palabras, asistiéndome siempre con su presencia divina al tiempo de declararme estos misterios, ha comenzado a desempeñarla en este capítulo y prevenir para hacerlo en lo restante que fuere escribiendo. Y así guardaré este orden y estilo, que al fin escribiré lo que me enseñare Su Alteza, como lo ha hecho ahora, hablándome en esta forma:

239. “Hija mía, de escribir los misterios y sacramentos de mi santísima vida, quiero que para ti misma cojas el fruto que desees y que el premio de lo que trabajares sea la mayor pureza y perfección de tu vida, si con la gracia del Altísimo te dispones para imitarme, obrando lo que oyes. Esta es la voluntad de mi Hijo santísimo, que extiendas tus fuerzas a lo que yo te enseñare, atendiendo con todo el aprecio de tu corazón a mis virtudes y obras. Óyeme con atención y fe, que yo te hablaré palabras de vida eterna y te enseñaré lo más santo y perfecto de la vida cristiana y lo más aceptable a los ojos de Dios; con que desde luego te comenzarás a disponer mejor para recibir la luz en que te son patentes los ocultos misterios de mi vida santísima y la doctrina que desees. Prosigue este ejercicio y escribirás lo que para esto te enseñare. Y ahora advierte.

240. “Acto es de justicia debido a Dios eterno, que la criatura, cuando recibe el uso de la razón, encamine su primer movimiento al mismo Dios, conociéndole para amarle, reverenciarle y adorarle como a su Criador y Señor único y verdadero. Y los padres por natural obligación deben instruir a sus hijos desde niños en este conocimiento, enderezándolos con cuidado, para que luego busquen su último fin y le topen con los primeros actos de la razón y voluntad. Y debían con grande desvelo retirarlos de las pequeñeces y burlas pueriles a que la misma naturaleza depravada se inclina, si la dejan sin otro maestro. Y si los padres y madres se anticipasen a prevenir estos engaños y torcidas costumbres de sus hijos y desde su niñez los fuesen informando, dándoles temprano noticia de su Dios y Criador, después se hallarían más hábiles para comenzar luego a conocerle y adorarle. Mi santa madre, que ignoraba mi sabiduría y estado, hizo esto conmigo tan puntual y anticipada, que llevándome en su vientre adoraba en mi nombre al Criador, dándole por mí la suma reverencia y gracias debidas por haberme criado y le suplicaba me guardase,

defendiese y sacase libre del estado que entonces tenía. Deben asimismo los padres pedir a Dios con fervor que ordene con su providencia cómo aquellas almas de los niños alcancen a recibir el bautismo y sean libres de la servidumbre del pecado original.

241. Y si la criatura racional no hubiere reconocido y adorado al Criador con el primer uso de la razón, debe hacerlo en el punto que llegue a su noticia aquel ser y único bien, antes no conocido, por la fe. Y desde este conocimiento debe trabajar el alma para nunca perderle de vista y siempre temerle, amarle y reverenciarle. Tú, hija mía, has debido a Dios esta adoración por el discurso de tu vida, mas ahora quiero que la ejecutes y mejores, como yo te lo enseñare. Pon la vista interior de tu alma en el ser de Dios sin principio ni término y mírale infinito en atributos y perfecciones y que sólo él es la verdadera santidad, el sumo bien, el objeto nobilísimo de la criatura, el que dio ser a todo lo criado y sin tener de ello necesidad lo sustenta y gobierna. Es la consumada hermosura sin mácula ni defecto alguno, el que en amor es eterno, en palabras verdadero y en las promesas fidelísimo, y el que dio su misma vida y se entregó a los tormentos por el bien de sus criaturas sin habérselo alguna merecido. En este inmenso campo de bondad y beneficios extiende tu vista y ocupa tus potencias, sin olvidarle ni desviarle de ti, porque, habiendo conocido tanto al sumo bien, es fea grosería y deslealtad olvidarle con aborrecible ingratitud, como lo sería la tuya si, habiendo recibido superior luz divina sobre la común y ordinaria de la fe infusa, se descaminase tu entendimiento y voluntad de la carrera del amor divino. Y si alguna vez con flaqueza lo hicieras, vuelve luego a buscarla con toda presteza y diligencia, y humillada adora al Altísimo, dándole honor, magnificencia y alabanza eterna. Y advierte que el hacer esto incesantemente por ti y por todas las demás criaturas, lo has de tener por oficio propio tuyo, en que quiero vivas cuidadosa.

242. Y para ejercitarte con más fuerza, confiere en tu corazón lo que conoces que yo hice y cómo aquella primera vista del sumo bien dejó herido mi corazón de amor, con que me entregué toda a él para jamás perderle. Y con todo esto vivía siempre solícita y no sosegaba, caminando hasta llegar al centro de mis deseos y afectos; porque, siendo infinito el objeto, tampoco el amor ha de tener fin ni descansar hasta poseerle. Tras el conocimiento de Dios y su amor, se ha de seguir el conocerte a ti misma, pensando y confiriendo tu poquedad y vileza. Y advierte que estas verdades bien entendidas, repetidas y ponderadas hacen divinos efectos en las almas.” Oídas estas razones y otras de la Reina, dije a Su Majestad:

243. “Señora mía, cuya soy esclava y a quien de nuevo para serlo me dedico y me consagro, no sin causa mi corazón por vuestra maternal dignación solícito deseaba este día, para conocer la inefable alteza de vuestras virtudes en el espejo de vuestras divinas operaciones y oír la dulzura de vuestras saludables palabras. Confieso, Reina mía, de todo mi corazón, que no tengo obra buena a quien corresponda este beneficio por premio; y ésta de escribir vuestra Vida santísima juzgara por atrevimiento tan desigual, que si en ello no obedeciera a vuestra voluntad y de vuestro Hijo santísimo, no mereciera perdón. Recibid, Señora mía, este sacrificio de alabanza, y hablad que vuestra sierva oye ^(1 Sam 3,10). Suene, dulcísima Señora mía, vuestra suavísima voz en mis oídos ^(Cant 2,14) pues tenéis palabras de vida ^(Jn 6,69). Continuad, Dueña mía, vuestra doctrina y luz para que se dilate mi corazón en este mar inmenso de vuestras perfecciones y tenga digna materia de alabar al Todopoderoso. En mi pecho arde el fuego que vuestra piedad ha encendido, para desear lo más santo, más puro y más acepto de la virtud a vuestros ojos; pero en la parte inferior siento la ley repugnante de mis miembros al espíritu ^(Rom 7,23) que me retarda y embaraza y temo justamente no me impida el bien que vos, piadosa Madre, me ofrecéis. Miradme, pues, Señora mía, como a hija, enseñadme como a discípula, corregidme como a sierva y compeledme como a esclava, cuando yo tardare o resistiere; que no deseo hacerlo de voluntad, pero reincidiré de flaqueza. Yo levantaré la vista a conocer el ser de Dios y con su divina gracia gobernaré mis afectos, para que se enamoren de sus infinitas perfecciones, y si le tengo no le dejaré ^(Cant 3,4). Pero vos, Señora y Madre del conocimiento y del amor hermoso ^(Eclo 24,24) pedid a vuestro Hijo y mi Señor no me desampare, por lo que se mostró liberalísimo en favorecer vuestra humildad ^(Lc 1,48). Reina y Señora de todo lo criado.”

CAPITULO 17

[Regresar al Principio](#)

Prosiguiendo el misterio de la Concepción de María santísima, se me dio a entender sobre el capítulo 21 del Apocalipsis; parte primera del capítulo.

244. Encierra tantos y tan ocultos sacramentos el beneficio de ser María santísima concebida en gracia, que, para

hacerme capaz de este maravilloso misterio, me declaró Su Majestad muchos de los que encierra el evangelista san Juan en el capítulo 21 del Apocalipsis, remitiéndome a la inteligencia que de ellos se me daba. Y para explicar algo de lo que se me ha manifestado, dividiré la explicación de aquel capítulo en tres partes, por excusar algo de la molestia que podría causar si tan largo capítulo se tomase junto. Y primero diré la letra según su tenor, que es como sigue:

245. *“Y vi un cielo nuevo y nueva tierra, porque se fue el cielo primero y la primera tierra y el mar ya no tiene ser. Y yo Juan vi la ciudad santa Jerusalén nueva, que bajaba de Dios desde el cielo, preparada como esposa adornada para su esposo. Y oí una gran voz del trono que decía: Mirad al tabernáculo de Dios con los hombres y habitará en ellos. Y ellos serán su pueblo y el mismo Dios estará con ellos y será su Dios; y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos y no quedará muerte, ni llanto, ni clamor, ni restará ya dolor porque las primeras ya se fueron. Y el que estaba asentado en el trono dijo: ‘Advierte que todas las cosas hago nuevas’. Y me dijo: ‘Escribe, porque estas palabras son fidelísimas y verdaderas’. Y me dijo: ‘Ya está hecho; yo soy Alfa y Omega, principio y fin. Yo daré de gracia al sediento de la fuente de la vida. El que venciere poseerá estas cosas y será para él Dios y él para mí será hijo, pero a los tímidos, incrédulos, malditos, homicidas, fornicadores, hechiceros, idólatras y a todos los mentirosos, su parte les será en el estanque ardiente con fuego y con azufre, que es la segunda muerte”* (Ap 21,1-8).

246. Esta es la primera de las tres partes de la letra que explicaré en este capítulo, dividiéndola por sus versos. Y vi, dice el evangelista, *“un cielo nuevo y nueva tierra.”* Con haber salido María santísima de las manos del omnipotente Dios y puesta ya en el mundo la materia inmediata de que se había de formar la humanidad santísima del Verbo, que había de morir por el hombre, dice el evangelista que vio un cielo nuevo y nueva tierra. No sin gran propiedad se pudo llamar cielo nuevo aquella naturaleza y el vientre virgíneo, donde y de donde se formó; pues en este cielo comenzó a habitar Dios por nuevo modo (Jer 31,22) diferente del que hasta entonces había tenido en el cielo antiguo y en todas las criaturas. Pero también se llamó cielo nuevo el de los santos, después del misterio de la Encarnación, porque de aquí nació la novedad, que antes no había en él, de ocuparle los hombres mortales, y la renovación que hizo en el cielo la gloria de la humanidad santísima de Cristo y también de su Madre purísima; que fue tanta, después de la gloria esencial, que bastó para renovar los cielos y darles nueva hermosura y resplandor. Y aunque estaban allá los buenos ángeles, pero esto era ya como cosa antigua y vieja; y así vino a ser cosa muy nueva que el Unigénito del Padre con su muerte restituyese a los hombres el derecho de la gloria, perdido por el pecado, y mereciéndosela de nuevo los introdujese en el cielo, de donde estaban ya despedidos e imposibilitados de adquirirla por sí mismos. Y porque toda esta novedad para el cielo tuvo principio en María santísima, cuando la vio el evangelista concebida sin el pecado que lo impedía todo, dijo que había visto un nuevo cielo.

247. Vio también una nueva tierra. Porque la tierra antigua de Adán era maldita, manchada y rea de la culpa y condenación eterna; pero la tierra santa y bendita de María fue nueva tierra sin culpa ni maldición de Adán; y tan nueva, que desde aquella primera formación no se había visto ni conocido en el mundo otra tierra nueva hasta María santísima; y fue tan nueva y libre de la maldición de la tierra antigua y vieja, que en esta bendita tierra se renovó toda la demás restante de los hijos de Adán, pues por la tierra de María bendita, y con ella y en ella, quedó bendita, renovada y vivificada la masa terrena de Adán, que hasta entonces había estado maldita y envejecida en su maldición, pero toda se renovó por María santísima y su inocencia; y como en ella se dio principio a esta renovación de la humana y terrena naturaleza, dijo san Juan que en María concebida sin pecado vio un cielo nuevo, una tierra nueva. Y prosigue:

248. *“Porque se fue el cielo primero y la primera tierra.* Consiguiente era que viniendo al mundo y apareciéndose en él la nueva tierra y nuevo cielo de María santísima y su Hijo, hombre y Dios verdadero, desapareciese el antiguo cielo y la tierra envejecida de la humana y terrena naturaleza con el pecado. Hubo nuevo cielo para la divinidad en la naturaleza humana, que, preservada y libre de culpa, daba nueva habitación al mismo Dios en la unión hipostática en la persona del Verbo. Y dejó ya de ser el cielo primero, que Dios había criado en Adán y se manchó e inhabilitó para que Dios viviese en él. Este se fue y vino otro cielo nuevo en la venida de María santísima. Hubo juntamente nuevo cielo de la gloria para la naturaleza humana, no porque se moviese ni desapareciese el empíreo, sino porque faltó en él el estar sin hombres, como lo había estado por tantos siglos; y en cuanto a esto, dejó de ser el primer cielo y fue nuevo por los merecimientos de Cristo nuestro Señor, que ya comenzaban a resplandecer en la aurora de la gracia, María santísima su Madre; y así se fue el primer cielo y la primera tierra, que hasta entonces había estado sin remedio.

Y el mar dejó de ser, porque el mar de abominaciones y pecados, que tenía inundado el mundo y anegada la tierra de

nuestra naturaleza, dejó ya de ser con la venida de María santísima y de Cristo, pues el mar de su sangre superabundó y sobrepujo al de los pecados en la suficiencia, en cuya comparación y valor es cierto que ninguna culpa tiene ser. Y si los mortales quisieran aprovecharse de aquel mar infinito de la divina misericordia y mérito de Jesucristo nuestro Señor, dejaran de ser todos los pecados del mundo, que vino a deshacerlos y desviarlos todos el Cordero de Dios.

249. “Y yo, Juan, vi la ciudad santa de Jerusalén nueva, que descendía de Dios desde el cielo, preparada como la esposa adornada para su varón.” Porque todos estos sacramentos comenzaban de María santísima y se fundaban en ella, dice el evangelista que la vio en forma de la ciudad santa de Jerusalén, etc., que de la Reina habló con esta metáfora. Y le fue dado que la viese, para que más conociera el tesoro que al pie de la cruz se le había encomendado y fiado (Jn 19,27) y con aprecio digno le guardase. Y aunque ninguna prevención pudiera equivaler a la falta presencial del Hijo de la Virgen, pero, entrando san Juan en su lugar, era conveniente que fuese ilustrado conforme a la dignidad y oficio que recibía, sustituyendo por el Hijo natural.

250. Por los misterios que Dios obró en la ciudad santa de Jerusalén, era más a propósito para símbolo de la que era su Madre y el centro y mapa de todas las maravillas del Omnipotente. Y por esta misma razón lo es también de las Iglesias militante y triunfante, y a todas se extendió la vista del águila generosa Juan, por la correspondencia y analogía que entre sí tienen estas ciudades de Jerusalén místicas. Pero señaladamente miró de hito a la Jerusalén suprema María santísima, donde están cifradas y recopiladas todas las gracias, dones, maravillas y excelencias de las Iglesias militante y triunfante; y todo lo que se obró en la Jerusalén de Palestina, y lo que significa ella y sus moradores, todo está reducido a María purísima, ciudad santa de Dios, con mayor admiración y excelencia que en lo restante del cielo y tierra y de todos sus moradores. Por esto la llama *Jerusalén nueva*, porque todos sus dones, grandeza y virtudes son nuevas y causan nueva maravilla a los santos; y nueva, porque fue después de todos los padres antiguos, patriarcas y profetas y en ella se cumplieron y renovaron sus clamores, oráculos y promesas; y nueva, porque viene sin el contagio de la culpa y descende de la gracia por nuevo orden suyo y lejos de la común ley del pecado; y nueva, porque entra en el mundo triunfando del demonio y del primer engaño, que es la cosa más nueva que en él se había visto desde su principio.

251. Y como todo esto era nuevo en la tierra, y no pudo venir de ella, dice que bajaba del cielo. Y aunque por el común orden de la naturaleza descende de Adán, pero no viene por el camino real y ordinario de la culpa, sendereado de todos los predecesores hijos de aquel primer delincuente. Para sola esta Señora hubo otro decreto en la divina predestinación y se abrió nueva senda por donde viniese con su Hijo santísimo al mundo, sin acompañar en el orden de la gracia a otro alguno de los mortales, ni que alguno de ellos la acompañase a ella y a Cristo nuestro Señor. Y así bajó nueva desde el cielo de la mente y determinación de Dios. Y cuando los demás hijos de Adán descienden de la tierra, ¡terrenos y maculados por ella, esta Reina de todo lo criado viene del cielo, como descendiente sólo de Dios por la inocencia y gracia; que comúnmente decimos viene alguno de aquella casa o solar de donde descende y descende de donde recibió el ser que tiene. Y el ser natural de María santísima, que recibió por Adán, apenas se divisa mirándola Madre del Verbo eterno y como a su lado del eterno Padre, con la gracia y participación que para esta dignidad recibió de su divinidad. Y siendo esto en ella el ser principal, viene a ser como accesorio y menos principal el ser de la naturaleza que tiene; y así el evangelista miró a lo principal, que bajó del cielo, y no a lo accesorio, que vino de la tierra.

252. Y prosigue diciendo: *Que venía preparada como esposa adornada*, etc. Para el día del desposorio se busca entre los mortales el mayor adorno y aliño que se puede hallar para componer la esposa terrena, aunque las joyas ricas se busquen prestadas, porque nada le falte según su calidad y estado. Pues si confesamos, como es forzoso confesarlo, que María purísima de tal suerte fue Esposa de la santísima Trinidad, que juntamente fuese Madre de la persona del Hijo, y que para estas dignidades fue adornada y preparada por el mismo Dios omnipotente, infinito y rico sin medida y tasa ¿qué adorno, qué preparación, qué joyas serían estas con que aliño a su Esposa y a su Madre para que fuese digna Madre y digna Esposa? ¿Reservaría por ventura alguna joya en sus tesoros? ¿Le negaría alguna gracia de cuantas su brazo poderoso le podía enriquecer y aliñar? ¿La dejaría fea y desaliñada en alguna parte o en algún instante? ¿O sería escaso y avariento con su Madre y Esposa el que derrama pródigamente los tesoros de su divinidad con las almas, que en su comparación son menos que siervas y menos que esclavas de su casa? Todas confiesan con el mismo Señor que es una la escogida y la perfecta (Cant 6,8) a quien las demás han de reconocer, predicar y magnificar por inmaculada y felicísima entre las mujeres y de quien, admiradas con júbilo y alabanza, preguntan: “¿Quién es ésta que sale como aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como ejércitos bien ordenados” (1b. 9)? Esta es

María santísima, única Esposa y Madre del Omnipotente, que bajó al mundo adornada y preparada como Esposa de la beatísima Trinidad para su Esposo y para su Hijo. Y esta venida y entrada fue con tantos dones de la divinidad, que su luz la hizo más agradable que la aurora, más hermosa que la luna y más electa y singular que el sol, sin haber segunda, más fuerte y poderosa que todos los ejércitos del cielo y de los santos. Bajó adornada y preparada por Dios, que la dio todo lo que quiso darla y quiso darla todo lo que pudo y pudo darla todo lo que no era ser Dios, pero lo más inmediato a su divinidad y lo más lejos del pecado que pudo haber en pura criatura. Fue entero y perfecto este adorno y no lo fuera si algo le faltara y le faltara si algún punto estuviera sin la inocencia y gracia. Y sin esto tampoco fuera bastante para hacerla tan hermosa, si el adorno y las joyas de la gracia cayeran sobre un rostro feo, de naturaleza maculada por culpa, o sobre un vestido manchado y asqueroso. Siempre tuviera alguna tacha, de donde por más diligencias no pudiera jamás salir del todo la señal sombra de la mancha. Todo esto era menos decente para María, Madre y esposa de Dios; y, siéndolo para ella, lo fuera también para él, que la hubiera adornado y preparado, no con amor de esposo, ni con cuidado de hijo y, teniéndose en casa la tela más rica y preciosa, hubiera buscado otra manchada y vieja para vestir a su Madre y Esposa y a sí mismo.

253. Tiempo es ya de que el entendimiento humano se desencoja y alargue en la honra de nuestra gran Reina; y también que el que estuviere opuesto, fundado en otro sentir, se encoja y detenga en despojarla y quitarla el adorno de su inmaculada limpieza en el instante de su Divina Concepción. Con la fuerza de la verdad y luz en que veo estos inefables misterios, confieso una y muchas veces que todos los privilegios, gracias, prerrogativas, favores y dones de María santísima, entrando en ellos el de ser Madre de Dios, según y como a mí se me dan a entender, todos dependen y se originan de haber sido inmaculada y llena de gracia en su concepción purísima; de manera que sin este beneficio parecieran todos informes y mancos o como un suntuoso edificio sin fundamento sólido y proporcionado. Todos miran con cierto orden y encadenamiento a la limpieza e inocencia de la concepción; y por esto ha sido forzoso tocar tantas veces en este misterio, por el discurso de esta Historia, desde los decretos divinos y formación de María y de su Hijo santísimo en cuanto hombre. Y no me alargo ahora más en esto; pero advierto a todos que la Reina del cielo estimó tanto el adorno y hermosura que la dio su Hijo y Esposo en su purísima Concepción, que esta correspondencia será su indignación contra aquellos que con terquedad y porfía pretendieren desnudarla de él y afearla, en tiempo que su Hijo santísimo se ha dignado de manifestarla al mundo tan adornada y hermosa, para gloria suya y esperanza de los mortales. Prosigue el evangelista:

254. “Y oí una gran voz del trono, que decía: Mira al tabernáculo de Dios con los hombres y habitará con ellos y ellos serán su pueblo, etcétera.” La voz del Altísimo es grande, fuerte, suave y eficaz para mover y arrebatar a sí toda la criatura. Tal fue esta voz que oyó san Juan salía del trono de la beatísima Trinidad; con que le llevó toda la atención que se le pedía, diciéndole que atendiese o mirase al tabernáculo de Dios; para que atento y circunspecto conociese perfectamente el misterio que se le manifestaba, de ver el tabernáculo de Dios con los hombres y que viva con ellos y sea su Dios y ellos su pueblo. Todo este sacramento se encerraba en ver a María santísima descender del cielo en la forma que he dicho; porque estando este divino tabernáculo de Dios en el mundo, era consiguiente que el mismo Dios estuviera también con los hombres, pues vivía y estaba en su tabernáculo sin apartarse de él. Y fue como decirle al evangelista: El Rey tiene su casa y corte en el mundo y claro está que será para ir a ser morador en ella. Y de tal suerte había de habitar Dios en este tabernáculo, que del mismo tomase la forma humana, en la cual había de ser morador en el mundo y habitar con los hombres y ser su Dios para ellos y ellos pueblo suyo, como herencia de su Padre y también de su Madre. Del Padre eterno fuimos herencia para su Hijo santísimo, no sólo porque en él y por él crió todas las cosas (Jn 1,3) y se las dio por herencia en la eterna generación, pero también porque como hombre nos redimió en nuestra misma naturaleza y nos adquirió por su pueblo (Tit 2,14) y herencia paternal y nos hizo hermanos suyos. Y por la misma razón de la naturaleza humana fuimos y somos herencia y legítima de su Madre santísima; porque ella le dio la forma de la carne humana con que nos adquirió para sí. Y, siendo ella Madre suya e Hija y Esposa de la beatísima Trinidad, era Señora de todo lo criado y todo lo había de heredar su Unigénito; y lo que las humanas leyes conceden, siendo puesto en razón natural, no había de faltar en las divinas.

255. Salió esta voz del trono real por medio de un ángel, que con emulación santa me parece diría al evangelista: “Atiende y mira al tabernáculo de Dios con los hombres y vivirá con ellos y serán ellos su pueblo; será su hermano y tomará su forma por medio de ese tabernáculo de María, que miras bajar del cielo por su concepción y formación.” Pero les podemos responder con alegre semblante a estos cortesanos del cielo, que está muy bien el tabernáculo de Dios con nosotros, pues es nuestro, y por él lo será Dios; y recibirá vida y sangre que por nosotros ofrezca y con ella nos adquiera y haga pueblo suyo y viva con nosotros como en su casa y morada, pues le recibiremos sacramentado y

nos hará su tabernáculo; estén contentos estos divinos espíritus y príncipes con ser hermanos mayores y menos necesitados que los hombres. Nosotros somos los pequeñuelos y enfermos que necesitamos de regalo y favores de nuestro Padre y Hermano; venga en el tabernáculo de su Madre y nuestra, tome forma de carne humana de sus virginales entrañas, encúbrase la divinidad y viva con nosotros y en nosotros; tengámosle tan cerca que sea nuestro Dios y nosotros su pueblo y su morada. Admírense y suspensos de tantas maravillas ellos le bendigan, y gocémosle nosotros los mortales acompañándolos en la misma alabanza de admiración y amor. Prosigue el texto:

256. “Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos y no quedará muerte, no llanto, ni clamor, ni restará dolor,” etc. Con el fruto de la redención humana, de que se nos dieron prendas ciertas en la Concepción de María santísima, se enjugaron las lágrimas que el pecado sacó a los ojos de los mortales; pues para quien se aprovechare de las misericordias del Altísimo, de la sangre y méritos de su Hijo, de sus misterios y sacramentos, de los tesoros de su Iglesia santa y, para conseguirlos, de la intercesión de su Madre santísima, para ellos no hay muerte, ni dolor, ni llanto, porque la muerte del pecado y todo lo antiguo que de ella resultó, dejó ya de ser y se acabó. El verdadero llanto se fue al profundo con los hijos de perdición, adonde no hay remedio. El dolor de los trabajos no es llanto, ni dolor verdadero, sino aparente y que se compadece con la verdadera y suma alegría; y recibido con igualdad es de inestimable valor, y como prenda de amor lo eligió para sí, para su Madre y para sus hermanos el Hijo de Dios.

257. Tampoco habrá *clamor*, ni voces querrellosas, porque los justos y sabios, con el ejemplo de su Maestro y de su Madre humildísima, han de aprender a callar, como la simple ovejuela cuando es llevada a ser víctima y sacrificio ^(Is 53,7) Y el derecho que tiene la flaca naturaleza a buscar algún alivio dando voces y quejándose, le deben renunciar los amigos de Dios viendo a Su Majestad, que es su cabeza y ejemplar, abatido hasta la muerte afrentosa de la cruz para restaurar los daños de nuestra impaciencia y poca espera. ¿Cómo se le ha de consentir a nuestra naturaleza que a la vista de tanto ejemplo se altere y dé voces en los trabajos? ¿Cómo se ha de permitir que tenga movimientos desiguales y contrarios a la caridad cuando Cristo viene a establecer la ley del amor fraternal?

Y vuelve a repetir el evangelista que no habrá más *dolor*; porque si alguno había de quedar en los hombres, era el dolor de la mala conciencia; y para remedio de esta dolencia fue tan suave medicina la encarnación del Verbo en las entrañas de María santísima, que ya este dolor es gustoso y causa de alegría y no merece nombre de dolor, pues contiene en sí el sumo y verdadero gozo, y con haberle introducido en el mundo se fueron las cosas primeras, que fueron los dolores y rigores ineficaces de la ley antigua, porque todo se templó y acabó con la abundancia de la ley evangélica para dar gracia.

Y por esto añade y dice: “*Advierte, que todo lo hago nuevo.*” Esta voz salió del que estaba asentado en el trono, porque él mismo se declaró por artífice de todos los misterios de la nueva ley del Evangelio. Y comenzando esta novedad de cosa tan peregrina, y no pensada de las criaturas, como lo fue encarnar el Unigénito del Padre y darle Madre virgen y purísima, era necesario que si todo era nuevo no hubiese en su Madre santísima alguna cosa vieja y antigua; y claro está que el pecado original era casi tan antiguo como la naturaleza, y si lo tuviera la Madre del Verbo humanado no hubiera hecho todas las cosas nuevas.

258. Y me dijo: “*Escribe, que estas palabras son fidelísimas y verdaderas. Y me dijo: Ya está hecho,*” etc. A nuestro modo de hablar, mucho siente Dios que se olviden las grandes obras de amor que hizo por nosotros en su encarnación y redención humana, y para memoria de tantos beneficios y reparo de nuestra ingratitud manda que se escriban. Y así debían los mortales escribir esto en sus corazones y temer la ofensa que contra Dios cometen con tan grosero y execrable olvido. Y aunque es verdad que los católicos tienen credulidad y fe de estos misterios, pero con el desprecio que muestran en agradecerlos, y el que suponen en olvidarlos, parece que tácitamente los niegan, viviendo como si no los creyesen. Y para que tengan un fiscal de su feísimo desagradecimiento, dice el Señor: “*Que estas palabras son verdaderas y fidelísimas*”; y siendo así que lo son, véase la torpeza y sordera de los mortales en no darse por entendidos de verdades, que, como son fidelísimas, fueran eficaces para mover el corazón humano y vencer su rebeldía, si como verdaderas y fidelísimas se fijaran en la memoria y en ella se revolvieran y pesaran como ciertas e infalibles, que las obró Dios por cada uno de nosotros.

259. Pero como los dones de Dios no son con penitencia ^(Rom 9,29) porque no retracta el bien que hace, aunque desobligado de los hombres dice que “*ya está hecho*”: como si nos dijera que por nuestra ingratitud no quiere retroceder en su amor, antes habiendo enviado al mundo a María santísima sin culpa original, ya da por hecho todo lo

que pertenece al misterio de la encarnación, pues estando María purísima en la tierra no parece que se podía quedar el Verbo eterno solo en el cielo sin bajar a tomar carne humana en sus entrañas.

Y asegúralo más diciendo: “*Yo soy Alfa y Omega*”, la primera y última letra, que como principio y fin encierro la perfección de todas las obras, porque si les doy principio es para llevarlas hasta la perfección de su último fin. Y así lo haré por medio de esta obra de Cristo y María, que por ella comencé y acabaré todas las obras de la gracia, y llevaré a mí y encaminaré a mí todas las criaturas en el hombre, como a su último paradero y centro donde descansan.

260. *Yo daré al sediento graciosamente de la fuente de la vida, y el que venciere poseerá estas cosas*, etc. ¿Quién se anticipó de todas las criaturas para dar consejo a Dios (Rom 11, 34 (A.)) o alguna dádiva con que obligarle al retorno? Esto dijo el Apóstol, para que se entendiese que todo cuanto Dios hace y ha hecho con los hombres fue de gracia y sin obligación que a ninguno tuviese. El origen de las fuentes a nadie debe su corriente de los que van a beber a ellas, de balde y de gracia se dan a todos los que llegan; y de que todos no participen su manantial, no es culpa de la fuente, sino de quien no llega a beber, estando ella convidando con abundancia y alegría. Y aun porque no llegan ni la buscan, sale ella misma a buscar quien la reciba y corre sin detenerse, que tan de gracia y de balde se ofrece a todos (Jn 7,37) ¡Oh tibieza reprehensible de los mortales! ¡Oh ingratitud abominable! Si nada nos debe el verdadero Señor y todo nos lo dio y lo da de gracia, y entre todas sus gracias y beneficios la mayor gracia fue haberse hecho hombre y muerto por nosotros, porque en este beneficio se nos dio todo a sí mismo, corriendo el ímpetu de la divinidad hasta topar con nuestra naturaleza y unirse con ella y con nosotros ¿cómo es posible que estando tan sedientos de honra, de gloria y deleites, no lleguemos a beberlo todo en esta fuente (Is 55,1), que nos lo ofrece de gracia? Pero ya veo la causa; porque no estamos sedientos de la verdadera gloria, honra y descanso, anhelamos por la engañosa y aparente y malogramos las fuentes de la gracia (Is 12,3) que nos abrió Jesucristo, nuestro bien, con sus merecimientos y muerte. Mas a quien tuviere sed de la divinidad y de la gracia, dice el Señor que le dará de balde de la fuente de la vida. ¡Oh qué gran dolor y compasión es que, habiéndose descubierto la fuente de la vida, haya tan pocos sedientos por ella y tantos corran a las aguas de la muerte! Pero *el que venciere* en sí mismo al mundo, al demonio y a su carne propia, éste poseerá estas cosas. Y dice que las tendrá, porque dándose las aguas de gracia, pudiera temer si en algún tiempo se las negarán o revocarán; y para asegurarle, dice que se las darán en posesión, sin limitarla ni coartarla.

261. Antes le afianza con otra nueva y mayor aseguración, diciéndole el Señor: “*Yo seré Dios para él y él para mí será hijo*”; y si él es Dios para nosotros y nosotros hijos, claro está que fue hacernos hijos de Dios; y siendo hijos, era consiguiente ser herederos de sus bienes (Rom 8,17) y siendo herederos aunque toda la herencia sea de gracia la tenemos segura como los hijos tienen los bienes de su padre. Y siendo Padre y Dios juntamente, infinito en atributos y perfecciones ¿quién podrá decir lo que nos ofrece con hacernos hijos suyos? Aquí se encierra el amor paternal, la conservación, la vocación, la vivificación, la justificación, los medios para alcanzarla y, para fin de todo, la glorificación y estado de la felicidad, que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni pudo venir en corazón humano (1 Cor 2,9). Todo esto es para los que vencieren y fueren hijos esforzados y verdaderos.

262. “*Pero a los tímidos, execrables, incrédulos, homicidas y fornicadores, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos,*” etc. En este formidable padrón se han escrito por sus manos propias innumerables hijos de perdición, porque es infinito el número de los necios (Ecl 1,15) que a ciegas han hecho elección de la muerte, cerrando el camino de la vida; no porque esté oculto a los que tienen ojos, mas porque los cierran a la luz y se han dejado y dejan fascinar y oscurecer con los embustes de Satanás, que a diferentes inclinaciones y gustos de los hombres les ofrece el veneno disimulado en diversos potajes de vicios que apetecen. *A los tímidos*, que son los que ya quieren, ya no quieren, sin haber gustado el maná de la virtud, ni entrado en el camino de la vida eterna, se les representa insípida y terrible, siendo el yugo suave y la carga del Señor muy ligera (Mt 11,30) y engañados con este temor, se dejan vencer primero de la cobardía que del trabajo. Otros *incrédulos*, o no admiten las verdades reveladas ni les dan crédito, como los herejes, paganos e infieles, o si las creen, como los católicos, parece que las oyen de lejos y las creen para otros y no para sí mismos, y así tienen la fe muerta (Sant 2,26) y obran como incrédulos.

263. *Los execrados*, que siguiendo cualquier vicio sin reparo y sin freno, antes gloriándose de la maldad y despreciando el cometerlas, se hacen contentibles a Dios, execrables y malditos, llegando a estado de rebeldía y casi imposibilitándose para el bien obrar; y alejándose del camino de la vida eterna, como si no fueran criados para ella, se apartan y enajenan de Dios y de sus bendiciones y beneficios, quedando aborrecibles al mismo Señor y a los santos. *A los homicidas*, que sin temor ni reverencia de la divina justicia usurpan a Dios el derecho de supremo Señor, para

governar el universo y castigar y vengar las injurias; y así merecen ser medidos y juzgados por la misma medida con que ellos han querido medir a los otros y juzgarlos (Lc 6,38). *Los fornicadores*, que por un breve e inmundo deleite cumplido y aborrecido, pero nunca saciado el desordenado apetito, posponen la amistad de Dios y desprecian los eternos deleites, que saciando se apetece más y satisfaciendo jamás se acabarán. *Los hechiceros*, que creyeron y confiaron en las falsas promesas del dragón disimulado con apariencia de amigo, quedaron engañados y pervertidos para engañar y pervertir a otros. *Los idólatras*, que siguiendo y buscando la divinidad no la toparon, estando cerca de todos (Act 17,27) y se la dieron a quien no la podía tener, porque se la daban los mismos que los fabricaban; y eran inanimadas sombras de la verdad, pero todas cisternas disipadas para contener la grandeza de ser Dios verdadero (Jer 2,13). *A los mentirosos*, que se oponen a la suma verdad, que es Dios, y por alejarse al extremo contrario se privan de su rectitud y virtud, fiando más en el fingido engaño que en el mismo Autor de la verdad y todo el bien.

264. De todos éstos, dice el evangelista, oyó “*que la parte de ellos sería en el estanque de fuego ardiente con azufre que es la muerte segunda.*” Nadie podrá refutar a la divina equidad y justicia, pues habiendo justificado su causa con la grandeza de sus beneficios y misericordias sin número, bajando del cielo a vivir y morir entre los hombres y rescatándolos con su misma vida y sangre, dejando tantas fuentes de gracia que se nos diesen de balde en su Iglesia santa, y sobre todas a la Madre de la misma gracia y fuente de la vida, María Santísima, por cuyo medio la pudiésemos alcanzar; si de todos estos beneficios y tesoros no han querido aprovecharse los mortales y, por seguir con un deleite momentáneo la herencia de la muerte, dejaron la de la vida, no es mucho que cojan lo que sembraron y que su parte y herencia sea el fuego eterno en aquel profundo formidable de piedra azufre, donde no hay redención ni esperanza de vida, por haber incurrido en la muerte segunda del castigo. Y aunque esta muerte por su eternidad es infinita, pero más fea y abominable fue la muerte primera del pecado, que voluntariamente se tomaron los réprobos con sus manos, porque fue muerte de la gracia, causada por el pecado, que se opone a la bondad y santidad infinita de Dios, ofendiéndole cuando debía ser adorado y reverenciado; y la muerte de la pena es justo castigo de quien merece ser condenado, y se la aplica el atributo de la rectísima justicia; y en esto es ensalzado y engrandecido por ella, así como en el pecado fue despreciado y ofendido. El sea por todos los siglos temido y adorado. Amén.

CAPITULO 18

[Regresar al Principio](#)

Prosigue el misterio de la concepción de María santísima, con la segunda parte del capítulo 21 del Apocalipsis.

265. Prosiguiendo la letra del capítulo 21 del Apocalipsis, dice de esta manera: “*Y vino uno de los siete ángeles, que tenían siete copas, llenas de siete plagas novísimas, y habló conmigo, diciendo: Ven, y te mostraré la esposa, mujer del Cordero. Y me levantó en espíritu a un grande y alto monte, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo desde Dios y tenía la claridad de Dios; y su luz era semejante a una piedra preciosa, como piedra de jaspe, así como cristal. Y tenía un grande y alto muro con doce puertas, con doce ángeles en ellas, y escritos unos nombres, que son de los doce tribus de los hijos de Israel. Tres puertas al Oriente, tres puertas al Aquilón, tres puertas al Austro y tres puertas al Occidente. Y el muro de la ciudad tenía doce fundamentos y en ellos doce nombres de los doce apóstoles del Cordero. Y el que hablaba conmigo, tenía una medida de caña de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. Y la ciudad estaba puesta en cuadro, y su longitud es tanta cuanta es su latitud; y midió la ciudad con la caña por doce mil estadios, y la longitud, latitud y altura son iguales. Y midió su muro ciento y cuarenta y cuatro codos con medida de hombre, que es de ángel. Y la fábrica de su muralla era de piedra de jaspe; pero la ciudad era oro purísimo, semejante a un puro vidrio.*” (Ap 21,9-18).

266. Estos ángeles, de quien habla en este lugar el evangelista, son siete de los que asisten especialmente al trono de Dios y a quien Su Majestad ha dado cargo y potestad para que castiguen algunos pecados de los hombres (Ap 15,1). Y esta venganza de la ira del Omnipotente sucederá en los últimos siglos del mundo; pero será tan nuevo el castigo, que ni antes ni después en la vida mortal se haya visto otro mayor. Y porque estos misterios son muy ocultos y no de todos tengo luz, ni tocan a esta Historia, ni conviene alargarme en esto, paso a lo que pretendo. Este uno, que habló a san Juan, es el ángel por quien singularmente vengará Dios las injurias hechas contra su Madre santísima con formidable castigo. Por haberla despreciado con osadía loca, han irritado la indignación de su omnipotencia; y por estar empeñada toda la santísima Trinidad en honrar y levantar a esta Reina del cielo sobre toda criatura humana y angélica y ponerla en el mundo por espejo de la divinidad y medianera única de los mortales, tomará Dios señaladamente por su cuenta

vengar las herejías, errores y blasfemias y cualquier desacato cometido contra ella y el no haberle glorificado, conocido y adorado en este su tabernáculo y no se haber aprovechado de tan incomparable misericordia. Profetizados están estos castigos en la Iglesia santa. Y aunque el enigma del Apocalipsis encubre con oscuridad este rigor, pero ¡ay de los infelices a quien alcanzare! y ¡ay de mí, que ofendí a Dios, tan fuerte y poderoso en castigar! Absorta quedo en el conocimiento de tanta calamidad como amenaza.

267. Habló el ángel al evangelista, y le dijo: “*Ven, y te mostraré la esposa, mujer del Cordero,*” etc. Aquí declara que la ciudad santa de Jerusalén que le mostró es la mujer esposa del Cordero, entendiendo debajo de esta metáfora como ya he dicho (Cf. supra n.248) a María santísima, a quien miraba san Juan, madre o mujer y esposa del Cordero, que es Cristo. Porque entrambos oficios tuvo y ejercitó la Reina divinamente. Fue esposa de la divinidad, única y singular, por la particular fe y amor con que se hizo y acabó este desposorio; y fue mujer y madre del mismo Señor humanado, dándole su misma sustancia y carne mortal y criándole y sustentándole en la forma de hombre que le había dado. Para ver y entender tan soberanos misterios, fue levantado en espíritu el evangelista a un alto monte de santidad y luz; porque, sin salir de sí mismo y levantarse sobre la humana flaqueza, no los pudiera entender, como por esta causa no los entendemos los hombres imperfectos, terrenos y abatidos. Y levantado, dice: “*Me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo*”, como fabricada y formada, no en la tierra, donde era como peregrina y extraña, mas en el cielo, donde no se pudo fabricar con materiales de tierra pura y común; porque si de ella se tomó la naturaleza, pero fue levantándola al cielo para fabricar esta ciudad mística al modo celestial y angélico, y aun divino y semejante a la divinidad.

268. Y por eso añade, “*que tenía la claridad de Dios*”; porque el alma de María santísima tuvo una participación de la divinidad y de sus atributos y perfecciones, que si fuera posible verla en su mismo ser, pareciera iluminada con la claridad eterna del mismo Dios. Grandes cosas y gloriosas están dichas en la Iglesia Católica de esta ciudad de Dios (Sal 86,3) y de la claridad que recibió del mismo Señor, pero todo es poco, y todos los términos humanos le vienen cortos; y vencido el entendimiento criado, viene a decir que tuvo María santísima un no sé qué de divinidad, confesando en esto la verdad en sustancia y la ignorancia para explicar lo que se confiesa por verdadero. Si fue fabricada en el cielo, sólo el Artífice que a ella la fabricó conocerá su grandeza y el parentesco y afinidad que contrajo con María santísima, asimilando las perfecciones que le dio con las mismas que encierran su infinita divinidad y grandeza.

269. “*Su luz era semejante a una piedra preciosa, como piedra de jaspe, como cristal.*” No es tan dificultoso de entender que se asimile al cristal y jaspe juntamente, siendo tan disímiles, como que sea semejante a Dios; pero conoceremos algo de esta similitud por aquélla. El jaspe encierra muchos colores, visos y variedad de sombras, de que se compone, y el cristal es clarísimo, purísimo y uniforme, y todo junto formará una peregrina y hermosa variedad. Tuvo María purísima en su formación la variedad de virtudes y perfecciones de que parece fabricó Dios su alma compuesta y entretejida, y todas estas gracias y perfecciones y toda ella semejante a un cristal purísimo y sin lunar ni átomo de culpa; antes en la claridad y pureza despide rayos y hace visos de divinidad, como el cristal que herido del sol parece le tiene dentro de sí mismo y le retrata, reverberando como el mismo sol. Pero este cristalino jaspe tiene sombras, porque es hija de Adán y es pura criatura, y todo lo que tiene de resplandor del sol de la divinidad es participado, y aunque parece sol divino no lo es por naturaleza, mas por participación y comunicación de su gracia; criatura es, formada y hecha por la mano del mismo Dios, pero para ser Madre suya.

270. “*Y tenía la ciudad un grande y alto muro con doce puertas.*” Los misterios encerrados en este muro y puertas de esta ciudad mística de María santísima son tan ocultos y grandes, que con dificultad podré yo, mujer ignorante y tarda, reducir a palabras lo que se me ha dado a entender; lo diré como se me concediere, advirtiendo que en el instante primero de la concepción de María Santísima, cuando se le manifestó la divinidad por aquella visión y modo que arriba dije (Cf. supra n.229 y 237) entonces, a nuestro modo de entender, toda la beatísima Trinidad, como renovando los antiguos decretos de criarla y engrandecerla, hizo un acuerdo y como contrato con esta Señora, pero sin dárselo a conocer por entonces. Pero fue como confiriéndolo entre sí las tres divinas Personas, y hablando de esta manera:

271. “A la dignidad que damos a esta pura criatura de Esposa nuestra y Madre del Verbo que ha de nacer de ella, es consiguiente y debido constituirla Reina y Señora de todo lo criado. Y sobre los dones y riquezas de nuestra divinidad, que para sí misma la dotamos y concedemos, es conveniente darle autoridad, para que tenga mano en los tesoros de nuestras misericordias infinitas, para que de ellos pueda distribuir y comunicar a su voluntad las gracias y favores necesarios a los mortales, señaladamente a los que como hijos y devotos suyos la invocaren, y que pueda enriquecer a

los pobres, remediar a los pecadores, engrandecer a los justos y ser universal amparo de todos. Y para que todas las criaturas la reconozcan por su Reina y superiora y depositaria de nuestros bienes infinitos, con facultad de poderlos dispensar, la entregaremos las llaves de nuestro pecho y voluntad, y será en todo la ejecutora de nuestro beneplácito con las criaturas. Le daremos, a más de todo esto, el dominio y potestad sobre el dragón nuestro enemigo y todos sus aliados los demonios, para que teman su presencia y su nombre y con él se quebranten y desvanezcan sus engaños, y que todos los mortales que se acogieren a esta ciudad de refugio, le hallen cierto y seguro, sin temor de los demonios y de sus falacias.”

272. Sin manifestarle al alma de María santísima todo lo que este decreto o promesa contenía, le mandó el Señor en aquel primer instante que orase con afecto y pidiese por todas las almas y les procurase y solicitase la eterna salud, y en especial por los que a ella se encomendasen en el discurso de su vida. Y la ofreció la beatísima Trinidad que en aquel rectísimo tribunal nada le sería negado, y que mandase al demonio que le desviase con imperio y virtud de todas las almas, que para todo le asistiría el brazo del Omnipotente. Mas no se le dio a entender la razón por que se le concedía este favor y los demás que en él se encerraban, que era por Madre del Verbo. Pero en decir san Juan que la ciudad santa “*tenía un grande y alto muro,*” entendió este beneficio que hizo Dios a su Madre, constituyéndola por sagrado refugio, amparo y defensa de todos los hombres, para que en ella lo hallasen todo, como en ciudad fuerte y segura muralla contra los enemigos, y como a poderosa Reina y Señora de todo lo criado y despensera de los tesoros del cielo y de la gracia, acudiesen a ella todos los hijos de Adán. Y dice que era muy alto este muro, porque el poder de María purísima para vencer al demonio y levantar a las almas a la gracia es tan alto, que es inmediato al mismo Dios. Tan bien guarnecida como esto y tan defendida y segura es para sí esta ciudad y para los que en ella buscan su protección, que ni podrán conquistar sus muros ni escalar por ellos todas las fuerzas criadas fuera de Dios.

273. Tenía doce puertas este muro de la ciudad santa, porque su entrada es franca y general a todas las naciones y generaciones, sin excluir alguna, antes convidando a todos, para que nadie, si no quiere, sea privado de la gracia y dones del Altísimo y de su gloria, por medio de la Reina y Madre de misericordia. “*Y en las doce puertas doce ángeles.*” Estos santos príncipes son los doce que arriba cité (Cf. supra n.202) entre los mil que fueron señalados para guarda de la Madre del Verbo humanado. El ministerio de estos doce ángeles, a más de asistir a la Reina, fue servirla señaladamente en inspirar y defender a las almas que con devoción llaman a María nuestra Reina en su amparo y se señalan en su devoción, veneración y amor. Y por esto dice el evangelista que los vio en las puertas de esta ciudad, porque ellos son ministros y como agentes que ayudan y mueven y encaminan a los mortales para que entren por las puertas de la piedad de María Santísima a la eterna felicidad. Y muchas veces los envía ella con inspiraciones y favores, para que saquen de peligros y trabajos de alma y cuerpo a los que la invocan y son devotos suyos.

274. Dice que “*tenían escritos unos nombres, que son de las doce tribus de los hijos de Israel,*” etc., porque los ángeles santos reciben los nombres del ministerio y oficio para que son enviados al mundo. y como estos doce príncipes asistían singularmente a la Reina del cielo, para que por su disposición ayudasen a la salvación de los hombres, y todos los escogidos son entendidos debajo de los doce tribus de Israel, que hacen el pueblo santo de Dios, por esta razón dice el evangelista que los ángeles tenían los doce nombres de los doce tribus, como destinado cada uno para su tribu, y que tenían protección y cuidado de todos los que por estas puertas de la intercesión de María santísima habían de entrar a la celestial Jerusalén de todas las naciones y generaciones.

275. Admirándome yo de esta grandeza de María purísima y que ella fuese la medianera y la puerta para todos los predestinados, se me dio a entender que este beneficio correspondía al oficio de Madre de Cristo y al que como Madre había hecho con su Hijo santísimo y con los hombres. Porque le dio cuerpo humano de su purísima sangre y sustancia, en que padeciese y redimiese a los hombres, y así en algún modo murió ella y padeció en Cristo por esta unidad de carne y sangre; y a más de esto, le acompañó en su pasión y muerte y la padeció de voluntad en la forma que pudo, con divina humildad y fortaleza. Y así como ella cooperó a la pasión y dio a su Hijo en qué padeciese por el linaje humano, así también el mismo Señor la hizo participante de la dignidad de redentora y le dio los méritos y fruto de la redención, para que ella se los distribuya, y que por sola su mano se comunicasen a los redimidos. ¡Oh admirable tesorera y depositaria de Dios, qué seguras están en tus divinas y liberales manos las riquezas de la diestra del Omnipotente! Pues tenía esta ciudad *tres puertas al Oriente, tres puertas al Aquilón, tres puertas al Mediodía y tres puertas al Occidente.* Tres puertas que correspondan a cada parte del mundo. Y en el número de tres nos franquea por ellas a todos los mortales cuanto el cielo y la tierra poseen y a quien dio ser a todo lo criado, que son las tres divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cada una de las tres quieren y disponen que María santísima tenga puerta para

solicitar los tesoros divinos a los mortales, que aunque es un Dios en tres personas, cada una de por sí le da entrada y puerta franca para que entre esta purísima Reina al tribunal del ser inmutable de la santísima Trinidad, para que interceda, pida y saque tesoros y se los dé a sus devotos que la buscaren y obligaren de todo el mundo. Para que nadie de los mortales tenga excusa en ningún lugar del mundo, ni en ninguna generación ni nación de él, pues a todas partes hay no una puerta, sino tres puertas. Y el entrar en una ciudad por una puerta franca y patente es tan fácil, que si alguno dejare de entrar, no será por falta de puertas, sino porque él mismo se detiene y no se quiere poner en salvo. ¿Qué dirán aquí los infieles, herejes y paganos? ¿Qué los malos cristianos y obstinados pecadores? Si los tesoros del cielo están en manos de nuestra Madre y Señora, si ella nos llama y nos solicita por medio de sus ángeles y si es puerta y muchas puertas del cielo, ¿cómo son tantos los que se quedan fuera y tan pocos los que por ellas entran?

276. *Y el muro de esta ciudad tenía doce fundamentos, y en ellos los nombres de los doce apóstoles del Cordero.* Los fundamentos inmutables y fuertes, sobre que edificó Dios esta ciudad santa de María su Madre, fueron las virtudes todas con especial gobierno del Espíritu Santo que les correspondía. Pero dice fueron doce, con los doce nombres de los apóstoles; así porque se fundó sobre la mayor santidad de los apóstoles, que son los mayores de los santos, según lo de David, que *los fundamentos de la ciudad de Dios fueron puestos sobre los montes santos* (Sal 86,1); como porque la santidad de María y su sabiduría fue como fundamento de los apóstoles y su firmeza después de la muerte de Cristo y subida a los cielos. Y aunque siempre fue su maestra y ejemplar, pero entonces sola ella fue la mayor firmeza de la Iglesia primitiva. Y porque fue destinada para este ministerio desde su Inmaculada Concepción con las virtudes y gracias correspondientes, por eso dice que sus fundamentos eran doce.

277. *Y el que hablaba conmigo tenía una medida de caña de oro, etcétera, y midió la ciudad con esta caña por doce mil estadios,* etc. En estas medidas encerró el evangelista grandes misterios de la dignidad, gracias, dones y méritos de la Madre de Dios. Y aunque la midieron con gran medida en la dignidad y beneficios que puso el Altísimo en ella, pero se ajustó la medida en el retorno posible y fueron iguales. *La longitud fue tanta cuanta su latitud:* por todas partes estuvo proporcionada e igual, sin que en ella se hallase mengua, desigualdad ni improporción. Y no me detengo ahora en esto, remitiéndome a lo que diré en todo el discurso de su vida. Sólo advierto ahora que esta medida con que se midieron la dignidad, méritos y gracia de María santísima, fue la humanidad de su Hijo unida al Verbo divino.

278. Y llámala el evangelista caña por la fragilidad de nuestra naturaleza de carne flaca; y llámala de oro por la divinidad de la persona del Verbo. Con esta dignidad de Cristo, Dios y hombre verdadero, y con los dones de la naturaleza unida a la divina persona y con los merecimientos que obró, fue medida su Madre santísima por el mismo Señor. El fue quien la midió consigo mismo y ella, siendo medida por él, pareció estar igual y proporcionada en la alteza de su dignidad de Madre. En la longitud de sus dones y beneficios y en la latitud de sus merecimientos, en todo fue igual sin mengua ni improporción. Y aunque no pudo igualarse absolutamente con su Hijo santísimo con igualdad que entiendo llaman matemática los doctores, porque Cristo, Señor nuestro, era hombre y Dios verdadero y ella era pura criatura y por esto la medida excedía infinito a lo que era medido con ella, pero tuvo María purísima cierta igualdad de proporción con su Hijo santísimo. Porque así como a él nada le faltó de lo que le correspondía y debía tener como Hijo verdadero de Dios, así a ella nada le faltó ni tuvo mengua en lo que se le debía y ella debía como Madre verdadera del mismo Dios; de manera que ella como Madre y Cristo como Hijo tuvieron igual proporción de dignidad, de gracia y dones y de todos los merecimientos, y ninguna gracia criada hubo en Cristo que no estuviese con proporción en su Madre purísima.

279. Y dice, que *midió la ciudad con la caña por doce mil estadios.* Esta medida de estadios y el número de doce mil con que fue medida María purísima en su concepción, encierran altísimos misterios. Estadios llamó el evangelista a la medida perfecta con que se mide la alteza de santidad de los predestinados, según los dones de gracia y gloria que Dios en su mente y eterno decreto dispuso y ordenó comunicarles por medio de su Hijo humanado, tasándolos y determinándolos por su infinita equidad y misericordia. Y con estos estadios se miden todos los escogidos y la alteza de sus virtudes y merecimientos por el mismo Señor. Infelicitísimo aquel que no llegare a esta medida ni se ajustare con ella, cuando el Señor le midiere. El número de doce mil comprende todo el resto de los predestinados y electos, reducidos a las doce cabezas de estos millares, que son los doce apóstoles, príncipes de la Iglesia Católica, así como en el capítulo 7 del Apocalipsis (Ap 7,4-8) están reducidos a los doce tribus de Israel; porque todos los electos se habían de reducir a la doctrina que los apóstoles del Cordero enseñaron, como arriba también dije sobre este capítulo (Cf. supra n.274.)

280. De todo esto se conoce la grandeza de esta ciudad de Dios, María santísima; porque si a los estadios materiales

les damos 125 pasos por lo menos a cada uno, inmensa parecía una ciudad que tuviese doce mil estadios (12.000 estadios a 125 hacen pasos un ciento y medio. 1.500,000 reducidos a leguas de 4,000 pasos hacen 375 leguas. (Nota de la Autora, al margen del autógrafo.)). Pues con la medida y estadios con que Dios mide a los predestinados, fue medida María, Señora nuestra, y de la altura, longitud y latitud de todos juntos nada sobró; que a todos juntos igualó la que era Madre del mismo Dios y Reina y Señora de todos y en sola ella pudo haber más que en el resto de todo lo criado.

281. *Y midió su muro ciento y cuarenta y cuatro codos con medida de hombre, que es de ángel.* Esta medida del muro de la ciudad de Dios no fue de la longitud, sino de la altura de los muros que tenía; porque si los estadios del cuadro de la ciudad eran doce mil en latitud y longitud igual por todas partes, era forzoso que el muro fuese algo mayor, y más por la superficie de afuera, para encerrar dentro de sí toda la ciudad; y la medida de ciento y cuarenta y cuatro codos, de cualquiera que fuesen, era corta para muros de tan extendida ciudad, pero muy proporcionada para la altura de estos muros y segura defensa de quien vivía en ella. Esta altura dice la seguridad que tuvieron en María santísima todos los dones y gracias, así de santidad como de la dignidad, que puso en ella el Altísimo. Y para darlo a entender dice que la altura contenía 144 codos, que es número desigual y comprende tres muros, grande, mediano y pequeño, correspondiendo a las obras que hizo la Reina del cielo en lo mayor, mediano y más pequeño. No porque en ella había cosa pequeña, sino porque las materias en que obraba eran diferentes y las obras también. Unas eran milagrosas y sobrenaturales, y otras morales de las virtudes, y de éstas unas eran interiores y otras exteriores; y a todas dio tanta plenitud de perfección, que ni por las grandes dejó las pequeñas de obligación, ni por éstas faltó a las superiores; pero todas las hizo en grado tan supremo de santidad y beneplácito del Señor, que fue a medida de su Hijo santísimo así en los dones naturales como sobrenaturales. Y ésta fue la medida del hombre Dios, que fue el ángel del gran consejo, superior a todos los hombres y los ángeles, a quienes con proporción excedió la Madre con el Hijo. Prosigue el evangelista y dice:

282. *“Y la fábrica de su muro era de piedra de jaspe.”* Los muros de la ciudad son los que primero se topan y se ofrecen a la vista de quien los mira; y la variedad de los visos y colores con sus sombras que contiene el jaspe, de cuya materia eran los muros de esta Ciudad de Dios, María santísima, dicen la humildad inefable con que estaban disimuladas y acompañadas todas las gracias y excelencias de esta gran Reina. Porque siendo digna Madre de su Criador, exenta de toda mácula de pecado e imperfección, se ofreció a la vista de los hombres como tributaria y con sombras de la común ley de los demás hijos de Adán, sujetándose a las leyes y penalidades de la vida común, como en sus lugares diré. Pero este muro de jaspe, que descubría estas sombras como en las demás mujeres, era en la apariencia y servía a la ciudad de inexpugnable defensa. Y la ciudad por dentro dice que *“era purísimo oro, semejante a un vidrio purísimo y limpiísimo;”* porque ni en la formación de María santísima, ni después en su vida inocentísima nunca admitió mácula que oscureciese su cristalina pureza. Y como la mancha o lunar, aunque sea como un átomo, si cayese en el vidrio cuando se forma, nunca saldría de suerte que no se conociese la tacha y el haberla tenido y siempre sería defecto en su transparente claridad y pureza, así también si María purísima hubiera contraído en su concepción la mácula y lunar de la culpa original, siempre se le conociera y la afeara siempre, y no pudiera ser vidrio purísimo y limpiísimo. Ni tampoco fuera oro puro, pues tuviera su santidad y dones aquella liga del pecado original, que la bajara de quilates, pero fue oro y vidrio esta ciudad, porque fue purísima y semejante a la divinidad. Contiene la última parte del capítulo 21 del Apocalipsis en la Concepción de María santísima.

283. El texto de la última y tercera parte del Apocalipsis, capítulo 21, que voy explicando, es como se sigue: Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con todas las preciosas piedras. El primer fundamento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda; el quinto, sardonio; el sexto, sardio; el séptimo, crisolito; el octavo, berilo; el nono, topacio; el décimo, crisoprasio; el decimoprimer, jacinto; el decimosegundo, ametisto. Y las doce puertas son doce margaritas por cada una; y cada puerta de cada margarita, y la plaza de la ciudad, oro limpio como vidrio lucidísimo. Y no vi templo en ella, porque el Señor Dios omnipotente es su templo, y el Cordero. Y la ciudad no ha menester sol ni luna que le den luz, porque la claridad de Dios la iluminó, y su lucerna es el Cordero. Y las gentes caminarán con su luz, y los reyes de la tierra llevarán a ella su honor y su gloria. Y sus puertas no estarán cerradas por el día; que allí no se hallará noche. No entrará en ella cosa alguna manchada, o que comete abominación y mentira, mas de aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero (Ap 21,19-27) Hasta aquí llega la letra y texto del capítulo 21 que voy declarando.

284. Habiendo elegido el altísimo Dios esta ciudad santa de María para su habitación, la más proporcionada y agradable que fuera de sí mismo en pura criatura podía tener, no era mucho que de los tesoros de su divinidad y

méritos de su Hijo santísimo fabricase los fundamentos del muro de su ciudad adornados con todo género de piedras preciosas; para que con igual correspondencia, la fortaleza y seguridad que son los muros y su hermosura y alteza de santidad y dones que son las piedras preciosas y su concepción que es el fundamento del muro fuesen proporcionadas en sí mismas y con el fin altísimo para que la fundaba, que era vivir en ella por amor y por la humanidad que recibió en su virginal vientre. Todo esto dijo el evangelista como lo conoció en María santísima, porque a su dignidad y santidad, y a la seguridad que pedía el haber de vivir Dios en ella como en fortaleza invencible, le convenía que los fundamentos de sus muros, que eran los primeros principios de su Concepción Inmaculada, se fabricasen de todo género de virtudes y en grado eminentísimo y tan precioso, que no se hallasen otras piedras más ricas para fundamento de este muro.

285. *El primer fundamento* o piedra, dice que era *de jaspe*, cuya variedad y fortaleza dice la constancia o fortaleza que le fue infundida a esta gran Señora en el punto de su concepción santísima, para que con aquel hábito quedara dispuesta por el discurso de su vida para obrar todas las virtudes con invencible magnificencia y constancia. Y porque estas virtudes y hábitos que se le concedieron e infundieron a María santísima en el instante de su concepción, significadas por estas piedras preciosas, tuvieron singulares privilegios que le concedió el Altísimo en cada una de estas doce piedras, los manifestaré como me fuere posible, para que se entienda el misterio que encierran los doce fundamentos de la ciudad de Dios. En este hábito de fortaleza general se le concedió especial superioridad y como imperio sobre la antigua serpiente, para que la pudiese rendir, vencer y sujetar, y para que a todos los demonios les pusiese un género de terror, que huyesen de ella y de muy lejos la temiesen, como temblando de acercarse a su divina presencia; y por esto no llegaban a María santísima sin ser afligidos con gran pena. Anduvo tan liberal la divina providencia con Su Alteza, que no sólo no la entró en las leyes comunes de los hijos del primer padre, librándola de la culpa original y de la sujeción al demonio que contraen los que en ella son comprendidos, sino que apartándola de todos estos daños, juntamente la concedió el imperio que perdieron todos los hombres contra los demonios, por no haberse conservado en el estado de la inocencia. Y a más de esto, por ser Madre del Hijo del eterno Padre, que bajó a sus entrañas a destruir el imperio de maldad de estos enemigos, se le concedió a la eminentísima Señora potestad real, participada del ser de Dios, con que sujetaba a los demonios y los enviaba repetidas veces a las cavernas infernales, como adelante diré (Cf. infra p.III n.447-455).

286. El segundo es zafiro. Esta piedra imita al color del cielo sereno y claro y señala unos como puntitos o átomos de oro refulgente, que significa la serenidad y tranquilidad que concedió el Altísimo a los dones y gracias de María santísima, para que siempre gozase, como cielo inmutable, de una paz serena y sin nubes de turbación, descubriéndose en este sereno unos visos de divinidad desde el instante de su Concepción inmaculada, así por la participación y similitud que tenían sus virtudes de los atributos divinos, en especial con el de la inmutabilidad, como porque muchas veces, siendo viadora, se le corrió la cortina y vio claramente a Dios; como adelante diré (Cf. infra n.623); concediéndola Su Majestad en este don singular privilegio y virtud para comunicar sosiego y serenidad de entendimiento a quien la pidiera por medio de su intercesión. Así la pidieran todos los católicos, a quienes las tormentas inquietas de los vicios tienen mareados y turbados, como la consiguieran.

287. El tercero es calcedonia. Toma el nombre esta piedra de la provincia donde se halla, que se llama Calcedonia. Es del color del carbunco, y de noche imita su resplandor al de una linterna. El misterio de esta piedra es manifestar el nombre de María santísima y su virtud. Le toma de esta provincia del mundo donde se halló, llamándose hija de Adán como los demás, y María, que mudado el acento en latín significa los mares; porque fue el océano de las gracias y dones de la divinidad. Y vino al mundo por medio de su concepción purísima, para anegarle e inundarle con ellas, absorbiendo la malicia del pecado y sus efectos, y desterrando las tinieblas del abismo con la luz de su espíritu iluminado con la lumbre de la sabiduría divina. La concedió el Altísimo, en correspondencia de este fundamento, especial virtud para que por medio de su nombre santísimo de María ahuyentase las espesas nubes de la infidelidad y destruyese los errores de las herejías, paganismo, idolatría, y todas las dudas de la fe Católica. Y si los infieles se convirtiesen a esta luz, invocándola, cierto es que muy presto sacudirían de sus entendimientos las tinieblas de sus errores y todos se anegarían en este mar por la virtud de lo alto, y para esto le fue concedida.

288. El cuarto fundamento es esmeralda, cuyo color verde y alegre, recrea la vista sin fatigarla, y declara misteriosísimamente la gracia que recibió María santísima en su concepción, para que siendo amabilísima y graciosa en los ojos de Dios y de las criaturas, sin ofender jamás su dulcísimo nombre y memoria, conservase en sí misma el verdor y fuerza de la santidad, virtudes y dones que recibiese y se le concediesen. Y le dio actualmente en esta

correspondencia el Altísimo, que pudiese distribuir este beneficio, comunicándole a sus fieles devotos que para conseguir la perseverancia y firmeza en la amistad de Dios y en las virtudes la llamaren.

289. El quinto es sardonio. Esta piedra es transparente y su color más imita al encarnado claro, aunque comprende parte de tres colores: abajo negro, en medio blanco y en lo alto nácar, y todo hace una variedad graciosa. El misterio de esta piedra y sus colores fue significar juntamente a la Madre y al Hijo santísimo que había de engendrar. Lo negro dice en María la parte inferior y terrena del cuerpo negrecido por la mortificación y trabajos que padeció, y lo mismo de su Hijo santísimo afeado por nuestras culpas (Is 53,2). Lo blanco dice la pureza del alma de la Madre Virgen, y la misma de Cristo, nuestro bien. Y lo encarnado declara en la humanidad la divinidad unida hipostáticamente, y en la Madre manifiesta el amor que de su Hijo santísimo participó, con todos los resplandores de la divinidad que se le comunicaron. Le fue concedido por este fundamento a la gran Reina del cielo, que por su intercesión y ruegos fuese eficaz con sus devotos el valor, suficiente para todos, de la encarnación y redención; y que a si mismo para conseguir este beneficio, les alcanzase devoción particular con los misterios y vida de Cristo Señor nuestro.

290. El sexto, sardio. Esta piedra también es transparente y, por lo que imita a la llama clara del fuego, fue símbolo del don que se le concedió a la Reina del cielo de arder su corazón en el divino amor incesantemente, como la llama del fuego, porque nunca hizo intervalo, ni se aplacó la llama de este incendio en su pecho; antes desde el instante de su concepción, donde y cuando se encendió este fuego, siempre creció más, y en el estado supremo que pudo caber en pura criatura, arde y arderá por todas las eternidades. Le fue concedido aquí a María santísima privilegio especial para dispensar con esta correspondencia el influjo del Espíritu Santo, y su amor y dones, a quien le pidere por ella.

291. El séptimo, crisolito. Esta piedra imita en su color al oro refulgente con alguna similitud de lumbre o fuego, y ésta se descubre más en la noche que en el día. Declara en María santísima el ardiente amor que tuvo a la Iglesia militante y a sus misterios y ley de gracia en especial. Y lució más este amor en la noche que cubrió la Iglesia con la muerte de su Hijo santísimo y en el magisterio que tuvo esta gran Reina en los principios de la ley evangélica y en el afecto con que pidió su establecimiento y de sus sacramentos; cooperando a todo como en sus lugares diré (Cf. infra p.III passim) con el ardentísimo amor que tuvo a la salud humana; y ella sola fue la que supo y pudo dignamente hacer el aprecio debido de la ley santísima de su Hijo. Con este amor fue prevenida y dotada, desde su Inmaculada Concepción, para coadjutora de Cristo nuestro Señor; y se le concedió especial privilegio para alcanzar gracia a quien la llamare, con que se dispongan para recibir los sacramentos de la santa Iglesia con fruto espiritual y no poner óbice en sus efectos.

292. *El octavo, berilo.* Este es de color verde y amarillo, pero más tiene de verde, con que imita y parece a la oliva, y resplandece brillantemente. Representa las singulares virtudes de fe y esperanza que fueron dadas a María santísima en su concepción, con especial claridad para que emprendiese y obrase cosas arduas y superiores, como en efecto las hizo por la gloria de su Hacedor. Le fue concedido con este don que diese a sus devotos esfuerzo de fortaleza y paciencia en las tribulaciones y dificultades de los trabajos, y que dispensase de aquellas virtudes y dones en virtud de la divina fidelidad y asistencia del Señor.

293. *El noveno, topacio.* Esta piedra es transparente, de color morado, y de valor y estima. Fue símbolo de la honestísima virginidad de María Señora nuestra junto con ser Madre del Verbo humanado, y todo fue para Su Alteza de grande y singular estimación, con humilde agradecimiento que le duró toda la vida. En el instante de su concepción pidió al Altísimo la virtud de la castidad, y se la ofreció para lo restante de ser viadora; y conoció entonces que le era concedida esta petición sobre sus votos y deseos; y no sólo para sí, sino que la concedió el Señor que fuese maestra y guía de las vírgenes y castas, y que por su intercesión alcanzasen estas virtudes sus devotos y la perseverancia en ellas.

294. *El décimo es crisoprasio,* cuyo color es verde; muestra algo de oro. Significa la muy firmísima esperanza que se le concedió a María santísima en su concepción, retocada con el amor de Dios que la realzaba. Y esta virtud fue inmóvil en nuestra Reina, como convenía para que a las demás comunicase este mismo efecto; porque su estabilidad se fundaba en la firmeza inmutable de su ánimo generoso y alto en todos los trabajos y ejercicios de su vida santísima, en especial en la muerte y pasión de su benditísimo Hijo. Se le concedió con este beneficio que fuese eficaz medianera con el Altísimo para alcanzar esta virtud de la firmeza en la esperanza para sus devotos.

295. *Decimoprimer, jacinto,* que muestra el color violado perfecto. Y en este fundamento se encierra el amor que tuvo María santísima, infuso en su concepción, de la redención del linaje humano, participado de antemano del que su

Hijo y nuestro Redentor había de tener para morir por los hombres. Y como de aquí se había de originar todo el remedio del pecado y justificación de las almas, se le concedió a esta gran Reina especial privilegio con este amor, que le duró desde aquel primer instante, para que por su intercesión ningún género de pecadores, por grandes y abominables que fuesen, si la llamasen de veras, fuesen excluidos del fruto de la redención y justificación, y que por esta poderosa Señora y Abogada alcanzasen la vida eterna.

296. *El decimosegundo, ametisto*, de color refulgente con visos violados. El misterio de esta piedra o fundamento corresponde en parte al primero; porque significa un género de virtud que se le concedió en su concepción a María santísima contra las potestades del infierno, para que sintiesen los demonios que salía de ella una fuerza, aunque no les mandase ni obrase contra ellos, que les afligía y atormentaba si querían acercarse a su persona. Y le fue concedido este privilegio como consiguiente al incomparable celo que esta Señora tenía que exaltar y defender la gloria de Dios y su honra. Y en virtud de este singular beneficio tiene María santísima particular potestad para expeler los demonios de los cuerpos humanos con la invocación de su dulcísimo nombre, tan poderoso contra estos espíritus malignos que en oyéndole quedan rendidas y quebrantadas sus fuerzas. Estos son en suma los misterios de los doce fundamentos sobre que edificó Dios su ciudad santa de María; y aunque contienen otros muchos misterios y sacramentos de los favores que recibió, que no puedo explicarlos, pero en el discurso de esta Historia se irán manifestando, como el Señor me diere luz y fuerzas para decirlo.

297. Prosigue y dice el evangelista que *las doce puertas son doce margaritas, por cada una puerta una margarita*. El número de tantas puertas de esta ciudad manifiesta que por María santísima, y por su inefable dignidad y merecimientos, se hizo tan feliz como franca la entrada para la vida eterna. Y era como debido y correspondiente a la excelencia de esta eminente Reina, que en ella y por ella se magnificase la misericordia infinita del Altísimo, abriéndose tantos caminos para comunicarse la divinidad, y para entrar a su participación todos los mortales por medio de María purísima, si quisieren entrar por sus méritos e intercesión poderosa. Pero el precio, grandiosidad, hermosura y belleza de estas doce puertas, que eran de margaritas o perlas, declara el valor de la dignidad y gracias de esta Emperatriz de las alturas y la suavidad de su nombre dulcísimo para atraer a Dios a los mortales. Conoció María santísima este beneficio del Señor, de que la hacía medianera única del linaje humano y dispensera de los tesoros de su divinidad por su Hijo unigénito. Y con este conocimiento supo la prudente y oficiosa Señora hacer tan preciosos y tan hermosos los merecimientos de sus obras y dignidad, que es asombro de los bienaventurados del cielo, y por eso fueron las puertas de esta ciudad preciosas margaritas para el Señor y los hombres.

298. En esta correspondencia dice que *la plaza de esta ciudad era oro purísimo como vidrio lucidísimo*. La plaza de esta ciudad de Dios, María santísima, es el interior, donde, como en plaza y lugar común, concurren todas las potencias y asiste el comercio y trato de la república del alma y todo lo que entra en ella por los sentidos o por otros caminos. Esta plaza en María santísima fue oro lucidísimo y purísimo, porque estaba como fabricada de sabiduría y amor divino. Nunca hubo allí tibieza, ni ignorancia o inadvertencia; todos sus pensamientos fueron altísimos, y sus afectos inflamados en inmensa caridad. Y en esta plaza se consultaron los misterios altísimos de la divinidad; allí se despachó aquel *fiat mihi* (Lc 1,38) etc., que dio principio a la mayor obra que Dios ha hecho ni hará jamás; allí se formaron y consultaron innumerables peticiones para el tribunal de Dios en favor del linaje humano; allí están depositadas las riquezas que bastan para sacar de pobreza a todo el mundo, si todos entraren al comercio de esta plaza. Y aun será también plaza de armas contra el demonio y todos los vicios; pues en el interior de María purísima estaban las gracias y virtudes que a ella la hicieron terrible contra el infierno, y a nosotros nos darían virtud y fuerzas para vencerle.

299. Dice más: *Que en la ciudad no hay templo, porque el Señor Dios omnipotente es su templo, y el Cordero*. El templo en las ciudades sirve para el culto y oración que damos a Dios, y fuera grande falta sien la ciudad de Dios no hubiera templo, cual a su grandeza y excelencia convenía. Pero en esta ciudad de María santísima hubo tan sagrado templo, que el mismo Dios omnipotente y el Cordero, que son la divinidad y humanidad de su Hijo unigénito, fueron templo suyo, porque en ella estuvieron como en su lugar legítimo y templo, donde fueron adorados y reverenciados en espíritu y verdad (Jn 4,23) más dignamente que en todos los templos del mundo. Fueron también templo de María purísima, porque ella estuvo comprendida y rodeada y como encerrada en la divinidad y humanidad, sirviéndola de su habitación y tabernáculo. Y como estando en él nunca cesó de adorar, dar culto y orar al mismo Dios y al Verbo humanado en sus entrañas, por eso estaba en Dios y en el Cordero como en templo, pues al templo no le conviene menos que la santidad continua en todos tiempos. Y para considerar esta divina Señora dignamente, siempre la debemos imaginar en la misma divinidad encerrada como en templo, y en su Hijo santísimo; y allí entenderemos qué

actos y operaciones de amor, adoración y reverencia haría; qué delicias sentiría con el mismo Señor y qué peticiones haría en aquel templo tan en favor del linaje humano; que como veía en Dios la necesidad grande de reparo que tenía, se encendía en su caridad, clamaba y pedía de lo íntimo del corazón por la salud de los mortales.

300. También dice el evangelista: *“Que la ciudad no ha menester sol ni luna que la den luz, porque la claridad de Dios la iluminó, y su lucerna es el Cordero.”* A la presencia de otra claridad mayor y más refulgente que la del sol y de la luna, no son éstas necesarias, como sucede en el cielo empíreo, que allí hay claridad de infinitos soles y no hace falta éste que nos alumbraba, aunque es tan resplandeciente y hermoso. En María santísima, nuestra Reina, no fue necesario otro sol ni luna de criaturas, para que la enseñasen o alumbrasen, porque sola sin ejemplo agradó y complació a Dios; ni tampoco su sabiduría, santidad y perfección de obrar pudo tener otro maestro y árbitro menos que al mismo sol de justicia y a su Hijo santísimo. Todas las demás criaturas fueron ignorantes para enseñarla a merecer ser Madre digna de su Criador; pero en esta misma escuela aprendió a ser humildísima y obedientísima entre los humildes y obedientes, pues no por ser enseñada del mismo Dios dejó de preguntar y obedecer hasta a los más inferiores en las cosas que convenía obedecerlos, antes, como discípula única del que enmienda a los sabios, aprendió esta divina filosofía de tal Maestro. Y salió tan sabia, que pudo decir el evangelista:

301. *“Y las gentes caminarán con su luz”*: porque si Cristo Señor nuestro llamó a los doctores y santos luces encendidas (Mt 5,14) y puestas sobre el candelero de la Iglesia para que la ilustrasen, y del resplandor y de la luz que han derramado los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires y Doctores, han llenado a la Iglesia Católica de tanta claridad que parece un cielo con muchos soles y lunas ¿qué se podrá decir de María santísima, cuya luz y resplandor excede incomparablemente a todos los maestros y doctores de la Iglesia y a los mismos ángeles del cielo? Si los mortales tuvieran claros ojos para ver estas luces de María santísima, ella sola bastaba para iluminar a todo hombre que viene al mundo (Jn 1,9) y encaminarlos por las sendas rectas de la eternidad. Y porque todos los que han llegado al conocimiento de Dios han caminado con la luz de esta ciudad santa, dice san Juan: *Que las gentes caminarán con su luz.* Y a esto se seguirá también:

302. *“Y los reyes de la tierra llevarán a ella su honor y su gloria.”* Muy felices serán los reyes y los príncipes que en sus personas y monarquías trabajaren con dichoso desvelo para cumplir esta profecía. Todos debían hacerlo; pero serán bienaventurados los que lo hicieren, convirtiéndose con afecto íntimo del corazón a María santísima, empleando la vida, la honra, las riquezas y grandeza de sus fuerzas y estados en la defensa de esta ciudad de Dios y en dilatar su gloria por el mundo y engrandecer su nombre por la Iglesia santa, y contra la osadía loca de los infieles y herejes. Con dolor íntimo me admiro de los príncipes católicos que no se desvelen para obligar a esta Señora e invocarla, para que en sus peligros, que en los príncipes son mayores, tengan su refugio y protección, intercesora y abogada. Y si los peligros son grandes en los reyes y potentados, acuérdense que no es menor su obligación de ser agradecidos, pues dice de sí misma esta divina Reina y Señora que por ella reinan los reyes y mandan los príncipes, y los grandes y poderosos administran justicia, ama a los que la aman y los que la ilustraren alcanzarán la vida eterna, porque obrando en ella no pecarán (Prov 8, 15ss (A.)).

303. No quiero ocultar la luz que muchas veces se me ha dado, y señaladamente en este lugar, para que la manifieste. En el Señor se me ha mostrado que todas las aflicciones de la Iglesia Católica, y los trabajos que padece el pueblo cristiano, siempre se han reparado por medio de la intercesión de María santísima; y que en el afligido siglo de los tiempos presentes, cuando la soberbia de los herejes tanto se levanta contra Dios y su Iglesia llorosa y afligida, sólo tienen un remedio tan lamentables miserias; y éste es convertirse los reinos y los reyes católicos a la Madre de la gracia y misericordia, María santísima, obligándola con algún singular servicio en que se acreciente y dilate su devoción y gloria por toda la redondez de la tierra, para que, inclinándose a nosotros, nos mire con misericordia. En primer lugar alcance gracia de su Hijo santísimo, con que se reformen los vicios tan desbocados como el enemigo común ha sembrado en el pueblo cristiano, y con su intercesión aplaque la ira del Señor que tan justamente nos castiga y amenaza con mayor azote y desdichas. De esta reformación y enmienda de nuestros pecados se seguirá en segundo lugar la victoria contra los infieles y extirpación de las falsas sectas que oprimen la Iglesia santa, porque María santísima es el cuchillo que las ha de extinguir y degollar en el mundo universo.

304. Hoy experimenta el mundo el daño de este olvido, y si los príncipes católicos no tienen prósperos sucesos en el gobierno de sus reinos, en su conservación y aumento de la fe Católica, en la expugnación de sus enemigos, en las victorias o guerras contra los infieles, todo sucede porque no atinan con este norte que los encamine, ni han puesto a

María por principio y fin inmediato de sus obras y pensamientos, olvidados que esta Reina anda en los caminos de la justicia para enseñarla y llevarlos por ella y enriquecer a los que la aman (Prov 8,21).

305. ¡Oh Príncipe y Cabeza de la santa Iglesia Católica y Prelados que también os llamáis príncipes de ella! ¡Oh católico Príncipe y Monarca de España! (Felipe IV, con quien la autora mantuvo correspondencia epistolar. Cf. la introducción a esta edición) a quien por obligación natural, por singular afecto y por orden del Altísimo enderezo esta humilde pero verdadera exhortación! arrojad vuestra corona y monarquía a los pies de esta Reina y Señora del cielo y de la tierra; buscad a la Restauradora de todo el linaje humano; acudid a la que con el poder divino es sobre todo el poder de los hombres y del infierno; convertid vuestros afectos a la que tiene en su mano las llaves de la voluntad y tesoros del Altísimo: llevad vuestra honra y gloria a esta ciudad santa de Dios, que no la quiere porque la ha menester para acrecentar la suya sino antes para mejorar y dilatar la vuestra; ofrecedle con vuestra piedad católica y de todo corazón algún obsequio grande y agradable, en cuya recompensa están librados infinitos bienes, la conversión de gentiles, la victoria contra herejes y paganos, la paz y tranquilidad de la Iglesia, nueva luz y auxilios para mejorar las costumbres y haceros rey grande y glorioso en esta vida y en la otra.

306. ¡Oh reino y monarquía de España Católica, y por esto dichosísima, si a la firmeza y celo de tu fe que sobre tus méritos has recibido de la omnipotente diestra, añadieses tú el temor santo de Dios, correspondiente a la profesión de esta fe, señalada entre las naciones de todo el orbe! ¡Oh, si para conseguir este fin y corona de tus felicidades, todos tus moradores se levantasen con ardiente fervor en la devoción de María santísima! ¡Cómo resplandecería tu gloria, cómo serías iluminada, cómo, amparada y defendida de esta Reina, y tus católicos reyes enriquecidos de tesoros de lo alto, y por su mano la suave ley del Evangelio propagada por todas las naciones! Advierte que esta gran Princesa honra a los que la honran, enriquece a los que la buscan, ilustra a los que la ilustran y. defiende a los que en ella esperan; y para hacer contigo estos oficios de madre singular y usar de nuevas misericordias, te aseguro que espera y desea que la obligues y solicites su maternal amor. Pero también advierte que Dios de nadie necesita (Sal 15,2) y es poderoso para hacer de piedras hijos de Abrahán (Lc 3,8) y si de tanto bien te haces indigna, puede reservar esta gloria para quien él fuere servido y menos lo desmereciere.

307. Y porque no ignores el servicio con que hoy se dará por obligada esta Reina y Señora de todos, entre muchos que te enseñará tu devoción y piedad, atiende al estado que tiene el misterio de su Inmaculada Concepción en toda la Iglesia y lo que falta para asegurar con firmeza los fundamentos de esta ciudad de Dios. Y nadie juzgue esta advertencia como de mujer flaca e ignorante, o nacida de particular devoción y amor a mi estado y profesión debajo de este nombre y religión de María sin pecado original, pues para mí me basta mi creencia y luz que en esta Historia he recibido; no es para mí esta exhortación, ni yo la diera por sólo mi juicio y dictamen; obedezco en ella al Señor que da lengua a los mudos, hace prestas las de los niños infantes (Sab 10 ,21). Y quien se admirare de esta liberal misericordia, advierta lo que de esta Señora añade el evangelista, diciendo:

308. *“Y sus puertas no estarán cerradas por el día, que allí no hay noche.”* Las puertas de la misericordia de María santísima nunca estuvieron ni están cerradas, ni hubo en ella noche de culpa, desde el instante primero de su ser y concepción, que cerrase las puertas de esta ciudad de Dios, como en los demás santos. Y como en un lugar donde las puertas están siempre patentes, salen y entran libremente todos los que quieren, a todos tiempos y horas, así a ninguno se le pone entredicho de los mortales para que entre con libertad al comercio de la divinidad por las puertas de la misericordia de María purísima, donde tiene estanco el tesoro del cielo, sin limitación de tiempo, lugar, edad, ni sexo. Todos han podido entrar desde su fundación; que para eso la fundó el Altísimo con tantas puertas, y éstas no cerradas, sino abiertas y francas, y a la luz; porque desde su concepción purísima comenzaron a salir misericordias y beneficios por estas puertas para todo el linaje humano. Pero no porque tiene tantas puertas para que salgan por ellas las riquezas de la divinidad, deja de estar segura de enemigos. y por eso añade el texto:

309. *“No entrará en ella cosa manchada, o que cometiére abominación y mentira, mas de aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero.”* Renovando el evangelista el privilegio de las inmunidades de esta ciudad de Dios, María, dio fin a este capítulo 21, asegurándonos que en ella no entró cosa manchada, porque se le dio alma y cuerpo inmaculados. Y no se pudiera decir que no había entrado en ella cosa sin mancha, si hubiera tenido la de la culpa original, pues aun por esta puerta no entran las manchas o máculas de los pecados actuales. Todo lo que entró en esta ciudad santa fue lo que estaba escrito en la vida del Cordero, porque de su Hijo santísimo se tomó el padrón y original para formarla, y de ningún otro se pudo copiar virtud alguna de María santísima, por pequeña que fuese, si en ella

podría haber alguna pequeña. Y si a esta puerta de María corresponde el ser ciudad de refugio para los mortales, es con condición que tampoco ha de tener parte ni entrada en ella el que cometiere abominación y mentira. Mas no por esto se despidan los manchados y pecadores hijos de Adán de llegar a las puertas de esta ciudad santa de Dios, que si llegan reconocidos y humillados a buscar la limpieza de la gracia, en estas puertas de la gran Reina la hallarán y no en otras. Limpia es, pura es, abundante es, y sobre todo es Madre de la misericordia, dulce, amorosa y poderosa para enriquecer nuestra pobreza y limpiar las máculas de todas nuestras culpas.

CAPITULO 19

[Regresar al Principio](#)

Doctrina que me dio la Reina en estos capítulos.

310. “Hija mía, grande enseñanza y luz encierran los misterios de estos capítulos, aunque en ellos has dejado de decir muchas cosas. Pero de todo lo que has entendido y escrito trabaja para que te aproveches y no recibas la luz de la gracia en vano (2 Cor 6,1). Y lo que brevemente quiero de ti que adviertas es que, por haber sido tú concebida en pecado, descendiente de tierra y con inclinaciones terrenas, no por eso desmayes en la batalla de las pasiones hasta vencerlas, y en ellas a tus enemigos, pues con las fuerzas de la gracia del Altísimo, que te ayudará, te puedes levantar sobre ti misma y hacerte descendiente del cielo, donde viene la gracia. Y para que lo consigas ha de ser tu continua habitación las alturas, estando tu mente fija en el conocimiento del ser inmutable y perfecciones de Dios, sin consentir que de allí te derribe la atención de otra cosa alguna, aunque sea de las cosas necesarias. Y con esta incesante memoria y vista interior de la grandeza de Dios estarás dispuesta en todo lo demás para obrar lo más perfecto de las virtudes, y te harás idónea para recibir el influjo del Espíritu Santo y sus dones, y llegar al estrecho vínculo de la amistad y comunicación con el Señor. Y para que no impidas en esto su voluntad santa, que muchas veces se te ha mostrado y manifestado, trabaja en mortificar la parte inferior de la criatura, donde viven las inclinaciones y pasiones siniestras. Muere a todo lo terreno, sacrifica en presencia del Altísimo todos tus apetitos sensitivos y ninguno cumplas, ni hagas tu voluntad sin obediencia, ni salgas del secreto de tu interior donde te ilustrará la lucerna del Cordero. Adórnate para entrar en el tálamo de tu Esposo y déjate componer, como lo hará la diestra del Todopoderoso, si tú concurre de tu parte y no le impides. Purifica tu alma con muchos actos de dolor de haberle ofendido y con ardentísimo amor le alaba y magnifica. Búscale y no sosiegues hasta hallar al que desea tu alma y no le dejes (Cant 3,4). Y quiero que vivas en esta peregrinación al modo de los que la han acabado, mirando sin cesar al objeto que los hace gloriosos. Esta ha de ser la regla de tu vida, para que con la luz de la fe y la claridad de Dios omnipotente, que te iluminará y llenará tu espíritu, le ames, adores y reverencies, sin hacer en esto intervalo alguno. Esta es la voluntad del Altísimo en ti; advierte lo que puedes granjear y también lo que puedes perder. No quieras por ti misma aventurarlo, pero sujeta tu voluntad y redúctete toda a la enseñanza de tu Esposo, a la mía y a la de la obediencia, con quien lo has de conferir todo.” -Esta fue la doctrina que me dio la Madre del Señor, a quien yo respondí llena de confusión, y la dije:

311. “Reina y Señora de todo lo criado, cuya soy y deseo serlo por todas las eternidades, yo alabo por todas ellas la omnipotencia del Altísimo, que tanto quiso engrandeceros. Pues tan próspera sois y tan poderosa con Su Alteza, yo, Señora mía, os suplico miréis con misericordia a esta vuestra sierva pobre y mísera; y con los dones que el Señor puso en vuestras manos para distribuirlos a los necesitados, reparad mi vileza y enriqueced mi desnuda pobreza y compeledme como Señora hasta que eficazmente quiera y obre lo más perfecto y halle gracia en los ojos de vuestro Hijo santísimo y mi Señor. Granjead para vos misma esta exaltación, de que la más inútil criatura sea levantada del polvo. En vuestras manos pongo mi suerte, queredla vos, Señora y Reina mía, con eficacia, que vuestro querer es santo y poderoso, por los méritos de vuestro Hijo santísimo y por la palabra de la beatísima Trinidad, que tiene empeñada a vuestra voluntad y peticiones, para admitirlas sin negar alguna. No puedo obligaros porque soy indigna, pero os represento, Señora mía, vuestra misma santidad y clemencia.”

CAPITULO 20

[Regresar al Principio](#)

De lo que sucedió en los nueve meses del embarazo de santa Ana, y lo que hizo María santísima en el vientre, y su madre en aquel tiempo.

312. Concebida María santísima sin pecado original, como queda dicho, con aquella primera visión que tuvo de la divinidad, quedó su espíritu todo absorto y llevado de aquel objeto de su amor, que comenzó en aquel estrecho tabernáculo del materno vientre en el instante que fue criada su alma dichosísima, para no interrumpirse jamás, antes para continuarle por toda la eternidad en la suma gloria de pura criatura, que goza en la diestra de su Hijo santísimo. Y para que en la contemplación y amor divino fuese creciendo, a más de las especies infusas que recibió de otras cosas criadas y de las que redundaron de la primera visión de la santísima Trinidad, con que ejercitó muchos actos de las virtudes que allí podía obrar, renovó el Señor la maravilla de aquella visión y manifestación abstractiva de su divinidad, concediéndosela otras dos veces; de suerte que se le manifestó la santísima Trinidad tres veces por este modo, antes de nacer al mundo: una en el instante que fue concebida, otra hacia la mitad de los nueve meses y la tercera el día antes que naciera. Y no se entienda que por no ser continuo este modo de visión, le faltó otro más inferior, aunque superiorísimo y muy alto, con que miraba por fe y especial ilustración el ser de Dios; que este modo de contemplación fue incesante y continuo en María santísima sobre toda la contemplación que tuvieron todos los santos juntos durante su peregrinaje terreno.

313. Pero aquella visión abstractiva de la divinidad, aunque no era ajena del estado de peregrina en la tierra, con todo eso era tan alta e inmediata a la visión intuitiva, que no debía ser continua en esta vida mortal para quien había de merecer la gloria intuitiva por otros actos; mas venía a ser sumo beneficio de la gracia para este intento, porque dejaba especies impresas del Señor en el alma y la levantaba, y absorbía toda la criatura en el incendio del amor divino. Estos afectos se renovaron con estas visiones en el alma santísima de María mientras estuvo en el vientre de santa Ana, donde sucedió que teniendo uso perfectísimo de razón, y ocupándose en continuas peticiones por el linaje humano, en actos heroicos de reverencia, adoración y amor de Dios y trato con los ángeles, no sintió el encerramiento de la natural y estrecha cárcel del vientre, ni le hizo falta el no usar de los sentidos, ni le fueron pesadas las pensiones naturales de aquel estado. A todo esto dejó de atender, con estar más en su amado que en el vientre de su madre y más que en sí misma.

314. La última de estas tres visiones que tuvo fue con nuevos y más admirables favores del Señor; porque la manifestó cómo era ya tiempo de salir a luz del mundo y conversación de los mortales. Y obedeciendo a la divina voluntad la Princesa del cielo, dijo al Señor: “Dios altísimo, dueño de todo mi ser, alma de mi vida y vida de mi alma, infinito en atributos y perfecciones, incomprendible, poderoso y rico en misericordias, Rey y Señor mío; de nada me habéis dado el ser que tengo; y sin haberlo podido merecer, me habéis enriquecido con los tesoros de vuestra divina gracia y luz, para que con ella conociera luego vuestro ser inmutable y perfecciones divinas y conociéndoos fuerais el primer objeto de mi vista y de mi amor, para no buscar otro bien fuera de vos, que sois el sumo y el verdadero, y todo mi consuelo. Me mandáis, Señor mío, que salga a usar de la luz material y conversación de las criaturas; y en vuestro mismo ser, donde todas las cosas se conocen como en clarísimo espejo, he visto el peligroso estado de la vida mortal y sus miserias. Si en ellas, por mi flaqueza y naturaleza débil, he de faltar sólo un punto a vuestro servicio y amor y allí he de morir, muera aquí ahora primero que pase a estado donde os pueda perder. Pero, Señor y dueño mío, si vuestra voluntad santa se ha de cumplir, remitiéndome al tempestuoso mar de este mundo, a vos, altísimo y poderoso bien de mi alma, suplico que gobernéis mi vida, enderecéis mis pasos y hagáis todas mis acciones a vuestro mayor agrado. Ordenad en mí la caridad (Cant 2,4) para que con el nuevo uso de las criaturas, con vos y con ellas se mejore. He conocido en vos la ingratitud de muchas almas y temo con razón que soy de su naturaleza si acaso yo cometeré la misma culpa. En esta caverna estrecha del vientre de mi madre he gozado de los espacios infinitos de vuestra divinidad, aquí poseo todo el bien, que sois vos, amado mío; y siendo ahora sólo vos mi parte (Sal 72,26) y posesión, no sé si fuera de este encerramiento la perderé a la vista de otra luz y uso de mis sentidos. Si posible fuera y conveniente renunciar el comercio de la vida que me aguarda, yo de mi voluntad lo negara todo y careciera de ella; pero no se haga mi voluntad sino la vuestra. Y pues así lo queréis, dadme vuestra bendición y beneplácito para nacer al mundo y no apartéis de mí en el siglo, donde me ponéis, vuestra divina protección.” Hecha esta oración por la dulcísima niña María, el Altísimo la dio su bendición, y la mandó, como con imperio, saliese a la luz material de este sol visible y la ilustró de lo que debía hacer en cumplimiento de sus deseos.

315. La felicísima madre santa Ana corría su embarazo toda espiritualizada con divinos efectos y suavidad que sentía en sus potencias; pero la divina Providencia, para mayor corona y seguridad de su próspera navegación de la Santa, ordenó que llevase algún lastre de trabajos, porque sin ellos no se logran harto los frutos de la gracia y del amor. Y para mejor entender lo que a esta santísima matrona sucedió, se debe advertir que el demonio, después que con sus malos ángeles fue derribado del cielo a las penas infernales, andaba siempre desvelado, atendiendo y acechando a

todas las mujeres más santas de la ley antigua, para reconocer si topaba con aquella cuya señal había visto y cuya planta le había de hollar y quebrantar la cabeza (Ap 12,1; Gen 3,15). Y era tan ardiente la indignación de Lucifer, que estas diligencias no las fiaba de solos a sus inferiores; pero ayudándose de ellos contra algunas mujeres virtuosas, él mismo por sí atendía y rodeaba a las que conocía se señalaban más en ellas las virtudes y la gracia del Altísimo.

316. Con esta malignidad y astucia advirtió mucho en la extremada santidad de la gran matrona Ana y en todo lo que alcanzaba de cuanto en ella iba sucediendo; y aunque no pudo conocer el valor del tesoro que su dichoso vientre encerraba, porque el Señor le ocultaba este y otros misterios, pero sentía contra sí una gran fuerza y virtud que redundaba de santa Ana; y el no poder penetrar la causa de aquella poderosa eficacia, le traía a tiempos muy turbado y zozobrado en su mismo furor. Otras veces se quietaba un poco, juzgando que aquel embarazo era, por el mismo orden y causas naturales que los demás y que no había en él cosa nueva que temer; porque le dejaba el Señor alucinarse en su misma ignorancia y andarse mareando en las olas soberbias de su propia indignación. Pero con todo esto se escandalizaba su perversísimo espíritu de ver tanta quietud en el embarazo de santa Ana y tal vez se le manifestaba que la asistían muchos ángeles; y sobre todo le despechaba el sentirse flaco en fuerzas para resistir a la que salía de la bienaventurada santa Ana; y dio en sospechar que no era sola ella quien la causaba.

317. Turbado el dragón con estos recelos, determinó quitar la vida si pudiera a la dichosísima Ana; y si no podía conseguirlo, procurar a lo menos que tuviese mal gozo de su embarazo: porque era tan desmedida la soberbia de Lucifer, que se persuadía podría vencer o quitar la vida, si no se le ocultaba, a la que fuese Madre del Verbo humanado, y al mismo Mesías reparador del mundo. Y esta suma arrogancia fundaba en que su naturaleza de ángel era superior en condición y fuerzas a la naturaleza humana; como si a una y a otra no fuera superior la gracia, y entrambos no estuvieran subordinadas a la voluntad de su Criador. Con esta audacia se animó a tentar a santa Ana con muchas sugerencias, espantos, sobresaltos y desconfianzas de la verdad de su embarazo, representándole su larga edad y tardanza. Y todo esto hacía el demonio para explorar la virtud de la santa y ver si el efecto de estas sugerencias abría algún portillo por donde él pudiese entrar a saltarle la voluntad con algún consentimiento.

318. Pero la invicta matrona resistió estos golpes varonilmente, con humilde fortaleza, paciencia, continua oración y viva fe en el Señor, con que desvanecía las marañas fabulosas del dragón y todas redundaban en mayores aumentos de la gracia y protección divina; porque a más de los grandes merecimientos que la santa madre acumulaba, la defendían los príncipes, que guardaban a su Hija santísima, y arrojaban a los demonios de su presencia. Mas no por esto desistió la insaciable malicia de este enemigo; y como su arrogancia y su soberbia excede a su fortaleza, procuró valerse de medios humanos; porque con tales instrumentos se promete siempre mayores victorias. Y habiendo procurado primero derribar la casa de san Joaquín y santa Ana, para que con el susto se alterase y moviese, como no lo pudo conseguir, porque los ángeles santos le resistieron, irritó a unas mujercillas flacas, conocidas de santa Ana, para que riñesen con ella, como lo hicieron con grande ira, injuriándola con palabras muy desmedidas de ultraje; y entre ellas hicieron gran mofa de su embarazo, diciéndola que era embuste del demonio salir con aquello al cabo de tantos años y vejez.

319. No se turbó santa Ana con esta tentación, antes con toda mansedumbre y caridad sufrió las injurias y acarició a quien se las hacía; y desde entonces miró a aquellas mujeres con más afecto y les hizo mayores beneficios. Pero no luego se les templó la ira, por haberlas poseído el demonio para encenderlas en odio de la santa; y como entregándosele una vez a este cruel tirano, cobra más fuerzas para traer a su mandado a quien se le sujeta, incitó aquellos ruines instrumentos para que intentasen alguna venganza en la persona y vida de santa Ana; mas no pudieron ejecutarlo, porque la virtud divina hizo más débiles e ineptas las flacas fuerzas de aquellas mujeres y nada pudieron obrar contra la santa, antes ella las venció con amonestaciones y las redujo con sus oraciones a conocimiento y enmienda de sus vidas.

320. Con esto quedó vencido el dragón, pero no rendido, porque luego se valió de una criada que servía a los santos casados y la irritó contra santa Ana; de suerte que ésta fue peor que las otras mujeres, porque era enemigo doméstico, y por esto más pertinaz y peligroso. No me detengo en referir lo que intentó el enemigo por medio de esta criada, porque fue lo mismo que por las otras mujeres, aunque con mayor molestia y riesgo de la santa matrona; pero con el favor divino alcanzó victoria de esta tentación más gloriosamente que de las otras; porque no dormitaba la guarda de Israel que guardaba a su ciudad santa (Sal 120,4) y la tenía guarnecida con tantas centinelas, los más esforzados de su milicia, que ahuyentaron a Lucifer y sus ministros para que no molestasen más a la dichosa madre, que aguardaba ya el parto felicísimo de la Princesa del cielo, y se había dispuesto para él con los actos heroicos de las virtudes y merecimientos

adquiridos en estas peleas, y se acercaba el fin deseado. Y yo deseo también el de estos capítulos para oír la saludable doctrina de mi Señora y Maestra; que si bien me administra todo lo que escribo, pero lo que a mí me está mejor es su maternal amonestación, y así la aguardo con sumo gozo y júbilo de mi espíritu.

321. Hablad, pues, Señora, que vuestra sierva oye. Y si me dais licencia, aunque soy polvo y ceniza, preguntaré una duda que en este capítulo se me ha ofrecido, pues en todas me remito a vuestra dignación de Madre, de Maestra y Dueña mía. La duda en que me hallo es ésta: ¿cómo, habiendo sido vos Señora de todo lo criado, concebida sin pecado y con tan alta noticia de todas las cosas en la visión de la divinidad que vuestra alma santísima tuvo, se compadecía con esta gracia el temor y ansias tan grandes que teníais de no perder la amistad de Dios y no ofenderle? Si al primer paso e instante de vuestro ser os previno la gracia, ¿cómo en habiendo comenzado a ser temíais perderla? Y si el Altísimo os eximió de la culpa, ¿cómo podíais caer en otras y ofender a quien os guardó de la primera?

Doctrina y respuesta de la Reina del cielo.

322. “Hija mía, oye la respuesta de tu duda. Cuando en la visión que tuve de la divinidad en el primer instante hubiera conocido mi inocencia y que estaba concebida sin pecado, son de tal condición estos beneficios y dones de la mano del Altísimo, que cuanto más aseguran y se conocen tanto mayor cuidado y atención despiertan para conservarlos y no ofender a su Autor, que por sola su bondad los comunica a la criatura; y traen consigo tanta luz de que se derivan de la virtud sola de lo alto y por los méritos de mi Hijo santísimo, sin conocer la criatura más que su indignidad e insuficiencia, que con esto entiende muy claro recibe lo que no merece, y que siendo ajeno no debe ni puede apropiárselo a sí misma. Y conociendo que hay dueño y causa tan superior que, como de liberalidad lo concede, puede asimismo quitárselo y dar a quien fuere servido, de aquí nace forzosamente la solicitud y cuidado de no perder lo que se tiene de gracia, antes obrar con diligencia para conservarlo y aumentar el talento (Mt 25,16ss) pues se conoce ser este sólo el medio para no perder lo que tenemos en depósito, y que se le da a la criatura para que vuelva el retorno y trabaje en la gloria de su Hacedor; y el cuidar de este fin es precisa condición para conservar los beneficios de la gracia recibida.

323. “A más de esto se conoce allí la fragilidad de la humana naturaleza y su libre voluntad para el bien y el mal. Y este conocimiento no me le quitó el Altísimo, ni le quita a nadie cuando es viador (criatura racional que está en esta vida y camina hacia la eternidad); antes le deja a todos como conviene para que a su vista se arraigue el temor santo de no caer en culpa, aunque sea pequeña. Y en mí fue mayor esta luz; porque conocí que una pequeña falta dispone para otra mayor y la segunda es castigo de la primera. Verdad es que por los beneficios y gracias que había obrado el Señor en mi alma, no era posible caer en pecado con ellas; pero de tal suerte dispuso su providencia este beneficio, que me ocultó la seguridad absoluta de no pecar; y conocía que por mí sola era posible caer y sólo pendía de la divina voluntad el no hacerlo; y así reservó para sí el conocimiento y mi seguridad y a mí me dejó el cuidado y santo temor de no pecar como viadora; y desde mi concepción hasta la muerte no le perdí, mas antes creció en mí con la vida.

324. “El Altísimo también me dio discreción y humildad para que no preguntase ni examinase este misterio, y sólo atendía a fiar de su bondad y amor que me asistiría para no pecar. Y de aquí resultaban dos efectos necesarios en la vida cristiana: el uno tener quietud en el alma, el otro no perder el temor y desvelo de guardar mi tesoro; y como éste era temor filial, no disminuía el amor, antes le encendía más y acrecentaba. Y estos dos efectos de amor y temor hacían en mi alma una consonancia divina para ordenar todas mis acciones en alejarme del mal y unirme con el sumo bien.

325. “Amiga mía, este es el mayor examen de las cosas del espíritu: que vengan con verdadera luz y sana doctrina, que enseñen la mayor perfección de las virtudes y con gran fuerza muevan para buscarla. Esta condición tiene los beneficios que descenden del Padre de las lumbres, que aseguran humillando y humillan sin desconfianza, y dan confianza con solicitud y desvelo y solicitud con sosiego y paz, para que estos afectos no se impidan en el cumplimiento de la voluntad divina. Y tú, alma, ofrece humilde y fervorosa agradecimiento al Señor, porque ha sido tan liberal contigo, habiéndole obligado tan poco, y te ha ilustrado con su divina luz y franqueado el archivo de sus secretos y te previno con el temor de su desgracia. Pero usa de él con medida y excede más en el amor; y con estas dos alas te levanta sobre todo lo terreno y sobre ti misma. Procura deponer luego cualquiera desordenado afecto que te mueva temor excesivo; y deja tu causa al Señor y la suya toma por cosa propia. Teme hasta que seas purificada y limpia de tus culpas e ignorancias: y ama al Señor hasta que seas toda transformada en él y en todo le hagas dueño y árbitro de tus acciones, sin que tú lo seas de ninguna. No fíes de tu propio juicio, ni seas sabia contigo misma (Prov 3,7)

porque al dictamen propio le ciegan fácilmente las pasiones y le llevan tras de sí, y él con ellas arrebatan la voluntad; con que se viene a temer lo que no se debía temer y a dilatarse en lo que no le conviene. Asegúrate de suerte que no te dilates con liviano gusto interior; duda y teme hasta que con quietud solícita halles el medio conveniente en todo; y siempre le hallarás si te sujetas a la obediencia de tus preladados y a lo que el Altísimo en ti obrare y te enseñare. Y aunque los efectos sean buenos en el fin que se desea, todos se han de registrar con la obediencia y consejo, porque sin esta dirección suelen salir monstruos y sin provecho. En todo serás atenta a lo más santo y perfecto.”

CAPITULO 21

[Regresar al Principio](#)

Del nacimiento dichoso de María santísima y Señora nuestra; los favores que luego recibió de mano del Altísimo; y como la pusieron el nombre en el cielo y tierra.

326. Llegó el día alegre para el mundo del parto felicísimo de santa Ana y nacimiento de la que venía a él santificada y consagrada para Madre del mismo Dios. Sucedió este parto a los ocho días de septiembre, cumplidos nueve meses enteros después de la concepción del alma santísima de nuestra Reina y Señora. Fue prevenida su madre Ana con ilustración interior, en que el Señor le dio aviso cómo llegaba la hora de su parto. Y llena de gozo del divino Espíritu atendió a su voz; y postrada en oración pidió al Señor la asistiese su gracia y protección para el buen suceso de su parto. Sintió luego un movimiento en el vientre, que es el natural de las criaturas para salir a luz; y la más que dichosa niña María al mismo tiempo fue arrebatada por providencia y virtud divina en un éxtasis altísimo, en el cual absorta y abstraída de todas las operaciones sensitivas nació al mundo sin percibirlo por el sentido; como pudiera conocerlo por ellos, si junto con el uso de razón que tenía, los dejara obrar naturalmente en aquella hora; pero el poder del Muy Alto lo dispuso en esta forma, para que la Princesa del cielo no sintiese lo natural de aquel suceso del parto.

327. Nació pura, limpia, hermosa y llena toda de gracias, publicando en ellas que venía libre de la ley y tributo del pecado; y aunque nació como los demás hijos de Adán en la sustancia, pero con tales condiciones y accidentes de gracias, que hicieron este nacimiento milagroso y admirable para toda la naturaleza y alabanza eterna del Autor. Salió, pues, este divino lucero al mundo a las doce horas de la noche, comenzando a dividir la de la antigua ley y primeras tinieblas del día nuevo de la gracia, que ya quería amanecer. La envolvieron en paños y fue puesta y aliñada como los demás niños la que tenía su mente en la divinidad, y tratada como párvula la que en sabiduría excedía a los mortales y a los mismos ángeles. No consintió su madre que por otras manos fuese tratada entonces, antes ella por las suyas la envolvió en las mantillas, sin embarazarle el sobrepardo; porque fue libre de las pensiones excesivas que tienen de ordinario las otras madres de sus partos.

328. Recibió santa Ana en sus manos a la que, siendo hija suya, era juntamente el tesoro mayor del cielo y tierra en pura criatura, sólo a Dios inferior y superior a todo lo criado; y con fervor y lágrimas la ofreció a Su Majestad, diciendo en su interior: Señor de infinita sabiduría y poder, Criador de todo cuanto tiene ser; el fruto de mi vientre, que de vuestra bondad he recibido, os ofrezco con eterno agradecimiento de que me le habéis dado, sin poderlo yo merecer. De hija y madre haced a vuestra voluntad santísima, y mirad nuestra pequeñez desde lo alto de vuestra silla y grandeza. Eternamente seáis bendito, porque habéis enriquecido al mundo con criatura tan agradable a vuestro beneplácito y porque en ella habéis preparado la morada y tabernáculo (Sab 9,8) para que viva el Verbo eterno. A mis santos padres y profetas doy la enhorabuena, y en ellos a todo el linaje humano, por la segura prenda que les dais de su redención. Pero ¿cómo trataré yo a la que me dais por hija, no mereciendo ser su sierva? ¿Cómo tocaré la verdadera arca del testamento? Dadme, Señor y Rey mío, la luz que necesito para saber vuestra voluntad, y ejecutarla en agrado vuestro y servicio de mi hija.

329. Respondió el Señor a la santa matrona en su interior, que tratase a la divina niña como madre a su hija en lo exterior, sin mostrarle reverencia, pero que se la tuviese en lo interior; y que en su crianza cumpliera con las leyes de verdadera madre, cuidando de su hija con solicitud y amor. Todo lo cumplió así la feliz madre; y usando de este derecho y licencia, sin perder la reverencia debida, se regalaba con su Hija santísima, tratándola y acariciándola como lo hacen las otras madres con las suyas, pero con el aprecio y atención digna de tan oculto y divino sacramento como entre hija y madre se encerraba. Los ángeles de guarda de la dulce niña con otra gran multitud la adoraron y reverenciaron en los brazos de su madre y la hicieron música celestial, oyendo algo de ella la dichosa Ana; y los mil

ángeles señalados para la custodia de la gran Reina se le ofrecieron y se dedicaron para su ministerio; y fue esta la primera vez que la divina Señora los vio en forma corpórea con las divisas y hábito que diré en otro capítulo (Cf. *infra* n.361ss); y la niña les pidió que alabasen al Altísimo con ella y en su nombre.

330. Al punto que nació nuestra Princesa María, envió el Altísimo al santo arcángel Gabriel para que evangelizase a los santos padres del limbo esta nueva tan alegre para ellos; y el embajador celestial bajó luego, ilustrando aquella profunda caverna y alegrando a los justos que en ella estaban detenidos. Les anunció cómo ya comenzaba a amanecer el día de la felicidad eterna y reparación del linaje humano, tan deseado y esperado de los santos y prenunciado de los profetas, porque ya era nacida la que sería Madre del Mesías prometido; y que verían luego la salud y la gloria del Altísimo. Y dioles noticia el santo Príncipe de las excelencias de María santísima y de lo que la mano del Omnipotente había comenzado a obrar en ella, para que conocieran mejor el dichoso principio del misterio que daría fin a su prolongada prisión; con que se alegraron en espíritu todos aquellos padres y profetas, y los demás justos que estaban en el limbo, y con nuevos cánticos alabaron al Señor por este beneficio.

331. Habiendo sucedido en breve tiempo todo lo que he dicho en que nuestra Reina vio la luz del sol material, conoció con los sentidos a sus padres naturales y otras criaturas, que fue el primer paso de su vida en el mundo en naciendo. El brazo poderoso del Altísimo comenzó a obrar en ella nuevas maravillas sobre todo el pensamiento de los hombres; y la primera y estupenda fue enviar innumerables ángeles para que a la electa para Madre del Verbo eterno la llevasen al cielo empíreo en alma y cuerpo (Cf. *infra* n.339-344) para lo que el Señor disponía. Cumplieron este mandato los santos príncipes y, recibiendo a la niña María de los brazos de su madre santa Ana, ordenaron una nueva y solemne procesión, llevando con cánticos de incomparable júbilo a la verdadera arca del Nuevo Testamento, para que por algún espacio estuviese, no en casa de Obbedon, mas en templo del sumo Rey de los reyes y Señor de los señores, donde después había de ser colocada eternamente. Y este fue el segundo paso que dio María santísima en su vida, desde el mundo al supremo cielo.

332. ¿Quién podrá dignamente engrandecer este maravilloso prodigio de la diestra del Omnipotente? ¿Quién dirá el gozo y admiración de los espíritus celestiales, cuando miraban aquella tan nueva maravilla entre las obras del Altísimo y con nuevos cánticos la celebraban? Allí reconocieron y reverenciaron a su Reina y Señora escogida para Madre del que había de ser su cabeza, y que era la causa de la gracia y de la gloria que poseían, pues él se la había granjeado con sus méritos previstos en la divina aceptación. Pero ¿qué lengua o qué pensamiento de los mortales puede entrar en el secreto del corazón de aquella niña tan tierna en el suceso y efectos de tan peregrino favor? Lo dejo a la piedad católica, y mucho más a los que en el Señor lo conocerán, y nosotros cuando por su misericordia infinita llegaremos a gozarle cara a cara.

333. Entró la niña María en manos de los ángeles en el cielo empíreo y, postrada con el afecto en la presencia del trono real del Altísimo, sucedió allí a nuestro entender la verdad de lo que antes se hizo en figura, cuando entrando Betsabé en presencia de su hijo Salomón, que desde su trono juzgaba al pueblo de Israel, se levantó de él y recibiendo a su madre la magnificó y honró, dándole asiento de reina a su lado (3 Re 2,19). Lo mismo hizo y más gloriosa y admirablemente la persona del Verbo eterno con la niña María que para Madre había escogido, recibéndola en su trono y dándole a su lado la posesión de Madre suya y Reina de todo lo criado, aunque se hacía ignorando ella la dignidad propia y el fin de tan inefables misterios y favores; mas para recibirlos fueron sus flacas fuerzas confortadas con la virtud divina. Se le dieron nuevas gracias y dones con que sus potencias respectivamente fueron elevadas; y las interiores, sobre nueva gracia y luz con que fueron preparadas, las elevó y proporcionó Dios con el objeto que se le había de manifestar; y dando el lumen necesario desplegó su divinidad y se la manifestó intuitiva y claramente en grado altísimo; siendo esta vez la primera que aquella alma santísima de María vio a la beatísima Trinidad con visión clara y beatífica.

334. De la gloria que en esta visión tuvo la niña María, de los sacramentos que le fueron revelados de nuevo, de los efectos que redundaron en su alma purísima, sólo fue testigo el Autor de tan inaudito milagro, y la admiración de los ángeles que en él mismo conocían algo de este misterio. Pero estando la Reina a la diestra del Señor que había de ser su Hijo, y viéndole cara a cara, pidió más dichosamente que Betsabé que diese la intacta *Sunamitis Abisag* (3 Re 2,21) que era su inaccesible divinidad, a la humana naturaleza su propia hermana, y cumplierse la palabra bajando del cielo al mundo y celebrando el matrimonio de la unión hipostática en la persona del Verbo, pues tantas veces la había empeñado con los hombres por medio de los patriarcas y profetas antiguos; le pidió acelerase el remedio del linaje

humano que por tantos siglos le aguardaba, multiplicándose los pecados y pérdidas de las almas. Oyó el Altísimo esta petición de tanto agrado y prometió a su Madre, mejor que Salomón a la suya, que luego desempeñaría sus promesas y bajaría al mundo tomando carne humana para redimirle.

335. Se determinó en aquel consistorio y tribunal divino de la santísima Trinidad de dar nombre a la niña Reina; y como ninguno es legítimo y propio sino el que se pone en el ser inmutable de Dios, que es donde con equidad, peso, medida e infinita sabiduría se dispensan y ordenan todas las cosas, quiso Su Majestad ponérsele y dársele por sí mismo en el cielo; donde manifestó a los espíritus angélicos, que las tres divinas personas habían decretado y formado los dulcísimos nombres de Jesús y María, para Hijo y Madre de *ab initio ante saecula*, y que en todas las eternidades se habían complacido con ellos y los tenido grabados en su memoria eterna y presentes en todas las cosas que habían dado ser, porque para su servicio las criaban. Y conociendo estos y otros muchos misterios los santos ángeles, oyeron una voz del trono que decía en persona del Padre eterno: “María se ha de llamar nuestra electa, y este nombre ha de ser maravilloso y magnífico; los que le invocaren con afecto devoto recibirán copiosísimas gracias; los que le estimaren y pronunciaren con reverencia serán consolados y vivificados; y todos hallarán en él remedio de sus dolencias, tesoros con que enriquecerse, luz para que los encamine a la vida eterna. Será terrible contra el infierno, quebrantará la cabeza de la serpiente y alcanzará insignes victorias de los príncipes de tinieblas.” Mandó el Señor a los espíritus angélicos que evangelizasen este dichoso nombre a santa Ana, para que en la tierra se obrase lo que se había confirmado en el cielo. La niña divina, postrada con el afecto ante el trono, rindió agradecidas y humildes gracias al ser eterno y con admirables y dulcísimos cánticos recibió el nombre. Y si se hubieran de escribir las prerrogativas y gracias que le concedieron, fuera menester libro aparte de mayores volúmenes. Los santos ángeles adoraron y reconocieron de nuevo en el trono del Altísimo a María santísima por Madre del Verbo futura y por su Reina y Señora; y veneraron el nombre, postrándose a la pronunciación que de él hizo la voz del eterno Padre que salía del trono, y particularmente los que le tenían por divisa en el pecho; y todos dieron cánticos de alabanza por tan grandes y ocultos misterios; ignorando siempre la niña Reina la causa de todo lo que conocía, porque no se le manifestó la dignidad de Madre del Verbo humanado hasta el tiempo de la encarnación. Y con el mismo júbilo y reverencia la volvieron a poner en los brazos de santa Ana, a quien se le ocultó también este suceso y la falta o ausencia de su hija; porque en su lugar suplió uno de los ángeles de guarda, tomando cuerpo aéreo para este efecto; y a más de esto, mucho tiempo, mientras la niña divina estuvo en el cielo empíreo, tuvo su madre Ana un éxtasis de altísima contemplación y en él, aunque ignoraba lo que se hacía en su niña, le fueron manifestados grandes misterios de la dignidad de Madre de Dios, para que era escogida; y la prudente matrona los guardó siempre en su pecho, confiriéndolos para lo que debía obrar con ella.”

336. A los ocho días del nacimiento de la gran Reina, descendieron de las alturas multitud de ángeles hermosísimos y rozagantes; y traían un escudo en que venía grabado brillante y resplandeciente el nombre de María; y manifestándose todos a la dichosa madre Ana, la dijeron que el nombre de su hija era el que llevaban allí de María; que la divina providencia se le había dado y ordenaba que se le pusiesen luego ella y Joaquín. Le llamó la santa, y confirieron la voluntad de Dios para dar nombre a su hija; y el más que dichoso padre recibió el nombre con júbilo y devoto afecto. Determinaron convocar a los parientes y a un sacerdote, y con mucha solemnidad y convite suntuoso pusieron María a la recién nacida; y los ángeles lo celebraron con dulcísima y grandiosa música, y solas la oyeron madre e Hija santísima; con que quedó nuestra Princesa con nombre, dándosele la santísima Trinidad en el cielo el día que nació y en la tierra a los ocho días; se escribió en el arancel de los demás, cuando salió su madre al templo a cumplir la ley, como se dirá (Cf. infra n.345-360). Este fue el nuevo parto que hasta entonces ni el mundo le había visto, ni en pura criatura pudo haber otro semejante. Este fue el nacimiento más dichoso que pudo conocer la naturaleza, pues ya tuvo una infanta cuya vida de un día no sólo fue limpia de las inmundicias del pecado, pero más pura y santa que los supremos serafines. El nacimiento de Moisés fue celebrado por la belleza y elegancia del niño (Ex 2,2); pero toda era aparente y corruptible. ¡Oh cuán hermosa es nuestra gran niña! ¡Oh cuán hermosa! Toda es hermosa y suavísima en sus delicias (Cant 7,6) porque tiene todas las gracias y hermosuras, sin que le falte alguna. Fue la risa (Gen 21,6) y alegría de la casa de Abrahán el nacimiento de Isaac prometido y concebido de madre estéril; pero no tuvo este parto mayor grandeza que la participada y derivada de nuestra niña Reina, a quien se encaminaba toda aquella tan deseada alegría; y si aquel parto fue admirable y de tanto gozo para la familia del Patriarca, porque era como exordio del nacimiento de María dulcísima, en éste se deben alegrar el cielo y tierra, pues nace la que ha de restaurar la ruina del cielo y santificar el mundo. Cuando nació Noé (Gen 5,29) se consoló Lamec su padre, porque aquel hijo sería en cuya cabeza aseguraba Dios la conservación del linaje humano por el arca y la restauración de sus bendiciones, desmerecidas por los pecados de los hombres; pero todo esto se hizo porque naciese al mundo esta niña, que había de ser verdadera Reparadora, siendo

juntamente el arca mística que conservó al nuevo y verdadero Noé, y le trajo del cielo para llenar de bendiciones a todos los moradores de la tierra. ¡Oh dichoso parto! ¡Oh alegre nacimiento, que eres el mayor beneplácito de todos los siglos pasados para la beatísima Trinidad, gozo para los ángeles, refrigerio de los pecadores, alegría de los justos y singular consuelo para los santos que te aguardaban en el limbo!

337. ¡Oh preciosa y rica margarita, que saliste al sol encerrada en la grosera concha de este mundo! ¡Oh niña grande, que si apenas te divisan a la luz material los ojos terrenos, pero en los del supremo Rey y sus cortesanos excedes en dignidad y grandeza a todo lo que no es el mismo Dios! Todas las generaciones te bendigan; todas las naciones reconozcan y alaben tu gracia y hermosura; la tierra sea ilustrada con este nacimiento; los mortales se letifiquen porque les nació su Reparadora, que llenará el vacío que originó y en que los dejó el primer pecado. Bendita y engrandecida sea vuestra dignación conmigo, que soy el más abatido polvo y ceniza. Y si me dais licencia, Señora mía, para que hable en vuestra presencia, preguntaré una duda que se me ha ofrecido en este misterio de vuestro admirable y santo nacimiento, sobre lo que hizo el Altísimo con vos en la hora que os puso en esta luz material del sol.

338. La duda es: ¿cómo se entenderá que por mano de los santos ángeles fuisteis llevada en cuerpo hasta el cielo empíreo y vista de la divinidad? Pues según la doctrina de la santa Iglesia y sus doctores, estuvo cerrado el cielo, y como entredicho para los hombres, hasta que vuestro Hijo santísimo le abrió con su vida y muerte y como Redentor y cabeza entró en él cuando resucitado subió el día de su admirable ascensión, siendo el primero para quien se abrieron aquellas puertas eternas que por el pecado estaban cerradas.

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo.

339. “Carísima hija mía, verdad es que la divina justicia cerró a los mortales el cielo por el primer pecado, hasta que mi Hijo santísimo le abrió, satisfaciendo con su vida y muerte sobreabundantemente por los hombres. Y así fue conveniente y justo que el mismo Reparador, que como cabeza había unido a sí mismo los miembros redimidos y les abría el cielo, entrase en él primero que los demás hijos de Adán. Y si él no hubiera pecado, no fuera necesario guardar este orden para que los hombres subieran a gozar de la divinidad en el cielo empíreo; pero vista la caída del linaje humano, determinó la beatísima Trinidad lo que ahora se ejecuta y cumple. Y este gran misterio fue el que encerró David en el salmo 23, cuando, hablando con los espíritus del cielo, dijo dos veces: *Abrid, príncipes, vuestras puertas, y levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria* (Sal 23,7,9). Dijo a los ángeles que eran puertas suyas porque sólo para ellos estaban abiertas, y para los hombres mortales estaban cerradas. Y aunque no ignoraban aquellos cortesanos del cielo que el Verbo humanado les había ya quitado los candados y cerraduras de la culpa, y que subía rico y glorioso con los despojos de la muerte y del pecado, estrenando el fruto de su pasión en la gloria de los santos padres del limbo que llevaba en su compañía; con eso se introducen los santos ángeles, como admirados y suspensos de esta maravillosa novedad, preguntando: *¿Quién es este Rey de la gloria* (Sal 23,8), siendo hombre y de la naturaleza de aquel que perdió para sí y para todo su linaje el derecho de subir al cielo?

340. “A la duda se responden ellos mismos, diciendo que *es el Señor fuerte y poderoso en la batalla y el Señor de las virtudes, Rey de la gloria* (Ib). Que fue como darse ya por entendidos de que aquel hombre que venía del mundo para abrir las puertas eternas, no era sólo hombre ni estaba comprendido en la ley del pecado, antes era hombre y Dios verdadero, que fuerte y poderoso en la batalla había vencido al fuerte armado (Lc 11,22) que reinaba en el mundo y le había despojado de su reino y de sus armas. Y era el *Señor de las virtudes*, porque las había obrado como Señor de ellas, con imperio y sin contradicción del pecado y sus efectos. Y como Señor de la virtud y Rey de la gloria, venía triunfante y distribuyendo virtudes y gloria a sus redimidos, por quien en cuanto hombre había padecido y muerto y en cuanto Dios los levantaba a la eternidad de la visión beatífica, habiendo roto las eternas cerraduras e impedimentos que les había puesto el pecado.

341. “Esto fue, alma, lo que hizo mi Hijo querido, Dios y hombre verdadero, y como Señor de las virtudes y gracias me levantó y adornó con ellas desde el primer instante de mi Inmaculada Concepción; y como no me tocó el óbice del primer pecado, no tuve el impedimento que los demás mortales para entrar por aquellas puertas eternas del cielo; antes el brazo poderoso de mi Hijo hizo conmigo como con Señora de las virtudes y Reina del cielo. Y porque de mi carne y sangre había de vestirle y hacerle hombre, quiso su dignación de antemano prevenirme y hacerme su semejante en la pureza y exención de la culpa y en otros dones y privilegios divinos. Y como no fui esclava de la culpa, no obraba las virtudes como sujeta a ella, sino como señora, sin contradicción y con imperio; no como semejante a los

hijos de Adán, pero como semejante al Hijo de Dios que también era Hijo mío.

342. “Por esta razón los espíritus celestiales me abrieron las puertas eternas que ellos tenían por suyas, reconociendo que el Señor me había criado más pura que todos los supremos ángeles del cielo y para su Reina y Señora de todas las criaturas. Y advierte, carísima, que quien hizo la ley pudo sin contradicción dispensar de ella, como lo hizo conmigo el supremo Señor y Legislador, extendiendo la vara de su clemencia más que Asuero con Ester (Est 4,11) para que las leyes comunes de los otros, que miraban a la culpa, no se entendiesen conmigo que había de ser Madre del Autor de la gracia. Y aunque estos beneficios no los podía merecer yo, pura criatura, pero la clemencia y bondad divina se inclinaron liberalmente y me miraron como humilde sierva, para que eternamente alabase al Autor de tales obras. Y tú, hija mía, quiero que le engrandezcas y bendigas también por ellas.

343. “La doctrina que ahora te doy, sea que, pues yo con liberal piedad te elegí por mi discípula y compañera, siendo tú pobre y desvalida, trabajes con todas tus fuerzas en imitarme en un ejercicio que hice toda mi vida después que nací al mundo, sin omitirle día ninguno, por más cuidados y trabajos que tuviese. El ejercicio fue que cada día en amaneciendo me postraba en presencia del Altísimo, y le daba gracias y alababa por su ser inmutable y perfecciones infinitas, y porque me había criado de la nada; y reconociéndome criatura y hechura suya le bendecía y adoraba, dándole honor, magnificencia y divinidad, como a supremo Señor y Criador mío y de todo lo que tiene ser. Levantaba mi espíritu a ponerle en sus manos y con profunda humildad y resignación me ofrecía en ellas, y le pedía hiciese de mí a su voluntad en aquel día y en todos los que me restasen de mi vida y me enseñase lo que fuese de mayor agrado suyo para cumplirlo. Esto repetía muchas veces en las obras exteriores de aquel día, y en las interiores consultaba primero a Su Majestad, y le pedía consejo, licencia y bendición para todas mis acciones.

344. De mi dulcísimo nombre serás muy devota. Y quiero que sepas que fueron tantas las prerrogativas y gracias que le concedió el Todopoderoso, que de conocerlas yo a la vista de la divinidad quedé empeñada y cuidadosa para el retorno; de manera que siempre que me ocurría a la memoria "María", que era muchas veces, y las que me oía nombrar, me despertaba el afecto al agradecimiento y a emprender arduas empresas en servicio del Señor que me le dio. El mismo nombre tienes tú y respectivamente quiero que haga en ti los mismos efectos, y que me imites con puntualidad en la doctrina de este capítulo, sin faltar desde hoy por causa alguna que ocurriere; y si, como flaca, te descuidares, vuelve luego y en presencia del Señor y mía di tu culpa, reconociéndola con dolor. Con este cuidado, y repitiendo muchos actos en este santo ejercicio, excusarás imperfecciones y te irás acostumbrando a lo más alto de las virtudes y del beneplácito del Altísimo, que no te negará su divina gracia para que lo hagas tú, si atendieres a su luz y al objeto más agradable y más deseado de tus afectos y de los míos, que son te entregues toda a oír, atender y obedecer a tu Esposo y Señor, que quiere en ti lo más puro, santo y perfecto, y la voluntad pronta y oficiosa para ejecutarlo.

CAPITULO 22

[Regresar al Principio](#)

Cómo santa Ana cumplió en su parto con el mandato de la ley de Moisés, y cómo la niña María procedía en su infancia.

345. Precepto era de la ley en el capítulo 12 del Levítico (Lev 12,5-6) que la mujer, si pariese hija, se tuviese por inmunda dos semanas y permaneciese en la purificación del parto sesenta y seis días, doblando los días del parto de varón; y cumplidos todos los de su purificación, se le mandaba ofrecer un cordero de un año por las hijas o por los hijos en holocausto, y un palomino o tortolilla por el pecado, a la puerta del tabernáculo, entregándolo al sacerdote que lo ofreciese al Señor y rogase por ella y con esto quedase limpia. El parto de la dichosísima Ana fue tan puro y limpio cuanto le convenía a su divina hija, de donde le venía la pureza a la madre; y aunque por esta causa no tenía necesidad de otra purificación, con todo eso pagó la deuda a la ley cumpliéndola puntualmente, teniéndose en los ojos de los hombres por inmunda la madre que estaba libre de las pensiones que la ley mandaba purificar.

346. Pasados los sesenta días de la purificación, salió santa Ana al templo, llevando su mente inflamada en el divino ardor y en sus brazos a su hija y niña bendita; y con la ofrenda de la ley, acompañada de innumerables ángeles, se fue a la puerta del tabernáculo y habló con el sumo sacerdote, que era el santo Simeón; que como estuvo mucho tiempo en el templo, recibió este beneficio y favor de que fuese en su presencia y en sus manos ofrecida la niña María todas las veces que en el templo fue presentada y ofrecida al Señor; aunque no en todas estas ocasiones conoció el santo

sacerdote la dignidad de esta divina Señora, como adelante diremos (Cf. infra n.424,713 y 745); pero tuvo siempre grandes movimientos e impulsos de su espíritu, que aquella Niña era grande en los ojos de Dios.

347. Le ofreció santa Ana el cordero y tórtola con lo demás que llevaba, y con humildes lágrimas le pidió orase por ella y por su hija, que, si tenían culpa, las perdonase el Señor. No tuvo que perdonar Su Majestad donde en hija y madre era la gracia tan copiosa, pero tuvo que premiar la humildad con que, siendo santísimas, se representaban pecadoras. El santo sacerdote recibió la oblación y en su espíritu fue inflamado y movido de un extraordinario júbilo y, sin entender otra cosa ni manifestar la que sentía, dijo dentro de sí mismo: “¿Qué es esta novedad que siento? ¿Si por ventura estas mujeres son parientas del Mesías que ha de venir?” Y quedando con esta suspensión y alegría, les mostró grande benevolencia; y la santa madre Ana entró con su hija santísima en los brazos y la ofreció al Señor con devotísimas y tiernas lágrimas, como quien sola en el mundo conocía el tesoro que se le había dado en depósito.

348. Renovó entonces santa Ana el voto que antes había hecho de ofrecer al templo a su primogénita, en llegando a la edad que convenía; y en esta renovación fue ilustrada con nueva gracia y luz del Altísimo; y sintió en su corazón una voz que le decía cumplierse el voto, llevase y ofreciese en el templo a su hija niña dentro de tres años. Y fue esta voz como el eco de la santísima Reina, que con su oración tocó el pecho de Dios para que resonase en el de su madre; porque al entrar los dos en el templo, la dulce niña, viendo con sus ojos corporales su majestad y grandeza, dedicada al culto y adoración de la divinidad, tuvo admirables efectos en su espíritu, y quisiera postrarse en el templo y besando la tierra de él adorar al Señor. Pero lo que no pudo hacer con el efecto de las acciones exteriores, suplió con el afecto interior, y adoró y bendijo a Dios con el amor más alto y reverencia más profunda que antes ni después ninguna otra pura criatura lo pudo hacer; y hablando en su corazón con el Señor, hizo esta oración:

349. “Altísimo e incomprensible Dios, Rey y Señor mío, digno de toda gloria, alabanza y reverencia; yo, humilde polvo, pero hechura vuestra, os adoro en este lugar santo y templo vuestro, y os engrandezco y glorifico por vuestro ser y perfecciones infinitas, y doy gracias cuanto mi poquedad alcanza a vuestra dignación, porque me habéis dado que vean mis ojos este santo templo y casa de oración, donde vuestros profetas y mis antiguos padres os alabaron y bendijeron y donde vuestra liberal misericordia obró con ellos tan grandes maravillas y sacramentos. Recibidme, Señor, para que yo pueda serviros en él cuando fuere vuestra santa voluntad.”

350. Hizo este humilde ofrecimiento como esclava del Señor la que era Reina de todo el universo; y en testimonio de que el Altísimo la aceptaba, vino del cielo una clarísima luz que sensiblemente bañó a la niña y a la madre, llenándolas de nuevos resplandores de gracia. Y volvió a entender santa Ana que al tercer año presentase a su hija en el templo; porque el agrado que el Altísimo había de recibir de aquella ofrenda no consentía más largos plazos, ni tampoco el afecto con que la niña divina lo deseaba. Los santos ángeles de guarda, y otros innumerables que asistieron a este acto, cantaron dulcísimas alabanzas al autor de las maravillas; pero de todas las que allí sucedieron, no tuvieron noticia más de la hija santísima y su madre Ana, que interior y exteriormente sintieron lo que era espiritual o sensible respectivamente; sólo el santo Simeón reconoció algo de la luz sensible. Y con esto se volvió santa Ana a su casa enriquecida con su tesoro y nuevos dones del altísimo Dios.

351. A la vista de todas estas obras estaba sedienta la antigua serpiente, ocultándole el Señor lo que no debía entender y permitiéndole lo que convenía, para que, contradiciendo a todo lo que él intentaba destruir, viniese a servir como de instrumento en la ejecución de los ocultos juicios del Muy Alto. Hacía este enemigo muchas conjeturas de las novedades que en madre e hija conocía; pero como vio que llevaban ofrenda al templo y como pecadoras guardaban lo que mandaba la ley, pidiendo al sacerdote que rogase por ellas para que fuesen perdonadas, con esto se alucinó y sosegó su furor, creyendo que aquella hija y madre estaban empadronadas con las demás mujeres y que todas eran de una condición, aunque más perfectas y santas que otras.

352. La niña soberana era tratada como los demás niños de su edad. Era su comida la común, aunque la cantidad muy poca, y lo mismo era del sueño, aunque la aplicaban para que durmiese; pero no era molesta, ni jamás lloró con el enojo de otros niños, mas era en extremo agradable y apacible; y se disimulaba mucho esta maravilla con llorar y sollozar muchas veces aunque como Reina y Señora, cual en aquella edad se permitía por los pecados del mundo y por alcanzar el remedio de ellos y la venida del Redentor de los hombres. De ordinario tenía, aun en aquella infancia, el semblante alegre, pero severo y con peregrina majestad, sin admitir jamás acción pueril, aunque tal vez admitía algunas caricias; pero las que no eran de su madre, y por eso menos medidas, las moderaba en lo imperfecto con especial

virtud y la severidad que mostraba. Su prudente madre Ana trataba a la niña con incomparable cuidado, regalo y caricia; y también su padre Joaquín la amaba como padre y como santo, aunque entonces ignoraba el misterio, y la niña se mostraba con su padre más amorosa, como quien le conocía por padre y tan amado de Dios. Y aunque admitía de él más caricias que de otros, pero en el padre y en los demás puso Dios desde luego tan extraordinaria reverencia y pudor para la que había elegido por Madre, que aun el cándido afecto y amor de su padre era siempre muy templado y medido en las demostraciones sensibles.

353. En todo era la niña Reina agraciada, perfectísima y admirable; y si bien pasó por la infancia por las comunes leyes de la naturaleza, pero no impidieron a la gracia; y si dormía, no cesaba ni interrumpía las acciones interiores del amor y otras que no penden del sentido exterior. Y siendo posible este beneficio aun a otras almas con quien el poder divino lo habrá mostrado, cierto es que con la que elegía por Madre suya y Reina de todo lo criado, haría con ella sobre todo otro beneficio y sobre todo pensamiento de las demás criaturas. En el sueño natural habló Dios a Samuel (1 Sam 3,4) y otros santos y profetas, y a muchos dio sueños misteriosos (Gen 37,5.9) o visiones; porque a su poder poco le importa para ilustrar el entendimiento que los sentidos exteriores duerman con el sueño natural, o que se suspendan con la fuerza que los arrebatara en el éxtasis, pues en uno y otro cesan, y sin ellos oye y atiende y habla el espíritu con sus objetos proporcionados. Esta fue ley perpetua con la Reina desde su concepción hasta ahora, y toda la eternidad; que no fue su estado de peregrina por la vida, en estas gracias con intervalos, como en otras criaturas. Cuando estaba sola o la recogía a dormir, como el sueño era tan medido, confería los misterios y alabanzas del Altísimo con sus santos ángeles y gozaba de divinas visiones y hablas de Su Majestad; y porque el trato de los ángeles era tan frecuente, diré en el capítulo siguiente los modos de manifestársele y algo de sus excelencias.

354. Reina y Señora del cielo, si como piadosa Madre y mi Maestra oís mis ignorancias sin ofenderos de ellas, preguntaré a vuestra dignación algunas dudas que en este capítulo se me han ofrecido; y si mi ignorancia y osadía pasare a ser yerro, en lugar de responderme, corregidme, Señora, con vuestra maternal misericordia. Mi duda es: si en aquella infancia sintiendo la necesidad y hambre que por orden natural sienten los otros niños, y siendo así que padeciendo estas penalidades ¿cómo pedíais el alimento y socorro necesario, siendo tan admirable vuestra paciencia, cuando a los otros niños el llanto sirve de lengua y de palabras? También ignoro si a Vuestra Majestad eran penas las pensiones de aquella edad, como el envolveros en paños y desenvolver vuestro virginal cuerpo, el daros la comida de niños, y otras cosas que los demás reciben sin uso de razón para conocerlas, y a vos, Señora, nada se escondía. Porque me parece casi imposible que en el modo, en el tiempo, en la cantidad y en otras circunstancias no hubiese exceso o falta, considerándoos yo en la edad de niña y grande en la capacidad para dar a todo la ponderación que pedía. Vuestra prudencia celestial conservaba digna majestad y compostura, vuestra edad, naturaleza y sus leyes pedían lo necesario; no lo pedíais como niña llorando, ni como grande hablando, ni sabían vuestro dictamen, ni os trataban según el estado de la razón que teniendo, ni vuestra madre santa lo conocía todo, ni todo lo podía hacer ni acertar, ignorando el tiempo y el modo; ni tampoco en todas las cosas pudiera ella servir a Vuestra Majestad. Todo esto me causa admiración, y me despierta el deseo de conocer los misterios que en estas cosas se encierran.

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo.

355. “Hija mía, a tu admiración respondo con benevolencia. Verdad es que tuve gracia y uso perfecto de razón desde el primer instante de mi concepción, como tantas veces te he mostrado, y pasé por las pensiones de la infancia como otros niños y me criaron con el orden común de todos. Sentí hambre, sed, sueño y penalidades en mi cuerpo, y como hija de Adán estuve sujeta a estos accidentes; porque era justo imitase yo a mi Hijo santísimo, que admitió estos defectos y penas, para que así mereciese, y con Su Majestad fuese ejemplo a los demás mortales que le habían de imitar. Como la divina gracia me gobernaba, usaba de la comida y sueño en peso y medida, recibiendo menos que otros y sólo aquello que era preciso para el aumento y conservación de la vida y salud; porque el desorden en estas cosas no sólo es contra la virtud, pero contra la misma naturaleza, que se altera y estraga con ellas. Por mi temperamento y medida, sentía más el hambre y sed que otros niños y era más peligrosa en mí esta falta de alimento; pero si no me le daban a tiempo, o si en ello excedían, tenía paciencia, hasta que oportunamente con alguna decente demostración lo pedía. Y sentía menos la falta de sueño, por la libertad que a solas me quedaba para la vista y conversación con los ángeles de los misterios divinos.

356. “El estar en paños oprimida y atada, no me causaba tanta pena, pero mucha alegría, por la luz que tenía de que el Verbo humanado había de padecer muerte torpísima y había de ser ligado con oprobios. Y cuando estaba sola me ponía

en forma de cruz en aquella edad, orando a imitación suya, porque sabía había de morir mi amado en ella, aunque ignoraba entonces que el crucificado había de ser mi Hijo. En todas las incomodidades que padecí después que nací al mundo estuve conforme y alegre, porque nunca se apartó de mi interior una consideración que quiero tengas tú inviolable y perpetua; esto es, que peses en tu corazón y mente las verdades rectísimas que yo miraba, para que sin engaño hagas juicio de todas las cosas, dando a cada una el valor y peso que se le debe. En este error y ceguedad están de ordinario comprendidos los hijos de Adán, y no quiero yo que tú, hija mía, lo estés.

357. “Luego que nací al mundo y vi la luz que me alumbraba, sentí los efectos de los elementos, los influjos de los planetas y astros, la tierra que me recibía, el alimento que me sustentaba y todas las otras causas de la vida. Di gracias al Autor de todo, reconociendo sus obras por beneficio que me hacía y no por deuda que me debía. Y por esto cuando me faltaba después alguna cosa de las que necesitaba, sin turbación, antes con alegría, confesaba que se hacía conmigo lo que era razón, porque todo se me daba de gracia sin merecerlo y sería justicia el privarme de ello. Pues dime, alma, si yo decía esto, confesando una verdad que la razón humana no puede ignorar ni negar, ¿dónde tienen los mortales el seso o qué juicio hacen, cuando faltándoles alguna cosa de las que mal desean, y acaso no les conviene, se entristecen y enfurecen unos contra otros, y aun se irritan con el mismo Dios, como si recibieran de él algún agravio? Pregúntense a sí mismos ¿qué tesoros, qué riquezas poseían antes que recibieran la vida? ¿Qué servicios hicieron al Criador para que se las diese? Y si la nada no pudo granjear más que nada, ni merecer el ser que de nada le dieron, ¿qué obligación hay de sustentarle de justicia, lo que le dieron de gracia? El haberle criado Dios no fue beneficio que Su Majestad se hizo a sí mismo, sino antes fue tan grande para la criatura, cuanto es el ser y el fin que tiene; y si en el ser recibió la deuda que nunca puede pagar, diga ¿qué derecho alega ahora para que, habiéndole dado el ser sin merecerlo, le den la conservación después de haberla tantas veces desmerecido? ¿Dónde tiene la escritura de seguridad y abono para que nada le falte?

358. “Y si el primer movimiento y operación fue recibo y deuda con que más se empeñó, ¿cómo pide con impaciencia el segundo? y si con todo esto la suma bondad del Criador le acude graciosamente con lo necesario, ¿por qué se turba cuando le falta lo superfluo? ¡Oh hija mía, qué desorden tan execrable y qué ceguedad tan odiosa es ésta de los mortales! Lo que les da el Señor de gracia, no agradecen ni pagan con reconocimiento, y por lo que les niega de justicia, y a veces de grande misericordia, se inquietan y ensoberbecen, y lo procuran por injustos e ilícitos medios, y se despeñan tras el mismo daño que huye de ellos. Por sólo el primer pecado que comete el hombre, perdiendo a Dios pierde juntamente la amistad de todas las criaturas; y si el mismo Señor no las detuviera, se convirtieran todas a vengar su injuria y negaran al hombre las operaciones y obsequio con que le dan sustento y vida: el cielo le privara de su luz e influencias, el fuego de su calor, el aire le negara la respiración y todas las otras cosas en su modo hicieran lo mismo, porque de justicia debían hacerlo. Pues cuando la tierra negare sus frutos, y los elementos su templanza y correspondencia, y las otras criaturas se armaren (Sab 5,18) para vengar los desacatos hechos contra el Criador, humíllese el hombre desagradecido y vil y no atesore la ira del Señor (Rom 2,5) para el día cierto de la cuenta, donde se le hará este cargo tan formidable.

359. Y tú, amiga mía, huye de tan pesada ingratitud, y reconoce humilde que de gracia recibiste el ser y vida y de gracia te la conserva el Autor de ella; y sin méritos tuyos recibes graciosamente todos los otros beneficios, y que recibiendo muchos y pagando menos, cada día te haces menos digna, y crece contigo la liberalidad del Altísimo y tu deuda. Esta consideración quiero que sea en ti continua, para que te despierte y mueva a muchos actos de virtud. Y si te faltaren las criaturas irracionales, quiero te alegres en el Señor, y que des a Su Majestad gracias y a ellas bendiciones porque obedecen al Criador. Si las racionales te persiguieren, ámales de todo corazón y estímolas como instrumentos de la justicia divina, para que en alguna parte se dé por satisfecha de lo que tú le debes. Y con los trabajos, adversidades y tribulaciones te abraza y consuela, que a más de merecerlos por las culpas que has cometido, son el adorno de tu alma y joyas de tu Esposo muy ricas.

360. Esta será la respuesta de tu duda; y sobre ella quiero darte la doctrina que te he ofrecido en todos los capítulos. Advierte, pues, alma, a la puntualidad que tuvo mi santa madre Ana en cumplir el precepto de la ley del Señor, a cuya grandeza este cuidado fue muy acepto; y tú debes imitarla en él, guardando inviolablemente todos y cada uno de los mandatos de tu regla y constituciones; que Dios remunera liberalmente esta fidelidad y de la negligencia en ella se da por deservido. Sin pecado fui yo concebida y no era necesario ir al sacerdote para que me purificase el Señor, ni tampoco mi madre le tenía, porque era muy santa, pero obedecimos con humildad a la ley y por ello merecimos grandes aumentos de virtudes y gracia. El despreciar las leyes justas y bien ordenadas y el dispensar a cada paso en

ellas tiene perdido el culto y temor de Dios y confuso y destruido el gobierno humano. Guárdate de dispensar fácilmente ni para ti ni para otras en las obligaciones de tu religión. Y cuando la enfermedad o alguna causa justa lo permitiere, sea con medida y consejo de tu confesor, justificando el hecho con Dios y con los hombres, aprobándolo la obediencia. Si te hallares cansada o postradas las fuerzas, no luego remitas el rigor, que Dios te las dará según tu fe; y por ocupaciones nunca dispenses; sirva y aguarde lo que es menos a lo que es más y las criaturas al Criador; y por el oficio de prelada tendrás menos disculpa, pues en la observancia de las leyes debes ser la primera por el ejemplo; y para ti jamás ha de haber causa humana, aunque alguna dispenses con tus hermanas y súbditas. Y advierte, carísima, que de ti quiero lo mejor y más perfecto y para esto es necesario este rigor, que la observancia de los preceptos es deuda a Dios y a los hombres. Y nadie piense que basta cumplir con el Señor, si se queda en pie la deuda con los prójimos, a quien debe el buen ejemplo y no darle materia de verdadero escándalo.” —“ Reina y Señora de todo lo criado, yo quisiera alcanzar la pureza y virtud de los espíritus soberanos, para que esta parte inferior que agrava el alma (Sab 9,15) fuera presta en cumplir esta celestial doctrina; grave soy y pesada para mí misma (Job 7,20) pero, con vuestra intercesión y el favor de la gracia del Altísimo, procuraré, Señora, obedecer a vuestra voluntad y suya santísima con prontitud y afecto del corazón; no me falte vuestra intercesión y amparo y la enseñanza de vuestra santa y altísima doctrina.”

CAPITULO 23

[Regresar al Principio](#)

De las divisas con que los santos ángeles de guarda de María santísima se le manifestaban, y de sus perfecciones.

361. Ya queda dicho (C.f. supra n.205) que estos ángeles eran mil, como en las demás personas particulares es uno el que las guarda. Pero según la dignidad de María santísima debemos entender que sus mil ángeles la guardaban y asistían con más vigilancia que cualquier ángel guarda al alma encomendada. Y fuera de estos mil, que eran de la guarda ordinaria y más continua, la servían en diversas ocasiones otros muchos ángeles, en especial después que concibió en sus entrañas al Verbo divino humanado. También he dicho arriba (Cf. supra n.114) cómo el nombramiento de estos mil ángeles le hizo Dios en el principio de la creación de todos, justificación de los buenos y caída de los malos, cuando después del objeto de la divinidad que se les propuso como a viadores, les fue propuesta y manifestada la humanidad santísima que había de tomar el Verbo, y su Madre purísima, a quienes habían de reconocer por superiores.

362. En esta ocasión, cuando los apóstatas fueron castigados y los obedientes premiados, guardando el Señor la debida proporción en su justísima equidad, dije (Cf. supra n.106-107) que en el premio accidental hubo alguna diversidad entre los santos ángeles, según los afectos diferentes que tuvieron a los misterios del Verbo humanado y de su Madre purísima, que por su orden fueron conociendo antes y después de la caída de los malos ángeles. Y a este premio accidental se reduce haberlos elegido para asistir y servir a María santísima y al Verbo humanado, y el modo de manifestarse en la forma que tornaban cuando se aparecían visibles a la Reina y la servían. Esto es lo que pretendo declarar en este capítulo, confesando mi incapacidad, porque es dificultoso reducir a razones y términos de cosas materiales las perfecciones y operaciones de espíritus intelectuales y tan levantados. Pero si dejara en silencio este punto, omitía en la Historia una grande parte de las más excelentes ocupaciones de la Reina del cielo durante su peregrinaje terrenal hacia el cielo; porque después de las obras que ejercía con el Señor, el más continuo trato era con sus ministros los espíritus angélicos; y sin esta ilustre parte quedara defectuoso el discurso de esta santísima Vida.

363. Suponiendo todo lo que hasta ahora he dicho de los órdenes, jerarquías y diferencias de estos mil ángeles, diré aquí la forma en que corporalmente se le aparecían a su Reina y Señora, remitiendo las apariciones intelectuales e imaginarias para otros capítulos (Cf. infra n.615-659) donde de intento diré los modos de visiones que tenía Su Alteza. Los novecientos ángeles que fueron electos de los nueve coros, ciento de cada uno, fueron entresacados de aquellos que se inclinaron más a la estimación y amor y admirable reverencia de María santísima. Y cuando se le aparecían visibles, tenían forma de un mancebo de poca edad, pero de extremada hermosura y agrado. El cuerpo manifestaba poco de terreno; porque era purísimo y como un cristal animado y bañado de gloria, con que remedaban a los cuerpos gloriosos y refulgentes; con la belleza juntaban extremada gravedad, compostura y amable severidad. El vestido era rozagante, pero como si fuera todo resplandor, semejante a un lucidísima y brillante oro esmaltado o entrepuesto con matices de finísimos colores, con que hacían una admirable y hermosísima variedad para la vista; si bien parecía que todo aquel ornato y forma visible no era proporcionada al tacto material ni se pudiera asir con la mano, aunque se dejaba ver y

percibir como el resplandor del sol, que manifestando los átomos entra por una ventana, siendo incomparablemente más vistoso y hermoso el de estos ángeles.

364. Junto con esto traían todos en las cabezas unas coronas de vivísimas y finísimas flores, que despedían suavísima fragancia de olores no terrenos, sino espiritualizados y suaves. En las manos tenían unas palmas tejidas de variedad y hermosura, significando las virtudes y coronas que María santísima había de obrar y conseguir en tanta santidad y gloria; todo lo cual estaban como ofreciéndoselo de antemano disimuladamente, aunque con efectos de júbilo y alegría. En el pecho traían cierta divisa y señal, que la entenderemos al modo de las divisas o hábitos de las órdenes militares; pero tenían una cifra que decía: María Madre de Dios; y era para aquellos santos príncipes de mucha gloria, adorno y hermosura; pero a la reina María no le fue manifestada hasta el punto que concibió el Verbo humanado.

365. Esta divisa y cifra era admirable para la vista, por el extremado resplandor que despedía, señalándose entre el refulgente adorno de los ángeles; variaban también los visos y brillantes, significando por ellos la diferencia de misterios y excelencias que se encerraban en esta ciudad santa de Dios. Contenía el más soberano renombre y más supremo título y dignidad que pudo haber en pura criatura, María Madre de Dios; porque con él honraban más a su Reina y nuestra, y ellos también quedaban honrados, como señalados por suyos, y premiados, como quien más se aventajó en la devoción y veneración que tuvieron a la que fue digna de ser venerada de todas las criaturas. Dichosas mil veces las que merecieron el singular retorno del amor de María y de su Hijo santísimo.

366. Los efectos que hacían estos santos príncipes y su ornato en María Señora nuestra, nadie podría fuera de ella misma explicarlos. Le manifestaban misteriosamente la grandeza de Dios y sus atributos, los beneficios que había hecho y hacía con ella en haberla criado y elegido, enriquecido y prosperado con tantos dones del cielo y tesoros de la divina diestra, con que la movían e inflamaban en grandes incendios del divino amor y alabanza; y todo iba creciendo con la edad y sucesos y, en obrándose la encarnación del Verbo, se desplegaron mucho más; porque le explicaron la misteriosa cifra del pecho hasta entonces oculta para Su Alteza. Y con esta declaración, y en lo que en aquella dulcísima cifra se le dio a entender de su dignidad y obligación a Dios, no se puede dignamente encarecer qué fuego de amor y qué humildad tan profunda, qué afectos tan tiernos se despertaban en aquel cándido corazón de María santísima, reconociéndose desigual y no digna de tan inefable sacramento y dignidad de Madre de Dios.

367. Los setenta serafines de los más allegados al trono que asistían a la Reina, fueron de los que más se adelantaron en la devoción y admiración de la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana en la persona del Verbo; porque como más allegados a Dios por la noticia y afecto, desearon señaladamente que se obrase este misterio en las entrañas de una mujer; y a este particular y señalado afecto le correspondió el premio de gloria esencial y accidental. Y a esta última, de que voy hablando, pertenece el asistir a María santísima y a los misterios que en ella se obraron.

368. Cuando estos setenta serafines se le manifestaban visibles, los veía la Reina en la misma forma que imaginariamente los vio Isaías, con seis alas; con las dos cubrían la cabeza, significando con esta acción humilde la oscuridad de sus entendimientos para alcanzar el misterio y sacramento a que servían; y que, postrados ante la majestad y grandeza de su Autor, los creían y entendían con el velo de la oculta noticia que se les daba, y por ella engrandecían con alabanza eterna los incomprensibles y santos juicios del Altísimo. Con otras dos alas cubrían los pies, que son la parte inferior que toca en la tierra; y por esto significan a la misma Reina y Señora del cielo, pero de naturaleza humana y terrena; y la cubrían en señal de veneración y que la tenían como a suprema criatura sobre todas y de su incomprensible dignidad y grandeza inmediata al mismo Dios y sobre todo entendimiento y juicio criado; que por esto también encubrían los pies, significando que tan levantados serafines no podían dar paso en comparación de los de María, y de su dignidad y excelencia.

369. Con las dos alas del pecho volaban o las extendían, dando a entender también dos cosas: la una, el incesante movimiento y vuelo del amor de Dios, de su alabanza y profunda reverencia que le daban; la otra era que descubrían a María santísima lo interior del pecho, donde en el ser y obrar, como en espejo purísimo, reverberaban los rayos de la divinidad, mientras que siendo peregrina en la tierra no era posible ni conveniente que se le manifestase tan continuamente en sí misma. Y por esto ordenó la beatísima Trinidad que su Hija y Esposa tuviese a los serafines, que son las criaturas más inmediatas y cercanas a la divinidad, para que como en imagen viva viese copiado esta gran Señora lo que no podía ver siempre en su original.

370. Por este modo gozaba la divina Esposa del retrato de su amado en la ausencia de su peregrinaje, enardecida toda con la llama de su santo amor con la vista y conferencias que tenía de estos inflamados y supremos príncipes. Y el modo de comunicar con ellos, a más de lo sensible, era el mismo que ellos guardan entre sí mismos, ilustrando los superiores a los inferiores en su orden, como otras veces he dicho (Cf. supra n.203); porque si bien la Reina del cielo era superior y mayor que todos en la dignidad y gracia, pero en la naturaleza, como dice David (Sal 8,6), *el hombre fue hecho menor que los ángeles*; y el orden común de iluminar y recibir estas influencias divinas sigue a la naturaleza y no a la gracia.

371. Los otros doce ángeles, que son los de las doce puertas de que san Juan habló en el capítulo 21 (Ap 21,12) del Apocalipsis, como arriba dije (Cf. supra n.273) se adelantaron en el afecto y alabanza de ver que Dios se humanase a ser maestro y conversar con los hombres, y después a redimirlos y abrirles las puertas del cielo con sus merecimientos, siendo coadjutora de este admirable sacramento su Madre santísima. Atendieron señaladamente estos santos ángeles a tan maravillosas obras, y a los caminos que Dios había de enseñar para que los hombres fuesen a la vida eterna, significados en las doce puertas, que corresponden a las doce tribus. El retorno de esta singular devoción fue señalar Dios a estos santos ángeles por testigos y como secretarios de los misterios de la Redención, y que cooperasen con la misma Reina del cielo en el privilegio de ser madre de misericordia y medianera de los que a ella acudieron a buscar su salvación. Y por esto dije arriba (Cf. supra n.273-274) que Su Majestad, de la Reina, se sirve de estos doce ángeles señaladamente, para que amparen, ilustren y defiendan a sus devotos en sus necesidades, y en especial para salir de pecado, cuando ellos y María santísima son invocados.

372. Estos doce ángeles se le aparecían corporalmente, como los que dije primero, salvo que llevaban muchas coronas y palmas, como reservadas para los devotos de esta Señora. La servían, dándole singularmente a conocer la inefable piedad del Señor con el linaje humano, moviéndola para que ella le alabase y pidiese la ejecutase con los hombres. Y en cumplimiento de esto los enviaba Su Alteza con estas peticiones al trono del eterno Padre; y también a que inspirasen y socorriesen a los devotos que la invocaban, o ella quería remediar y patrocinar, como después sucedió muchas veces con los santos apóstoles, a quienes por ministerio de los ángeles favorecía en los trabajos de la primitiva Iglesia; y hasta hoy desde el cielo ejercen estos doce ángeles el mismo oficio, asistiendo a los devotos de su Reina y nuestra.

373. Los diez y ocho ángeles restantes para el número de mil, fueron de los que se señalaron en el afecto a los trabajos del Verbo humanado; y por esto fue grande su premio de gloria. Estos ángeles se aparecían a María santísima con admirable hermosura; llevaban por adorno muchas divisas de la pasión y otros misterios de la redención; especialmente tenían una cruz en el pecho y otra en el brazo, ambas de singular hermosura y refulgente resplandor. Y la vista de tan peregrino hábito despertaba a la Reina a grande admiración y más tierna memoria y afectos compasivos de lo que había de padecer el Redentor del mundo, y a fervorosas gracias y agradecimientos de los beneficios que los hombres recibieron con los misterios de la redención y rescate de su cautiverio. Se servía la gran Princesa de estos ángeles para enviarlos muchas veces a su Hijo santísimo con embajadas diversas y peticiones para el bien de las almas.

374. Debajo de estas formas y divisas he declarado algo de las perfecciones y operaciones de estos espíritus celestiales, pero muy limitadamente para lo que en sí contienen; porque son unos invisibles rayos de la divinidad, prestísimos en sus movimientos y operaciones, poderosísimos en su virtud, perfectísimos en su entender sin engaño, inmutables en la condición y voluntad; lo que una vez aprenden, nunca lo olvidan ni pierden de vista. Están ya llenos de gracia y gloria sin peligro de perderla; y porque son incorpóreos e invisibles, cuando el Altísimo quiere hacer beneficio a los hombres de que los vean, toman cuerpo aéreo y aparente y proporcionado al sentido y al fin para que lo toman. Todos estos mil ángeles de la reina María eran de los superiores de sus órdenes y coros adonde pertenecen; y esta superioridad es principalmente en gracia y gloria. Asistieron a la guarda de esta Señora, sin faltar un punto en su vida santísima; y ahora en el cielo tienen especial y accidental gozo de su vista y compañía. Y aunque algunos de ellos señaladamente son enviados por su voluntad, pero todos mil sirven también para este ministerio en algunas ocasiones, según la disposición divina.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

375. “Hija mía, en tres documentos te quiero dar la doctrina de este capítulo. El primero, que seas agradecida con eterna alabanza y reconocimiento al beneficio que Dios te ha hecho en darte ángeles que te asistan, enseñen y

encaminen en tus tribulaciones y trabajos. Este beneficio tienen de ordinario olvidado los mortales con odiosa ingratitude y pesada grosería, sin advertir en la divina misericordia y dignación de haber mandado el Altísimo a estos santos príncipes que asistan, guarden y defiendan a otras criaturas terrenas y llenas de miserias y culpas, siendo ellos de naturaleza tan superior y espiritual y llenos de tanta gloria, dignidad y hermosura; y por este olvido se privan los hombres ingratos de muchos favores de los mismos ángeles y tienen indignado al Señor; pero tú, carísima, reconoce tu beneficio y dale el retorno con todas tus fuerzas.

376. “El segundo documento sea, que siempre y en todo lugar tengas amor y reverencia a estos espíritus divinos, como si con los ojos del cuerpo los vieras, para que con esto vivas advertida y circumspecta, como quien tiene presentes los cortesanos del cielo, y no te atrevas a hacer en presencia suya lo que en público no hicieras, ni dejes de obrar en el servicio del Señor lo que ellos hacen y de ti quieren. Y advierte que siempre están mirando la cara de Dios (Mt 18,10) como bienaventurados, y cuando juntamente te miran a ti, no es razón que vean alguna cosa indecente; agrádeceles lo que te guardan, defienden y amparan.

377. “Sea el tercero documento, que vivas atenta a los llamamientos, avisos e inspiraciones con que te despiertan, mueven y te ilustran para encaminar tu mente y corazón con la memoria del Altísimo y en el ejercicio de todas las virtudes. Considera cuántas veces los llamas y te responden; los buscas y los hallas; cuántas veces les has pedido señas de tu amado y te las han dado; y cuántas ellos te han solicitado al amor de tu Esposo, han reprendido benignamente tus descuidos y remisiones; y cuando por tus tentaciones y flaquezas has perdido el norte de la luz, ellos te han esperado, sufrido y desengañado, volviéndote al camino derecho de las justificaciones del Señor y de sus testimonios. No olvides, alma, lo mucho que en este beneficio de los ángeles debes a Dios sobre muchas naciones y generaciones; trabaja por ser agradecida a tu Señor y a sus ángeles sus ministros.”

CAPITULO 24

[Regresar al Principio](#)

De los ejercicios y ocupaciones santas de la Reina del cielo en el año y medio primero de su infancia.

378. El silencio forzoso en los años primeros de los otros niños, y ser torpes y balbucientes, porque no saben ni pueden hablar, esto fue virtud heroica en nuestra niña Reina; porque, si las palabras son producto del entendimiento y como índices del discurso y le tuvo Su Alteza perfectísimo desde su concepción, no dejó de hablar desde luego que nació porque no podía, sino porque no quería. Y aunque a los otros niños les faltan las fuerzas naturales para abrir la boca, mover la tierna lengua y pronunciar las palabras, pero en María niña no hubo este defecto; así porque en la naturaleza estaba más robusta, como porque al imperio y dominio que tenía sobre todas las cosas obedecieran sus potencias propias, si ella lo mandara. Pero el no hablar fue virtud y perfección grande, ocultando debidamente la ciencia y la gracia, y excusando la admiración de ver hablar a una recién nacida. Y si fuera admiración que hablara quien naturalmente había de estar impedida para hacerlo, no sé si fue más admirable que callase año y medio la que pudo hablar en naciendo.

379. Orden fue del Altísimo que nuestra niña y Señora guardase este silencio por el tiempo que ordinariamente los otros niños no pueden hablar. Sólo para con los santos ángeles de su guarda se dispensó en esta ley, o cuando vocalmente oraba al Señor a solas; que para hablar con el mismo Dios, autor de aquel beneficio, y con los ángeles legados suyos, cuando corporalmente trataban a la niña, no intervenía la misma razón de callar que con los hombres, antes convenía que orase con la boca, pues no tenía impedimento en aquella potencia y sin él no había de estar ociosa tanto tiempo. Pero su madre santa Ana nunca la oyó, ni conoció que podía hablar en aquella edad; y con esto se entiende mejor cómo fue virtud el no hacerlo en aquel año y medio de su primera infancia. Mas en este tiempo, cuando a su madre le pareció oportuno, soltó las manos y los brazos a la niña María, y ella cogió luego las suyas a sus padres y se las besó con gran sumisión y humildad reverencial; y en esta costumbre perseveró mientras vivieron sus santos padres. Y con algunas demostraciones daba señal en aquella edad para que la bendijesen, hablándoles más al corazón para que lo hicieran que quererlo pedir con la boca. Tanta fue la reverencia en que los tenía, que jamás faltó un punto en ella, ni en obedecerlos; ni les dio molestia ni pena alguna, porque conocía sus pensamientos y prevenía la obediencia.

380. En todas sus acciones y movimientos era gobernada por el Espíritu Santo, con que siempre obraba lo

perfectísimo, pero ejecutándolo no se satisfacía su ardentísimo amor, que de continuo renovaba sus afectos fervorosos para emular mejores carismas (1 Cor 12,31) Las revelaciones divinas y visiones intelectuales eran en esta niña Reina muy continuas, asistiéndola siempre el Altísimo; y cuando alguna vez suspendía su providencia un modo de visiones o intelecciones, atendía a otras; porque de la visión clara de la divinidad que dije arriba (Cf. supra n.333) había tenido luego que nació y fue llevada al cielo por los ángeles le quedaron especies de lo que conoció; y desde entonces, como salió de la bodega del vino ordenada la caridad (Cant 2,4) quedó tan herido su corazón, que convirtiéndose a esta contemplación era toda enardecida; y como el cuerpo era tierno y flaco, y el amor fuerte como la muerte (Cant 8,6) llegaba a padecer suma dolencia de amor, de que enferma muriera, si el Altísimo no fortaleciera y conservara con milagrosa virtud la parte inferior y vida natural. Pero muchas veces daba lugar el Señor para que aquel tierno y virginal cuerpecito llegase a desfallecer mucho con la violencia del amor, y que los santos ángeles la sustentasen y confortasen, cumpliéndose aquello de la Esposa: *Fulcite me floribus, quía amore languero* (Cant 2,5); “*socorredme con flores, que estoy enferma de amor.*” Y este fue un nobilísimo género de martirio millares de veces repetido en esta divina Señora, con que excedió a todos los mártires en el merecimiento y aun en el dolor.

381. Es la pena del amor tan dulce y apetecible, que cuanto mayor causa tiene tanto más desea, quien la padece, que le hablen de quien ama, pretendiendo curar la herida con renovarla. Y este suavísimo engaño entretiene al alma entre una penosa vida y una dulce muerte. Esto le sucedía a la niña María con sus ángeles, que ella les hablaba de su amado y ellos le respondían. Les preguntaba ella muchas veces, y les decía: “Ministros de mi Señor y mensajeros suyos, hermosísimas obras de sus manos, centellas de aquel divino fuego que enciende mi corazón, pues gozáis de su hermosura eterna sin velo ni rebozo, decidme las señas de mi amado ¿qué condiciones tiene mi querido? Avisadme si acaso le tengo disgustado, sabedme lo que desea y quiere de mí y no tardéis en aliviar mi pena, que desfallezco de amor.”

382. La respondían los espíritus soberanos: “Esposa del Altísimo, vuestro amado es solo el que sólo por sí es, el que de nadie necesita, y todos de él. Es infinito en perfecciones, inmenso en la grandeza, sin límite en el poder, sin término en la sabiduría, sin modo en la bondad; el que dio principio a todo lo criado sin tenerlo, el que lo gobierna sin cansancio, el que lo conserva sin haberlo menester; el que viste de hermosura a todo lo criado, y que la suya nadie la puede comprender, y hace con ella bienaventurados a los que llegan a verla cara a cara. Infinitas son, Señora, las perfecciones de vuestro Esposo, exceden a nuestro entendimiento y sus altos juicios son para la criatura investigables.”

383. En estos coloquios y otros muchos, que no alcanza toda nuestra capacidad, pasaba la niñez María santísima con sus ángeles y con el Altísimo, en quien estaba transformada. Y como era consiguiente crecer en el fervor y ansias de ver al sumo bien, que sobre todo pensamiento amaba, muchas veces por voluntad del Señor y por manos de sus ángeles era llevada corporalmente al cielo empíreo, donde gozaba de la presencia de la divinidad; aunque algunas veces, de estas que era levantada al cielo, la veía claramente, y otras sólo por especies infusas, pero altísimas y clarísimas en este género de visión. Conocía también a los ángeles clara e intuitivamente, sus grados, órdenes y jerarquías, y otros grandes sacramentos entendía en este beneficio. Y como fue muchas veces repetido, con el uso de él y los actos que ejercía, vino a adquirir un hábito tan intenso y robusto de amor, que parecía más divina que humana criatura; y ninguna otra pudiera ser capaz de este beneficio, y otros que con proporción le acompañaban, ni tampoco la naturaleza mortal de la misma Reina los pudiera recibir sin morir, si por milagro no fuera conservada.

384. Cuando era necesario en aquella niñez recibir algún obsequio y beneficio de sus santos padres, o cualquiera otra criatura, siempre lo admitía con interna humillación y agradecimiento y pedía al Señor les premiase aquel bien que le hacían por su amor. Y con estar en tan alto grado de santidad y llena de la divina luz del Señor y sus misterios, se juzgaba por la menor de las criaturas y en su comparación con la propia estimación se ponía en el último lugar de todas; y aun del mismo alimento para la vida natural se reputaba indigna la que era Reina y Señora de todo lo criado.

Doctrina de la Reina del cielo.

385. “Hija mía, el que recibe más, se debe reputar por el más pobre, porque su deuda es mayor; y si todos deben humillarse, porque de sí mismos nada son, ni pueden, ni poseen, por esta misma razón se ha de pegar más con la tierra aquel que siendo polvo le ha levantado la mano poderosa del Altísimo; pues quedándose por sí y en sí mismo, sin ser ni valer nada, se halla más adeudado y obligado a lo que por sí no puede satisfacer. Conozca la criatura lo que de sí es; pues nadie podrá decir, yo me hice a mí mismo, ni yo me sustento, ni yo puedo alargar mi vida, ni detener la muerte.

Todo el ser y conservación depende de la mano del Señor; humíllese la criatura en su presencia, y tú, carísima, no olvides este documento.

386. “También quiero aprecies como gran tesoro la virtud del silencio, que yo comencé a guardar desde mi nacimiento; porque conocí en el Señor todas las virtudes con la luz que recibí de su mano poderosa, y me aficioné a ésta con mucho afecto, proponiendo tenerla por compañera y amiga toda mi vida; y así lo guardé con inviolable recato, aunque pude hablar luego que salí al mundo. El hablar sin medida y peso es un cuchillo de dos filos que hiere al que habla y juntamente al que oye, y entrambos destruyen la caridad, o la impiden con todas las virtudes. Y de esto entenderás cuánto se ofende Dios con el vicio de la lengua desconcertada y suelta, y con qué justicia aparta su espíritu y esconde su cara de la locuacidad, bullicio y conversaciones, donde hablándose mucho no se pueden excusar graves pecados (Prov 10,19). Sólo con Dios y sus santos se puede hablar con seguridad, y aun eso ha de ser con peso y discreción; pero con las criaturas es muy difícil conservar el medio perfecto, sin pasar de lo justo y necesario a lo injusto y superfluo.

387. “El remedio que te preservará de este peligro es quedar siempre más cerca del extremo contrario, excediendo en callar y enmudeciendo; porque el medio prudente de hablar lo necesario se halla más cerca de callar mucho que de hablar demasiado. Advierte, alma, que sin dejar a Dios en tu interior y secreto, no puedes irte tras de las conversaciones voluntarias de criaturas; y lo que sin vergüenza y nota de grosería no hicieras con otra criatura, no debes hacerlo con el Señor tuyo y de todos. Aparta los oídos de las engañosas fabulaciones, que te pueden obligar a que hables lo que no debes; pues no es justo que hables más de lo que te manda tu Dueño y Señor. Oye a su ley santa, que con mano liberal ha escrito en tu corazón; escucha en él la voz de tu pastor y respóndele allí, y sólo a él. Y quiero dejarte advertida que, si has de ser mi discípula y compañera, ha de ser señalándote por extremo en esta virtud del silencio. Calla mucho, y escribe este documento en tu corazón ahora, y aficiónate más y más a esta virtud, que primero quiero de ti este afecto, y después te enseñaré cómo debes hablar; pero no te impido para que dejes de hablar, amonestando y consolando, a tus hijas y súbditas.

388. “Habla también con los que te puedan dar señas de tu amado y te despierten y enciendan en su amor; y en estas pláticas adquirirás el deseado silencio provechoso para tu alma; pues de aquí te nacerá el horror y hastío de las conversaciones humanas y sólo gustarás de hablar del bien eterno que deseas; y con la fuerza del amor, que transformará tu ser en el amado, desfallecerá el ímpetu de las pasiones y llegarás a sentir algo de aquel martirio dulce que yo padecía cuando me querellaba del cuerpo y de la vida; porque me parecían duras prisiones que detenían mi vuelo, aunque no mi amor. Oh, hija mía, olvídate de todo lo terreno en el secreto de tu silencio y sígueme con todo tu fervor y fuerzas, para que llegues al estado que tu Esposo te convida, donde oigas aquella consolación que a mí me entretenía en mi dolor de amor: Paloma mía, dilata tu corazón, y admite, querida mía, esta dulce pena, que de tu afecto está mi corazón herido. Esto me decía el Señor, y tú lo has oído repetidas veces, porque al solo y silencioso habla Su Majestad.”

CAPITULO 25

[Regresar al Principio](#)

Cómo al año y medio comenzó a hablar la niña María santísima, y sus ocupaciones hasta que fue al templo.

389. Llegó el tiempo en que el silencio santo de María purísima oportuna y perfectamente se rompiese y se oyese en nuestra tierra la voz de aquella tórtola divina (Cant 2,12) que fuese embajadora fidelísima del verano de la gracia. Pero antes de tener licencia del Señor para comenzar a hablar con los hombres, que fue a los diez y ocho meses de su tierna infancia, tuvo una intelectual visión de la divinidad, no intuitiva sino por especies, renovándole las que otras veces había recibido y aumentándole los dones de las gracias y beneficios. Y en esta divina visión pasó entre la niña y el supremo Señor un dulcísimo coloquio que con temor me atrevo a reducir a palabras.

390. Dijo la Reina a Su Majestad: “Altísimo Señor y Dios incomprensible, ¿cómo a la más inútil y pobre criatura favorecéis tanto? ¿Cómo a vuestra esclava, insuficiente para el retorno, inclináis vuestra grandeza con tan amable dignación? ¿El Altísimo mira a la sierva? ¿El Poderoso enriquece a la pobre? ¿El Santo de los santos se inclina al polvo? Yo, Señor, soy párvula entre todas las criaturas, soy la que menos merece vuestros favores, ¿qué haré en vuestra divina presencia? ¿Con qué daré la retribución de lo que os debo? ¿Qué tengo yo, Señor, que no sea vuestro si vos me dais el ser, la vida y movimiento? Pero me gozaré, amado mío, de que vos tengáis todo lo bueno, y que nada

tenga la criatura fuera de vos mismo, y que sea condición y gloria vuestra levantar al que es menos, favorecer al más inútil y dar ser a quien no le tiene, para que así sea vuestra magnificencia más conocida y engrandecida.”

391. El Señor la respondió y dijo: “Paloma y querida mía, en mis ojos hallaste gracia; suave eres, amiga y electa mía, en mis delicias. Te quiero manifestar lo que en ti será de mi mayor agrado y beneplácito.” Estas razones del Señor herían de nuevo y desfallecían con la fuerza del amor el corazón tiernísimo, pero muy robusto, de la niña Reina; y el Altísimo agrado prosiguió y dijo: “Yo soy Dios de misericordias, y con inmenso amor amo a los mortales, y entre tantos que con sus culpas me han desobligado, tengo algunos justos y amigos que de corazón me han servido y sirven. He determinado remediarlos, enviándoles a mi Unigénito para que no carezcan más de mi gloria, ni yo de su alabanza eterna.”

392. A esta proposición respondió la santísima niña María: “Altísimo Señor y Rey poderoso, vuestras son las criaturas y vuestra es la potencia; sólo vos sois el Santo y el supremo Gobernador de todo lo criado; obligaos, Señor, de vuestra misma bondad para acelerar el paso de vuestro Unigénito en la redención de los hijos de Adán; llegue ya el deseado día de mis antiguos padres y vean los mortales vuestra salud eterna. ¿Por qué, amado Dueño mío, pues sois piadoso padre de las misericordias, dilatáis tanto la que tanto esperan vuestros hijos cautivos y afligidos? Si puede mi vida ser de algún servicio, yo os la ofrezco pronta para ponerla por ellos.”

393. La mandó el Altísimo con grande benevolencia, que desde entonces todos los días muchas veces le pidiese la aceleración de la encarnación del Verbo eterno y el remedio de todo el linaje humano, y que llorase los pecados de los hombres, que impedían su misma salud y reparación. Y luego la declaró que ya era tiempo de ejercitar todos los sentidos, y que para mayor gloria suya convenía que hablase con las criaturas humanas. Y para cumplir con esta obediencia, dijo la niña a Su Majestad:

394. “Altísimo Señor de majestad incomprensible, ¿cómo se atreverá el polvo a tratar misterios tan escondidos y soberanos, y en vuestro pecho de tan estimable precio, la que es menor entre los nacidos? ¿Cómo os obligará por ellos y qué puede alcanzar la criatura que en nada os ha servido? Pero vos, amado mío, os daréis por obligado de la misma necesidad, y la enferma buscará la salud, la sedienta deseará las fuentes de vuestra misericordia y obedecerá a vuestra divina voluntad. Y si ordenáis, Señor mío, que yo desate mis labios para tratar y hablar con otros fuera de vos mismo, que sois todo mi bien y mi deseo, atended, os suplico, a mi fragilidad y peligro; muy dificultoso es para la criatura racional no exceder en las palabras; yo callara por esto toda la vida, si fuera de vuestro beneplácito, por no aventurar el perderos; que si lo hiciese, imposible sería vivir un solo punto.”

395. Esta fue la respuesta de la niña santísima María, temerosa del nuevo y peligroso ministerio de hablar que la mandaban; y cuanto era de su voluntad propia, si lo consintiera Dios, tenía deseo de guardar inviolable silencio y enmudecer toda su vida. ¡Gran confusión y ejemplo para la insipiente de los mortales, que temiese el peligro de la lengua la que no podía pecar hablando; y los que no podemos hablar si no es pecando, morimos y nos deshacemos por hacerlo! Pero, dulcísima niña y Reina de todo lo criado, ¿cómo queréis dejar de hablar? ¿No atendéis, Señora mía, que vuestra mudez fuera ruina del mundo, tristeza para el cielo y aun, a nuestro corto entender, fuera gran vacío para la misma beatísima Trinidad? ¿No sabéis que en sola una razón que habéis de responder al arcángel santo, *Fiat mihi* (Lc 1,38) etc., daréis aquel lleno a todo lo que tiene ser? Al Eterno Padre, Hija; al Hijo eterno, Madre; al Espíritu Santo, Esposa; reparo a los ángeles, remedio a los hombres, gloria a los cielos, paz a la tierra, abogada al mundo, salud a los enfermos, vida a los muertos; y cumpliréis la voluntad y beneplácito de todo lo que el mismo Dios puede querer fuera de sí mismo. Pues si de sola vuestra palabra pende la mayor obra del poder inmenso y todo el bien de lo criado, ¿cómo, Señora y Maestra mía, quiere callar quien ha de hablar tan bien? Hablad, pues, niña, y vuestra voz se oiga en todo el ámbito del cielo.

396. Del prudentísimo recato de su Esposa se agradó el Altísimo y fue su corazón herido de nuevo con el amoroso temor de nuestra niña grande. Y como pagada la beatísima Trinidad de su dilecta, y como confiriendo entre sí la petición, dijeron aquellas palabras de los Cantares (Cant 8,8-9 (A.)): “*Pequeña es nuestra hermana y no tiene pechos, ¿qué haremos para nuestra hermana en el día que ha de hablar? Si es muro, edifiquemos en ella torreones de plata. Pequeña eres, querida hermana nuestra, en tus ojos, pero grande eres y lo serás en los nuestros. En ese desprecio con uno de tus cabellos has herido nuestro corazón* (Cant 4,9). *Párvula eres en tu propio juicio y estimación, y eso mismo nos aficiona y enamora. No tienes pechos para alimentar con tus palabras, pero tampoco eres mujer para la ley del*

pecado; que contigo no quise ni quiero que se entienda. Te humillas, siendo grande sobre todas las criaturas; temes, estando segura; previenes el peligro que no te podrá ofender. ¿Qué haremos con nuestra hermana el día que por nuestra voluntad abra sus labios para bendecirnos, cuando los mortales los abren para blasfemar nuestro santo nombre? ¿Qué haremos para celebrar tan festivo día como el que ha de hablar? ¿Con qué premiaremos tan humilde recato de la que siempre fue deleitable a nuestros ojos? Dulce fue su silencio y dulcísima será su voz en nuestros oídos. Si es muralla fuerte por estar fabricada con la virtud de nuestra gracia y asegurada con el poder de nuestro brazo, reedifiquemos sobre tanta fortaleza nuevos propugnáculos de plata, acrecentemos nuevos dones sobre los pasados; y sean de plata para que sea más enriquecida y preciosa, y sus palabras, cuando hubiere de hablar, sean purísimas, cándidas, tersas y sonoras a nuestros oídos, y tenga derramada en sus labios nuestra gracia (Sal 44,3). Y sea con ella nuestra poderosa mano y protección.”

397. Al mismo tiempo que, a nuestro entender, pasaba esta conferencia entre las tres divinas personas, fue nuestra Reina niña confortada y consolada en su humilde cuidado de comenzar a hablar; y el Señor la prometió la gobernaría sus palabras y asistiría en ella, para que todas fuesen de su servicio y agrado. Con lo cual pidió a Su Majestad nueva licencia y bendición para abrir sus labios llenos de gracia. Y para ser en todo prudente y advertida, la primera palabra habló con sus padres san Joaquín y santa Ana, pidiéndoles la bendijesen, como quien después de Dios le habían dado el ser que tenía. La oyeron los dos santos dichosos, y juntamente vieron que comenzaba a andar por sí sola, y la feliz madre Ana con grande alegría de su espíritu, tomándola en sus brazos, la dijo: “Hija mía y querida de mi corazón, sea enhorabuena y para gloria del Altísimo que oigamos vuestra voz y palabras, y que también comencéis a dar pasos para su mayor servicio. Sean vuestras razones y palabras pocas, medidas y de mucho peso, y vuestros pasos rectos y enderezados al servicio y honra de nuestro Criador.”

398. Oyó la niña santísima María estas y otras razones que su madre santa Ana la dijo y las escribió en su tierno corazón, para guardarlas con profunda humildad y obediencia. Y en el año y medio siguiente hasta cumplir los tres, en que fue al templo, fueron muy pocas palabras las que habló, salvo cuando con su madre santa Ana en ocasiones que por oírla hablar la llamaba y mandaba que con ella hablase de Dios y de sus misterios; y la niña divina lo hacía, oyendo y preguntando a su madre. Y la que en sabiduría excedía a todos los nacidos, quería ser enseñada e instruida; y en esto pasaban hija y madre dulcísimos coloquios del Señor.

399. No sería fácil, ni aun posible, decir lo que obró la niña divina María estos diez y ocho meses que estuvo en la compañía de su madre, la que mirando algunas veces a su hija, más venerable que el arca figurativa del testamento, derramaba copiosas y dulces lágrimas de amor y agradecimiento. Pero jamás le dio a entender el sacramento que tenía en su pecho, de que ella era la escogida para Madre del Mesías, aunque muchas veces trataban de este inefable misterio, en que la niña se inflamaba con ardentísimos afectos, y decía grandes excelencias de él y de su propia dignidad, que misteriosamente ignoraba; y en su felicísima madre santa Ana acrecentaba más el gozo, el amor y el cuidado de su tesoro e hija.

400. Eran las fuerzas tiernas de la niña Reina muy desiguales a los ejercicios y obras humildes que la impelía su ferviente y profunda humildad y amor; porque, juzgándose la Señora de todas las criaturas por la más inferior de ellas, quería serlo en las acciones y demostraciones de las obras más abatidas y serviles de su casa. Y creía que, si no los servía a todos, no satisfacía a su deuda ni cumplía con el Señor; siendo verdad que sólo quedaba corta en satisfacer a su inflamado afecto, porque sus fuerzas corporales no alcanzaban a su deseo, y los supremos serafines besaran donde ella ponía sus sagradas plantas; con todo eso intentaba muchas veces ejecutar las obras humildes, como limpiar y barrer su casa; y como esto no se lo consentían, procuraba hacerlo a solas, asistiéndole entonces los santos ángeles y ayudándola, para que en algo consiguiese el fruto de su humildad.

401. No era muy rica la casa de Joaquín, pero tampoco era pobre; y conforme al honrado porte de su familia, deseaba santa Ana aliñar a su hija santísima con el vestido mejor que pudiese, dentro de los términos de la honestidad y modestia. La niña humildísima admitió este afecto materno mientras no hablaba, sin resistir a ello; pero, cuando comenzó a hablar, pidió con humildad a su madre no le pusiese vestido costoso ni de alguna gala, antes fuese grosero, pobre y traído por otros, si fuese posible, y de color pardo de ceniza, cual es el que hoy usan las religiosas de santa Clara (La Venerable autora llevaba, además del hábito de las concepcionistas, el hábito de las clarisas). La madre santa, que a su misma hija miraba y respetaba como a Señora, la respondió: “Hija mía, yo haré lo que me pedís en la forma y color de vuestro vestido; pero vuestras fuerzas de niña no le podrán sufrir tan grosero como vos le deseáis y en esto me obedeceréis a mí.”

402. No replicó la niña obediente a la voluntad de su madre santa Ana, porque jamás lo hacía; y se dejó vestir de lo que ella la dio, aunque fue en el color y forma como lo pedía Su Alteza, semejante a los hábitos de devoción que visten a los niños. Y aunque deseaba más aspereza y pobreza, pero con la obediencia la recompensó, siendo esta virtud más excelente que el sacrificar (1 Sam 15,22); y así quedó la santísima niña María obediente a su madre y pobre en su afecto, juzgándose por indigna de lo que usaba para defender la vida natural. Y en esta obediencia de sus padres fue excelentísima y prontísima los tres años que vivió en su compañía; porque con la divina ciencia, que conocía sus interiores, estaba prevenida para obedecer al punto. Y para lo que ella hacía por sí misma pedía la bendición y licencia a su madre, besándole la mano con grande humillación y reverencia; pero aunque la prudente madre lo consentía en lo exterior, con el interior reverenciaba la gracia y dignidad de su hija santísima.

403. Se retiraba algunas veces en tiempos oportunos para gozar a solas con más libertad de la vista y coloquios divinos de sus ángeles santos y manifestarles con señales exteriores el amor ardiente de su amado. Y en algunos ejercicios que hacía se postraba llorando, y afligiendo aquel cuerpecito perfectísimo y tierno, por los pecados de los mortales, pidiendo e inclinando la misericordia del Altísimo, para que obrase grandes beneficios que desde luego comenzó a merecerles. Y aunque el dolor interno de las culpas que conocía, y la fuerza del amor que se le causaba, hacían en la divina niña efectos de intensísimo dolor y pena, en comenzando a usar de las fuerzas corporales en aquella edad, las estrenó con la penitencia y mortificación, para ser en todo madre de misericordia y medianera de la gracia, sin perder punto, ni tiempo, ni operación, por donde pudiese granjearla para sí y nosotros.

404. En llegando a los dos años, comenzó a señalarse mucho en el afecto y caridad con los pobres. Pedía a su madre santa Ana limosna para ellos; y la piadosa madre satisfacía juntamente al pobre y a su hija santísima, y la exhortaba a que los amase y reverenciase a la que era maestra de caridad y perfección. Y a más de lo que recibía para distribuir a los pobres, reservaba alguna parte de su comida para darles, desde aquella edad, para que pudiese decir mejor que el santo Job: *Desde mi niñez creció la miseración conmigo* (Job 31,18). Daba al pobre la limosna, no como quien la hacía en beneficio de gracia, sino como quien pagaba de justicia la deuda; y decía en su corazón: “A este hermano y señor mío se le debe y no lo tiene y yo lo tengo sin merecerlo;” y entregando la limosna besaba la mano del pobre, y si estaba a solas le besaba los pies, y si no podía hacerlo besaba el suelo donde había pisado. Pero jamás dio limosna a pobre, que no se la hiciese mayor a su alma, pidiendo por ella; y así volvían remediados de alma y cuerpo de su divina presencia.

405. No fue menos admirable la humildad y obediencia de la santísima niña en dejarse enseñar a leer y otras cosas, como es natural en aquella tierna edad. Lo hicieron así sus santos padres, enseñándola a leer y otras cosas; y todo lo admitía y desprendía la que estaba llena de ciencia infusa de todas las materias criadas, y callaba y oía a todos; con admiración de los ángeles, que en una niña miraban tan peregrina prudencia. Su madre santa Ana, según el amor y luz que tenía, estaba atenta a la divina Princesa, y en sus acciones bendecía al Altísimo; pero como se iba acercando el tiempo de llevarla al templo, crecía con el amor el sobresalto de ver que, cumplido el plazo de los tres años señalado por el Todopoderoso, lo ejecutaría luego para que cumpliera con su voto. Para esto comenzó la niña María a prevenir y disponer a su madre, manifestándole seis meses antes el deseo que tenía de verse ya en el templo; y le representaba los beneficios que de la mano del Señor habían recibido, y cuán debido era hacer su mayor beneplácito, y que en el templo, estando dedicada a Dios, la tendría más por suya que en su casa propia.

406. Oía la santa madre Ana las razones prudentes de su niña María santísima y, aunque estaba rendida a la divina voluntad y quería cumplir la promesa de ofrecerle su amada Hija, pero la fuerza del amor natural de tan única y cara prenda, junto con saber el tesoro inestimable que tenía en ella, pugnaban en su fidelísimo corazón con el dolor de la ausencia que ya la amenazaba tan de cerca; y sin duda rindiera la vida a tan viva y dura pena, si la mano poderosa del Altísimo no la confortara; porque la gracia y dignidad, que solo ella conocía, de su divina hija la tenían robado el corazón y su presencia y trato le eran más deseables que la misma vida. Con este dolor respondía tal vez a la niña: “Hija mía querida, muchos años os he deseado y pocos merezco gozar de vuestra compañía, porque se haga la voluntad de Dios; pero, aunque no resisto a la promesa de llevaros al templo, tiempo me queda para cumplirlo; tened paciencia mientras llega el día en que se cumplan vuestros deseos.”

407. Pocos días antes que cumpliera María santísima los tres años, tuvo una visión de la divinidad abstractivamente, en que le fue manifestado se llegaba ya el tiempo en que Su Majestad ordenaba llevarla a su templo, donde viviese dedicada y consagrada a su servicio. Con esta nueva se llenó su purísimo espíritu de nuevo gozo y agradecimiento, y hablando con el Señor le dio gracias y dijo: “Altísimo Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, eterno y sumo bien mío, pues

yo no puedo alabaros dignamente, háganlo en nombre de esta humilde esclava todos los espíritus angélicos, porque vos, Señor inmenso, que de nadie tenéis necesidad, miráis a este vil gusanillo con la grandeza de vuestra liberal misericordia. ¿De dónde a mí tal beneficio, que me recibáis en vuestra casa y servicio, si no merezco el más despreciado lugar de la tierra que me sustenta? Pero si de vuestra misma grandeza os dais por obligado, yo os suplico, Señor mío, pongáis el cumplimiento de esta vuestra santa voluntad en el corazón de mis padres para que así lo ejecuten.”

408. Luego tuvo santa Ana otra visión en que la mandó el Señor cumplierse la promesa llevando al templo a su hija, para presentarla a Su Majestad el mismo día que cumplierse los tres años. Y no hay duda que fue este mandato de mayor dolor para la madre que el de Abrahán en sacrificar a su hijo Isaac; pero el mismo Señor la consoló y confortó, prometiéndola su gracia y asistencia en la soledad de quitarle a su amada hija. La santa matrona se mostró rendida y pronta para cumplir lo que el altísimo Señor la mandaba, y obediente hizo esta oración: “Señor y Dios eterno, dueño de todo mi ser, ofrecida tengo a vuestro templo y servicio a mi hija, que vos con misericordia inefable me habéis dado; vuestra es, yo os la doy con hecho de gracias por el tiempo que la he tenido y por haberla concebido y criado; pero acordaos, Dios y Señor, que con la guarda de vuestro inestimable tesoro estaba rica; tenía compañía en este destierro y valle de lágrimas, alegría en mi tristeza, alivio en mis trabajos, espejo en quien regular mi vida y un ejemplar de encumbrada perfección que estimulaba mi tibieza, fervorizaba mi afecto; y por esta sola criatura esperaba vuestra gracia y misericordia, y todo temo me falte en solo un punto hallándome sin ella. Curad, Señor, la herida de mi corazón y no hagáis conmigo según lo que merezco, pero miradme como padre piadoso de misericordias; yo llevaré mi hija al templo, como vos, Señor, lo mandáis.”

409. Al mismo tiempo había tenido san Joaquín otra visitación o visión del Señor, que le mandaba también lo mismo que a santa Ana. Y habiéndolo conferido entre los dos y conociendo la voluntad divina, determinaron cumplirla con rendimiento y señalaron el día para llevar la niña al templo; aunque no fue menor en su modo el dolor y ternura del santo viejo, pero no tanto como el de santa Ana, porque entonces ignoraba el misterio altísimo de la que había de ser Madre de Dios.

Doctrina de la Reina del cielo.

410. “Hija mía y carísima, advierte que todos los vivientes nacen destinados a la muerte, ignorando el término de su vida; pero lo que de cierto saben es que su plazo es corto y la eternidad sin fin; y que en ella sólo ha de coger el hombre lo que ahora sembrare de malas o buenas obras, que entonces darán su fruto de muerte o vida eterna; y en tan peligroso viaje no quiere Dios que nadie conozca de cierto si es digno de su amor o aborrecimiento (Ecl 9,1); porque si tiene seso, esta duda le sirva de estímulo, para diligenciar con todas sus fuerzas la amistad del mismo Señor. Y él justifica su causa desde que el alma comienza el uso de la razón; porque desde luego enciende en ella una luz y dictamen que le estimula y encamina a la virtud y desvía del pecado, enseñándola a distinguir entre el fuego y agua, abonando el bien y reprendiendo el mal, eligiendo la virtud y reprobando el vicio. A más de esto, la despierta y llama por sí mismo con inspiraciones santas y continuos impulsos, y por medio de los sacramentos, artículos y mandamientos, por los ángeles, predicadores, confesores, prelados y maestros, por los trabajos propios y beneficios, por el ejemplo de los ajenos, en tribulaciones, muertes y otros varios sucesos y medios que su providencia dispone para traer a sí a todos, porque todos quiere sean salvos (1 Tim 2,4) y de estas cosas hace un compuesto de grandes auxilios y favores, de que la criatura puede y debe usar aprovechándose de ellos.

411. “Contra esto procede la contienda de la parte inferior y sensitiva, que con el *tomes peccati* inclina a los objetos sensibles y mueve a la concupiscible e irascible, para que turbando la razón arrastren a la voluntad ciega para abrazar la libertad del deleite. y el demonio con fascinaciones y falsas e inicuas fabulaciones oscurece el sentido interior y oculta el mortal veneno de lo deleitable transitorio (Sab 4,12) Mas no luego desampara el Altísimo a sus criaturas, antes renueva sus misericordias y auxilios, con que de nuevo la revoca y llama; y si responde a las primeras vocaciones, añade otros mayores, según su equidad; y a la correspondencia los va acrecentando y multiplicando; y en premio de que el alma se venció, se le van atenuando las fuerzas a sus pasiones y concupiscencias, y se aligera más el espíritu para que pueda levantarse a lo alto y hacerse muy superior a sus inclinaciones y al demonio.

412. “Pero, si dejándose llevar del deleite y del olvido, da la mano el hombre al enemigo de Dios y suyo, cuanto se va alejando de la bondad divina, tanto menos digno se hace de sus llamamientos y siente menos los auxilios aunque sean

grandes; porque el demonio y las pasiones han cobrado sobre la razón mayor dominio y fuerza y la hacen más inepta e incapaz de la gracia del Altísimo. En esta doctrina, hija y amiga mía, consiste lo principal de la salvación o condenación de las almas, en comenzar a resistir o admitir los auxilios del Señor. Esta doctrina quiero que no la olvides, para que respondas a los muchos llamamientos que tienes de la mano del Altísimo. Procura ser fuerte en resistir a tus enemigos y puntual y eficaz en ejecutar el gusto de tu Señor, con que le darás agrado, y atender a su querer, que con su divina luz conoces. Grande amor tenía yo a mis padres, y las razones y ternura de mi madre me herían el corazón, pero, como sabía era orden y agrado del Señor dejarlos, olvidé su casa y mi pueblo (Sal 44,11) no más de para seguir a mi Esposo. La buena crianza y doctrina de la niñez hace mucho para después, y que la criatura se halle más libre y habituada a la virtud, comenzando desde el puerto de la razón a seguir este norte verdadero y seguro.”

MISTICA CIUDAD DE DIOS

VIDA DE LA VIRGEN MARIA

María de Jesús Agreda

LIBRO II

CAPITULO 1

De la presentación de María santísima en el templo el año tercero de su edad.

CAPITULO 2

De un singular favor que hizo el Altísimo a María santísima luego que se quedó en el templo.

CAPITULO 3

De la doctrina que me dio la Reina del cielo para los cuatro votos de mi profesión.

CAPITULO 4

De la perfección con que Maria santísima guardaba las ceremonias del templo y lo que en el le ordenaron

CAPITULO 5

Del grado perfectísimo de las virtudes de María santísima en general y cómo las iba ejecutando.

CAPITULO 6

De la virtud de la fe y su ejercicio que tuvo María santísima.

CAPITULO 7

De la virtud de la esperanza y ejercicio de ella que tuvo la Virgen Señora nuestra.

CAPITULO 8

De la virtud de la caridad de María santísima Señora nuestra.

CAPITULO 9

De la virtud de la prudencia de la santísima Reina del cielo.

CAPITULO 10

De la virtud de la justicia que tuvo María santísima.

CAPITULO 11

De la virtud de la fortaleza que tuvo María santísima.

CAPITULO 12

De la virtud de la templanza que María santísima tuvo.

CAPITULO 13

De los siete dones del Espíritu Santo que tuvo María santísima.

CAPITULO 14

Se declaran las formas y modos de visiones divinas que tenía la Reina del cielo y los efectos que en ella causaban.

CAPITULO 15

Se declara otro modo de vista y comunicación que tenía María santísima con los santos ángeles que la asistían.

CAPITULO 16

Se continúa la infancia de María santísima en el templo; la previene el Señor para trabajos, y muere su padre san Joaquín.

CAPITULO 17

Comienza a padecer en su niñez la Princesa del cielo María santísima; auséntasele Dios; sus querellas dulces y amorosas.

CAPITULO 18

Se continúan otros trabajos de nuestra Reina y algunos que permitió el Señor por medio de criaturas y de la antigua serpiente.

CAPITULO 19

El Altísimo dio luz a los sacerdotes de la inocencia inculpable de María santísima, y a ella de que estaba cerca el tránsito dichoso de su madre santa Ana; y se halló en él.

CAPITULO 20

Se manifiesta el Altísimo a su dilecta María nuestra Princesa con un singular favor.

CAPITULO 21

Manda el Altísimo a María santísima que tome estado de matrimonio, y la respuesta de este mandato.

CAPITULO 22

Se celebra el desposorio de María santísima con el santo y castísimo José.

CAPITULO 23

Se explica parte del capítulo 31 de las Parábolas de Salomón, a donde me remitió el Señor para manifestar el orden de vida que María santísima dispuso en el matrimonio.

CAPITULO 24

Prosigue el mismo asunto con la explicación de lo restante del capítulo 31 de las Parábolas. (Prov 31,16)

LIBRO II

CONTIENE LA PRESENTACIÓN AL TEMPLO DE LA PRINCESA DEL CIELO; LOS FAVORES QUE LA DIESTRA DIVINA LA HIZO; LA ALTÍSIMA PERFECCIÓN CON QUE OBSERVÓ LAS CEREMONIAS DEL TEMPLO; EL GRADO DE SUS HEROICAS VIRTUDES Y MODO DE VISIONES QUE TUVO; SU SANTÍSIMO DESPOSORIO Y LO RESTANTE HASTA LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS.

CAPITULO 1

[Regresar al Principio](#)

De la presentación de María santísima en el templo el año tercero de su edad.

413. Entre las sombras que figuraban a María santísima en la ley escrita, ninguna fue más expresa que el Arca del Testamento, así por la materia de que estaba fabricada, como por lo que en sí contenía, y para lo que servía en el pueblo de Dios, y las demás cosas que mediante el arca y con ella y por ella hacía y obraba el mismo Señor en aquella antigua Sinagoga; que todo era un dibujo de esta Señora y de lo que por ella y con ella había de obrar en la nueva Iglesia del evangelio. La materia del cedro incorruptible (Ex 25,10) de que no acaso pero con divino acuerdo fue fabricada, expresamente señala a nuestra arca mística María, libre de la corrupción del pecado actual y de la carcoma oculta del original y su inseparable concupiscencia y pasiones. El oro finísimo y purísimo que por dentro y fuera la vestía (ib. 11) cierto es que fue lo más perfecto y levantado de la gracia y dones que en sus pensamientos divinos, y en sus obras y costumbres, hábitos y potencias resplandecía, sin que a la vista de lo interior y exterior de esta arca se pudiese divisar parte, tiempo, ni momento en que no estuviese toda llena y vestida de gracia, y gracia de subidísimos quilates

414. Las tablas lapídeas de la ley, la urna del maná y vara de los prodigios, que aquella antigua arca contenía y guardaba, no pudo significar con mayor expresión al Verbo eterno humanado, encerrado en esta arca viva de María santísima, siendo su Hijo unigénito la piedra fundamental (1 Cor 3,11) y viva del edificio de la Iglesia evangélica; la angular (Ef 2,20) que juntó a los dos pueblos, judaico y gentil, tan divisos, y que para esto se cortó del monte (Dan 2,34) de la eterna generación, y para que, escribiéndose en ella con el dedo de Dios la nueva ley de gracia, se depositase en el arca virginal de María; y para que se entienda que era depositaria esta gran Reina de todo lo que Dios era y obraba con las criaturas. Encerraba también consigo el maná de la divinidad y de la gracia y el poder y vara de los prodigios y maravillas, para que sólo en esta arca divina y mística se hallase la fuente de las gracias, que es el mismo ser de Dios, y de ella redundasen a los demás mortales, y en ella y por ella se obrasen las maravillas y prodigios del brazo de Dios; y todo lo que este Señor quiere, es y obra, se entienda que en María está encerrado y depositado.

415. A todo esto era consiguiente que el arca del testamento - no por la figura y sombra, sino por la verdad que significaba - sirviese de peana y asiento al propiciatorio (Ex 26,34) donde el Señor tenía el asiento y tribunal de las misericordias para oír a su pueblo, responderle y despachar sus peticiones y favores; porque de ninguna otra criatura hizo Dios trono de gracia fuera de María santísima; ni tampoco podía dejar de hacer propiciatorio de esta mística y verdadera arca, supuesto que la había fabricado para encerrarse en ella. Y así parece que el tribunal de la divina justicia se quedó en el mismo Dios y el propiciatorio y tribunal de la misericordia le puso en María dulcísima, para que a ella como a trono de gracia llegásemos con segura confianza a presentar nuestras peticiones, a pedir los beneficios, gracias y misericordias, que, fuera del propiciatorio de la gran reina María, ni son oídas ni despachadas para el linaje humano.

416. Arca tan misteriosa y consagrada, fabricada por la mano del mismo Señor para su habitación y propiciatorio para su pueblo, no estaba bien fuera de su templo, donde estaba guardada la otra arca material, que era figura de esta verdadera y espiritual Arca del Nuevo Testamento. Por esto ordenó el mismo Autor de esta maravilla que María santísima fuese colocada en su casa y templo, cumplidos los tres años de su felicísima natividad. Verdad es que no sin grande admiración hallo una diferencia admirable en lo que sucedió con aquella primera y figurativa arca y lo que sucede con la segunda y verdadera; pues cuando el rey David trasladó el arca a diferentes lugares, y después su hijo Salomón la trasladó o colocó en el templo como a su lugar y asiento propio, aunque no tenía aquella arca más grandeza que significar a María purísima y sus misterios, fueron sus traslaciones y mudanzas tan festivas y llenas de regocijo para aquel antiguo pueblo como lo testifican las solemnes procesiones que hizo David de casa de Aminadab a la de Obededón y de ésta al tabernáculo de Sión, ciudad propia del mismo David; y cuando de Sión la trasladó Salomón al nuevo templo, que para casa de Dios y de oración edificó por precepto del mismo Señor (2 Sam 6,10,12; 3 Re 8,6; 2 Par 5 (A.)).

417. En todas estas traslaciones fue llevada la antigua Arca del Testamento con pública veneración y culto solemnísimos de músicas, danzas, sacrificios y júbilo de aquellos reyes y de todo el pueblo de Israel, como lo refiere la sagrada historia de los libros II y III de los Reyes y I y II del Paralipómenon. Pero nuestra arca mística y verdadera, María santísima, aunque era la más rica, estimable y digna de toda veneración entre las criaturas, no fue llevada al

templo con tan solemne aparato y ostentación pública; no hubo en esta misteriosa traslación sacrificios de animales, ni la pompa real y majestad de Reina, antes bien fue trasladada de casa de su padre Joaquín, en los brazos humildes de su madre Ana, que, si bien no era muy pobre, pero en esta ocasión llevó a su querida Hija a presentar y depositarla en el templo con recato humilde, como pobre, sola y sin ostentación popular. Toda la gloria y majestad de esta procesión quiso el Altísimo que fuese invisible y divina; porque los sacramentos y misterios de María santísima fueron tan levantados y ocultos que muchos de ellos lo están hasta el día de hoy por los investigables juicios del Señor, que tiene destinado el tiempo y hora para todas las cosas y para cada una.

418. Admirándome yo de esta maravilla en presencia del Muy Alto y alabando sus juicios, se dignó Su Majestad de responderme de esta manera: “Advierte, alma, que yo si ordené fuese venerada el Arca del Antiguo Testamento con tanta festividad y aparato, fue porque era figura expresa de la que había de ser Madre del Verbo humanado. Aquella era arca irracional y material, y con ella sin dificultad se podía hacer aquella celebridad y ostentación; pero con el arca verdadera y viva no permití yo esto, mientras vivió en carne mortal, para enseñar con este ejemplo lo que tú y las demás almas debéis advertir, mientras sois peregrinos en la tierra. A mis electos, que están escritos en mi mente y aceptación para eterna memoria, no quiero yo ponerlos en ocasión que la honra y el aplauso ostentoso y desmedido de los hombres les sea parte de premio en la vida mortal, por lo que en ella trabajan por mi honra y servicio; ni tampoco les conviene el peligro de repartir el amor, en quien los justifica y hace santos y en quien los celebra por tales. Uno es el Criador que los hizo y sustenta, ilumina y defiende; uno ha de ser el amor y atención y no se debe partir ni dividir, aunque sea para remunerar y agradecer las honras que con piadoso celo se les hacen a los justos. El amor divino es delicado, la voluntad humana fragilísima y limitada; y dividida, es poco y muy imperfecto lo que hace, y ligeramente lo pierde todo. Por esta doctrina y ejemplar con la que era santísima y no podía caer por mi protección, no quise que fuese conocida, ni honrada en su vida, ni llevada al templo con ostentación de honra visible.

419. “A más de esto, yo envié a mi Unigénito del cielo y crié a la que había de ser su Madre, para que sacasen al mundo de su error y desengañasen a los mortales, de que era ley iniquísima y establecida por el pecado que el pobre fuese despreciado y el rico estimado; que el humilde fuese abatido y el soberbio ensalzado; que el virtuoso fuese desacreditado y el pecador acreditado; que el temeroso y encogido fuese juzgado por insensato y el arrogante fuese tenido por valeroso; que la pobreza fuese ignominiosa y desdichada; las riquezas, fausto, ostentación, pompas, honras, deleites perecederos buscados y apreciados de los hombres insipientes y carnales. Todo esto vino el Verbo encarnado y su Madre a reprobado y condenar por engañoso y mentiroso, para que los mortales conozcan el formidable peligro en que viven en amarlo y en entregarse tan ciegamente a la mentira dolosa de lo sensible y deleitable. Y de este insano amor les nace que con tanto esfuerzo huyan de la humildad, mansedumbre y pobreza, y desvíen de sí todo lo que tiene olor de virtud verdadera de penitencia y negación de sus pasiones; siendo esto lo que obliga a mi equidad y es aceptable en mis ojos, porque es lo santo, lo honesto, lo justo y que ha de ser premiado con remuneración de eterna gloria, y lo contrario con sempiterna pena.

420. “Esta verdad no alcanzan los ojos terrenos de los mundanos y carnales, ni quieren atender a luz que se la enseñaría; pero tú, alma, óyela y escríbela en tu corazón con el ejemplo del Verbo humanado, de la que fue su Madre y le imitó en todo. Santa era, y en mi estimación y agrado la primera después de Cristo, y se le debía toda veneración y honra de los hombres, pues no le pudieran dar la que merecía; pero yo previne y ordené que no fuese honrada ni conocida por entonces, para poner en ella lo más santo, lo más perfecto, lo más apreciable y seguro, que mis escogidos habían de imitar y aprender de la Maestra de la verdad; y esto era la humildad, el secreto, el retiro, el desprecio de la vanidad engañosa y formidable del mundo, el amor a los trabajos, tribulaciones, contumelias, aflicciones y deshonras de las criaturas. Y porque todo esto no se compadece ni conviene con los aplausos, honras y estimación de los mundanos, determiné que María purísima no las tuviese, ni quiero que mis amigos las reciban ni admitan. Y si para mi gloria yo los doy a conocer alguna vez al mundo, no es porque ellos lo desean, ni lo quieren; mas con su humildad, y sin salir de sus límites, se rinden a mi disposición y voluntad; y para sí y por sí desean y aman lo que el mundo desecha, y lo que el Verbo humanado y su Madre santísima obraron y enseñaron. Esta fue la respuesta del Señor a mi admiración y reparo; con que me dejó satisfecha y enseñada en lo que debo y deseo ejecutar.”

421. Cumplido ya el tiempo de los tres años determinados por el Señor, salieron de Nazaret Joaquín y Ana, acompañados de algunos deudos, llevando consigo la verdadera Arca viva del testamento, María santísima, en los brazos de su madre, para depositarla en el templo santo de Jerusalén. Corría la hermosa niña con sus afectos fervorosos tras el olor de los unguentos de su amado (Cant 1,3) para buscar en el templo al mismo que llevaba en su

corazón. Iba esta humilde procesión muy sola de criaturas terrenas y sin alguna visible ostentación, pero con ilustre y numeroso acompañamiento de espíritus angélicos que para celebrar esta fiesta habían bajado del cielo, a más de los ordinarios que guardaban a su Reina niña, y cantando con música celestial nuevos cánticos de gloria y alabanza del Altísimo oyéndolos y viéndolos a todos la Princesa de los cielos, que caminaba hermosos pasos a la vista del supremo y verdadero Salomón prosiguieron su jornada de Nazaret hasta la ciudad santa de Jerusalén, sintiendo los dichosos padres de la niña María grande júbilo y consolación de su espíritu.

422. Llegaron al templo santo, y la bienaventurada Ana, para entrar con su hija y Señora en él, la llevó de la mano, asistiéndolas particularmente el santo Joaquín; y todos tres hicieron devota y fervorosa oración al Señor: los padres ofreciéndole a su hija y la hija santísima ofreciéndose a sí misma con profunda humildad, adoración y reverencia. Y sola ella conoció cómo el Altísimo la admitía y recibía; y entre un divino resplandor que llenó el templo, oyó una voz que le decía: “Ven, esposa mía, electa mía, ven a mi templo, donde quiero que me alabes y me bendigas.” Hecha esta oración se levantaron y fueron al sacerdote y le entregaron los padres a su hija y niña María, y el sacerdote le dio su bendición; y juntos todos la llevaron a un cuarto, donde estaba el colegio de las doncellas que se criaban en recogimiento y santas costumbres, mientras llegaban a la edad de tomar estado de matrimonio; y especialmente se recogían allí las primogénitas del tribu real de Judá y del tribu sacerdotal de Leví.

423. La subida de este colegio tenía quince gradas, adonde salieron otros sacerdotes a recibir la bendita niña María; y el que la llevaba, que debía de ser uno de los ordinarios y la había recibido, la puso en la grada primera; ella le pidió licencia y, volviéndose a sus padres Joaquín y Ana, hincando las rodillas les pidió su bendición y les besó la mano a cada uno, rogándoles la encomendasen a Dios. Los santos padres con gran ternura y lágrimas la echaron bendiciones, y, en recibíendolas, subió por sí sola las quince gradas con incomparable fervor y alegría, sin volver la cabeza ni derramar lágrima, ni hacer acción pàrvula, ni mostrar sentimiento de la despedida de sus padres; antes puso a todos en admiración el verla en edad tan tierna con majestad y entereza tan peregrina. Los sacerdotes la recibieron y llevaron al colegio de las demás vírgenes; y el santo Simeón, sumo sacerdote, la entregó a las maestras, una de las cuales era Ana profetisa. Esta santa matrona había sido prevenida con especial gracia y luz del Altísimo para que se encargase de aquella niña de Joaquín y Ana, y así lo hizo por divina dispensación, mereciendo por su santidad y virtudes tener por discípula a la que había de ser Madre de Dios y maestra de todas las criaturas.

424. Los padres, Joaquín y Ana, se volvieron a Nazaret doloridos, y pobres sin el rico tesoro de su casa, pero el Altísimo los confortó y consoló en ella. El santo sacerdote Simeón, aunque por entonces no conoció el misterio encerrado en la niña María, pero tuvo grande luz de que era santa y escogida del Señor; y los otros sacerdotes también sintieron de ella con gran alteza y reverencia. En aquella escala que subió la niña se ejecutó con toda propiedad lo que Jacob vio en la suya (Gen 28,12) que subían y bajaban ángeles; unos que acompañaban y otros que salían a recibir a su Reina; y en lo supremo de ella aguardaba Dios para admitirla por Hija y por Esposa; y ella conoció en los efectos de su amor que verdaderamente aquella era casa de Dios y puerta del cielo.

425. La niña María, entregada y encargada a su maestra, con humildad profunda le pidió de rodillas la bendición, y la rogó que la recibiese debajo de su obediencia, enseñanza y consejo, y que tuviese paciencia en lo mucho que con ella trabajaría y padecería. Ana profetisa, su maestra, la recibió con agrado y la dijo: “Hija mía, en mi voluntad hallaréis madre y amparo y yo cuidaré de vos y de vuestra crianza con todo el desvelo posible.” Luego pasó a ofrecerse con la misma humildad a todas las doncellas que allí estaban, y a cada una singularmente la saludó y abrazó y se dedicó por sierva suya, y les pidió que como mayores y más capaces de lo que allí habían de hacer la enseñasen y mandasen; y diales gracias porque sin merecerlo la admitían en su compañía.

Doctrina de la santísima Virgen María.

426. “Hija mía, la mayor dicha que puede venirle en esta vida mortal a un alma es que la traiga el Altísimo a su casa y la consagre toda a su servicio; porque con este beneficio la rescata de una peligrosa esclavitud y la alivia de la vil servidumbre del mundo, donde sin perfecta libertad come su pan con el sudor de su cara (Gen 3,19). ¿Quién hay tan insipiente y tenebroso que no conozca el peligro de la vida mundana, con tantas leyes y costumbres abominables y pésimas como la astucia diabólica y la perversidad de los hombres han introducido? La mejor parte es la religión y retiro; aquí se halla puerto seguro y lo demás todo es tormenta y olas alteradas y llenas de dolor y desdichas; y no reconocer los hombres esta verdad y agradecer este singular beneficio, es fea dureza de corazón y olvido de sí mismos.

Pero tú, hija mía, no te hagas sorda a la voz del Altísimo, atiende y obra y responde a ella; y te advierto que uno de los mayores desvelos del demonio es impedir la vocación del Señor cuando llama y dispone a las almas para que se dediquen a su servicio.”

427. Sólo aquel acto público y sagrado de recibir el hábito y entrar en la religión, aunque no se haga siempre con el fervor y pureza de intención debida, indigna y enfurece al dragón infernal y a sus demonios, así por la gloria del Señor y gozo de los santos ángeles, como porque sabe aquel mortal enemigo que la religión lo santifica y perfecciona. Y sucede muchas veces que habiéndola recibido por motivos humanos y terrenos, obra después la divina gracia y lo mejora y ordena todo. Y si esto puede cuando el principio no fue con intención tan recta como convenía, mucho más poderosa y eficaz será la luz y virtud del Señor y la disciplina de la religión, cuando el alma entra en ella movida del divino amor y con íntimo y verdadero deseo de hallar a Dios, servirle y amarle.

428. Y para que el Altísimo reforme o adelante al que viene a la religión por cualquier motivo que traiga, conviene que, en volviendo al mundo las espaldas, no le vuelva los ojos y que borre todas sus imágenes de la memoria y olvide lo que tan dignamente ha dejado en el mundo. A los que no atienden a esta enseñanza y son ingratos y desleales con Dios, sin duda les viene el castigo de la mujer de Lot (Gen 19,26) que si por la divina piedad no es tan visible y patente a los ojos exteriores, pero le reciben interiormente, quedando helados, secos y sin fervor ni virtud. Y con este desamparo de la gracia, ni consiguen el fin de su vocación, ni aprovechan en la religión, ni hallan consuelo espiritual en ella, ni merecen que el Señor les mire y visite como a hijos; antes los desvía como esclavos infieles y fugitivos. Advierte, María, que para ti todo lo del mundo ha de estar muerto y crucificado, y tú para él, sin memoria, ni imagen, ni atención, ni afecto o cosa alguna terrena y si tal vez fuere necesario ejercitar la caridad con los prójimos, ordénala tan bien que en primer lugar pongas el bien de tu alma y tu seguridad y quietud, paz y tranquilidad interior. Y en estas advertencias todo extremo, que no sea vicio, te lo amonesto y mando si has de estar en mi escuela.”

CAPITULO 2

[Regresar al Principio](#)

De un singular favor que hizo el Altísimo a María santísima luego que se quedó en el templo.

429. Cuando la divina niña María, despedidos sus padres, se quedó en el templo para vivir en él, le señaló su maestra el retiro que le tocaba entre las demás vírgenes, que eran como unas grandes alcobas o pequeños aposentos para cada una. Se postró en tierra la Princesa de los cielos y, con advertencia de que era suelo y lugar del templo, le besó y adoró al Señor dándole gracias por aquel nuevo beneficio, y a la misma tierra, porque la había recibido y sustentaba, siendo indigna de aquel bien, de pisarla y estar en ella. Luego se convirtió a sus ángeles santos y les dijo: “Príncipes celestiales, nuncios del Altísimo, fidelísimos amigos y compañeros míos, yo os suplico con todo el afecto de mi alma, que en este santo templo de mi Señor hagáis conmigo el oficio de vigilantes centinelas, avisándome de todo lo que debo hacer; enseñadme y encaminadme como maestros y nortes de mis acciones, para que acierte en todo a cumplir la voluntad perfecta del Altísimo, dar gusto a los santos sacerdotes y obedecer a mi maestra y compañeras.” Y hablando con los doce ángeles singularmente que arriba dijimos (Cf supra 202 y 273) eran los doce del Apocalipsis les dijo: “Y a vosotros, embajadores míos, os pido que, si el Altísimo os diere su licencia, vais [sic] a consolar a mis santos padres en su aflicción y soledad.”

430. Obedecieron a su Reina los doce ángeles y, quedando con los demás en coloquios divinos, sintió una virtud superior que la movía fuerte y suave y la espiritualizaba y levantaba en un ardiente éxtasis; y luego el Altísimo mandó a los serafines que la asistían ilustrasen su alma santísima y la preparasen. Y luego le fue dado un lumen y cualidad divina que perfeccionase y proporcionase sus potencias con el objeto que le querían manifestar. Y con esta preparación, acompañada de todos sus santos ángeles y otros muchos, vestida la divina niña de una refulgente nubecilla, fue llevada en cuerpo y alma hasta el cielo empíreo, donde fue recibida de la santísima Trinidad con digna benevolencia y agrado. Se postró ante la presencia del poderosísimo y altísimo Señor, como solía en las demás visiones, y le adoró con profunda humildad y reverencia. Y luego la volvieron a iluminar de nuevo con otra cualidad o lumen con el cual vio la divinidad intuitiva y claramente; siendo esta la segunda vez que se le manifestó por este modo intuitivo a los tres años de su edad.

431. No hay sentido ni lengua que pueda manifestar los efectos de esta visión y participación de la divina esencia. La

persona del eterno Padre habló a la futura Madre de su Hijo, y la dijo: “Paloma mía y dilecta mía, quiero que veas los tesoros de mi ser inmutable y perfecciones infinitas y los ocultos dones que tengo destinados para las almas que tengo elegidas para herederas de mi gloria, que serán rescatadas con la sangre del Cordero que por ellas ha de morir. Conoce, hija mía, cuán liberal soy para mis criaturas que me conocen y aman; cuán verdadero en mis palabras, cuán fiel en mis promesas, cuán poderoso y admirable en mis obras. Advierte, esposa mía, cómo es verdad infalible que quien me siguiere no vivirá en tinieblas. De ti quiero que, como mi escogida, seas testigo de vista de los tesoros que tengo aparejados para levantar los humildes, remunerar los pobres, engrandecer los abatidos y premiar todo lo que por mi nombre hicieren o padecieren los mortales.”

432. Otros sacramentos grandes conoció la santísima niña en esta visión de la divinidad, porque el objeto es infinito; y aunque se le había manifestado otra vez claramente, pero siempre le resta infinito que comunicar de nuevo con más admiración y mayor amor de quien recibe este favor. Respondió la santísima María al Señor, y dijo: “Altísimo y supremo Dios' eterno, incomprendible sois en vuestra grandeza, rico en misericordias, abundante en tesoros, inefable en misterios, fidelísimo en promesas, verdadero en palabras, perfectísimo en vuestras obras, porque sois Señor infinito y eterno en vuestro ser y perfecciones. Pero ¿qué hará, altísimo Señor, mi pequeñez a la vista de vuestra grandeza? Indigna me reconozco de mirar vuestra grandeza que veo, pero necesitada de que con ella me miréis. En vuestra presencia, Señor, se aniquila toda criatura, ¿qué hará vuestra sierva, que es polvo? Cumplid en mí todo vuestro querer y beneplácito; y si en vuestros ojos son tan estimables los trabajos y desprecios de los mortales, la humildad, la paciencia y mansedumbre en ellos, no consintáis, amado mío, que yo carezca de tan rico tesoro y prendas de vuestro amor; y dad el premio de ello a vuestros siervos y amigos, que lo merecerán mejor, pues nada he trabajado yo en vuestro servicio y agrado.”

433. El Altísimo se agradó mucho de la petición de la divina niña y la dio a conocer cómo la admitía para concederle que trabajase y padeciese por su amor en el discurso de su vida, sin entender entonces el orden y modo como había de suceder todo. Dio gracias la Princesa del cielo por este beneficio y favor de que era escogida para trabajar y padecer por el nombre y gloria del Señor y, fervorosa con el deseo de conseguirlo, pidió licencia a Su Majestad para hacer en su presencia cuatro votos; de castidad, pobreza, obediencia y perpetuo encerramiento en el templo, adonde la había traído. A esta petición la respondió el Señor, y la dijo: “Esposa mía, mis pensamientos se levantan sobre todas las criaturas y tú, electa mía, ahora ignoras lo que en el discurso de tu vida te puede suceder y que no será posible en todo cumplir tus fervorosos deseos en el modo que ahora piensas; el voto de castidad admito y quiero le hagas, y que renuncies desde luego las riquezas terrenas; si bien es mi voluntad que en los demás votos y en sus materias obres, en lo posible, como si los hubieras hecho todos; y tu deseo se cumplirá en otras muchas doncellas que, en el tiempo venidero de la ley de gracia, por seguirte y servirme harán los mismos votos viviendo juntas en congregación, y serás madre de muchas hijas.”

434. Hizo luego la santísima niña en presencia del Señor el voto de castidad, y en lo demás sin obligarse renunció todo el afecto de lo terreno y criado; y propuso obedecer por Dios a todas las criaturas. Y en el cumplimiento de estos propósitos fue más puntual, fervorosa y fiel que ninguno de cuantos por voto lo prometieron ni prometerán. Con esto cesó la visión intuitiva y clara de la divinidad, pero no luego fue restituida a la tierra; porque en otro estado más inferior tuvo luego otra visión imaginaria del mismo Señor y estando siempre en el cielo empíreo; de manera que se siguieron a la vista de la divinidad otras visiones imaginarias.

435. En esta segunda e imaginaria visión llegaron a ella algunos serafines de los más inmediatos al Señor y, por mandado suyo, la adornaron y compusieron en esta forma. Lo primero, todos sus sentidos fueron como iluminados con una claridad o lumen que los llenaba de gracia y hermosura. Luego la vistieron una ropa o tunicela preciosísima de refulgencia y la ciñeron con una cintura de piedras diferentes de varios colores transparentes, lucidísimos y brillantes, que toda la hermoseaba sobre la humana ponderación; y significaba la pura candidez y heroicas y diferentes virtudes de su alma santísima. La pusieron también una gargantilla o collar inestimable y de subido valor con tres grandes piedras, símbolo de las tres mayores y excelentes virtudes, fe, esperanza y caridad; y estas pendían del collar sobre el pecho, como señalando su lugar y asiento de tan ricas joyas. Le dieron tras esto siete anillos de rara hermosura en sus manos, donde se los puso el Espíritu Santo en testimonio de que la adornaba con sus dones en grado eminentísimo. Y sobre este adorno la santísima Trinidad puso sobre su cabeza una imperial corona de materia y piedras inestimables, constituyéndola juntamente por Esposa suya y por Emperatriz del cielo; y en fe de todo esto la vestidura cándida y refulgente estaba sembrada de unas letras o cifras de finísimo oro y muy brillante, que decían: “María hija del eterno

Padre, Esposa del Espíritu Santo y Madre de la verdadera luz.” Esta última empresa o título no entendió la divina Señora, pero los ángeles sí, que admirados en la alabanza del Autor asistían a obra tan peregrina y nueva; y en cumplimiento de todo esto puso el Altísimo en los mismos espíritus angélicos nueva atención, y salió una voz del trono de la santísima Trinidad, que hablando con María santísima le dijo: “Nuestra Esposa, nuestra querida y escogida entre las criaturas serás por toda la eternidad; los ángeles te servirán y todas las naciones y generaciones te llamarán bienaventurada.” (Lc 1,48).

436. Adornada la soberana niña con las galas de la divinidad, se celebró luego el desposorio más célebre y maravilloso que pudo imaginar ninguno de los más altos querubines y serafines, porque el Altísimo la admitió por Esposa única y singular y la constituyó en la más suprema dignidad que pudo caber en pura criatura, para depositar en ella su misma divinidad en la persona del Verbo y con él todos los tesoros de gracias que a tal eminencia convenían. Estaba la humildísima entre los humildes absorta en el abismo de amor y admiración que la causaban tales favores y beneficios y en presencia del Señor, dijo:

437. “Altísimo Rey y Dios incomprendible, ¿quién sois vos y quién soy yo, para que vuestra dignación mire a la que es polvo, indigna de tales misericordias? En vos, Señor mío, como en espejo claro, conociendo vuestro ser inmutable, veo y conozco sin engaño la bajeza y vileza del mío, miro vuestra inmensidad y mi nada, y en este conocimiento quedo aniquilada y deshecha con admiración de que la Majestad infinita se incline a tan humilde gusanillo, que sólo puede merecer el desecho y desprecio entre todas las criaturas. ¡Oh Señor y bien mío, qué magnificado y engrandecido seréis en esta obra! ¡Qué admiración causaréis conmigo en vuestros espíritus angélicos, que conocen vuestra infinita bondad, grandeza y misericordias, en levantar al polvo y a la que en él es pobre (Sal 112,7) para colocarla entre los príncipes! Yo, Rey mío y mi Señor, os admito por mi Esposo y me ofrezco por vuestra esclava. No tendrá mi entendimiento otro objeto, ni mi memoria otra imagen, ni mi voluntad otro fin ni deseo fuera de vos, sumo, verdadero y único bien y amor mío, ni mis ojos se levantarán para ver otra criatura humana, ni atenderán mis potencias y sentidos a nadie fuera de vos mismo y a lo que Vuestra Majestad me encaminare; solo vos, amado mío, seréis para vuestra Esposa (Cant 2,16) y ella para solo vos, que sois inconmutable y eterno bien.”

438: Recibió el Altísimo con inefable agrado esta aceptación que hizo la soberana Princesa del nuevo desposorio que con su alma santísima había celebrado; y, como a verdadera Esposa y Señora de todo lo criado, le puso en sus manos todos los tesoros de su poder y gracia y la mandó que pidiese lo que deseaba, que nada le sería negado. Lo hizo así la humildísima paloma y pidió al Señor con ardentísima caridad enviase a su Unigénito al mundo para remedio de los mortales; que a todos los llamase al conocimiento verdadero de su divinidad; que a sus padres naturales Joaquín y Ana les aumentase en el amor y dones de su divina diestra; que a los pobres y afligidos los consolase y confortase en sus trabajos; y para sí misma pidió el cumplimiento y beneplácito de la divina voluntad. Estas fueron las peticiones más particulares que hizo la nueva esposa María en esta ocasión a la beatísima Trinidad. Y todos los espíritus angélicos en alabanza del Altísimo hicieron nuevos cánticos de admiración y, con música celestial, los que Su Majestad destinó volvieron a la santísima niña desde el cielo empíreo al lugar del templo, de donde la habían llevado.

439. Y para comenzar luego a poner por obra lo que Su Alteza había prometido en presencia del Señor, fue a su maestra y la entregó todo cuanto su madre santa Ana le había dejado para su necesidad y regalo, hasta unos libros y vestuario; y la rogó lo distribuyese a los pobres, o como ella gustase disponer de ello, y la mandase y ordenase lo que debía hacer. La discreta maestra, que ya he dicho era Ana la profetisa, con divino impulso admitió y aprobó lo que la hermosa niña María ofrecía y la dejó pobre y sin cosa alguna más de lo que tenía vestido; y propuso cuidar singularmente de ella como de más destituida y pobre, porque las otras doncellas cada una tenía su peculio y homenaje señalado y propio de sus ropas y otras cosas a su voluntad

440. Le dio también la maestra orden de vivir a la dulcísima niña, habiéndolo comunicado primero con el sumo sacerdote; y con esta desnudez y resignación consiguió la Reina y Señora de las criaturas quedar sola, destituida y despojada de todas ellas y de sí misma, sin reservar otro afecto ni posesión más de solo el amor ardentísimo del Señor y de su propio abatimiento y humillación. Yo confieso mi suma ignorancia, mi vileza, mi insuficiencia y que del todo me hallo indigna para explicar misterios tan soberanos y ocultos; donde las lenguas expeditas de los sabios y la ciencia y amor de los supremos querubines y serafines fueran insuficientes ¿qué podrá decir una mujer inútil y abatida? Conozco cuánto ofendiera a la grandeza de sacramentos tan venerables, si la obediencia no me excusara; pero aun con ella temo y creo que ignoro y callo lo más y conozco y digo lo menos en cada uno de los misterios y sucesos de esta

ciudad de Dios María santísima.

Doctrina de la santísima Virgen María.

441. “Hija mía, entre los favores grandes e inefables que recibí en el discurso de mi vida de la diestra del Todopoderoso, uno fue el que acabas de conocer y escribir ahora; porque en la vista clara de la divinidad y ser incomprendible del Altísimo conocí ocultos sacramentos y misterios, y en aquel adorno y desposorio recibí incomparables beneficios, y en mí espíritu sentí dulcísimos y divinos efectos. Aquel deseo que tuve de hacer los cuatro votos de pobreza, obediencia, castidad y encerramiento, agradó mucho al Señor; y merecí con el deseo que se estableciese en la Iglesia y ley de gracia el hacer los mismos votos las religiosas, como hoy se acostumbra; y aquel fue el principio de lo que ahora hacéis las religiosas, según lo que dijo David (Sal 44,15): *Adducentur Regi virgines post eam*, en el salmo 44, porque el Altísimo ordenó que fuesen mis deseos el fundamento de las religiones de la ley evangélica. Y yo cumplí entera y perfectísimamente todo lo que allí propuse delante del Señor, en cuanto según mi estado y vida fue posible; ni jamás miré al rostro a hombre alguno, ni de mi esposo José, ni de los mismos ángeles, cuando en forma humana se me aparecían, pero en Dios los vi y conocí todos; y a ninguna cosa criada o racional tuve afecto, ni en operación e inclinación humana; ni tuve querer propio: sí o no, haré o no haré, porque en todo me gobernó el Altísimo, o por sí inmediatamente, o por la obediencia de las criaturas a quien de voluntad me sujetaba.

442. “No ignores, carísima, que como el estado de la religión es sagrado y ordenado por el Altísimo, para que en él se conserve la doctrina de la perfección cristiana y perfecta imitación de la vida santísima de mi Hijo, por esto mismo está indignadísimo con las almas religiosas que duermen olvidadas de tan alto beneficio y viven tan descuidadas y más relajadamente que muchos hombres mundanos; y así les aguarda más severo juicio y castigo que a ellos. También el demonio, como antigua y astuta serpiente, pone más diligencia y sagacidad en tentar y vencer a los religiosos y religiosas que con todo el resto de los mundanos respectivamente; y cuando derriba a un alma religiosa, hay mayores consejos y solicitud de todo el infierno, para que no se vuelva a levantar con los remedios que para esto tiene más prontos la religión, como son la obediencia y ejercicios santos y uso frecuente de los sacramentos. Para que todo esto se malogre y no le aproveche al religioso caído, usa el enemigo de tantas artes y ardidés, que sería espantosa cosa el conocerlos. Pero mucho de esto se manifiesta considerando los movimientos y obras que hace un alma religiosa para defender sus relajaciones, excusándolas si puede con algún color y si no con inobediencias y mayores desórdenes y culpas.

443. “Advierte, pues, hija mía, y teme tan formidable peligro; y con las fuerzas de la divina gracia procura levantarte a ti sobre ti, sin consentir en tu voluntad afecto ni movimiento desordenado. Toda quiero que trabajes en morir a tus pasiones y espiritualizarte, para que, extinguido en ti todo lo que es terreno, pases al ser angélico por la vida y conversación. Para llenar el nombre de esposa de Cristo has de salir de los términos y esfera del ser humano y ascender a otro estado y ser divino; y aunque eres tierra, has de ser tierra bendita sin espinas de pasiones, cuyo fruto copioso sea todo para el Señor, que es su dueño. Y si tienes por esposo aquel supremo y poderoso Señor, que es Rey de los reyes y Señor de los señores, te quita dignidad de volver los ojos, y menos el corazón, a los esclavos viles, que son las criaturas humanas; pues aun los ángeles te aman y respetan por la dignidad de esposa del Altísimo. Y si entre los mortales se juzga por osadía temeraria y desmesurada que un hombre vil ponga los ojos en la esposa del príncipe ¿qué delito será ponerlos en la esposa del Rey celestial y todopoderoso? Y no será menor culpa que ella lo admita y lo consienta. Asegúrate y pondera que es incomparable y terrible el castigo que para este pecado está prevenido, y no te le muestro a la vista porque con ella no desfallezca tu flaqueza. Y quiero que para ti sea bastante mi enseñanza para que ejecutes todo lo que te ordeno y me imites con lo discípula en cuanto alcanzaren tus fuerzas; y sé solícita en amonestar a tus monjas esta doctrina y hacer que la ejecuten.” – “Señora mía y Reina piadosísima, con júbilo de mi alma oigo vuestras dulcísimas palabras llenas de espíritu y de vida; y deseo escribirlas en lo íntimo de mi corazón con la gracia de vuestro Hijo santísimo que os suplico me alcancéis. Y si me dais licencia, hablaré en vuestra presencia como discípula ignorante con mi Maestra y Señora. Deseo, Madre y amparo mío, que para cumplir los cuatro votos de mi profesión, como Vuestra Majestad me lo manda y yo debo, y aunque indigna y tibia lo deseo, me deis alguna doctrina más copiosa que me sirva de guía y magisterio en el cumplimiento de esta obligación y afecto que en mi ánimo habéis puesto.”

[Regresar al Principio](#)

De la doctrina que me dio la Reina del cielo para los cuatro votos de mi profesión.

444. “Hija y amiga mía, no quiero negarte la enseñanza que con deseo de ejecutarla me pides; pero recíbelas con aprecio y ánimo devoto y pronto para obrarla. El Sabio dice (Prov 6,1-2 (A.)): *Hijo, si prometiste por tu amigo, tu mano clavaste acerca del extraño, con tu boca te ligaste, con tus palabras quedas atado.* Conforme a esta verdad, quien a Dios ha hecho votos ha clavado la mano de la propia voluntad, para no quedar libre ni tener elección de otras obras fuera de aquellas para que se obligara según la voluntad y elección de aquel a quien queda obligado y atado con su misma boca y palabras de la profesión. Antes que hiciera los votos, en su mano estaba elegir el camino; pero habiéndose atado y obligado el alma religiosa, sepa que perdió totalmente su libertad y se la entregó a Dios en su prelado. Toda la ruina o remedio de las almas consiste en el uso de su libertad; pero como los más usan mal de ella y se pierden, ordenó el Altísimo el estado fijo de las religiones mediante los votos, para que, usando de una vez la criatura de su libertad con perfecta y prudente elección, entregase a Su Majestad en aquel acto lo que con muchos perdiera, si quedara suelta y libre para querer y no querer.

445. “Se pierde dichosamente con estos votos la libertad para lo malo y se asegura para lo bueno, como con una rienda que desvía del peligro y adiestra por el camino llano y seguro; y pierde el alma la servidumbre y sujeción a sus propias pasiones y adquiere sobre ellas nuevo imperio, como señora y reina en el dominio de su república, y sólo queda subordinada a la gracia y movimientos del Espíritu Santo, que la gobernaría en sus operaciones si ella destinase toda su voluntad para sólo obrar aquello que prometió a Dios. Pasaría con esto la criatura del estado y ser de esclava a la excelente dignidad de hija del Altísimo y de la condición terrena a la angélica; y los defectos corruptibles y castigo del pecado no la tocarían de lleno. Y no es posible que en la vida mortal puedas alcanzar ni comprender cuáles y cuántos bienes y tesoros granjea el alma que se dispone con todas sus fuerzas y afectos a cumplir perfectamente con los votos de su profesión; porque te aseguro, carísima, que pueden las religiosas perfectas y puntuales llegar al mérito de los mártires, y aun excederles.

446. “Hija mía, tú conseguiste el dichoso principio de tantos bienes el día que elegiste la mejor parte; pero advierte mucho que te obligaste a un Dios eterno y poderoso a quien lo más oculto del corazón es manifiesto. Y si el mentir a los hombres terrenos y faltarles en las promesas justas es cosa tan fea y aborrecida de la razón ¿cuánto pesará el ser infiel a Dios en las promesas justísimas y santísimas? Por tu criador, conservador y bienhechor le debes la gratitud, por padre la reverencia, por esposo la lealtad, por amigo la buena correspondencia, por fidelísimo le debes la fe y esperanza, por sumo y eterno bien el amor, por omnipotente el rendimiento y por justísimo juez el temor santo y humilde. Pues contra todos estos y otros muchos títulos cometerás traición y alevosía, si faltas y quebrantas lo que le tienes prometido en tu profesión. Y si en todas las religiosas, que viven con obligación de trato y vida espiritual, es tan formidable monstruosidad el llamarse esposas de Cristo y ser miembros y esclavas del demonio, mucho más feo sería en ti, que has recibido más que todas, pues debes excederlas en el amor, en el trabajo y en el retorno de tan incomparables beneficios y favores.

447. “Advierte, pues, alma, cuán aborrecible te haría esta culpa para con el Señor, para conmigo, con los ángeles y santos; porque todos somos testigos de su amor y fidelidad que contigo ha mostrado, como esposo rico, amoroso y fidelísimo. Trabaja, pues, con sumo desvelo para que no le ofendas en lo mucho ni en lo poco; y no le obligues a que desamparándote te entregue a las bestias de las pasiones del pecado; que no ignoras sería esto mayor desdicha y castigo que si te entregara al furor de los elementos y de todas las fieras y animales brutos y al de los mismos demonios, para que todas estas cosas ejecutaran en ti su ira y el mundo todas las penas y deshonras que puede hacer; todo fuera menor daño para ti que cometer sola una culpa venial contra Dios, a quien debes servir y amar en todo y por todo. Cualquiera pena de esta vida es menos que la culpa, y éstas en la vida mortal se acabarán, y la culpa puede ser eterna, y con ella lo sería la pena y castigo.

448. “En la vida presente atemoriza mucho a los mortales y les espanta cualquiera pena o tribulación, porque la tienen presente al sentido y les toca en él; pero no les altera ni atemoriza la culpa, porque, embarazados en lo visible, no pasan a lo inmediato de la culpa, que es la pena eterna del infierno. Y con estar embebida y unida con el mismo pecado, es tan grave y tardo el corazón humano, que se deja embriagar de la culpa y no toca en la pena porque no siente al infierno por el sentido; y cuando le podía ver y tocar con la fe, la deja ociosa y muerta, como si no la tuviera.

¡Oh infelícísima ceguedad de los mortales! ¡Oh torpeza y negligencia, que a tantas almas capaces de razón y de gloria tienes engañosamente oprimidas! No hay palabras ni razones suficientes para encarecer este formidable y tremendo peligro. Hija mía, huye y aléjate con el temor santo de tan infeliz estado y entrégate a todos los trabajos y tormentos de la vida, que luego pasa, primero que te acerques a él, pues nada te faltará si a Dios no perdieres. Muy poderoso medio será para asegurarte, que no imagines hay culpa pequeña para ti ni para tu estado; lo poco has de temer mucho, porque el Altísimo conoce que en despreciar las pequeñas culpas abre el corazón la criatura para admitir otras mayores, y no es amor loable el que no cela cualquier disgusto de la persona que ama.

449. “El orden que las almas religiosas deben guardar en obrar sus deseos ha de ser que, en primer lugar, sean solícitas y puntuales en cumplir la obligación de los votos y todas las virtudes que en sí contienen; y sobre esto, en segundo lugar, entran las obras voluntarias que llaman de supererogación. Este orden suelen pervertir algunas almas engañadas del demonio con indiscreto celo de la perfección, que faltando en culpas graves a las cosas obligatorias de su estado, quieren añadir otras acciones y ocupaciones voluntarias, que de ordinario son pàrvulas o inútiles y originadas de espíritu de presunción y singularidad, deseando ser miradas y señaladas entre todas por muy celosas y perfectas, y estando muy lejos de comenzar a serlo. No quiero yo en ti esta mengua tan reprehensible; mas antes quiero que en primer lugar cumplas con la observancia de tus votos y vida común y después añadas lo que pudieres con la divina gracia y según tus fuerzas; que todo junto hermosea el alma y la hace perfecta y agradable a los ojos divinos.

450. “El voto de la obediencia es el mayor de la religión, porque contiene una renunciación y negación total de la propia voluntad, de suerte que a la religiosa no le queda jurisdicción ni derecho alguno sobre sí misma para decir quiero o no quiero, haré o no haré; todo esto lo puso y renunció por la obediencia, dejándolo en manos de su prelado; y para cumplirlo es necesario que no seas sabia contigo misma, ni te imagines señora de tu gusto, ni de tu querer ni entender, porque la obediencia verdadera ha de ser de linaje de fe; que lo que manda el superior se ha de estimar, reverenciar y creer, sin pretender examinarlo ni comprenderlo; y conforme a esto, para obedecer te debes juzgar sin razón, ni vida, ni discurso; antes como un cuerpo muerto te deja mover y gobernar, estando viva sólo para ejecutar con presteza todo lo que fuere voluntad del superior. Nunca discurras contigo lo que has de obrar y sólo piensa cómo ejecutarás lo que te mandaren. Sacrifica tu querer propio y degüella todos tus apetitos y pasiones; y después que con esta eficaz determinación quedes muerta a tus movimientos, sea la obediencia alma y vida de tus obras. En la voluntad de tu superior ha de estar reputada la tuya con todos tus movimientos, palabras y obras, y en todo pide que te quiten el ser propio y te den otro nuevo, que nada sea tuyo y todo sea de la obediencia sin contradicción ni resistencia alguna.

451. “El modo de obedecer más perfecto, advierte, es que el superior no ha de reconocer disonancia que le disguste, antes se le debe obediencia con satisfacción y que le conste se cumple con prontitud lo que manda, sin replicar ni remurmurar con palabras ni otros desiguales movimientos. El superior hace las veces de Dios, y quien obedece a los prelados obedece al mismo Señor que está en ellos, y los gobierna y los ilustra en lo que mandan a los súbditos para el bien de sus almas y salud; y el desprecio que se hace del prelado pasa a Dios (Lc 10,16) que por ellos y en ellos está ordenándote y mandándote su voluntad; y has de entender que el mismo Señor les mueve su lengua, o que es lengua del mismo Dios omnipotente. Hija mía, trabaja por ser obediente para que cantes victorias (Prov 21,28); y no temas en obedecer, porque este es el camino seguro; y lo es tanto, que los yerros de los obedientes no los pone Dios en memoria para el día de la cuenta, antes borra los demás pecados por solo el sacrificio de la obediencia. Y mi Hijo santísimo ofreció al eterno Padre su preciosísima pasión y muerte con particular afecto por los obedientes, y que por esta virtud fuesen mejorados en el perdón y en la gracia, en el acierto y perfección de todo lo que obrasen por obedecer; y ahora muchas veces representa al Padre, para aplacarle con los hombres, que murió por ellos obedeciendo hasta la cruz (Flp 2,8) y por esto se aplaca el mismo Señor. Y por lo que se agradó de la obediencia de Abrahán y su hijo Isaac, se dio por obligado (Gen 22,16) no sólo para que no muriese el hijo que tan obediente se mostraba, mas para que fuese padre del Unigénito humanado y señalado entre los demás para cabeza y fundamento de tantas bendiciones.

452. “El voto de la pobreza es un generoso ahorro y desembarazo de la pesada carga de las cosas temporales; es un desahogo del espíritu, alivio de la humana flaqueza y libertad de la nobleza del corazón capaz de bienes eternos y espirituales; es una satisfacción y hartura en que sosiega el apetito sediento de tesoros terrenos y un dominio o posesión y uso nobilísimo de todas las riquezas. Todo esto, hija mía, y otros mayores bienes contiene la pobreza voluntaria, y todo lo ignoran porque de todo carecen los hijos del siglo, amadores de las riquezas y enemigos de la rica y santa pobreza. No advierten, aunque la padecen y sufren, cuán pesada es la gravedad de las riquezas que los abrumba hasta el suelo y aun hasta las entrañas de la tierra, a buscar el oro y la plata con cuidados, desvelos, trabajos y sudores,

no de hombres de razón, sino de brutos irracionales que ignoran lo que hacen y lo que padecen. Y si antes de adquirir las riquezas son tan pesadas ¿cuánto lo serán después de conseguidas? Díganlo cuantos con esta carga han caído hasta los infiernos; díganlo los desmedidos afanes en conservarlas, y mucho más las intolerables leyes que han introducido en el mundo las riquezas y los ricos que las poseen.

453. Si todo esto ahoga el espíritu y oprime tiránicamente su flaqueza y envilece la nobilísima capacidad que tiene el alma de bienes eternos y del mismo Dios, cierto es que la pobreza voluntaria restituye a la criatura a su generosa condición y la alivia de vilísima servidumbre y la pone en la libertad ingenua en que fue criada para señora de todas las cosas. Nunca es más señora que cuando las desprecia, y entonces tiene la mayor posesión y el uso más excelente de las riquezas cuando las distribuye o las deja de voluntad y sacia el apetito cuando tiene gusto de no tenerlas; y sobre todo dejando desocupado el corazón le tiene capaz de que deposite en él los tesoros de su divinidad, para los cuales le crió con capacidad casi infinita.

454. “Hija mía, yo deseo que tú estudies mucho esta filosofía y ciencia divina, que tan olvidada tiene el mundo, y no sólo el mundo, pero muchas almas religiosas que la prometieron a Dios, cuya indignación es grande por esta culpa; y de contado reciben un pesado castigo en que no advierten los transgresores de este voto, pues con haber desterrado la pobreza voluntaria han alejado de sí el espíritu de Cristo, mi Hijo santísimo, y el que venimos a enseñar a los hombres en desnudez y pobreza. Y aunque ahora no lo sienten, porque disimula el justo Juez y ellos gozan de la abundancia que desean, pero en la cuenta que les aguarda se hallarán confusos y desimaginados del rigor que no pensaban, ponderaban ni pesaban en la divina justicia.

455. “Los bienes temporales los crió el Altísimo para que sirviesen a los hombres sólo de sustentar la vida y conseguido este fin cesa la causa de la necesidad; y siendo ésta limitada y que en breve se acaba y con poco se satisface y restando el alma que es eterna, no es razón que el cuidado de ella sea temporal y como de paso y el deseo y afán de adquirir las riquezas venga a ser perpetuo y eterno en los hombres. Suma perversidad es haber trocado los fines y los medios en cosa tan distante y tan importante, que le dé el hombre ignorante a su breve y mal segura vida del cuerpo todo el tiempo, todo el cuidado, todo el trabajo de sus fuerzas y desvelo de su entendimiento; y a la pobre alma en muchos años de vida no quiera darle más de una hora, y aquélla muchas veces la última y la peor de la vida.

456. “Aprovéchate, pues, hija mía carísima, de la verdadera luz y desengaño que de tan peligroso error te ha dado el Altísimo. Renuncia toda afición y amor a cosa alguna terrena y, aunque sea con pretexto y color de que tienes necesidad y que tu convento es pobre, no seas solícita desordenadamente en procurar las cosas necesarias para el sustento de la vida; y cuando pusieres el cuidado moderado que debes, sea de manera que ni te turbes cuando te falte lo que deseas, ni lo desees con afición, aunque te parezca es para el servicio de Dios; pues tanto menos le amas cuanto con él quieres amar otras cosas. Lo mucho debes renunciarlo por superfluo y no lo has menester y es delito tenerlo vanamente; lo poco también se debe estimar poco, porque será mayor error embarazar el corazón con lo que nada vale y estorba mucho. Si todo lo que a tu juicio humano pide tu necesidad lo consigues, no eres de verdad pobre, porque la pobreza en rigor y propiedad es tener menos de lo que es menester y sólo se llama rico al que nada le falta; porque el tener más antes desasosiega y es aflicción de espíritu, y desearlo y guardarlo sin usar de ello viene a ser una pobreza sin quietud ni sosiego.

457. “De ti quiero esta libertad de espíritu que a cosa alguna te aficiones, sea grande o pequeña, superflua o necesaria; y lo que para la vida humana hubieres menester, debes admitir sólo aquello que es preciso para no morir ni quedar indecentemente; pero sea lo más pobre y remendado para tu abrigo y en la comida lo más grosero, sin antojo de gusto particular, sin pedir más de aquello en que tienes mucha desazón y menos gusto, para que antes te den lo que no deseas y te falte lo que pide el apetito y hagas en todo lo más perfecto.

458. El voto de castidad contiene la pureza de alma y cuerpo; es fácil el perderla, difícil y según como se pierde, aun imposible repararla. Este gran tesoro está depositado en castillo de muchas puertas y ventanas, que si no están bien guarnecidas y defendidas no tiene seguridad. Hija mía, para guardar con perfección este voto, es preciso que hagas pacto inviolable con tus sentidos de no moverse para lo que no fuere ordenado por la razón y a la gloria del Criador. Muertos los sentidos, fácil es el vencimiento de los enemigos, que sólo con ellos te pueden vencer a ti misma, porque los pensamientos no reviven ni se despiertan si no les entran especies e imágenes por los sentidos exteriores que los fomenten. No has de tocar, ni mirar, ni hablar a persona humana de cualquiera condición que sea, hombre ni mujer, ni

a tu imaginación entren sus especies o imágenes. En este cuidado, que te encargo mucho, consiste la guarda de esta pureza que de ti quiero; y si por la caridad o por obediencia hablases, que sólo por estas dos causas debes tratar con criaturas, sea con toda severidad, modestia y recato.

459. “Para con tu persona vive como peregrina y ajena del mundo, pobre, mortificada, trabajada y amando la aspereza de todo lo temporal sin apetecer descanso ni regalo, como quien está ausente de su casa y patria propia, conducida para trabajar y pelear con fuertes enemigos. Y porque el más pesado y peligroso es la carne, te conviene resistir a tus naturales pasiones sin descuido y en ellas a las tentaciones del demonio. Levántate a ti sobre ti y busca una habitación muy levantada sobre todo lo terreno para que vivas debajo de la sombra del que deseas (Cant 2,3) y en su protección goces de tranquilidad y verdadero sosiego. Entrégate de todo tu corazón y fuerzas a su casto y santo amor, sin que imagines hay para ti criaturas más de en cuanto te ayudan y obligan a que ames y sirvas a tu Señor, y para todo lo demás han de ser para ti aborrecibles.

460. “A la que se llama esposa de Cristo, y lo tiene por oficio, aunque ninguna virtud le ha de faltar, pero la castidad es la que más la proporciona y asimila a su esposo, porque la espiritualiza y aleja de la corrupción terrena y la levanta al ser angélico y aun a cierta participación del mismo ser de Dios. Es virtud que hermosea y adorna a todas las demás y levanta el cuerpo a superior estado, ilustra al entendimiento y conserva a las almas en su nobleza superior a todo lo corruptible. Y porque esta virtud fue especial fruto de la redención, merecida por mi Hijo santísimo en la cruz donde quitó los pecados del mundo, por eso singularmente se dice que las vírgenes acompañan y siguen al Cordero (Ap 14,4).

461. “El voto de la clausura es el muro de la castidad y de todas las virtudes, el engaste donde se conservan y resplandecen y es un privilegio del cielo para eximir a las religiosas, esposas de Cristo, de los pesados y peligrosos tributos que paga la libertad del mundo al príncipe de sus vanidades. Con este voto viven las religiosas en seguro puerto, cuando las otras almas en la tormenta de los peligros se marean y zozobran a cada paso. Con tan grandes intereses no es lugar angosto el de la clausura, donde a la religiosa se le ofrecen los espaciosos campos de las virtudes y del conocimiento de Dios y de sus infinitas perfecciones y misterios y admirables obras que hizo y hace por los hombres. En estos dilatados campos y espacios se puede y se debe esparcir y recrear, y de no hacerlo viene a parecer estrecha cárcel la mayor libertad. Para ti, hija mía, no hay otro ensanche, ni yo quiero que te estreches tanto como lo es todo el mundo. Sube a lo alto del conocimiento y amor divino, donde sin términos ni límites que te angosten, vivas en libertad espaciosa y desde allí conocerás cuán estrecho, vil y despreciable es todo lo criado para ensancharse tu alma en ello.

462. “A esta clausura forzosa del cuerpo añade tú la de tus sentidos, para que, guarnecidos de fortaleza, conserven tu pureza interior y en ella el fuego del santuario (Lev 6,12) que siempre debes fomentar y guardar que no se apague. Y para la guarda de los sentidos y lograr la clausura, nunca llegues a la puerta, ni a red, ni ventana, ni te acuerdes de que las tiene el convento, si no fuere para cumplir con lo preciso de tu oficio y por la obediencia. Nada apetezcas, pues no lo has de conseguir, ni trabajes por lo que no debes apetecer; en tu retiro, recato y cautela estará tu bien y paz y el darme gusto y merecer el copioso fruto y premio de amor y gracia que deseas.”

CAPITULO 4

[Regresar al Principio](#)

De la perfección con que Maria santísima guardaba las ceremonias del templo y lo que en el le ordenaron

463. Volviendo a proseguir nuestra divina Historia, después que la niña santísima consagró el templo con su presencia y habitación, fue creciendo con toda propiedad en sabiduría y gracia acerca de Dios y de los hombres. Las inteligencias que se me han dado de lo que la mano poderosa iba obrando en la Princesa del cielo en aquellos años, me ponen como en la margen de un mar dilatadísimo y sin términos, dejándome admirada y dudosa por dónde entraré en tan inmenso piélago para salir con acierto, habiendo de ser inexcusable dejar mucho y dificultoso acertar en lo poco. Diré, pues, lo que el Altísimo me declaró en una ocasión, hablándome de esta manera:

464. “Las obras que hizo en el templo la que había de ser Madre del Verbo humanado, fueron en todo y por todo perfectísimas, y el alcanzarlas excede a la capacidad de toda humana criatura y angélica. Los actos de las virtudes interiores fueron tantos y de tan alto merecimiento y fervor, que se adelantaron a todos los de los serafines; y tú, alma,

conocerás de ellos mucho más de lo que pueden explicar tus palabras y tu lengua. Pero mi voluntad es que, en el tiempo de tu peregrinación en el cuerpo mortal, pongas a María santísima por principio de tu alegría y la sigas por el desierto de la renunciación y negación de todo lo humano y visible. Síguela por la perfecta imitación conforme a tus fuerzas y a la luz que recibes; ella será tu norte y tu maestra y te hará manifiesta mi voluntad y en ella hallarás mi ley santísima escrita con el poder de mi brazo, en que meditarás de día y de noche. Ella será quien con su intercesión herirá la piedra (Num 20,11) de la humanidad de Cristo, para que en ese desierto redunden en ti las aguas de la divina gracia y luz con que sea tu sed saciada, ilustrado tu entendimiento y tu voluntad inflamada. Será columna de fuego (Ex 13,21) que te dé luz y nube que te haga sombra y refrigere con su protección de los ardores de las pasiones e inclemencias de tus enemigos.

465. Tendrás en ella ángel que te encamine (Ex 23,20) y te desvíe lejos de los peligros de Babilonia y de Sodoma para que no te alcance mi castigo. Tendrás madre que te ame, amiga que te consuele, señora que te mande, protectora que te ampare y reina a quien como esclava sirvas y obedezcas. En las virtudes que obró esta Madre de mi Unigénito en el templo hallarás un arancel universal de toda la suma perfección por donde gobiernes tu vida, un espejo sin mácula en que reverbera la imagen viva del Verbo humanado, una copia ajustada y sin erratas de toda su santidad, la hermosura de la virginidad, lo especioso de la humildad, la prontitud de la devoción y obediencia, la firmeza de la fe, la certeza de la esperanza, lo inflamado de la caridad y un copiosísimo mapa de todas las maravillas de mi diestra. Con este nivel has de regular tu vida y por este espejo quiero que la compongas y te adornes, acrecentando tu hermosura y gracia, como esposa que desea entrar en el tálamo de su esposo y señor.

466. “Y si la nobleza y calidad del maestro sirve de estímulo al discípulo y le hace más amable su doctrina ¿quién puede atraerte con mayor fuerza que la maestra misma que es Madre de tu Esposo, y escogida por más pura y santa, y sin mácula de culpa, para que fuese Virgen y juntamente Madre del Unigénito del eterno Padre y el resplandor de su divinidad en la misma sustancia? Oye, pues, a tan soberana Maestra, síguela por su imitación y medita siempre sin intervalo sus admirables excelencias y virtudes. Y advierte que la vida y conversación que tuvo en el templo fue el original que han de copiar en sí mismas todas las almas que a su imitación se consagraron por esposas de Cristo.” Esta inteligencia y doctrina es la que me dio el Altísimo en general de las acciones que María santísima obraba los años que vivió en el templo.

467. Pero descendiendo más en particular a sus ocupaciones, después de aquella visión de la divinidad que dije en el capítulo 2, y después de haberse ofrecido toda al Señor, y a su maestra todas las cosas que tenía, quedando absolutamente pobre y resignada en manos de la obediencia, disimulando con el velo de estas virtudes los tesoros de sabiduría y gracia en que excedía a los supremos serafines y ángeles, pidió con humildad a los sacerdotes y maestra le ordenasen la vida y ocupaciones en que había de trabajar. Y habiéndolo conferido con especial luz que les fue dada y deseando medir por entonces los ejercicios de la divina niña con la edad de tres años, la llamaron a su presencia el sacerdote y la maestra Ana. Estuvo la Princesa del cielo hincadas las rodillas para oírlos y, aunque la mandaron se levantase, pidió licencia con suma modestia para estar con aquella reverencia delante del ministro y sacerdote del Altísimo y de su propia maestra por el oficio y dignidad que tenían.

468. La habló el sacerdote y la dijo: “Hija, muy niña os ha traído el Señor a su casa y templo santo, pero agradeced este favor y procurad lograrle trabajando mucho en servirle con verdad y corazón perfecto, en aprender todas las virtudes, para que de este lugar sagrado volváis prevenida y guarnecida para llevar los trabajos del mundo y defenderos de sus peligros. Obedeced a vuestra maestra Ana y comenzad temprano a llevar el yugo (Lam 3,27) suave de la virtud, para que le halléis más fácil en lo restante de la vida.” Respondió la soberana niña: “Vos, señor mío, como sacerdote y ministro del Altísimo, que estáis en lugar suyo, y mi maestra juntamente, me mandaréis y enseñaréis lo que debo hacer para no errar yo en ello; y así os lo suplico con deseo de obedecer en todo a vuestra voluntad.”

469. Sentían el sacerdote y la maestra Ana en su interior grande ilustración y fuerza divina para atender con particularidad a la divina niña y cuidar de ella más que de las otras doncellas; y confirmando el gran concepto que de ella habían hecho, sin saber el misterio oculto de aquel soberano impulso, determinaron asistirle y cuidar de ella y de su gobierno con especial atención. Pero como ésta sólo podía extenderse a las acciones visibles y exteriores, no le pudieron tasar los actos interiores y afectos del corazón que sólo el Altísimo gobernaba con singular protección y gracia; y así estaba libre aquel cándido corazón de la Princesa del cielo para crecer y adelantarse en las virtudes interiores, sin perder un instante en que no obrase lo sumo y más excelente de todas.

470. La ordenó también el sacerdote sus ocupaciones y la dijo: “Hija mía, a las divinas alabanzas y cánticos del Señor asistiréis con toda reverencia y devoción y haréis siempre oración al Muy Alto por las necesidades de su templo santo y de su pueblo y por la venida del Mesías. A las ocho de la noche os recogeréis a dormir y al salir el alba os levantaréis a orar y bendecir al Señor hasta hora de tercia” - esta hora era la que ahora las nueve -; “desde tercia hasta la tarde ocuparéis en alguna labor de manos para que en todo seáis enseñada; y en la comida, que después del trabajo tomaréis, guardad la templanza que conviene; iréis luego a oír lo que la maestra os enseñare y lo restante del día ocuparéis en la lección de las Escrituras santas; y en todo seréis humilde, afable y obediente a lo que mandare vuestra maestra”.

471. Oyó siempre la santísima niña de rodillas al sacerdote y le pidió la bendición y la mano y, habiéndosela besado a él y a la maestra, propuso en su corazón guardar el orden que le señalaban de su vida todo el tiempo que estuviese en el templo y no le mandasen otra cosa; y como lo propuso lo cumplió, la que era maestra de santidad y virtud, como si fuera la menor discípula. A muchas obras exteriores, más de las que le ordenaron, se extendían sus afectos y ardentísimo amor, pero le sujetó al ministro del Señor, anteponiendo el sacrificio de la perfecta y santa obediencia a sus fervores y dictamen propio; conociendo, como maestra de toda perfección, que se asegura más el cumplimiento de la voluntad divina en el humilde rendimiento de obedecer que en los deseos más altos de otras virtudes. Con este raro ejemplo quedaremos enseñadas las almas, especialmente las religiosas, a no seguir nuestros fervorcillos y dictámenes contra el de la obediencia y voluntad de los superiores, pues en ellos nos enseña Dios su gusto y beneplácito y en nuestros afectos buscamos sólo nuestro antojo; en los superiores obra Dios y en nosotros, si es contra ellos, obra la tentación, la pasión ciega y el engaño.

472. En lo que nuestra Reina y Señora se señaló, a más de lo que le ordenaron, fue pedir licencia a su maestra para servir a todas las otras doncellas y ejercitar los oficios humildes de barrer y limpiar la casa y lavar los platos. Y si bien esto parecía novedad, y más en las primogénitas, porque las trataban con mayor autoridad y respeto, pero la humildad sin semejante de la divina Princesa no podía resistirse o contenerse en los límites de la majestad sin descender a todos los ejercicios más inferiores; y así los hacía con tan prevenida humildad, que ganaba el tiempo y ocasión de lo que otras habían de hacer, para tenerlo hecho antes que ninguna. Con la ciencia infusa conocía todos los misterios y ceremonias del templo, pero como si no las conociera las aprendió por disciplina y experiencia, sin faltar jamás a ceremonia ni acción por mínima que fuese. Era estudiosísima en su humillación y desprecio rendidísimo; y a su maestra cada día por la mañana y tarde pedía la bendición y besaba la mano, y lo mismo hacía cuando la mandaba algún acto de humildad o le daba licencia para hacerlo, y algunas veces, si lo permitía, le besaba los pies con humildad profundísima.

473. Era tan dócil la soberana Princesa, tan apacible y suave en su proceder, tan oficiosa, rendida y diligente en humillarse, en servir y respetar a todas las doncellas que vivían en el templo, que a todas robaba el corazón y a todas obedecía como si cada una fuera su maestra. Y con la inefable y celestial prudencia que tenía, ordenaba sus acciones de suerte que no se le perdiese ocasión alguna en que adelantarse a todas las obras manuales, humildes y del servicio de sus compañeras y agrado de la voluntad divina.

474. Pero ¿qué diré yo, vilísima criatura, y qué diremos todos los fieles hijos de la Iglesia Católica, llegando a escribir y ponderar este ejemplo vivo de humildad? Virtud grande nos parece que el inferior obedezca al superior y el menor al mayor y humildad grande que el igual quiera obedecer lo que le manda otro igual; pero que el inferior mande y el superior obedezca, que la reina se humille a la esclava, la santísima y perfectísima criatura a un gusanillo, la Señora del cielo y tierra a una ínfima mujercilla; y que esto sea tan de corazón y verdad ¿quién no se admira y se confunde en su desvanecida soberbia? ¿Quién se mira en este claro espejo, que no vea su infeliz presunción? ¿Quién podrá imaginar que ha conocido la humildad verdadera, cuanto menos obrarla, si la reconoce y mira en su propia esfera María santísima? Las almas que vivimos debajo de la obediencia prometida, lleguemos a esta luz para conocer y corregir nuestros desórdenes, cuando la obediencia de los superiores que representan a Dios se nos hace molesta y dura si contradice a nuestro antojo. Quebrántese aquí nuestra dureza, humíllese la más engreída y confúndase en su vergonzosa soberbia y desvanécese la presunción de la que se juzga por obediente y humilde, por haberse rendido tal vez a los superiores, pues no ha llegado a pensar de sí que a todas es inferior y a ninguna es igual, como lo juzgó la que es superior a todas.

475. La hermosura, gracia, el donaire y agrado de nuestra Reina eran incomparables, porque a más de estar en ella en

grado perfectísimo todas las gracias y dones naturales de alma y cuerpo, como no estaban solas, antes obraba en ellas el realce de la gracia sobrenatural y divina, hacía un admirable compuesto de gracias y hermosura en el ser y en el obrar, con que llevaba la admiración y el afecto de todos; aunque la divina providencia moderaba las demostraciones que de esto hicieran cuantos la trataban, si se dejaran a la fuerza de su amor fervoroso con la Reina. En la comida y sueño era, como en las demás virtudes, perfectísima; tenía regla ajustada a la templanza, jamás excedía, ni pudo, antes moderaba algo de lo que era necesario. Y aunque el breve sueño que recibía no la impedía la altísima contemplación como otras veces he dicho (Cf. supra n.353) por su voluntad le dejara; pero en virtud de la obediencia se recogía el tiempo que le habían señalado y en su humilde y pobre lecho, florido (Cant 1,15) de virtudes y de los serafines y ángeles que la guardaban y asistían, gozaba de más altas inteligencias, fuera de la visión beatífica, y de más inflamado amor que todos ellos juntos.

476. Dispensaba el tiempo y le distribuía con rara discreción, para dar el que le tocaba a cada una de sus acciones y ocupaciones. Leía mucho en las sagradas Escrituras antiguas; y con la ciencia infusa estaba tan capaz de todas ellas y de sus profundos misterios, que ninguno se le ocultó, porque le manifestó el Altísimo todos sus secretos y sacramentos, y con los santos ángeles de su custodia los trataba y confería, confirmándose en ellos y preguntándoles muchas cosas con incomparable profundidad y grande agudeza. Y si esta soberana Maestra escribiera lo que entendió, tuviéramos otras muchas escrituras divinas, y de las que tiene la Iglesia alcanzáramos toda la inteligencia perfecta de sus profundos sentidos y misterios. Pero de toda esta plenitud de ciencia se valía para el culto, alabanza y amor divino y toda la reducía a este fin, sin que en ella hubiese rayo de luz ocioso ni estéril. Era prestísimo en discurrir, profundísima en entender, altísima y nobilísima en pensamientos, prudentísima en elegir y disponer, eficazísima y suavísima en obrar y en todo era una regla perfectísima y un objeto prodigioso de admiración para los hombres, para los ángeles y, en su modo, para el mismo Señor, que la hizo toda a su corazón y agrado.

Doctrina de la soberana Señora.

477. “Hija mía, la naturaleza humana es imperfecta y remisa en obrar la virtud y frágil en desfallecer, porque se inclina mucho al descanso y repugna al trabajo con todas sus fuerzas. Y cuando el alma escucha y contemporiza con las inclinaciones de la parte animal y le da mano, ella la toma de suerte que se hace superior a las fuerzas de la razón y del espíritu y le reduce a peligrosa y vil servidumbre. En todas las almas este desorden de la naturaleza es abominable y formidable, pero sin comparación le aborrece Dios en sus ministros y religiosos, a quienes, como la obligación de ser perfectos es más legítima, así es mayor el daño de no salir siempre victoriosos de esta contienda de las pasiones. De esta tibieza en resistir y la frecuencia en ser vencidos, resulta un desaliento y perversidad de juicio, que vienen a satisfacer y quedar mal seguros con hacer algunas ceremonias muy leves de virtud, y aun les parece, sin hacer cosa de provecho, que mudan un monte de una parte a otra. Introduce con esto el demonio otros divertimientos y tentaciones y, con el poco aprecio que hacen de las leyes y ceremonias comunes de la religión, vienen a desfallecer casi en todas y, juzgándolas cada una por cosa leve y pequeña, llegan a perder el conocimiento de la virtud y vivir en una falsa seguridad.

478. “Pero tú, hija mía, quiero que te guardes de tan peligroso engaño y adviertas que un descuido voluntario en una imperfección dispone y abre camino para otra, y éstas para los pecados veniales, y ellos para los mortales, y de un abismo en otro se llega al profundo y al desprecio de todo mal. Para prevenir este daño se debe atajar muy de lejos la corriente, porque una obra o ceremonia que parece pequeña es antemuralla que detiene lejos al enemigo, y los preceptos y leyes de las obras mayores obligatorias son el muro de la conciencia, y si el demonio rompe y gana la primera defensa está más cerca de ganar la segunda, y si en ésta hace portillo con algún pecado, aunque no sea gravísimo, ya tiene más fácil y seguro el asalto del reino interior del alma, y como ella se halla debilitada con los actos y hábitos viciosos, y sin las fuerzas de la gracia, no resiste con fortaleza, y el demonio que la tiene adquirida la sujeta y oprime sin hallar resistencia.

479. “Considera, pues, ahora, carísima, cuánto ha de ser tu desvelo entre tantos peligros, cuánta tu obligación para no dormir entre ellos. Considérate religiosa, esposa de Cristo, prelada, enseñada, ilustrada y llena de tan singulares beneficios, y por estos títulos y otros, que en ellos debes ponderar, mide tu cuidado, pues a todos debes retorno y correspondencia a tu Señor. Trabaja, porque seas puntual en el cumplimiento de todas las ceremonias y leyes de la religión y para ti no haya ley, ni mandato, ni acción perfecta que sea pequeña; ninguna desprecies ni olvides, todas las observa con rigor, porque en los ojos de Dios todo es precioso y grande, lo que se hace por su gusto. Cierto es que le

tiene en ver cumplido lo que manda y que el despreciarlo le ofende. En todo considera que tienes Esposo a quien agradar, Dios a quien servir, Padre a quien obedecer, Juez a quien temer y Maestra a quien imitar y seguir.

480. Para que todo esto lo cumplas has de renovar en tu ánimo una resolución fuerte y eficaz de no oír a tus inclinaciones ni consentir en la flojedad remisa de tu naturaleza; ni, por la dificultad que sintieres, omitir acción o ceremonia alguna, aunque sea besar la tierra, cuando sueles hacerlo, según la costumbre de la religión; lo poco y lo mucho ejecuta con afecto y constancia y serás agradable a los ojos de mi Hijo y a los míos. En las obras de supererogación pide consejo a tu confesor y prelado; y primero suplica a Dios que le dé acierto y llega desnuda de toda inclinación y afecto a cosa determinada, y lo que te ordenare, óyelo y escríbelo en tu corazón y ejecútalo con puntualidad; y si es posible acudir a la obediencia y consejo, nunca por ti sola determines cosa alguna por más buena que te parezca; que la voluntad de Dios se te manifestará siempre por la santa obediencia.”

CAPITULO 5

[Regresar al Principio](#)

Del grado perfectísimo de las virtudes de María santísima en general y cómo las iba ejecutando.

481. Es la virtud un hábito que adorna y ennoblece la potencia racional de la criatura y la inclina a la buena operación. Se llama hábito, porque es una cualidad permanente que con dificultad aparta de la potencia, a diferencia del acto que se pasa luego y no permanece. Inclina y facilita la virtud a las operaciones y las hace buenas; lo que no tenía por sí sola la potencia, porque es indiferente para las obras buenas y malas. Fue adornada María santísima desde el primer instante de su vida con los hábitos de todas las virtudes en grado eminentísimo, y continuamente fueron aumentando con nueva gracia y operaciones perfectas en que ejercitaba con altísimos merecimientos de todas las virtudes que la mano del Señor le había infundido.

482. Y aunque las potencias de esta Señora y Princesa soberana no estaban desordenadas, ni tuvieron repugnancia que vencer, como la tenemos los demás hijos de Adán, porque a ella ni la alcanzó la culpa, ni la concupiscencia que inclina al mal y resiste al bien, pero tenían aquellas ordenadas potencias capacidad para que los hábitos virtuosos las inclinasen a lo mejor y más perfecto, santo y loable. A más de esto, era criatura pasible y pura, estaba sujeta a sentir pena y a inclinarse al descanso lícito y dejar de hacer algunas obras, a lo menos de supererogación, y sin culpa pudiera sentir alguna propensión a no hacerlas. Para vencer esta natural inclinación y apetito le ayudaron los hábitos perfectísimos de las virtudes, a cuyas inclinaciones cooperó la Reina del cielo tan varonilmente, que en ningún efecto frustró ni impidió la fuerza con que la movían y purificaban en todas las obras.

483. Con esta armonía y hermosura de todos los hábitos virtuosos estaba el alma santísima de María tan ilustrada, ennoblecida y enderezada al bien y al último fin de la criatura, tan fácil, pronta, eficaz y alegre en el bien obrar, que si fuera posible penetrar con nuestra flaca vista aquel secreto tan sagrado de su pecho, fuera el objeto más hermoso y admirable de todas las criaturas y de mayor gozo después del mismo Dios. Todo estaba en María purísima como en su propio centro y esfera; y así tenían todas estas virtudes su última perfección sin que se pudiese decir: esto le falta para ser hermoso y consumado. Y a más de las virtudes que recibió infusas tuvo también las adquiridas, que con el uso y ejercicio granjeó. Y si en las demás almas un acto se suele decir que no es virtud, porque son necesarios muchos repetidos para adquirirla, pero las obras de María santísima fueron tan eficaces, intensas y perfectas, que cada una excedía a todas las de todas las demás criaturas; y conforme a esto, donde fueron tan repetidos los actos virtuosos, sin perder punto ni grado de perfectísima eficacia ¿qué hábitos serían los que esta divina Señora adquirió con sus propias obras? El fin del obrar, que hace también el acto virtuoso, porque ha de ser bueno y bien hecho, fue en María Señora nuestra el supremo de todas las obras, que es el mismo Dios; porque nada hizo que no la moviese la gracia y que no lo encaminase a la mayor gloria y beneplácito del mismo Señor, mirándole como motivo y último fin.

484. Estos dos géneros de virtudes infusas y adquiridas asientan sobre otra virtud que se llama natural, porque nace en nosotros con la misma naturaleza racional, y tiene por nombre *sindéresis*. Este es un conocimiento que la luz de la razón tiene de los primeros fundamentos y principios de la virtud y una inclinación a ella que a esta luz corresponde en nuestra voluntad, como conocer que debes amar a quien te hace bien, que no hagas con otro lo que no quieres que se haga contigo mismo, etc. En la Reina santísima fue esta virtud natural o *sindéresis* excelentísima y de los principios naturales infería con suma y profunda claridad las consecuencias de todo lo bueno, aunque fuese muy remoto, porque

discurría con increíble viveza y rectitud. Para estos discursos se valía de la noticia infusa de las criaturas, especialmente de las más nobles y universales, los cielos, sol, luna y estrellas, y disposición de todos los orbes y elementos; y en todo discurría desde el principio al fin, convidando a todas estas criaturas a que alabasen a su Criador y llevasen al hombre tras de sí hasta darle este mismo conocimiento que por ellas podía alcanzar, y no le detuviese hasta llegar al Criador y Autor de todo.

485. Las virtudes infusas se reducen a dos órdenes y clases. En la primera entran solamente las que tienen a Dios por objeto inmediato; por esto se llaman teologales, que son *fe, esperanza y caridad*. En el segundo orden están todas las otras virtudes que tienen por objeto próximo algún medio o bien honesto que encamina el alma al último fin, que es el mismo Dios; y éstas se llaman virtudes morales, porque pertenecen a las costumbres y, aunque son muchas en número, se reducen a cuatro cabezas, que por esto se llaman cardinales, cuales son *prudencia, justicia, fortaleza y templanza*. De todas estas virtudes y sus especies hablaré adelante en particular lo que pudiere, para declarar cómo todas y cada una estuvieron en las potencias de la soberana Reina. Ahora sólo advierto generalmente que ninguna le faltó en grado perfectísimo y con ellas tuvo todos los dones del Espíritu Santo y los frutos y bienaventuranzas. Y ningún género de gracia ni beneficio necesario para la perfección hermosísima de su alma y potencias, dejó de infundirle Dios desde el primer instante de su concepción, así en la voluntad como en el entendimiento, donde tuvo los hábitos y especies de las ciencias. Y para decirlo de una vez, todo lo bueno que pudo darle el Altísimo, como a Madre de su Hijo, siendo ella pura criatura, todo se lo dio en supremo y eminentísimo grado. Y sobre esto crecieron todas sus virtudes: las infusas, porque las aumentaba con sus merecimientos, y las adquiridas, porque las engendró y adquirió con los insensísimos actos que hacía mereciendo.

Doctrina de la Madre de Dios y Virgen santísima.

486. “Hija mía, a todos los mortales sin diferencia comunica el Altísimo la luz de las virtudes naturales; y a los que se disponen con ellas y con sus auxilios, les concede las infusas cuando los justifica; y estos dones distribuye como Autor de naturaleza y gracia más o menos, según su equidad y beneplácito. En el bautismo infunde las virtudes de fe, esperanza y caridad y con ellas infunde otras para que con todas trabaje y obre bien la criatura y no sólo se conserve en los dones recibidos por virtud del sacramento, pero adquiera otros con sus propias obras y merecimientos. Esta fuera la suma dicha y felicidad de los hombres si correspondieran al amor que les muestra su Criador y Reparador, hermozeando sus almas y facilitándoles con los hábitos infusos el ejercicio virtuoso de la voluntad; pero el no corresponder a tan estimable beneficio los hace en extremo infelices, porque en esta deslealtad consiste la primera y mayor victoria del demonio contra ellos.

487. “De ti, alma, quiero que te ejercites y trabajes con las virtudes naturales y sobrenaturales, con incesante diligencia para adquirir los hábitos de las otras virtudes, que tú puedes granjear con los actos frecuentados de las que Dios graciosa y liberalmente te ha comunicado; porque los dones infusos, junto con los que granjea y adquiere el alma, hacen un adorno y un compuesto de admirable hermosura y sumo agrado en los ojos del Altísimo. Y te advierto, carísima, que la mano poderosa de tu Señor ha sido tan larga en estos beneficios para con tu alma, enriqueciéndola de grandes joyas de su gracia, que si fueras desagradecida será tu culpa y tu cargo mayor que con muchas generaciones. Considera y advierte la nobleza de las virtudes, cuánto ilustran y hermozean al alma por sí solas, pues cuando no tuvieran otro fin ni les siguiera otro premio, el poseerlas era grande por su misma excelencia; pero lo que las sube de punto es tener por fin último al mismo Dios, a quien ellas van buscando con la perfección y verdad que en sí contienen; y llegando a tan alto premio como parar en Dios, con esto hacen a la criatura dichosa y bienaventurada.”

CAPITULO 6

[Regresar al Principio](#)

De la virtud de la fe y su ejercicio que tuvo María santísima.

488. En breves razones comprendió santa Isabel, como lo refiere el evangelista san Lucas (Lc 1,45 (A.)) la grandeza de la fe de María santísima, cuando la dijo: “*Bienaventurada eres por haber creído; que por esto se cumplirán en ti las palabras y promesas del Señor.*” Por la felicidad y bienaventuranza de esta gran Señora y por su inefable dignidad se ha de medir su fe; pues fue tal y tan excelente que por haber creído llegó a la grandeza mayor después era del mismo

Dios. Creyó el mayor sacramento de los sacramentos y misterios que en ella se habían de obrar. Y fue tal la prudencia y ciencia divina de María nuestra Señora para dar crédito a esta verdad tan nueva y nunca vista, que trascendió sobre todo el humano y angélico entendimiento y sólo en el divino se pudo fraguar su fe, como en la oficina del poder inmenso del Altísimo, donde todas las virtudes de esta Reina se fabricaron con el brazo de Su Alteza. Yo me hallo siempre atajada y torpe para hablar de estas virtudes y mucho más para las anteriores; porque es grande la inteligencia y luz que de ellas se me ha dado, pero muy limitados los términos humanos para declarar los conceptos y actos de fe engendrados en el entendimiento y espíritu de la más fiel de todas las criaturas, o la que fue más que todas juntas; diré lo que pudiere, reconociendo mi incapacidad para lo que pedía mi deseo, y mucho más el argumento.

489. Fue la fe de María santísima un asombro de toda la naturaleza criada y un patente prodigio del poder divino; y porque en ella estuvo esta virtud de la fe en el supremo y perfectísimo grado que pudo tener, en gran parte y por algún modo satisfizo a Dios la mengua que en la fe habían de tener los hombres. Dio el Altísimo a los mortales viadores esta excelente virtud, para que sin embarazo de la carne mortal tuviesen noticia de la divinidad y sus misterios y obras admirables, tan cierta, infalible y segura en la verdad como si le vieran cara a cara, así como le ven los ángeles bienaventurados. El mismo objeto y la misma verdad que ellos tienen patente con claridad, esa creemos nosotros debajo del velo y oscuridad de la fe.

490. Este grandioso beneficio, mal conocido y peor agradecido de los mortales, bien se deja entender volviendo los ojos al mundo cuántas naciones, reinos y provincias le han desmerecido desde el principio del mundo; cuántas le han arrojado de sí infelizmente, habiéndoselo concedido el Señor con liberal misericordia; y cuántos fieles, habiéndolo recibido sin merecerlo, le malogran y le tienen como de burlas, ocioso y sin provecho ni efecto para caminar con él a conseguir el último fin adonde los endereza y guía. Convenía, pues, a la divina equidad, que esta lamentable pérdida tuviese alguna recompensa y que tan incomparable beneficio tuviese adecuado y proporcionado retorno, en cuanto fuese posible a las criaturas, y que entre ellas se hallase alguna en quien estuviera la virtud de la fe en grado perfectísimo, como en ejemplar y medida de todos los demás.

491. Todo esto se halló en la gran fe de María santísima y sólo por ella y para ella, cuando fuera sola esta Señora en el mundo, convenientísimamente hubiera Dios criado y fabricado la virtud excelente de la fe; porque sola María purísima desempeñó a la divina providencia para que, a nuestro modo de entender, no padeciera mengua de parte de los hombres, ni quedara frustrada en la formación de esta virtud y en la corta correspondencia que en ella le habían de mostrar los mortales. Este defecto recompensó la fe de la soberana Reina, y ella copió en sí misma la divina idea de esta virtud con la suma posible perfección; y todos los demás creyentes se pueden regular y medir por la fe de esta Señora y serán más o menos fieles cuanto más o menos se ajustaren con la perfección de su fe incomparable. Y para esto fue elegida por maestra y ejemplar de todos los creyentes, entrando los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires y todos cuantos con ellos han creído y creerán los artículos de la fe cristiana hasta el fin del mundo.

492. Alguno podría dificultar cómo se compadecía que la Reina del cielo ejercitase la fe, supuesto que tuvo muchas veces visión clara de la divinidad y muchas más la tuvo abstractiva, que también hace evidencia de lo que conoce el entendimiento, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 229 y 237) y adelante repetiré muchas veces (Passim). Y la duda nacerá de que la fe *es la sustancia de las cosas que esperamos y argumento de las que no vemos*, como lo dice el Apóstol (Heb 11,1 (A.)) que es decirnos cómo de las cosas que ahora esperamos del último fin de la bienaventuranza no tenemos otra presencia, ni sustancia o esencia, mientras somos viadores, más de la que contiene la fe en su objeto creído oscuramente y por espejo; si bien, la fuerza de este hábito infuso con que inclina a creer lo que no vemos y la certeza infalible de lo creído hacen un argumento infalible y eficaz para el entendimiento y para que la voluntad segura y sin temor crea lo que desea y espera. Y conforme a esta doctrina, si la Virgen santísima en esta vida llegó a ver y tener a Dios que todo es uno sin el velo de la fe oscura, no parece que le quedaría oscuridad para creer por fe lo que había visto con claridad cara a cara, y más si en su entendimiento permanecían las especies adquiridas en la visión clara o en la evidente de la divinidad.

493. Esta duda no sólo no impide la fe de María santísima, pero antes la engrandece y levanta de punto, pues quiso el Señor que su Madre fuese tan admirable en el privilegio de esta virtud de la fe y lo mismo es de la esperanza que trascendiese a todo el orden común de los otros viadores y que su excelente entendimiento, para ser maestra y artífice de estas grandes virtudes, fuese ilustrado unas veces por los actos perfectísimos de la fe y esperanza, otras con la visión y posesión, aunque de paso, del fin y objeto que creía y esperaba, para que en su original conociese y gustase

las verdades que como maestra de los creyentes había de enseñar a creer por virtud de la fe; y juntar estas dos cosas en el alma santísima de María era fácil al poder de Dios; y siéndolo era como debido a su Madre purísima, a quien ningún privilegio por grande desdecía, ni le debía faltar.

494. Verdad es que con la claridad del objeto que conocemos no se compadece la oscuridad de la fe con que creemos lo que no vemos, ni con la posesión la esperanza, ni María santísima, cuando gozaba de estas visiones evidentes, ni cuando usaba de las especies que con evidencia, aunque abstractiva, le manifestaban los objetos, ejercitaba los actos oscuros de la fe, ni usaba de su hábito, sino de solo el de la ciencia infusa. Mas no por esto quedaban ociosos los hábitos de las dos virtudes teologales, fe y esperanza; porque el Señor, para que María purísima usase de ellos, suspendía el concurso o detenía el uso de las especies claras y evidentes, con que cesaba la ciencia actual y obraba la fe oscura, en cuyo perfectísimo estado quedaba a tiempos la soberana Reina, ocultándose el Señor para todas las noticias claras; como sucedió en el misterio altísimo de la Encarnación del Verbo, de que diré en su lugar (Cf. infra p.II n.119,133).

495. No convenía que la Madre de Dios careciera del premio de estas virtudes infusas de la fe y esperanza; y para alcanzarle había de merecerle y para merecerle había de ejercitar sus operaciones proporcionadas al premio; y como éste fue incomparable, así lo fueron los actos de fe que obró esta gran Señora en todas y en cada una de las verdades católicas; porque todas las conoció y creyó explícitamente con altísima y perfectísima creencia como viadora. Y claro está que cuando el entendimiento tiene evidencia de lo que conoce no aguarda para creer al consentimiento de la voluntad, porque antes que ella se lo mande es compelido de la misma claridad a dar asenso firme; y por eso aquel acto de creer lo que no puede negar no es meritorio. Y cuando María santísima asintió a la embajada del arcángel, fue digna de incomparable premio, porque en el asenso de tal misterio mereció; y lo mismo sucedió en los otros que creyó, cuando el Altísimo disponía que usase de la fe infusa y no de la ciencia, aunque también con ésta tenía su mérito, por el amor que con ella ejercitaba, como en diferentes lugares he dicho (Cf. supra n.231, 380,383).

496. Tampoco le dieron el uso de la ciencia infusa cuando perdió al Niño, a lo menos para conocer aquel objeto dónde estaba, como con aquella luz conocía otros muchos; ni tampoco usaba entonces de las especies claras de la divinidad; y lo mismo fue al pie de la cruz, que suspendía el Señor la vista y operaciones que en el alma santísima de su Madre habían de impedir el dolor; porque entonces convenía que le tuviese y obrase la fe sola y la esperanza. y el gozo que tuviera con cualquiera vista o noticia, aunque fuera abstractiva, de la divinidad, naturalmente impidiera al dolor, si no hacía Dios nuevo milagro para que estuviesen juntos pena y gozo. Y no convenía que Su Majestad hiciera este milagro, pues con el padecer se compadecían en la Reina del cielo el mérito e imitación de su Hijo santísimo con las gracias y excelencia de Madre. Por esto buscó al Niño con dolor (Lc 2,48) como ella lo dijo, y con fe viva y esperanza; y también las tuvo en la pasión y resurrección de su único y amado Hijo, que creía y esperaba; permaneciendo en ella sola esta fe de la Iglesia, como reducida entonces esta virtud a su Maestra y Fundadora.

497. Tres condiciones o excelencias particulares se pueden considerar en la fe de María santísima: la continuación, la intensidad y la inteligencia con que creía. La continuación sólo se interrumpía cuando con claridad intuitiva o evidencia abstractiva miraba a la divinidad, como ya he dicho; pero distribuyendo los actos interiores del conocimiento de Dios que tenía la Reina del cielo aunque sólo el mismo Señor que los dispensaba puede saber cuándo y en qué tiempos ejercitaba su Madre santísima los unos actos o los otros; pero jamás estuvo ocioso su entendimiento, sin cesar solo un instante de toda su vida, desde el primero de su concepción, en que perdiese a Dios de vista; porque si suspendía la fe, era porque gozaba de la vista de la divinidad clara o evidente por ciencia altísima infusa, y si el Señor le ocultaba este conocimiento, entraba obrando la fe; y en la sucesión y vicisitud de estos actos había una concertadísima armonía en la mente de María santísima, a cuya atención convidaba el Altísimo a los espíritus angélicos, según aquello que dijo en los Cantares, cap. 8 (Cant 8,13 (A.)): *La que habitas en los huertos, los amigos te escuchan, hazme oír tu voz.*

498. En la eficacia o intensidad que tenía la fe de esta soberana Princesa excedió a todos los apóstoles, profetas y santos juntos y llegó a lo supremo que pudo caber en pura criatura. Y no sólo excedió a todos los creyentes, pero tuvo la fe que faltó a todos los infieles que no han creído y con la fe de María santísima pudieron todos ser ilustrados. Por lo cual de tal suerte estuvo en ella firme, inmóvil y constante, cuando los Apóstoles en el tiempo de la pasión desfallecieron, que si todas las tentaciones, engaños, errores y falsedades del mundo se juntaran, no pudieran contrarrestar ni turbar la invencible fe de la Reina de los fieles; y su Fundadora y Maestra a todos venciera y contra todos saliera victoriosa y triunfante.

499. La claridad o inteligencia con que creía explícitamente todas las verdades divinas no se puede reducir a palabras sin oscurecerla con ellas. Sabía María purísima todo lo que creía y creía todo lo que sabía; porque la ciencia infusa teológica de la credibilidad de los misterios de la fe y su inteligencia estuvo en esta sapientísima Virgen y Madre con el grado más alto que a pura criatura fue posible. Tenía en acto esta ciencia y memoria de ángel sin olvidar lo que una vez aprendía; y siempre usaba de esta potencia y dones para creer profundamente, salvo cuando por divina disposición ordenaba Dios que por otros actos se suspendiese en la fe, como arriba dije (Cf. supra n.494 ,467). Y fuera de no ser comprensora, tenía en el estado de peregrina al cielo, para creer y conocer a Dios, la inteligencia más alta y más inmediata en la esfera de la fe con la noticia clara de la divinidad, con que transcendía el estado de todos los viadores o peregrinos, siendo ella sola en otra clase y estado de viadora a que ninguno otro pudo llegar.

500. Y si María santísima, cuando ejercitaba los hábitos de fe y esperanza, tenía el estado más ordinario para ella, y por eso era el más inferior, y en él excedía a todos los santos y ángeles y en los merecimientos se les adelantó amando más que ellos ¿qué sería lo que obraba, merecía y amaba, cuando era levantada por el poder divino a otros beneficios y estado más alto de la visión beatífica o conocimiento claro de la divinidad? Si al entendimiento angélico le faltarían fuerzas para entenderlo y penetrarlo ¿cómo tendrá palabras para explicarlo una criatura terrena? Yo quisiera al menos, que todos los mortales conocieran el valor y precio de esta virtud de la fe, considerándola en este divino ejemplar donde llegó a los últimos términos de su perfección y adecuadamente tocó el fin para el que fue fabricada. Lleguen los infieles, herejes, paganos, idólatras a la maestra de la fe, María santísima, para que sean iluminados en sus engaños y tenebrosos errores y hallarán el camino seguro para atinar con el último fin para el que fueron criados. Lleguen también los católicos y conozcan el copioso premio de esta excelente virtud y pidan con los apóstoles al Señor que les aumente la fe (Lc 17,5 (A.)) no para llegar a la de María santísima, mas para imitarla y seguirla, pues con su fe nos enseña y nos da esperanza de alcanzarla nosotros por sus merecimientos altísimos.

501. Al patriarca Abrahán llamó san Pablo (Rom 4,11 (A.)) padre de todos los creyentes, porque fue quien primero recibió las promesas del Mesías y creyó todo lo que Dios le prometió, creyendo en esperanza contra esperanza (Rom. 4,18) que es decir cuán excelente fue la fe del Patriarca, pues el primero creyó las promesas del Señor, cuando no podía tener esperanza humana en la virtud de las causas naturales, así para que su mujer Sara le pariese un hijo ya estéril, como para que ofreciéndosele después a Dios en sacrificio como se lo mandaba, le quedase de él la sucesión innumerable (Gen 15,5) que el mismo Señor le había prometido. Todo esto que naturalmente era Imposible y otras palabras y promesas creyó Abrahán que haría el poder divino sobrenaturalmente, y por esta fe mereció ser llamado padre de todos los creyentes y recibir la señal de la fe en que se había justificado, que fue la circuncisión.

502. Pero nuestra preexcelsa señora María tiene mayores títulos y prerrogativas que Abrahán para ser llamada Madre de la fe y de todos los creyentes y en su mano está enarbolado el estandarte y portaestandarte de la fe para todos los creyentes de la ley de gracia. Primero fue el patriarca en el orden del tiempo, y de primer intento fue dado por padre y cabeza del pueblo hebreo; grande y excelente fue su fe en las promesas de Cristo nuestro Señor y en las palabras del Altísimo; pero en todas estas obras fue la fe de María purísima más admirable sin comparación, y así es la primera en la dignidad. Mayor dificultad o imposibilidad era parir y concebir una virgen que una vieja estéril; y no estaba el patriarca Abrahán tan cierto de que se ejecutara el sacrificio de Isaac, como lo estaba María santísima de que sería con efecto sacrificado su Hijo santísimo. Y ella fue la que en todos los misterios creyó, esperó y enseñó a toda la Iglesia cómo debía creer en el Altísimo y las obras de la Redención. Y conocida la fe de María nuestra Reina, ella es la madre de los creyentes y el ejemplar de la fe Católica y de la santa esperanza. Y para concluir este capítulo, digo que Cristo, nuestro Redentor y Maestro, como era comprensor y su alma santísima gozaba la suma gloria y visión beatífica, no tenía fe ni podría usar de ella, ni con sus actos pudo ser maestro de esta virtud. Pero lo que no pudo hacer el Señor por sí mismo hizo por su Madre santísima, constituyéndola fundadora, madre y ejemplar de la fe de su Iglesia evangélica, y para que el día del juicio universal sea esta soberana Señora y Reina juez que singularmente asista con su Hijo santísimo a juzgar los que después no han creído, habiéndoles dado este ejemplo en el mundo.

Doctrina de la Madre de Dios y Señora nuestra.

503. “Hija mía, el tesoro inestimable de la virtud de la fe divina está oculto a los mortales que sólo tienen ojos carnales y terrenos; porque no le saben dar el aprecio y estimación que piden este don y beneficio de tan incomparable valor. Advierte, carísima, y considera cuál estuvo el mundo sin fe y cuál estaría hoy si mi Hijo y Señor no la conservase. ¡Cuántos hombres que el mundo ha celebrado por grandes, poderosos y sabios, por faltarles la luz de la fe se

despeñaron desde las tinieblas de su infidelidad en abominables pecados y de allí a las tinieblas eternas del infierno! ¡Cuántos reinos y provincias llevaron ciegas y llevan hoy tras de sí estos más ciegos, hasta caer todos en la fóvea de las penas eternas! A estos siguen los malos fieles y creyentes que, habiendo recibido esta gracia y beneficio de la fe, viven con él como si no le tuviesen en sus almas.

504. “No te olvides, amiga mía, de agradecer esta preciosa margarita que te ha dado el Señor, como arras y vínculo del desposorio que contigo ha celebrado para traerte al tálamo de su santa Iglesia y después al de su eterna visión beatífica. Ejercita siempre esta virtud de la fe, pues ella te pone cerca del último fin adonde caminas y del objeto que deseas y amas. Ella es la que enseña el camino cierto de la eterna felicidad, ella es la que luce en las tinieblas de la vida mortal de los viadores o peregrinos al cielo y los lleva seguros a la posesión de su patria, adonde debían caminar si no estuvieran muertos con la infidelidad y pecados. Ella es la que despierta las demás virtudes, la que sirve de alimento al justo y le entretiene en sus trabajos. Ella es la que confunde y atemoriza a los infieles y a los tibios fieles, negligentes en el obrar; porque les manifiesta en esta vida sus pecados y en la otra el castigo que les aguarda. Es la fe poderosa para todo, pues al creyente nada le es imposible (Mc 9,22) antes lo puede y lo alcanza todo; es la que ilustra y ennoblece al entendimiento humano, pues le adiestra para que no yerre en las tinieblas de su natural ignorancia y le levanta sobre sí mismo para que vea y entienda con infalible certeza lo que no alcanzara por sus fuerzas y lo crea tan seguro como si lo viera con evidencia; y le desnuda de la grosería y villanía, cual es no creer el hombre más de aquello que él mismo con su cortedad alcanza, siendo tan poco y limitado mientras vive el alma en la cárcel del cuerpo corruptible, sujeta en el entender al uso grosero de los sentidos. Estima, pues, hija mía, esta preciosa margarita de la fe Católica que Dios te ha dado y guárdala y ejércitala con aprecio y reverencia.

CAPITULO 7

[Regresar al Principio](#)

De la virtud de la esperanza y ejercicio de ella que tuvo la Virgen Señora nuestra.

505. A la virtud de la fe sigue la esperanza, a quien ella se ordena; porque si el altísimo Dios nos infunde la luz de la fe divina, con que todos sin diferencia y sin aguardar tiempo vengamos en el conocimiento infalible de la divinidad y de sus misterios y promesas, es para que conociéndole por nuestro último fin y felicidad, y también los medios para llegar a él, nos levantemos en un vehemente deseo de conseguirle cada uno para sí mismo. Este deseo, a quien se sigue como efecto el intento de alcanzar el sumo bien, se llama esperanza, cuyo hábito se nos infunde en el bautismo en nuestra voluntad, que se llama apetito racional; porque a ella le toca apetecer la eterna felicidad como su mayor bien e interés y también el esforzarse con la divina gracia para alcanzarle y vencer las dificultades que en esta contienda se ofrecieren.

506. Cuán excelente virtud es la esperanza, se conoce de que tiene por objeto a Dios como último y sumo bien nuestro, aunque le mira y le busca como ausente, pero como posible o adquirible por medio de los merecimientos de Cristo y de las obras que hace quien espera. Se regulan los actos y operaciones de esta virtud por la lumbre de la fe divina y de la prudencia particular con que aplicamos a nosotros mismos las promesas infalibles del Señor; y con esta regla obra la esperanza infusa tocando el medio de la razón, entre los vicios contrarios de la desesperación y presunción, para que ni vanamente presuma el hombre alcanzar la gloria eterna con sus fuerzas o sin hacer obras para merecerla, ni tampoco si quiere hacerlas tema ni desconfíe que la alcanzará, como el Señor se lo promete y asegura. Y esta seguridad común y general a todos, enseñada por la fe divina, se aplica el hombre que espera por medio de la prudencia y sano juicio que hace de sí mismo para no desfallecer ni desesperar.

507. Y de aquí se conoce que la desesperación puede venir de no creer lo que la fe nos promete o, en caso que se crea, de no aplicarse a sí mismo la seguridad de las promesas divinas, juzgando con error que él no puede conseguir las. Entre estos dos peligros procede segura la esperanza, suponiendo y creyendo que no me negará Dios a mí lo que prometió a todos y que la promesa no fue absoluta sino debajo de condición, que yo de mi parte trabajase y procurase merecerla en cuanto me fuese posible con el favor de su divina gracia; porque si Dios hizo al hombre capaz de su vista y eterna gloria, no era conveniente que llegase a tanta felicidad por medio del mal uso de las mismas potencias con que le había de gozar, que son los pecados, sino usando de ellas con proporción al fin adonde con ellas camina. Y esta proporción consiste en el buen uso de las virtudes, con las cuales se dispone el hombre para llegar a gozar del sumo

bien, buscándole desde luego en esta vida con el conocimiento y amor divino.

508. Tuvo, pues, esta virtud de la esperanza en María santísima el sumo grado de perfección posible en sí y con todos sus efectos y circunstancias o condiciones; porque el deseo y propósito de conseguir el último fin de la vista y fruición divina tuvo en ella mayores causas que en todas las criaturas; y esta fidelísima y prudentísima Señora no impedía sus efectos, antes los ejecutaba con suma perfección posible a pura criatura. No sólo tuvo Su Alteza fe infusa de las promesas del Señor, a la cual, siendo como fue la mayor, correspondía también proporcionadamente la mayor esperanza; pero tuvo sobre la fe la visión beatífica, en que por experiencia conoció la infinita verdad y fidelidad del Altísimo. Y si bien no usaba de la esperanza cuando gozaba de la vista y posesión de la divinidad, pero después que se reducía al estado ordinario le ayudaba la memoria del sumo bien que había gozado para esperarle y apetecerle ausente con mayor fuerza y conato; y este deseo era un género de nueva y singular esperanza en la Reina de las virtudes.

509. Otra causa tuvo también la esperanza de María santísima para ser mayor y sobre la esperanza de todos los fieles juntos; porque el premio y gloria de esta soberana Reina, que es el principal objeto de la esperanza, fue sobre toda la gloria de los ángeles y santos; y conforme al conocimiento de tanta gloria que el Altísimo le dio, tuvo la suma esperanza y afecto para conseguirla. Y para que llegase a lo supremo de esta virtud, esperando dignamente todo lo que el brazo poderoso de Dios quería obrar en ella, fue prevenida con la luz de la fe suprema, con los hábitos y auxilios y dones proporcionados y con especial movimiento del Espíritu Santo. Y lo mismo que decimos de la suma esperanza que tuvo del objeto principal de esta virtud, se ha de entender de los otros objetos que llaman secundarios, porque los beneficios, dones y misterios que se obraron en la Reina del cielo fueron tan grandes, que no pudo extenderse a más el brazo del omnipotente Dios. Y como esta gran Señora los había de recibir mediante la fe y esperanza de las promesas divinas, proporcionándose con estas virtudes para recibir las, por eso era necesario que su fe y esperanza fuesen las mayores que en pura criatura eran posibles.

510. Y si, como queda dicho (Cf. supra 499) de la virtud de la fe, tuvo la Reina del cielo conocimiento y fe explícita de todas las verdades reveladas y de todos los misterios y obras del Altísimo, y a los actos de fe correspondían los de la esperanza, ¿quién podrá entender, fuera del mismo Señor, cuántos y cuáles serían los actos de esperanza que tuvo esta Señora de las virtudes, pues conoció todos los misterios de su propia gloria y felicidad eterna y los que en ella y en el resto de la Iglesia evangélica se habían de obrar por los méritos de su Hijo santísimo? Por sola María, su Madre, formara Dios esta virtud y la diera como la dio a todo el linaje humano, como antes dijimos de la virtud de la fe (Cf. supra n.491).

511. Por esta razón la llamó el Espíritu Santo Madre del amor hermoso y de la santa esperanza (Eclo 24,24 (A.)); y así como el darle carne al Verbo divino la hizo Madre de Cristo, así el Espíritu Santo la hizo Madre de la esperanza; porque con su especial concurso y operación concibió y parió esta virtud para los fieles de la Iglesia. Y el ser Madre de la santa esperanza fue como consiguiente y anejo a ser Madre de Jesucristo nuestro Señor, pues conoció que en su Hijo nos daba toda nuestra segura esperanza. Y por estos concebimientos y partos adquirió la Reina santísima cierto género de dominio y autoridad sobre la gracia y promesas del Altísimo que con la muerte de Cristo nuestro Redentor, hijo de María, se habían de cumplir; porque todo nos lo dio esta Señora, cuando mediante su voluntad libre concibió y parió al Verbo humanado y en él todas nuestras esperanzas. Donde se cumplió legítimamente aquello que la dijo el Esposo: *Tus emisiones fueron paraíso* (Cant 4,13 (A.)); porque todo cuanto salió de esta Madre de la gracia fue para nosotros felicidad, paraíso y esperanza cierta de conseguirle.

512. Padre celestial y verdadero tenía la Iglesia en Jesucristo, que la engendró, fundó y con sus merecimientos y trabajos la enriqueció de gracias, ejemplos y doctrinas, como era consiguiente a ser tal Padre y autor de esta admirable obra; parece que a su perfección convenía que juntamente tuviese madre amorosa y blanda, que con regalo y caricia suave y con maternal afecto e intercesiones criase a sus pechos los hijos párvulos (1 Cor 3,1) y con tierno y dulce mantenimiento los alimentase, cuando por su pequeñez no pueden sufrir el pan de los robustos y fuertes. Esta dulce madre fue María santísima, que desde la primitiva Iglesia, cuando nacía en los tiernos hijos de la ley de gracia, les comenzó a dar dulce leche de luz y doctrina como piadosa madre; y hasta el fin del mundo continuará este oficio con sus ruegos en los nuevos hijos que cada día engendra Cristo nuestro Señor con los méritos de su sangre y por los ruegos de la Madre de misericordia. Por ella nacen, ella los cría y alimenta y ella es dulce Madre, vida y esperanza nuestra, el original de la que nosotros tenemos, el ejemplar a quien imitamos, esperando por su intercesión conseguir la eterna felicidad que su Hijo santísima nos mereció y los auxilios que por ella nos comunica, para que así la alcancemos.

Doctrina de la santísima Virgen.

513. “Hija mía, con las dos virtudes fe y esperanza, como con dos alas de infatigable vuelo, se levantaba mi espíritu buscando al interminable y sumo bien, hasta descansar en la unión de íntimo y perfecto amor. Muchas veces gozaba y gustaba de su vista clara y fruición, pero como este beneficio no era continuo por el estado de pura viadora, éralo el ejercicio de la fe y esperanza; que como quedaban fuera de la visión y posesión, luego las hallaba en mi mente y no hacía otro intervalo en sus operaciones. Y los efectos que en mí hacían, el afecto, propósito y anhelo que causaban en mi espíritu para llegar a la eterna posesión de la fruición divina, no puede entenderlo con su cortedad el entendimiento criado adecuadamente, pero lo conocerá en Dios con alabanza eterna el que mereciere gozar de su vista en el cielo.

514. “Y tú, carísima, pues tanta luz has recibido de la excelencia de esta virtud y de las obras que yo ejercitaba con ella, trabaja por imitarme sin cesar según las fuerzas de la divina gracia. Renueva siempre y confiere en tu memoria las promesas del Altísimo y con la certeza de la fe que tienes de su verdad levanta el corazón con ardiente deseo, anhelando a conseguirlas; y con esta firme esperanza te puedes prometer por los méritos de mi Hijo santísimo que llegarás a ser moradora de la celestial patria y compañera de todos los que en ella con inmortal gloria miran la cara del Altísimo. Y si con esta ayuda que tienes levantas tu corazón de lo terreno y pones toda tu mente fija en el bien inmutable por quien suspiras, todo lo visible te será pesado y molesto y lo juzgarás por vil y contentible y nada podrás apetecer fuera de aquel amabilísimo y deleitable objeto de tus deseos. En mi alma fue este ardor de la esperanza como de quien con la fe le había creído y con experiencia le había gustado, lo cual ninguna lengua ni palabras pueden explicar ni decir.

515. “Fuera de esto, para que más te muevas, considera y llora con íntimo dolor la infelicidad de tantas almas, que son imagen de Dios y capaces de su gloria y por sus culpas están privadas de la esperanza verdadera de gozarle. Si los hijos de la santa Iglesia hicieran pausa en sus vanos pensamientos y se detuvieran a pensar y pesar el beneficio de haberles dado fe y esperanza infalible, separándolos de las tinieblas y señalándolos sin merecerlo ellos con esta divisa, dejando perdida la ciega infidelidad, sin duda se avergonzarían de su torpísimo olvido y reprendieran su fea ingratitud. Pero desengañense; que les aguardan más formidables tormentos, y que a Dios y a los santos son más aborrecibles por el desprecio que hacen de la sangre derramada de Cristo, en cuya virtud se les han hecho estos beneficios; y como si fueran fábulas desprecian el fruto de la verdad, corriendo todo el término de la vida sin detenerse sólo un día, y muchos ni una hora, en la consideración de sus obligaciones y de su peligro. Lloro, alma, este lamentable daño y según tus fuerzas trabaja y pide el remedio a mi Hijo santísimo y cree que cualquier desvelo y empeño que en esto pongas te será premiado de Su Majestad.”

CAPITULO 8

[Regresar al Principio](#)

De la virtud de la caridad de María santísima Señora nuestra.

516. La virtud sobreexcelentísima de la caridades la señora, la reina, la madre, alma, vida y hermosura de todas las otras virtudes; la caridad es quien las gobierna todas, las mueve y encamina a su verdadero y último fin; ella las engendra en su ser perfecto, las aumenta y conserva, las ilustra y adorna y les da vida y eficacia. Y si todas las demás causan en la criatura alguna perfección y ornato, la caridad se la da y las perfecciona; porque sin caridad todas son feas, oscuras, lánguidas, muertas y sin provecho; porque no tienen perfecto movimiento de vida ni sentido. La caridad es la benigna ^(1 Cor 13,4) paciente, mansísima, sin emulación, sin envidia, sin ofensa, la que nada se apropia, que todo lo distribuye, causa todos los bienes y no consiente alguno de los males cuanto es de su parte; porque es la mayor participación del verdadero y sumo bien. ¡Oh virtud de las virtudes y suma de los tesoros del cielo! Tú sola tienes la llave del paraíso; tú eres la aurora de la eterna luz, sol del día de la eternidad, fuego que purificas, vino que embriagas dando nuevo sentido, néctar que deleitas, dulzura que sacias sin hastío, tálamo en que descansa el alma y vínculo tan estrecho que con el mismo Dios nos haces uno ^{(In 17,21 (A.))} al modo que lo son el eterno Padre con el Hijo y entrambos con el Espíritu Santo.

517. Por la incomparable nobleza de esta señora de las virtudes el mismo Dios y Señor, a nuestro entender, quiso honrarse con su nombre, o quiso honrarla a ella, llamándose caridad, como lo dijo san Juan ^{(1 Jn 4,16 (A.))}. Muchas razones

tiene la Iglesia Católica para que de las perfecciones divinas se le atribuya al Padre la omnipotencia, al Hijo la sabiduría y al Espíritu Santo el amor; porque el Padre es principio sin principio, el Hijo nace del Padre por el entendimiento y el Espíritu Santo de los dos procede por la voluntad; pero el nombre de caridad y esta perfección se la aplica el Señor a sí mismo sin diferencia de personas, cuando de todas dijo el evangelista sin distinción: *Dios es caridad*. (Ib) Tiene esta virtud en el Señor ser término y como fin de todas las operaciones *ad intra* y *ad extra*, porque todas las divinas procesiones, que son las operaciones de Dios dentro de sí mismo, se terminan en la unión del amor y caridad recíproca de las tres divinas Personas, con que tienen entre sí otro vínculo indisoluble después de la unidad de la naturaleza indivisa, en que son un mismo Dios. Todas las obras *ad extra*, que son las criaturas, nacieron de la caridad divina y se ordenan a ella, para que saliendo del mar inmenso de aquella bondad infinita se vuelvan por la caridad y amor a su origen de donde manaron. Y esto es singular en la virtud de la caridad entre todas las otras virtudes y dones, que es una perfecta participación de la caridad divina; nace del mismo principio y mira al mismo fin y se proporciona también con ella más que las otras virtudes. Y si llamamos a Dios nuestra esperanza, nuestra paciencia y nuestra sabiduría, es porque la recibimos de su mano y no porque estén en Dios estas virtudes como en nosotros. Pero la caridad no sólo la recibimos del Señor, ni él se llama caridad sólo porque nos la comunica, sino porque en sí mismo la tiene esencialmente; y de aquella divina perfección que imaginamos como forma y atributo de su naturaleza divina redonda nuestra caridad con más perfección y proporción que otra alguna virtud.

518. Otras condiciones admirables tiene la caridad de parte de Dios para nosotros; porque siendo ella el principio que nos comunicó todo el bien de nuestro ser, y después el sumo bien que es el mismo Dios, viene a ser el estímulo y ejemplar de nuestra caridad y amor con el mismo Señor; porque si para amarle no nos despierta y mueve el saber que en sí mismo es infinito y sumo bien, a lo menos nos obligue y atraiga el saber que es sumo bien nuestro. Y si no podíamos ni sabíamos amarle primero ^(1 Jn 4,10) que nos diera a su Hijo unigénito, no tengamos excusa ni atrevimiento para dejarle de amar después de habérselo dado; pues si tenemos disculpa para no saber granjear el beneficio, ninguna hallaremos para no agradecerle con amor después de haberle recibido sin merecerle.

519. El ejemplar que en la divina caridad tiene la nuestra, declara mucho más la excelencia de esta virtud, aunque yo con dificultad puedo declarar en esto mi concepto. Cuando fundaba Cristo Señor nuestro su perfectísima ley de amor y de gracia, nos enseñó a ser perfectos a imitación de nuestro Padre celestial, que hace nacer el sol, que es suyo, sobre los justos e injustos ^{(Mt 5,45 (A.))} sin diferencia. Tal doctrina y tal ejemplo, sólo el mismo Hijo del eterno Padre le podía dar a los hombres. Entre todas las criaturas visibles ninguna como el sol nos manifiesta la caridad divina y nos la propone para imitarla; porque este nobilísimo planeta por su misma naturaleza, sin otra deliberación más que su inclinación innata, comunica su luz a todas partes y a todos aquellos que son capaces de recibirla sin diferencia, y cuanto es de su parte nunca la niega ni suspende ^{(Dionisio (Pseudo), *De divinis nominibus*, c.IV (A.))}; y esto lo hace sin obligarse a nadie, sin recibir beneficio ni retorno de que tenga necesidad y sin hallar en las cosas que ilumina y fomenta alguna bondad antecedente que le mueva y le atraiga, ni esperar otro interés más que derramar la misma virtud que en sí contiene, para que todos la participen y comuniquen.

520. Considerando, pues, las condiciones de tan generosa criatura ¿quién hay que no vea en ellas una estampa de la caridad increada a quien imitar? Y ¿quién hay que no se confunda de no imitarla? y ¿quién imaginará de sí mismo que tiene caridad verdadera si no la imita? No puede nuestra caridad y amor causar alguna bondad en el objeto que ama, como lo hace la caridad increada del Señor; pero a lo menos, si no podemos mejorar lo que amamos, bien podemos amar a todos sin intereses de mejorarnos y sin andar deliberando y escogiendo a quién amar y hacer bien con esperanza del retorno. No digo que la caridad no es libre, ni que hizo Dios alguna obra fuera de sí por natural necesidad, ni corre en esto el ejemplo; porque todas las obras *ad extra*, que son las de la creación, son libres en Dios. Pero la voluntad libre no ha de torcer ni violentar la inclinación e impulso de la caridad; antes debe seguirla a imitación del sumo bien que, pidiendo su naturaleza comunicarse, no le impidió la divina voluntad, antes se dejó llevar y mover de su misma inclinación para comunicar los rayos de su luz inaccesible a todas las criaturas según la capacidad de cada una para recibirla, sin haber precedido de nuestra parte bondad alguna, servicio o beneficio y sin esperarle después, porque de nadie tiene necesidad.

521. Habiendo ya conocido en parte la condición de la caridad en su principio, que es Dios, donde, fuera del mismo Señor, la hallaremos en toda su perfección posible a pura criatura es María santísima, de quien más inmediatamente podemos copiar la nuestra. Claro está que saliendo los rayos de esta luz y caridad del Sol increado, donde está sin término ni fin, se va comunicando a todas las criaturas hasta la más remota con orden, con medida y tasa, según el

grado que tiene cada una por estar más cerca o más distante de su principio. Y este orden dice el lleno y perfección de la divina providencia; pues sin él estuviera como defectuosa, confusa y manca la armonía de las criaturas que había criado para la participación de su bondad y amor. El primer lugar en este orden había de tener después del mismo Dios aquella alma y aquella persona que juntamente fuese Dios increado y hombre criado; porque a la suma y suprema unión de naturaleza siguiese la suma gracia y participación de amor, como estuvo y está en Cristo Señor nuestro.

522. El segundo lugar toca a su Madre santísima María, en quien con singular modo descansó la caridad y amor divino; porque, a nuestro modo de entender, no se gozaba tanto la caridad increada sin comunicarse a una pura criatura con tanta plenitud, que en ella estuviese recopilado el amor y caridad de toda su generación humana y que sola ella pudiese suplir por lo restante de su naturaleza pura y dar el retorno posible y participar la caridad increada sin las menguas y defectos que le mezclan todos los demás mortales infectos del pecado. Sola María entre todas las criaturas fue electa como el sol de justicia (Cant 6,9) para que le imitase en la caridad y copiase de él esta virtud ajustadamente con su original. Y sola ella supo amar más y mejor que todas juntas, amando a Dios pura, perfecta, íntima y sumamente por Dios y a las criaturas por el mismo Dios y como él las ama. Sola ella adecuadamente siguió el impulso de la caridad y su inclinación generosa amando al sumo bien por sumo bien, sin otra atención; amando a las criaturas por la participación que tienen de Dios, no por el retorno y retribución. Y para imitar en todo a la caridad increada, sola María santísima pudo y supo amar para mejorar a quien es amado; pues con su amor obró de suerte, que mejoró el cielo y la tierra en todo lo que tiene ser, fuera del mismo Dios.

523. Y si la caridad de esta gran Señora se pusiera en una balanza y la de todos los hombres y ángeles en otra, pesara más la de María purísima que la de todo el resto de las criaturas, pues todas ellas no alcanzaron a saber tanto como ella sola de la naturaleza y condición de la caridad de Dios; y consiguientemente sola María supo imitarla con adecuada perfección sobre toda la naturaleza de puras criaturas intelectuales. Y en este exceso de amor y caridad, satisfizo y correspondió a la deuda del amor infinito del Señor con las criaturas todo cuanto a ellas se les podía pedir, no habiendo de ser de equivalencia infinita, porque esto no era posible. Y como el amor y caridad del alma santísima de Jesucristo tuvo alguna proporción con la unión hipostática en el grado posible, así la caridad de María tuvo otra proporción con el beneficio de darle el eterno Padre a su Hijo santísimo, para que ella fuese juntamente Madre suya y le concibiese y pariese para remedio del Mundo.

524. De donde entenderemos que todo el bien y felicidad de las criaturas se viene a resolver por algún modo en la caridad y amor que María santísima tuvo a Dios. Ella hizo que esta virtud y participación del amor divino estuviese entre las criaturas en su última y suma perfección. Ella pagó esta deuda por todos enteramente cuando todos no atinaban a hacer la debida recompensa ni la alcanzaban a conocer. Ella con esta perfectísima caridad obligó en la forma posible al eterno Padre para que le diese su Hijo santísimo para sí y para todo el linaje humano; porque si María purísima hubiera amado menos y su caridad tuviera alguna mengua, no hubiera disposición en la naturaleza para que el Verbo se humanara; pero hallándose entre las criaturas alguna que hubiese llegado a imitar la caridad divina en grado tan supremo, ya era como consiguiente que descendiese a ella el mismo Dios, como lo hizo.

525. Todo esto se encerró en llamarla el Espíritu Santo *Madre de la hermosa dilección o amor* (Eclo 24,24 (A.)) atribuyéndole a ella misma estas palabras como en su modo queda dicho de la santa esperanza (Cf. supra n.511); Madre es María del que es nuestro dulcísimo amor, Jesús, Señor y Redentor nuestro, hermosísimo sobre los hijos de los hombres por la divinidad de infinita e increada hermosura y por la humanidad que ni tuvo culpa, ni embuste (1 Pe 2,22) ni le faltó gracia de las que pudo comunicarle la divinidad. Madre también es del amor hermoso; porque sola ella engendró en su mente el amor y caridad perfecta y hermosísima dilección, que todas las demás criaturas no supieron engendrar con toda su hermosura y sin alguna falta, para que no se llamase absolutamente hermoso. Madre es de nuestro amor; porque ella nos le trajo al mundo, ella nos le granjeó y ella nos le enseñó a conocer y obrar; que sin María santísima no quedaba otra pura criatura en el cielo ni en la tierra de quien pudieran los hombres y los ángeles ser discípulos del amor hermoso. Y así es que todos los santos son como unos rayos de este sol y como unos arroyuelos que salen de este mar; y tanto más saben amar, cuanto más participan del amor y caridad de María santísima y la imitan y copian ajustándose con ella.

526. Las causas que tuvo esta caridad y amor de nuestra princesa María fueron la profundidad de su altísimo conocimiento y sabiduría, así por la fe infusa y esperanza como por los dones del Espíritu Santo, de ciencia, entendimiento y sabiduría; y sobre todo por las visiones intuitivas y las que tuvo abstractivas de la divinidad. Por todos

estos medios alcanzó el altísimo conocimiento de la caridad increada y la bebió en su misma fuente; y como conoció que Dios debía ser amado por sí mismo y la criatura por Dios, así lo ejecutó y obró con intensísimo y ferventísimo amor. Y como el poder divino no hallaba impedimento ni óbice de culpa, ni de inadvertencia, ignorancia o imperfección, o tardanza en la voluntad de esta Reina, por esto pudo obrar todo lo que quiso y lo que no hizo con las demás criaturas; porque ninguna otra tuvo la disposición que María santísima.

527. Este fue el prodigio del poder divino y el mayor ensayo y testimonio de su caridad increada en pura criatura y el desempeño de aquel gran precepto natural y divino: Amarás a tu Dios de todo tu corazón, alma y mente, y con todas tus fuerzas (Dt 6,5); porque sola María desempeñó a todas las criaturas de esta obligación y deuda que en esta vida y antes de ver a Dios no sabían ni podían pagar enteramente. Esta Señora lo cumplió durante su peregrinaje, más ajustadamente que los mismos serafines en su estado beatífico. Desempeñó también a Dios en su modo en este precepto, para que no quedara vacío y como frustrado de parte de los viadores; pues sola María purísima le santificó y llenó por todos ellos, supliendo abundantemente todo lo que a ellos les faltó. Y si no tuviera Dios presente a María nuestra Reina para intimar a los mortales este mandato de tanto amor y caridad, por ventura no le hubiera puesto en esta forma; pero sólo por esta Señora se complació en ponerle y a ella se le debemos, así el mandato de la caridad perfecta como su cumplimiento adecuado.

528. ¡Oh dulcísima y hermosísima Madre de la hermosa dilección y caridad, todas las naciones te conozcan, todas las generaciones te bendigan, todas las criaturas te magnifiquen y alaben! Tú sola eres la perfecta, tú sola la dilecta, tú sola la escogida para tu madre la caridad increada; ella te formó única y electa como el sol (Cant 6,9 (A.)) para resplandecer en tu hermosísimo y perfectísimo amor. Lleguemos todos los míseros hijos de Eva a este sol, para que nos ilustre y encienda. Lleguemos a esta Madre para que nos reengendre en amor. Lleguemos a esta Maestra para que nos enseñe a tener el amor, dilección y caridad hermosa y sin defectos. Amor dice un afecto que se complace y descansa en el amado; dilección, obra de alguna elección y separación de lo que se ama de todo lo demás; y caridad dice sobre todo esto un íntimo aprecio y estimación del bien amado. Todo esto nos enseñará la Madre de este amor hermoso, que por tener todas estas condiciones viene a serlo, y en ella aprenderemos a amar a Dios por Dios, descansando en él todo nuestro corazón y afectos; a separarle de todo lo demás que no es el mismo sumo bien, pues le ama menos quien con él quiere amar otra cosa; a saberle apreciar y estimar sobre el oro y sobre todo lo precioso; pues en su comparación todo lo precioso es vil, toda la hermosura es fealdad y todo lo grande y estimable a los ojos carnales viene a ser contentible y sin algún valor. De los efectos de la caridad de María santísima hablo en toda esta Historia, y de ellos está lleno el cielo y la tierra; y por eso no me detengo a contar en particular lo que no puede caber en lenguas ni palabras humanas ni angélicas.

Doctrina de la Reina del cielo.

529. “Hija mía, si con afecto de madre deseo que me sigas y me imites en todas las otras virtudes, en esta de la caridad, que es el fin y corona de todas ellas, quiero, te intimo y declaro mi voluntad de que extiendas sobremanera todas tus fuerzas para copiar en tu alma con mayor perfección todo lo que se te ha dado a conocer en la mía. Enciende la luz de la fe y de la razón para hallar esta dracma (Lc 15,8) de infinito valor y, habiéndola topado, olvida y desprecia todo lo terreno y corruptible; y en tu mente una y muchas veces confiere, advierte y pondera las infinitas razones y causas que hay en Dios para ser amado sobre todas las cosas; y para que entiendas cómo debes amarle con la perfección que deseas, éstas serán como señales y efectos del amor, si le tienes perfecto y verdadero: si meditas y piensas en Dios continuamente; si cumples sus mandamientos y consejos sin tedio ni disgusto; si temes ofenderle; si ofendido solicitas luego aplacarle; si te dueles de que sea ofendido y te alegras de que todas las criaturas le sirvan; si deseas y gustas hablar continuamente de su amor; si te gozas de su memoria y presencia; si te contristas de su olvido y ausencia; si amas lo que él ama y aborreces lo que aborrece; si procuras traer a todos a su amistad y gracia; si le pides con confianza; si recibes con agradecimiento sus beneficios: si no los pierdes y conviertes a su honra y gloria; si deseas y trabajas por extinguir en ti misma los movimientos de las pasiones que te retardan o impiden el afecto amoroso y obras de las virtudes.

530. Estos y otros efectos señalan como unos índices de la caridad, que está en el alma con más o menos perfección. Y sobre todo, cuando es robusta y encendida, no sufre ociosidad en las potencias, ni consiente mácula en la voluntad, porque luego las purifica y consume todas, y no descansa si no es cuando gusta la dulzura del sumo bien que ama; porque sin él desfallece (Cant 2,5 (A.)) está herida y enferma y sedienta de aquel vino que embriaga (Cant 5,1 (A.)) el corazón,

causando olvido de todo lo corruptible, terreno y momentáneo. Y como la caridad es la madre y raíz de todas las otras virtudes, luego se siente su fecundidad en el alma donde permanece y vive; porque la llena y adorna de los hábitos de las demás virtudes, que con repetidos actos va engendrando, como lo significó el Apóstol (1 Cor 13,4 (A.)) y no sólo tiene el alma que está en caridad los efectos de esta virtud con que ama al Señor, pero estando en caridad es amada del mismo Dios, recibe del amor divino aquel recíproco efecto de estar Dios en el que ama y venir a vivir como en su templo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; beneficio tan soberano que con ningún término ni ejemplo se puede conocer en la vida mortal.

531. “El orden de esta virtud es amar primero a Dios que es sobre la criatura y luego amarse ella a sí misma y tras de sí amar lo que está cerca de sí, que es su prójimo. A Dios se ha de amar con todo el entendimiento sin engaño, con toda la voluntad sin falsedad ni división, con toda la mente sin olvido, con todas las fuerzas sin remisión, sin tibieza, sin negligencia. El motivo que tiene la caridad para amar a Dios y todo lo demás a que se extiende es el mismo Dios; porque debe ser amado por sí mismo, que es sumo bien infinitamente perfecto y santo. Y amando a Dios con este motivo, es consiguiente que la criatura se ame a sí misma y al prójimo como a sí misma; porque ella y su prójimo no son suyos, tanto como son del Señor, de cuya participación reciben el ser, la vida y movimiento; y quien de verdad ama a Dios por quien es, ama también a todo lo que es de Dios y tiene alguna participación de su bondad. Por esto la caridad mira al prójimo como obra y participación de Dios y no hace diferencia entre amigo y enemigo; porque sólo mira lo que tienen de Dios y que son cosa suya y no atiende esta virtud a lo que tiene la criatura de amigo o enemigo, de bienhechor o malhechor; sólo diferencia entre quien tiene más o menos participación de la bondad infinita del Altísimo y con el debido orden los ama a todos en Dios y por Dios.

532. “Todo lo demás que aman las criaturas por otros fines y motivos, y esperando algún interés y comodidad o retorno, o lo aman con amor de concupiscencia desordenada o con amor humano o natural; y cuando no sea amor virtuoso y bien ordenado, no pertenece a la caridad infusa. Y como es ordinario en los hombres moverse por estos bienes particulares y fines interesables y terrenos, por eso hay muy pocos que atiendan, abracen y conozcan la nobleza de esta generosa virtud, ni la ejerciten con su debida perfección; pues aun al mismo Dios buscan y llaman por temporales bienes, o por el beneficio y gusto espiritual. De todo este desordenado amor quiero, hija mía, que desvíes tu corazón y que sólo viva en él la caridad bien ordenada, a quien el Altísimo ha inclinado tus deseos. Y si tantas veces repites que esta virtud es la hermosa y la agraciada y digna de ser querida y estimada de todas las criaturas, estudia mucho en conocerla y, habiéndola conocido, compra tan preciosa margarita, olvidando y extinguiendo en tu corazón todo amor que no sea de caridad perfectísima. A ninguna criatura has de amar más de por sólo Dios y por lo que en ella conoces que te le representa y como cosa suya, y al modo que la esposa ama a todos los siervos y familiares de la casa de su esposo porque son suyos; y en olvidándote que amas alguna criatura sin atender a Dios en ella y amándola por este Señor, entiende que no la amas con caridad, ni como de ti lo quiero y el Altísimo te lo ha mandado. También conocerás si los amas con caridad en la diferencia que hicieres de amigo o enemigo, de apacible o no apacible, de cortés más o menos y de quien tiene o no tiene gracias naturales. Todas estas diferencias no las hace la caridad verdadera, sino la inclinación natural o las pasiones de los apetitos, que tú debes gobernar con esta virtud, extinguiéndolos y degollándolos.”

CAPITULO 9

[Regresar al Principio](#)

De la virtud de la prudencia de la santísima Reina del cielo.

533. Como el entendimiento precede en sus operaciones a la voluntad y la encamina en las suyas, así las virtudes que tocan al entendimiento son primero que las de la voluntad. Y aunque el oficio del entendimiento es conocer la verdad y entenderla, y por esto se pudiera dudar si sus hábitos son virtudes - cuya naturaleza consiste en inclinar y obrar lo bueno, - pero es cierto que también hay virtudes intelectuales, cuyas operaciones son loables y buenas, regulándose por la razón y la verdad, que conoce el entendimiento es su propio bien. Y cuando se le enseña y propone a la voluntad para que ella le apetezca y le da reglas para hacerlo, entonces el acto del entendimiento es bueno y virtuoso en el orden del objeto teológico, como la fe, o moral, como la prudencia, que entendiendo endereza y gobierna las operaciones de los apetitos. Por esta razón la virtud de la prudencia es la primera y pertenece al entendimiento; y ésta es como la raíz de las otras virtudes morales y cardinales, que con la prudencia son loables sus operaciones y sin ella

son viciosas y reprochables.

534. Tuvo la soberana reina María esta virtud de la prudencia en supremo grado proporcionado al de las otras virtudes que hasta ahora he dicho y adelante diré en cada una; y por la superioridad de esta virtud la llama la Iglesia Virgen prudentísima. Y como esta primera virtud es la que gobierna, endereza y manda todas las obras de las otras virtudes, y en todo el discurso de esta Historia se trata de las que obraba María Santísima, con eso estará lleno todo el discurso de lo poco que pudiere decir y escribir de este piélagos de prudencia, pues en todas sus obras resplandecerá la luz de esta virtud con que las gobernaba. Por esto hablaré ahora más en general de la prudencia de la soberana Reina, declarándola por sus partes y condiciones, según la doctrina común de los doctores y santos, para que con esto se pueda entender mejor.

535. De los tres géneros de prudencia, que al uno llaman *prudencia política*, al otro *prudencia purgatoria* y al tercero *prudencia del ánimo purgado* o purificado y perfecto, ninguno le faltó a nuestra Reina en supremo grado; porque si bien sus potencias estaban purificadísimas o, por decir mejor, no tenían que purificar de culpa ni de contradicción en la virtud, pero tenían que purificar en la natural nesciencia y también caminar de lo bueno y santo a lo más perfecto y santísimo. Y esto se ha de entender respecto de sus mismas obras y comparándolas entre sí mismas y no con las de otras criaturas; porque en comparación de los demás santos, no hubo obra menos perfecta en esta ciudad de Dios, cuyos fundamentos estaban sobre los montes santos (Sal 86,1); pero en sí misma, como fue creciendo desde el instante de la concepción en la caridad y gracia, unas obras, que fueron en sí perfectísimas y superiores a todas las de los santos, fueron menos perfectas respecto de otras más altas a que ascendía.

536. La *prudencia política*, en general, es la que piensa y pesa todo lo que se debe hacer y, reduciéndolo a la razón, nada hace que no sea recto y bueno. La *prudencia purgatoria* o purgativa es la que todo lo visible pospone y abstrae por enderezar el corazón a la divina contemplación y a todo lo que es celestial. La *prudencia del ánimo purgado* es la que mira al sumo bien y endereza a él todo el afecto para unirse y descansar allí, como si ninguna otra cosa hubiera fuera de él. Todos estos géneros de prudencia estaban en el entendimiento de María santísima para discernir y conocer sin engaño y para dirigir y mover sin remisión ni tardanza lo más alto y perfecto de estas operaciones. Nunca pudo el juicio de esta soberana Señora dictar ni presumir cosa alguna en todas las materias, que no fuese lo mejor y más recto. Nadie alcanzó como ella, ni lo hizo, a posponer y desviar todo lo mundial y visible, para enderezar el afecto a la contemplación de las cosas divinas. Y habiéndolas conocido como las conoció con tantos géneros de noticias, de tal suerte estaba unida por amor al sumo bien increado, que nada la ocupó ni impidió para descansar en este centro de su amor.

537. Las partes que componen la prudencia, claro está que con suma perfección estaban en nuestra Reina. La primera es la *memoria*, para tener presentes las cosas pasadas y experimentadas; de donde se deducen muchas reglas de proceder y obrar en lo futuro y presente; porque esta virtud trata de las operaciones en particular; y como no puede haber una regla general para todas, es necesario deducir muchas de muchos ejemplos y experiencias; y para esto se requiere la memoria. Esta parte tuvo nuestra soberana Reina tan constante, que jamás padeció el defecto natural del olvido; porque siempre le quedó inmóvil y presente en la memoria lo que una vez entendió y aprendió. En este beneficio trascendió María purísima todo el orden de la naturaleza humana y aun la angélica, porque en ella hizo Dios un epílogo de lo más perfecto de entrambos. Tuvo de la naturaleza humana lo esencial, y de lo accidental lo que era más perfecto y lejos de la culpa y necesario para merecer; y de los dones naturales y sobrenaturales de la naturaleza angélica tuvo muchos, por especial gracia, en mayor alteza que los mismos ángeles. Y uno de estos dones fue la memoria fija y constante, sin poder olvidar lo que aprendía; y cuanto excedió a los ángeles en la prudencia, tanto se aventajó en esta parte de la memoria.

538. En sola una cosa limitó este beneficio misteriosamente la humilde pureza de María santísima; porque habiendo de que darle fijas en su memoria las especies de todas las cosas, y entre ellas era inexcusable haber conocido muchas fealdades y pecados de las criaturas, pidió al Señor la humildísima y purísima Princesa que el beneficio de la memoria no se extendiese a conservar estas especies, más de en lo que fuese necesario para el ejercicio de la caridad fraternal con los prójimos y de las demás virtudes. Le concedió el Altísimo esta petición, más en testimonio de su candidísima humildad que por el peligro de ella; pues al sol no le ofende lo inmundo que sus rayos tocan, ni tampoco a los ángeles los conturban nuestras vilezas, porque para los limpios todo es limpio (Tit 1,15). Pero en este favor quiso privilegiar el Señor de los ángeles a su Madre más que a ellos y sólo conservar en su memoria las especies de todo lo santo,

honesto, limpio y más amable de su pureza y más agradable al mismo Señor; con todo lo cual aquella alma santísima, aun en esta parte, estaba más hermosa y adornada de especies en su memoria de todo lo más puro y deseable.

539. Otra parte de la prudencia se llama *inteligencia*, que principalmente mira a lo que de presente se debe hacer; y consiste en entender profunda y verdaderamente las razones y principios ciertos de las obras virtuosas para ejecutarlas, deduciendo su ejecución de esta inteligencia, así en lo que conoce el entendimiento de la honestidad de la virtud en general, como de lo que debe hacer en particular quien ha de obrar con rectitud y perfección; como cuando tengo profunda inteligencia de esta verdad: A nadie debes hacer el daño que tú no quieres recibir de otro; luego a este tu hermano no debes hacerle agravio particular, que a ti te pareciera mal, si contigo lo hiciera él mismo o cualquiera otro. Esta inteligencia tuvo María santísima en tanto más alto grado que todas las criaturas, cuantas más verdades morales conoció y más profundamente penetró su infalible rectitud y participación de la divinidad. En aquel clarísimo entendimiento, ilustrado con los mayores resplandores de la luz divina, no había engaño, ignorancia, ni duda, ni opiniones como en las demás criaturas; porque todas las verdades, especialmente en las materias prácticas de las virtudes, las penetró y entendió en general y en particular, como ellas son en sí mismas; y en este grado incomparable tuvo esta parte de prudencia.

540. La tercera se llama *providencia*, y es la principal entre las partes de la prudencia, porque lo más importante en la dirección de las acciones humanas es ordenar lo presente a lo futuro, para que todo se gobierne con rectitud; y esto hace la providencia. Tuvo esta parte de la prudencia nuestra Reina y Señora en más excelente grado, si pudiera serlo, que todas las otras; porque, a más de la memoria de lo pasado y profunda inteligencia de lo presente, tenía ciencia y conocimiento infalible de muchas cosas futuras a que se extendía la buena providencia. Y con esta noticia y luz infusa, de tal suerte prevenía las cosas futuras y disponía los sucesos, que ninguno pudo ser para ella repentino ni impensado. Todas las cosas tenía previstas, pensadas y ponderadas en el peso del santuario de su mente, ilustrada con la luz infusa; y así aguardaba no con duda ni incertidumbre, como los demás hombres, todos los sucesos antes que fuesen, pero con certeza clarísima; de suerte que todo hallase su lugar, tiempo y coyuntura oportuna, para que todo fuese bien gobernado.

541. Estas tres partes de la prudencia comprenden las operaciones que con esta virtud tiene el entendimiento, distribuyéndolas en orden a las tres partes del tiempo pretérito, presente y futuro. Pero considerando todas las operaciones de esta virtud en cuanto conoce los medios de las otras virtudes y endereza las operaciones de la voluntad, en esta consideración añaden los doctores y filósofos otras cinco partes y operaciones a la prudencia, que son: *docilidad*, *razón*, *solercia*, *circunspección* y *cautela*. La *docilidad* es el buen dictamen y disposición para ser enseñada la criatura de los más sabios, y no serlo consigo misma, ni estribar en su propio juicio y sabiduría. La *razón*, que también se llama raciocinación, consiste en discurrir con acierto, deduciendo de lo que se entiende como en general las particulares razones o consejos para las operaciones virtuosas. La *solercia* es la diligente atención y aplicación advertida a todo lo que sucede, como la docilidad a lo que nos enseñan, para hacer juicio recto y sacar reglas de bien obrar nuestras acciones. La *circunspección* es el juicio y consideración de las circunstancias que ha de tener la obra virtuosa; porque no basta el buen fin para que sea loable, si le faltaren las circunstancias y oportunidad que se requieren en ellas. La *cautela* dice la discreta atención con que se deben advertir y evitar los peligros o impedimentos que pueden ocurrir con color de virtud o impensadamente, para que no nos hallen incautos o inadvertidos.

542. Todas estas partes de la prudencia estuvieron en la Reina del cielo sin defecto alguno y con su última perfección. La *docilidad* fue en Su Alteza como hija legítima de su incomparable humildad; pues habiendo recibido tanta plenitud de ciencia desde el instante de su Inmaculada Concepción y siendo la maestra y madre de la verdadera sabiduría, siempre se dejó enseñar de los mayores, de los iguales y menores, juzgándose por menor que todos y queriendo ser discípula de los que en su comparación eran ignorantísimos. Esta docilidad mostró toda la vida como una candidísima paloma, disimulando su sabiduría con mayor prudencia que de serpiente (Mt 10,16). De niña, se dejó enseñar de sus padres y de su maestra en el templo y de sus compañeras, y mas tarde, de su esposo José, de los apóstoles y de todas las criaturas quiso desprenderse para ser ejemplo portentoso de esta virtud y de la humildad, como en otro lugar he dicho (Cf. supra n.405,472).

543. La razón prudencial o raciocinación de María santísima se infiere mucho de las veces que dice de ella el evangelista san Lucas (Lc 2,19,51 (A.)) que guardaba en su corazón y confería lo que iba sucediendo en las obras y misterios de su Hijo santísimo, Esta conferencia parece obra de la razón, con que careaba unas cosas primeras con otras que

iban ocurriendo y sucediendo y las confería entre sí mismas, para hacer en su corazón prudentísimos consejos y aplicarlos en lo que era conveniente para obrar con el acierto que lo hacía. Y aunque muchas cosas conocía sin discurso y con una simplicísima vista o inteligencia que excedía a todo discurso humano, pero, en orden a las obras que había de hacer en las virtudes, podía raciocinar y aplicar con el discurso las razones generales de las virtudes a sus propias operaciones.

544. En la solercia y diligente advertencia de la prudencia también fue la soberana Señora muy privilegiada; porque no tenía el peso grave de las pasiones y corrupción, y así no sentía descaecimientos ni tardanza en las potencias, antes estaba fácil, pronta y muy expedita para advertir y atender a todo lo que podía servir para hacer recto juicio y sano consejo en obrar las virtudes en cualquier caso ocurrente, atendiendo con presteza y velocidad al medio de la virtud y su operación. En la circunspección fue María santísima igualmente admirable; porque todas sus obras fueron tan cabales, que a ninguna le faltó circunstancia buena, y todas tuvieron las mejores, que, las pudieran levantar de punto. Y como eran la mayor parte de sus obras ordenadas a la caridad de los prójimos, y todas tan oportunas, por eso en el enseñar, consolar, amonestar, rogar o corregir, siempre se lograba la eficaz dulzura de sus razones y agrado de sus obras.

545. La última parte, de la cautela para ocurrir a los impedimentos que pueden estorbar o destruir la virtud, era necesario que estuviese en la Reina de los ángeles con más perfección que en ellos mismos; porque la sabiduría tan alta, y el amor que le correspondía, la hacían tan cauta y advertida que ningún suceso ni impedimento ocurrente la pudo topár incauta, sin haberle desviado para obrar con suma perfección en todas las virtudes. Y como el enemigo, según adelante diré (Cf. infra p.II n.353) se desvelaba tanto en ponerle impedimentos exquisitos y extraños para el bien, porque no los podía mover en sus pasiones, por esto ejerció la prudentísima Virgen esta parte de la cautela muchas veces con admiración de todos los ángeles. Y de esta discreción cautelosa de María santísima, le cobró el demonio una temerosa rabia y envidia, deseando conocer el poder con que le deshacía tantas maquinaciones y astucias como fraguaba para impedirle o divertirla, y siempre quedaba frustrado, porque siempre la Señora de las virtudes obraba lo más perfecto de todas en cualquiera materia y suceso.

546. Conocidas las partes de que la prudencia se integra y compone, se divide en especies según los objetos y fines para que sirve. Y como el gobierno de la prudencia puede ser consigo mismo o con otros, por eso se divide según que enseña a gobernarse a sí y a otros. La que sirve a cada uno para el gobierno de sus propias y especiales acciones, creo se llama *anárrquica*; y de ésta no hay que decir más de lo que arriba queda declarado del gobierno que la Reina del cielo tenía principalmente consigo misma. La que enseña el gobierno de muchos se llama *poliárrquica*; y ésta se divide en cuatro especies, según las diferencias de gobernar diversas partes de multitud: la primera se llama *prudencia regnativa* o monárquica, que enseña a gobernar los reinos con leyes justas y necesarias, y es propia de los reyes, príncipes y monarcas y de aquellos donde está la potestad suprema; la segunda se llama *prudencia política*, determinando este nombre a la que enseña el gobierno de las ciudades o repúblicas; la tercera se llama *prudencia económica*, que enseña y dispone lo que pertenece al gobierno doméstico de las familias y casas particulares; la cuarta es la *prudencia militar*, que enseña a gobernar la guerra y los ejércitos.

547. Ninguno de estos linajes de prudencia faltó a nuestra gran Reina; porque todos se le dieron en hábito en el instante que fue concebida y santificada juntamente, para que no le faltase gracia, ni virtud, ni perfección alguna que la levantase y hermosease sobre todas las criaturas. Formula el Altísimo para archivo y depósito de todos sus dones, para ejemplar de todo el resto de las criaturas y para desempeño de su mismo poder y grandeza, y que se conociese enteramente en la Jerusalén celestial lo que pudo y quiso obrar en una pura criatura. Y no estuvieron ociosos en María santísima los hábitos de estas virtudes, porque todas las ejerció en el discurso de su vida en muchas ocasiones que se le ofrecieron. Y de lo que toca a la prudencia económica, sabida cosa es cuán incomparable la tuvo en el gobierno de su casa con su esposo José y con su Hijo santísimo, en cuya educación y servicio procedió con tal prudencia, cual pedía el más alto y oculto sacramento que Dios ha fiado de las criaturas; de que diré lo que entendié y pudiere en su lugar (Cf. infra p.II n.653-663, 702-711).

548. El ejercicio de la *prudencia regnativa* o *monárquica* tuvo como Emperatriz única en la Iglesia, enseñando, amonestando y gobernando a los sagrados apóstoles en la primitiva Iglesia, para fundarla y establecer en ella las leyes, ritos y ceremonias más necesarios y convenientes para su propagación y firmeza. Y aunque les obedecía en las cosas particulares y preguntaba especialmente a san Pedro como vicario de Cristo y cabeza, y a san Juan como a su capellán,

pero juntamente la consultaban y obedecían ellos y los demás en las cosas generales y en otras del gobierno de la Iglesia. Enseñó también a los reyes y príncipes cristianos que la pidieron consejo; porque muchos la buscaron para conocerla después de la subida de su Hijo santísimo a los cielos (Cf. infra p.II n.567 y p.III n.587-588); especialmente la consultaron los tres reyes magos, cuando adoraron al Niño, y ella les respondió y enseñó todo lo que debían hacer en su gobierno y de sus estados, con tanta luz y acierto que fue su estrella y guía para enseñarles el camino de la eternidad; y volvieron a sus patrias ilustrados, consolados y admirados de la sabiduría, prudencia y dulcísima eficacia de las palabras que habían oído a una tierna doncella. y para testimonio de todo lo que en esto se puede encarecer, basta oír a la misma Reina que dice (Prov 8,15-16 (A.)): *Por mí reinan los Reyes, mandan los Príncipes y los autores de las leyes determinan lo que es justo.*

549. Tampoco le faltó el uso de la *prudencia política*, enseñando a las repúblicas y pueblos, y a los de los primitivos fieles en particular, cómo habían de proceder en sus acciones públicas y gobierno y cómo debían obedecer a los reyes y príncipes temporales, y en particular al Vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia, y a sus preladados y obispos, y cómo se debían disponer los concilios, definiciones y decretos que en ellos se hacían. La *prudencia militar* tuvo también su lugar en la soberana Reina; porque fue consultada también sobre esto de algunos fieles, a quienes aconsejó y enseñó lo que debían hacer en las guerras justas con sus enemigos, para obrarlas con mayor justicia y beneplácito del Señor. Y aquí pudiera entrar el valeroso ánimo y prudencia con que venció esta poderosa Señora al príncipe de las tinieblas y enseñó a pelear con él con suprema sabiduría y prudencia, mejor que David con el gigante y Judit con Holofernes ni Ester con Amán. Y cuando para todas estas acciones referidas no sirvieran estas especies y hábitos de prudencia en la Madre de la sabiduría, convenía que los tuviese todos, a más del adorno de su alma santísima, para ser medianera y abogada única del mundo; porque habiendo de pedir todos los beneficios que Dios había de conceder a los mortales, sin venir alguno que no fuese por su mano e intercesión, convenía que tuviese noticia y perfecto conocimiento de las virtudes que pedía para los mortales y que se derivasen de esta Señora como de original y manantial después del mismo Dios y Señor, donde están como en principio increado.

550. Otros adminículos se le atribuyen a la prudencia, que son como instrumentos suyos, y les llaman partes potenciales con que obra. Estos son, la fuerza o virtud en hacer sano juicio y se llama *síntesis*, y la que endeza y forma el buen consejo y se llama *abulia*, y la que en algunos casos particulares enseña a salir de las reglas comunes y se llama *gnome*, y ésta es necesaria para la epiqueya o epiqueya, que juzga algunos casos por reglas superiores a las leyes ordinarias. Con todas estas perfecciones y fuerza estuvo la prudencia en María santísima; porque nadie como ella supo formar el sano consejo para todos en los casos contingentes, ni tampoco pudo nadie, aunque fuese el supremo ángel, hacer tan recto juicio en todas las materias. Y sobre todo alcanzó nuestra prudentísima Reina las razones superiores y reglas de obrar con todo acierto en las cosas que no podían venir las reglas ordinarias y comunes, de que sería muy largo discurso quererlos referir aquí; muchos se entenderán en el progreso de su vida santísima. Y para concluir todo este discurso de su prudencia, sea la regla por donde se ha de medir, la prudencia del alma santísima de Cristo Señor nuestro, con quien se ajustó y asimiló en todo respectivamente, como formada para coadjutora, semejante a él mismo en las obras de la mayor prudencia y sabiduría que obró el Señor de todo lo criado y Redentor del mundo.

Doctrina de la Reina del cielo.

551. “Hija mía, todo lo que en este capítulo has escrito y lo que has entendido, quiero que sea doctrina y advertencia que te doy para el gobierno de todas tus acciones. Escribe en tu mente y conserva la memoria fija del conocimiento que te han dado de mi prudencia en todo lo que pensaba, quería y ejecutaba; y esta luz te encaminará en medio de las tinieblas de la humana ignorancia, para que no te confunda y turbe la fascinación de las pasiones y mucho más la que con suma malicia y desvelo trabajan tus enemigos por introducir en tu entendimiento. El no alcanzar todas las reglas de la prudencia, no es culpable en la criatura; pero el ser negligente en adquirirlas, para estar advertida en todo como debe, ésta es grave culpa y causa de muchos engaños y errores en sus obras. Y de esta negligencia nace que se desmanden las pasiones, que destruyen e impiden la prudencia; particularmente la desordenada tristeza y deleite, que pervierten el juicio recto de la prudente consideración del bien y del mal. Y de aquí nacen dos peligrosos vicios, que son la precipitación en obrar sin acuerdo de los medios convenientes, o la inconstancia en los buenos propósitos y obras comenzadas. La destemplada ira o el indiscreto fervor, entrambos precipitan y arrebatan en muchas acciones exteriores que se hacen sin medida y sin consejo. La facilidad en el juicio y el no tener firmeza en el bien son causa de que el alma imprudentemente se mueva de lo comenzado; porque admite lo que en contrario le ocurre y se agrada livianamente ahora del verdadero bien y luego del aparente y engañoso que las pasiones piden y el demonio representa.

552. “Contra todos estos peligros te quiero advertida y prudente, y lo serás si atiendes al ejemplar de mis obras y conservas los documentos y consejos de la obediencia de tus padres espirituales, sin la cual nada debes hacer para proceder con consejo y docilidad. Y advierte que por ella te comunicará el Altísimo copiosa sabiduría, porque le obliga sobremanera el corazón blando, rendido y dócil. Acuérdate siempre de la desdicha de aquellas vírgenes imprudentes y fatuas (Mt 25,1-13) que por su inadvertida negligencia despreciaron el cuidado y sano consejo, cuando debían tenerle; y después cuando le buscaban hallaron cerrada la puerta del remedio. Procura, hija mía, con la sinceridad de paloma juntas la prudencia de serpiente (Mt 10,16) y serán tus obras perfectas.”

CAPITULO 10

[Regresar al Principio](#)

De la virtud de la justicia que tuvo María santísima.

553. La gran virtud de la justicia es la que más sirve a la caridad de Dios y del prójimo, y así es la más necesaria para la conservación y comunicación humana; porque es un hábito que inclina a la voluntad a dar a cada uno lo que le toca; y tiene por materia y objeto la igualdad, ajustamiento o derecho que se debe guardar con los prójimos y con el mismo Dios. Y como son tantas las cosas en que puede el hombre guardar esta igualdad o violarla con los prójimos, y esto por tan diversos modos, por lo cual la materia de la justicia es muy dilatada y difusa y muchas las especies o géneros de esta virtud de justicia; en cuanto se ordena al bien público y común, se llama *justicia legal*; y porque a todas las otras virtudes puede encaminar a este fin, se llama *virtud general*, aunque no participe de la naturaleza de las demás; pero cuando la materia de la justicia es cosa determinada, y que sólo toca a personas particulares entre quienes se le guarda a cada una su derecho, entonces se llama *justicia particular* y especial.

554. Toda esta virtud, con sus partes y géneros o especies que contiene, guardó la Emperatriz del mundo con todas las criaturas sin comparación de otra ninguna; porque sola ella conoció con mayor alteza y comprendió perfectamente lo que a cada uno se le debía. Y aunque esta virtud de la justicia no mira inmediatamente a las pasiones naturales, como lo hacen la fortaleza y templanza, según adelante diré, pero muchas veces y de ordinario sucede que, por no estar moderadas y corregidas las mismas pasiones, se pierde la justicia con los prójimos, como lo vemos en los que por desordenada codicia o deleite sensual usurpan lo ajeno. Pues como en María santísima ni había pasiones desordenadas ni ignorancia para no conocer el medio de las cosas en que consiste la justicia, por eso la cumplía con todos obrando lo justísimo con cada uno, enseñando a que todos lo hiciesen cuando merecían oír sus palabras y doctrina de vida. Y en cuanto a la justicia legal, no sólo la guardó cumpliendo las leyes comunes, como lo hizo en la purificación y en otros mandatos de la ley, aunque estaba exenta como Reina y sin culpa, pero nadie, fuera de su Hijo santísimo, atendió como esta Madre de misericordia al bien público y común de los mortales, enderezando a este fin todas las virtudes y operaciones, con que pudo merecerles la divina misericordia y aprovechar a los prójimos con otros modos de beneficios.

555. Las dos especies de justicia, que son *distributiva* y *conmutativa*, estuvieron también en María purísima en grado heroico. La *justicia distributiva* gobierna las operaciones con que se distribuyen las cosas comunes a las personas particulares; y esta equidad guardó Su Alteza en muchas cosas que por su voluntad y disposición se hicieron entre los fieles de la primitiva Iglesia; como en distribuir los bienes comunes para el sustento y otras necesidades de las personas particulares; y aunque nunca distribuyó por su mano el dinero, porque jamás lo trataba, pero se repartía por su orden y otras veces por sus consejos; pero en estas cosas y otras semejantes siempre guardó suma equidad y justicia, según la necesidad y condición de cada uno. Lo mismo hacía en la distribución de los oficios y dignidades o ministerios que se repartían entre los discípulos y primeros hijos del evangelio en las congregaciones y juntas que para esto se hacían. Todo lo ordenaba y disponía esta sapientísima Maestra con perfecta equidad, porque todo lo hacía con especial oración e ilustración divina, a más de la ciencia y conocimiento ordinario que de todos los sujetos tenía. Y por esto acudían a ella los apóstoles para estas acciones, y otras personas que gobernaban le pedían consejo; con lo cual todo cuanto por ella era gobernado se hacía y disponía con entera justicia y sin acepción de personas.

556. La *justicia conmutativa* enseña a guardar igualdad recíprocamente en lo que se da y recibe entre las particulares personas; como dar dos por dos, etc., o el valor de una cosa guardando igualdad en ello. De esta especie de justicia tuvo la Reina del cielo menos ejercicio que de las otras virtudes, porque ni compraba ni vendía cosa alguna por sí

misma, y si alguna era necesario comprar o conmutar, esto lo hacía el santo patriarca José, cuando era vivo, y después lo hacían san Juan evangelista o algún otro de los apóstoles. Pero el Maestro de la santidad que venía a destruir y arrancar la avaricia, raíz de todos los males (1 Tim 6,10), quiso alejar de sí mismo y de su Madre santísima las acciones y operaciones en que se suele encender y conservar este fuego de la codicia humana. Y por esto su providencia divina ordenó que ni por su mano ni por la de su Madre purísima se ejerciesen las acciones del comercio humano de comprar y vender, aunque fuesen cosas necesarias para conservar la vida natural. Mas no por eso dejaba de enseñar la gran Reina todo lo que pertenecía a esta virtud de justicia conmutativa, para que la obrasen con perfección los que en el apostolado y en la Iglesia primitiva era necesario que usasen de ella.

557. Tiene otras acciones esta virtud que se ejercitan entre los prójimos, cuales son juzgar unos a otros con juicio público y civil o con juicio particular; de cuyo contrario vicio habló el Señor por san Mateo cuando dijo (Mt 7,1 (A.)): *No queráis juzgar y no seréis juzgados*. En estas acciones de juicio se le da a cada uno lo que se le debe, según la estimación del que juzga; y por esto son acciones justas si se conforman con la razón y si desdican de ella son injusticia. Nuestra soberana Reina no ejerció el juicio público y civil, aunque tenía potestad para ser juez de todo el universo; pero con sus rectísimos consejos en el tiempo de su vida, y después con su intercesión y méritos, cumplió lo que está de ella escrito en los Proverbios (Prov 8,20.16 (A.)): *Yo ando en los caminos de la justicia y por mí determinan los poderosos lo que es justo*.

558. En los juicios particulares nunca pudo haber injusticia en el corazón purísimo de María santísima; porque jamás pudo ser liviana en las sospechas, ni temeraria en los juicios, ni tuvo dudas; ni cuando las tuviera las interpretara con impiedad en la peor parte. Estos vicios injustísimos son propios y como naturales entre los hijos de Adán, en quienes dominan las pasiones desordenadas de odio, envidia y emulación en la malicia, y otros vicios que como esclavos viles los supeditan. De estas raíces tan infectas nacen las injusticias, de las sospechas del mal con leves indicios y de los juicios temerarios y de atribuir lo dudoso a la peor parte; porque cada uno presume fácilmente de su hermano la misma falta que en sí mismo admite. Y si con odio o envidia le pesa del bien de su prójimo y se alegra de su mal, ligeramente le da el crédito que no debía, porque se lo desea, y el juicio sigue al afecto. De todos estos achaques del pecado estuvo libre nuestra Reina, como quien no tenía parte en él; toda era caridad, pureza, santidad y amor perfecto lo que en su corazón entraba y salía; en ella estaba la gracia de toda la verdad (Eclo 24,25) y camino de la vida. Y con la plenitud de la ciencia y santidad nada dudaba ni sospechaba; porque todos los interiores conocía y miraba con verdadera luz y misericordia, sin sospechar mal de nadie, sin atribuir culpa a quien estaba sin ella; antes remediando a muchos las que tenían y dando a todos y a cada uno con equidad y justicia lo que le tocaba y estando siempre dispuesta con benigno corazón para llenar a todos los hombres de gracias y dulzura de la virtud.

559. En los dos géneros de justicia, conmutativa y distributiva, se encierran muchas especies y diferencias de virtudes, que no me detengo a referirlas; pues todas las que convenían a María santísima las tuvo en hábito y en actos supremos y excelentísimos. Pero hay otras virtudes que se reducen a la justicia, porque se ejercitan con otros y participan en algo las condiciones de justicia, aunque no en todo; porque no alcanzamos a pagar adecuadamente todo lo que debemos, o porque, si podemos pagarlo, no es la deuda y obligación tan estrecha como la induce el rigor de la perfecta justicia conmutativa o distributiva. De estas virtudes, porque son muchas y varias, no diré todo lo que contienen; pero por no dejarlo todo, diré algo en compendio brevísimo para que se entienda cómo las tuvo nuestra soberana y muy excelsa Princesa.

560. Deuda justa es dar culto y reverencia a los que son superiores a nosotros; y según la grandeza de su excelencia y dignidad, y los bienes que de ellos recibimos, será mayor o menor nuestra obligación y el culto que les debemos, aunque ningún retorno sea igual con el recibo o con la dignidad. Para esto sirven tres virtudes, según tres grados de superioridad que reconocemos en los que debemos reverencia. La primera es la *virtud de la religión*, con la que damos a Dios el culto y reverencia que le debemos, aunque su grandeza excede en infinito y sus dones no pueden tener igual retorno de agradecimiento ni alabanza. Esta virtud entre las morales es nobilísima por su objeto, que es el culto de Dios, y su materia tan dilatada cuantos son los modos y materias en que Dios puede inmediatamente ser alabado y reverenciado. Se comprenden en esta virtud de religión las obras interiores de la oración, contemplación y devoción, con todas sus partes y condiciones, causas, efectos, objetos y fin. De las obras exteriores se comprende aquí la adoración latría, que es la suprema y debida a sólo Dios con sus especies o partes que la siguen, como son el sacrificio, oblaciones, décimas, votos y juramentos y alabanzas externas y vocales; porque con todos estos actos, si debidamente se hacen, es Dios honrado y reverenciado de las criaturas y por el contrario con los vicios opuestos es

muy ofendido.

561. En segundo lugar está *la piedad*, que es una virtud con que reverenciamos a los pobres, a quienes después de Dios debemos el ser y educación, y también a los que participan esta causa, como son los deudos y la patria, que nos conserva y gobierna. Esta virtud de la piedad es tan grande, que se debe anteponer, cuando ella obliga, a los actos de supererogación de la virtud de la religión, como lo enseñó Cristo Señor nuestro por san Mateo (Mt 15,3ss (A.)) cuando reprendió a los fariseos que con pretexto del culto de Dios enseñaban a negar la piedad con los padres naturales. El tercer lugar toca a *la observancia*, que es una virtud con que damos honor y reverencia a los que tienen alguna excelencia o dignidad superior de diferente condición que la de los padres o natural patria. En esta virtud ponen los doctores *la dulía* y la obediencia como especies suyas. *Dulía* es la que reverencia a los que tienen alguna participación de la excelencia y dominio del supremo Señor, que es Dios, a quien toca el culto de la adoración latría. Por esto honramos a los santos con adoración o reverencia dulía, y también a las superiores dignidades, cuyos siervos nos manifestamos. La obediencia es con la que rendimos nuestra voluntad a la de los superiores, queriendo cumplir la suya y no la nuestra. Y porque la libertad propia es tan estimable, por eso esta virtud es tan admirable y excelente entre todas las virtudes morales, porque deja más la criatura en ella por Dios que en otra ninguna.

562. Estuvieron estas virtudes de *religión, piedad y observancia* en María santísima con tanta plenitud y perfección que nada les faltó de lo posible a pura criatura. ¿Qué entendimiento podrá alcanzar la honra, veneración y culto con que esta Señora servía a su Hijo dilectísimo, conociéndole, adorándole por verdadero Dios y Hombre, Criador, Reparador, Glorificador y Sumo, Infinito, Inmenso en ser, bondad y todos sus atributos? Ella fue quien de todo conoció más entre las puras criaturas y más que todas ellas, y a este paso daba a Dios la debida reverencia y la enseñó a los mismos serafines. En esta virtud fue maestra de tal suerte que sólo verla despertaba, movía y provocaba con oculta fuerza a que todos reverenciasen al supremo Señor y Autor del cielo y tierra y sin otra diligencia excitaba a muchos para que alabasen a Dios. Su oración, contemplación y devoción, y la eficacia que tuvo, y la que siempre tienen sus peticiones, todos los ángeles y bienaventurados la conocen con admiración eterna y todos no la podrán explicar. Le deben todas las criaturas intelectuales el haber suplido y recompensado, no sólo lo que ellos han ofendido, pero lo que no han podido alcanzar, ni obrar, ni merecer. Esta Señora adelantó el remedio del mundo y, si ella no estuviera en él, no saliera el Verbo del seno de su eterno Padre. Ella trascendió a los serafines desde el primer instante en contemplar, orar, pedir y estar devotamente pronta en el obsequio divino. Ofreció sacrificios cual convenía, oblaciones, décimas, y todo tan acepto a Dios que por parte del oferente nadie fue más acepta después de su Hijo santísimo. En las eternas alabanzas, himnos, cánticos y oraciones vocales que hizo, fue sobre todos los patriarcas y profetas y, si los tuviera la Iglesia Militante, como se conocerán en la Triunfante, fuera nueva admiración del mundo.

563. Las virtudes de *piedad y observancia* tuvo Su Majestad como quien más conocía la deuda a sus padres y más sabía de su heroica santidad. Lo mismo hizo con sus consanguíneos, llenándolos de especiales gracias, como al Bautista y a su madre santa Isabel, y a los demás del apostolado. A su patria, si no lo hubiera desmerecido la ingratitude y dureza de los judíos, la hubiera hecho felicísima, pero, en cuanto la divina equidad permitió, la hizo muy grandes beneficios y favores espirituales y visibles. En la reverencia de los sacerdotes fue admirable, como quien sola pudo y supo dar el valor a la dignidad de los cristos del Señor. Esto enseñó a todos; y después a reverenciar los patriarcas, profetas y santos, y luego a los señores temporales y supremos en la potestad. Y ningún acto de estas virtudes omitió que en diferentes tiempos y ocasiones no los ejercitase y enseñase a otros, especialmente a los primeros fieles en el origen y principio de la Iglesia evangélica, donde obedeciendo, no ya a su Hijo santísimo ni a su Esposo presencialmente pero a los ministros de ella, fue ejemplo de nueva obediencia al mundo; pues entonces con especiales razones se la debían todas las criaturas a la que en él quedaba por Señora y Reina que los gobernase.

564. Restan otras virtudes que también se reducen a la justicia, porque con ellas damos lo que debemos a otros con alguna deuda moral, que es un honesto y decente título. Estas son: la *gratitud*, que se llama *gracia*, la *verdad* o *veracidad*, la *vindicación*, la *liberalidad*, la *amistad* o *afabilidad*. Con la *gratitud* hacemos alguna igualdad con aquellos de quienes recibimos el beneficio, dándoles gracias por él, según la condición del beneficio, y también según el estado y condición del bienhechor; que a todo esto se debe proporcionar el agradecimiento y se puede hacer con diversas acciones. La *veracidad* inclina a tratar verdad con todos, como es justo que se trate en la vida humana y conversación necesaria de los hombres, excluyendo toda mentira - que en ningún suceso es lícita - toda engañosa simulación, hipocresía, jactancia e ironía. Todos estos vicios se oponen a la *verdad*; y si bien es posible y aun conveniente declinar en lo menos cuando hablamos de nuestra propia excelencia o virtud, para no ser molestos con

exceso de jactancia, pero no es justo fingir menos con mentira, imputándose lo que no tiene de vicio. La *vindicación* es virtud que enseña a recompensar y deshacer con alguna pena el daño propio o el del prójimo que recibió de otro. Esta virtud es dificultosa entre los mortales, que de ordinario se mueven con inmoderada ira y odio fraternal, con que se falta a la caridad y justicia; pero cuando no se pretende el daño ajeno sino el bien particular o público, no es ésta pequeña virtud, pues usó de ella Cristo nuestro Señor cuando expelió del templo a los que le violaban con irreverencia (Jn 2,15) y Elías y Eliseo pidieron fuego del cielo (4 Re 1 (A.)) para castigar algunos pecados; y en los Proverbios se dice (Prov 13,24 (A.)): *Quien perdona la vara del castigo, aborrece a su hijo*. La *liberalidad* sirve para distribuir conforme a razón el dinero o semejantes cosas, sin declinar a los vicios de avaricia y prodigalidad. La *amicicia* o *afabilidad* consiste en el decente y conveniente modo de conversar y tratar con todos, sin litigios ni adulación, que son los vicios contrarios de esta virtud.

565. Ninguna de todas éstas y si hay otra alguna que se atribuya a la justicia faltó a la Reina del cielo; todas las tuvo en hábito y las ejerció con actos perfectísimos, según ocurrían las ocasiones, y a muchas almas enseñó y dio luz con que las obrasen y ejerciesen con perfección, como Maestra y Señora de toda santidad. La virtud de la gratitud con Dios ejerció con los actos de religión y culto que dijimos, porque éste es el más excelente modo de agradecer; y como la dignidad de María purísima y su proporcionada santidad se levantó sobre todo entendimiento criado, así dio el retorno esta eminente Señora, proporcionándose al beneficio, cuanto a pura criatura era posible; y lo mismo hizo en la piedad con sus padres y patria, como queda dicho. A los demás agradecía la humildísima Emperatriz cualquier beneficio, como si nada se le debiera, y, debiéndosele todo de justicia, lo agradecía con suma gracia y favor; pero sola ella supo dignamente y alcanzó a dar gracias por los agravios y ofensas, como por grandes beneficios, porque su incomparable humildad nunca reconocía Injurias y de todas se daba por obligada; y como no olvidaba los beneficios, no cesaba en el agradecimiento.

566. En la verdad que trataba María Señora nuestra, todo cuanto se puede decir será poco; pues quien estuvo tan superior al demonio, padre de la mentira y engaño, no pudo conocer en sí tan despreciable vicio. La regla por donde se ha de medir en nuestra Reina esta virtud de la verdad es su caridad y sencillez columbina, que excluyen toda duplicidad y falacia en el trato de las criaturas. Y ¿cómo pudiera hallarse culpa ni falsedad en la boca de aquella Señora que con una palabra de verdadera humildad trajo a su vientre al mismo que es verdad y santidad por esencia? En la virtud que se llama vindicación tampoco le faltaron a María santísima muchos actos perfectísimos, no sólo enseñándola como maestra en las ocasiones que fue necesario en los principios de la Iglesia evangélica, pero por sí misma celando la honra del Altísimo y procurando reducir a muchos pecadores por medio de la corrección, como lo hizo con Judas muchas veces, o mandando a las criaturas que todas le estaban obedientes castigasen algunos pecados para el bien de los que con ellos merecían eterno castigo. Y aunque en estas obras era dulcísima y suavísima, mas no por eso perdonaba al castigo cuando y con quien era medio eficaz de purificar el pecado; pero con quien más ejerció la venganza, fue contra el demonio, para librar de su servidumbre al linaje humano.

567. De las virtudes de *liberalidad* y *afabilidad* tuvo asimismo la soberana Reina actos excelentísimos; porque su largueza en dar y distribuir era como de suprema Emperatriz de todo lo criado y de quien sabía dar la estimación a todo lo visible e invisible dignamente. Nunca tuvo esta Señora cosa alguna, de las que puede distribuir la liberalidad, que juzgase por más propia que de sus prójimos; ni jamás a nadie las negó, ni aguardó que les costase el pedir las, cuando esta Señora pudo adelantarse a darlas. Las necesidades y miserias que remedió en los pobres, los beneficios que les hizo, las misericordias que derramó, aun en cosas temporales, no se pueden contar en inmenso volumen. Su afabilidad amigable con todas las criaturas fue tan singular y admirable que, si no la dispusiera con rara prudencia, se fuera todo el mundo tras ella, aficionado de su trato dulcísimo; porque la mansedumbre y suavidad, templada con su divina severidad y sabiduría, descubrían en ella en tratándola, unos asomos de más que humana criatura. El Altísimo dispuso esta gracia en su Esposa con tal providencia que, dando algunas veces indicios a los que la trataban del sacramento del Rey que en ella se encerraba, luego corría el velo y lo ocultaba, para que hubiese lugar a los trabajos, impidiendo el aplauso de los hombres; y porque todo era menos de lo que se le debía, y esto ni lo alcanzaban los mortales, ni atinaran a reverenciar como a criatura a la que era Madre del Criador, sin exceder o faltar, mientras no llegaba el tiempo de ser ilustrados los hijos de la Iglesia con la fe Cristiana y Católica.

568. Para el uso más perfecto y adecuado de esta virtud grande de la justicia le señalan los doctores otra parte o instrumento, que llaman *epiqueya*, con la cual se gobiernan algunas obras que salen de las reglas y leyes comunes; porque éstas no pueden prevenir todos los casos ni sus circunstancias ocurrentes, y así es necesario obrar en algunas

ocasiones con razón superior y extraordinaria. De esta virtud tuvo necesidad y usó la Reina soberana en muchos sucesos de su vida santísima, antes y después de la ascensión de su Hijo unigénito a los cielos, y especialmente después, para establecer las cosas de la primitiva Iglesia, como en su lugar diré (Cf. p.III) si fuere servido el Altísimo.

Doctrina de la Reina del cielo.

569. “Hija mía, en esta dilatada virtud de la justicia, aunque has conocido mucho del aprecio que merece, ignoras lo más por el estado de la carne mortal, y por eso mismo no alcanzarán tampoco las palabras a la inteligencia; pero en ella tendrás una copiosa apreciación del trato que debes a las criaturas y también al culto del Altísimo. Y en esta correspondencia te advierto, carísima, que la majestad suprema del Todopoderoso recibe con justa indignación la ofensa que le hacen los mortales, olvidándose de la veneración, adoración y reverencia que le deben; y cuando alguna le dan, es tan grosera, inadvertida y descortés, que no merecen premio sino castigo. A los príncipes y magnates del mundo reverencian profundamente y los adoran, les piden mercedes y las solicitan por medios y diligencias exquisitas, y les dan muchas gracias cuando reciben lo que desean y se ofrecen a ser agradecidos toda la vida; pero al supremo Señor que les da el ser, vida y movimiento, que los conserva y sustenta, que los redimió y levantó a la dignidad de hijos y les quiere dar su misma gloria y es infinito y sumo bien, a esta Majestad, porque no le ven con los ojos corporales, la olvidan y, como si de su mano no les vinieran todos los bienes, se contentan cuando mucho con hacer un tibio recuerdo y apresurado agradecimiento; y no digo ahora lo que ofendan al justísimo Gobernador del universo los que inicualemente rompen y atropellan con todo el orden de justicia con sus prójimos, como quien pervierte toda la razón natural, queriendo para sus hermanos lo que no quieren para sí mismos.

570. “Aborrece, hija mía, tan execrables vicios y cuanto pueden tus fuerzas recompensa con tus obras lo que deja de ser servido el Altísimo con esta mala correspondencia; y pues por tu profesión estás dedicada al divino culto, sea ésta tu principal ocupación y afecto, asimilándote a los espíritus angélicos, incesantes en el temor y culto suyo. Ten reverencia a las cosas divinas y sagradas, hasta los ornamentos y vasos que sirven a este ministerio. En el oficio divino, oración y sacrificio, procura estar siempre arrodillada; pide con fe y recibe con humilde agradecimiento; y éste le has de tener con todas las criaturas, aun cuando te ofendieren. Con todos te muestra piadosa, afable, blanda, sencilla y verdadera, sin ficción ni doblez, sin detracción ni murmuración, sin juzgar livianamente a tus prójimos. Y para que cumplas con esta obligación de justicia, lleva siempre en tu memoria y deseo hacer con tus prójimos lo que tú quieres que se haga contigo misma; y mucho más te acuerda de lo que hizo mi Hijo santísimo, y yo a su imitación, por todos los hombres.”

CAPITULO 11

[Regresar al Principio](#)

De la virtud de la fortaleza que tuvo María santísima.

571. La virtud de la *fortaleza*, que se pone en el tercer lugar de las cuatro cardinales, sirve para moderar las operaciones que cada uno ejercita principalmente consigo mismo con la pasión de la irascible o propensión a la ira -. Y, si bien es verdad que la concupiscible - a quien pertenece la *templanza* - es primero que la irascible, porque del apetecer la concupiscible nace el repeler la irascible a quien impide lo apetecido, pero con todo eso se trata primero de la irascible y de su virtud, que es la *fortaleza*, porque en la ejecución de ordinario se alcanza lo apetecido interviniendo la irascible, que vence a quien lo impide; y por esto la *fortaleza* es virtud más noble y excelente que la *templanza*, de quien diré en el capítulo siguiente.

572. El gobierno de la pasión de la irascible por la virtud de la fortaleza se reduce a dos partes o especies de operaciones, que son: usar de la ira conforme a razón y con debidas circunstancias que la hagan loable y honesta, y dejar de airarse reprimiendo la pasión cuando es más conveniente detenerla que ejecutarla; pues lo uno y lo otro puede ser loable y reprochable según el fin y las demás circunstancias con que se hace. La primera de estas operaciones o especies se quedó con el nombre de fortaleza, y algunos doctores la llaman *belicosidad*. La segunda se llama *paciencia*, que es la más noble y superior fortaleza y la que principalmente tuvieron y tienen los santos, aunque los mundanos, trocando el juicio y los nombres, suelen a la paciencia llamarla pusilanimidad y a la presunción impaciente y temeraria llaman fortaleza; porque aún no alcanzan los actos verdaderos de esta virtud.

573. No tuvo María santísima movimientos desordenados que reprimir en la irascible con la virtud de la fortaleza; porque en la inocentísima Reina todas las pasiones estaban ordenadas y subordinadas a la razón y ésta a Dios, que la gobernaba en todas las acciones y movimientos; pero tuvo necesidad de esta virtud para oponerse a los impedimentos que el demonio por diversos modos le ponía, para que no consiguiese todo lo que prudentísima y ordenadamente apetecía para sí y para su Hijo santísimo. Y en esta valerosa resistencia y conflicto nadie fue más fuerte entre todas las criaturas; porque todas juntas no pudieron llegar a la fortaleza de María nuestra Reina, pues no tuvieron tantas peleas y contradicciones del común enemigo. Pero cuando era necesario usar de esta fortaleza o belicosidad con las criaturas humanas, era tan suave como fuerte o, por mejor decir, era tan fuerte cuanto era suavísima en obrar; porque sola esta divina Señora entre las criaturas pudo copiar en sus obras aquel atributo del Altísimo que en las suyas junta la suavidad con la fortaleza (Sab 8,1). Este modo de obrar tuvo nuestra Reina con la fortaleza, sin reconocer su generoso corazón desordenado temor, porque era superior a todo lo criado; ni tampoco fue impávida y audaz sin moderación; ni podía declinar a estos extremos viciosos, porque con suma sabiduría conocía los temores que se debían vencer y la audacia que se debía excusar, y así estaba vestida como única mujer fuerte de fortaleza y hermosura (Prov 31,25 (A.)).

574. En la parte de la fortaleza que toca a la paciencia fue María santísima más admirable, participando sola ella de la excelencia de la paciencia de Cristo su Hijo santísimo, que fue padecer y sufrir sin culpa y padecer más que todos los que las cometieron. Toda la vida de esta soberana Reina fue una continuada tolerancia de trabajos, especialmente en la vida y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, donde la paciencia excedió a todo pensamiento de criaturas y sólo el mismo Señor que se la dio puede dignamente darla a conocer. Jamás esta candidísima paloma se indignó contra la paciencia con criatura alguna, ni le pareció grande algún trabajo y molestia de las inmensas que padeció, ni se contristó por él, ni dejó de recibirlos todos con alegría y hecho de gracias. Y si la paciencia -según el orden del Apóstol- se pone el primer parto de la caridad (1 Cor 13,4 (A.)) y su primogénito, si nuestra Reina fue Madre del amor (Eclo 24,24) también lo fue de la paciencia; y se debe medir con él, porque cuanto amamos y apreciamos el bien eterno sobre todo lo visible tanto nos determinamos a padecer, por conseguirle y no perderle, todo lo penoso que sufre la paciencia; por eso fue María santísima pacientísima sobre todas las criaturas y madre de esta virtud para nosotros, que, acudiendo a ella, hallaremos esta torre de David con mil escudos (Cant 4,4) pendientes de paciencia, con que se arman los fuertes de la Iglesia y de la milicia de Cristo nuestro Señor.

575. No tuvo jamás nuestra pacientísima Reina ademanes afeminados de flaqueza, ni tampoco de ira exterior, porque todo lo tenía prevenido con la divina luz y sabiduría; aunque ésta no excusaba dolor, antes le añadía, porque nadie pudo conocer el peso de las culpas y ofensas infinitas contra Dios, como las conoció esta Señora. Mas no por eso se pudo alterar su invencible corazón; ni por las maldades de Judas, ni por las contumelias y desacatos de los fariseos, jamás mudó el semblante y menos el interior. Y aunque en la muerte de su Hijo santísimo todas las criaturas y elementos insensibles parece que quisieron perder la paciencia contra los mortales, no pudiendo sufrir la injuria y ofensa de su Criador, sola María estuvo inmóvil y aparejada para recibir a Judas y a los fariseos y sacerdotes, si después de haber crucificado a Cristo nuestro Señor se volvieron a la Madre de piedad y misericordia.

576. Bien pudiera la virtuosísima Emperatriz del cielo indignarse y airarse con los que a su Hijo santísimo dieron tan afrentosa muerte y no pasar en esta ira los límites de la razón y virtud, pues el mismo Señor ha castigado justamente este pecado. Estando yo en este pensamiento me fue respondido que el Altísimo dispuso cómo esta gran Señora no tuviese estos movimientos y operaciones, aunque pudiera debidamente, porque no quería que ella fuese instrumento y como acusadora de los pecadores, porque la eligió por medianera y abogada suya y madre de misericordia, para que por ella viniesen a los hombres todas las que el Señor quería mostrar con los hijos de Adán, y hubiese quien dignamente moderase la ira del justo Juez, intercediendo por los culpados. Sólo con el demonio ejecutó la ira esta Señora, y en lo que fue necesario para la paciencia y tolerancia, y para vencer los impedimentos que le pudo oponer este enemigo y antigua serpiente para el bien obrar.

577. A la virtud de la fortaleza se reducen también la *magnanimidad* y la *magnificencia*; porque participan de estas condiciones en alguna cosa, dando firmeza a la voluntad en la materia que las toca. La magnanimidad consiste en obrar cosas grandes a quienes sigue la honra grande de la virtud; y por eso se dice que tiene por materia propia los honores grandes, y de que le nacen a esta virtud muchas propiedades que tienen los magnánimos, como aborrecer las lisonjas y simuladas hipocresías que amarlas es de ánimos apocados y viles no ser codiciosos, ni interesados, ni amigos de lo más útil, sino de lo más honesto y grande; no hablar de sí mismo con jactancia; ser detenidos en obrar cosas pequeñas, reservándose para las mayores; ser más inclinados a dar que recibir; porque todas estas cosas son dignas de

mayor honra. Mas no por esto es contra la humildad esta virtud, que una no puede ser contraria de otra; porque la magnanimidad hace que con los dones y virtudes se haga el hombre benemérito de grandes honras, sin apetecerlas ambiciosa y desordenadamente; y la humildad enseña a que las refiera a Dios y se desestime a sí mismo por sus defectos y por su propia naturaleza. Y por la dificultad que tienen las obras grandes y honrosas de la virtud, piden especial fortaleza, que se llama *magnanimidad*, cuyo medio consiste en proporcionar las fuerzas con las acciones grandes, para que ni las dejemos por pusilánimes, ni las intentemos con presunción ni desordenada ambición ni con apetito de gloria vana; porque todos estos vicios desprecia el magnánimo.

578. La magnificencia también significa obrar grandes cosas, y en esta significación tan extendida puede ser común virtud, que en todas las materias virtuosas obra cosas grandes. Pero como hay especial razón o dificultad en obrar y hacer grandes gastos, aunque sea conforme a razón, por esto se llama magnificencia especial la virtud que determinadamente inclina a grandes sacrificios, regulándolos por la prudencia, para que ni el ánimo sea escaso cuando la razón pide mucho, ni tampoco sea profuso cuando no conviene, consumiendo y talando lo que no debía. Y aunque esta virtud parece la misma con la liberalidad, pero los filósofos las distinguen; porque el magnífico mira a cosas grandes sin atender más y el liberal mira al amor y uso templado del dinero; y alguno podrá ser liberal sin llegar a ser magnífico, si se detiene en distribuir lo que tiene más grandeza y cantidad.

579. Estas dos virtudes de magnanimidad y magnificencia estuvieron en la Reina del cielo con algunas condiciones que no pudieron alcanzar los demás que las tuvieron. Sólo María purísima no halló dificultad ni resistencia en obrar todas las cosas grandes; y sola ella las hizo todas grandes, aun en las materias pequeñas, y sola ella entendió perfectamente la naturaleza y condición de estas virtudes como de todas las demás; y así pudo darles la suprema perfección, sin tasarla por las contrarias inclinaciones, ni por ignorar el modo, ni por acudir a otras virtudes, como suele suceder a los más santos y prudentes que, cuando no lo pueden todo, eligen y obran lo que les parece mejor. En todas las obras virtuosas fue esta Señora tan magnánima, que siempre hizo lo más grande y digno de honor y gloria; y mereciéndola de todas las criaturas fue más magnánima en despreciarla y posponerla refiriéndola sólo a Dios, y obrando en la misma humildad lo más grande y magnánimo de esta virtud; y estando las obras de la humildad heroica como en una divina emulación y competencia con lo magnánimo de todas las demás virtudes, vivían todas juntas como ricas joyas que a porfía con su hermosa variedad adornaban a la hija del Rey, cuya gloria toda se quedaba en lo interior, como lo dijo David su padre (Sal 44,14 (A.)).

580. En la magnificencia también fue grande nuestra Reina; porque si bien era pobre, y más en el espíritu sin amor alguno a cosa terrena, con todo eso de lo que el Señor le dio dispensó magníficamente, como sucedió cuando los reyes magos le ofrecieron preciosos dones al niño Jesús, y después en el discurso que vivió en la Iglesia, subido el Señor al cielo. Y la mayor magnificencia fue que, siendo Señora de todo lo criado, lo destinase todo para que magníficamente, cuanto era de su afecto, se gastase en el beneficio de los necesitados y en el honor y culto de Dios. Y esta doctrina y virtud enseñó a muchos, para ser maestra de toda perfección en obras que, tan a pesar de las viles costumbres e inclinaciones, hacen los mortales, sin llegar a darles el punto de prudencia que deben. Comúnmente desean los mortales, según su inclinación, la honra y gloria de la virtud y ser tenidos por singulares y grandes; y como esta inclinación y afecto van desordenados, y tampoco enderezan esta gloria de la virtud al Señor de todo, desatinan con los medios y, si llega la ocasión de hacer alguna obra de magnanimidad o magnificencia, desfallecen y no la hacen, porque son de ánimos abatidos y viles. Y como por otra parte quieren juntamente parecer grandes, excelentes y dignos de veneración, toman para esto otros medios engañosamente proporcionados y verdaderamente viciosos, como hacerse iracundos, hinchados, impacientes, ceñudos, altivos y jactanciosos; y como todos estos vicios no son magnanimidad, antes dicen poquedad y bajeza de corazón, por eso no alcanzan gloria ni honra entre los sabios, sino vituperio y desprecio; porque la honra más se halla huyendo de ella que solicitándola, y con obras, más que con deseos.

Doctrina de la Reina del cielo.

581. “Hija mía, si con atención procuras, como yo te lo mando, entender la condición y necesidad de esta virtud de la fortaleza, con ella tendrás a la mano la rienda de la ira, que es una de las pasiones que más presto se mueven y conturban la razón. Y también tendrás un instrumento con que obrar lo más grande y perfecto de las virtudes como tú lo deseas, y con que resistir y vencer los impedimentos de tus enemigos que se te oponen para acobardarte en lo más difícil de la perfección. Pero advierte, carísima, que como la potencia irascible sirva a la concupiscible para resistir a quien la impide en lo que su concupiscencia apetece, de aquí procede que, si la concupiscible se desordena y ama lo

que es vicioso y sólo bien aparente, luego la irascible se desordena tras ella y en lugar de la fortaleza virtuosa incurre en muchos vicios execrables y feos. Y de aquí entenderás cómo del apetito desordenado de la propia excelencia y gloria vana, que causan la soberbia y vanidad, nacen tantos vicios en la irascible, cuales son las discordias, las contenciones, las riñas, la jactancia, los clamores, impaciencia, pertinacia, y otros vicios de la misma concupiscible, como son la hipocresía, mentira, deseo de vanidades, curiosidad y parecer en todo más de lo que son las criaturas y no lo que verdaderamente les toca por sus pecados y bajeza.

582. “De todos estos vicios tan feos estarás libre, si con fuerza mortificas y detienes los movimientos inordenados de la concupiscible con la templanza, de que dirás luego. Pero cuando apetece y amas lo justo y conveniente, aunque te debes ayudar para conseguirlo de la fortaleza y de la irascible bien ordenada, sea de manera que no excedas; porque siempre tiene peligro de airarse con celo de la virtud quien está sujeto a su propio y desordenado amor; y tal vez se disimula y solapa este vicio con capa de buen celo, y se deja engañar la criatura airándose por lo que ella apetece para sí, y queriendo que se entienda es celo de Dios y del bien de sus prójimos. Por esto es tan necesaria y gloriosa la paciencia que nace de la caridad y se acompaña con la dilatación y magnanimidad, pues el que ama de veras al sumo y verdadero bien fácilmente sufre la pérdida de la honra y gloria aparente, y con magnanimidad la desprecia como vil y contentible; y aunque se la den las criaturas, no la estima, y en los demás trabajos se muestra invencible y constante; con que granjea cuanto puede el bien de la perseverancia y tolerancia.”

CAPITULO 12

[Regresar al Principio](#)

De la virtud de la templanza que María santísima tuvo.

583. De los dos movimientos que tiene la criatura en apeteer el bien sensible y retirarse del mal, este último se modera con la fortaleza, que como he dicho sirve para que por la irascible no deje vencerse la voluntad, antes ella venza con audacia, padeciendo cualquier mal sensible por conseguir el bien honesto. Para gobernar los otros movimientos de la concupiscible sirve la templanza, que es la última virtud de las cardinales y la menor; porque el bien que consigue no es tan general como el que miran las otras virtudes, antes la templanza inmediatamente mira al bien particular del que la tiene. Consideran los doctores y maestros a la templanza en cuanto dice una general moderación de todos los apetitos naturales, y en este sentido es virtud general y común, que comprende a todas las virtudes que mueven el apetito conforme a razón. No hablamos ahora de la templanza en esta generalidad, sino en cuanto sirve para gobernar la concupiscible en la materia del tacto, donde el deleite mueve con mayor fuerza, y consiguientemente en otras materias deleitables que imitan a la delectación del tacto, aunque no con tanta fuerza.

584. En esta consideración tiene la templanza el último lugar de las virtudes, porque su objeto no es tan noble como en las otras; pero con todo eso se le atribuyen algunas excelencias mayores, en cuanto desvía de objetos y vicios más feos y aborrecibles, cuales son la destemplanza en los deleites sensitivos comunes a los hombres y a los brutos irracionales. Y por esto dijo David (Sal 48,13,21) que fue hecho el hombre semejante al jumento, cuando se dejó llevar de la pasión del deleite. Y por la misma razón el vicio de la destemplanza se llama pueril; porque un niño no se mueve por la razón sino por el antojo del apetito, ni se modera si no es con castigo; como también le pide la concupiscible para refrenarse en estos deleites. De este deshonor y fealdad redime al hombre la virtud de la templanza, enseñándole a gobernarse no por el deleite mas Por la razón; y por esto mereció esta virtud que se le atribuyese a ella cierta honestidad y decoro o hermosura, que nace en el hombre de conservarse en el esta do de la razón contra una pasión tan indómita, que pocas veces la escucha ni obedece; y por el contrario, al sujetarse el hombre al deleite animal, se le sigue gran deshonor por la similitud bestial y pueril.

585. Contiene la templanza en sí a las virtudes de *abstinencia* y *sobriedad*, contra los vicios de *la gula* en la comida y de *la embriaguez* en la bebida, y en la abstinencia se contiene el ayuno; y son las primeras, porque al apetito lo primero se le ofrece la comida, objeto del gusto, para conservación de la naturaleza. Tras de estas virtudes se siguen las que moderan el uso de la propagación natural, que son *castidad* y *pudicicia*, con sus partes *virginidad* y *continencia*, contra los vicios de *lujuria* e *incontinencia* y sus especies. A estas virtudes, que son las principales en la templanza, se siguen otras que moderan el apetito en otros deleites menores; y las que moderan el sentido del olfato, oído y vista reducen a las del tacto. Pero hay otras semejantes a ellas en diferentes materias: éstas son la *clemencia* y

mansedumbre, que gobiernan la *ira* y el *desorden* en castigar contra el vicio de la crueldad inhumana o bestial a que pueden declinar. Otra es la *modestia*, que contiene en sí cuatro virtudes: la primera es la *humildad*, que contra la soberbia detiene al hombre para que no apetezca desordenadamente la propia excelencia; la segunda es la *estudiosidad*, para que no apetezca saber más de lo que conviene y como conviene contra el *vicio de la curiosidad*; la tercera es la *moderación o austeridad* para que no apetezca el superfluo fausto y ostentación en el vestido y aparato exterior; la cuarta es la que modera el apetito desmedido en las acciones ilusorias, como son juegos, movimientos del cuerpo, burlas, bailes, etc., y, aunque no tiene particular nombre esta virtud, es muy necesaria y se llama generalmente modestia o templanza.

586. Para manifestar la excelencia que tuvieron estas virtudes en la Reina del cielo -y lo mismo he dicho de las otras- siempre me parece que vienen cortos los términos y palabras comunes con que hablamos de las virtudes de otras criaturas. Mayor proporción tuvieron las gracias y dones de María santísima con las de su dilectísimo Hijo, y éstas con las perfecciones divinas, que todas las virtudes y santidad de los santos con la de esta soberana Reina de las virtudes; y así viene a ser muy desigual cuanto podemos decir de ella con las palabras que significamos las gracias y virtudes de los demás santos; donde por más consumadas que fuesen, estaban en sujetos imperfectos y sujetos a pecado y desordenados por él. Y si de éstas dijo el Eclesiástico (Eclo 26,20 (A.)) que no había digna ponderación para la excelencia del continente ¿qué diremos de la templanza de la Señora de las gracias y virtudes y de la hermosura que tenía su alma santísima con el colmo de todas ellas? Todos los domésticos (Prov 31,21 (A.)) de esta mujer fuerte estaban guarnecidos con duplicadas vestiduras, porque sus potencias estaban adornadas con dos hábitos o perfecciones de incomparable hermosura y fortaleza: el uno, el de la justicia original, que subordinaba los apetitos a la razón y gracia; el otro, el de los hábitos infusos, que añadía nueva hermosura y virtud para obrar con suma perfección.

587. Todos los demás santos que en la hermosura de la templanza se han señalado, llegarían hasta sujetar la concupiscencia indómita, reduciéndola al yugo de la razón, para que nada apeteciese sin modo, que después había de retractar con el dolor de haberlo apetecido; y el que a esto se adelantase llegaría a negar al apetito todo aquello que se le puede abstraer a la naturaleza humana sin destruirla; pero en todos estos actos de templanza sentiría alguna dificultad que retardaría el afecto de la voluntad, o a lo menos le haría tanta resistencia que no pudiese conseguir su deseo con toda plenitud; y se querellase con el Apóstol de la infeliz carga de este pesado cuerpo (Rom 7,24). En María santísima no había esta disonancia; porque sin remurmurar los apetitos y sin adelantarse a la razón dejaban obrar a todas las virtudes con tanta armonía y concierto que, fortaleciéndola como ejército de escuadrones bien ordenados (Cant 6,3 (A.)) hacían un coro de celestial consonancia. Y como no había desmanes de los apetitos que reprimir, de tal manera ejercitaba las operaciones de la templanza, que no pudo caer en su mente especies ni memoria de movimiento desordenado; antes bien imitando a las divinas perfecciones eran sus operaciones como originadas y deducidas de aquel supremo ejemplar, y se convertían a él como a única regla de su perfección y como fin último en que se terminaban.

588. La abstinencia y sobriedad de María santísima fue admiración de los ángeles; porque siendo Reina de todo lo criado y padeciendo las naturales pasiones de hambre y sed, no apeteció jamás los manjares que a su poder y grandeza pudieran corresponder, ni usaba de la comida por el gusto mas por sola necesidad; y ésta satisfacía con tal templanza, que ni excedía ni pudo exceder sobre lo ajustado para el húmido radical y alimento de la vida; y éste recibía dando primero lugar al padecer el dolor del hambre y sed, y dejando algún lugar a la gracia junto con el efecto natural del escaso alimento que recibía. Nunca padeció alteración de corrupción por la superfluidad de la comida o bebida, ni por esta causa sintió más necesidad, ni la tuvo un día más que otro, ni tampoco sintió estas alteraciones por defecto de alimento; porque si le moderaba algo de lo que el calor natural pedía, lo suplía la divina gracia, en que vive la criatura, y no en solo pan (Mt 4,46). Bien pudo el Altísimo sustentarla sin comida ni bebida, pero no lo hizo; porque no fue conveniente ni para ella dejar de merecer en este uso de la comida y ser ejemplar de templanza, ni para nosotros que nos faltase tanto bien y merecimientos. De la materia de su comida que usaba y de los tiempos en que la recibía, se dice en diferentes lugares de esta Historia (Cf. infra p. II n.196, 424,898). Por su voluntad nunca comió carne, ni más de sola una vez cada día, salvo cuando vivió con su esposo José o cuando acompañaba a su Hijo santísimo en sus peregrinaciones, que en estas ocasiones, por la necesidad de ajustarse a los demás, seguía el orden que el Señor le daba; pero siempre era milagrosa en la templanza.

589. De la pureza virginal y pudor de la Virgen de las vírgenes no pueden hablar dignamente los supremos serafines; pues en esta virtud, que en ellos es natural, fueron inferiores a su Reina y Señora; pues con el privilegio de la gracia y

poder del Altísimo estuvo María santísima más libre de la inmunidad del vicio contrario que los mismos ángeles, a quienes por su naturaleza no puede tocarles. No alcanzamos los mortales en esta vida a formar el concepto debido de esta virtud en la Reina del cielo, porque nos embaraza mucho el pesado barro con que a nuestra alma se le oscurece la candidez y cristalina luz de la castidad. La tuvo nuestra gran Reina en tal grado, que pudo dignamente preferir a la dignidad de Madre de Dios, si no fuera ella quien más la proporcionaba con esta inefable grandeza. Pero midiendo la pureza virginal de María con lo que ella la apreció y con la dignidad a que la levantó, se conocerá en parte cuál fue esta virtud en su virgíneo cuerpo y alma. La propuso desde su Inmaculada Concepción, la votó desde su natividad, y la observó de suerte que jamás tuvo acción, ni movimiento, ni ademán en que la violase, ni tocase en su pudor. Por eso no habló jamás a hombre sin voluntad de Dios; ni a ellos, ni a las mujeres mismas miraba al rostro, no por el peligro sino por el mérito, por el ejemplo nuestro y por la superabundancia de la divina prudencia, sabiduría y amor.

590. De su clemencia y mansedumbre dijo Salomón que la ley de la clemencia estaba en su lengua (Prov 31,26); porque nunca se movió que no fuese para distribuir la gracia que en sus labios estaba derramada (Sal 44,3). La mansedumbre gobierna la ira y la clemencia modera el castigo. No tuvo ira que moderar nuestra mansísima Reina, ni usaba de esta potencia más de como en el capítulo pasado dije (Cf. supra n.573ss) en los actos de fortaleza contra el pecado y el demonio, etc.; pero contra las criaturas racionales no tuvo ira que se ordenase a castigarlas, ni por suceso alguno se le movió ira, ni perdió la perfectísima mansedumbre con inmutable e inimitable igualdad interior y exterior; sin que jamás se le conociese diferencia en el semblante, en la voz, ni movimientos que testificasen algún interior movimiento de ira. Esta mansedumbre y clemencia tuvo el Señor por instrumento de la suya, y libró en ella todos los beneficios y efectos de las eternas y antiguas misericordias; y para este fin era necesario que la clemencia de María Señora nuestra fuese proporcionado instrumento de la que el mismo Señor tiene con las criaturas. Considerando atenta y profundamente las obras de la divina clemencia con los pecadores y que de todas fue María santísima el idóneo instrumento con que se disponían y ejecutaban, se conocerá en parte la clemencia de esta Señora. Todas sus reprensiones fueron más rogando, amonestando y enseñando, que castigando; y esto pidió ella al Señor, y su providencia lo dispuso así, para que en esta sobreexcelsa Reina estuviese la ley de la clemencia (Prov 31,26) como en original y en depósito, de quien Su Majestad se sirviese, y los mortales desprendiesen esta virtud con las demás.

591. En las otras virtudes que contiene la modestia, especialmente en la humildad, y en la austeridad o pobreza de María santísima, para decir algo dignamente fueran necesarios muchos libros y lenguas de ángeles. De lo que yo puedo alcanzar a decir está llena toda esta Historia, porque en todas las acciones de la Reina del cielo resplandeció sobre todas las virtudes su incomparable humildad. Mucho temo agraviar la grandeza de esta singular virtud, queriendo ceñir en breves términos el piélago que pudo recibir y abrazar al Incomprensible y sin términos. Todo cuanto han alcanzado a conocer y a obrar los santos y los mismos ángeles con esta virtud de la humildad, no pudo llegar a lo menos de la que tuvo nuestra Reina. ¿A quién de los santos ni de los ángeles pudo llamar Madre el mismo Dios? Y ¿quién, fuera de María y del eterno Padre, pudo llamar Hijo al Verbo humanado? Pues si la que llegó en esta dignidad a ser semejante al Padre, y tuvo las gracias y dones convenientes para ella, se puso en su estimación en el último lugar de las criaturas y a todas las reputaba por superiores ¿qué olor, qué fragancia daría al gusto del mismo Dios este humilde nardo (Cant 1,11 (A.)) comprendiendo en su pecho al supremo Rey de los reyes?

592. Que las columnas del cielo se encojan (Job 26,11) y estremezcan en presencia de la inaccesible luz de la Majestad infinita, no es maravilla, pues a su vista tuvieron la ruina de sus semejantes, y ellos fueron preservados con beneficios y razones comunes a todos. Que los más fuertes e invencibles santos se humillasen, abrazando el desprecio y abatimiento, conociéndose por indignos de cualquier mínimo beneficio de la gracia, y aun del mismo obsequio y socorro de las cosas naturales, todo esto era justísimo y consiguiente; porque todos pecamos y necesitamos de la gloria del mismo Dios (Rom 3,23) y ninguno fue tan santo ni tan grande, que no lo pudiese ser mayor, ni tan perfecto que no le faltase alguna virtud, ni tan inculpable que no hallasen los ojos de Dios qué reprender en él; y cuando en todo fuera alguno perfectamente consumado, todos se quedaban en la esfera de la común gracia y beneficios, sin que nadie fuese superior a todos en todo.

593. Pero en esto fue sin ejemplo y sin segunda la humildad de María purísima, que siendo autora de la gracia, principio de todo el bien de las criaturas, la suprema de ellas, el prodigio de las perfecciones divinas, el centro de su amor, la esfera de su omnipotencia, la que le llamó Hijo y se oyó llamar Madre del mismo Dios, se humilló al más inferior lugar de todo lo criado. Y la que gozando de la mayor excelencia de todas las obras de Dios en pura criatura, no le quedaba otra superior en ellas a que levantarse, se humilló juzgándose por no digna de la menor estimación, ni

excelencia, ni honra que se le pudiera dar a la mínima de todas las criaturas racionales. No sólo se reputaba indigna de la dignidad de Madre de Dios y de las gracias que en esto se encerraban, pero del aire que respiraba, de la tierra que la sufría, del alimento que recibía y de cualquier obsequio y oficio de las criaturas, de todo se reputaba indigna y lo agradecía como si lo fuera. Y para decir mucho en pocas razones, el no apetecer la criatura racional la excelencia que absolutamente no le toca, o que por algún título le desmerece no es tan generosa humildad, aunque la infinita clemencia del Altísimo la admita y se dé por obligado de quien así se humilla; pero lo admirable es que se humille más que todas juntas las criaturas aquella que, debiéndosele toda la majestad y excelencia, no la apeteció ni buscó; pero estando en forma de digna Madre de Dios, se aniquiló en su estimación, mereciendo con esta humildad ser levantada como de justicia al dominio y señorío de todo lo criado (Fep 2,6-11).

594. A esta humildad incomparable correspondían en María santísima las otras virtudes que se encierran en la modestia; porque el apetito de saber más de lo que conviene, de ordinario nace de poca humildad o caridad; y siendo vicio sin provecho, viene a ser de mucho daño, como le sucedió a Dina (Gen 34,1-3) que con inútil curiosidad saliendo a ver lo que no le era de provecho, fue vista con tanto daño de su honor. De la misma raíz de soberbia presuntuosa suele originarse la superflua ostentación y fausto en el vestido exterior y las desordenadas acciones y gestos o movimientos corporales que sirven a la vanidad y sensualidad, y testifican la liviandad del corazón, según que dijo el Eclesiástico (Eclo 19,27 (A.)). El vestido del cuerpo, la risa de la boca y los movimientos del hombre nos avisan de su interior. Todas las virtudes contrarias a estos vicios estaban en María purísima intactas y sin reconocer contradicción ni movimiento que las pudiese retardar o inficionar; antes, como hijas y compañeras de su profundísima humildad, caridad y pureza, testificaban en esta soberana Señora ciertos asomos más de criatura divina que de humana.

595. Era estudiosísima sin curiosidad; porque estando llena de sabiduría sobre los mismos querubines, desprendía y se dejaba enseñar de todos como ignorante. Y cuando usaba de la divina ciencia o inquiría la divina voluntad, era tan prudente y con tan altos fines y debidas circunstancias, que siempre sus deseos herían el corazón de Dios y le atraían a su ordenada voluntad. En la pobreza y austeridad fue admirable; pues quien era Señora de todo lo criado y lo tenía a su disposición, dejó tanto por la imitación de su Hijo santísimo cuanto el mismo Señor puso en sus manos; porque así como el Padre puso todas las cosas en manos (Jn 13,3) del Verbo humanado, así las puso este Señor todas en manos de su Madre y ella, para hacer lo mismo, las dejó todas con afecto y efecto por la gloria de su Hijo y Señor. De la modestia de sus acciones y dulzura de sus palabras y todo lo exterior, bastará decir que, por la inefable grandeza que con ellas descubría, fuera tenida por más que humana, si la fe no enseñara que era pura criatura, como lo confesó el sabio de Atenas, san Dionisia (Cf. supra la nota 7 del c.8 de este libro II).

Doctrina de la Reina del cielo.

596. “Hija mía, de la dignidad de esta virtud de la templanza has dicho algo por lo que de su excelencia has entendido y de la que yo ejercitaba; aunque de todo dejás mucho que decir para que se acabase de entender la necesidad tan precisa que los mortales tienen de usar en sus acciones de la templanza. Pena del primer pecado fue perder el hombre el perfecto uso de la razón, y que las pasiones, inobedientes contra ella, se rebelasen contra quien se había rebelado contra su Dios, despreciando su justísimo precepto. Para reparar este daño fue necesaria la virtud de la templanza, que domase las pasiones, que refrenase sus movimientos deleitables, que les diese modo, y restituyese al hombre el conocimiento del medio perfecto en la concupiscible y le enseñase e inclinase de nuevo a seguir la razón como capaz de la divinidad y no a seguir su deleite como uno de los brutos irracionales. No es posible, sin esta virtud, desnudarse la criatura del hombre antiguo, ni disponerse para los dones de la gracia y sabiduría divina; porque ésta no entra en el alma del cuerpo sujeto a pecados (Sab 1,4). El que sabe con la templanza moderar sus pasiones, negándoles el inmoderado y bestial deleite que apetecen, éste podrá decir y experimentar que le introduce el rey en las oficinas de su regalado vino (Cant 2,4 (A.)) y tesoros de la sabiduría y espirituales carismas; porque esta virtud es una oficina general, llena de las virtudes más hermosas y fragantes al gusto del Altísimo.

597. “Y si bien quiero que trabajes mucho por alcanzarlas todas, pero singularmente considera la hermosura y buen olor de la castidad, la fuerza de la abstinencia y sobriedad en la comida y bebida, la suavidad y efectos de la modestia en las palabras y obras y la nobleza de la pobreza altísima en el uso de las cosas. Con estas virtudes alcanzarás la luz divina, la paz y tranquilidad de tu alma, la serenidad de tus potencias, el gobierno de tus inclinaciones y llegarás a ser toda iluminada con los resplandores de la divina gracia y dones; y de la vida sensible y animal serás levantada a la conversación y vida angélica, que es la que de ti quiero y lo que tú misma deseas con la virtud divina. Advierte, pues,

carísima, y desvélate en obrar siempre con la luz de la gracia y nunca se muevan tus potencias por solo deleite y gusto suyo; pero siempre obra por razón y gloria del Altísimo en todas las cosas necesarias para la vida, en el comer, en el dormir, en el vestir, en hablar, en oír, en desear, en corregir, en mandar, en rogar; todo lo gobierne en ti la luz y el gusto de tu Señor y Dios y no el tuyo.

598. “Y para que más te aficiones a la hermosura y gracia de esta virtud, atiende a la fealdad de sus vicios contrarios y pondera con la luz que recibes cuán feo, abominable, horrible y monstruoso está el mundo en los ojos de Dios y de los santos por la enormidad de tantas abominaciones como los hombres cometen contra esta amable virtud. Mira cuántos siguen como brutos animales el horror de la sensualidad, otros la gula y embriaguez, otros el uso y vanidad, otros la soberbia y presunción, otros la avaricia y deleite de adquirir hacienda y todos generalmente el ímpetu de sus pasiones, buscando ahora sólo el deleite, en que para después atesoran eternos tormentos y el carecer de la vista beatífica de su Dios y Señor.”

CAPITULO 13

[Regresar al Principio](#)

De los siete dones del Espíritu Santo que tuvo María santísima.

599. Los siete dones del Espíritu Santo según la luz que de ellos tengo me parece añaden algo sobre las virtudes adonde se reducen, y por lo que añaden se diferencian de ellas aunque tengan un mismo objeto. Cualquiera beneficio del Señor se puede llamar don o dádiva de su mano, aunque sea natural, pero no hablamos ahora de los dones en esta generalidad, aunque sean virtudes y dádivas infusas; porque no todos los que tienen alguna virtud o virtudes tienen gracia de dones en aquella materia o, a lo menos, no llegan a tener las virtudes en aquel grado que se llaman dones perfectos, como los entienden los doctores sagrados en las palabras de Isaías, donde dijo que en Cristo nuestro Salvador descansaría el Espíritu del Señor (Is 11,2 (A.)) numerando siete gracias, que comúnmente se llaman dones del Espíritu Santo, cuales son: *el espíritu de sabiduría y entendimiento, el espíritu de consejo y fortaleza, el espíritu de ciencia y piedad y el de temor de Dios*. Los cuales dones estuvieron en el alma santísima de Cristo, redundando de la divinidad a que estaba hipostáticamente unida, como en la fuente está el agua que de ella mana, para comunicarse a otros; porque todos participamos de las aguas del Salvador (Is 12,3) gracia por gracia (Jn 1,16) y don por don; y en él están escondidos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios (Col 2,3 (A.)).

600. Corresponden los dones del Espíritu Santo a las virtudes adonde se reducen. Y aunque en esta correspondencia discurren con alguna diferencia los doctores, pero no la puede haber en el fin de los dones, que es dar alguna especial perfección a las potencias para que hagan algunas acciones y obras perfectísimas y más heroicas en las materias de las virtudes; porque sin esta condición no se pudieran llamar dones particulares más perfectos y excelentes que en el modo común de obrar las virtudes. Esta perfección de los dones ha de incluir o consistir principalmente en alguna especial o fuerte inspiración y moción del Espíritu Santo, que venza con mayor eficacia los impedimentos y mueva al libre albedrío y le dé mayor fuerza para que no obre remisamente, antes con grande plenitud de perfección y fuerza, en aquella especie de virtud adonde pertenece el don. Todo lo cual no puede alcanzar el libre albedrío, si no es ilustrado y movido con especial eficacia, virtud y fuerza del Espíritu Santo, que le compele fuerte, suave (Sab 8,1) y dulcemente para que siga aquella ilustración y con libertad obre y quiera aquella acción que parece es hecha en la voluntad con la eficacia del divino Espíritu, como lo dice el Apóstol a los Romanos (Rom 8,14 (A.)). Y por esto se llama esta moción instinto del Espíritu Santo; porque la voluntad, aunque obra libremente y sin violencia, pero en estas obras tiene mucho de instrumento voluntario y se asimila a él, porque obra con menos consulta de la prudencia común, como lo hacen las virtudes, aunque no con menos inteligencia ni libertad.

601. Con un ejemplo me daré a entender en algo, advirtiéndote que, para mover la voluntad a las obras de virtud, concurren dos cosas en las potencias; la una es el peso o inclinación que en sí tiene, que la lleva y mueve, al modo de la gravedad a la piedra o la liviandad en el fuego para moverse cada uno a su centro, Esta inclinación acrecienta los hábitos virtuosos más o menos en la voluntad y lo mismo hacen los vicios en su modo porque inclinando al amor pesan, y el amor es su peso que la lleva libremente. Otra cosa concurre a esta moción de parte del entendimiento, que es una ilustración en las virtudes con que se mueve y determina la voluntad; y esta ilustración es proporcionada con los hábitos y con los actos que hace la voluntad; para los ordinarios sirve la prudencia y su deliberación ordinaria, y para

otros actos más levantados sirve o es necesaria más alta y superior ilustración y moción del Espíritu Santo, y ésta pertenece a los dones. Y porque la caridad y gracia es un hábito sobrenatural que pende de la divina voluntad al modo que el rayo nace del sol, por esto la caridad tiene una particular influencia de la divinidad, y con ella es movida y mueve a las demás virtudes y hábitos de la voluntad, y más cuando obra con los dones del Espíritu Santo.

602. Conforme a esto, en los dones del Espíritu Santo me parece conozco de parte del entendimiento una especial ilustración en que se ha muy pasivamente para mover a la voluntad, en la cual corresponden sus hábitos con algún grado de perfección que inclina sobre la ordinaria fuerza de las virtudes a obras muy heroicas. Y como si a la piedra sobre su gravedad le añaden otro impulso se mueve con más ligero movimiento, así en la voluntad añadiéndole la perfección e impulso de los dones los movimientos de las virtudes son más excelentes y perfectos. El don de sabiduría comunica al alma cierto gusto, con el cual gustando conoce lo divino y humano sin engaño, dando su valor y peso a cada uno contra el gusto que hace de la ignorancia y estulticia humana; y pertenece este don a la caridad. El don del entendimiento clarifica para penetrar las cosas divinas y conocerlas contra la rudeza y tardanza de nuestro entendimiento; el de ciencia penetra lo más oscuro y hace maestros perfectos contra la ignorancia; y estos dos pertenecen a la fe. El don de consejo encamina y endereza y detiene la precipitación humana contra la imprudencia; y pertenece a su virtud propia. El de fortaleza expele el temor desordenado y conforta la flaqueza; y pertenece a su misma virtud. El de piedad hace benigno el corazón, le quita la dureza y le ablanda contra la impiedad y dureza; y pertenece a la religión. El don de temor de Dios humilla amorosamente contra la soberbia; y se reduce a la humildad.

603. En María santísima estuvieron todos los dones del Espíritu Santo, como en quien tenía cierto respeto y como derecho a tenerlos, por ser Madre del Verbo divino, de quien procede el Espíritu Santo, a quien se le atribuyen. Y regulando estos dones por la dignidad especial de madre, era consiguiente que estuvieran en ella con la proporción debida y con tanta diferencia de todas las demás almas, cuanta hay de llamarse ella Madre de Dios y todas las demás sólo criaturas; y por estar la gran Reina tan cerca del Espíritu Santo por esta dignidad, y juntamente por la impecabilidad, y todas las demás criaturas estar tan lejos, así por la culpa como por la distancia del ser común, sin otro respeto ni afinidad con el divino Espíritu. Y si estaban en Cristo, nuestro Redentor y Maestro, como en fuente y origen, estaban también en María, su digna madre, como en estanque o en mar de donde se distribuyen a todas las criaturas, porque de su plenitud superabundante redundan a toda la Iglesia. Lo cual en otra metáfora dijo Salomón en los Proverbios cuando la Sabiduría dice edificó para sí una casa sobre siete columnas (Prov 9,1 (A.)) etcétera, y en ella preparó la mesa, mezcló el vino y convidó a los párvulos e insipientes para sacarlos de la infancia y enseñarles la prudencia. No me detengo en esta declaración, pues ningún católico ignora que María santísima fue esta magnífica habitación del Altísimo, edificada y fundada sobre estos siete dones para su hermosura y firmeza y para prevenir en esta casa mística el convite general de toda la Iglesia; porque en María está preparada la mesa, para que todos los párvulos ignorantes, hijos de Adán, lleguemos a ser saciados de la influencia y dones del Espíritu Santo.

604. Cuando estos dones se adquieren mediante la disciplina y ejercicio de las virtudes, venciendo los vicios contrarios, el primer lugar tiene el temor; pero en Cristo Señor nuestro comenzó Isaías a referirlos por el orden de la sabiduría, que es el supremo; porque los recibió como maestro y cabeza y no como discípulo que los aprendía. Con este mismo orden los debemos considerar en su Madre santísima; porque más se asimiló en los dones a su Hijo bendito que a ella las demás criaturas. El don de sabiduría contiene una iluminación gustosa, con que el entendimiento conoce la verdad de las cosas por sus causas íntimas y supremas, y la voluntad con el gusto de la verdad del verdadero bien le discierne y divide del aparente y falso; porque aquel es verdaderamente sabio que conoce sin engaño el verdadero bien para gustarle y le gusta conociéndole. Este gusto de la sabiduría consiste en gozar del sumo bien por una íntima unión de amor, a que se sigue el sabor y gusto del bien honesto participado y ejercitado por las virtudes inferiores al amor. Por esto no se llama sabio el que sólo conoce la verdad especulativamente, aunque tenga en este conocimiento su deleite; ni tampoco es sabio el que obra actos de virtud por sólo el conocimiento, y menos si lo hace por otra causa; pero si por el gusto del sumo y verdadero bien, a quien sin engaño conoce, y en él y por él todas las verdades inferiores, obra con íntimo amor unitivo, éste será verdaderamente sabio. Este conocimiento administra a la sabiduría el don de entendimiento, que la precede y acompaña, y consiste en una íntima penetración de las verdades divinas y de las que a este orden se pueden reducir y encaminar; porque el espíritu escudriña las cosas profundas de Dios (1 Cor 2,10 (A.)) como el Apóstol dice.

605. Este mismo espíritu era necesario para entender y decir algo de los dones de sabiduría y entendimiento que tuvo la emperatriz del cielo, María. El ímpetu del río que de la suma bondad estaba represado por tantos siglos eternos,

alegró esta ciudad de Dios (Sal 45,5) con el corriente que, por medio del Unigénito del Padre y suyo que habitó en ella, derramó en su alma santísima; como si -a nuestro modo de entender- desaguara en este piélago de sabiduría el infinito mar de la divinidad, al mismo punto que pudo llamar al espíritu de sabiduría; y para que le llamase, vino a ella para que la desprendiese sin ficción y la comunicase sin envidia (Sab 7,13 (A.)) como lo hizo; pues por medio de su sabiduría se manifestó al mundo la luz del Verbo eterno humanado. Conoció esta sapientísima Virgen la disposición del mundo, las condiciones de los elementos, el principio, medio y fin de los tiempos y sus mudanzas, los cursos de las estrellas, la naturaleza de los animales, las iras de las bestias fieras, la fuerza de los vientos, la complexión y pensamientos de los hombres, las virtudes de las plantas, yerbas, árboles, frutos y raíces, lo escondido y oculto (Sab 7,17-21) sobre el pensamiento de los hombres, los misterios y caminos retirados del Altísimo; todo lo conoció María nuestra Reina y lo gustó con el don de la sabiduría que bebió en su fuente original y quedó hecha palabra de su pensamiento.

606. Allí recibió este vapor de la virtud de Dios y esta emanación de su caridad sincera (Sab 7,25) que la hizo inmaculada, y la preservó de la mancha que ensucia al alma, y quedó espejo sin mácula de la majestad de Dios. Allí participó el espíritu de inteligencia que contiene la sabiduría, y es santo, único, multiplicado, sutil, agudo, disertado, móvil, limpio, cierto, suave, amador del bien y que nada le impide, bienhechor, humano, benigno, estable, seguro, que todas las virtudes comprende, todo lo alcanza, todo lo entiende con limpieza y delgadaza purísima con que toca a una y otra parte (Sab 7,22-23). Todas estas condiciones que dijo el Sabio del espíritu de sabiduría, única y perfectamente estuvieron en María santísima después de su Hijo unigénito; y con la sabiduría le vinieron juntos todos los bienes (Sab 7,11) y en todas sus operaciones le precedían estos altísimos dones de sabiduría y entendimiento, para que en todas las acciones de las otras virtudes fuese gobernada con ellos, y en todas estuviese embebida su incomparable sabiduría con que obraba.

607. De los demás dones está dicho algo en sus virtudes, adonde pertenecen; pero como todo cuanto podemos entender y decir es tanto menos de lo que había en esta ciudad mística de María, siempre hallaremos mucho que añadir. El don de consejo se sigue en el orden de Isaías al de entendimiento; y consiste en una sobrenatural iluminación con que el Espíritu Santo toca al interior, iluminándole sobre toda humana y común inteligencia, para que elija todo lo más útil, decente y justo, y repruebe lo contrario, reduciendo a la voluntad con las reglas de la eterna e inmaculada ley divina a la unidad de un solo amor y conformidad de la perfecta voluntad del sumo bien; y con esta divina erudición deseche la criatura la multiplicidad y variedad de diversos afectos, y otros inferiores y externos amores y movimientos que pueden retardar o impedir al corazón humano, para que no oiga ni siga este divino impulso y consejo, ni llegue a conformarse con aquel ejemplar vivo de Cristo Señor nuestro, que con altísimo consejo dijo al eterno Padre: “*No se haga mi voluntad sino la tuya.*” (Mt 26:39 (A.)).

608. El don de fortaleza es una participación o influjo de la virtud divina que el Espíritu Santo comunica a la voluntad criada, para que felizmente animosa se levante sobre todo lo que puede y suele temer la humana flaqueza de las tentaciones, dolores, tribulaciones, adversidades; y sobrepujándolo y venciendo todo, adquiera y conserve lo más arduo y excelente de las virtudes, y trascienda, suba y traspase todas las virtudes, gracias, consolaciones internas y espirituales, revelaciones, amores sensibles, por muy nobles y excelentes que sean, todo lo deje atrás, y se extienda con un divino propósito, hasta llegar a conseguir la íntima y suprema unión del sumo bien, a que con deseos ardentísimos anhela; donde con verdad salga del fuerte la dulzura (Jue 14,14 (A.)) habiéndolo vencido todo en el que la conforta (Flp 4,13 (A.)). El don de ciencia es una noticia judicativa con rectitud infalible de todo lo que se debe creer y obrar con las virtudes; y se diferencia del consejo, porque éste elige y aquella juzga, el uno hace juicio recto y el otro la prudente elección. Y el don de entendimiento se distingue, porque éste penetra las verdades divinas internas de la fe y virtudes, como en una simple inteligencia; y el don de la ciencia conoce con magisterio lo que de ellas se deduce, aplicando las operaciones externas de las potencias a la perfección de la virtud, en la cual el don de ciencia es como raíz y madre de la discreción.

609. El don de *piedad* es una virtud divina o influjo con que el Espíritu Santo ablanda y como derrite y licua la voluntad humana, moviéndola para todo lo que pertenece al obsequio del Altísimo y beneficio de los prójimos. Y con esta blandura y suave dulzura está pronta nuestra voluntad, y atenta la memoria para en todo tiempo, lugar y suceso alabar, bendecir y dar gracias y honor al sumo bien; y para tener compasión tierna y amorosa con las criaturas, sin faltarles en sus trabajos y necesidades. No se impide [sic] este don de piedad con la envidia, ni conoce odio, ni avaricia, ni tibieza, ni estrechez de corazón; porque causa en él una fuerte y suave inclinación con que sale dulce y amorosamente a todas las obras del divino amor y del prójimo; y a quien le tiene, le hace benévolo, obsequioso, oficioso y diligente. Y por eso dijo el Apóstol que el ejercicio de la piedad era útil para todas las cosas (1 Tim 4,8 (A.)) y

tiene la promesa de la vida eterna; porque es un instrumento nobilísimo de la caridad.

610. En el último lugar está el don de *temor* de Dios tan alabado, encarecido y encomendado repetidamente en la Escritura divina y por los santos doctores, como fundamento de la perfección cristiana y principio de la verdadera sabiduría; porque el temor de Dios es el primero que resiste a la estulticia arrogante de los hombres y el que con mayor fuerza la destruye y desvanece. Este don tan importante consiste en una amorosa fuga y nobilísima erubescencia y encogimiento con que el alma se retrae a sí misma y a su propia condición y bajeza, considerándola en comparación de la suprema grandeza y majestad de Dios; y no queriendo sentir de sí ni saber altamente, teme, como enseñó el Apóstol (Rom 11,20 (A.)). Tiene sus grados este temor santo, porque al principio se llama inicial y después se llama filial; porque primero comienza huyendo de la culpa como contraria al sumo bien que ama con reverencia, y después prosigue en su abatimiento y desprecio, porque compara su propio ser con la majestad, su ignorancia con la sabiduría, su pobreza con la infinita opulencia. Y todo esto hallándose rendida a la divina voluntad con plenitud, se humilla y rinde a todas las criaturas por Dios; y para con él y con ellas se mueve con un amor íntimo, llegando a la perfección de los hijos del mismo Dios y a la suprema unidad de espíritu con el Padre, Hijo y Espíritu Santo.

611. Si me dilatara más en la explicación de estos dones, saliera mucho de mi intento y alargara demasiado este discurso; lo que digo me parece suficiente para entender su naturaleza y condiciones. Y habiéndola entendido se debe considerar que en la soberana Reina del cielo estuvieron todos los dones del Espíritu Santo, no sólo en el grado suficiente y común que tienen en su género cada uno porque esto puede ser común a otros santos pero estuvieron en esta Señora con especial excelencia y privilegio, cual no pudo caber en otro santo alguno, ni pudiera ser conveniente a otro inferior suyo. Entendido, pues, en qué consiste el temor santo, la piedad, la fortaleza, la ciencia y el consejo, en cuanto son dones especiales del Espíritu Santo, extiéndase el juicio humano y el entendimiento angélico y piense lo más alto, lo más noble, lo más excelente, lo más perfecto, lo más divino; que sobre lo que concibieron todas juntas las criaturas están los dones de María, y lo inferior de ellos es lo supremo del pensamiento criado; así como lo supremo de los dones de esta Señora y Reina de las virtudes toca, en algún modo, a lo ínfimo de Cristo y de la divinidad.

Doctrina de la Reina santísima María.

612. “Hija mía, estos nobilísimos y excelentísimos dones del Espíritu Santo que has entendido, son la emanación por donde la divinidad se comunica y transfiere a las almas santas; y por esto no admiten limitación de su parte, como la tienen del sujeto donde se reciben. Y si las criaturas desocupasen el corazón de los afectos y amor terreno, aunque su corazón es limitado, participarían sin tasa el torrente de la divinidad infinita por medio de los inestimables dones del Espíritu Santo. Las virtudes purifican a la criatura de la fealdad y mácula de los vicios, si los tenía, y con ellas comienza a restaurar el orden concertado de sus potencias, perdido primero por el pecado original y después por los actuales propios; y añaden hermosura, fuerza y deleite en el bien obrar. Pero los dones del Espíritu Santo levantan a las mismas virtudes a una sublime perfección, ornato y hermosura con que se dispone, hermosea y agracia el alma para entrar en el tálamo del Esposo, donde por admirable modo queda unida con la divinidad en un espíritu y vínculo de la eterna paz. Y de aquel felicísimo estado sale fidelísima y seguramente a las operaciones de heroicas virtudes, y con ellas se vuelve a retraer al mismo principio donde salió, que es el mismo Dios, en cuya sombra (Cant 2,3) descansa sosegada y quieta, sin que la perturben los ímpetus furiosos de las pasiones y sus desordenados apetitos; pero esta felicidad alcanzan pocos, y sólo por experiencia la conoce quien la recibe.

613. “Advierte, pues, carísima, y con atención profunda considera cómo ascenderás a lo alto de estos dones; porque la voluntad del Señor y la mía es que subas más arriba (Lc 14,10 (A.)) en el convite que te previene su dulzura con la bendición de los dones (Sal 20,4) que para este fin de su liberalidad recibiste. Atiende que para la eternidad hay solos dos caminos: uno que lleva a la eterna muerte por el desprecio de la virtud y por la ignorancia de la divinidad; otro lleva a la eterna vida por el conocimiento fructuoso del Altísimo; porque ésta es la vida eterna, que le conozcan a él y a su Unigénito que envió al mundo (Jn 17,3 (A.)). El camino de la muerte siguen infinitos necios (Ecl 1,45) que ignoran su misma ignorancia, presunción y soberbia con formidable insipiente. A los que llamó su misericordia a su admirable lumbré (1 Pe 2,9) y los reengendró en hijos de la luz, les dio en esta generación el nuevo ser que tienen por la fe, esperanza y caridad, que los hace suyos y herederos de la divina y eterna fruición; y reducidos al ser de hijos les dio las virtudes que se infunden en la primera justificación, para que como hijos de la luz obren con proporción operaciones de luz; y tras ellas tiene prevenidos los dones del Espíritu Santo. Y como el sol material a nadie niega su calor y luz, si hay capacidad y disposición para recibir la fuerza de sus rayos, tampoco la divina Sabiduría que, dando voces en los altos

montes, sobre los caminos reales y en las sendas más ocultas, en las puertas y plazas de las ciudades (Prov 8,1-3 (A.)) convida y llama a todos, a ninguno se negaría ni ocultaría. Pero la estulticia de los mortales los hace sordos, o la malicia impía los hace mofadores, y la incrédula perversidad los aparta de Dios, cuya sabiduría no halla lugar en el corazón malévolo, ni en el cuerpo sujeto a pecados (Sab 1,4).

614. “Pero tú, hija mía, advierte en tus promesas, vocación y deseos; porque la lengua que miente a Dios es feo homicida de su alma (Sab 1,11) y no celes la muerte en el error de la vida, ni adquieras la perdición con las obras de tus manos, como se te manifiesta en la divina luz que lo hacen los hijos de las tinieblas. Teme al poderoso Dios y Señor con temor santo, humilde y bien ordenado, y en todas tus obras te gobierna con este Maestro. Ofrece tu corazón blando, fácil y dócil a la disciplina y obras de piedad. Juzga con rectitud de la virtud y del vicio. Anímate con invencible fortaleza para obrar lo más arduo y levantado y sufrir lo más adverso y difícil de los trabajos. Elige con discreción los medios para la ejecución de estas obras. Atiende a la fuerza de la divina luz, con que trascenderás todo lo sensible y subirás al conocimiento altísimo de lo oculto de la divina sabiduría y aprenderás a dividir el hombre nuevo del antiguo; y te harás capaz de recibirla, cuando entrando en la oficina del vino (Cant 2,4) de tu Esposo serás embriagada de su amor, ordenada en ti su caridad eterna.”

CAPITULO 14

[Regresar al Principio](#)

Se declaran las formas y modos de visiones divinas que tenía la Reina del cielo y los efectos que en ella causaban.

615. La gracia de visiones divinas, revelaciones y raptos no hablo de la visión beatífica aunque son operaciones del Espíritu Santo, se distinguen de la gracia justificante y virtudes que santifican y perfeccionan el alma en sus operaciones; y porque no todos los justos y santos tienen forzosamente visiones ni revelaciones divinas, se prueba que puede estar la santidad y virtudes sin estos dones. Y también que no se han de regular las revelaciones y visiones por la santidad y perfección de los que las tienen, sino por la voluntad divina que las concede a quien es servido y cuando conviene, y en el grado que su sabiduría y voluntad dispensan, obrando siempre con medida y peso (Sab 11,21) para los fines que pretende en su Iglesia; bien puede comunicar Dios mayores y más altas visiones y revelaciones al menos santo y menores al mayor. Y el don de la profecía con otros *gratis datos* puede concederlos a los que no son santos; y algunos raptos pueden resultar de causa que no sea precisamente virtud de la voluntad; y por esto, cuando se hace comparación entre la excelencia de los profetas, no se habla de la santidad, que solo Dios puede ponderarla (Prov 16,2) sino de la luz de la profecía y modo de recibirla, en que se puede juzgar cuál sea más o menos levantado, según diferentes razones. Y en la que se funda esta doctrina es, porque la caridad y virtudes, que hacen santos y perfectos a los que las tienen, tocan a la voluntad, y las visiones, revelaciones y algunos raptos pertenecen al entendimiento o parte intelectual, cuya perfección no santifica al alma.

616. Pero no obstante que la gracia de visiones divinas sea distinta de la santidad y virtudes, que pueden separarse, con todo eso la voluntad y providencia divina las junta muchas veces según el fin y motivo que tiene en comunicar estos dones gratuitos de las revelaciones particulares; porque algunas veces las ordena al beneficio público común de la Iglesia, como lo dice el Apóstol (1 Cor 12,7 (A.)); y sucedió con los profetas que inspirados de Dios por divinas revelaciones del Espíritu Santo (2 Pe 1,21 (A.)) y no por su propia imaginación, hablaron y profetizaron para nosotros (1 Pe 1,10 (A.)) los misterios de la redención y ley evangélica. Y cuando las revelaciones y visiones son de esta condición, no es necesario que se junten con la santidad; pues Balaán fue profeta y no era santo. Pero a la divina providencia convino con gran congruencia que comúnmente los profetas fuesen santos, y no depositase el espíritu de profecía y divinas revelaciones en vasos inmundos fácil y frecuentemente aunque en algún caso particular lo hiciese como poderoso, porque no derogase a la verdad divina y a su magisterio la mala vida del instrumento; y por otras muchas razones.

617. Otras veces las divinas revelaciones y visiones o no son de cosas tan generales y no se enderezan al bien común inmediatamente, sino al beneficio particular del que las recibe; y así como las primeras son efecto del amor que Dios tuvo y tiene a su Iglesia, así estas revelaciones particulares tienen por causa el amor especial con que ama Dios al alma, que se las comunica para enseñarla y levantarla a más alto grado de amor y perfección. Y en este modo de revelaciones se transfiere el espíritu de la sabiduría por diferentes generaciones en las almas santas para hacer profetas y amigos de Dios (Sab 7,27 (A.)) y como la causa eficiente es el amor divino particularizado con algunas almas, así la causa

final y efecto es la santidad, pureza y amor de las mismas almas; y el beneficio de las visiones y revelaciones es el medio por donde se consigue todo esto.

618. No quiero decir en esto que las revelaciones y visiones divinas son medio preciso y necesario absolutamente para hacer santos y perfectos, porque muchos lo son por otros medios, sin estos beneficios; pero suponiendo esta verdad, que sólo pende de la divina voluntad conceder o negar a los justos estos dones particulares, con todo esto, de parte nuestra y de parte del Señor hay algunas razones de congruencia que alcanzamos para que Su Majestad las comunique tan frecuentemente a muchos siervos suyos. La primera entre otras es, porque de parte de la criatura ignorante el modo más proporcionado y conveniente para que se levante a las cosas eternas, entre en ellas y se espiritualice para llegar a la perfecta unión del sumo bien, es la luz sobrenatural que se le comunica de los misterios y secretos del Altísimo por las particulares revelaciones, visiones e inteligencias que recibe en la soledad y en el exceso de su mente; y para esto la convida el mismo Señor con repetidas promesas y caricias, de cuyos misterios está llena la Escritura santa, y en particular los Cantares de Salomón.

619. La segunda razón es de parte del Señor, porque el amor es impaciente para no comunicar sus bienes y secretos al amado y al amigo. *“Ya no quiero llamaros ni trataros como a siervos, sino como a amigos”* - dijo a los apóstoles el Maestro de la verdad eterna (Jn 15,15 (A.)) - *“porque os he manifestado los secretos de mi Padre.”* Y de Moisés se dice que Dios hablaba con él como con un amigo (Ex 33,11 (A.)). Y los santos padres, patriarcas y profetas no sólo recibieron del Espíritu divino las revelaciones generales, pero otras muchas particulares y privadas, en testimonio del amor que les tenía Dios, como se colige de la petición de Moisés que le dejase el Señor ver su cara (Ib. 13). Esto mismo dicen los títulos que da el Altísimo a las almas escogidas, llamándolas *esposa, amiga, paloma, hermana, perfecta, dilecta, hermosa* (Cant 4,8,9; 2,10; 1,14), etc. y todos estos títulos, aunque declaran mucho de la fuerza del divino amor y sus efectos, pero todos significan menos de lo que hace el Rey supremo con quien así quiere honrar; porque sólo este Señor es poderoso para lo que quiere, y sabe querer como esposo, como amigo, como padre, y como infinito y sumo bien, sin tasa ni medida.

620. Y no pierde su crédito esta verdad por no ser entendida de la sabiduría carnal; ni tampoco porque algunas almas se hayan deslumbrado con ella, dejándose engañar por el ángel de Satanás transformado en luz (2 Cor 11,14) con algunas visiones y revelaciones falsas. Este daño ha sido más frecuente en mujeres por su ignorancia y pasiones, pero también ha tocado a muchos varones al parecer fuertes y científicos. Pero en todos ha nacido de una mala raíz; y no hablo de los que con diabólica hipocresía han fingido falsas y aparentes revelaciones, visiones y raptos sin tenerlos, sino de los que con engaño las han padecido y recibido del demonio, aunque no sin grave culpa y consentimiento. Los primeros más se puede decir que engañan, y los segundos que al principio son engañados; porque la antigua serpiente, que los conoce inmortificados en las pasiones y poco ejercitados los sentidos interiores en la ciencia de las cosas divinas, les introduce con sutileza astutísima una oculta presunción de que son muy favorecidos de Dios y les roba el humilde temor, levantándolos en deseos vanos de curiosidad y de saber cosas altas y revelaciones, codiciando visiones extáticas y ser singulares y señalados en estos favores; con que abren la puerta al demonio, para que los llene de errores y falsas ilusiones y les entorpezca los sentidos con una confusa tiniebla interior, sin que entiendan ni conozcan cosa divina ni verdadera, si no es alguna que les representa el enemigo para acreditar sus engaños y disimular su veneno.

621. A este peligroso engaño se previene temiendo con humildad y no deseando saber altamente (Rom 11,20) no juzgando su aprovechamiento en el tribunal apasionado del propio juicio y prudencia, remitiéndolo a Dios y a sus ministros y confesores doctos, examinando la intención; pues no hay duda que se conocerá si el alma desea estos favores por medio de la virtud y perfección o por la gloria exterior de los hombres. Y lo seguro es nunca desearlos y temer siempre el peligro, que es grande en todos tiempos y mayor en los principios; porque las devociones y dulzuras sensibles, dado que sean del Señor - que tal vez las remeda el demonio - no las envía Su Majestad porque el alma esté capaz del manjar sólido de los mayores secretos y favores, sino por alimento de párvulos, para que con más veras se retiren de los vicios y se nieguen a lo sensible y no porque se imaginen por adelantados en la virtud; pues aun los raptos que resultan de admiración, suponen más ignorancia que amor. Pero cuando el amor llega a ser extático, fervoroso, ardiente, mole, líquido, inaccesible, impaciente de otra cosa fuera de la que ama, y con esto ha cobrado imperio sobre todo afecto humano, entonces está dispuesta el alma para recibir la luz de las revelaciones ocultas y visiones divinas, y más se dispone cuanto con esta luz divina sabe desearlas menos por indigna de menores beneficios. Y no se admiren los hombres sabios de que las mujeres hayan sido tan favorecidas en estos dones; porque a más de ser fervientes en el amor escoge Dios lo más flaco por testigo más abonado de su poder; y tampoco no tienen la ciencia de la teología

adquirida como los varones doctos, si no se les infunde el Altísimo para iluminar su flaco e ignorante juicio.

622. Entendida esta doctrina - cuando no hubiera en María santísima otras especiales razones - conoceremos que las divinas revelaciones y visiones que le comunicó el Altísimo fueron más altas, más admirables, más frecuentes y divinas que a todo el resto de los santos. Estos dones -como los demás - se han de medir con su dignidad, santidad, pureza y con el amor que su Hijo y toda la beatísima Trinidad tenía a la que era *Madre del Hijo, Hija del Padre y Esposa del Espíritu Santo*. Con estos títulos se le comunicaban los influjos de la divinidad, siendo Cristo Señor nuestro y su Madre más amados con infinito exceso que todo el resto de los santos ángeles y hombres. A cinco grados o géneros de visiones divinas reduciré las que tuvo nuestra soberana Reina, y de cada una diré lo que pudiere, como se me ha manifestado.

Visión clara de la divina esencia a María santísima.

623. La primera y sobreexcelente fue la visión beatífica de la esencia divina, que muchas veces vio claramente siendo viadora y de paso; y todas las iré nombrando desde el principio de esta Historia (Cf. supra n.333, 340; infra p.II n.139, 473, 956,1523 y p.III n.62, 494, 603, 616, 654,685) en los tiempos y ocasiones que recibió este supremo beneficio para la criatura. De otros santos dudan algunos doctores si en la carne mortal han llegado a ver la divinidad clara e intuitivamente; pero dejando las opiniones de los otros, no la puede haber de la Reina del cielo, a quien se hiciera injuria en medirla con la regla común de los demás santos; pues muchos y más favores y gracias de las que en ellos eran posibles se ejecutaron en la Madre de la gracia, y por lo menos la visión beatífica es posible de paso sea por el modo que fuere en los viadores. La primera disposición en el alma que ha de ver la cara de Dios, es la gracia santificante en grado muy perfecto y no ordinario; la que tenía la santísima alma de María desde el primer instante fue superabundante y con tal plenitud que excedía a los supremos serafines. A la gracia santificante ha de acompañar para ver a Dios gran pureza en las potencias, sin haber en ellas reliquia ni efecto ninguno de la culpa; y como si en un vaso que hubiese recibido algún licor inmundo, sería necesario lavarle, limpiarle y purificarle hasta que no le quedase olor ni resabios de él, para que no se mezclase con otro licor purísimo que se había de poner en el mismo vaso, así del pecado y sus efectos y más de los actuales queda el alma como inficionada y contaminada. Y porque todos estos efectos la improporcionan con la suma bondad, es necesario que para unirse con ella por visión clara y amor beatífico sea primero lavada y purificada, de suerte que no le quede remanente, ni olor, ni sabor de pecado, ni hábito vicioso, ni inclinación adquirida por ellos. Y no sólo se entiende esto de los efectos y máculas que dejan los pecados mortales, sino también de los veniales, que causan en el alma justa su particular fealdad, como a nuestro modo de entender si a un cristal purísimo le tocarse el aliento que le entrapa y oscurece; y todo esto se ha de purificar y reparar para ver a Dios claramente.

624. A más de esta pureza, que es como negación de mácula, si la naturaleza del que ha de ver a Dios beatíficamente está corrupta por el primer pecado, es necesario cauterizar el apetito desmesurado; de suerte que para este supremo beneficio quede extinto o ligado, como si no le tuviese la criatura; porque entonces no ha de tener principio ni causa próxima que la incline al pecado ni a imperfección alguna; porque ha de quedar como imposibilitado el libre albedrío para todo lo que repugna a la suma santidad y bondad; y de aquí y de lo que diré adelante se entenderá la dificultad de esta disposición viviendo el alma en carne mortal. Y que se ha de conceder este altísimo beneficio con mucho tiempo y no sin grandes causas y mucho acuerdo, la razón que yo entiendo es, porque en la criatura sujeta al pecado hay dos improporciones y distancias inmensas comparada con la divina naturaleza; la una consiste en que Dios es invisible, infinito, acto purísimo y simplicísimo, y la criatura es corpórea, terrena, corruptible y grosera; la otra es la que causa el pecado, que dista sin medida de la suma bondad; y ésta es mayor improporción y distancia que la primera; pero entrambos se han de quitar para unirse estos extremos tan distantes, llegando la criatura a ponerse en el supremo modo con la divinidad y asimilarse al mismo Dios, viéndole y gozándole como él es. (1 Jn 3,2 (A.)).

625. Toda esta disposición de pureza y limpieza de culpa o imperfección tenía la Reina del cielo en más alto grado que los mismos ángeles; porque ni le tocó el pecado original ni actual, ni los efectos de ninguno de ellos; más pudo en ella la divina gracia y protección para esto que en los ángeles la naturaleza por donde estaban libres de contraer estos defectos; y por esta parte no tenía María santísima improporción ni óbice de culpa que la retardase para ver la divinidad. Por otra parte, a más de ser inmaculada, su gracia en el primer instante sobreexcedía a la de los ángeles y santos, y sus merecimientos eran con proporción a la gracia; porque en el primer acto mereció más que todos con los supremos y últimos que hicieron para llegar a la visión beatífica de que gozan. Conforme a esto, si en los demás santos es justicia diferir el premio que merecen de la gloria hasta que llegue el término de la vida mortal, y con él

también el de merecerla, no parece contra justicia que con María santísima no se entienda tan rigurosamente esta ley, y que con ella tenga el altísimo Gobernador otra providencia y la tuviese mientras vivía en carne mortal. No sufría tanta dilación el amor de la beatísima Trinidad para con esta Señora, sin manifestársele muchas veces; pues lo merecía sobre todos los ángeles, serafines y santos que con menos gracia y merecimientos habían de gozar del sumo bien. Fuera de esta razón, había otra de congruencia para manifestarse la divinidad claramente, por ser elegida para Madre del mismo Dios, porque conociese con experiencia y fruición el tesoro de la divinidad infinita, a quien había de vestir de carne mortal y traer en sus virginales entrañas; y después tratase a su Hijo santísimo como a Dios verdadero, de cuya vista había gozado.

626. Pero con toda la pureza y limpieza que está dicha y añadiéndole al alma la gracia que la santifica, no está proporcionada ni dispuesta para la visión beatífica, porque le faltan otras disposiciones y efectos divinos que recibía la Reina del cielo cuando gozaba de este beneficio; y con mayor razón las ha menester cualquiera otra alma si le hiciesen este favor en carne mortal. Estando, pues, el alma limpia y santificada, como he dicho, le da el Altísimo un retoque como con un fuego espiritualísimo, que la caldea y acrisola como al oro el fuego material, al modo que los serafines purificaron a Isaías (Is 6,7). Este beneficio hace dos efectos en el alma; el uno, que la espiritualiza y separa de ella - a nuestro modo de entender - la escoria y terrenidad de su propio ser y de la unión terrena del cuerpo material; el otro, que llena toda el alma de una nueva luz que destierra no sé qué oscuridad y tinieblas, como la luz del alba destierra las de la noche; y esta nueva luz se queda en posesión, y la deja clarificada y llena de nuevos resplandores de este fuego. Ya esta luz se siguen otros efectos en el alma; porque, si tiene o ha tenido culpas, las llora con incomparable dolor y contrición, a que no puede llegar ningún otro dolor humano, que todos en comparación del que aquí se siente son muy poco penosos. Luego se siente otro efecto de esta luz, que purifica el entendimiento de todas las especies que ha cobrado por los sentidos de las cosas terrenas y visibles o sensibles, porque todas estas imágenes y especies adquiridas por los sentidos desproporcionan al entendimiento y le sirven de óbice para ver claramente al sumo espíritu de la divinidad; y así es necesario despejar la potencia y limpiarla de aquellos terrenos simulacros y retratos que la ocupan, no sólo para que no vea clara e intuitivamente a Dios, pero también para que no le vea abstractivamente, que para esta visión asimismo es necesario purificarle.

627. En el alma purísima de nuestra Reina, como no había culpas que llorar, hacían los demás efectos estas iluminaciones y purificaciones, comenzando a elevar a la misma naturaleza y proporcionarla para que no estuviese tan distante del último fin y no sintiese los efectos de lo sensible y dependencia del cuerpo. Y junto con esto causaban en aquella alma candidísima nuevos afectos y movimientos de humillación y propio conocimiento de la nada de la criatura, comparada con el Criador y con sus beneficios; con que se movía su inflamado corazón a otros muchos actos heroicos de virtudes; y los mismos efectos haría este beneficio respectivamente, si Dios se le comunicase a otras almas disponiéndolas para las visiones de su divinidad.

628. Bien podría juzgar nuestra rudeza que bastan para llegar a la visión beatífica estas disposiciones referidas; pero no es así, porque sobre ellas falta otra cualidad, vapor o lumen más divino, antes del *lumen gloriae*. Y esta nueva purificación, aunque es semejante a las que he dicho, todavía es diferente en sus efectos; porque levanta al alma a otro estado más alto y sereno, donde con mayor tranquilidad siente una paz dulcísima, la cual no sentía en el estado de las disposiciones y purificaciones primeras; porque en ellas se siente alguna pena y amargura de las culpas, si las hubo, o si no, un tedio de la misma naturaleza terrena y vil; y estos efectos no se compadecen con estar el alma tan cerca y asimilada a la suma felicidad. Páreceme que las primeras purificaciones sirven para mortificar, y ésta que ahora digo sirve de vivificar y sanar a la naturaleza; y en todas juntas procede el Altísimo como el pintor, que dibuja primero la imagen y luego le da los primeros colores en bosquejo, y después le da los últimos para que salga a luz.

629. Sobre todas estas purificaciones, disposiciones y efectos admirables que causan, comunica Dios la última que es el *lumen gloriae*, con el cual se eleva, conforta y acaba de proporcionarse el alma para ver y gozar a Dios beatíficamente. En este lumen se le manifiesta la divinidad, que sin él no podrá ser vista de ninguna criatura; y como es imposible por sí sola alcanzar este lumen y disposiciones, por eso lo es también ver a Dios naturalmente, porque todo sobrepasa a las fuerzas de la naturaleza.

630. Con toda esta hermosura y adorno era prevenida la *Esposa del Espíritu Santo, Hija del Padre y Madre del Hijo*, para entrar en el tálamo de la divinidad, cuando gozaba de paso de su vista y fruición intuitiva. Y como todos estos beneficios corresponden a su dignidad y gracias, por eso no puede caer debajo de razones ni de pensamiento criado -y

menos en el de una mujer ignorante - qué tan altas y divinas serían en nuestra Reina estas iluminaciones; y mucho menos se puede ponderar y apelar el gozo de aquella alma santísima sobre todo el más levantado de los supremos serafines y santos. Si de cualquier justo, aunque sea el menor de los que gozan de Dios, es verdad infalible que ni ojos lo vieron, ni oídos lo oyeron, ni puede caer en humano pensamiento aquello que Dios le tiene preparado (1 Cor 2,9) ¿ qué será para los mayores santos? Y si el mismo Apóstol que dijo esto, confesó no podía decir lo que él había oído (2 Cor 12,4) ¿qué dirá nuestra cortedad de la Santa de los santos y Madre del mismo que es gloria de los santos? Después del alma de su Hijo santísimo, que era hombre y Dios verdadero, ella fue la que más misterios y sacramentos conoció y vio en aquellos infinitos espacios y secretos de la divinidad; a ella más que a todos los bienaventurados se le franquearon los tesoros infinitos, los ensanches de la eternidad de aquel objeto inaccesible, que ni el principio ni el fin le pueden limitar; allí quedó letificada (Sal 45,5) y bañada esta ciudad de Dios del torrente de la divinidad, que la inundó con los ímpetus de su sabiduría y gracia, que la espiritualizaron y divinizaron.

Visión abstractiva de la divinidad que tenía María santísima.

631. El segundo modo y forma de visiones de la divinidad que tuvo la Reina del cielo fue abstractivo, que es muy diferente y muy inferior al intuitivo; y por eso era más frecuente, aunque no cotidiano o incesante. Este conocimiento o visión comunica el Altísimo, no descubriéndose en sí mismo inmediatamente al entendimiento creado, sino mediante algún velo o especies en que se manifiesta; y por haber medio entre el objeto y la potencia, es inferiorísima esta vista respecto de la visión clara intuitiva; y no enseña la presencia real, aunque la contiene intelectualmente con inferiores condiciones. Y aunque conoce la criatura que está cerca de la divinidad, y en ella descubre los atributos, perfecciones y secretos, que como en espejo voluntario le quiere Dios mostrar y manifestar, pero no siente ni conoce su presencia, ni la goza a satisfacción ni hartura.

632. Con todo eso, este beneficio es grande, raro, y después de la visión clara es el mayor; y aunque no pide *lumen gloriae* más de la luz que tienen las mismas especies, ni tampoco se requiere la última disposición y purificación a que sigue el *lumen gloriae*, pero todas las demás disposiciones antecedentes que preceden a la visión clara, preceden a ésta; porque con ella entra el alma en los atrios (Sal 64,5) de la casa del Señor Dios eterno. Los efectos de esta visión son admirables, porque a más del estado que supone el alma, hallándola a sí sobre sí (Lam 3,28), la embriaga (Sal 35:9) de una inefable e inexplicable suavidad y dulzura, con que la inflama en el amor divino y se transforma en él y la causa un olvido y enajenamiento de todo lo terreno y de sí misma, que ya no vive ella en sí, sino en Cristo, y Cristo en ella (Gal 2,20). Fuera de esto le queda de esta visión al alma una luz, que si no la perdiese por su negligencia y tibieza o por alguna culpa, siempre la encaminaría a lo más alto de la perfección, enseñándola los más seguros caminos de la eternidad, y sería como el fuego perpetuo del santuario (Lev 6,12) y como la lucerna de la ciudad de Dios (Ap 22,5).

633. Estos y otros efectos causaba esta visión divina en nuestra soberana Reina con grado tan eminente, que no puedo yo explicar mi concepto con los términos ordinarios. Pero se deja entender algo considerando el estado de aquella alma purísima, donde no había impedimento de tibieza ni óbice de culpa, descuido, ni olvido, ni negligencia, ni ignorancia, ni una mínima inadvertencia; antes estaba llena de gracia ardiente en el amor, diligente en el obrar, perpetua e incesante en alabar al Criador, solícita y oficiosa en darle gloria y dispuesta para que su brazo poderoso obrase en ella sin contradicción ni dificultad alguna. Tuvo este género de visión y beneficio en el primer instante de su Concepción, como ya he dicho en su lugar (Cf. supra n. 229,237, 312, 383,389). Y después muchas veces en el discurso de su vida santísima, de que también hablaré adelante (Cf. infra n.734, 742; p.II n.6-8; p.III n.537).

Visiones y revelaciones intelectuales de María santísima.

634. El tercer género de visiones o revelaciones divinas que tuvo María santísima, fueron intelectuales. Y aunque la noticia abstractiva o visión de la divinidad se puede llamar revelación intelectual, pero le doy otro lugar solo y más alto por dos razones: la una, porque el objeto de aquella revelación es único y supremo entre las cosas inteligibles, y estas más comunes revelaciones intelectuales tienen muchos y varios objetos, porque se extienden a cosas espirituales y materiales y a las verdades y misterios inteligibles; la otra razón es, porque la visión abstractiva de la divina esencia se causa por especies altísimas, infusas y sobrenaturales de aquel objeto infinito; pero la común revelación y visión intelectual algunas veces se hace por especies infusas al entendimiento de los objetos revelados y otras veces no son necesarias infusas para todo lo que se entiende; porque pueden servir a esta revelación las mismas especies que tiene la imaginación o fantasía y en ellas puede el entendimiento, ilustrado con nuevo lumen y virtud sobrenatural, entender los

misterios que Dios le revela, como sucedió a José en Egipto (Gen 40 (A.)) y a Daniel en Babilonia (Dan 2,19). Y este modo de revelaciones tuvo David; y fuera del conocimiento de la divinidad, es el más noble y seguro, porque ni los demonios ni los mismos ángeles buenos pueden infundir esta luz sobrenatural en el entendimiento, aunque pueden mover las especies por la imaginación y fantasía.

635. Esta forma de revelación intelectual fue común a los profetas santos del Antiguo y Nuevo Testamento, porque la luz de la profecía perfecta, como ellos la tuvieron, se termina en la inteligencia de algún misterio oculto; y sin esta inteligencia o luz intelectual no fueran profetas perfectamente ni hablaran proféticamente. Y por eso, el que hace o dice alguna cosa profética, como Caifás (Jn 11,51) y los soldados que no quisieron dividir la túnica de Cristo nuestro Señor (Jn 19,24), aunque fueron movidos con impulso divino, no eran perfectamente profetas; porque no hablaban proféticamente, que es con lumbre divino o inteligencia. Verdad es que también los profetas santos y perfectamente profetas, que se llamaban videntes por la luz interior con que miraban los secretos ocultos, podían hacer alguna acción profética, sin conocer todos los misterios que comprendía, o sin conocer alguno; pero en aquella acción no fueran tan perfectamente profetas como en las que profetizaban con inteligencia sobrenatural. Tiene esta revelación intelectual muchos grados que no toca a este lugar declararlos; y aunque la puede comunicar el Señor desnudamente y sin caridad o gracia y virtudes, pero de ordinario anda acompañada con ellas, como en los profetas, apóstoles y justos, cuando como a amigos les manifestaba sus secretos; como también sucede cuando las revelaciones intelectuales son para el mayor bien del que las recibe, como arriba está dicho (Cf. supra n.617). Por esta razón piden estas revelaciones muy buena disposición en el alma que ha de ser levantada a estas divinas inteligencias, que de ordinario no las comunica Dios si no es cuando el alma está quieta, pacífica, abstraída de los afectos terrenos y bien ordenadas sus potencias para los efectos de esta luz divina.

636. En la Reina del cielo fueron estas inteligencias o revelaciones intelectuales muy diferentes que las de los santos y profetas; porque las tenía Su Alteza continuas, y en acto y en hábito, cuando no gozaba de otras visiones más altas de la divinidad. Y a más de esto, la claridad y extensión de esta luz intelectual y sus efectos fueron incomparables en María santísima; porque de los misterios, verdades y sacramentos ocultos del Altísimo, conoció ella más que todos los santos patriarcas, profetas, apóstoles y más que los mismos ángeles juntos; y todo lo conocía con mayor profundidad, claridad, firmeza y seguridad. Con esta inteligencia penetraba desde el mismo ser de Dios y sus atributos hasta la mínima de sus obras y criaturas, sin escondérsele cosa alguna en que no conociese la participación de la grandeza del Criador y su divina disposición y providencia; y sola María santísima pudo decir con plenitud que el Señor la manifestó lo incierto y oculto de su sabiduría, como lo afirmó el profeta (Sal 50,8 (A.)). Los efectos que causaban en la soberana Señora estas inteligencias, no es posible decirlo, pero toda esta Historia sirve para su declaración. En otras almas son de admirable utilidad y provecho, porque iluminan altamente el entendimiento, inflaman con increíble ardor la voluntad, desengañan, desvían, levantan y espiritualizan a la criatura; y tal vez parece que hasta el mismo cuerpo terreno y pesado se aligera y sutiliza en emulación santa de la misma alma. Tuvo la Reina del cielo en este modo de visiones otro privilegio, que diré en el capítulo siguiente.

Visiones imaginarias de la Reina del cielo María santísima.

637. El cuarto lugar tienen las visiones imaginarias que se hacen por especies sensitivas causadas o movidas en la imaginación o fantasía; y representan las cosas con modo material y sensitivo, como cosa que se mira con los ojos, o se oye, o se toca, o se gusta. Debajo de esta forma de visiones manifestaron los profetas del Testamento Viejo grandes misterios y sacramentos, que les reveló el Altísimo en ellas, particularmente Ezequiel, Daniel y Jeremías; y debajo de semejantes visiones escribió el evangelista San Juan su Apocalipsis. Por la parte que tienen estas visiones de sensitivo y corpóreo, son más inferiores que las precedentes; y por eso las puede plagiar el demonio en la representación, moviendo las especies de la fantasía, pero no las plagia en la verdad el que es padre de la mentira. Con todo eso se deben mucho desviar estas visiones y examinar con la doctrina cierta de los santos y maestros, porque, si el demonio reconoce alguna golosina en las almas que tratan de oración y devoción y si lo permite Dios, las engañará fácilmente; pues aun aborreciendo el peligro de estas visiones los santos fueron invadidos con ellas por el demonio transfigurado en luz, como en sus vidas está escrito para nuestra erudición y cautela.

638. Donde estuvieron estas visiones y revelaciones imaginarias sin peligro alguno y con toda seguridad y condiciones divinas, fue en María santísima, cuya interior luz no podía oscurecer ni invadir toda la astucia de la serpiente. Tuvo nuestra Reina muchas visiones de este género; porque en ellas le fueron manifestadas muchas obras de las que su Hijo

santísimo hacía cuando estaba ausente, como en el discurso de su vida veremos (Cf. infra p.II n.965-994,1156-1179,1204-1222). Conoció también por visión imaginaria otras muchas criaturas y misterios en ocasiones que eran necesarios según la divina voluntad y dispensación del Altísimo. Y como este beneficio con los demás que recibía la soberana Princesa del cielo eran ordenados a fines altísimos, así en lo que le tocaba a su santidad, pureza y merecimientos, como en orden al beneficio de la Iglesia, cuya maestra y cooperadora de la redención era esta gran Madre de la gracia, por esto los efectos de estas visiones y de su inteligencia eran admirables, y siempre con incomparables frutos de gloria del Altísimo y aumento de nuevos dones y carismas en el alma santísima de María. De lo que en las demás criaturas suele suceder con estas visiones diré en la siguiente; porque de estas dos especies de visiones se debe hacer un mismo juicio.

Visiones divinas corpóreas de María santísima.

639. El último y quinto grado de visiones y revelaciones es el que se percibe por los sentidos corporales exteriores, que por eso se llaman corpóreas, aunque puede suceder de dos maneras. La una es propia y verdaderamente corpórea, cuando con cuerpo real y cuantitativo se aparece a la vista o al tacto alguna cosa de la otra vida, Dios, ángel, o santo, o el demonio, o alma, etc., formándose para esto, por ministerio y virtud de los ángeles buenos o malos, algún cuerpo aéreo y fantástico, que si bien no es cuerpo natural ni verdadero de lo que representa, pero es verdaderamente cuerpo cuantitativo del aire condensado con sus dimensiones cuantitativas. Otra manera de visiones corpóreas puede haber más impropia, y como ilusoria del sentido de la vista, cuando no es cuerpo cuantitativo el que se percibe, sino unas especies del cuerpo y color, etc., que alterando el aire medio puede causar un ángel en los ojos; y el que las recibe piensa que mira algún cuerpo real presente; y no hay tal cuerpo, sino solas especies con que se altera la vista con una fascinación imperceptible al sentido. Este modo de visiones ilusorias al sentido no es propia de los buenos ángeles ni apariciones divinas, aunque es posible, y, tal pudo ser la voz que oyó Samuel (1 Sam 3,4 (A.)); mas las afecta el demonio por lo que tienen de engaño, especialmente por los ojos; y así por esto como porque no tuvo la Reina esta forma de visiones, sólo diré de las verdaderamente corpóreas, que fueron las que tenía.

640. En la Escritura hay muchas visiones corporales que tuvieron los santos y patriarcas. Adán vio a Dios representado por el ángel (Gen 3,8 (A.)); Abrahán a los tres ángeles (Gen 18,1-2), Moisés la zarza (Ex 3,2 (A)), y muchas veces al mismo Señor. También han tenido muchas visiones corpóreas e imaginarias otros que eran pecadores, como Caín (Gen 4,9), Baltasar (Dan 5,5), que vio la mano en la pared; y de las imaginarias tuvo Faraón (Gen 41,2) la visión de las vacas y Nabucodonosor la del árbol (Dan 4,2) y estatua (Dan 2,1); y otras semejantes hay en las divinas letras. De donde se conoce que para estas visiones corpóreas e imaginarias no se requiere santidad en el que las recibe. Pero es verdad que quien tiene alguna visión imaginaria o corpórea, sin alcanzar luz o alguna inteligencia, no se llama profeta, ni es perfecta revelación en el que ve o recibe las especies sensitivas, sino en el que tiene la inteligencia, que, como dijo Daniel (Dan 10,1) es necesario en la visión; y así fueron profetas José y el mismo Daniel, y no Faraón, ni Baltasar, ni Nabucodonosor. Y aquella será más alta y excelente visión en razón de visión, que viniere con mayor y más alta inteligencia, aunque en cuanto a lo aparente son mayores las que representan a Dios y su Madre santísima, y después a los santos por sus grados.

641. El recibir visiones corpóreas cierto es que pide estar dispuestos los sentidos para percibirlos con ellos. Las imaginarias muchas veces las envía Dios en sueños, como al santísimo José (Mt 1,20), esposo de María purísima, y a los reyes Magos (Mt 2,12) y Faraón (Gen 1,1) etc. Otras se pueden recibir estando en los sentidos corporales, que en esto no hay repugnancia. Pero el modo más común y connatural a estas visiones y a las intelectuales, es comunicarlas Dios en algún éxtasis o raptos de los sentidos exteriores; porque entonces están las potencias interiores todas más recogidas y dispuestas para la inteligencia de cosas altas y divinas; aunque en esto menos suelen impedir los sentidos exteriores para las visiones intelectuales que para las imaginarias, porque éstas están más cerca de lo exterior que las inteligencias del entendimiento. Y por esta causa, cuando las revelaciones intelectuales son por especies infusas, o cuando el afecto no arrebatara los sentidos, se reciben muchas veces, sin perderlos, inteligencias altísimas de grandes misterios y sobrenaturales.

642. En la Reina del cielo sucedía esto muchas veces y casi frecuente; porque si bien tuvo muchos raptos para la visión beatífica -donde siempre es forzoso en los viadores y también en algunas visiones intelectuales e imaginarias, pero, aunque estaba de ordinario en sus sentidos, tenía más altas revelaciones e inteligencias que todos los santos y profetas en sus mayores raptos, donde vieron tantos misterios. Ni tampoco para las visiones imaginarias estorbaban a nuestra gran Reina los sentidos exteriores; porque su dilatado corazón y sabiduría no se embarazaba con los efectos de

admiración y amor, que suele arrebatarse los sentidos en los demás santos y profetas. De las visiones corpóreas que tuvo Su Majestad de los ángeles, consta por la anunciación de san Gabriel arcángel (Lc 1,28). Y aunque del discurso de su vida santísima no lo digan los evangelistas, no puede el juicio prudente y católico poner duda, pues la Reina de los cielos y de los ángeles había de ser servida de sus vasallos; como adelante iremos (Cf. infra n.761 y passim) declarando el continuo obsequio que le hacían los de su guarda, y otros en forma corporal y visible, como se verá en el capítulo siguiente.

643. Las demás almas deben ser muy circunspectas y cautelosas en este género de visiones corporales, por estar más sujetas a peligros, engaños e ilusiones de la serpiente antigua; quien nunca las apetecié, excusará gran parte del peligro. Y si hallando al alma lejos de éste y otros desordenados afectos, le sucediere alguna visión corporal o imaginaria, deténgase mucho en creer y en ejecutar lo que le pide la visión; porque será muy mala señal, y propia del demonio, querer luego y sin acuerdo ni consejo que se le dé crédito y obedezca; lo que no hacen los santos ángeles, como maestros de obediencia y verdad, prudencia y santidad. Otros indicios y señales se toman de la causa y efectos de estas visiones para conocer su seguridad y verdad o engaño; pero yo no me detengo en esto por no alejarme más de mi intento y porque me remito a los doctores y maestros.

Doctrina de la Reina del cielo.

644. “Hija mía, de la luz que en este capítulo has recibido, tienes la regla cierta de gobernarte en las visiones y revelaciones del Señor, que consiste en dos partes, La una en sujetarlas con humilde y sencillo corazón al juicio y censura de tus padres y prelados, pidiendo con viva fe les dé luz el Altísimo para que entiendan su voluntad y verdad divina y te la enseñen en todo. La otra regla ha de estar en tu mismo interior; y ésta es atender a los efectos que hacen las visiones y revelaciones, para discernirlas con prudencia y sin engaño, porque la virtud divina, que obra con ellas, te inducirá, moverá, inflamará en amor casto y reverencia del Altísimo, al conocimiento de tu bajeza, a aborrecer la vanidad terrena, a desear el desprecio de las criaturas, a padecer con alegría, a amar la cruz y llevarla con esforzado y dilatado corazón, a desear el último lugar, a amar a quien te persiguere, a temer el pecado y aborrecerle, aunque sea muy leve, a aspirar a lo más puro, perfecto y acendrado de la virtud, a negar tus inclinaciones, a unirte con el sumo y verdadero bien. Estas serán infalibles señales de la verdad con que te visita el Altísimo por medio de sus revelaciones, enseñándote lo más santo y perfecto de la ley cristiana y de su imitación y mía.

645. “Y para que tú, carísima, pongas por obra esta doctrina que la dignación del Altísimo te enseña, nunca la olvides, ni pierdas de vista los beneficios de habértela enseñado con tanto amor y caricia; renuncia toda atención y consolación humana, los deleites y gustos que el mundo ofrece; y a todo lo que piden las inclinaciones terrenas te niega con fuerte resolución, aunque sea en cosas lícitas y pequeñas; y volviendo las espaldas a todo lo sensible, sólo quiero que ames el padecer. Esta ciencia y filosofía divina te han enseñado, te enseñan y te enseñarán las visitas del Altísimo, y con ellas sentirás la fuerza del divino fuego, que nunca se ha de extinguir en tu pecho por culpa tuya ni por tibieza. Está advertida, dilata el corazón y cíñete de fortaleza para recibir y obrar cosas grandes, y ten constancia en la fe de estas amonestaciones, creyéndolas, apreciándolas y escribiéndolas en tu corazón con humilde afecto y estimación de lo íntimo de tu alma, como enviadas por la fidelidad de tu Esposo y administradas por mí, que soy tu Maestra y Señora.”

CAPITULO 15

[Regresar al Principio](#)

Se declara otro modo de vista y comunicación que tenía María santísima con los santos ángeles que la asistían.

646. Tanta es la fuerza y eficacia de la divina gracia, y del amor que causa en la criatura, que puede borrar en ella la imagen del pecado y del hombre terreno y formar otro nuevo ser y celestial imagen (1 Cor 15, 48-49 (A.)) cuya conversación sea en los cielos (Flp 3,20 (A.)) entendiéndolo, amándolo y obrándolo, no como criatura terrena, pero como celestial y divina; porque la fuerza del amor roba el corazón y el alma de donde anima y le pone y transforma en lo que ama. Esta verdad cristiana, creída de todos, entendida de los doctores y experimentada de los santos, se ha de considerar en nuestra gran Reina y Señora ejecutada con privilegios tan singulares, que ni con ejemplo de otros santos, ni con entendimiento de ángeles, se puede comprender ni explicar. Era María santísima, por Madre del Verbo, Señora de todo lo criado; pero siendo imagen viva de su Hijo unigénito, a su imitación usó tan poco de las criaturas visibles, de quien era Señora, que ninguna menos parte tuvo en ellas, fuera de lo que fue preciso y necesario para el servicio del Altísimo y vida natural de su Hijo santísimo y suya.

647. A este olvido y alejamiento de todo lo terreno había de corresponder la conversación en lo celestial; y ésta se había de proporcionar con la dignidad de Madre del mismo Dios y Señora de los cielos, en cuya comunicación debidamente estaba conmutada la conversación terrena. Por esto era como necesario y consiguiente que la Reina y Señora de los ángeles fuera singular y privilegiada en el obsequio de los mismos cortesanos, vasallos suyos, y los tratase y comunicase con diferente modo que todas las criaturas humanas, por más santas que fuesen. En el capítulo 23 del primer libro dije algo de las apariciones ordinarias y diversas con que se le manifestaban a nuestra Reina y Señora los santos ángeles y serafines destinados y señalados para guarda suya; y en el capítulo precedente quedan declarados generalmente los modos y formas de visiones divinas que Su Alteza tenía, advirtiendo que siempre en aquella esfera y especie de visiones eran las suyas mucho más excelentes y divinas en la sustancia y en el modo y efectos que causaban en su alma santísima.

648. Para este capítulo remití otro modo más singular y privilegiado que concedió el Altísimo a su Madre santísima, para que viese y comunicase a los santos ángeles de su guarda y a los demás que de parte del mismo Señor en diversas ocasiones la visitaban. Este modo de visión y comunicación era el mismo que los órdenes y jerarquías angélicas tienen entre sí mismos, donde cada uno de los espíritus soberanos conocen a los demás por sí mismos, sin otra especie que mueva su entendimiento más que la misma sustancia y naturaleza del ángel que es conocido. Y a más de esto, los ángeles superiores iluminan a los inferiores, informándolos de los misterios ocultos que a los superiores inmediatamente revela y manifiesta el Altísimo, para que se vayan derivando y remitiendo de lo supremo a lo ínfimo; porque este orden conviene a la grandeza y majestad infinita del supremo Rey y gobernador de todo lo criado. De donde se entenderá cómo esta iluminación o revelación tan ordenada es fuera de la gloria esencial de los santos ángeles; porque ésta la reciben todos inmediatamente de la divinidad, cuya visión y fruición se comunica a cada uno a la medida de sus merecimientos; y un ángel no puede hacer a otro esencialmente bienaventurado, iluminándole o revelándole algún misterio, porque el iluminado no veía a Dios cara a cara, y sin esto no puede ser bienaventurado ni conseguir su último fin.

649. Pero como el objeto es infinito y espejo voluntario fuera de lo que pertenece a la ciencia beatífica de los santos tiene infinitos secretos y misterios que les puede revelar y revela especialmente para el gobierno de su Iglesia y del mundo; y en estas iluminaciones se guarda el orden que digo. Y como estas revelaciones son fuera de la gloria esencial, por eso el carecer de su noticia no se llama ignorancia en los ángeles ni privación de ciencia, pero se llama nesciencia o negación, y la revelación se llama iluminación, purgación o purificación de esta nesciencia; y sucede, a nuestro modo de entender, como si los rayos del sol penetrasen muchos cristales puestos en orden, que todos participarían de una misma luz comunicada de los primeros a los últimos, tocando primero a los más inmediatos. Sola una diferencia se halla en este ejemplo; que las vidrieras o cristales, respecto de los rayos, se han pasivamente sin más actividad que la del sol, que a todas las ilumina con una acción, pero los santos ángeles son pacientes en recibir la iluminación de los superiores y agentes en comunicarla a los inferiores; y comunican estas iluminaciones con alabanza, admiración y amor, derivándose todo del supremo Sol de justicia, Dios eterno e inmutable.

650. En este orden admirable de revelaciones divinas introdujo el Altísimo a su Madre santísima, para que gozase los privilegios que tienen como propios los cortesanos del cielo; y para esto destinó los serafines que dije en el capítulo 14 del primer libro, que fueron de los más supremos e inmediatos a la divinidad; y también hacían este oficio otros ángeles de su guarda, según la voluntad divina disponía, cuando y como era necesario y conveniente. A todos estos ángeles y a otros los conocía su Reina y nuestra por sí mismos, sin dependencia de los sentidos y fantasía y sin impedimento del cuerpo mortal y terreno; y mediante esta vista y conocimiento la iluminaban y purificaban los serafines y ángeles del Señor, revelando a su Reina muchos misterios que para esto recibían del Altísimo. y aunque este modo de vista intelectual e iluminaciones no era continuo en María santísima, pero fue muy frecuente, en especial cuando para ocasionarle mayores merecimientos y diversos afectos de amor se le encubría o ausentaba el Señor, como diré adelante (Cf. *infra* n.278-279; p.II n.719-720). Entonces usaban más de este oficio los ángeles, continuando el orden de iluminarse a sí mismos hasta llegar a la Reina, donde se terminaba.

651. Y no derogaba este modo de iluminación a la dignidad de Madre de Dios y Señora de los ángeles; porque en este beneficio, y en el modo de participarle, no se atiende a la dignidad y santidad de nuestra soberana Princesa, en que era superior a todos los órdenes angélicos, sino al estado y condición de su naturaleza, en que era inferior, porque era viadora y de naturaleza humana, corpórea y mortal; y viviendo en carne pasible y con necesidad natural del uso de los

sentidos, levantarla al estado y operaciones angélicas fue gran privilegio, aunque digno de su santidad y dignidad. Yo creo ha extendido este favor la mano poderosa del Altísimo a otras almas en esta vida mortal, aunque no tan frecuente como a su Madre santísima, ni con tanta plenitud de luz y otras condiciones tan excelentes como en la Reina. Y si muchos doctores, no sin gran fundamento, conceden la visión beatífica a san Pablo, Moisés y a otros santos, mucho más creíble será haber tenido algunos viadores este conocimiento de las naturalezas angélicas, pues no es otra cosa este beneficio, que ver intuitivamente la sustancia del ángel; y así conviene esta visión en esta claridad con la primera que dije en el capítulo pasado, y en ser intelectual conviene con la tercera arriba declarada, aunque no se hace por especies impresas.

652. Verdad es que este beneficio no es ordinario ni común, pero muy raro y extraordinario; y así pide en el alma gran disposición de pureza y limpieza de conciencia. No se compadece con afectos terrenos, ni imperfecciones voluntarias, ni afectos del pecado; porque para entrar el alma en el orden de los ángeles ha menester vida más angélica que humana; pues si faltase esta similitud y simpatía, parecería monstruosidad y desproporción de los extremos de esta unión. Pero con la divina gracia puede la criatura, aunque de cuerpo terreno y corruptible, negarse toda a sus pasiones e inclinaciones depravadas y morir a lo visible y borrar sus especies y memoria y vivir en espíritu más que en la carne. Y cuando llegare a gozar de verdadera paz, tranquilidad y sosiego del espíritu, que le causen una serenidad dulce, amorosa y suave con el sumo bien, entonces estará menos indispuesta para ser levantada a la visión de los espíritus angélicos con claridad intuitiva y recibir de ellos las divinas revelaciones que entre sí se comunican, y los efectos admirables que de la visión resultan.

653. Los que recibía nuestra soberana Reina, si correspondían a su pureza y amor, no pueden caer debajo de humana ponderación. Era incomparable la luz divina que recibía de la vista de los serafines; porque en cierto modo reverberaba en ellos la imagen de la divinidad, como en unos espirituales y purísimos espejos, donde María santísima la conocía con sus atributos y perfecciones infinitas. Se le manifestaba también en algunos efectos por admirable modo la gloria que los mismos serafines gozaban porque de esto se conoce mucho viendo claramente la sustancia del ángel y con la vista de tales objetos era toda encendida e inflamada en la llama del divino amor y arrebatada muchas veces en milagrosos éxtasis. Allí con los mismos serafines y ángeles prorrumplía en cánticos de incomparable gloria y alabanza de la divinidad, con admiración de los mismos espíritus celestiales; porque si bien por ellos era iluminada en su entendimiento, pero en la voluntad los dejaba muy inferiores, y con mayor eficacia del amor velozmente subía y llegaba a unirse con el último y sumo bien, de donde inmediatamente recibía nuevas influencias del torrente (Sal 35,9) de la divinidad con que era alimentada. Y si los mismos serafines no tuvieran presente el objeto infinito que era el principio y término de su amor beatífico, pudieran ser discípulos de María santísima su Reina en el amor divino, así como ella lo era suya en las ilustraciones del entendimiento que recibía.

854. Después de esta forma de visión inmediata de las naturalezas espirituales y angélicas, es más inferior, y común a otras almas, la visión intelectual por especies infusas, al modo de la visión abstractiva de la divinidad, que dejo dicha. Este modo de visión angélica tuvo la Reina del cielo algunas veces, pero no era tan ordinario como el pasado; porque si bien para otras almas justas este beneficio de conocer a los ángeles y santos por especies intelectuales infusas es muy raro y estimable, pero en la Reina de los ángeles no era necesario, porque los comunicaba y conocía más altamente, salvo cuando el Señor disponía que se escondiesen y faltase aquella vista inmediata para mayor mérito y ejercicio; que entonces los miraba con especies intelectuales o imaginarias, como dije en el capítulo pasado. En otras almas hacen divinos efectos estas visiones angélicas por especies; porque se conocen aquellas supremas sustancias, como efectos y embajadores del supremo Rey, y con ellos tiene el alma dulcísimos coloquios del mismo Señor y de todo lo celestial y terreno, y en todo es ilustrada, enseñada, corregida y gobernada, encaminada y compelida para levantarse a la unión perfecta del amor divino y obrar lo más puro, perfecto y santo, lo más acendrado de lo espiritual.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

655. “Hija mía, admirable es el amor, fidelidad y cuidado de los espíritus angélicos en asistir a las necesidades de los mortales; y muy aborrecible es el olvido, ingratitud y grosería de parte de los mismos hombres en reconocer esta deuda. En el secreto del pecho del Altísimo, cuyo rostro miran (Mt 18,10) con claridad beatífica, conocen estos espíritus celestiales el infinito y paternal amor del Padre que está en los cielos para los hombres terrenos, y allí dan el aprecio y estimación digna a la sangre del Cordero con que fueron comprados (1 Cor 6,20) y rescatados, y lo que valen las almas compradas con el tesoro de la divinidad. Y de aquí nace en los santos ángeles el desvelo y atención que ponen en

guardar y beneficiar las almas, que por estimarlas tanto el Altísimo se las encomendó a su custodia. Y quiero que tú entiendas cómo por este altísimo ministerio de los ángeles recibieran los mortales grandes influencias de luz y favores incomparables del Señor, si no los impidieran con el óbice de sus pecados y abominaciones y con el olvido de tan estimable beneficio; y porque cierran el camino que Dios con inefable providencia había elegido para encaminarlos a la felicidad eterna, son muchos más los que se condenan, y con la protección de los ángeles se salvaran, no malogrando este beneficio y remedio.

656. “Oh hija mía carísima, pues tan dormidos están muchos de los hombres en atender a las obras paternas de mi Hijo y Señor, de ti quiero en esto singular agradecimiento, pues con tan liberal mano te ha favorecido, señalándote los ángeles que te guarden. Atiende a su compañía y oye sus documentos con reverencia; déjate encaminar de su luz, respétalos como embajadores del Altísimo y pídeles su favor para que, purificada de tus culpas y libre de imperfecciones, inflamada en el divino amor, te puedas reducir a un estado tan espiritualizado, que estés idónea para tratar con ellos y ser compañera suya, participando sus divinas ilustraciones, que no las negará el Altísimo, si te dispones de tu parte como yo deseo.

657. “Y porque has deseado saber, con aprobación de la obediencia, la razón por que los santos ángeles se me comunicaban con tantos modos de visiones, respondo a tu deseo declarándote más lo que con la divina luz has entendido y escrito. La causa de esto fue por parte del Altísimo su liberal amor para conmigo en favorecerme, y por la mía el estado de viadora que tenía en el mundo; porque éste no podía ni convenía que fuese uniforme en las acciones de las virtudes, por cuyo medio disponía la divina sabiduría levantarme sobre todo lo criado; y habiendo de proceder como viadora humana y sensible en variedad de sucesos y obras virtuosas, unas veces obraba como espiritualizada y sin embarazo de los sentidos, y me trataban los ángeles como a ellos mismos entre sí y como obran ellos obraban conmigo; otras era necesario padecer y ser afligida en la parte inferior del alma, otras en lo sensible y en el cuerpo, otras padecía necesidades, soledad y desamparos interiores y, según la vicisitud de estos efectos y estados, recibía los favores y visitas de los santos ángeles; que muchas veces hablaba con ellos por inteligencia, otras por visión imaginaria, otras por corporal y sensible, según el estado y necesidad lo pedía, y como lo disponía el Altísimo.

658. “Por todos estos modos fueron mis potencias y sentidos ilustrados y santificados con obras de divinas influencias y favores, para que todas las obras de este género las conociese por experiencia y por todas recibiese los influjos de la gracia sobrenatural. Pero en estos favores quiero, hija mía, quedes advertida que, si bien el Altísimo fue conmigo tan magnífico y misericordioso, tuvo su equidad tal orden, que no sólo por la dignidad de Madre me favoreció tanto con ellos, mas también atendió a mis obras y disposición con que yo concurrí de mi parte, asistiéndome su divina gracia. Y porque yo alejé mis potencias y sentidos de todo el comercio de las criaturas y, negando todo lo sensible y criado, me convertí al sumo bien, entregándome toda con mis fuerzas y voluntad a solo su amor santo; por esta disposición, que en mi alma puse, santificó todas mis potencias con retribución de tantos beneficios, visiones, ilustraciones de las mismas potencias, que por su amor se habían privado de todo lo deleitable, humano y terreno. Y fue tanto lo que en premio de mis obras recibí en carne mortal, que no lo puedes entender ni escribir, mientras en ella vives; tanta es la liberalidad y bondad del Muy Alto, que de contado da este pago por prenda del que tiene reservado en la vida eterna.

659. “Y no obstante que por estos medios me dispuso el brazo poderoso, para que desde mi concepción se previniese dignamente la encarnación del Verbo en mis entrañas y para que mis potencias y sentidos quedasen santificados y proporcionados con el trato y comunicación que había de tener con el Verbo encarnado, pero si las demás almas se dispusiesen a mi imitación, viviendo, no según la carne, mas con vida espiritual, limpia y alejada del contagio de lo terreno, el Altísimo es tan fiel con quien así le obliga, que no le negara sus beneficios y favores con la equidad de su divina providencia.”

CAPITULO 16

[Regresar al Principio](#)

Se continúa la infancia de María santísima en el templo; la previene el Señor para trabajos, y muere su padre san Joaquín.

660. Dejamos a nuestra soberana princesa María santísima, mediando los años de su infancia en el templo, y divirtiendo el discurso para dar alguna noticia de las virtudes, dones y revelaciones divinas que, niña en los años pero

adulta en suma sabiduría, recibía de la mano del Altísimo y ejercitaba con sus potencias. Crecía la santísima niña en edad y gracia acerca de Dios y de los hombres; pero con tal correspondencia, que siempre la devoción era sobre la naturaleza y nunca la gracia se midió con la edad, pero con el divino beneplácito y con los altos fines adonde la destinaba el impetuoso corriente de la divinidad, que se iba a represar y sosegar en esta ciudad de Dios. Continuaba el Altísimo sus dones y favores renovando cada hora las maravillas de su brazo poderoso, como si para sola María santísima estuviera reservado. Y correspondía Su Alteza en aquella tierna edad llenando el corazón del mismo Señor de perfecto y adecuado beneplácito, y a los santos ángeles del cielo de grande admiración. Era manifiesta a los espíritus celestiales entre el Altísimo y la Princesa niña una como porfía y competencia admirable; porque el poder divino, para enriquecerla, sacaba cada día de sus tesoros nuevos y antiguos beneficios (Mt 13,52) reservados para sola María purísima; y como era tierra bendita, no sólo no se malograba en ella la semilla de la palabra eterna y sus dones y favores, ni sólo daba ciento por uno (Lc 8,8). como el mayor de los santos, pero con admiración del cielo una tierna niña sobreexcedía en amor, agradecimiento, alabanza y todas las virtudes posibles a los más supremos y ardientes serafines, sin perder tiempo, lugar, ocasión, ni ministerio en que no obrase lo sumo, entonces posible, de la perfección.

661. En los tiernos años de su infancia, que ya era manifiesta su capacidad para leer las Escrituras, leía muy de ordinario en ellas; y como estaba llena de sabiduría, confería en su corazón lo que por las divinas revelaciones sabía con lo que en las Escrituras estaba revelado para todos; y en esta lección y conferencias ocultas hacía peticiones y oraciones continuas y fervorosas por la redención del linaje humano y encarnación del Verbo divino. Leía más de ordinario las profecías de Isaías y Jeremías y los salmos, por estar más expresos y repetidos en estos profetas los misterios del Mesías y de la ley de gracia; y sobre lo que de ellos entendía y comprendía, preguntaba y proponía altísimas y admirables cuestiones a los santos ángeles; y muchas veces del misterio de la humanidad santísima del Verbo hablaba con incomparable ternura, y de que había de ser niño, nacer, criarse como los demás hombres y que había de nacer de madre virgen, crecer, padecer y morir por todos los hijos de Adán.

662. A estas conferencias y preguntas le respondían sus ángeles y serafines, ilustrándola de nuevo, confirmándola y caldeando su ardiente y virginal corazón en nuevas llamas de divino amor; pero ocultándole siempre su dignidad altísima, aunque ella se ofrecía con humildad profundísima muchas veces por esclava del Señor y de la feliz Madre que había de elegir para nacer en el mundo. Otras veces, preguntando a los ángeles santos, decía con admiración: “Príncipes y señores míos ¿es posible que el mismo Criador ha de nacer de una criatura y la ha de tener por Madre? ¿Que el Omnipotente e Infinito, el que fabricó los cielos y no cabe en ellos, ha de encerrarse en el vientre de una mujer y se ha de vestir de una breve naturaleza terrena? El que viste de hermosura los elementos, los cielos y a los mismos ángeles ¿se ha de hacer pasible? ¿Y que ha de haber mujer de nuestra misma naturaleza humana, que sea tan dichosa que pueda llamar Hijo al mismo que de nada la hizo, y que ella se ha de oír llamar Madre del que es increado y criador de todo el universo? ¡Oh milagro inaudito! Si el mismo Autor no le manifestara, ¿cómo podía la capacidad terrena hacer concepto tan magnífico? ¡Oh maravilla de sus maravillas! ¡Oh felices y bienaventurados los ojos que le vieren y los siglos que le merecieren!” A estos afectos y exclamaciones amorosas le respondían los santos ángeles, declarándole los sacramentos divinos, fuera de lo que a ella le tocaba y pertenecía.

663. Cualquiera de los altos, humildes y encendidos afectos de la niña María eran aquel cabello de la Esposa que hería el corazón de Dios (Cant 4,9 (A.)) con tan dulce flecha de amor, que, si no fuera conveniente aguardar la edad competente y oportuna para concebir y parir al Verbo humanado, no pudiera - a nuestro modo de entender - contenerse el agrado del Altísimo, sin tomar luego nuestra humanidad en sus entrañas; pero no lo hizo, aunque desde su niñez en la gracia y merecimientos estaba ya capaz, porque se disimulara mejor y ocultara el sacramento de la Encarnación, y la honra de su Madre santísima estuviera también más oculta y más segura, correspondiendo su virginal parto a la edad natural de otras mujeres; y esta dilación entretenía el Señor con los afectos y cánticos agradables que - a nuestro entender - escuchaba atento en su Hija y Esposa, que luego había de ser Madre digna del eterno Verbo. Y fueron tantos y tan altos los cánticos y salmos que hizo nuestra Reina y Señora que - según la luz que de esto se me ha dado - si quedaran escritos, tuviera la santa Iglesia muchos más que de todos los profetas y santos, porque María purísima dijo y comprendió todo lo que ellos escribieron; y sobre eso entendió y dijo mucho más que ellos no alcanzaron. Pero ordenó el Altísimo que su Iglesia militante tuviese en las Escrituras de los apóstoles y profetas todo lo necesario con superabundancia; y lo que reveló a su Madre santísima, reservó escrito en su mente divina, para que en la Iglesia triunfante se manifieste lo que fuere conveniente a la gloria accidental de los bienaventurados.

664. A más de esto, la divina dignación condescendió con la voluntad santísima de María Señora nuestra que, para

engrandecer su prudentísima humildad y dejar a los mortales este raro ejemplar en tan excelentes virtudes, siempre quiso ocultar el sacramento del Rey (Tob 12,7); y cuando fue necesario revelarle en algo para el obsequio de Su Majestad y beneficio de la Iglesia, procedió María purísima con tan divina prudencia, que siendo maestra no dejó de ser siempre humildísima discípula. En su niñez consultaba a los ángeles santos y seguía su consejo; después que nació el Verbo humanado tuvo a su Unigénito por maestro y ejemplar en todas sus acciones; y al fin de sus misterios y subida a los cielos obedecía la gran Reina de todo el universo a los apóstoles, como en el discurso de esta Historia diremos. Y esta fue una de las razones por que san Juan evangelista, los misterios que escribió de esta Señora en el Apocalipsis, los encubrió con tantos enigmas, que se pudiesen entender de toda la Iglesia militante o triunfante.

665. Determinó el Altísimo que la plenitud de gracias y virtudes de la princesa María anticipasen el colmo de merecimientos, extendiéndose a las obras arduas y magnánimas en el modo posible a sus tiernos años. Y en una de las visiones que se le manifestó Su Majestad, la dijo: “Esposa y paloma mía, yo te amo con amor infinito, y de ti quiero lo más agradable a mis ojos y la satisfacción entera de mi deseo. No ignoras, hija mía, el tesoro oculto que encierran los trabajos y penalidades que la ciega ignorancia de los mortales aborrece y que mi Unigénito, cuando se vista de la naturaleza humana, enseñará el camino de la cruz con ejemplo y con doctrina, dejándola por herencia a sus escogidos, como él mismo la elegirá para sí, y establecerá la ley de gracia, fundando su firmeza y excelencia en la humildad y paciencia de la cruz y penalidades; porque así lo pide la condición de la misma naturaleza de los hombres y mucho más después que por el pecado quedó depravada y mal inclinada. Y también es conforme a mi equidad y providencia, que los mortales alcancen y granjeen la corona de la gloria por medio de los trabajos y cruz, por donde se la ha de merecer mi Hijo unigénito humanado. Por esta razón entenderás, Esposa mía, que habiéndote elegido con mi diestra para mis delicias y habiéndote enriquecido de mis dones, no será justo que mi gracia esté ociosa en tu corazón, ni tu amor carezca de su fruto, ni te falte la herencia de mis escogidos; y así quiero que te dispongas a padecer tribulaciones y penalidades por mi amor.”

666. A esta proposición del Altísimo respondió la invencible María con más constante corazón que todos los santos y mártires han tenido en el mundo, y dijo a Su Majestad: “Señor Dios mío y Rey altísimo, todas mis operaciones y potencias y el mismo ser que de vuestra bondad infinita he recibido, tengo dedicado a vuestro divino beneplácito, para que en todo se cumpla según la elección de vuestra infinita sabiduría y bondad. Y si me dais licencia para que yo haga elección de alguna cosa, sólo quiero hacerla del padecer por vuestro amor hasta la muerte; y suplicaros, bien mío, hagáis de esta esclava vuestra un sacrificio y holocausto de paciencia aceptable en vuestros ojos. Yo confieso, Señor y Dios poderoso y liberalísimo, mi deuda, y que ninguna de las criaturas debe tan grande retribución, ni todas juntas están tan empeñadas como yo sola, la más insuficiente para el descargo que deseo dar a vuestra magnificencia; pero si el padecer por vos admitís por alguna retribución, vengan sobre mí todas las tribulaciones y dolores de la muerte; sólo pido vuestra divina protección y postrada ante el trono real de Vuestra Majestad infinita os suplico no me desamparéis. Acordaos, Señor mío, de las promesas fieles que por nuestros antiguos padres y profetas tenéis hechas a vuestros fieles de favorecer al justo, estar con el atribulado, consolar al afligido y hacerle sombra y defenderle en el conflicto de la tribulación; verdaderas son vuestras palabras, infalibles y ciertas vuestras promesas; primero faltará el cielo y la tierra que falten ellas; no podrá la malicia de la criatura extinguir vuestra caridad al que esperar en vuestra misericordia; hágase en mí vuestra voluntad perfecta y santa.”

667. Recibió el Altísimo este sacrificio matutino de la tierna esposa y niña María santísima, y con agradable semblante la dijo: “Hermosa eres en tus pensamientos, hija del Príncipe, paloma mía y dilecta mía; yo admito tus deseos agradables a mis ojos y quiero que en su cumplimiento entiendas se llega el tiempo en que, por mi divina disposición, tu padre Joaquín ha de pasar de la vida mortal para la inmortal y eterna; su muerte será muy breve y luego descansará en paz y será puesto con los santos en el limbo, aguardando la redención de todo el linaje humano.” Este aviso del Señor no turbó ni alteró el pecho real de la Princesa del cielo María; pero como el amor de los hijos a los padres es deuda justa de la misma naturaleza, y en la santísima niña tenía este amor toda su perfección, no se podía excusar el natural dolor de carecer de su santísimo padre Joaquín, a quien santamente amaba como hija. Sintió la tierna y dulce niña María este doloroso movimiento compatible con la serenidad de su magnánimo corazón, y obrando en todo con grandeza, dando el punto a la gracia y a la naturaleza, hizo una ferviente oración por su padre Joaquín. Pidió al Señor le mirase como poderoso y Dios verdadero en el tránsito de su dichosa muerte y le defendiese del demonio, singularmente en aquella hora, y le conservase y constituyese en el número de sus electos, pues en su vida había confesado y engrandecido su santo y admirable nombre; y para obligar más a Su Majestad, se ofreció la fidelísima hija a padecer por su padre santísimo Joaquín todo lo que el Señor ordenase.

668. Aceptó Su Majestad esta petición y consoló a la divina niña, asegurándola que asistiría a su padre como misericordioso y piadoso remunerador de los que le aman y sirven y que le colocaría entre los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob; y la previno de nuevo para recibir y padecer otros trabajos. Ocho días antes de la muerte del santo patriarca Joaquín tuvo María santísima otro nuevo aviso del Señor, declarándole el día y hora en que había de morir, como en efecto sucedió, habiendo pasado sólo seis meses después que nuestra Reina entró a vivir en el templo. Después que Su Alteza tuvo estos avisos del Señor, pidió a los doce ángeles - que arriba he dicho (Cf. supra n.202, 273,371) eran los que nombra san Juan en el Apocalipsis (Ap 21,12 (A.)) - asistiesen a su padre Joaquín en su enfermedad y le confortasen y consolasen en ella; y así lo hicieron. Y para la última hora de su tránsito envió a todos los de su guarda y pidió al Señor se los manifestase a su padre para mayor consuelo suyo. Lo concedió el Altísimo, y en todo confirmó el deseo de su electa, única y perfecta; y el gran patriarca y dichoso Joaquín vio a los mil ángeles santos que guardaban a su hija María, a cuyas peticiones y votos sobreabundó la gracia del Todopoderoso; y por su mandado dijeron los ángeles a Joaquín estas razones:

669. “Varón de Dios, sea el Altísimo y poderoso tu salud eterna y te envíe de su lugar santo el auxilio necesario y oportuno para tu alma. María, tu hija, nos envía para asistir contigo en esta hora que has de pagar a tu Creador la deuda de la muerte natural. Ella es fidelísima y poderosa intercesora tuya con el Altísimo, en cuyo nombre y paz parte de este mundo consolado y alegre, porque te hizo padre de tan bendita hija. Y aunque Su Majestad incomprendible, por sus ocultos juicios, no te ha manifestado hasta ahora el sacramento y dignidad en que ha de constituir a tu hija, quiere que lo conozcas ahora, para que le magnifiques y alabes y juntes el júbilo de tu espíritu con tal nueva al dolor y tristeza natural de la muerte. María, tu hija y nuestra Reina, es la escogida por el brazo del Omnipotente para que en sus entrañas se vista de carne y forma humana el Verbo divino. Ella ha de ser la feliz Madre del Mesías y la bendita entre las mujeres, la superior a todas las criaturas y sólo inferior al mismo Dios. Tu hija dichosísima ha de ser la reparadora de lo que perdió el linaje humano por la primera culpa y el monte alto donde se ha de formar y establecer la nueva ley de gracia; y si dejas ya en el mundo su restauradora y una hija por quien le prepara Dios el remedio oportuno, parte de él con júbilo de tu alma, y te bendiga el Señor desde Sión (Sal 127,5) y te constituya entre la parte de los santos, para que llegues a la vista y gozo de la feliz Jerusalén.”

670. Cuando los ángeles santos hablaron a san Joaquín estas palabras, estaba su esposa santa Ana presente, asistiendo a la cabecera de su lecho, y las oyó y entendió por divina disposición; y al mismo punto el santo patriarca Joaquín perdió el habla y, entrando en la vereda común de toda carne, comenzó a agonizar con una lucha maravillosa entre el júbilo de tan alegre nueva y el dolor de su muerte. En este conflicto con las potencias interiores hizo muchos y fervorosos actos de amor divino, de fe, de admiración, de alabanza, de agradecimiento y humillación, y otras virtudes ejerció heroicamente; y así absorbió en el nuevo conocimiento de tan divino misterio, llegó al término de la vida natural con la preciosa muerte de los santos (Sal 115,15). Su alma santísima fue llevada por los ángeles al limbo de los santos padres y justos; y para nuevo consuelo y luz de la prolija noche con que vivían, ordenó el Altísimo que el alma del santo patriarca Joaquín fuese el nuevo nuncio y legado de su gran Majestad, que diese parte a toda aquella congregación de justos cómo amanecía ya el día de la eterna luz y era nacida el alba María purísima, hija de Joaquín y de Ana, de quien nacería el sol de la divinidad, Cristo reparador de todo el linaje humano. Estas nuevas oyeron los santos padres y justos del limbo, y con el júbilo que recibieron, hicieron nuevos cánticos de alabanza al Altísimo.

671. Sucedió esta feliz muerte del patriarca san Joaquín medio año - como dije arriba (Cf. supra n.668) - después que su hija María santísima entró en el templo, que eran tres y medio de su tierna edad, cuando quedó sin padre natural en la tierra; y de la edad del patriarca eran sesenta y nueve años, partidos y divididos en esta forma: de cuarenta y seis años recibió a santa Ana por esposa, a los veinte años del matrimonio tuvieron a María santísima, y tres y medio que Su Alteza tenía, hacen los sesenta y nueve y medio, día más o menos.

672. Difunto el santo patriarca y padre de nuestra Reina, volvieron luego a su presencia los santos ángeles de su custodia, que la dieron noticia de todo lo sucedido en el tránsito de su padre; y luego la prudentísima niña solicitó con oraciones el consuelo de su madre santa Ana, pidiendo al Señor la gobernase y asistiese como padre en la soledad que la dejaba la falta de su esposo Joaquín. Le envió también la misma santa Ana el aviso de la muerte, y se le dieron primero a la maestra de nuestra divina Princesa, para que dándole noticia de ello la consolase. Lo hizo así la maestra, y la niña sapientísima la oyó con disimulación y agrado, pero con paciencia y modestia de reina, y que no ignoraba el suceso que la refería su maestra por nuevo. Pero como en todo era perfectísima, se fue luego al templo repitiendo el sacrificio de alabanza, humildad, paciencia y otras virtudes y oraciones, procediendo siempre con pasos tan acelerados

como hermosos (Cant 7,1) en los ojos del Muy Alto. Y para el colmo de estas acciones, como de las demás, pedía a los santos ángeles concurriesen con ella y la ayudasen a bendecirle y alabarle.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

673. “Hija mía, repite muchas veces en tu secreto el aprecio que debes hacer del beneficio de los trabajos, que la oculta providencia dispensa con justificación a los mortales. Estos son los juicios justificados en sí mismos, y más estimables que las preciosas piedras y el oro, y más dulces que el panal de miel (Sal 18,10-11 (A.)) para quien tiene concertado el gusto de la razón. Quiero, alma, que adviertas que padecer y ser trabajada la criatura sin culpa, o no, por ellas, es beneficio de que no puede ser digna sin grande misericordia del Altísimo; y el dar a padecer por sus culpas, aunque es misericordia, tiene mucho de justicia. Conforme a esto advierte ahora la común demencia de los hijos de Adán, que todos quieren y apetecen regalos, beneficios y favores de su gusto sensibles, y se desvelan y trabajan por arrojar de sí lo penoso y prevenir que no les toque el dolor de los trabajos; y siendo así que su mayor dicha fuera buscarlos con diligencia sin merecerlos, la ponen toda en desviar lo que merecen, y sin lo que no pueden ser dichosos ni bienaventurados.

674. “Si el oro huye de la hornaza, el hierro de la lima, el grano del molino y del trillo, las uvas de la prensa, todos serán inútiles y no se conseguirá el fin para que fueron criados. Pues ¿cómo se dejan engañar los mortales, suponiendo que estando llenos de feos vicios y abominaciones de culpas, sin la hornaza y sin la lima de los trabajos, han de salir puros y dignos de gozar de Dios eternamente? Si cuando fueran inocentes no eran aptos ni beneméritos de conseguir el bien infinito y eterno por premio y por corona ¿cómo lo serán estando en tinieblas y en desgracia del mismo Dios? Y sobre todo esto los hijos de la perdición emplean todo su desvelo en conservarse indignos y enemigos de Dios y en arrojar de sí la cruz de los trabajos, que son el camino para volver al mismo Dios, la luz del entendimiento, desengaño de lo aparente, alimento de los justos, medio único de la gracia, precio de la gloria y sobre todo herencia legítima de mi Hijo y mi Señor que eligió para sí y para sus electos, naciendo y viviendo siempre en trabajos y muriendo en cruz.

675. “Por aquí, hija mía, has de medir el precio del padecer, que los mundanos no alcanzan; porque son indignos de esta ciencia divina, y como la ignoran la desprecian. Alégrate y consuélate en las tribulaciones, y cuando el Altísimo se dignare de enviarte alguna, procura tú salirle al encuentro, para recibirla como bendición suya y prenda de su amor y gloria. Dilata tu corazón con la magnanimidad y constancia, para que en la ocasión del padecer seas igual y la misma que eres en lo próspero y en los propósitos; y no cumplas con tristeza lo que prometes con alegría (2 Cor 9,7); porque el Señor ama a quien es el mismo en dar y en ofrecer. Sacrifica, pues, tu corazón y potencias en holocausto de paciencia y cantarás con cánticos nuevos de alegría y alabanza las justificaciones del Altísimo, cuando en el lugar de tu peregrinación te señale y tratare como suya con la señal de su amistad, que son los trabajos y cruz de las tribulaciones.

676. “Advierte, carísima, que mi Hijo santísimo y yo deseamos tener entre las criaturas alguna alma de las que han llegado al camino de la cruz, a quien pudiésemos enseñar ordenadamente esta divina ciencia, y desviarla de la sabiduría mundana y diabólica, en que los hijos de Adán con ciega porfía se quieren adelantar y arrojar de sí la saludable disciplina de los trabajos. Si quieres ser nuestra discípula entra en esta escuela, donde sólo se enseña la doctrina de la cruz, y busca en ella el descanso y las delicias verdaderas. Con esta sabiduría no se compadece el amor terreno de los deleites sensibles y riquezas; no la vana ostentación y pompa que fascina los flacos ojos de los mundanos, codiciosos de la honra vana, de lo precioso y grande que lleva tras de sí la admiración de los ignorantes. Tú, hija mía, ama y elige para ti la mejor parte y ser de las ocultas y olvidadas del mundo. Madre era yo del mismo Dios humanado y Señora por esta parte de todo lo criado con mi Hijo santísimo, pero fui poco conocida, y Su Majestad muy despreciado de los hombres; y si no fuera esta doctrina la más estimable y segura, no la enseñáramos con ejemplo y con palabras: *ésta es la luz que luce en las tinieblas* (Jn 1,5) amada de los escogidos y aborrecida de los réprobos.

CAPITULO 17

[Regresar al Principio](#)

Comienza a padecer en su niñez la Princesa del cielo María santísima; auséntase Dios; sus querellas dulces y amorosas.

677. El Altísimo, que con infinita sabiduría dispensa el gobierno de los suyos en peso y medida (Sab 11,21), determinó ejercitar a nuestra divina Princesa con algunos trabajos proporcionados a su edad y estado de la niñez, aunque siempre grande en la gracia, que por este medio le quería acrecentar con mayor gloria. Muy llena estaba de sabiduría y gracia nuestra niña María; pero con todo eso convenía que fuese estudiante de experiencia y en ella se adelantase y aprendiese la ciencia del padecer trabajos, que con el *uso* llega a su última perfección y valor. En el breve curso de *sus* tiernos años había gozado de las delicias del Altísimo y sus regalos de los santos ángeles, también de *sus* padres, y en el templo de los de su maestra y sacerdotes, porque en los ojos de todos era graciosa y amable; convenía ya que del bien que poseía comenzase a tener otra nueva ciencia y conocimiento que se adquiere con la ausencia y privación de él, y nuevo *uso* que ocasiona de las virtudes, confirmando el estado de los regalos y caricias con el de la soledad, sequedad y tribulaciones.

678. El primero de los trabajos que padeció nuestra Princesa fue suspender el Señor las continuas visiones que la comunicaba; y fue tanto mayor este dolor, cuanto él era nuevo y desacostumbrado, y más alto y precioso el tesoro que perdía de vista. Se le ocultaron también los santos ángeles, y con el retiro de tantos, tan excelentes y divinos objetos que a un mismo tiempo se escondieron de su vista, aunque no se alejaron de su compañía y protección, quedó aquella alma purísima a su parecer como desierta y sola en la noche oscura de la ausencia de su Amado que la vestía de luz.

679. Le hizo novedad este suceso a nuestra niña Reina; porque el Señor, aunque la había prevenido por mayor para recibir trabajos, no la había determinado cuáles serían. Y como el cándido corazón de la sencillísima paloma nada podía pensar ni obrar que no fuese fruto de su humildad y amor incomparable, se resolvía toda en estas dos virtudes: con la humildad atribuía a su ingratitud no haber merecido la presencia y posesión del bien perdido, y con el encendido amor le solicitaba y buscaba con tales y tan amorosos afectos y dolor, que no hay palabras para encarecerlo. Convertíase toda al Señor en aquel nuevo estado que sentía, y le dijo:

680. “Dios altísimo y Señor de todo lo criado, en bondad infinito y rico en misericordias, confieso, Dueño mío, que tan vil criatura no pudo merecer vuestras favores, y mi alma con íntimo dolor se recela de su propia ingratitud y vuestro desagrado. Si ella se ha interpuesto para eclipsarme el sol que me animaba, vivificaba y alumbraba y he sido remisa en el retorno de tantos beneficios, conozca yo, Señor y Pastor mío, la culpa de mi grosero descuido. Si como ignorante y simple ovejuela no supe ser agradecida y obrar lo más acepto a vuestros ojos, postrada estoy en tierra y unida con el polvo, para que vos, mi Dios, que habitáis en las alturas, me levantéis por pobre y destituida (Sal 112, 5-7). Vuestras manos poderosas me formaron (Job 10,8) y no podéis ignorar nuestro figmento (Sal 102,14) y en qué vaso depositáis vuestros tesoros. Mi alma desfallece en su amargura (Sal 30,11); y en vuestra ausencia, que sois su dulce vida, nadie puede dar alimento a mi deliquio. ¿Adónde iré de vos ausente? ¿Adónde volveré los ojos sin la luz que los alumbraba? ¿Quién me consolará si todo es pena? ¿Quién me preservará de la muerte sin la vida?”

681. Se volvía también a los santos ángeles y continuando sin cesar en sus querellas amorosas, les hablaba y les decía: “Príncipes celestiales, embajadores del supremo y gran Rey de las alturas y amigos fidelísimos de mi alma ¿por qué también me habéis dejado? ¿Por qué me priváis de vuestra dulce vista y me negáis vuestra presencia? Pero no me admiro, señores míos, de vuestro enojo, si por desgracia mía he merecido caer en el de vuestro Criador y mío. Luceros de los cielos, alumbrad a mi entendimiento en esta mi ignorancia y si tengo culpa corregidme y alcanzad de mi Dueño me perdone. Nobilísimos cortesanos de la feliz Jerusalén, condoleceos de mi aflicción y desamparo; decidme dónde fue mi amado; decidme dónde se ha escondido; decidme dónde le hallaré sin andar vagueando y discurriendo por los rebaños de todas las criaturas (Cant 1,6). Pero ¡ay de mí, que tampoco me respondéis vosotros, siendo tan corteses y que expresamente conocéis las señas de mi Esposo, porque no os arroja de la vista de su rostro y hermosura!”

682. Convertíase luego al resto de las otras criaturas y con repetidas ansias de amor hablaba con ellas, y decía: “Sin duda que vosotras, que también estáis armadas (Sab 5,18) contra los ingratos, estaréis indignadas, como agradecidas, contra quien no lo ha sido; pero si por la bondad de mi Señor y vuestro me consentís entre vosotras, aunque yo soy la más vil, no podéis satisfacer a mi deseo. Muy bellos y espaciosos sois los cielos, hermosos y refulgentes los planetas y todas las estrellas, grandes e invencibles los elementos, adornada la tierra y vestida de plantas olorosas y de yerbas, innumerables los peces de las aguas, admirables las elevaciones del mar (Sal 92,4), ligeras las aves veloces, los minerales ocultos, fuertes los animales y todo junto es una continuada escala y una dulce armonía para llegar a la noticia de mi Amado; pero son largos rodeos para quien ama; y cuando por todos camine con presteza, al fin me quedo y hallo ausente de mi bien; y con la cierta relación que me dais las criaturas de su hermosura sin medida, no se quieta mi

vuelo, no se templa el dolor, no se modera mi pena, crece mi congoja, se aumenta el deseo, se inflama el corazón y en el no saciado amor la vida terrena desfallece. ¡Oh dulce muerte sin mi vida! ¡Oh penosa vida sin mi alma y sin mi Amado! ¿Qué haré? ¿Adónde volveré? ¿Dónde vivo? Pero ¿dónde muero? Pues me faltó la vida ¿qué virtud es la que sin ella me sustenta? ¡Oh vosotras todas las criaturas que con vuestra repetida conservación y perfecciones me dais tantas señas de mi Dueño, atended si hay dolor semejante al mío!” (Lam 1,12)

683. Otras muchas razones formaba en su pecho y repetía en su lengua nuestra divina Señora, que no pueden caer en otro pensamiento criado; porque sola su prudencia y amor alcanzaron el peso y sentimiento del ausentarse Dios de una alma, habiéndole gustado y conocido como la de Su Alteza. Pero si los mismos ángeles, como con una emulación amorosa y santa, se admiraban de ver en una pura criatura y tierna niña tanta variedad de acciones prudentísimas de humildad, de fe, de amor, afectos y vuelos del corazón, ¿quién podrá explicar el agrado y beneplácito del mismo Señor en el alma de su electa y sus movimientos, que cada uno hería el corazón de Su Majestad, y procedía de mayor gracia y amor que cuanto había puesto en los mismos serafines? Y si todos ellos a la vista de la divinidad no sabían ejercer ni imitar las acciones de María santísima ni guardar las leyes del amor con tanta perfección como ella, estando ausente y escondido el mismo Dios, ¿qué complacencia sería la que con tal objeto recibía toda la beatísima Trinidad? Oculto misterio es éste para nuestra bajeza; pero debemos reverenciarle con admiración y admirarle con toda reverencia.

684. No hallaba nuestra candidísima paloma donde su corazón pudiera sosegar, ni descansar el pie (Gen 8,9) de sus afectos, que con repetidos vuelos y gemidos discurrían sobre todas las criaturas. Iba muchas veces al Señor con lágrimas y suspiros amorosos, volvía y solicitaba a los ángeles de su guarda y despertaba a todas las criaturas, como si fueran todas capaces de razón; subía a aquella habitación altísima con su ilustrado entendimiento y ardentísimo afecto, donde el sumo bien se le hacía encontradizo y gozaba recíprocamente sus inefables delicias. Pero el supremo Señor y enamorado Esposo, que se dejaba poseer y no gozar de su querida, enardecía más y más aquel purísimo corazón con poseerle, acrecentando sus méritos y poseyéndole de nuevo por nuevos y ocultos dones, para que más poseído más le amase y más amado y poseído le buscase con nuevas invenciones y ansias de amor inflamado. “Le busqué - decía la divina Princesa - y no le hallé; me levantaré de nuevo y, discurriendo más por las calles y plazas de la ciudad de Dios, renovaré mis cuidados (Cant 3, 1-2). Pero ¡ay de mí, que mis manos destilaron mirra (Cant 5,5), no bastan mis diligencias, no son poderosas mis obras más de para acrecentar mi dolor! Busqué al que ama mi corazón, le busqué y no le hallé. Ya mi querido se ausentó; le llamé y no me respondió; volví los ojos a buscarle, pero las guardas de la ciudad y centinelas y todas las criaturas me fueron enojosas y me ofendieron con su vista. Hijas de Jerusalén, almas santas y justas, yo os ruego, yo os suplico, si encontraréis a mi querido, le digáis que desfallezco y muero de su amor.” (Cant 3,1-5)

685. En estas endechas dulces y amorosas se ocupó continuamente nuestra Reina algunos días, derramando fragantísimos olores de suavidad aquel humilde nardo, en sus recelos despreciado del Señor, que descansaba en el retrete de su fidelísimo corazón. Y la divina providencia, para mayor gloria suya y superabundantes merecimientos de su Esposa, alargó este plazo de suerte que se continuó algún tiempo, aunque no fue muy largo; pero en él padeció la divina Señora más tormentos espirituales y trabajos que todos los santos juntos; porque llegando a sospechar y recelarse si había perdido a Dios y caído en su desgracia por culpa suya, nadie puede encarecer ni conocer, fuera del mismo Señor, cuánto y cuál sería el dolor de aquel ardiente corazón que tanto supo amar; y para ponderarlo tenía el mismo Dios, y para sentirlo lo debajo Su Majestad en los recelos y temores de haberlo perdido.

Doctrina que me dio mi Señora y Reina.

686. “Hija mía, todos los bienes se estiman según el aprecio que de ellos hacen las criaturas, y en tanto los aprecian, en cuanto conocen ser bienes; pero como sólo es uno el verdadero bien, y los demás fingidos y aparentes, sólo este sumo bien debe ser apreciado y conocido; y entonces llegarás a darle la estimación y amor cuando le gustares y conocieres y apreciares sobre todo lo criado. Por este aprecio y amor se regula el dolor de perderle; y así entenderás algo de los afectos que yo sentí cuando se me ausentaba el bien eterno, dejándome temerosa si acaso por culpas le perdía. Y es sin duda que muchas veces el dolor de estos recelos y la fuerza del amor me privaran de la vida, si el mismo Señor no la conservara.

687. “Pondera, pues, ahora, cuál debe ser el dolor de perder a Dios verdaderamente por pecados, si en un alma que no siente los malos efectos de la culpa puede causar tanto dolor la ausencia del verdadero bien; siendo así que no le

pierde, antes le posee, aunque disimulado y oculto a su propio dictamen. Esta sabiduría no llega a la mente de los hombres carnales, antes con estultísima ceguera aprecian el aparente y fingido bien y se atormentan y desconsuelan de que les falte. Pero del sumo y verdadero bien no hacen concepto ni estimación, porque nunca le gustaron ni conocieron. Y aunque esta ignorancia formidable contraída por el primer pecado la desterró mi Hijo santísimo, mereciéndoles la fe y la caridad, para que pudiesen conocer y gustar en algún modo el bien que nunca habían experimentado, pero ¡ay dolor! que la caridad se pierde y por cualquier deleite se pospone y la fe quedando ociosa y muerta no aprovecha; y así viven los hijos de las tinieblas, como si de la eternidad sólo tuviesen una fingida o dudosa relación.

688. Teme, alma, este peligro nunca bastantemente ponderado; desvélate y vive siempre advertida y prevenida contra los enemigos que jamás duermen. Tu meditación de día y de noche sea cómo trabajarás para no perder el sumo bien que amas. No te conviene dormir ni dormitar entre invisibles enemigos, y si tal vez se te escondiere tu amado, espera con paciencia y búscalo con solicitud sin descansar, que no sabes sus ocultos juicios; y para el tiempo de la ausencia y tentación lleva prevenido el aceite (Mt 25,4) de la caridad y sana intención, para que no te falte y seas reprobada con las vírgenes estultas y necias.”

CAPITULO 18

[Regresar al Principio](#)

Se continúan otros trabajos de nuestra Reina y algunos que permitió el Señor por medio de criaturas y de la antigua serpiente.

689. Perseveraba siempre el Altísimo escondido y oculto con la Princesa del cielo; y a este trabajo, que era el mayor, añadió Su Majestad otros con que se acrecentase el mérito, la gracia y la corona, inflamándose más el castísimo amor de la divina Señora. El dragón grande y antigua serpiente Lucifer estaba atento a las obras heroicas de María santísima; y si bien de las interiores no podía ser testigo de vista, porque se las ocultaron, pero estaba en asechanza de las exteriores, que eran tan altas y perfectas cuanto bastaba para atormentar la soberbia e indignación de este envidioso enemigo; porque le ofendía sobre toda ponderación la pureza y santidad de la niña María.

690. Movido con este furor juntó un conciliábulo en el infierno, para consultar sobre este negocio a los superiores príncipes de las tinieblas, y congregados les propuso este razonamiento: “El gran triunfo que hoy tenemos en el mundo con la posesión de tantas almas como rendimos a nuestra voluntad, me recelo y temo se ha de ver deshecho y humillado por medio de una mujer; y no podemos ignorar este peligro, pues le conocimos en nuestra creación y después se nos notificó la sentencia que la mujer nos quebrantaría la cabeza (Gen 3,15); por lo cual nos conviene estar en vela y no tener descuido. Noticia tenéis ya de una niña que nació de Ana y va creciendo en edad y juntamente señalándose en virtudes; yo he puesto mi atención en todas sus acciones, movimientos y obras y no he reconocido, al tiempo común de entrar en el discurso y llegar a sentir sus pasiones naturales, que en ella se descubran los efectos de nuestra semilla y malicia como en los demás hijos de Adán se manifiestan. La veo siempre compuesta y perfectísima, sin poderla inclinar ni reducir a las infantilismos pecaminosos y humanos o naturales de otros niños, y por estos indicios me recelo si ésta es la escogida para Madre del que se ha de hacer hombre.

691. “Pero no me puedo persuadir a esto; porque nació como los demás y sujeta a las leyes comunes de la naturaleza, y sus padres hicieron oración y ofrendas para que a ellos y a ella les fuera perdonada la culpa, siendo llevada al templo como las demás mujeres. Con todo eso, aunque no sea ella la escogida contra nosotros, tiene grandes principios en su niñez y prometen para adelante señalada virtud y santidad, y no puedo tolerar su modo de proceder con tanta prudencia y discreción. Su sabiduría me abrasa, su modestia me irrita, su paciencia me indigna y su humildad me destruye y oprime y toda ella me provoca a insufrible furor y la aborrezco más que a todos los hijos de Adán. Tiene no sé qué virtud especial, que muchas veces quiero llegar a ella y no puedo, y si le arrojé sugerencias no las admite, y todas mis diligencias con ella hasta ahora se han desvanecido sin tener efecto. Aquí nos importa a todos el remedio y poner mayor cuidado para que nuestro principado no se arruine. Yo deseo más la destrucción de esta alma sola que de todo el mundo. Decidme, pues, ahora, qué medios, qué arbitrios tomaremos para vencerla y acabar con ella; que yo ofrezco los premios de mi liberalidad a quien lo hiciere.”

692. Se ventiló el caso en aquella confusa sinagoga, sólo para nuestro daño concertada, y entre otros pareceres dijo uno

de aquellos horribles consiliarios: “Príncipe y señor nuestro, no te atormentes con tan pequeño cuidado, que una mujercilla flaca no será tan invencible y poderosa como lo somos todos los que te seguimos. Tú engañaste a Eva (Gen 3,4), derribándola del feliz estado que tenía, y por ella venciste a su cabeza Adán; pues ¿cómo no vencerás a esa Mujer su descendiente, que nació después de su primera caída? Prométete desde luego esta victoria; y para conseguirla determinemos, aunque resista muchas veces, perseverar en tentarla; y si necesario fuere que derogemos en alguna cosa nuestra grandeza y presunción, no reparemos en ello a truco de engañarla; y si no bastare, procuraremos destruir su honra, y se quitáremosle la vida.”

693. Otros demonios añadieron a esto, y dijeron a Lucifer: “Experiencia tenemos, ¡oh poderoso príncipe!, que para derribar muchas almas es medio poderoso valernos de otras criaturas como eficaz medio para obrar lo que por nosotros mismos no alcanzamos, y por este camino trazaremos y fabricaremos la ruina de esta mujer, observando para esto el tiempo y coyunturas más oportunas que nos ofreciere con su proceder. Y sobre todo importa que apliquemos nuestra sagacidad y astucia para que una vez pierda la gracia con algún pecado y, en faltándole este apoyo y protección de los justos, la perseguiremos y comprenderemos como a quien está sola y sin haber en ella quien la pueda librar de nuestras manos, y trabajaremos hasta reducirla a la desconfianza del remedio.”

694. Agradeció Lucifer estos arbitrios y esfuerzo que le dieron sus secuaces cooperadores de la maldad, y recíprocamente les mandó y exhortó le acompañasen los más astutos en la malicia, constituyéndose de nuevo por caudillo de tan ardua empresa; porque no la quiso fiar de otras manos que las suyas. Y aunque le asistían otros demonios, pero el mismo Lucifer en persona se halló siempre el primero en tentar a María y a su Hijo santísimo en el desierto, y en el discurso de sus vidas, como en ésta veremos adelante.

695. Por todo este tiempo nuestra divina Princesa continuaba las congojas y dolor de la ausencia de su Amado, cuando aquella infernal cuadrilla embistió de tropel para tentarla. Pero la virtud divina que la hacía sombra impidió los empeños de Lucifer para que no pudiese acercarse mucho a ella, ni ejecutar todo lo que intentaba; pero con permiso del Altísimo le arrojaban en sus potencias muchas sugerencias y pensamientos varios de suma iniquidad y malicia; porque no extrañó el Señor que la Madre de la gracia fuese también tentada en todo, pero sin pecado (Heb 4,15), como lo había de ser después su Hijo santísimo.

696. En este nuevo conflicto no se puede fácilmente concebir cuánto padeció el purísimo y candidísimo corazón de María, viéndose rodeada de sugerencias tan extrañas y distantes de su inefable pureza y de la alteza de sus divinos pensamientos. Y como la antigua serpiente la reconocía a la gran Señora afligida y llorosa, pretendió con esto cobrar mayor esfuerzo, cegándole su misma soberbia, porque ignoraba el secreto del cielo. Pero animando a sus infernales ministros, les dijo: “Persigámosla ahora, persigámosla, que ya parece logramos nuestros intentos y siente la tristeza, camino de la desconfianza. Y con este engaño le enviaron nuevos pensamientos de desmayo y desconfianza y con terribles imaginaciones la combatieron, aunque en vano, porque herida la piedra de la generosa virtud, con mayor fuerza despide más centellas y fuego de divino amor. Estuvo nuestra invencible Reina tan superior e inmóvil a la batería del infierno, que en su interior ni se alteró, ni dio por entendida a tantas sugerencias, más de para reconcentrarse en sus incomparables virtudes y levantar más la llama del divino incendio de amor que en su pecho ardía.

697. Como ignoraba el dragón la oculta sabiduría y prudencia de nuestra soberana Princesa, aunque la reconocía fuerte y sin turbarle las potencias, y sentía la resistencia de la virtud divina, con todo eso perseveraba en su antigua soberbia, acometiendo a la ciudad de Dios por diversos modos y baterías. Pero, aunque el astuto enemigo con un mismo afecto mudaba los ingenios, venían a ser sus máquinas como las de una débil hormiga contra un muro diamantino. Era nuestra Princesa la mujer fuerte, de quien se puede fiar el corazón de su varón (Prov 31,11 (A.)) sin recelos de hallar frustrados sus deseos. Era su adorno la fortaleza que la llenaba de hermosura; y su vestido que le servía de gala, eran la pureza y caridad. No podía sufrir la inmunda y altiva serpiente este objeto, cuya vista le deslumbraba y turbaba con nueva confusión; y así trató de quitarla la vida, forcejando mucho en esto todo aquel escuadrón de espíritus malignos; y en este propósito gastaron algún tiempo, sin más efecto que en los demás.

698. Grande admiración me ha hecho el conocimiento de este sacramento tan oculto, considerando a lo que se extendió el furor de Lucifer contra María santísima en sus primeros años, y por otra parte la oculta y vigilante protección del Altísimo para defenderla. Veo al Señor cuán atento estaba a su Esposa electa y única entre las criaturas;

y miro juntamente a todo el infierno convertido en furor contra ella, y estrenando la suma indignación que hasta entonces no había ejecutado con otra criatura, y la facilidad en que el poder divino desvanecía todo el poder y astucia infernal. ¡Oh más que infeliz y mísero Lucifer, cuánto es mayor tu soberbia y arrogancia que tu fortaleza! (Is 16,6) Muy débil y enano eres para tan loca presunción; desconfía ya de ti y no te prometas tantos triunfos, pues una tierna niña quebrantó tu cabeza, y en todo y por todo te dejó vencido. Confiesa que vales y sabes poco, pues ignoraste el mayor sacramento del Rey, y que te humilló su poder con el instrumento que tú despreciabas, de una mujer flaca y niña en la condición de su naturaleza. ¡Oh cómo sería grande tu ignorancia, si los mortales se valiesen de la protección del Altísimo, y del ejemplar e imitación e intercesión de esta victoriosa y triunfadora Señora de los ángeles y los hombres!

699. Entre estas alternadas tentaciones y combates era incesante la oración fervorosa de María santísima, y decía al Señor: “Ahora, Dios mío altísimo, que estoy en la tribulación, estaréis conmigo (Sal 90,15); ahora que de todo mi corazón os llamo y busco vuestras justificaciones (Sal 118,145), llegarán mis peticiones a vuestros oídos; ahora que padezco tan gran violencia, responderéis por mí (Is 38,14); vos, Señor y Padre mío, sois mi fortaleza y mi refugio (Sal 30,4), y por vuestro santo nombre me sacaréis del peligro, me encaminaréis para el seguro camino y me alimentaréis como hija vuestra.” Repetía también muchos misterios de la sagrada Escritura, y en especial los salmos que hablan contra los enemigos invisibles; y con estas invencibles armas, sin perder un átomo de la paz, igualdad y conformidad interior, antes confirmándose más en ella, elevado su purísimo espíritu en las alturas, peleaba, resistía y vencía a Lucifer con incomparable agrado del Señor y merecimientos.

700. Vencidas ya estas ocultas tentaciones y peleas, comenzó otro nuevo duelo la serpiente por medio e intervención de las criaturas, y para esto arrojó ocultamente algunas centellas de envidia y emulación contra María santísima en el pecho de las doncellas compañeras suyas, que asistían en el templo. Este contagio tenía el remedio tanto más dificultoso, cuanto se ocasionaba de la puntualidad con que nuestra divina Princesa acudía al ejercicio de todas las virtudes, creciendo en sabiduría y gracia para con Dios y con los hombres; que donde pica la ambición de la honra, las mismas luces de la virtud encandilan el juicio y le deslumbran, y aun encienden la llama de la envidia. Les administraba el dragón a las simples doncellas muchas sugerencias interiores, persuadiéndolas que a vista del sol de María santísima quedaban ellas oscurecidas y poco estimadas y que sus propias negligencias eran más conocidas de la maestra y de los sacerdotes y que sola María sería la preferida en estado y estimación de todos.

701. Admitieron esta mala semilla en su pecho las compañeras de nuestra Reina y, como poco advertidas y ejercitadas en las batallas espirituales, la dejaron crecer hasta que llegó a redundar en interior aborrecimiento con la purísima María. Este odio pasó a indignación, con que la miraban y trataban no pudiendo sufrir la modestia de la cándida paloma; porque el dragón las incitaba, revistiendo a las incautas doncellas del mismo furor que él había concebido contra la Madre de las virtudes. Perseverando más la tentación se fue también manifestando en los efectos y llegaron las doncellas a conferirla entre sí mismas, ignorando de qué espíritu eran; y concertaron molestar y perseguir a la Princesa del mundo, no conocida, hasta despedirla del templo; y llamándola aparte, la dijeron palabras muy pesadas, tratándola con modo muy imperioso de gestera, hipócrita y que sólo trataba de granjear con artificio la gracia de la maestra y sacerdotes y desacreditar a las demás compañeras, murmurando de ellas y encareciendo sus faltas, siendo ella la más inútil de todas, y que por esto la aborrecían como al enemigo.

702. Estas contumelias y otras muchas oyó la prudentísima Virgen sin recibir turbación alguna, y con igual humildad respondió: “Amigas y señoras mías, razón tenéis por cierto que yo soy la menor y más imperfecta de todas; pero vosotras, mis hermanas, como más advertidas habéis de perdonar mis faltas y enseñar mi ignorancia, encaminándome para que acierte en hacer lo mejor y en daros gusto. Yo os suplico, amigas, que aunque soy tan inútil, no me neguéis vuestra gracia, no creáis de mí que deseo desmerecerla, porque os amo y reverencio como sierva y lo seré en todo lo que gustareis; haced experiencia de mi buena voluntad; mandadme, pues, y decidme lo que de mí queréis.”

703. No ablandaron estas humildes y suaves razones de la modestísima María el pecho endurecido de sus amigas y compañeras, poseídas de la saña furiosa que el dragón tenía contra ella; antes irritándose él más, las incitaba e irritaba también a ellas, para que con el dulce antídoto se entumeciesen más la mordedura y veneno serpentina derramado contra la mujer que había sido señal grande en el cielo (Ap 12,15 (A.)). Fuese continuando muchos días esta persecución, sin que fuesen poderosas la humildad, paciencia, modestia y tolerancia de la divina Señora para templar el odio de sus compañeras; antes se avanzó el demonio a proponerles muchas sugerencias llenas de temeridad, para que pusiesen las manos en la humildísima cordera y la maltratasen, y aun le quitasen la vida. Pero el Señor no permitió que tan

sacrílegos pensamientos se ejecutasen, y a lo que más se extendieron fue a injuriarla de palabra y darle algunos empujones. Pasaba esta batalla en secreto, sin haber llegado a noticia de la maestra ni de los sacerdotes; y en este tiempo la santísima María granjeaba incomparables merecimientos y dones del Altísimo con la materia que se le ofrecía de ejercitar todas las virtudes con Su Majestad y con las criaturas que la perseguían y aborrecían. Con ellas hizo heroicos actos de caridad y humildad, dando bien por mal, bendiciones por maldiciones, obsecraciones por blasfemias (1 Cor 4,12-13) y cumpliendo en todo con lo perfecto y más alto de la divina ley. Con el Altísimo ejercitó las más excelentes virtudes, rogando por las criaturas que la perseguían, humillándose con admiración de los ángeles, como si fuera la más vil de los mortales y merecedora de lo que con ella hacían; y todas estas obras excedían al juicio de los hombres y al más alto merecimiento de los serafines.

704. Sucedió un día que, atropelladas aquellas mujeres de la tentación diabólica, llevaron a la princesa María a un aposento retirado y, pareciéndoles estaban más a su salvo, la llenaron de injurias y contumelias desmedidas para irritar su mansedumbre y desquiciar su inmóvil modestia con algún desairado ademán. Pero como la Reina de las virtudes no podía ser esclava de algún vicio ni por sólo un instante, se mostró más invencible su paciencia cuando fue más necesaria, y las respondió con mayor agrado y dulzura. Ofendidas ellas de no conseguir su desordenado intento, alzaron la voz destempladamente, de manera que siendo oídas en el templo, fuera de lo que se acostumbraba, causaron grande novedad y confusión. Acudieron al ruido los sacerdotes y maestra y, dando lugar el Señor a esta nueva aflicción de su Esposa, preguntaron con severidad la causa de aquella inquietud. Y callando la mansísima paloma, respondieron las otras doncellas con mucha indignación, y dijeron: “María de Nazaret nos trae a todas inquietas y alteradas con su terrible condición, y fuera de vuestra presencia nos desconsuela y provoca, de suerte que si no sale del templo no será posible tener todas paz con ella. Si la sufrimos, es altiva, y si la reprendemos se burla de todas, postrándose a los pies con fingida humildad, y después lo murmura y lo inquieta todo entre nosotras.”

705. Los sacerdotes y maestra llevaron a otro aposento a la Señora del mundo y allí la reprendieron con la severidad consiguiente al crédito que dieron por entonces a sus compañeras; y habiéndola exhortado que se enmendase y procediese como quien vivía en la casa de Dios, la amenazaron que si no lo hacía la despedirían y echarían del templo. Y esta amenaza fue el mayor castigo que pudieron darle, aunque hubiera tenido alguna culpa, siendo ignorante en todas las que le imputaban. Quien tuviere del Señor inteligencia y luz para conocer alguna parte de la profundísima humildad de María santísima, entenderá algo de los efectos que en su candidísimo corazón obraban estos misterios; porque se juzgaba por la más vil de los nacidos y la más indigna de vivir entre ellos y pisar la tierra. Se enterneció un poco la prudentísima Virgen con esta conminación y con lágrimas respondió a los sacerdotes, y les dijo: “Señores, yo agradezco el favor que me hacéis con reprenderme y enseñarme como a tan imperfecta y vil mujer; pero os suplico me perdonéis, pues sois ministros del Altísimo, y disimulando mis defectos me gobernéis en todo para que yo acierte mejor que hasta ahora a dar gusto a Su Majestad y a mis hermanas y compañeras; que con la gracia del Señor lo propongo de nuevo y comenzaré desde hoy.”

706. Añadió nuestra Reina otras razones llenas de dulcísima candidez y modestia; con que la dejaron la maestra y sacerdotes, advirtiéndola de nuevo de la misma doctrina de que ella era sapientísima maestra. Fuese luego a las demás compañeras y doncellas y postrándose a sus pies les pidió perdón, como si, los defectos que la imputaban pudieran caer en la que, era Madre de la inocencia. La admitieron ellas mejor por entonces, juzgando que sus lágrimas eran efecto del castigo y reprensión de los sacerdotes y maestra, a quienes habían reducido a su intento mal gobernado. El dragón, que ocultamente iba urdiendo esta tela, levantó a mayor altivez y presunción los incautos corazones de todas aquellas mujeres y, como habían hecho camino en el de los mismos sacerdotes, prosiguieron con mayor audacia en desacreditar y descomponer con ellos a la purísima Virgen. Para esto fabricaron nuevas fabulaciones y mentiras con instinto del mismo demonio; pero nunca dio lugar el Altísimo que se dijese ni presumiese cosa muy grave ni indecente de la que tenía escogida para Madre santísima de su Unigénito. Y sólo permitió que la indignación y engaño de las doncellas del templo llegase a encarecer mucho algunas pequeñas aunque fingidas faltas que la imputaban, y que por mayor hiciesen muchas hazañerías mujeriles; cuanto bastaba para que ellas declarasen su inquietud y con ella y con las reprensiones de la Maestra y sacerdotes tuviese nuestra humildísima Señora María ocasión de ejercitar las virtudes y acrecentar los dones del Altísimo y el colmo de merecimientos.

707. Todo lo hacía nuestra Reina con plenitud de agrado en los ojos del Señor, que se recreaba con el olor suavísimo de aquel humilde nardo (Cant 1,11), maltratado y despreciado de las criaturas que no le conocían. Repetía sus clamores y gemidos por la ausencia continuada de su amado, y en una de estas ocasiones le dijo: “Sumo bien y Señor mío de

misericordias infinitas, si vos que sois mi Dueño y mi Hacedor me habéis desamparado, no es mucho que todo el resto de las criaturas me aborrezcan y se conviertan contra mí. Todo lo merece mi ingratitud a vuestros beneficios; pero siempre os reconozco y os confieso por mi refugio y mi tesoro; vos sólo sois mi bien, mi amado y descanso, y si lo sois y os tengo ausente ¿cómo sosegará mi afligido corazón? Las criaturas hacen conmigo lo que deben, pero aun no llegan a tratarme como merezco, porque vos, Señor y Padre mío, en afligir sois moderado y en premiar liberalísimo. Descontad, Señor, mis negligencias con el dolor de haberos ocultado a mi interior y pagad con larga mano el bien que vuestras criaturas me granjean, obligándome a conocer más vuestra bondad y mi vileza; levantad, Señor, a la menesterosa del polvo de la tierra (1 Sam 2,8) y renovad a la que es pobre y vilísima entre las criaturas, y vea yo vuestro divino rostro y seré salva.” (Sal 79,4).

708. No será posible ni necesario referir todo lo que sucedió a nuestra gran Princesa en esta prueba de sus virtudes; pero, dejándola por ahora en ella, será vivo ejemplar para llevar con dilatación cualquiera trabajo los que necesitamos de las penas y de duros golpes para satisfacer nuestros pecados y domar nuestra cerviz al yugo de la mortificación. No cometió culpa ni se halló malicia en nuestra inocentísima paloma, y padeció con humilde silencio y tolerancia ser de balde aborrecida y perseguida; pues hallémosnos en su presencia confundidos los que una leve injuria que todas son muy leves para quien tiene a Dios por enemigo reputamos por irreparable ofensa hasta vengarla. Poderoso era el Altísimo para desviar de su escogida y Madre cualquiera persecución y contrariedad, pero, si en esto usara de su poder, no le manifestara en conservarla perseguida, ni le diera prendas tan seguras de su amor, ni ella consiguiera el dulce fruto de amar a los enemigos y perseguidores. Indignos nos hacernos de tanto bien cuando en los agravios levantamos el grito contra las criaturas y el corazón soberbio contra el mismo Dios que en todo las gobierna, y no se quieren sujetar a su Hacedor y Justificador que sabe de lo que necesitan para su salud.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

709. “Pues adviertes, hija mía, en el ejemplar de estos sucesos, quiero que él te sirva de doctrina y enseñanza para que con aprecio la escondas en tu pecho, dilatándole para recibir con alegría las persecuciones y calumnias de las criaturas, si fueres participante de este beneficio. Los hijos de perdición que sirviendo a la vanidad ignoran el tesoro de padecer injurias y perdonarlas, hacen honra de la venganza, que aun en los términos de la ley natural es la mayor vileza y fealdad de todos los vicios; porque se opone más a la razón natural y nace de corazón no humano sino brutal o ferino y, por el contrario, el que perdona las injurias y las olvida aunque no tenga fe divina ni luz del evangelio por esta magnanimidad se hace superior, como rey de la misma naturaleza; porque tiene de ella lo más noble y excelente y no paga el vilísimo tributo de hacerse fiera irracional con la venganza.

710. “Y si tanto se opone el vicio de la venganza con la misma naturaleza, considera, carísima, qué oposición tendrá con la gracia y cuán odioso y aborrecible será el vengativo en los ojos de mi Hijo santísimo, que se hizo hombre, murió y padeció sólo por perdonar y para que el linaje humano alcanzase perdón de las injurias cometidas contra el mismo Señor. Contra esta intención y obras tuyas y contra su misma naturaleza y bondad infinita se opone la venganza; y cuanto en ella es, el vengativo destruye todo punto al mismo Dios y sus obras; y así merece singularmente por este pecado que le destruya Dios con todo su poder. Entre el que perdona y sufre las injurias y entre el vengativo, hay la misma diferencia que entre el hijo único y heredero y el enemigo mortal: éste provoca toda la fuerza de la indignación de Dios y el otro merece todos los bienes y los adquiere; porque en esta gracia es imagen perfectísima del Padre celestial.

711. “Quiero, alma, entiendas que padecer las injurias con igualdad de corazón y perdonarlas enteramente por el Señor, será más grato a sus ojos que si por tu voluntad hicieras rígidas penitencias y derramases tu propia sangre. Humíllate a los que te persiguen, ámalos y ruega por ellos con verdadero corazón; y con esto rendirás a tu amor el corazón de Dios, subirás a lo perfecto de la santidad y vencerás a todo el infierno. Aquel gran dragón que a todos persigue, le confundía yo con la humildad y mansedumbre y no podía su furor tolerar estas virtudes y más veloz que un rayo huía por ellas de mi presencia; y así alcancé con ellas grandes victorias para mi alma y gloriosos triunfos para la exaltación de divinidad. Cuando alguna criatura se movía contra mí, no concebía indignación contra ella, porque de verdad conocía era instrumento del Altísimo, gobernado por su providencia para mi bien propio; y este conocimiento y considerarla hechura de mi Señor y capaz de su grada, me atraían para que la amase con verdad y fuerza, y no sosegaba hasta remunerarle este beneficio con alcanzarle, en cuanto me era posible, la salvación eterna.

712. “Procura, pues, y trabaja por imitar lo que has entendido y escrito, y muéstrate mansísima, pacífica y agradable a los que te fueren molestos; estímalo con verdad en tu corazón; y no tomes venganza del mismo Señor por tomarla de sus instrumentos, ni desprecies la estimable margarita de las injurias; y cuanto es de tu parte dales siempre bien por mal (Rom 12,14), beneficios por agravios, amor por aborrecimientos, alabanzas por vituperios, bendición por maldición; y serás hija perfecta de tu Padre (Mt 5,45) y esposa amada de tu Dueño, mi amiga y mi carísima.”

CAPITULO 19

[Regresar al Principio](#)

El Altísimo dio luz a los sacerdotes de la inocencia inculpable de María santísima, y a ella de que estaba cerca el tránsito dichoso de su madre santa Ana; y se halló en él.

713. No dormía el Altísimo ni dormitaba (Sal 120,4) entre los clamores dulces de su dilecta esposa María, si bien disimulaba oírlos, recreándose con ellos en el prolongado ejercicio de sus penas, que le ocasionaban tan gloriosos triunfos y admiración y alabanza de los espíritus soberanos. Perseveraba siempre el fuego lento de aquella persecución ya dicha para que la divina fénix María se renovase muchas veces en las cenizas de su humildad y renaciase su purísimo corazón y espíritu en nuevo ser y estado de la divina gracia. Pero cuando ya era tiempo oportuno de poner término a la ciega envidia y emulación de aquellas engañadas doncellas, para que sus pequeñeces no pasasen a descrédito de la que había de ser honra de toda la naturaleza y gracia, habló en sueños al sacerdote y le dijo el mismo Señor: “Mi sierva María es agradable a mis ojos, es perfecta y escogida y está sin culpa en lo que se le atribuye.” La misma inteligencia y revelación tuvo Ana, la maestra de las doncellas. Y a la mañana el sacerdote y ella confirieron la divina luz y aviso que entrambos habían recibido; y con este conocimiento del cielo se compungieron del engaño padecido y llamaron a la princesa María pidiéndola perdón de haber dado crédito a la falsa relación de las doncellas y la propusieron todo lo que les pareció conveniente para retirarla y defenderla de la persecución que la hacían y las penas que la ocasionaban.

714. Oyó esta propuesta la que era Madre y origen de la humildad y respondió al sacerdote y maestra: “Señores, yo soy a quien se deben las reprensiones, y os suplico no desmerezca oírlos, pues como necesitada los pido y estimo. La compañía de mis hermanas las doncellas para mí es muy amable y no quiero perderla por mis deméritos, pues tanto debo a todas por lo que me han sufrido y en retorno de este beneficio las deseo más servir; pero si me mandáis otra cosa, aquí estoy para obedecer a vuestra voluntad.” Esta respuesta de María santísima confortó y consoló más al sacerdote y maestra y aprobaron su humilde petición; pero de allí adelante atendieron más a ella mirándola con nueva reverencia y afecto. Pidió la Virgen humildísima al sacerdote la mano y bendición, y también a la maestra, como lo tenía de costumbre, y con esto la dejaron. Pero como al sediento se le van los sentidos y el apetito tras del agua cristalina que se aleja, así quedó el corazón de María Señora nuestra entre anhelado y dolorido por aquel ejercicio de padecer, que como sedienta y abrasada en el amor divino juzgaba que, con la diligencia que el sacerdote y maestra querían hacer, le faltaría para adelante el tesoro de los trabajos.

715. Se retiró luego nuestra Reina y a solas hablando con el Altísimo le dijo: “¿Por qué, Señor y amado Dueño mío, tanto rigor conmigo? ¿Por qué tan larga ausencia y tanto olvido de quien sin vos no vive? Y si en mi prolija soledad sin vuestra vista dulce y amorosa me consolaban las prendas ciertas de vuestro amor, cuales eran los pequeños trabajos que padecía por él, ¿cómo viviré ahora en mi deliquio sin este alivio? ¿Por qué, Señor, tan presto alzáis la mano de este favor? ¿Quién fuera de vos pudiera transformar el corazón de mis señores, los sacerdotes y maestra? Pero no merecía yo el beneficio de sus caritativas reprensiones, no soy digna de padecer trabajos, porque no lo soy tampoco de vuestra deseada vista y regalada presencia. Si no he sabido obligaros, Padre y Señor mío, yo enmendaré mis negligencias y si me dais algún alivio a mi flaqueza, ninguno puede serlo faltándole a mi alma la alegría de vuestra cara; pero en todo espero, Esposo mío, con rendido afecto que se cumpla vuestro divino beneplácito.

716. Con este desengaño de los sacerdotes y maestra del templo se atajó la molestia que las doncellas daban a nuestra soberana Princesa, y a ellas también moderó el Señor, impidiendo juntamente al demonio que las irritaba. Pero la ausencia con que estaba escondido de la divina Esposa duró por diez años; cosa admirable; si bien la interrumpía el Altísimo algunas veces corriendo la cortina de su rostro, para que su querida tuviese algún alivio; mas no fueron muchas las que dispensó en este tiempo, y éstas con menos regalo y caricia que en los primeros años de la niñez. Fue

conveniente esta ausencia del Señor, para que por el ejercicio de todas las virtudes se dispusiese nuestra Reina con la perfección ejecutada para la dignidad que el Altísimo la prevenía; y si gozara siempre de la vista de Su Majestad por los modos que sucesivamente la tenía en lo demás del tiempo, y arriba declaramos (Cf. supra n.615-645), no pudiera padecer por el orden común de pura criatura.

717. Pero en este género de retiro y ausencia del Señor, aunque a María santísima le faltaban las visiones intuitivas y abstractivas de la divina esencia y las de los ángeles que se dijo arriba, tenían su alma santísima y sus potencias más dones de gracias y luz sobrenatural que alcanzaron ni recibieron todos los santos, porque en esto nunca la mano del Altísimo estuvo abreviada con ella; mas, en comparación de las visiones frecuentes de los primeros años, llamo ausencia y retiro del Señor haber estado sin ellas tanto tiempo. Le comenzó esta ausencia ocho días antes de la muerte de su padre san Joaquín; y luego sucedieron las persecuciones del infierno por sí y tras ellas las de las criaturas, con que llegó nuestra Princesa a los doce años de su edad. Y entrada ya en ellos, un día los santos ángeles sin manifestársele la hablaron y dijeron: “María, el término de la vida de tu santa madre Ana está dispuesto por el Altísimo se cumpla ahora, y Su Majestad ha determinado que sea libre de las prisiones del cuerpo mortal y sus trabajos tengan dichoso fin.”

718. Con este nuevo y doloroso aviso se enterneció el corazón de la piadosa hija y, postrándose en la presencia del Altísimo, hizo una fervorosa oración por la buena muerte de su madre santa Ana, y dijo: “Rey de los siglos invisible y eterno, Señor inmortal y poderoso, autor de todo el universo, aunque soy polvo y ceniza y confieso que tendré desobligada a vuestra grandeza, no por eso dejaré de hablar a mi Señor (Gen 18,27) y derramaré mi corazón en su presencia (Sal 61,9) esperando, Dios mío, que no despreciaréis a la que siempre ha confesado vuestro santo nombre. Enviad, Señor mío, en paz a vuestra sierva, que con invicta fe y con esperanza cierta ha deseado cumplir vuestro divino beneplácito. Salga victoriosa y triunfante de sus enemigos al seguro puerto de los santos vuestros escogidos; confírmela vuestro brazo poderoso; asístala en el término de la carrera de nuestra mortalidad la misma diestra que hizo perfectas sus pisadas y descanse, Padre mío, en la paz de vuestra gracia y amistad la que siempre la procuró con verdadero corazón.”

719. No respondió el Señor de palabra a esta petición de su amada, pero la respuesta fue un admirable favor que hizo a ella y a su santa madre Ana. Mandó Su Majestad aquella noche que los santos ángeles de María santísima la llevasen real y personalmente a la presencia de su madre enferma y que en su lugar quedase sustituto uno de ellos, tomando cuerpo aéreo de su misma forma. Obedecieron los ángeles al divino mandato y llevaron a su Reina y nuestra a la casa y aposento de su madre santa Ana. Y hallándose con ella la divina Señora, la dijo besándole la mano: “Madre mía y mi Señora, sea el Altísimo vuestra luz y fortaleza y sea bendito, pues no ha querido su dignación que yo, pobre y necesitada, quedase sin el beneficio de vuestra última bendición; recíbala yo, madre mía, de vuestra mano.” Le dio su bendición santa Ana, y con íntimo afecto dio al Señor las gracias de aquel beneficio, como quien conocía el sacramento de su hija y Reina, a la cual también agradeció el amor que en tal ocasión había manifestado.

720. Luego se convirtió nuestra Princesa a su santa madre y la confortó y animó para el trance de la muerte; y entre otras muchas razones de incomparable consuelo, la dijo éstas: “Madre y querida de mi alma, necesario es que por la puerta de la muerte pasemos a la eterna vida que esperamos; amargo es y penoso el tránsito, pero fructuoso; porque se admite por el divino beneplácito y es principio de la seguridad y sosiego y satisface asimismo por las negligencias y defectos de no haber empleado tan ajustadamente la vida como debe la criatura. Recibid, madre mía, la muerte y pagad con ella la común deuda con alegría de espíritu y partid segura a la compañía de los santos patriarcas, profetas, justos y amigos de Dios, nuestros padres, donde con ellos esperaréis la redención que nos enviará el Altísimo por medio de su salud y nuestro Salvador; la seguridad de esta esperanza será el alivio mientras llega la posesión del bien que todos esperamos.”

721. Santa Ana respondió a su hija santísima con el recíproco amor y consuelo digno de tal madre y tal hija en aquella ocasión, y con maternal caricia la dijo: “María, hija mía querida, cumplid ahora con esta obligación, no me olvidando en la presencia de nuestro Señor Dios y Criador, representándole mi necesidad de su divina protección en esta hora; advertid lo que debéis a quien os concibió y *tuvo* en sus entrañas nueve meses y después sustentó a sus pechos y siempre os tiene en el corazón. Pedid, hija mía, al Señor extienda la mano de sus misericordias infinitas sobre esta inútil criatura que salió de ellas, y venga sobre mí su bendición en esta hora de mi muerte, pues ahora y siempre he puesto mi confianza toda en solo su santo nombre, y no me desamparéis, amada mía, antes que cerréis mis ojos.

Huérfana quedáis y sin amparo de los hombres, pero en la protección del Altísimo viviréis y esperaréis en sus misericordias antiguas. Caminad, hija de mi corazón, por el camino de las justificaciones del Señor (Sal 118,27) y pedid a Su Majestad gobierne vuestros afectos y potencias y sea el maestro que os enseñe su santa ley. No salgáis del templo antes de tomar estado, y éste sea con el sano consejo de los sacerdotes del Señor y habiendo pedido continuamente a Dios que lo disponga de su mano; y si fuere su voluntad daros esposo, sea de Judá y de linaje de David. De la hacienda de vuestro padre Joaquín y mía, que os pertenece, partiréis con los pobres, con quienes seréis larga y caritativa. Guardaréis vuestro secreto en lo escondido de vuestro pecho y continuamente pediréis al Omnipotente quiera su misericordia enviar al mundo su salud y redención por el Mesías prometido. Ruego y suplico a su bondad infinita que sea vuestro amparo y venga sobre vos su bendición con la mía.”

722. Entre tan altos y divinos coloquios la dichosa madre santa Ana sintió las últimas congojas de la muerte, o de la vida, y reclinada en el trono de la gracia que eran los brazos de su hija santísima María dio su alma purísima a su Criador. Y habiéndole cerrado los ojos, como lo pidió a su hija, dejando el sagrado cuerpo compuesto, volvieron los santos ángeles a su reina María purísima y la restituyeron a su lugar en el templo. No impidió el Altísimo la fuerza del natural amor para que la divina Señora no sintiera con gran ternura y dolor la muerte de su feliz madre y con ella su propia soledad sin tal amparo. Pero estos movimientos dolorosos fueron en nuestra Reina santos y perfectísimos, gobernados y regulados por la gracia de su inocente pureza y de su prudentísima inocencia; y con ella alabó al Muy Alto por las misericordias infinitas que en su santa Madre había mostrado en su vida y muerte; y siempre se continuaban las querellas dulces y amorosas de tener oculto al Señor.

723. Mas no pudo saber la hija santísima todo el consuelo de su dichosa madre en tenerla presente a su muerte, porque ignoraba la hija su propia dignidad y sacramento que conocía la madre, la cual guardó siempre este secreto, como el Altísimo se lo había mandado Pero hallándose a su cabecera la que era lumbre de sus ojos, y la había de ser de todo el universo, y expirando en sus manos, no pudo desear más en su vida mortal, para darle fin más dichoso que todos los mortales hasta ella. Murió llena no tanto de años como de merecimientos, y su alma santísima fue colocada por los ángeles en el seno de Abrahán y reconocida y venerada por todos los patriarcas, profetas y justos que allí estaban. Fue esta santísima matrona en lo natural de dilatado y magnánimo corazón, de claro y alto entendimiento, fervorosa, y con esto muy sosegada y pacífica; la persona de mediana estatura, algo menor que su hija santísima María, el rostro algo redondo, el semblante siempre igual y muy compuesto, el color blanco y colorado; y al fin fue madre de la que o fue del mismo Dios, y en esta dignidad encierra juntas muchas perfecciones. Vivió santa Ana cincuenta y seis años, repartidos de esta manera: de veinte y cuatro se casó con san Joaquín, veinte estuvo casada sin sucesión y en el cuarenta y cuatro parió a María santísima, y doce que sobrevivió de la edad de esta Reina, que fueron tres que la tuvo en su compañía y nueve en el templo, hacen todos cincuenta y seis.

724. De esta grande y admirable Señora he oído que algunos autores graves afirman se casó tres veces y en cada uno de los matrimonios fue madre de una de las tres Marías, y que otros sienten lo contrario (Según esta opinión el matrimonio de santa Ana se estructuraría de esta manera: se casó primero con san Joaquín y de este matrimonio nació María, la Madre de Dios; muerto san Joaquín se casó con Cleofás y de este matrimonio nació María Cleofás; muerto Cleofás se casó con Salomé y nace María Salomé. Samaniego cita en favor de esta sentencia, entre otros, a Estrabón, Haymon Albertense, Hugo de S. Víctor, Pedro Comestor, Ludulfo Cartujano, San Antonio de Florencia y Pedro Sutor Cartujano, quien escribió *De triplici connubio D. Annae*, donde a su vez cita en su favor a Alberto Magno, Pedro de Tarantasia (Inocencio V) y Vincencio Belvacense (*Notas a la MCD*, nota 35 a la primera parte)) A mí me ha dado el Señor -por sola su bondad inmensa luz grande de la vida de esta dichosa santa y nunca se me ha mostrado que se casase más de con Joaquín, ni que haya tenido otra hija fuera de María, Madre de Cristo; puede ser que, por no ser perteneciente ni necesario a la Historia divina que escribo, no se me haya declarado si fue o no tres veces casada santa Ana, o que las otras Marías, que se llaman sus hermanas, fuesen primas hermanas, hijas de hermana de santa Ana. Cuando murió su esposo Joaquín quedó en cuarenta y ocho años de edad, y la escogió y entresacó el Altísimo del linaje de las mujeres, para que fuese madre de la que fue superior a todas las criaturas y sólo a Dios inferior, pero madre suya; y por haber tenido esta hija, y por ella ser abuela del humanado Verbo, todas las naciones pueden llamarla bienaventurada a la felicísima santa Ana.

Doctrina de la Reina santísima María.

725. “Hija mía, la mayor ciencia de la criatura es dejarse toda en manos de su Criador, que sabe para qué la formó y cómo la ha de gobernar. A ella sólo le pertenece vivir atenta a la obediencia y amor de su Señor; y él es fidelísimo en el cuidado de quien así le obliga y toma por su cuenta todos los negocios y sucesos para sacar de ellos victorioso y acrecentado a quien de su verdad se fía. Aflige y corrige con adversidades a los justos, consuela y vivifica (1 Sam 2,6) con

favores, alienta con promesas y atemoriza con amenazas; se ausenta para más solicitar los afectos del amor, se manifiesta para premiarlos y conservarlos y con esta variedad hace más hermosa y agradable la vida de los escogidos. Todo esto es lo que me sucedía a mí en lo que has escrito, visitándome y preparándome su misericordia por diversos modos de favores, de trabajos del adversario, persecuciones de criaturas, desamparo de mis padres y de todos.

726. “Entre esta variedad de ejercicios no se olvidaba de mi flaqueza el Señor y con el dolor de la muerte de mi madre santa Ana juntó el consuelo y alivio de hallarme presente a ella. ¡Oh alma, y cuántos bienes pierden las criaturas por no alcanzar esta sabiduría! Se niegan ignorantes a la divina providencia, que es fuerte, suave y eficaz, que mide los orbes y elementos (Is 40,12; Job 31,4), cuenta los pasos, numera los pensamientos y todo lo dispone en beneficio de la criatura; y se entregan de todo punto a su misma solicitud, que es dura, ineficaz y flaca, ciega, incierta y precipitada. De este mal principio se originan y se siguen para la criatura irreparables daños, porque ella misma se priva de la divina protección y se degrada de la dignidad de tener a su Criador por amparo y tutor suyo. Y a más de esto, si por la sabiduría carnal y diabólica a quien se somete le sucede alcanzar alguna vez lo que con ella busca, se juzga por dichosa su infelicidad y con sensible gusto bebe el mortal veneno de la eterna muerte entre la engañosa delectación que desamparada y aborrecida de Dios consigue.

727. “Conoce, pues, hija mía, este peligro, y sea toda tu solicitud en arrojarte segura en la providencia de tu Dios y Señor, que, siendo infinito en sabiduría y poder, te ama mucho más que tú a ti misma y sabe y quiere para ti mayores bienes que tú sabes desear ni pedir. Fíate de esta bondad y de sus promesas que no admiten engaño; oye lo que dice por su profeta (Is 3,10): ‘Al justo, que bien está,’ aceptando sus deseos y cuidados y encargándose de ellos para remunerarlos con largueza. Con esta segurísima confianza llegarás en la vida mortal a una participación de bienaventuranza en la tranquilidad y paz de tu conciencia; y aunque te halles rodeada de las impetuosas olas de las tentaciones y adversidades, que te acometen los dolores de la muerte y te cercan las penalidades del infierno (Sal 17,5-6), espera y sufre con paciencia, que no perderás el puerto de la gracia y beneplácito del Altísimo.”

CAPITULO 20

[Regresar al Principio](#)

Se manifiesta el Altísimo a su dilecta María nuestra Princesa con un singular favor.

728. Sentía ya nuestra divina Princesa que se llegaba el claro día de la vista deseada del sumo bien y, como por crepúsculos y anuncios, reconocía en sus potencias la fuerza de los rayos de aquella luz divina que ya se le acercaba. Se enardecía toda con la vecindad de la invisible llama que alumbraba y no consume, y retocado su espíritu con los asomos de esta nueva claridad preguntaba a sus ángeles y les decía: “Amigos y señores, centinelas mías vigilantes y fidelísimas, decidme: ¿qué hora es de mi noche? Y ¿cuándo llegará el alba de mi claro día en que verán mis ojos al sol de justicia que los alumbraba y da vida a mis afectos y espíritu? La respondieron los santos príncipes, y dijeron: “Esposa del Altísimo, cerca está vuestra deseada verdad y luz y no tardará mucho, que ya viene. Con esta respuesta se corrió algo la cortina que encubría la vista de las sustancias espirituales y se le manifestaron los santos ángeles y los vio, como solía, en su mismo ser, sin estorbo ni dependencia del cuerpo ni sentidos.”

729. Y con estas esperanzas y con la vista de los espíritus divinos se alentaron algo las ansias de María santísima por la vista de su amado. Pero aquel linaje de amor que busca al objeto nobilísimo de la voluntad sólo con él se satisface, y sin él, aunque sea con los mismos ángeles y santos, no descansa el corazón herido de las flechas del Todopoderoso. Con todo eso alegre nuestra divina Princesa con este refrigerio, habló a los ángeles y les dijo: “Príncipes soberanos y luceros de la inaccesible luz donde mi amado habita, ¿por qué tan largo tiempo he desmerecido vuestra vista? ¿En qué os desagradé faltando a vuestro gusto? Decidme, mis señores y maestros, en qué fui negligente, para que no me desamparéis por culpa mía.” – “Señora y Esposa del Todopoderoso - respondieron ellos - a la voz de nuestro Criador obedecemos y por su santa voluntad nos gobernamos todos, y como a espíritus suyos que somos, nos envía y ordena lo que es de su servicio; nos mandó ocultar de vuestra vista cuando encubrió la suya, pero que disimulados asistiéramos cuidadosos a vuestro amparo y defensa; y así lo hemos cumplido estando en vuestra compañía, aunque encubiertos a la vista.”

730. “Decidme, pues, ahora - replicó María santísima – dónde está mi dueño, mi bien, mi Hacedor; decidme si le verán mis ojos luego o si por ventura le tengo disgustado, para que esta vilísima criatura llore amargamente la causa de su

pena. Ministros y embajadores del supremo Rey, doleos de mi aflicción amorosa, y dadme señas de mi amado.” – “Luego, Señora - le respondieron, - veréis al que desea vuestra alma, entretenga la confianza vuestra dulce pena; no se niega nuestro Dios a quien le busca tan de veras; grande es, Señora, el amor de su bondad con quien le admite y no será escaso en satisfacer vuestros clamores.” La llamaban los santos ángeles *Señora*, y sin recelo, así como seguros de su prudentísima humildad, como porque disimulaban este honroso título con el de Esposa del Altísimo, habiendo sido testigos del desposorio que con la Reina celebró Su Majestad. Y como su sabiduría pudo disponer que, ocultándole los ángeles sólo el título y dignidad de Madre del Verbo hasta su tiempo, en lo demás le diesen grande reverencia, así la trataban con ella en muchas demostraciones, aunque en lo oculto la respetaban mucho más que en lo manifiesto.

731. Entre estas conferencias y coloquios amorosos aguardaba la divina Princesa la llegada de su Esposo y sumo bien, cuando los serafines que la asistían comenzaron a prepararla con nueva iluminación de sus potencias, prenda cierta y exordio del bien que la esperaba. Pero como estos beneficios encendían más la ardiente llama de su amor, y aún no se conseguía su deseado fin, crecía siempre el movimiento de sus congojas amorosas, y con ellas, hablando con los serafines, les dijo: “Espíritus supremos que estáis más inmediatos a mi bien, espejos lucidísimos donde reverberando su retrato le solía mirar con alegría de mi alma, decidme ¿dónde está la luz que os ilumina y llena de hermosura? Decid ¿por qué tanto mi amado se detiene? Decidme ¿qué le impide, para que mis ojos no lo vean? Si es por culpa mía, enmendaré mis yerros; si es que no merezco la ejecución de mi deseo, me conformaré con su gusto; y si le tiene en mi dolor, le padeceré con alegría del corazón; pero decidme ¿cómo viviré, sin mi propia vida? ¿Cómo me gobernaré sin mi luz?”

732. A estas querellas dulces la respondieron los santos serafines: “Señora, no tarda vuestro amado, cuando por vuestro bien y amor se ausenta y se detiene; pues para consolar, aflige a quien más ama, para dar más alegría, entristece y para ser hallado, se retira; y quiere que sembréis con lágrimas (Sal 125,5), para coger después con alegría el dulce fruto del dolor; y si el bien amado no se encubriera nunca se buscara con las ansias que resultan de su ausencia, ni renovara el alma sus afectos, ni creciera tanto la debida estimación de su tesoro.”

733. La dieron aquel lumen que dije (Cf. *supra* n.626) para purificarle las potencias, no porque tuviese culpas de que ser purificada, que no las pudo cometer, mas, aunque todos sus movimientos y operaciones en aquella ausencia del Señor habían sido meritorios y santos, con todo eso eran necesarios estos nuevos dones para sosegar el espíritu y sus potencias de los movimientos causados con los trabajos y congojas afectuosas de tener al Señor oculto; y para mudarla de aquel estado a este otro de diferentes y nuevos favores y proporcionar las potencias con el objeto y con el modo de verle, era menester renovarlas y disponerlas. Y todo esto hacían los santos serafines por el modo que arriba se dijo, libro II, capítulo 14; y después le dio el mismo Señor el último adorno y cualidad, para estar dispuesta con la última disposición, inmediata a la visión que la quería manifestar.

734. Este orden de elevaciones iban causando en las potencias de la divina Reina los efectos y operaciones de amor y virtudes que pretendía el mismo Señor, que es cuanto puedo explicarlas; y en medio de ellas corrió Su Majestad el velo y, después de haber estado tanto tiempo oculto, se manifestó a su esposa única y dilecta María santísima por visión abstractiva de la divinidad. Y aunque esta visión fue por especies y no inmediata, pero fue clarísima y altísima en su género; y con ella el Señor enjugó las continuadas lágrimas de nuestra Reina, premió sus afectos y ansias amorosas, satisfizo a su deseo y toda descansó con afluencia de delicias, reclinada en los brazos de su amado (Cant 8,5). Allí se renovó la juventud (Sal 102,5) de esta ardiente y fervorosa águila para levantar más el vuelo a la región impenetrable de la divinidad, y, con las especies que después de la visión por admirable modo le quedaron, subía hasta donde no pudo llegar ni comprender ninguna criatura después del mismo Dios.

735. El gozo que recibió la purísima Señora con esta visión se debía regular así por el extremo del dolor de donde pasó como por los méritos a que sucedió. Pero yo sólo puedo decir que donde y como abundó el dolor abundó también la consolación (2 Cor 1,5), y que la paciencia, la humildad, la fortaleza, la constancia, los afectos y las ansias amorosas, fueron en María todo el tiempo de esta ausencia los más insignes y excelentes que hasta entonces hubo, ni después pueden caber en otra criatura. Sola esta única Señora entendió el primor de esta sabiduría y supo dar el peso al carecer de la vista del Señor y sentir su ausencia; y, sintiéndola y pesando lo que monta, supo también buscarle con paciencia y padecer con humildad, tolerar con fortaleza y santificarlo todo con su inefable amor y estimar después el beneficio y gozar de él.

736. Levantada a esta visión María santísima, postrándose con el afecto en la presencia divina, dijo a Su Majestad: “Señor y Dios altísimo, incomprensible y sumo bien de mi alma, pues levantáis del polvo a este pobre y vil gusanillo, recibid, Señor, vuestra misma bondad y gloria con la que os dan vuestros cortesanos en humilde agradecimiento de mi alma; y si como de criatura baja y terrena os desagradaron mis obras, reformad, Dueño mío, ahora lo que en mí os descontenta. ¡Oh bondad y sabiduría única e infinita!, purificad este corazón y renovadle, para que os sea grato, humilde y arrepentido para que no le despreciéis. Si los pequeños trabajos y muerte de mis padres no los recibí como debía y en algo me desvié de vuestro beneplácito, ordenad, Altísimo, mis potencias y obras como Señor poderoso, como Padre y como Esposo único de mi alma.”

737. A esta humilde oración respondió el Altísimo: “Esposa y paloma mía, el dolor de la muerte de tus padres y el sentimiento de otros trabajos es natural efecto de la condición humana y no es culpa; y por el amor con que te conformaste en todo con la disposición de mi divina voluntad, mereciste de nuevo mi gracia y beneplácito. Yo dispense la verdadera luz y sus efectos con mi sabiduría, como Señor de todo, y formo sucesivamente el día y la noche, hago serenidad y doy también su tiempo a la tormenta, para que mi poder y gloria se engrandezcan, y con ellas camine el alma más segura con el lastre de su conocimiento, y con las violentas olas de la tribulación apesure más el viaje y llegue al puerto seguro de mi amistad y gracia, y más llena de merecimientos me obligue a recibirla con mayor agrado. Este es, querida mía, el orden admirable de mi sabiduría, y por esto me escondí tanto tiempo de tu vista; porque de ti quiero lo más santo y más perfecto. Sírveme, pues, hermosa mía, que soy tu Esposo y Dios de misericordias infinitas, y mi nombre es admirable en la diversidad y variedad de mis grandes obras.”

738. Salió de esta visión nuestra princesa María toda renovada y deificada, llena de nueva ciencia de la divinidad y de los ocultos sacramentos del Rey, confesándole, adorándole y alabándole con incesantes cánticos y vuelos de su pacífico y tranquilísimo espíritu; y al mismo paso eran los aumentos de la humildad y todas las demás virtudes. Su continua petición era siempre inquirir la más perfecta y agradable voluntad del Altísimo y en todo y por todo ejecutarla y cumplirla; y así pasó algunos días, hasta que sucedió lo que se dirá en el capítulo siguiente.

Doctrina de la Reina del cielo Señora nuestra.

739. “Hija mía, muchas veces te repetiré la lección de la mayor sabiduría de las almas, que consiste en alcanzar el conocimiento de la cruz por el amor de los trabajos y la imitación en padecerlos. Y si la condición de los mortales no fuera tan grosera, debían codiciarlos sólo por el gusto de su Dios y Señor, que en esto les ha declarado su voluntad y beneplácito; pues en el servicio fiel debe el siervo afectuoso anteponer siempre el agrado de su dueño a su misma comodidad. Pero a la torpeza de los mundanos, ni les obliga esta buena correspondencia con su Padre y Señor, ni tampoco el haberles declarado que todo su remedio *está* librado en seguir a Cristo por la cruz y padecer los hijos pecadores con su padre inocente, para que el fruto de la redención se logre en ellos, conformándose los miembros con su cabeza.

740. “Admite, pues, carísima, esta disciplina y escríbela en medio del corazón; y entiende que por hija del Altísimo, por esposa de mi Hijo santísimo y por mi discípula, cuando no tuvieras otro interés, debías para tu adorno comprar la preciosa margarita del padecer, para ser grata a tu Señor y Esposo. Y te advierto, hija mía, que entre los regalos y favores de su mano y los trabajos de su cruz debes anteponer y elegir el padecer y abrazarle antes que ser regalada de sus caricias; porque en elegir los favores y delicias puede tener parte el amor que a ti misma tienes; pero en admitir las tribulaciones y penas sólo puede obrar el amor de Cristo. Y si entre regalos del mismo Señor y trabajos, cualesquiera que sean sin culpa, se han de preferir las penas al gusto del mismo espíritu, ¿qué estulticia será de los hombres amar tan ciegamente los deleites sensibles y feos y aborrecer tanto todo lo que es padecer por Cristo y por la salud de su alma?

741. “Tu incesante oración, hija mía, será repitiendo siempre: Aquí estoy, Señor, ¿qué queréis hacer de mí? Preparado está mi corazón, aparejado está y no turbado, ¿qué queréis, Señor, que yo haga por vos? El sentir de estas palabras sea en ti verdadero y de todo corazón, pronunciándolas con lo íntimo y fervoroso de tu afecto más que con los labios. Tus pensamientos sean altos, tu intención muy recta, pura y noble, sólo de hacer en todo el mayor agrado del Señor, que con medida y peso dispensa los trabajos y la gracia y sus favores. Examínate y remírate siempre con qué pensamientos, qué acciones y en qué ocasiones puedes ofender o agradar más a tu amado, para que conozcas aquello que debes en ti reformar o codiciar. Y cualquier desorden, por pequeño que sea, o lo que fuere menos puro y perfecto,

cercénalo y apártalo luego, aunque parezca lícito y de algún provecho; porque todo lo que no agrada más al Señor debes juzgar por malo, o por inútil para ti; y ninguna imperfección te parezca pequeña si a Dios le desagrade. Con este cuidadoso temor y santo cuidado caminarás segura; y está cierta, carísima hija mía, que no cabe en la ponderación humana el premio tan copioso que reserva el altísimo Señor para las almas fieles que viven con esta atención y cuidado.”

CAPITULO 21

[Regresar al Principio](#)

Manda el Altísimo a María santísima que tome estado de matrimonio, y la respuesta de este mandato.

742. A los trece años y medio, estando ya en esta edad muy crecida nuestra hermosísima princesa María purísima, tuvo otra visión abstractiva de la divinidad por el mismo orden y forma que las otras de este género hasta ahora referidas (Cf. supra n.229,237,312,383,389,734); en esta visión, podemos decir sucedió lo mismo que dice la Escritura de Abrahán, cuando le mandó Dios sacrificar a su querido hijo Isaac, única prenda de todas sus esperanzas. Tentó Dios a Abrahán (Gen 22,1) - dice Moisés - probando y examinando su pronta obediencia para coronarla. A nuestra gran Señora podemos decir también que tentó Dios en esta visión, mandándola que tomase el estado de matrimonio. Donde también entenderemos la verdad que dice: *¡Cuán ocultos son los juicios y pensamientos del Señor* (Rom 11,33) *y cuánto se levantan sus caminos y pensamientos sobre los nuestros!* (Is 55,9) Distaban como el cielo de la tierra los de María santísima de los que el Altísimo le manifestó, ordenándole que recibiese esposo para su guarda y compañía; porque toda su vida había deseado y propuesto no tenerle (Cf. supra n.434,589), cuanto era de su propia voluntad, repitiendo y renovando el voto de castidad que tan anticipadamente había hecho.

743. Había celebrado el Altísimo con la divina princesa María aquel solemne desposorio, que arriba se dijo (Cf. supra 435) - cuando fue llevada al templo - confirmándole con la aprobación del voto de castidad que hizo, y con la gloria y presencia de todos los espíritus angélicos; se había despedido la candidísima paloma de todo humano comercio, sin atención, sin cuidado, sin esperanza y sin amor a ninguna criatura, convertida toda y transformada en el amor casto y puro de aquel sumo bien que nunca desfallece, sabiendo que sería «más casta con amarle, más limpia con tocarle y más virgen con recibirle» (Oficio de la festividad de santa Inés); hallándola en esta confianza el mandato del Señor que recibiese esposo terreno y varón, sin manifestarle luego otra cosa, ¿qué novedad y admiración haría en el pecho inocentísimo de esta divina doncella, que vivía segura de tener por esposo a solo el mismo Dios que se lo mandaba? Mayor fue esta prueba que la de Abrahán, pues no amaba él tanto a Isaac cuanto María santísima amaba la inviolable castidad.

744. Pero a tan impensado mandato suspendió la prudentísima Virgen su juicio y sólo le tuvo en esperar y creer, mejor que Abrahán, en la esperanza contra la esperanza (Rom 4,18), y respondió al Señor y dijo: “Eterno Dios de majestad incomprendible, Criador del cielo y tierra y todo lo que en ellos se contiene; vos, Señor, que ponderáis los vientos (Job 28,25) y con vuestro imperio al mar le ponéis términos (Sal 103,9) y a vuestra voluntad todo lo criado está sujeto (Est. 13,9), podéis hacer de este gusanillo vil a vuestro beneplácito, sin que yo falte a lo que os tengo prometido; y si no me desvío, mi bien y mi Señor, de vuestro gusto, de nuevo confirmo y ratifico que quiero ser casta en lo que tuviere vida y a vos quiero por dueño y por Esposo; y pues a mí sólo me toca y pertenece como criatura vuestra obedeceros, mirad, Esposo mío, que por la vuestra corre sacar a mi flaqueza humana de este empeño en que vuestro santo amor me pone.” Se turbó algún poco la castísima doncella María, según la parte inferior, como sucedió después con la embajada del arcángel san Gabriel (Lc 1,29); pero aunque sintió alguna tristeza, no le impidió la más heroica obediencia que hasta entonces había tenido, con que se resignó toda en las manos del Señor. Su Majestad la respondió: “María, no se turbe tu corazón, que tu rendimiento me es agradable y mi brazo poderoso no está sujeto a leyes; por mi cuenta correrá lo que a ti más conviene.”

745. Con sola esta promesa del Altísimo volvió María santísima de la visión a su ordinario estado; y entre la suspensión y la esperanza que la dejaron el divino mandato y promesa, quedó siempre cuidadosa, obligándola el Señor por este medio a que multiplicase con lágrimas nuevos afectos de amor y de confianza, de fe, de humildad, de obediencia, de castidad purísima y de otras virtudes, que sería imposible referirlas. En el ínterin que nuestra gran Princesa se ocupaba cuidadosa con esta oración, ansias y congojas rendidas y prudentes, habló Dios en sueños al sumo sacerdote, que era el santo Simeón, y le mandó que dispusiese cómo dar estado de casada a María hija de Joaquín y

Ana de Nazaret; porque Su Majestad la miraba con especial cuidado y amor. El santo sacerdote respondió a Dios, preguntándole su voluntad en la persona con quien la doncella María tomaría estado dándosele por esposa. Le ordenó el Señor que juntase a los otros sacerdotes y letrados y les propusiese cómo aquella doncella era sola y huérfana y no tenía voluntad de casarse, pero que, según la costumbre de no salir del templo las primogénitas sin tomar estado, era conveniente hacerlo con quien más a propósito les pareciese.

746. Obedeció el sacerdote Simeón a la ordenación divina; y, habiendo congregado a los demás, les dio noticia de la voluntad del Altísimo y les propuso el agrado que Su Majestad tenía de aquella doncella María de Nazaret, según se le había revelado; y que hallándose en el templo, y faltándole sus padres, era obligación de todos ellos cuidar de su remedio y buscarle esposo digno de mujer tan honesta, virtuosa, y de costumbres tan irreprehensibles, como todos habían conocido de ella en el templo; y a más de esto la persona, la hacienda, la calidad y las demás partes eran muy señaladas, para que se reparase mucho a quien se había de entregar todo. Añadió también que María de Nazaret no deseaba tomar estado de matrimonio, pero que no era justo saliese del templo sin él, porque era huérfana y primogénita.

747. Conferido este negocio en la junta de los sacerdotes y letrados y movidos todos con impulso y luz del cielo, determinaron que en cosa donde se deseaba tanto el acierto, y el mismo Señor había declarado su beneplácito, convenía inquirir su santa voluntad en lo restante y pedirle señalase por algún modo la persona que más a propósito fuese para esposo de María, y que fuese de la casa y linaje de David, para que se cumpliese con la ley. Determinaron para esto un día señalado, en que todos los varones libres y solteros de este linaje que estaban en Jerusalén se juntasen en el templo; y vino a ser aquel día el mismo en que la Princesa del cielo cumplía catorce años de su edad. Y como era necesario darle a ella noticia de este acuerdo y pedirle su consentimiento, el sacerdote Simeón la llamó y le propuso el intento que tenían él y los demás sacerdotes de darle esposo antes que saliese del templo.

748. La prudentísima Virgen, lleno el rostro de virginal pudor, respondió al sacerdote con gran modestia y humildad, y le dijo: “Yo, señor mío, cuanto es de mi voluntad he deseado toda mi vida guardar castidad perpetua, dedicándome a Dios en el servicio de este santo templo, en retorno de los bienes grandes que en él he recibido, y jamás tuve intento, ni me incliné al estado del matrimonio, juzgándome por inhábil para los cuidados que trae consigo. Esta es mi inclinación, pero vos, señor, que estáis en lugar de Dios, me enseñaréis lo que fuere de su santa voluntad.” – “Hija mía - replicó el sacerdote, - vuestros deseos santos recibirá el Señor, pero advertid que ninguna de las doncellas de Israel se abstiene ahora del matrimonio, mientras aguardamos conforme a las divinas profecías la venida del Mesías, y por esto se juzga por feliz y bendita la que tiene sucesión de hijos en nuestro pueblo. En el estado del matrimonio podéis servir a Dios con muchas veras y perfección; y para que tengáis en él quien os acompañe y a vuestros intentos se conforme, haremos oración, pidiendo al Señor, como os he dicho, señale de su mano esposo que sea más conforme a su divina voluntad, entre los del linaje de David; y vos pedid lo mismo con oración continua, para que el Altísimo os mire y nos encamine a todos.

749. Esto sucedió nueve días antes del que estaba señalado para la última resolución y ejecución del acuerdo. Y en este tiempo la santísima Virgen multiplicó sus peticiones al Señor con incesantes lágrimas y suspiros, pidiendo el cumplimiento de su divina voluntad, en lo que tanto según sus cuidados le importaba. Un día de estos nueve se le apareció el Señor, y la dijo: “Esposa y paloma mía, dilata tu afligido corazón y no se turbe ni contriste; yo estoy atento a tus deseos y ruegos y lo gobierno todo y por mi luz va regido el sacerdote; yo te daré esposo de mi mano, que no impida tus santos deseos, pero que con mi gracia te ayude en ellos; yo te buscaré varón perfecto conforme a mi corazón y le elegiré entre mis siervos; mi poder es infinito, y no te faltará mi protección y amparo.”

750. Respondió María santísima, y dijo al Señor: “Sumo bien y amor de mi alma, bien sabéis el secreto de mi pecho y los deseos que en él habéis depositado desde el instante que de vos recibí todo el ser que tengo; conservadme, pues, Esposo mío, casta y pura, como por vos mismo y para vos lo he deseado. No despreciéis mis suspiros, ni me apartéis de vuestro divino rostro. Atended, Señor y Dueño mío, que soy un gusanillo vil y flaco y despreciable por mi bajeza; y si en el estado del matrimonio desfallezco, faltará a vos y a mis deseos; determinad mi seguro acierto y no os desobliquéis de que no lo he merecido; aunque soy polvo inútil, clamaré a los pies de vuestra grandeza, esperando, Señor, vuestras misericordias infinitas.”

751. Acudía también la castísima doncella a sus ángeles santos, a quienes excedía en la santidad y pureza, y confería

con ellos muchas veces el cuidado de su corazón sobre el nuevo estado que esperaba. La dijeron un día los santos espíritus: “Esposa del Altísimo, pues no podéis ignorar ni olvidar este título, ni menos el amor que os tiene, y que es todopoderoso y verdadero, sosegad, Señora, vuestro corazón; pues faltarán primero los cielos y la tierra que falte la verdad y cumplimiento de sus promesas (Mt 24,35). Por cuenta de vuestro Esposo corren vuestros sucesos; y su brazo poderoso, que impera sobre los elementos y criaturas, puede suspender la fuerza de las impetuosas olas e impedir la vehemencia de sus operaciones, para que ni el fuego queme, ni la tierra sea grave. Sus altos juicios son ocultos y santos, sus decretos rectísimos y admirables, y no pueden las criaturas comprenderlos; pero deben reverenciarlos. Si quiere su grandeza que le sirváis en el matrimonio, mejor será para vos obligarle con él que disgustarle en otro estado; Su Majestad sin duda hará con vos lo mejor y más perfecto y santo; estad segura de sus promesas.” Con esta exhortación angélica sosegó nuestra Princesa algo de sus cuidados y de nuevo les pidió la asistiesen y guardasen y representasen al Señor su rendimiento, aguardando lo que de ella ordenase su divino beneplácito.

Doctrina que me dio la Princesa del cielo.

752. “Hija mía carísima, altísimos y venerables son los juicios del Señor y no deben investigarlos las criaturas, pues no pueden penetrarlos. Mandóme Su Alteza tomar estado de casada y me encubrió entonces el sacramento, pero convenía así que le tomase para que mi parto se honestase al mundo, reputando al Verbo humanado en mis entrañas por hijo de mi esposo, porque ignoraba entonces el misterio. Fue también oportuno medio para ocultarle de Lucifer y sus demonios, que estaban muy feroces contra mí, procurando ejecutar su indignado furor conmigo. Y cuando me vio tomar el común estado de las mujeres casadas, se deslumbró creyendo no fuera compatible tener esposo varón y ser Madre del mismo Dios; y con esto sosegó un poco y dio treguas a su malicia. Otros fines tuvo el Altísimo en mi estado que han sido manifiestos, aunque entonces a mí se me ocultaron, porque así convenía.

753. “Y quiero que entiendas, hija mía, que fue para mí el mayor dolor y aflicción que hasta aquel día había padecido, saber que había de tener por esposo a ninguno de los hombres, no declarándome el Señor entonces el misterio; y si en esta pena no me confortara su virtud divina y me dejara alguna confianza, aunque oscura y sin determinación, con el dolor hubiera perdido la vida. Pero de este suceso quedarás enseñada, cuál ha de ser el rendimiento de la criatura a la voluntad del Altísimo y cómo ha de cautivar su corto entendimiento, sin escudriñar los secretos de la majestad tan levantados y ocultos. Y cuando a la criatura se le representa alguna dificultad o peligro en lo que el Señor dispone o manda, sepa confiar en él y crea que no la pone en ellos para dejarla, mas para sacarla victoriosa y con triunfo, si de su parte coopera con el auxilio del mismo Señor; y cuando quiere el alma escudriñar los juicios de su sabiduría y satisfacerse primero que obedezca y crea, sepa que defrauda la gloria y grandeza de su Criador y pierde juntamente el propio merecimiento.

754. Yo reconocía que el Altísimo es superior a todas las criaturas y que no ha menester nuestro discurso y sólo quiere el rendimiento de la voluntad, pues la criatura no le puede dar consejo, sino obediencia y alabanza. Y aunque, por no saber lo que me mandaría y ordenaría en el estado del matrimonio, me afligía mucho por el amor de la castidad, pero este dolor y pena no me hicieron curiosa en escudriñar, antes sirvieron para que mi obediencia fuese más excelente y agradable en sus ojos. Con este ejemplo debes tú regular el rendimiento que has de tener a todo lo que entendieres del gusto de tu Esposo y Señor, dejándote en su protección y en la firmeza de sus promesas infalibles; y en lo que tuvieres aprobación de sus sacerdotes y tus prelados, déjate gobernar sin resistir a sus mandatos, ni a las divinas inspiraciones.

CAPITULO 22

[Regresar al Principio](#)

Se celebra el desposorio de María santísima con el santo y castísimo José.

755. Llegó el día señalado, en que dijimos cumplía nuestra princesa María los catorce años de su edad, capítulo precedente, y en él se juntaron los varones descendientes de la tribu de Judá y linaje de David, de quien descendía la soberana Señora, que a la sazón estaban en la ciudad de Jerusalén. Entre los demás fue llamado José, natural de Nazaret y morador de la misma ciudad santa, porque era uno de los del linaje real de David. Era entonces de edad de treinta y tres años, de persona bien dispuesta y agradable rostro, pero de incomparable modestia y gravedad; y sobre todo era castísimo de obras y pensamientos, con inclinaciones santísimas, y que desde doce años de edad tenía hecho voto de castidad; era deudo de la Virgen María en tercer grado; y de vida purísima, santa e irreprochable en los ojos de

Dios y de los hombres.

756. Congregados todos estos varones libres en el templo, hicieron oración al Señor junto con los sacerdotes, para que todos fuesen gobernados por su divino Espíritu en lo que debían hacer. El Altísimo habló al corazón del sumo sacerdote, inspirándole que a cada uno de los jóvenes allí congregados pusiese una vara seca en las manos y todos pidiesen con fe viva a Su Majestad declarase por aquel medio a quién había elegido para esposo de María. Y como el buen olor de su virtud y honestidad y la fama de su hermosura, hacienda y calidad y ser primogénita y sola en su casa era manifiesto a todos, cada cual codiciaba la dichosa suerte de merecerla por esposa. Sólo el humilde y rectísimo José entre los congregados se reputaba por indigno de tanto bien; y acordándose del voto de castidad que tenía hecho y proponiendo de nuevo su perpetua observancia, se resignó en la divina voluntad, dejándose a lo que de él quisiera disponer, pero con mayor veneración y aprecio que otro alguno de la honestísima doncella María.

757. Estando todos los congregados en esta oración se vio florecer la vara sola que tenía José y al mismo tiempo bajar de arriba una paloma candidísima, llena de admirable resplendor, que se puso sobre la cabeza del mismo santo; juntamente habló Dios a su interior, y le dijo: “José, siervo mío, tu esposa será María, admítela con atención y reverencia, porque en mis ojos es acepta, justa y purísima en alma y cuerpo y tú harás todo lo que ella te dijere.” Con la declaración y señal del cielo los sacerdotes dieron a san José por esposo elegido del mismo Dios para la doncella María. Y llamándola para el desposorio, salió la escogida como el sol, más hermosa que la luna (Cant 6,9), y pareció en presencia de todos con un semblante más que de ángel de incomparable hermosura, honestidad y gracia; y los sacerdotes la desposaron con el más casto y santo de los varones, José.

758. La divina Princesa, más pura que las estrellas del firmamento, con semblante lloroso y grave, y como reina de majestad humildísima, juntando todas estas perfecciones, se despidió de los sacerdotes, pidiéndoles la bendición, y a la maestra también, y a las doncellas perdón, y a todos dando gracias por los beneficios recibidos de sus manos en el templo. Todo esto hizo en parte con el semblante humildísimo y parte con muy breves y prudentísimas razones; porque en todas ocasiones hablaba pocas y de gran peso. Se despidió del templo, no sin grave dolor de dejarle contra inclinación y deseo; y acompañándola algunos ministros de los que servían al templo en las cosas temporales, y eran legos y de los más principales, con su mismo esposo José caminaron a Nazaret, patria natural de los dos felicísimos desposados. Y aunque san José había nacido en aquel lugar, disponiéndolo el Altísimo por medio de algunos sucesos de fortuna, había ido a vivir algún tiempo a Jerusalén, para que allí la mejorase tan dichosamente como llegando a ser esposo de la que había elegido el mismo Dios para Madre suya.

759. Llegando a su lugar de Nazaret, donde la Princesa del cielo tenía la hacienda y casas de sus dichosos padres, fueron recibidos y visitados de todos los amigos y parientes con el regocijo y aplauso que en tales ocasiones se acostumbra. Y habiendo cumplido con la natural obligación y urbanidad santamente, satisfaciendo a estas deudas temporales de la conversación y comercio de los hombres, quedaron libres y desocupados los dos santos esposos José y María en su casa. La costumbre había introducido entre los hebreos que en algunos primeros días del matrimonio hiciesen los esposos examen y experiencia de las costumbres y condición de cada uno, para ajustarse mejor recíprocamente el uno con la del otro.

760. En estos días habló el santo José a su esposa María, y la dijo: “Esposa y Señora mía, yo doy gracias al Altísimo Dios por la merced de haberme señalado sin méritos por vuestro esposo, cuando me juzgaba indigno de vuestra compañía; pero Su Majestad, que puede cuando quiere levantar al pobre, hizo esta misericordia conmigo, y deseo me ayudéis, como lo espero de vuestra discreción y virtud, a dar el retorno que le debo, sirviéndole con rectitud de corazón; para esto me tendréis por vuestro siervo, y, con el verdadero afecto que os estimo, os pido queráis suplir lo mucho que me falta de hacienda y otras partes que para ser esposo vuestro convenían; decidme, Señora, cuál es vuestra voluntad, para que yo la cumpla.”

761. Oyó estas razones la divina esposa con humilde corazón y apacible severidad en el semblante, y respondió al santo: “Señor mío, yo estoy gozosa de que el Altísimo, para ponerme en este estado, se dignase de señalaros para mi esposo y dueño y que el serviros fuese con el testimonio de su voluntad divina; pero si me dais licencia diré los intentos y pensamientos que para esto os deseo manifestar.” Prevenía el Altísimo con su gracia el sencillo y recto corazón de san José y por medio de las razones de María santísima le inflamó de nuevo en el divino amor, y la respondió diciendo: “Hablad, Señora, que vuestro siervo oye.” Asistían en esta ocasión a la Señora del mundo los mil

ángeles de su guarda en forma visible, como ella se lo había pedido. La causa de esta petición fue porque el Altísimo, para que la purísima Virgen en todo obrase con mayor gracia y mérito, dio lugar a que sintiese el respeto y cuidado con que había de hablar a su esposo y la dejó en el natural encogimiento y temor que siempre había tenido de hablar con hombre a solas, que nunca hasta aquel día lo había hecho, sino es si acaso sucedía con el sumo sacerdote.

762. Los santos ángeles obedecieron a su Reina, y manifiestos a sólo su vista la asistieron; y con esta compañía habló a su esposo san José, y le dijo: “Señor y esposo mío, justo es que demos alabanza y gloria con toda reverencia a nuestro Dios y Criador, que en bondad es infinito y en sus juicios incomprensible y con nosotros pobres ha manifestado su grandeza y misericordia, escogiéndonos para su servicio. Yo me reconozco entre todas las criaturas por más obligada y deudora a Su Alteza que otra alguna y que todas juntas; porque mereciendo menos, he recibido de su mano liberalísima más que ellas. En mi tierna edad, compelida de la fuerza de esta verdad que con desengaño de todo lo visible me comunicó la divina luz, me consagré a Dios con perpetuo voto de ser casta en alma y cuerpo; suya soy y le reconozco por Esposo y Dueño, con voluntad inmutable de guardarle la fe de la castidad. Para cumplir esto, quiero, señor mío, que me ayudéis, que en lo demás yo seré vuestra fiel sierva para cuidar de vuestra vida, cuanto durare la mía. Admitid, esposo mío, esta santa determinación y confirmadla con la vuestra, para que ofreciéndonos en sacrificio aceptable a nuestro Dios eterno, nos reciba en olor de suavidad, y alcancemos los bienes eternos que esperamos.”

763. El castísimo esposo José, lleno de interior júbilo con las razones de su divina esposa, la respondió: “Señora mía, declarándome vuestros pensamientos castos y propósitos, habéis penetrado y desplegado mi corazón, que no os manifesté antes de saber el vuestro. Yo también me reconozco más obligado entre los hombres al Señor de todo lo criado, porque muy temprano me llamó con su verdadera luz para que le amase con rectitud de corazón; y quiero, Señora, que entendáis cómo de doce años hice también promesa de servir al Altísimo en castidad perpetua; y ahora vuelvo a ratificar el mismo voto, para no impedir el vuestro, antes en la presencia de Su Alteza os prometo de ayudaros, cuanto en mí fuere, para que en toda pureza le sirváis y améis según vuestro deseo. Yo seré con la divina gracia vuestro fidelísimo siervo y compañero; yo os suplico recibáis mi casto afecto y me tengáis por vuestro hermano, sin admitir jamás otro peregrino amor, fuera del que debéis a Dios y después a mí.” En esta plática confirmó el Altísimo de nuevo en el corazón de san José la virtud de la castidad y el amor santo y puro que había de tener a su esposa santísima María, y así le tuvo el santo en grado eminentísimo; y la misma Señora con su prudentísima conversación se le aumentaba dulcemente, llevándole el corazón.

764. Con la virtud divina que el brazo poderoso obraba en los dos santísimos y castísimos esposos sintieron incomparable júbilo y consolación; y la divina Princesa ofreció a san José corresponderle a su deseo, como la que era Señora de las virtudes y sin contradicción obraba en todas lo más alto y excelente de ellas. Le dio también el Altísimo a san José nueva pureza y dominio sobre la naturaleza y sus pasiones, para que sin rebelión ni sensualidad, pero con admirable y nueva gracia, sirviese a su esposa María, y en ella a la voluntad y beneplácito del mismo Señor. Luego distribuyeron la hacienda heredada de san Joaquín y santa Ana, padres de la santísima Señora; y una parte ofreció al templo donde había estado, otra se aplicó a los pobres y la tercera quedó a cuenta del santo esposo José para que la gobernase. Sólo reservó nuestra Reina para sí el cuidado de servirle y trabajar dentro de casa; porque del comercio de fuera y manejo de hacienda, comprando ni vendiendo, se eximió siempre la Virgen prudentísima, como dije (Cf. supra n.555, 556) en otra parte.

765. En sus primeros años había aprendido san José el oficio de carpintero por más honesto y acomodado para adquirir el sustento de la vida; porque era pobre de fortuna, como arriba dije; y le preguntó a la santísima esposa si gustaría que ejercitase aquel oficio para servirla y granjear algo para los pobres; pues era forzoso trabajar y no vivir ocioso. Lo aprobó la Virgen prudentísima, advirtiéndole a san José que el Señor no los quería ricos, sino pobres y amadores de los pobres y para su amparo en lo que su caudal se extendiese. Luego tuvieron los dos santos esposos una santa contienda sobre cuál de los dos había de dar la obediencia al otro como superior. Pero la que entre los humildes era humildísima, venció en humildad María santísima y no consintió que siendo el varón la cabeza se pervirtiese el orden de la misma naturaleza; y quiso en todo obedecer a su esposo José, pidiéndole consentimiento sólo para dar limosna a los pobres del Señor; y el santo le dio licencia para hacerlo.

766. Reconociendo el santo José en estos días con nueva luz del cielo las condiciones de su esposa María, su rara prudencia, humildad, pureza y todas las virtudes sobre su pensamiento y ponderación, quedó admirado de nuevo y con gran júbilo de su espíritu no cesaba con ardientes afectos de alabar al Señor y darle nuevas gracias por haberle dado tal

compañía y esposa sobre sus merecimientos. Y para que esta obra fuese del todo perfectísima porque era principio de la mayor que Dios había de obrar con toda su omnipotencia hizo que la Princesa del cielo infundiese con su presencia y vista en el corazón de su mismo esposo un temor y reverencia tan grande, que con ningún linaje de palabras se puede explicar. Y esto le resultaba a san José de una refulgencia o rayos de divina luz que despedía de su rostro nuestra Reina, junto con una majestad inefable que siempre la acompañaba, con tanto mayor causa que a Moisés cuando bajó del monte (Ex 34,29) cuanto había sido más largo y más íntimo el trato y conversación con Dios.

767. Luego tuvo María santísima una visión divina del Señor, en que la habló Su Majestad y la dijo: “Esposa mía dilectísima y escogida, atiende cómo soy fiel en mis palabras con los que me aman y temen; corresponde, pues, ahora a mi fidelidad, guardando las leyes de esposa mía en santidad, pureza y toda perfección; para esto te ayudará la compañía de mi siervo José que te he dado; obedécele como debes y atiende a su consuelo, que así es mi voluntad.” Respondió María santísima: “Altísimo Señor, yo os alabo y magnifico por vuestro admirable consejo y providencia conmigo, indigna y pobre criatura; mi deseo es obedeceros y daros gusto como vuestra sierva, más obligada que ninguna otra criatura. Dadme, Señor mío, vuestro favor divino, para que en todo me asista y me gobierne con mayor agrado vuestro; y para que también atienda a las obligaciones del estado en que me ponéis, para que como esclava vuestra no salga de vuestros órdenes y beneplácito. Dadme vuestra licencia y bendición, que con ella acertaré a obedecer y servir a vuestro siervo José, como vos, mi Dueño y mi Hacedor, me lo mandáis.”

768. Con estos divinos apoyos se fundó la casa y matrimonio de María santísima y de José; y desde 8 de septiembre, que se hizo el desposorio, hasta 25 de marzo siguiente, que sucedió la encarnación del Verbo divino, como diré en la segunda parte (Cf. infra p.II n.138), vivieron los dos esposos, disponiéndolos el Altísimo respectivamente para la obra que los había elegido; y la divina Señora ordenó las cosas de su persona y las de su casa, como diré en los capítulos siguientes.

769. Pero no puedo antes contener mi afecto en gratificar la buena dicha del más feliz de los nacidos, san José. ¿De dónde, oh varón de Dios, os vino tanta felicidad y dicha, que entre los hijos de Adán sólo de vos se dijese que el mismo Dios era vuestro, y tan sólo vuestro que se tuviese y reputase por vuestro único hijo? El eterno Padre os da su Hija, y el Hijo os da su verdadera y real Madre, el Espíritu Santo os entrega y fía su Esposa y da sus veces, y toda la beatísima Trinidad a su electa, única y escogida como el sol, os la concede y entrega por vuestra legítima mujer. ¿Conocéis, santo mío, vuestra dignidad? ¿Sabéis vuestra excelencia? ¿Entendéis que vuestra esposa es Reina y Señora del cielo y tierra, y vos depositario de los tesoros inestimables del mismo Dios? Atended, varón divino, a vuestro empeño, y sabed que si no tenéis envidiosos a los ángeles y serafines, los tenéis admirados y suspensos de vuestra suerte y el sacramento que contiene vuestro matrimonio. Recibid la enhorabuena de tanta felicidad en nombre de todo el linaje humano. Archivo sois del registro de las divinas misericordias, dueño y esposo de la que sólo el mismo Dios es mayor que ella; rico y próspero os hallaréis entre los hombres y entre los mismos ángeles. Acordaos de nuestra pobreza y miseria, y de mí el más vil gusano de la tierra, que deseo ser vuestra fiel devota y beneficiada y favorecida de vuestra poderosa intercesión.

Doctrina de la Reina del cielo.

770. “Hija mía, con el ejemplo de mi vida en el estado del matrimonio en que el Altísimo me puso, hallarás reprendida la disculpa que alegan, para no ser perfectas, las almas que le tienen en el mundo. Para Dios nada es imposible, y tampoco lo es para quien con viva fe espera en él y se remite en todo a su divina disposición. Yo vivía en casa de mi esposo con la misma perfección que en el templo; porque no mudé con el estado el afecto, ni el deseo y cuidado de amarle y de servirle, antes lo aumenté para que nada me impidiese de las obligaciones de esposa; y por eso me asistió más el favor divino y me disponía y acomodaba su mano poderosa todas las cosas conforme a mi deseo. Esto mismo haría el Señor con todas las criaturas si de su parte correspondiesen, pero culpan al estado del matrimonio engañándose a sí mismas; porque el impedimento para no ser perfectas y santas no es el estado, sino los cuidados y solicitud vana y superflua a que se entregan, olvidando el gusto del Señor y buscando y anteponiendo el suyo propio.

771. Y si en el mundo no hay excusa para no seguir la perfección de la virtud, menos se admitirá en la religión por los oficios y ocupaciones que ella tiene. Nunca te imagines impedida por el que tienes de prelada; pues habiéndote puesto Dios en él por mano de la obediencia, no debes desconfiar de su asistencia y amparo, que ese mismo día tomó por cuenta suya el darte fuerzas y auxilios para que atendieses a la obligación de prelada y a la particular de la perfección

con que debes amar a tu Dios y Señor. Oblígale con el sacrificio de tu voluntad, humillándote con paciencia a todo lo que su divina providencia ordena, que, si no le impidieres, yo te aseguro de su protección y que por la experiencia conocerás siempre el poder de su brazo en gobernarte y encaminar todas tus acciones perfectamente.

CAPITULO 23

[Regresar al Principio](#)

Se explica parte del capítulo 31 de las Parábolas de Salomón, a donde me remitió el Señor para manifestar el orden de vida que María santísima dispuso en el matrimonio.

772. Hallándose la Princesa del cielo María en el impensado y nuevo estado de su matrimonio, levantó luego su mente purísima al Padre de las lumbres, para entender cómo se gobernaría con mayor agrado suyo entre las nuevas obligaciones de su estado. Para dar yo alguna noticia de lo que Su Alteza pensó tan santamente, me remitió el mismo Señor a las condiciones de la mujer fuerte, que por esta Señora dejó escritas Salomón en el último capítulo de sus Parábolas; y discurriendo por él, diré lo que pudiere de lo que me ha dado a entender. Comienza, pues, el capítulo, y dice la letra: ¿Quién hallará una mujer fuerte? Su precio viene de lejos y de los últimos fines (Prov 31,10). Esta pregunta es admirativa, entendiéndola de nuestra grande y fuerte mujer María; y de otra cualquiera en su comparación será negativa, pues en todo el resto de la humana naturaleza y ley común no se puede hallar otra mujer fuerte como la Princesa del cielo. Todas las demás fueron y serán flacas y débiles, sin exceptuar alguna que no sea tributaria del demonio en la culpa. ¿Quién hallará, pues, otra mujer fuerte? No los reyes, ni monarcas, ni los príncipes poderosos de la tierra, ni los ángeles del cielo, ni el mismo poder divino hallará otra, porque no la criará como María santísima; ella es la única y sola sin ejemplo y sola sin semejante y la que sola en la dignidad midió el brazo del Omnipotente; no le pudo dar más que a su mismo Hijo eterno y de su misma sustancia, igual, inmenso, increado e infinito.

773. Consiguiente era que el precio de esta mujer fuerte viniera de lejos, pues en la tierra y entre las criaturas no le había. Precio se llama aquel valor en que una cosa se compra o se estima, y entonces se sabe cuánto vale, cuando se aprecia y se valora. El precio de esta mujer fuerte María fue valorado en el consejo de la beatísima Trinidad, cuando antes de todas las otras puras criaturas la rescató o compró el mismo Dios para sí, como recibéndola de la misma humana naturaleza por algún retorno, que esto es comprar en rigor. El retorno y precio que dio por María fue el mismo Verbo eterno humanado, y se dio por satisfecho el Padre eterno a nuestro modo de entender con María; pues en hallando esta mujer fuerte en su mente divina, la estimó y apreció tanto, que determinó dar a su mismo Hijo, para que fuese justa y dignamente Hijo de María santísima y sólo por ella tomara carne humana y la eligiera para Madre. Con este precio dio el Altísimo todos sus atributos, sabiduría, bondad, omnipotencia, justicia y los demás, y todos los méritos de su Hijo humanado para adquirirla y apropiarla a sí mismo, quitándola a la naturaleza anticipadamente, para que si toda se perdiese, como se perdió en Adán, sola María con su Hijo quedase reservada, como apreciada tan de lejos que no alcanzó toda la naturaleza criada al decreto de su estimación y aprecio; así vino de lejos.

774. Este lejos son también los fines de la tierra; porque Dios es el último fin y principio de todo lo criado, de donde todo sale y a donde todo vuelve, como los ríos al mar (Ecl 1,7). También el cielo empíreo es el fin corporal y material de todo lo demás corpóreo; y singularmente se llama asiento de la divinidad (Is 66,1). Pero en otra consideración se llaman fines de la tierra los términos naturales de la vida y el fin de las virtudes, en que se le pone la última línea a donde se ordena la vida y ser que tienen los hombres, que todos son criados para el conocimiento y amor del Criador, como fin inmediato del vivir y obrar. Todo esto comprende el venir de los últimos fines el precio de María santísima; porque su gracia, dones y merecimientos vinieron y comenzaron de los últimos fines de los demás santos, vírgenes, confesores, mártires, apóstoles y patriarcas; no llegaron todos en los fines de sus vidas y santidad a donde María comenzó la suya. Y si también Cristo Hijo suyo y Señor nuestro se llama fin de las obras del Altísimo, con igual verdad se dice que el precio de María santísima fue de los últimos fines; pues toda su pureza, inocencia y santidad vino de su Hijo santísimo, como de causa ejemplar y dechado y de principal autor de sola ella.

775. “Confía en ella el corazón de su varón y no se hallará pobre de despojos” (Prov 31,11). Cierto es que el divino José se llamó varón de esta mujer fuerte, pues la tuvo por legítima esposa; y también es cierto que confió en ella su corazón, esperando que por su incomparable virtud le habían de venir todos los bienes verdaderos. Pero singularmente confió en ella, hallándola preñada, cuando ignoraba el misterio; porque entonces creyó y confió en la esperanza contra

la esperanza (Rom 4,18) de los indicios que conocía, sin tener otra satisfacción de aquella verdad notoria más de la misma santidad de tal esposa y mujer. Y aunque se determinó a dejarla (Mt 1,19), porque veía el efecto a los ojos y no sabía la causa, pero nunca se atrevió a desconfiar de su honestidad y recato, ni a despedirse del amor santo y puro que le tenía preso el corazón rectísimo de tal esposa. Y no se halló frustrado en cosa alguna, ni pobre de despojos; porque si son despojos lo que sobra a lo necesario, todo fue superabundante para este varón, cuando conoció quién era su esposa y lo que en ella tenía.

776. Otro varón tuvo esta divina Señora que confió en ella, de quien principalmente habló Salomón; y este varón suyo fue su mismo Hijo, verdadero Dios y hombre, que fió de esta mujer fuerte hasta su propio ser y su honra para con todas las criaturas. En esta confianza que hizo de María se encierra toda la grandeza de entrambos; porque ni Dios pudo confiarle más, ni ella pudo corresponderle mejor, para que no se hallase frustrado ni pobre de despojos. ¡Oh estupenda maravilla del poder y sabiduría infinita, que confiase Dios de una pura criatura y mujer tomar carne humana en su vientre y de su misma sustancia! ¡Llamarla Madre con inmutable verdad, y ella a él Hijo, criarle a sus pechos y a su obediencia, hacerla coadjutora del rescate del mundo y su reparación, depositaria de la divinidad y administradora de sus tesoros infinitos y merecimientos de su Hijo santísimo, de su vida, de sus milagros, predicación, muerte, y todos los demás sacramentos! Todo lo confió de María santísima. Pero extiéndase más la admiración sabiendo que en esta confianza no se halló frustrado; porque una mujer pura criatura supo y pudo satisfacer adecuadamente a todo cuanto le fiaron, sin que faltase o sin que pudiese obrar en todo con mayor fe, esperanza, amor, prudencia, humildad y plenitud de toda santidad. No se halló su varón pobre de despojos, sino rico, próspero y abundante de alabanza y gloria; y así añade:

777. *“Le dará retribución del bien, y no del mal, todos los días de su vida”* (Prov 31,12). En este retorno entendía el que a María santísima dio su varón propio, Cristo su Hijo verdadero que de su parte de ella ya queda declarado; y si remunera el Altísimo a todas las menores obras hechas por su amor con retribución superabundante y excesiva, no sólo de gloria pero también de gracia en esta vida, ¿cuál sería el retorno de bienes y tesoros que la divinidad le daría, con que remuneró las obras de su misma Madre? Solo el mismo que lo hizo, lo conoce. Pero en el comercio y correspondencia que guarda la equidad del Señor, remunerando con un beneficio y auxilio más grande a quien se aprovecha bien del menor, se entenderá algo de lo que en toda la vida de nuestra Reina sucedía entre ella y el poder divino. Comenzó del primer instante, recibiendo más gracia que los supremos ángeles con la preservación del pecado original, correspondió a este beneficio adecuadamente, creció en gracia y obró con ella en proporción; y así fueron los pasos de toda su vida sin tibieza, negligencia ni tardanza. Pues ¿qué mucho que sólo su Hijo santísimo fuese más que ella y todo lo restante de las criaturas quedasen inferiores casi infinitamente?

778. *“Buscó lino y lana y trabajó con el consejo de sus manos”* (Ib. 13). Legítima alabanza y digna de la mujer fuerte: que sea oficiosa y hacendosa de sus puertas adentro, hilando lino y lana para el abrigo y socorro de su familia en lo que necesita de estas cosas y de otras que con este medio se pueden adquirir. Este es consejo sano, que se ejecuta con las manos trabajadoras y no ociosas; que la ociosidad de la mujer, viviendo mano sobre mano, es argumento de su torpe estulticia y de otros vicios que no sin vergüenza se pueden referir. En esta virtud exterior, que de parte de una mujer casada es el fundamento del gobierno doméstico, fue María santísima mujer fuerte y digno ejemplar de todas las mujeres; porque jamás estuvo ociosa, y de hecho trabajaba lino y lana para su esposo y para su Hijo y muchos pobres que de su trabajo socorría. Pero como juntaba en sumo grado de perfección las acciones de Marta con las de María, era más laboriosa con el consejo de las obras interiores que con las exteriores y, conservando las especies de las visiones divinas y la lección de las sagradas Escrituras, jamás estuvo ociosa en su interior sin trabajar y acrecentar los dones y virtudes del alma; y por esto dice el texto:

779. *“Fue como nave del mercader, que trae su pan de lejos”* (Ib. 14). Como este mundo visible se llama mar inquieto y tempestuoso, es consiguiente que se llamen naves los que le viven y surcan sus inconstantes olas. Trabajan todos en esta navegación para traer su pan, que es el sustento y alimento de la vida debajo el nombre de pan; y aquel le trae de más lejos que más lejos estaba de tener lo que adquiere con su trabajo; y aquel que más trabaja, granjea mucho más y lo trae de lejos con su mayor sudor. Es un género de contrato entre Dios y el hombre: que trabaje y sude el que es siervo negociando la tierra y cultivándola y que el Señor de todo le acuda por medio de las causas segundas con quien concurre, para que dándole pan al hombre le sustenten y paguen el sudor de su cara. Y lo mismo que sucede en este contrato en lo temporal, pasa también en lo espiritual, donde no come quien no trabaja (2 Tes 3,10).

780. Entre todos los hijos de Adán, María santísima fue la nave rica y próspera del mercader que trajo su pan y nuestro pan de lejos. Nadie fue tan discretamente diligente y laboriosa en el gobierno de su familia; nadie tan prevenida en lo que con divina prudencia entendía ser necesario para su pobre familia y para el socorro de los pobres; y todo lo mereció y granjeó con su fe y solicitud prudentísima, con que lo trajo de lejos; porque estaba muy lejos de nuestra viciosa naturaleza humana y aun de su hacienda. Lo mucho que en esto hizo, adquirió, mereció y distribuyó a los pobres, es imposible poderlo ponderar. Pero más fuerte y admirable fue en traernos el pan espiritual y vivo que bajó del cielo; pues le trajo, no sólo del seno del Padre, de donde no saliera si no hubiera esta mujer fuerte, pero ni llegara al mundo, de cuyos merecimientos estaba lejos, si no fuera en la nave de María. Y aunque no pudo, siendo criatura, merecer que Dios viniese al mundo, pero mereció que acelerase el paso y que viniese en la nave rica de su vientre: porque no pudiera caber en otra que fuera menor en merecimientos; Ella sola hizo que este pan divino se viese y se comunicase y alimentase a los que le tenían lejos.

781. *De noche se levantó y proveyó lo necesario a sus domésticos y el mantenimiento a sus criados* (Prov 31,15). No es menos loable esta condición de la mujer fuerte, privarse del reposo y descanso delicioso de la noche para gobernar su familia, distribuyendo a sus domésticos, esposo, hijos y allegados, y luego a sus criados, las ocupaciones legítimas a cada uno con todo lo necesario para ellas. Esta fortaleza y prudencia no conocen la noche para entregarse ni absorberse en el sueño y olvido de las propias obligaciones, porque el alivio del trabajo no se toma por fin del apetito, sino por medio de la necesidad. Fue nuestra Reina en esta prudencia económica admirable; y aunque no tuvo criados ni criadas en su familia, porque la emulación de la obediencia y humildad servil en los oficios domésticos no le consintió que fuese de nadie estas virtudes, pero en el cuidado de su Hijo santísimo y de su esposo José era vigilantísima sierva, y jamás hubo en ella descuido, ni olvido, ni tardanza o inadvertencia en lo que había de prevenir y proveer para ellos, como en todo este discurso diré adelante.

782. Pero ¿qué lengua puede explicar la vigilancia de esta mujer fuerte? Se levantó y estuvo en pie en la noche oculta de su secreto corazón y en el oculto entonces misterio de su matrimonio esperó atenta qué se le mandaba, para ejecutarlo humilde y obediente. Previno a sus domésticos y siervos, las potencias interiores y sentidos exteriores, de todo el alimento necesario y les distribuyó a cada cual su legítimo sustento, para que en el trabajo del día, acudiendo al servicio de fuera, no se hallase el espíritu necesitado y desproveído. Mandó a las potencias del alma con inviolable precepto que su alimento fuese la luz de la divinidad, su ocupación incesante la abrasada meditación y contemplación de día y de noche en la divina ley, sin que jamás se interrumpiese por alguna extraña obra y ocupación de su estado. Este era el gobierno y alimento de los domésticos del alma.

783. A los siervos, que son los sentidos exteriores, distribuyó también sus legítimas ocupaciones y sustento; y usando de la jurisdicción que tenía sobre estas potencias, las mandó que como siervas del espíritu le sirviesen y, aunque vivían en el mundo, ignorasen su vanidad y viviesen muertas para ella, sin vivir más de para lo necesario a la naturaleza y a la gracia; que no se alimentasen tanto del deleite de lo sensible, cuanto del que la parte superior del alma les comunicase y dispensase de su influencia superabundante. Puso término y límites a todas las operaciones, para que todas sin faltar ninguna quedasen reducidas a la esfera del divino amor, sirviéndole y obedeciéndole todas sin resistencia, sin réplica ni tardanza. Se levantó de noche y gobernó también a sus domésticos.

784. Otra noche hubo en que también se levantó esta mujer fuerte y otros domésticos a quien proveyese. Se levantó en la noche de la antigua ley oscura con las sombras de la futura luz; salió al mundo en la declinación de esta noche y con su inefable providencia a todos sus domésticos y siervos, los de su pueblo y de lo restante de la humana naturaleza, a los santos padres y justos domésticos suyos, a los pecadores, siervos y cautivos, a todos dio y distribuyó el alimento de la gracia y de la eterna vida. Y se les dio con tanta verdad y propiedad, que se les dio hecho alimento de su misma sustancia y de su misma sangre, que recibió en su tálamo virginal.

CAPITULO 24

[Regresar al Principio](#)

Prosigue el mismo asunto con la explicación de lo restante del capítulo 31 de las Parábolas. (Prov 31,16)

785. Ninguna condición de mujer fuerte pudo faltar a nuestra Reina, porque lo fue de las virtudes y fuente de la gracia. “Consideró - prosigue el texto - el campo y le compró, del fruto de sus manos plantó una viña.” (Prov 31,16). El campo de

la más levantada perfección, donde se cría lo fértil y fragante de las virtudes, éste fue el que consideró nuestra mujer fuerte María santísima y, considerándole y ponderándole a la claridad de la divina luz, conoció el tesoro que encerraba. Y para comprar este campo vendió todo lo terreno de que era verdaderamente Reina y Señora, posponiéndolo todo a la posesión del campo que compró, con negarse al uso de lo que podía tener. Sola esta Señora pudo venderlo todo, porque de todo lo era, para comprar el espacioso campo de la santidad; sola ella lo consideró y conoció adecuadamente y se apropió a sí misma, después de Dios, el campo de la divinidad y sus atributos infinitos, de que los demás santos recibieron alguna parte. *Del fruto de sus manos plantó la viña.* Plantó la Iglesia santa, no sólo dándonos a su Hijo santísimo para que la formase y fabricase, pero siendo ella coadjutora suya, y después de su ascensión quedando por maestra de la Iglesia, como diré en la tercera parte de esta Historia. Plantó la viña del paraíso celestial, que aquella singular fiera de Lucifer había disipado y devastado (Prov 31,16); porque se pobló de nuevas plantas por la solicitud y fruto de María purísima. Plantó la viña de su espacioso y magnánimo corazón con los renuevos de las virtudes, con la vid fertilísima, Cristo, que destiló en el lagar de la cruz el vino suavísimo del amor con que son embriagados sus carísimos y alimentados los amigos (Cant 5,1 (A)).

786. *Ciñó su cuerpo de fortaleza y corroboró su brazo* (Prov 31,17). La mayor fortaleza de los que se llaman fuertes consiste en el brazo, con que se hacen las obras arduas y dificultosas; y como la mayor dificultad de la criatura terrena sea el ceñirse en sus pasiones e inclinaciones ajustándolas a la razón, por eso juntó el texto sagrado el ceñirse la mujer fuerte y corroborar su brazo. No tuvo nuestra Reina pasiones ni movimientos desordenados que ceñir en su inocentísima persona; mas no por eso dejó de ser más fuerte en ceñirse que todos los hijos de Adán, a quienes desconcertó el estímulo del pecado. Mayor virtud fue y más fuerte el amor que hizo obras de mortificación y penalidad cuando y donde no eran menester, que si por necesidad se hicieran. Ninguno de los enfermos de la culpa y obligados a su satisfacción puso tanta fuerza en mortificar sus desordenadas pasiones, como nuestra princesa María en gobernar y santificar más todas sus potencias y sentidos. Castigaba su castísimo y virgíneo cuerpo con penitencias incesantes, vigiliias, ayunos, postraciones en cruz, como adelante diremos (Cf. infra p.II n.12, 232, 442, 658, 898, 990,991; p.III n.581); y siempre negaba a sus sentidos el descanso y lo deleitable, no porque se desconcertaran, mas por obrar lo más santo y acepto al Señor, sin tibieza, remisión o negligencia; porque todas sus obras fueron con toda la eficacia y fuerza de la gracia.

787. *“Gustó y conoció cuán buena era su negociación; no será extinguida su luz en la noche”* (Prov 31,18). Es tan benigno y fiel con sus criaturas el Señor que, cuando nos manda ceñir con la mortificación y penitencia, porque el reino de los cielos padece violencia y se ha de ganar por fuerza (Mt 11,12), pero a esa misma violencia de nuestras inclinaciones tiene vinculado en esta vida un gusto y consolación que llena todo nuestro corazón de alegría. En este gozo se conoce cuán buena es la negociación del sumo bien por medio de la mortificación con que ceñimos las inclinaciones a otros gustos terrenos; porque de contado recibimos el gozo de la verdad cristiana y en él una prenda del que esperamos en la eterna vida; y el que más negocia más le gusta y más granjea para ella y más estima la negociación.

788. Esta verdad, que con experiencia conocemos nosotros sujetos a pecados, ¿cómo la conocería y gustaría nuestra mujer fuerte María santísima? Y si en nosotros, donde la noche de la culpa es tan prolija y repetida, se puede conservar la divina luz de la gracia por medio de la penitencia y mortificación de las pasiones, ¿cómo ardería esta luz en el corazón de esta purísima criatura? No la oprimía el sinsabor de la pesada y corrupta naturaleza, no la desazonaba la contradicción del fomes, no la turbaba el remordimiento de la mala conciencia, no el temor de las culpas experimentadas y sobre todo esto era su luz sobre todo humano y angélico pensamiento; muy bien conocería y gustaría de esta negociación, sin extinguirse en la noche de sus trabajos y peligros de la vida la lucerna del Cordero que la iluminaba (Ap 21,23).

789. *“Extendió su mano a cosas fuertes, y sus dedos apretaron el huso”* (Prov 31,19). La mujer fuerte, que con el trato y trabajo de sus manos acrecienta sus virtudes y bienes de su familia y se ciñe de fortaleza contra sus pasiones, gusta y conoce la negociación de la virtud, ésta bien puede extender y alargar el brazo a cosas grandes. Lo hizo María santísima sin embarazo de su estado y de sus obligaciones, porque levantándose sobre sí misma y todo lo terreno extendió sus deseos y obras a lo más grande y fuerte del amor divino y conocimiento de Dios sobre toda naturaleza humana y angélica. Y como desde su desposorio se iba acercando a la dignidad y oficio de madre, iba también extendiendo su corazón y alargando el brazo de sus obras santas, hasta llegar a cooperar en la obra más ardua y más fuerte de la omnipotencia divina, que fue la Encarnación del Verbo. De todo esto diré más en la segunda parte (Cf. infra p.II n.1-106), declarando la preparación que tuvo nuestra Reina para este gran misterio. Y porque la determinación y propósitos de cosas grandes, si no llegan a la ejecución, serían apariencia y sin efecto, por esto dice que apretaron el

huso los dedos de esta mujer fuerte, y es decir que ejecutó nuestra Reina todo lo grande, arduo y dificultoso, como lo entendió y lo propuso en su rectísima intención. En todo fue verdadera y no ruidosa y aparente, como lo fuera la mujer que estuviera con la rueca en la cinta, pero ociosa y sin apretar el huso; y así añade:

790. *“Alargó su mano al necesitado y desplegó sus palmas al pobre”* (Prov 31,20). Fortaleza grande es de la mujer prudente y casera ser liberal con los pobres y no rendirse con flaqueza de ánimo y desconfianza al temor cobarde de que por esto le faltará para su familia; pues el medio más poderoso para multiplicar todos los bienes ha de ser, repartir liberalmente los de fortuna con los pobres de Cristo, que aun en esta vida presente sabe dar ciento por uno (Mc 10,30). Distribuyó María santísima con los pobres y con el templo la hacienda que de sus padres heredó, como ya dije arriba, capítulo 22 de este libro (Cf. supra n.764); y a más de esto, trabajaba de sus manos para ayudar a esta misericordia, porque si no les diera su propio sudor y trabajo no satisfacía a su piadoso y liberal amor de los pobres. No es maravilla que la avaricia del mundo sienta hoy la falta y pobreza que padece en los bienes temporales, pues tan pobres están los hombres de piedad y misericordia con los necesitados, sirviendo a la inmoderada vanidad lo que hizo Dios y lo crió para sustento 'de los pobres y para remedio de los ricos.

791. No sólo desplegó sus manos propias al pobre nuestra piadosa Reina y Señora, pero también desplegó las palmas del brazo poderoso del omnipotente Dios, que parece las tenía cerradas deteniendo al Verbo divino, porque no le merecían, o porque le desmerecían los mortales. Esta mujer fuerte le dio manos, y manos extendidas y abiertas para los pobres cautivos y afligidos en la miseria de la culpa; y porque esta necesidad y pobreza siendo general de todos era de cada uno, los llama la Escritura pobre en singular; pues todo el linaje humano era un pobre y no podía más que si fuera sólo uno. Estas manos de Cristo Señor nuestro, extendidas para trabajar nuestra redención y abiertas para derramar los tesoros de sus merecimientos y dones, fueron manos propias de María santísima, porque eran de su Hijo y porque sin ella no las conociera abiertas el pobre linaje humano, y por otros muchos títulos.

792. *“No temerá para su casa el frío de las nieves, porque todos sus domésticos tienen doblados los vestidos”* (Prov 31,21). Perdido el sol de justicia y el calor de la gracia y justicia original, quedó nuestra naturaleza debajo de la nieve helada de la culpa, que encoge, impide y entorpece para el bien obrar. De aquí nace la dificultad en la virtud, la tibieza en las acciones, la inadvertencia y negligencia, la inestabilidad y otros defectos innumerables, y hallarnos después del pecado helados en el amor divino, sin abrigo ni amparo para las tentaciones. De todos estos impedimentos y daños estuvo libre nuestra divina Reina en su casa y en su alma, porque todos sus domésticos, potencias interiores y exteriores, estuvieron defendidos del frío de la culpa con dobladas vestiduras. La una fue de la original justicia y virtudes infusas, la otra de las adquiridas por sí misma desde el primer instante que comenzó a obrar. También fueron vestiduras dobladas la gracia común que tuvo como persona particular y la que la dio el Altísimo especialísima para la dignidad de Madre del Verbo. En el gobierno de su casa no me detengo sobre esta providencia; porque en las demás mujeres puede ser loable como necesario este cuidado, pero en casa de la Reina del cielo y tierra, María santísima, no fue menester doblar las vestiduras para su Hijo santísimo, que sola una tenía; ni tampoco para sí ni para su esposo san José, donde la pobreza era el mayor adorno y abrigo.

793. *“Hizo para sí una vestidura muy tejida y se adornó de púrpura y holanda”* (Ib. 22). Esta metáfora también declara el adorno espiritual de esta mujer fuerte; y éste fue una vestidura tejida con fortaleza y variedad para cubrirse toda y defenderse de las inclemencias y rigores de las lluvias, que para esto se tejen los paños fuertes o los fieltros y otros semejantes. La vestidura talar de las virtudes y dones de María fue impenetrable del rigor de las tentaciones y avenidas de aquel río que derramó contra ella el dragón grande y rojo, o sanguinolento, que vio san Juan en el Apocalipsis (Ap 12,15 (A.)); y a más de la fortaleza de este vestido, era grande su hermosura y variedad de sus virtudes, entretejidas y no postizas, porque estaban como entrañadas y sustanciadas en su misma naturaleza, desde que fue formada en gracia y en justicia original. Allí estaban la púrpura de la caridad, lo blanco de la castidad y pureza, lo celeste de la esperanza, con toda la variedad de dones y virtudes, que vistiéndola juntamente la adornaban y heroseaban. También fue adorno de María aquel color blanco y colorado (Cant 5,10 (A.)) que por la humanidad y divinidad entendió la esposa, dándolos por señas de su esposo; porque dándole ella al Verbo lo colorado de su humanidad santísima, le dio él en retorno la divinidad, no sólo uniéndolas en su virginal vientre, pero dejando en su Madre unos visos y rayos de divinidad más que en todas las criaturas juntas.

794. *“Será noble su varón en las puertas, cuando se asentare con los senadores de la tierra”* (Prov 31,23). En las puertas de la eterna vida se hace el juicio particular de cada uno, y después se hará el general que esperamos, como en las

puertas de la ciudad lo hacían las antiguas repúblicas. En el juicio universal tendrá lugar entre los nobles del reino de Dios san José, el uno de los varones de María santísima; porque tendrá silla entre los apóstoles para juzgar al mundo y gozará este privilegio por esposo de la mujer fuerte, que es Reina de todos, y por padre putativo que fue del supremo Juez. El otro varón de esta Señora, que es su Hijo santísimo, como antes dije (Cf. supra n.776), es tenido y reconocido por supremo Señor y Juez verdadero en el juicio que hace y en el que hará de los ángeles y todos los hombres. Y de esta excelencia se le da parte a María santísima, porque le dio ella la carne humana con que redimió al mundo y la sangre que derramó en precio y rescate de los hombres; y todo se conocerá cuando con grande potestad venga al juicio universal, sin quedar alguno que entonces no lo conozca y confiese.

795. *“Hizo una sábana y la vendió, y entregó un cingulo al cananeo”* (Prov 31,24). En esta solicitud laboriosa de la mujer fuerte se contienen dos grandezas en nuestra Reina: la una, que hizo la sábana tan pura, espaciosa y grande, que pudo caber en ella, aunque estrechándose y encogiéndose, el Verbo eterno; y la vendió no a otro sino al mismo Señor, que le dio en retorno a su mismo Hijo, porque no se hallara en todo lo criado precio digno para comprar esta sábana de la pureza y santidad de María, ni quien dignamente pudiera ser Hijo suyo, fuera del mismo Hijo de Dios. Entregó también, no vendido pero graciosamente, el cingulo al cananeo, hijo de Canaán, maldito de su padre (Gen 9,25), porque todos los que participaron de la primera maldición, y quedaron desceñidos y sueltas las pasiones y desordenados apetitos, se pudieron ceñir de nuevo con el cingulo que María santísima les entregó en su Hijo primogénito y unigénito, y en su ley de gracia, para renovarse, reformarse y ceñirse. No tendrán excusa los réprobos y condenados, ángeles y hombres, pues todos tuvieron con qué se contener y ceñir en sus desordenados afectos, como lo hacen los predestinados, valiéndose de esta gracia, que por María santísima tuvieron de gracia y sin pedirles precio para merecerla o comprarla.

796. *“La fortaleza y hermosura le sirven de vestido, y se reirá en el último día”* (Prov 31,25). Otro nuevo adorno y vestidura de la mujer fuerte son la fortaleza y hermosura; la fortaleza la hace invencible en el padecer y en obrar contra las potestades infernales, la hermosura le dio gracia exterior y decoro admirable en todas las acciones. Con estas dos excelencias y condiciones era nuestra Reina amable a los ojos de Dios, de los ángeles y del mundo; no sólo no tenía culpa ni defecto que se le reprendiese, pero tenía esta doblada gracia y hermosura que tanto le agradó y ponderó el Esposo, repitiendo que era muy hermosa y muy agraciada toda ella (Cant 4,1.7 (A.)). Y donde no se pudo hallar defecto reprehensible, tampoco había causa para llorar el día último, cuando ninguno de los mortales, fuera de esta Señora y de su Hijo santísimo, todos estarán y parecerán con alguna culpa que tuvieron de que dolerse, y los condenados llorarán entonces el no haberlas llorado antes dignamente. En aquel día estará alegre y risueña esta fuerte mujer con el agradecimiento de su incomparable felicidad y de que se ejecute la divina justicia en los protervos y rebeldes a su Hijo santísimo.

797. *“Abrió su boca para la sabiduría y en su lengua estuvo la ley de la clemencia”* (Prov 31,26). Gran excelencia es de la mujer fuerte no abrir su boca para otra cosa que no sea para enseñar el temor santo del Señor y ejecutar alguna obra de clemencia. Esto cumplió con suma perfección nuestra Reina y Señora; abrió su boca como maestra de la divina sabiduría, cuando dijo al santo arcángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum* (Lc 1,38); y siempre que hablaba era como virgen prudentísima y llena de ciencia del Altísimo para enseñarla a todos y para interceder por los miserables hijos de Eva. Estaba y está siempre en su lengua la ley de la clemencia, como en piadosa Madre de misericordia; porque sola su intercesión y palabra es la ley inviolable de donde depende nuestro remedio en todas las necesidades, si sabemos obligarla a que abra su boca y mueva su lengua para pedirlo.

798. *“Consideró las sendas de su casa y no comió el pan estando ociosa”* (Prov 31,27). No es pequeña alabanza de la madre de familia considerar también atentamente todos los caminos más seguros para aumentarla en muchos bienes; pero en esta divina prudencia sola María fue la que dio forma a los mortales, porque sólo ella supo considerar e investigar todos los caminos de la justicia y las sendas y atajos por donde con mayor seguridad y brevedad llegaría a la divinidad. Alcanzó esta ciencia tan altamente que dejó atrás a todos los mortales y a los mismos querubines y serafines. Conoció y consideró el bien y el mal, lo profundo y oculto de la santidad, la condición de la humana flaqueza, la astucia de los enemigos, el peligro del mundo y todo lo terreno; y como todo lo conoció, obró lo que conocía sin comer ociosa el pan y sin recibir en vano el alma (Sal 23,4) ni la divina gracia; y mereció lo que se sigue.

799. *“Se levantaron y la predicaron sus hijos por beatísima y su varón se levantó para alabarla”* (Prov 31,28). Grandes cosas y gloriosas han dicho en la militante Iglesia los hijos verdaderos de esta mujer fuerte, predicándola por beatísima

entre las mujeres; y los que no se levantan y no la predicán, no se tengan por sus hijos, ni por doctos, ni sabios, ni devotos. Pero aunque todos han hablado inspirados y movidos por su varón y esposo Cristo y el Espíritu Santo, con todo eso hasta ahora parece que ha callado y no se ha levantado para predicarla respecto de los muchos y altos sacramentos que ha tenido ocultos de su Madre santísima. Y son tantos, que se me ha dado a entender que los reserva el Señor para manifestarlos en la Iglesia triunfante después del juicio universal; porque no es conveniente manifestarlos todos ahora al mundo indigno y no capaz de tantas maravillas. Allí hablará Cristo, varón de María, manifestando para gloria de los dos y gozo de los santos las prerrogativas y excelencias de esta Señora, y allí las conoceremos; basta ahora que con veneración las creamos debajo del velo de la fe y esperanza de tantos bienes.

800. *“Muchas hijas congregaron las riquezas, pero tú excediste a todas ellas”* (Ib. 29). Todas las almas que llegaron a conseguir la gracia del Altísimo se llaman hijas suyas, y todos los merecimientos, dones y virtudes que con ella pudieron granjear, y de hecho los granjearon, son riquezas verdaderas; que todo lo demás terreno tiene injustamente usurpado el nombre de riqueza. Muy grande será el nombre de los predestinados; el que numera las estrellas por sus nombres (Sal 146,4), los conoce. Pero sola María congregó más que todas juntas estas criaturas, hijas del Altísimo y suyas, y sola ella se aventajará, como la excelencia de ser ella, no sólo Madre suya y ellas hijas en gracia y gloria, pero como Madre del mismo Dios; porque según esta dignidad excede a toda la excelencia de los mayores santos, así la gracia y gloria de esta Reina se adelantará a toda la que tienen y tendrán todos los predestinados. Y porque, en comparación de estas riquezas y dones de la gracia interior y gloria que le corresponde, es vana la exterior y aparente en las mujeres que tanto la aprecian, añade y dice:

801. *“Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme a Dios, aquella será alabada; denle a ésta del fruto de sus manos y alaben sus obras en las puertas”* (Prov 31,30-31). El mundo reputa falsamente por gracia muchas cosas visibles que no lo son, y no tienen más de gracia y hermosura de lo que les da el engaño de los ignorantes, como son: la apariencia de las buenas obras en la virtud, el agrado en las palabras dulces o elocuentes, el donaire en hablar y moverse; y también llaman gracia a la benevolencia de los mayores y del pueblo. Todo esto es engaño y falacia, como la hermosura de la mujer que en breve se desvanece. La que teme a Dios y enseña a temerle, ésta merece dignamente la alabanza de los hombres y del mismo Señor. y porque él mismo quiere alabarla, dice que le den del fruto de sus manos, y remite su alabanza a sus grandes obras puestas en público a vista de todos, para que ellas mismas sean lenguas en su alabanza; porque importa muy poco que alaben los hombres a la mujer a quien sus mismas obras la deshonoran. Para esto quiere el Altísimo que las obras de su Madre santísima se manifiesten en las puertas de su Iglesia santa, en cuanto ahora es posible y conveniente, como arriba dije (Cf. supra n.798), reservando la mayor alabanza y gloria para que después permanezca por todos los siglos de los siglos. Amén.

Doctrina de la Reina del cielo.

802. “Hija mía, grande enseñanza tienes para tu gobierno en este capítulo; y aunque no todo lo que contiene has escrito, pero así lo que has declarado como lo que dejas oculto, quiero todo lo escribas en lo íntimo de tu corazón y con inviolable ley lo ejecutes en ti misma. Para esto es necesario estar retirada dentro de tu interior, olvidado todo lo visible y terreno, y atentísima a la divina luz que te asiste y defiende todas tus potencias con vestiduras dobladas, para que no sientas la frialdad y tibieza en la perfección y también resistas a los movimientos desmandados de las pasiones. Cíñelas y mortifícalas con el apretador del temor divino y, alejada de lo aparente y engañoso, levanta tu mente a considerar y entender los caminos de tu interior y las sendas que Dios te ha enseñado para buscarle en tu secreto y hallarle sin peligro del engaño. Y habiendo gustado de la negociación del cielo, no consientas por tu descuido que se extinga en tu mente la divina luz que te enciende y alumbrá en las tinieblas. No comas el pan estando ociosa, pero trabaja sin dar treguas al cuidado, y comerás el fruto de tus diligencias; y esforzada en el Señor harás obras dignas de su beneplácito y agrado y correrás tras el olor de sus unguentos hasta llegar a poseerle eternamente. Amén.